

La Alhambra una vez más

Por José Manuel Pita Andrade

José Manuel Pita Andrade (*La Coruña, 1922*) ha sido catedrático de Historia del Arte de las Universidades de Oviedo, Granada y Complutense de Madrid, y director del Museo del Prado. Es miembro de la Academia de Bellas Artes de San Fernando. Hasta su traslado a Madrid, en 1978, dirigió la revista «Cuadernos de la Alhambra». Entre sus obras pueden citarse: La capilla real y la catedral de Granada, El Greco y Goya.

En el número 20 de SABER/Leer (correspondiente a diciembre de 1988) comentamos un apasionante relato del poeta, historiador y político musulmán Ibn al-Jatib, dado a conocer a los españoles por don Emilio García Gómez en un libro titulado *Foco de antigua luz sobre la Alhambra*. Se narra en él una fiesta celebrada en el recinto nazarí el 30 de diciembre de 1362, para conmemorar el nacimiento del Profeta («mawlid»), filtrándose interesantísimos pormenores sobre las obras que se estaban realizando. Nada llegó a nosotros más vibrante para evocar la vida en la corte de Muhammad V, uno de los más notables monarcas granadinos. Hoy lamentamos que quien fue el más ilustre de nuestros arabistas desarrollara en el segundo apéndice de su bellissimo libro dos arriesgadísimas propuestas sobre la localización del Mexuar y de la Fachada de Comares; porque al ser discutidas, con acidez muchas veces, por diversos críticos, casi se olvidaron las novedosísimas aportaciones contenidas en el texto de Ibn al-Jatib y la magistral valoración que hizo de él García Gómez.

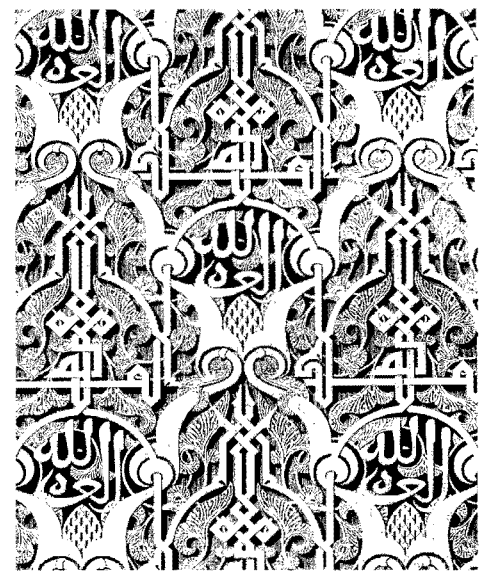
Han pasado diez años y durante ellos se acumularon, en sus más diversos aspectos, luces y sombras sobre la Alhambra. Por eso, antes de asomarnos al libro que nos interesa, queremos destacar el interés y las pasiones que fue despertando el estudio y la conservación de un patrimonio artístico único. Si partimos de la letra impresa, para incitar a los lectores de esta revista, recordaremos cómo han ido apareciendo publicaciones con enfoques muy distintos, fruto, sin duda, de las diferentes «lecturas» que consiente la contemplación y valoración del conjunto monumental. Dejando al margen las polémicas suscitadas por la conflictiva propuesta de don Emilio, pondremos por delante los trabajos

que vieron la luz en el seno del Patronato de la Alhambra y Generalife o que contaron con su colaboración. En la revista *Cuadernos de la Alhambra* (entrañable para nosotros porque contribuimos a fundarla y la dirigimos desde el primer número, en 1965, hasta 1978) han aparecido valiosos trabajos; aunque aparezca con grandes retrasos (en 1997 se imprimió el vol. 29-30 correspondiente a 1993-1994), sigue viva; lo celebramos con alborozo y sin reservas. La presencia del Patronato en un coloquio sobre *La casa hispano-musulmana* (participaron con él la Casa de Velázquez y el Museo de Mallorca) se tradujo en una publicación, que vio la luz en 1990, con una aportación de Jesús Bermúdez López sobre las construcciones domésticas de la Alhambra. Resulta luego gratísimo evocar *La imagen romántica de la Alhambra* siguiendo el estudio del profesor Pedro Galera Andreu (publicado en 1992 con la intervención de Ediciones El Viso); sus bellísimas páginas muestran la fascinación que ejerció sobre los artistas del siglo pasado. La memorable exposición, *Al-Andalus*, que, coincidiendo con el quinto centenario de la rendición de Granada, ofreció como incomparable escenario los palacios nazaríes y el Metropolitan Museum de Nueva York, contó con un espléndido catálogo rico en aportaciones sobre la Alhambra. Tres años después (entre abril y setiembre de 1995), otra gran exposición, *Arte islámico en Granada. Propuesta para un Museo de la Alhambra*, tuvo también su magnífico catálogo precedido de algunos valiosos artículos sobre la arquitectura nazarí. El Museo aludido era fruto de la vuelta al que, con este nombre, había tenido vida hasta 1962. En este año se elevó su rango trocándose en Museo Nacional de Arte Hispanomusulmán. Pero una visión miope y pacata del alto papel asignado a este tipo de museos llevó a su «reconversión» en 1986. Tras una serie de vacilaciones sobre el lugar que debería ocupar (renunciándose al uso de los extensos edificios construidos, con fines museológicos, entre 1974 y 1975, junto al Generalife) se optó por utilizar como sede, en la misma Alhambra, una magnífica creación renacentista, antitética, por su forma y su espíritu, de los palacios nazaríes, pero que convivió maravillosamente con ellos. El edificio volvió a restaurarse y, como prenda de lo realizado, se llevó a cabo una publicación pulcramente editada: *El Palacio de Carlos V. Un siglo para*

la recuperación de un monumento. El libro vio la luz en junio de 1995, cuando todavía permanecía abierta la exposición en las salas de la planta baja del palacio. Contiene importantes colaboraciones del profesor Galera Andreu («El palacio de Carlos V. La idea arquitectónica»), del competente arqueólogo Jesús Bermúdez López («El museo de la Alhambra. Un siglo para la gestación de una idea») y del arquitecto restaurador del monumento Juan Pablo Rodríguez Frade («La recuperación del monumento. Rehabilitación y proyecto museográfico»); lamentamos muy de veras que los aciertos logrados por este último, al derribar tabiques y conseguir espacios diáfanos, hayan quedado desnaturalizados por decisiones arbitrarias, como las de destruir entreplantas previstas en el proyecto inicial, incorporar disonantes mármoles y, sobre todo, arrancar la carpintería de madera que se había puesto en las ventanas, sustituyéndola por fríos vidrios que habrían dejado perplejo a Pedro Machuca.

Tenemos que pasar por alto libros con temas tan sugestivos como el de Tonia Raquejo (*El palacio encantado. La Alhambra en el arte británico*, Madrid, Taurus, 1990) o el del profesor Delfín Rodríguez Ruiz (*La memoria frágil. José de Hermsilla y «Las Antigüedades árabes de España»*, Madrid, Fundación COAM, 1992) donde nuestro conjunto monumental es el gran protagonista. Celebremos que, en 1993, cuarenta años después de su «proclamación», se reimprimiese el *Manifiesto de la Alhambra* (Fundación Rodríguez-Acosta y Colegio de Arquitectos de Andalucía Oriental) presentado por su principal redactor, Fernando Chueca Goitia, avalado con un estudio del profesor Angel Isac y enriquecido con jugosos apéndices. En otro orden de cosas destaquemos las aportaciones del arquitecto y profesor Rafael Manzano Martos, vinculadísimo a los monumentos musulmanes andaluces. En 1992 publicó un libro riguroso y ameno, con bellísimas fotografías de Massimo Listri, titulado *La Alhambra, el universo mágico de la Granada islámica* (Madrid, Anaya). Dos años antes había leído su discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría de Sevilla sobre *Jardines hispanomusulmanes* y dos después (el 6 de marzo de 1994) en la de Bellas Artes de San Fernando sobre *La «qubba», aula regia en la España musulmana*, lleno de sustanciosos comentarios sobre las que contienen los palacios nazaríes. Debe concluir este recorrido bibliográfico con una importante obra de investigación realizada por una reconocida especialista, Purificación Marinetto Sánchez, sobre *Los capiteles del Palacio de los Leones de la Alhambra* (Granada, Universidad y Diputación Provincial, 1996), con una amplia introducción del profesor don Antonio Fernández-Puertas.

Resultaba indispensable traer a la memoria estos hechos dispares, faustos e infaustos, para celebrar la aparición de un libro que puede contribuir a serenar los ánimos de cuantos amamos a Granada y a la Alhambra,



Detalle de la decoración de la Torre de la Cautiva en la Alhambra, de Owen Jones.

declarada con abrumadora justicia «Patrimonio de la Humanidad» y cuya defensa y conservación compete a todos, al margen de los vaivenes políticos; a cada uno en su nivel, sea local, comunitario, nacional o internacional. El libro incita a refugiarse en los palacios nazaríes con su esplendoroso pasado. Publicado en lengua inglesa, con un escueto título, *The Alhambra*, la obra completa tendrá dos volúmenes y promete ocupar un destacadísimo puesto entre los más ambiciosos estudios sobre la materia. Comentaremos el volumen primero que acaba de ver la luz. Bastantes páginas están pensadas para especialistas; sin embargo los lectores de SABER/Leer agradecerán tener noticia de su aparición y conocer los nuevos enfoques que ofrece. Recorrerían con el mayor interés sus capítulos... si la obra les resultara accesible; pero tememos que se difunda poco. Aunque se imprimió en Hong Kong, su precio roza en España las cincuenta mil pesetas y su distribución ha dejado hasta ahora mucho que desear.

El autor, Antonio Fernández-Puertas, todavía joven, alcanza aquí su plena madurez como investigador, fruto de apasionada vocación; ésta se mantiene sin fisuras, desde antes de 1973, superando contratiempos de carácter profesional o carencias de salud. Quien lea su prólogo, con apuntes biográficos, comprenderá muchas de las razones que justifican el que la obra se imprima fuera de Granada, donde nació, estudió y llegó a ser director del Museo Nacional de Arte Hispanomusulmán; ahora es titular, en la Universidad, de la cátedra de Historia del Arte Musulmán, que sigue impartiendo con frecuentes estancias en Londres. En su intensa labor investigadora destaca (junto a una nutrida nómina de artículos aparecidos en revistas especializadas y publicaciones afines) una monografía de capital importancia sobre *La fachada del palacio de Comares I*, pre-



En este número

Artículos de	
José Manuel Pita Andrade	1-2
Román Gubern	3
Ramón Pascual	4-5
Luis de Pablo	6-7
Juan Velarde Fuertes	8-9
Ignacio Sotelo	10-11
F. Rodríguez Adrados	12

SUMARIO en página 2



La Alhambra una vez más

parada y editada (en español y en inglés) con la mayor generosidad de medios por el Patronato de la Alhambra, en 1980; no llegó a imprimirse un segundo tomo al cambiar las circunstancias.

Adentrémonos ya en el contenido de la monografía destacando una peculiaridad que afecta a su estructura. Se concibe, en principio, para rescatar y reactualizar la impresionante obra sobre la Alhambra realizada por Owen Jones (1809-1876), uno de los grandes genios ingleses del diseño. Tras fecundos trabajos en Granada, en 1834 y en 1837 (en colaboración, los primeros, con el arabista Jules Goury, interrumpidos luego, por haber muerto de tifus, aquel mismo año, en la ciudad), publicó dos volúmenes (asociando, por cierto el nombre de su malogrado amigo) con *Plans, Elevations, Sections and Details of The Alhambra... With a complete translation of the Arabic inscriptions and an historical notice of the Kings of Granada from the conquest of that city by the Arabs to the expulsion of the Moors by M. Pascual Gayangos* (Londres, 1842-1845). Abrumador esfuerzo, alarde técnico y talento artístico hubieron de conjugarse para que viera la luz esta obra con sus preciosos diseños, admirables pensando en la época en que fueron realizados. Contrastan con las visiones libres que nos dejaron de la Alhambra, por aquellos mismos años, los ilustradores románticos foráneos. Fernández-Puertas abordó la gratificante tarea de recuperar la obra de Owen Jones, gracias a la invitación que le hizo un estimado colega, Godfrey Godwin. Éste colabora con unas palabras preliminares, breves y precisas, donde se destaca la personalidad del gran diseñador y se subraya la intensa huella que dejó, contribuyendo decisivamente a difundir la fama de la Alhambra en Inglaterra.

Fernández-Puertas, sin dejar de cumplir su compromiso, llegó mucho más lejos en su labor. La inició con una apretada síntesis historiográfica, con la descripción del plan de la monografía e incluso con una «nota personal» donde se aclaran hechos relacionados con su vida, algunos ya apuntados. Luego se desarrollan los 22 capítulos que quedan agrupados en dos partes. La primera (hasta la página 158) integra siete dentro de una «Introducción general» y tiene especial interés: nos ofrece una visión de conjunto de los cuatro períodos en que distribuye el arte nazarí o «nasrid» (adoptando la terminología del au-

tor) con novedosos enfoques tanto sobre la arquitectura como sobre la ornamentación. La segunda parte, desde el capítulo 8, encabezada por el epígrafe «Láminas hasta el tiempo de Yusuf I», contiene los comentarios a los diseños de Owen Jones, partiendo de una reordenación cronológica de todos ellos para inscribirlos en los cuatro períodos artísticos establecidos al principio.

Consideramos esencial el estudio que hace de los sistemas de proporciones que rigen en los diversos ámbitos palatinos, aplicables a los análisis de las plantas y de los alzados. No conocemos estudios anteriores que hayan profundizado con tanto rigor en este asunto. La teoría queda enunciada en el capítulo 2 (concretamente entre las páginas 17 y 18), partiendo en esencia de la relación entre el lado de un cuadrado y su diagonal, adoptándose, como unidad de medida, el «codo». Es obvio que el desarrollo de este principio y su aplicación en las diversas construcciones, resulta complejo. Puede fatigar, a los no especialistas, seguir en cada caso los razonamientos de Fernández-Puertas; pero para comprenderlos mejor nos ofrece valiosísimas ayudas con los dibujos de plantas y secciones, cruzados por líneas que justifican, en cada caso, los sistemas de proporciones adoptados. Pensamos que los cartabones, las escuadras y compases utilizados para realizarlos, consienten evocar los procedimientos seguidos para trazar aquellos edificios.

Así se realiza una nueva interpretación de las construcciones que dieron vida a la Alhambra a lo largo de los susodichos períodos. Dentro del primero, que se extiende desde los emiratos de Muhammad I hasta el de Abul-Juyush Nasr (1232-1314), se inscriben edificios como el Palacio del Partal y la torre conocida hoy como Peinador de la Reina. Dentro del segundo, que se inicia con Ismail I y concluye con una de las grandes figuras de la dinastía, Yusuf I (1313-1354), se sitúan elementos capitales del Palacio de Comares, como su espléndido Salón y sus baños («hammam»), el oratorio del Partal y la torre de la Cautiva (Qalahurra Nueva). Dentro del tercero, caben íntegramente las dos etapas del brillante emirato de Muhammad V (1354-1359 y 1362-1391), con creaciones tan importantes como el Mexuar, el acceso a la Sala de la Barca (vinculada al Palacio de Comares) y, sobre todo, el famosísimo Palacio del Riyad, centrado por el patio de los Leones y con las salas (de los Reyes y de los Mocár-

bes) y «qubbas» (de los Abencerrajes y Mayor o de las Dos Hermanas, teniendo ésta como anejos la sala de los Ajimeces y el mirador de Lindaraja), pabellones y galerías que lo rodean. Dentro del cuarto, durante los emiratos de Muhammad VII y Yusuf III (1392-1417), se sitúa la torre de las Infantas (Qalahurra Nueva). El arte nazarí nos muestra su desarrollo no sólo a través de los valores arquitectónicos (donde los espacios se expresan de un modo peculiar, gracias a los sistemas de proporciones), sino también merced a la ornamentación que invade muros, arcos y techos. Tras un recuento de los materiales (alicatados de cerámica, placas de yeso, estructuras de madera, mocárabes) se estudian en profundidad los temas decorativos. Hallamos en éstos factores decisivos para penetrar en las raíces estéticas del arte musulmán y en especial del nazarí. Fernández-Puertas había mostrado en trabajos anteriores su interés por la ornamentación musulmana. Ahora esa formación previa le permite ofrecernos magníficas síntesis sobre la decoración de lazo, sobre el ataurique, sobre los motivos figurativos en el palacio del Riyad (de los Leones), sobre la epigrafía caligráfica e inscripciones cúficas, todo ello magníficamente ilustrado con finos diseños propios. El capítulo 7 contiene una bella (y en la medida de lo posible rigurosa) evocación de «La vida literaria, artística y cultural de la corte nazarí». Recomendamos su lectura; recorriendo a la miniatura medieval española, intenta reconstruir el ambiente en que pudo germinar una fecunda actividad creadora.

En la «Introducción general» se encuentran los principios básicos para valorar la extensa segunda parte (capítulos 8 a 22, págs. 159-443, más 20 fuera de texto con reproduc-

ciones en color) dedicada a la obra de Owen Jones. El estudio que se hace de ella, con los comentarios a sus «Láminas hasta la época de Yusuf I», da pie a un recorrido en profundidad que se inicia en el siglo IX y concluye a mediados del XIV con el asesinato del gran sultán. El texto se nutre con densa información de carácter histórico, intercalándose árboles genealógicos para ayudar a desenredar la complicada madeja de los emires destronados o asesinados, a veces por usurpadores que acabaron siendo pasados a cuchillo. Para no dejar sensibles vacíos se parte en ocasiones de láminas que, sólo de un modo muy genérico, permiten adentrarse en construcciones de gran envergadura, como ocurre con la Alcazaba y el gran recinto amurallado, que se estudian con gran detalle y rigor. Son las magníficas plantas y secciones que aporta el autor las que permiten un completo análisis de estos conjuntos. La atención se concentra luego en obras que cuentan ya con sólidos testimonios gráficos como el Partal, el Peinador de la Reina y, muy especialmente, el palacio de Comares.

Pongamos punto final a estos comentarios recogiendo las palabras de Fernández-Puertas sobre lo que falta por publicar: «El segundo volumen se concentrará más en la gente que habitó aquellos palacios y en el uso que hicieron de aquellos edificios. Trazaré la historia artística y humana del Palacio de Comares y del Palacio del Riyad [de los Leones], a través de la época de Muhammad V. También estudiaré la Casa Real de los Reyes Católicos, la decoración morisca, el renacentista palacio de Carlos V, los viajeros románticos del siglo XIX y la historia de la restauración y conservación de la Alhambra hasta el día de hoy».

RESUMEN

Pita Andrade parte del recuerdo de un libro de García Gómez, publicado hace diez años, para, repasando toda una serie de publicaciones sobre la Alhambra, llegar al comentario del primer volumen de una importante monografía aparecida en Gran Bretaña y de la que es autor el profesor Fernández-

Puertas. En ella se recupera la memoria de Owen Jones, que realizó bellos diseños de la Alhambra antes de mediar el siglo XIX. Al reproducirse ahora de nuevo se estudia en profundidad la historia, la arquitectura y la decoración del monumento con renovados enfoques.

Antonio Fernández-Puertas

The Alhambra I. From the ninth century to Yüsuf I (1354)

Saqui Books, Londres, 1997. 500 páginas. 155 libras esterlinas. ISBN: 0-86356-466-6.

SUMARIO

	Págs.
«La Alhambra una vez más», por José Manuel Pita Andrade, sobre <i>The Alhambra I. From the ninth century to Yüsuf I (1354)</i> , de Antonio Fernández-Puertas	1-2
«La historia cinematográfica como teoría», por Román Gubern, sobre <i>El cine italiano 1942-1961. Del neorrealismo a la modernidad</i> , de Ángel Quintana	3
«Diversidad universitaria», por Ramón Pascual, sobre <i>The Times Good University Guide</i> , de John O'Leary (ed.)	4-5
«Músico, poeta y santo: Tyagaraja», por Luis de Pablo, sobre <i>Tyagaraja: Life and Lyrics</i> , de William J. Jackson	6-7
«La complicada construcción de una Hacienda», por Juan Velarde Fuertes, sobre <i>Memorias (1808-1856)</i> , de Ramón de Santillán	8-9
«La querrela de modernos y postmodernos», por Ignacio Sotelo, sobre <i>El corazón del laberinto. Crónica del fin de una época</i> , de José Luis Pinillos	10-11
«Mitologías de los pueblos antiguos», por Francisco Rodríguez Adrados, sobre <i>Diccionario de las mitologías</i> , de Yves Bonnefoy (dir.)	12

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

La historia cinematográfica como teoría

Por Román Gubern

Román Gubern (Barcelona, 1934) ha sido profesor de Cinematografía en la Universidad de California del Sur (Los Ángeles) y en el Instituto Tecnológico de California (Pasadena), así como director del Instituto Cervantes en Roma. Actualmente es catedrático de Comunicación Audiovisual en la Universidad Autónoma de Barcelona, de cuya Facultad de Ciencias de la Comunicación ha sido Decano. Es presidente de la Asociación Española de Historiadores del Cine y miembro de diversas academias españolas y extranjeras. Autor de una veintena de guiones para cine y televisión y de una treintena de libros.

La importancia del estudio sobre el cine italiano propuesto por Ángel Quintana en este volumen se asienta, a mi juicio, en por lo menos tres razones de gran calado. La primera de ellas es la centralidad que su producción cinematográfica de postguerra ha tenido en los debates culturales y hasta políticos durante el franquismo, pues aquel cine con voluntad testimonial y nacido de la guerra antifascista fue visto, por los sectores de la izquierda intelectual en nuestro país, como modelo, ejemplo y bandera para nuestro cine coartado por la censura. No es ningún secreto que las primeras películas de Juan Antonio Bardem, Luis G. Berlanga y José Antonio Nieves Conde buscaron su inspiración, en mayor o menor medida, en el neorrealismo italiano, cuya mirada cruda y crítica sobre la sociedad se erigía como contrapunto y como terapia frente al cine complaciente, enmascarador o triunfalista, impulsado y protegido desde las instancias oficiales. Y ese ejemplo y guía se convirtió en indiscutible, a pesar de que el cine neorrealista italiano llegó poco y mal a las pantallas españolas, debido a las cortapisas tanto de la censura gubernativa como de la comercial. Pero aunque *Roma, ciudad abierta*, de Roberto Rossellini, tardó unos veinte años en estrenarse en España, *Limpiabotas* y *Ladrón de bicicletas*, de De Sica, alcanzaron con relativa puntualidad nuestras pantallas y se convirtieron en muestras ejemplares para los cineastas españoles más exigentes. Incluso el brillante Edgar Neville, cuya adscripción política al franquismo no puede cuestionarse, confesaría que *El último caballo* (1950) fue un producto del efluvio neorrealista que llegaba de Italia.

En definitiva, para los cineastas y para las revistas cinematográficas de la orilla política izquierda (como *Objetivo* y *Cinema Universitario*, que acabaron siendo prohibidas, y *Nuestro Cine*) la consigna era muy clara. Y cuando el neorrealismo se eclipsó y dio paso en los años sesenta a la producción postneorrealista de Fellini y de Antonioni, el cine italiano siguió mateniendo su ejemplaridad estética, política y moral para nuestros intelectuales. Marcando la pauta, la revista *Nuestro Cine* (cuyo título era una referencia críptica a *Nuestro Cinema*, que dirigió el crítico comunista Juan Piqueras en la anteguerra) dedicó monográficamente en 1961 su primer número a *La aventura*, de Antonioni.

Pues bien, a pesar de la centralidad decisiva del cine italiano en los debates culturales y políticos bajo el franquismo, no han existido prácticamente libros que analizaran esta producción en nuestro mercado editorial. Y ahí radica la segunda razón que avala la importancia del libro de Quintana. En efecto, el balance editorial sobre el tema en nuestro país es bien magro. Y hasta José Luis Guarner, que escribió una excelente monografía sobre la obra de Roberto Rossellini, la publicó primero en inglés (en *Movie Paperbacks*, de Londres, en 1970), antes de que conociera su edición castellana en 1972 (en *Editorial Fundamentos*, de Madrid). Aparte de esto, los es-



Ladrón de bicicletas (1948), de Vittorio de Sica.



La dolce vita (1959), de Federico Fellini



Roma, città aperta (1945), de Roberto Rossellini.

tudios de conjunto sobre el cine italiano de postguerra se limitan a un texto poco brillante del francés Patrice G. Hovald, que publicó en 1962 Editorial Rialp con el título *El neorrealismo italiano y sus creadores*, que enfoca su estudio desde una óptica crítica cristiana. Y en los años cincuenta circularon por el mercado español dos libritos de mera divulgación: *El neorrealismo cinematográfico*, del español Pío Caro, pero publicado en México por Editorial Alameda en 1955, y la traducción de *Cine italiano*, de Mario Gromo, que nació en las prensas de la Editorial Losange de Buenos Aires en 1955. Como puede comprobarse, la cosecha editorial fue verdaderamente magra, sin relación alguna con el peso intelectual que el cine italiano tenía en nuestros debates de la época.

La tercera y última razón que convierte en sobresaliente el libro de Quintana es que se trata de un texto de historia que es, a la vez, un texto de reflexión teórica, consiguiendo un raro equilibrio entre el eje diacrónico que hace avanzar el relato y las calas teóricas acerca del debate sobre el significado del realismo, que entran de lleno en el campo de la filosofía estética. De entrada, todo el primer capítulo del libro, titulado elocuentemente «La ficción realista desde la óptica del neorrealismo», está dedicado a exponer las diversas corrientes de pensamiento y puntos de vista que han entrado en liza para dilucidar el significado del realismo en el arte moderno. Desde Gustave Courbet a Gyorgy Lukács, pasando por Emile Zola, el concepto de realismo ha significado muchas cosas distintas. Quintana marca este debate en el contexto cultural italiano, en el que los intelectuales vinculados a posiciones marxistas (como Umberto Barbaro, Elio Vittorini o Galvano Della Volpe) gozaron de una posición preeminente.

Pero si el debate acerca del significado del realismo, que la acotación cronológica elegida por Quintana hace que su libro se cierre con la aportación cimera de Pasolini, vertebra un eje central del texto, su segundo eje teórico lo constituye la cuestión de la modernidad, es decir, el proceso de modernización vivido por el cine italiano desde que se desembarazó de la pesada losa estética y retórica del fas-

cismo. Y con el armazón de estos dos pilares construye Quintana el discurso y la reflexión teórica propuesta en *El cine italiano 1942-1961*.

Hacia ya tiempo que habíamos aprendido que no existe la historia del cine, sino tantas historias como puntos de vista personales y teóricos se arrojan sobre los datos y sobre los acontecimientos cinematográficos, dando lugar a variados discursos e interpretaciones. Por eso historiar es también necesariamente teorizar. De aquí que el estimulante libro de Quintana nos corrobore que habría que ver la historia del cine como una reflexión sobre las mutaciones teóricas a lo largo del tiempo. Pero, por la misma razón, también habría que ver la teoría cinematográfica como una reflexión sobre la evolución del cine.

Una crónica de nuestro tiempo

Hace ya años, José Luis Guarner hizo notar con perspicacia que ninguna cinematografía había adquirido la condición de espejo social de la realidad en la medida y con la intensidad con que lo había sido la italiana. Las costumbres cotidianas, el machismo en las relaciones sexuales, la centralidad social de la familia, el peso de la influencia católica, el fardo de la burocracia, el poder de la mafia, la cultura del «aparentismo», la presión del consumismo, la picaresca para sobrevivir, todo un universo de mitos y de comporta-

mientos sociales ha desfilado por las pantallas italianas, ilustrándonos con humor o con patetismo acerca de sus miserias. Todos los grandes debates nacionales, e incluso los pequeños, han sido expuestos por sus directores, desde la controversia acerca del divorcio hasta la colaboración de los católicos con los comunistas. Y, junto a las tragedias épicas de Rossellini y de De Santis en la inmediata postguerra, el cine italiano supo crear una comedia de una enorme vitalidad, con actores emblemáticos (Alberto Sordi, Vittorio Gassman) y dotada de una capacidad especular que no tiene parangón en otras cinematografías.

La categoría del costumbrismo está hoy bastante desacreditada en la literatura y en el cine, pero cuando revisamos las viejas películas italianas de los años cincuenta y sesenta, nos damos cuenta de que sus directores supieron redimir lo que de prosaico pudiera tener el costumbrismo, en su acepción tradicional, con su mirada irónica y escéptica, divertida y desacralizadora. Pocos pueblos han sido tan autocríticos como el italiano en sus ficciones cinematográficas y éste es un honor y un mérito cultural que sería a todas luces injusto negarle en la actualidad.

El libro de Ángel Quintana, a la vez que documenta con erudición acerca de los avatares industriales y políticos de aquella cinematografía, con sus grandes debates internos, nos restituye también esta dimensión especular que ha sabido construir a lo largo de los años. □

RESUMEN

Este estudio sobre el cine italiano de postguerra, que comenta Román Gubern, es importante, en su opinión, por tres razones esenciales: por la decisiva influencia que tuvo el neorrealismo italiano en el cine que se hizo en España en los años cincuenta; porque, pese a

esta influencia, apenas si existe bibliografía de peso sobre ese cine en español; y, en tercer lugar, porque el autor de este estudio que va desde 1942 a 1961 ha conseguido aunar un texto de historia con un texto de reflexión teórica, lo que enriquece sumamente el libro comentado.

Ángel Quintana

El cine italiano, 1942-1961. Del neorrealismo a la modernidad

Paidós, Barcelona, 1997. 268 páginas. 2.200 pesetas. ISBN: 84-493-0377-X.

Diversidad universitaria

Por Ramón Pascual

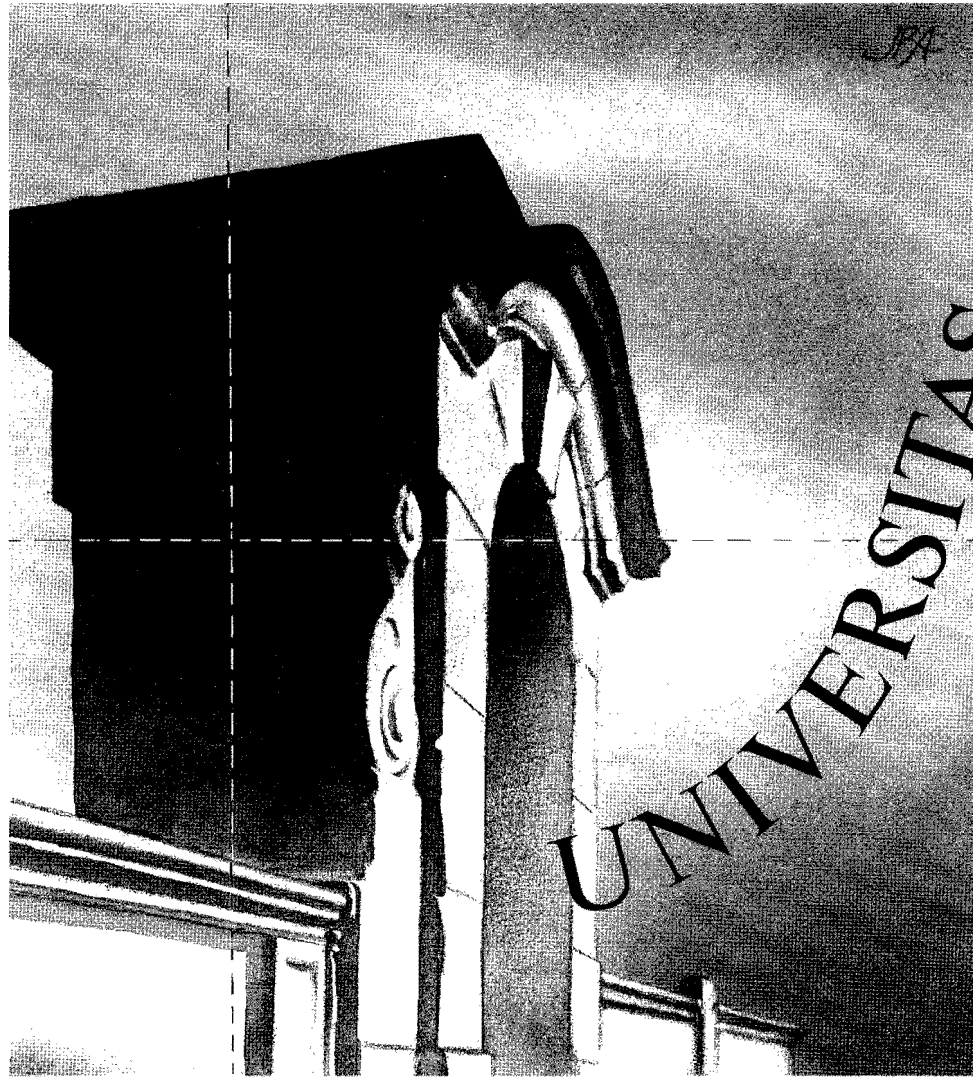
Ramón Pascual (Barcelona, 1942) es catedrático de Física Teórica de la Universidad Autónoma de Barcelona, de la que ha sido rector (1986-90), y es académico de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona. Ha sido director general de Enseñanza Universitaria de la Generalitat de Catalunya (1980-1982) y es vicepresidente de la Comisión Promotora del Laboratorio del Sincrotrón.

La Constitución española reconoce en el número 10 de su artículo 27 la autonomía de las universidades. La Ley de Reforma Universitaria (LRU) que la desarrolla dice en su preámbulo que así se revisa «el tradicional régimen jurídico administrativo centralista de la Universidad española» (en mayúscula). Hasta aquí la Constitución y la base de la ley. A partir de aquí empieza el debate de qué quiere decir la autonomía de las universidades (en mi opinión, en plural y en minúscula: afortunadamente ya no se puede hablar de la Universidad española sino de las universidades españolas). Para mí autonomía quiere decir el régimen que caracteriza las universidades anglosajonas en contraposición a las universidades, a veces llamadas napoleónicas, de nuestro entorno. La autonomía, paradigmática de las primeras, quiere decir ni más ni menos que en la universidad hay un órgano (llámese «board of trustees» o lo que sea) que controla el gobierno de la universidad con una independencia sólo sometida a los condicionantes de la sociedad a la que sirve y que, en buena parte, le proporciona los recursos económicos. No quiere decir que algo tan vago y mutable como la «comunidad universitaria» ostente el gobierno; lamentablemente esta última interpretación es la que ha usado alguna vez nuestro Tribunal Constitucional, por ejemplo, para limitar el papel de nuestros consejos sociales, alegando que sus 3/5 partes no pertenecen a la comunidad universitaria de un cierto momento.

En un régimen de autonomía universitaria, en contraposición a un modelo centralista y uniforme, cada universidad ha de definir su modelo y sus características. Ya no cabe la Universidad española, uniforme y gobernada desde la administración, ya sea central o autonómica. Cada universidad ha de buscar su manera de adecuarse lo mejor posible a lo que la sociedad, representada por un gobierno democrático, espera de ella, en el bien entendido que si la respuesta no es la que se juzgue adecuada, la administración deberá ajustar la financiación a la calidad de la respuesta o, en última instancia, suspender la autonomía universitaria en los términos previstos por la ley. Se podrá argüir, argumento que no comparto, que el resultado global de aplicar una misma política planeada por una sola autoridad central puede ser mejor que la media de muchas políticas distintas planeadas por cada universidad. Pero lo que está claro es que el primer sistema nunca producirá las instituciones elitistas consustanciales a la idea de universidad.

La clasificación de las universidades

El libro que comentamos es una guía que ha preparado John O'Leary, el editor de educación del *Times*, y va dirigida a los estudiantes (y a sus padres) que deberán entrar en la universidad un año y medio después de su aparición. El contenido es muy variado, desde el famoso «ranking» de 96 universidades británicas que publica anualmente el *Times* hasta la descripción de los entornos urbanos de las distintas universidades, pasando por ex-



JUAN RAMÓN ALONSO

plicaciones y consejos acerca del complejo método de selección que han de seguir los aspirantes. Como guía que es, no se trata de un libro para leer desde la primera página a la última. Los británicos lo utilizarán para orientarse en un sistema universitario cuya complejidad sólo se justifica por los buenos resultados que la autonomía universitaria ofrece en los países anglosajones como consecuencia de su diversidad. Los españoles lo podemos utilizar para conocer un sistema radicalmente distinto al tradicional aquí y para gustar lo que significa la verdadera autonomía universitaria.

Diversos puntos creo que sorprenderán al lector español. Uno de ellos es el propio método de selección de los estudiantes que, si bien está coordinado entre las administraciones de Inglaterra, Irlanda del Norte, Escocia y País de Gales mediante un único Servicio de Admisión, es responsabilidad completa de cada universidad que elige libremente, a veces incluso mediante una entrevista, a los candidatos que juzga más idóneos, con independencia de su lugar de origen y atendiendo a criterios muy variados. Otro es la gran diversidad de niveles entre las universidades: es bien conocida la gran calidad de universidades como Cambridge u Oxford, pero no lo es tanto que sobre una escala de 1000 puntos, en la que éstas obtienen 949 y 930 respectivamente, hay una universidad que obtiene menos de la mitad, 405. Esta diversidad implica que cuando un estudiante británico hace sus seis solicitudes debe apuntar bien, incluso haciendo una estimación de las calificaciones que va a obtener en lo que es nuestro COU: si pide seis universidades de mucho prestigio para tener un título muy valorado y no tiene suficientes A (nuestros sobresalientes) puede ser rechazado por todas y estar obligado a acudir a una de las colistas (o a esperar un año), obteniendo un centro peor que aquel candidato que, con peores calificaciones, ha sido admitido por un centro

de más calidad solicitado en primera instancia. (Me pregunto si aquí esto no podría ser objeto de un recurso judicial que pudiera llegar a prosperar.)

La clasificación que el *Times* hace de las universidades se basa en ocho criterios de peso desigual y cuya metodología se explica. Los indicadores de más peso son la evaluación docente (va dirigido a los futuros estudiantes) y la investigadora, con pesos 2,5 y 1,5. Por descontado que la elección de los indicadores y la manera como se miden puede ser discutible. Pero creo que (como es el caso) si se elige un conjunto de indicadores razonables, la clasificación que se obtiene también es razonable. En todo caso lo es mucho más que, como pasa en España, no se mida nada y no se dé ningún elemento de juicio a los futuros estudiantes sobre la calidad de la universidad que van a elegir, siguiendo con el espejismo de que todas las universidades son iguales y que un título tiene el mismo valor en el mercado con independencia del lugar donde se ha obtenido (cosa falsa en la Gran Bretaña y que va siéndolo en España a medida que la autonomía universitaria va funcionando). Por supuesto que la razonabilidad del resultado puede ser discutida, especialmente por las universidades colistas e incluso por algún observador externo. Mi impresión, por los casos que conozco y que he cotejado (especialmente la situación de la física), es que el resultado se ajusta a la realidad, con matices menores.

Otra característica que me gustaría resaltar del resultado del ejercicio es que en los centros mejor clasificados existe una fuerte correlación entre los de mayor calidad investigadora y los que enseñan mejor, mientras que en los de menor calidad global, hay una escasa investigación y una calidad docente que, si bien supera el aprobado, es inferior a la media de la de los centros excelentes. De manera que no es cierta la opinión de que existen centros de gran excelencia docente

con ausencia de investigación. Cuando muchos reclaman primar las aptitudes docentes sobre los buenos historiales científicos a la hora de seleccionar el profesorado, siempre es bueno recordar que en las universidades de élite, ambas aptitudes andan correlacionadas. Si se pretende hacer un centro de calidad, basta seleccionar a los buenos investigadores: la calidad docente será una consecuencia; a partir de ello las mejoras en las aptitudes docentes, que no deben olvidarse, son correcciones de segundo orden. Pero lo contrario no es cierto: si se elige en función de las aptitudes docentes, además de que éstas son más difíciles de evaluar, no es seguro que se obtenga un centro de alta calidad global. De esto se deduce que no parece razonable seleccionar el profesorado de una manera uniforme para todas las universidades. Más adelante me extenderé sobre ello, pero de lo expuesto ya parece claro que las que quieren ser buenas universidades deberían elegir sólo en función del historial investigador.

Distintos parámetros

En mi opinión la gran diversidad en la calidad de las universidades lanza un mensaje claro a las administraciones. No se pueden tratar con los mismos parámetros a aquellas universidades de primera categoría, las que prestigian un sistema, las que hacen avanzar la ciencia y las que otorgan los títulos más valorados, que a aquéllas que se limitan a otorgar unos títulos menos apreciados (aunque igualmente necesarios para el desarrollo de un país). Los tratamientos han de ser distintos y tampoco ha de ser el mismo ni el sistema de selección del profesorado ni todo lo que se desprende del mismo. El «café para todos» característico de nuestro sistema ha de sustituirse por el sistema diferenciado, respetuoso con la autonomía, propio de los países como el Reino Unido, que tratan de muy diversa manera a las buenas universidades que a algunos centros de aceptable capacidad docente y necesarios también para la sociedad.

En resumen, el *Times* ha hecho un buen servicio a la ciudadanía, al igual que lo que hace el diario *Le Monde* en Francia. Ya me gustaría que algún intento muy parcial que ha hecho algún diario español fuese de igual competencia o que, por lo menos, explicara los indicadores utilizados y su sistema de medida. Afortunadamente estos sistemas de evaluación por parte de medios de comunicación suelen ir acompañados por otros promovidos por las propias universidades o por las administraciones que las tutelan. Éstos suelen no estar tan dirigidos a los futuros estudiantes y tener una visión más completa. Ejemplo de los primeros, más recientes, han sido las evaluaciones promovidas por la CRE (Confederación de Rectores Europeos) que ha evaluado a unas pocas universidades, entre ellas la mía, y que acaba de entregar su informe que el lector puede encontrar en el web de la Universidad Autónoma de Barcelona (<http://www.uab.es/ivria/premsa/cre.htm>). Si bien el tamaño de la muestra aún no permite una visión comparada, la visión externa, además de confirmar que en este caso la universidad no anda mal, considero que puede ser muy útil a las autoridades universitarias para mejorar en algunos aspectos. Pero vamos a comentar la evaluación que promueven las propias administraciones concretándonos al Reino Unido.

Aparte de experiencias anteriores, el «Joint Funding Council» (que agrupa las cuatro administraciones mencionadas) promovió en 1992 un primer ejercicio de evaluación de la investigación que se ha repetido en 1996, así



Viene de la página anterior



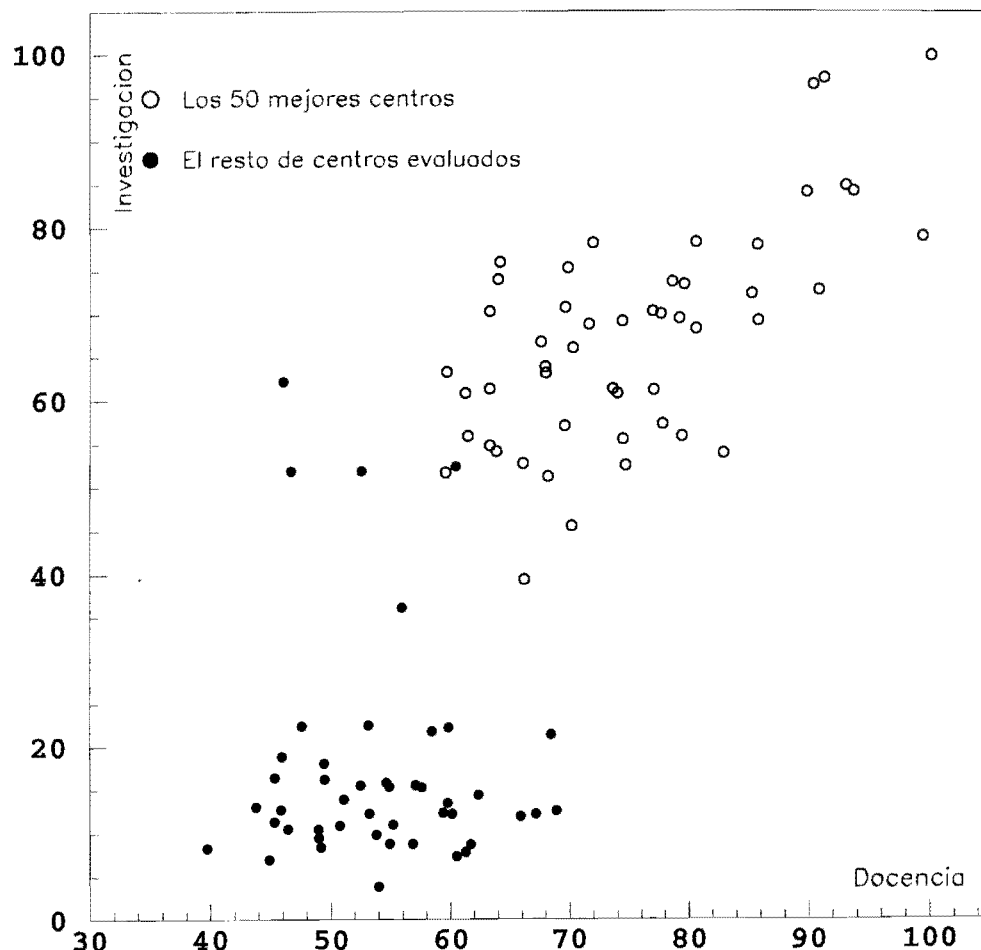
como diversas otras iniciativas, incluida la evaluación de la calidad docente. Sus resultados están disponibles en <http://back.niss.ac.uk/education/hefc/>. En este último ejercicio se han evaluado 69 unidades, lo que nosotros llamaríamos áreas de conocimiento (desde las ciencias relacionadas con los laboratorios clínicos hasta los temas relacionados con los deportes, pasando por todos los campos usuales). Un total de 191 centros (universidades o algunas partes de ellas, incluyendo todas las que analiza el *Times*) se sometieron a la evaluación voluntariamente (¡pero los que no se someten no pueden ser beneficiarios de los contratos de investigación!).

Los resultados se describen en una serie de documentos (consultables en <http://back.niss.ac.uk/education/hefc/rae96/>). En ellos, aparte de describirse las metodologías utilizadas, no se ofrece una clasificación por universidades de tipo general sino algo mucho más detallado. De cada departamento o unidad de cada universidad se ofrece una puntuación, que en 1992 era de 1 a 5 y ahora se ha ampliado a 5* y ha desdoblado el 3 en 3a y 3b, y se ofrecen algunos otros detalles. Por ejemplo, las unidades de Cambridge están pobladas de cinco-estrellas y cinco mientras que otros centros abundan en doses y unos. Además, se señalan aquellos campos en los cuales, a juicio de los evaluadores, hay grupos de investigación de mayor calidad. Alternativamente, se puede consultar una unidad de evaluación (es decir, un área) y se obtiene la puntuación de cada centro en dicha materia. En este sentido, un futuro estudiante de física (perdón por el partidismo) puede apreciar no sólo que su porvenir será mejor si es aceptado por las universidades de Cambridge o de Oxford, cosa previsible, sino también cuáles son los otros centros apetecibles y cuáles debe evitar.

No voy a entrar en más detalles ni quiero sobredimensionar la importancia de las clasificaciones, pero sí que quiero poner de manifiesto que hay que trabajar con equipos de evaluación y con cifras, lo que supone un cierto esfuerzo. En este ejercicio se han evaluado un total de 2.896 unidades que afectan a 55.893 investigadores. También se debe advertir, como no se cansan de repetir los autores, que no hay que limitarse a contemplar los fríos números. Para sacar provecho del ejercicio hay que leer los textos y las explicaciones que los acompañan. Sólo así se podrá sacar una idea clara de la realidad de las universidades británicas.

Nuestras universidades autónomas

Ahora la pregunta se impone: ¿cómo son las universidades españolas? Cuando todos dependíamos del Ministerio de Educación y Ciencia (la «y Ciencia» introducida por Lora-Tamayo en sustitución de «Nacional» y cambiada ahora a «y Cultura») la administración pensaba que todas las universidades eran buenas: nunca vi que se sancionara ningún disparate a pesar de los bajos niveles de calidad que existían en algunos sectores. Ahora las administraciones, en mayor o menor grado, quieren mantener la ilusión del control para evitar una posible bajada de la calidad. De esta manera intentan seguir con un uniformismo esterilizador que lastra las alas de las que podrían volar más alto. Pero tras más de diez años de funcionamiento de la LRU y de una cierta autonomía las universidades cada vez son más desiguales. No voy a entrar en comparaciones con centros extranjeros, pero conviene hacer saber que algunas son comparables, o bastante superiores, a la media europea (a pesar de una financiación que, si bien ha aumentado sustancialmente, sigue estando bastante por debajo de la media eu-



ropea, como nos recuerda la mencionada evaluación de la CRE).

Pero estas desigualdades son desconocidas por el público. Los padres, acostumbrados a que los hijos estudien lo más cerca posible de casa (debido en buena parte a un sistema de becas que no favorece la movilidad), siguen creyendo que en todas las universidades se enseña igual (algunos incluso creen que cualquiera de las tres mil universidades de los Estados Unidos es mucho mejor). Los empleadores desconocen la diferencia del valor de los títulos: ¿cómo la iban a conocer si hasta hace poco todos llevaban la misma firma? Los datos hechos públicos (no los existentes, que se ocultan) son escasísimos. Se limitan a una clasificación muy ilustrativa que publicó *El País* (¿a pesar de la administración?) según los complementos salariales de investigación que pueden recibir los profesores cada seis años tras una seria evaluación y a algún otro dato más sensacionalista que riguroso que ha aparecido esporádicamente. Junto a esto, como he indicado, alguna universidad ha sido evaluada a petición propia. Algunos opinan que no es bueno dar clasificaciones para no crear competencia entre las universidades. ¿Como si la competencia fuera pernicioso! Si las universidades no se esfuerzan por ser mejores unas de otras, ¿para qué sirve la autonomía universitaria? ¿Quién querrá ayudar a gobernar unas instituciones que quieren ser autónomas? ¿Qué rector se esforzará en trabajar bien?

Hasta ahora no ha habido aquí ninguna evaluación medianamente seria por los medios de comunicación, como sucede en otros países. Recientemente las administraciones han puesto en marcha un programa de evaluación con carácter experimental y de alcance limitado. No sería serio calificarlo cuando aún no ha dado ningún resultado: esperemos que funcione y que, en caso contrario, se corrija (por favor, copiando lo que han hecho los otros) y se relance.

¿Modificar la LRU?

El análisis de estos sistemas de clasifi-

cación de centros de enseñanza superior debería hacer reflexionar a quienes parece que promueven la modificación de la LRU. Personalmente me hago una serie de preguntas que intentaré plantear. Ya sé que nuestra sociedad se mueve a pasos acelerados, pero me preguntaría en primer lugar si ya se ha agotado el marco de la ley actual. No es que considere que es una ley ideal, incluso me parece que sé diagnosticar alguno de sus fallos más graves. Pero me preocupa que en vez de buscar soluciones dentro del marco, se rompa el marco y se sustituya por uno nuevo (¿mejor?). La preocupación aumenta cuando los grandes promotores del cambio son aquellas universidades que impunemente (¿nunca se sancionará a ninguna ni por actos manifiestamente delictivos como parece que ha sido el caso?) han incumplido algunos aspectos de la ley actual: excesivo número de profesores asociados, déficits presupuestarios, etc. Como alguien ha incumplido las normas, modifiquémoslas —dicen—, de paso, volvamos a poner a todas las universidades en la misma línea de salida, como ya se hizo al aprobar la LRU: hagamos avanzar a los retrasados y retroceder a los avanzados. Ni la señora Thatcher (ni los siguientes gobiernos conservadores), que como es generalmente aceptado ha sido el flagelo de las universidades británicas, se hubiera atrevido a hacer retroceder a Cambridge hasta la línea media.

RESUMEN

Como rector que ha sido de la Universidad Autónoma de Barcelona y como director general de Enseñanza Universitaria de la Generalitat de Catalunya, que también ha sido, y no tanto como científico y teórico de la física, Ramón Pascual, en esta ocasión, comenta un libro sobre el papel de la universidad en la sociedad actual. Pascual parte del concepto de

Una de las cuestiones que se quiere modificar es la selección del profesorado, uno de los aspectos en que la autonomía de la LRU es más deficiente. Cuando se explica a un británico (hoy sistemáticamente me refiero al Reino Unido) que aquí las universidades no son libres de seleccionar su profesorado preguntan qué es entonces nuestra autonomía. Antes de la LRU el sistema de oposiciones era como una fiesta nacional: seis catedráticos nombrados de maneras muy peculiares se reunían en Madrid para decidir quién iba a ser profesor de una universidad cualquiera, todo aderezado con un sinfín de ejercicios que no detallo. Los resultados no siempre eran idóneos. La LRU ha sido posibilista: en un tribunal de cinco la universidad que convoca la plaza nombra dos miembros. (¡Los otros tres se deciden por un método tan elitista como el azar! Es decir la media, la vulgaridad, por mucho que sea de nivel universitario.) Los dos ejercicios son razonables, una versión un poco acartonada de lo que se hace por ahí: valoración del histórico y una exposición oral de una lección o de un trabajo de investigación. Cualquier profesor extranjero lo considera correcto. El tribunal (ahora se llama «comisión») se reúne en la universidad (lo agradecemos los de provincias). Los resultados tampoco son uniformes, pero en todo caso no son peores que antes y, como resultado, las universidades de ahora son «mucho» mejores que las de hace 20 años.

Pero algunos denuncian una «endogamia» inaceptable. Si una comisión hace una elección perjudicial para los intereses de la universidad, tampoco la acepto. Pero en algunos casos lo que sucede es que se prefiere un candidato de algo menor calidad que va a permanecer en la universidad y a dar masa crítica a un grupo de investigación que a otro algo mejor que va a practicar lo que se llamaba «guadalajarismo» (con perdón de los de Guadalajara ya que con la mejora de las carreteras podría usarse cualquier otro adjetivo, incluido el «puentismo» entre Madrid y Barcelona). Si ésta es una decisión de la universidad (no de los compañeros de departamento del candidato) la endogamia me parecería aceptable.

Pero como todo sistema es mejorable me apuntaría a la mejora. Lo que sucede es que yo pensaba que se iba a proponer una total autonomía a cada universidad en el proceso de selección (alejando el nombramiento de sus representantes en la comisión de los compañeros de los candidatos e implantando una posterior evaluación de la calidad), y me encuentro, oh sorpresa, que todos los grupos políticos se proponen a hacer justo lo contrario: ¡la universidad tendrá un solo representante y el elitista método de la lotería seleccionará no tres, sino cuatro miembros de la comisión! Ahora que estamos en un sistema global, ¿por qué no proponemos al señor Blair que un sorteo entre los físicos británicos (incluidos los de esas universidades que casi no hacen investigación) decida quién va a ser el próximo profesor de física de Cambridge? □

autonomía universitaria propio del sistema universitario anglosajón para subrayar que ya no cabe hablar de la Universidad española, así con mayúsculas, sino de cada una de las universidades existentes, que deben definir, en una democracia como la que tiene España, su modelo, sus características y adecuarse a lo que la sociedad les demande.

John O'Leary (ed.)

The Times Good University Guide

Times Books, Londres, 1997. 265 páginas. 8.99 libras esterlinas. ISBN: 0-7230-0957-0.

Músico, poeta y santo: Tyagaraja

Por Luis de Pablo

Luis de Pablo (Bilbao, 1930) estudió en Darmstadt y París con Max Deutsch. Es autor de cerca de un centenar de obras, como *Portrait Imaginé* y *la ópera Kiu*. Fundador de «Tiempo y Música», «Alea» y primer director del Centro para la Difusión de la Música Contemporánea del Ministerio de Cultura, ha sido profesor de análisis y técnicas contemporáneas de composición en Buffalo (EE.UU.), Ottawa y Montreal (Canadá) y en el Conservatorio de Madrid.

En Occidente no abundan los trabajos sobre compositores de tradiciones ajenas a la nuestra. Quizá porque buena parte de los nombres que de ellas han llegado hasta nosotros son míticos; quizá porque la creación musical en esas áreas es casi siempre anónima. Por otra parte, los escasos estudios disponibles sobre estos temas se suelen publicar, bien en revistas especializadas de acceso no fácil, bien diluidos en enciclopedias abrumadoramente voluminosas. No hablo, por incapacidad, de la abundantísima bibliografía que algunos países no occidentales ofrecen en lenguas para mí inaccesibles. Pero lo que he podido conocer en traducción me hace pensar más en hagiografías que en verdaderos trabajos musicológicos. Hay, pues, que saludar con agradecimiento, alegría y admiración el excelente libro del profesor William J. Jackson (del Departamento de Estudios Religiosos de la Universidad de Purdue, Indianápolis, Indiana) sobre Sri Tyagaraja, el músico, poeta (y santo) de Tiruvapur, en el actual Tamil Nadu, India del Sur.

La llamada música «carnática» (la música de la India del Sur, tan distinta de la del Norte, aunque sus orígenes lejanos sean casi los mismos), en abierta contradicción con lo que antes dije, nos ha legado una larga lista de compositores, en la que destaca una trinidad, que los nativos consideran casi santa. De los tres el más famoso es Tyagaraja. Los otros dos son Muttuswamy Dikshitar y Shyama Sastri. Todos nacidos en Tiruvapur. Y todos, más o menos, coetáneos de Beethoven. Tyagaraja nació en 1767 y murió en 1847. Compuso más de setecientos himnos, entre auténticos y atribuidos, amén de dos óperas o, si se prefiere, representaciones con música: *Historia de una lancha* y *La victoriosa devoción de Prahlada*.

El libro del Profesor William J. Jackson se ordena de la siguiente forma:

Primera Parte: Tyagaraja, su región y época. 1. Creación de una leyenda: Tyagaraja como modelo. 2. Raíces de Tyagaraja en la Historia local y continuidad cultural. 3. El Thanjavur¹ de Tyagaraja en una perspectiva global. 4. El músico como místico. Su visión de la canción sacra. Características de la «Kriti»².

Segunda parte: Traducción de sus poemas.

Todo ello acompañado de notas abundantes, eruditas y siempre imprescindibles.

No puedo tener la pretensión de resumir adecuadamente un libro como éste, tan denso de información y tan necesitado de constantes aclaraciones terminológicas y conceptuales (que el autor da ampliamente). Por otra parte, hacer un comentario prolijo equivaldría a recrear el famoso mapa del cuento de Borges, cuya precisión era tal que exigía el mismo tamaño que el original. Se me podría reprochar, no sé si con justicia, el haber elegido un libro así, precisamente para hacer un comentario... Pese a todo, lo he hecho por lo infrecuente del asunto entre nosotros –y la infrecuencia en ningún caso quiere decir falta de interés, sino más bien urgente necesidad– así como por tratar de un personaje de características tales que, por extraño que parezca, nos lo convierten, si no en ejemplar, sí al menos en estímulo esclarecedor. Me esforzaré, pues, por

no omitir nada importante y ser fiel, tanto a la devoción del autor por su biografiado, como al admirable espíritu de éste.

En el Sur de la India, Tyagaraja es considerado un santo. Gandhi dice explícitamente: «Vayas donde vayas en el Sur [de la India, se entiende] no cesarás de escuchar las canciones del Santo Tyagaraja». Todos los años, verdaderas multitudes –multitudes «indias», o sea incontables³– asisten a su Festival en Tiruvaiyaru, ciudad en la que pasó casi toda su vida. Hay fotografías impresionantes de miles de personas coreando sus «kriti»⁴ más conocidas: las *Pañcharatna* o *Cinco gemas*.

«Tyagaraja» significa «Rey de la Renuncia», uno de los apelativos de Shiva y, como se verá, el artista hizo honor a su nombre. La fascinación, el valor de símbolo que su figura siguen inspirando a las gentes del Sur de la India tienen, como siempre, muchos motivos en los que el profesor William J. Jackson intenta profundizar. Si los examinamos con él, tendremos una idea global del libro y sabremos apreciar mejor su valor.

En primer lugar está la música misma. Tyagaraja fue un consumado maestro en el uso de los «raga», o sea, del valor expresivo de los intervalos, sus órdenes escalísticos y sus infinitas variantes, jerarquizados en formas al mismo tiempo precisas y flexibles. Una «kriti» consta usualmente de una introducción («pallavi», literalmente «brote» en el sentido de un retoño vegetal), luego un refrán cíclico («anupallavi», o «tras el brote») y, para concluir, uno o varios temas («charanam», o sea «pie»). A guisa de «coda» se suele añadir un «mudra» («sello», o «firma del autor»); esta palabra, con otro sentido, se usa también en teatro –en el «Kathakali»– y en coreografía –en el «Bharata Natyam»–. Pues bien, Tyagaraja no sólo dio la forma más perfecta a la «kriti», sino que inventó toda una técnica variativa orgánica, no puramente ornamental. En la escucha atenta de cualquiera de sus obras –incluso para un occidental como quien esto escribe– salta al oído que la base intervalica del «raga» empleado y los juegos rítmicos de los «tala» –los equivalentes rítmicos del «raga»– son interdependientes de forma sutil, constantemente variada pero perfectamente reconocible. Primores que, contra todo pronóstico, no han trabado su popularidad. Y cuando hablo de «popularidad», quiero decir exactamente «eso». Por ejemplo, Beetho-

ven no es popular entre nosotros, salvo que lo consideremos tal porque en ciertas ocasiones una muchedumbre tararea (¿?) el tema del *Himno a la Alegría*. Verdi sí es popular en Italia. Quizá Occidente esté perdiendo la capacidad de hacer arte popular de calidad: milagros del consumo...

En segundo lugar, la vida de Tyagaraja, su santidad, tienen muchos aspectos atrayentes para cualquier sensibilidad que vaya un paso más allá de la cuenta bancaria.

Tyagaraja perteneció a la casta brahmánica. Pero, por así decirlo, no se valió de ello. Inevitablemente, su situación era la de un favorecido (que no privilegiado, como se verá). Al final de una vida de pobreza real –santo, mendigo, poeta, cantor– entró en el orden de los «sannyasin», o sea el estadio final de la perfección, que exige el no tener bienes. El «Rey de la Renuncia» mereció en verdad su nombre.

Tyagaraja dio este paso al final de su vida. Pero su postura había sido siempre la misma, sin excepción. Véase un ejemplo.

Sus talentos de músico y poeta fueron conocidos pronto. La corte que la dinastía Maratha mantenía en Thanjavur –capital de la zona en donde Tyagaraja residía– había sido un foco de cultura de primer orden. Ciertamente en los días del músico se hallaba en un estado lamentable por los ataques de los musulmanes al mando de dos sultanes, padre e hijo, famosos en Occidente por las películas y novelas con que los ingleses nos han obsecuado: Hyder Ali y Tipu (o Tippu). En la niñez y adolescencia de Tyagaraja las hambrunas fueron endémicas en una tierra que pasaba por ser una de las más fértiles de la India. Según el misionero protestante alemán Christian Frederick Schwartz –testigo presencial, que nos ha dejado un fascinante *Diario*– más del veinte por ciento de la población se tuvo que autovender como esclavos para poder subsistir...

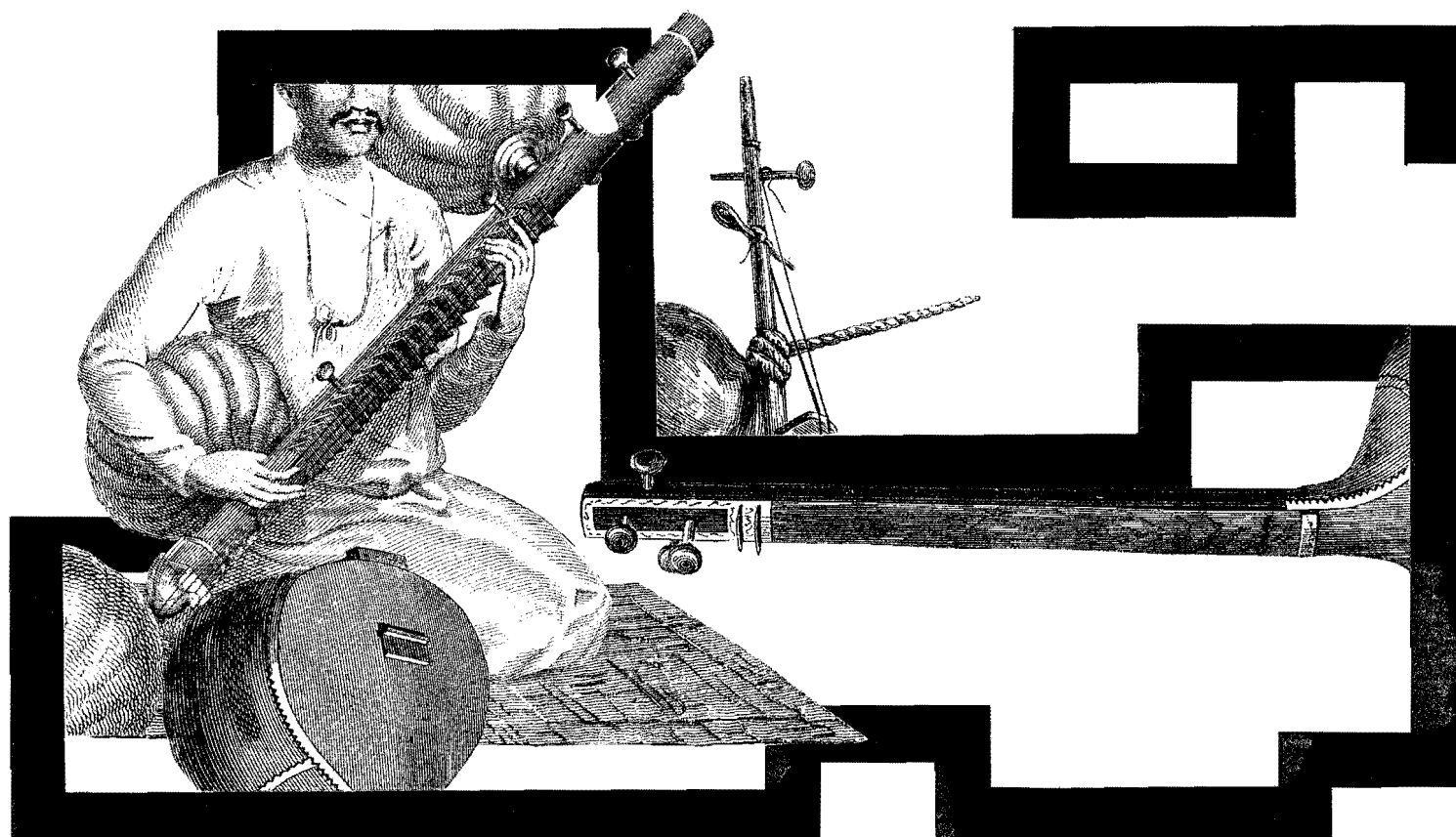
Pese a todo, la cultura de esta corte hinduista era muy elevada y tenía un glorioso pasado reciente. El rajá reinante, Sarabhoji, subió al trono en 1787, o sea cuando Tyagaraja contaba veinte años. El joven rey había tenido a Schwartz como tutor, y esto quizá explique el que se declarase vasallo de la Compañía Inglesa de la Indias Orientales, medio eficaz para protegerse contra la amenaza musulmana. Pero el hecho es que una de las primeras

cosas que el nuevo rajá hizo fue invitar a Tyagaraja a instalarse en su corte y componer una serie de piezas en su loor. Hay que añadir que, pese a la presencia de Schwartz, y según su propio testimonio, la corte de Thanjavur estaba muy controlada por los brahmanes. Parecería lógico pensar que Tyagaraja hubiera aprovechado la ocasión para instalarse entre sus compañeros de casta. Y, sin embargo, su reacción fue la contraria: rechazó la invitación, afirmando que todos sus cantos servirían para celebrar las glorias de Rama. Como así fue, con contadas excepciones, que nunca lo fueron para alabar al poder.

Esta postura de aceptación de la pobreza en aras de una espiritualidad sin compromisos produjo un impacto tal en la imaginación popular que provocó un diluvio de leyendas. Según unos, Sarabhoji le ofreció un cofre con piedras preciosas a cambio de una sola canción en su honor. Según otros, lo ofrecido fue una ciudad entera, etc.

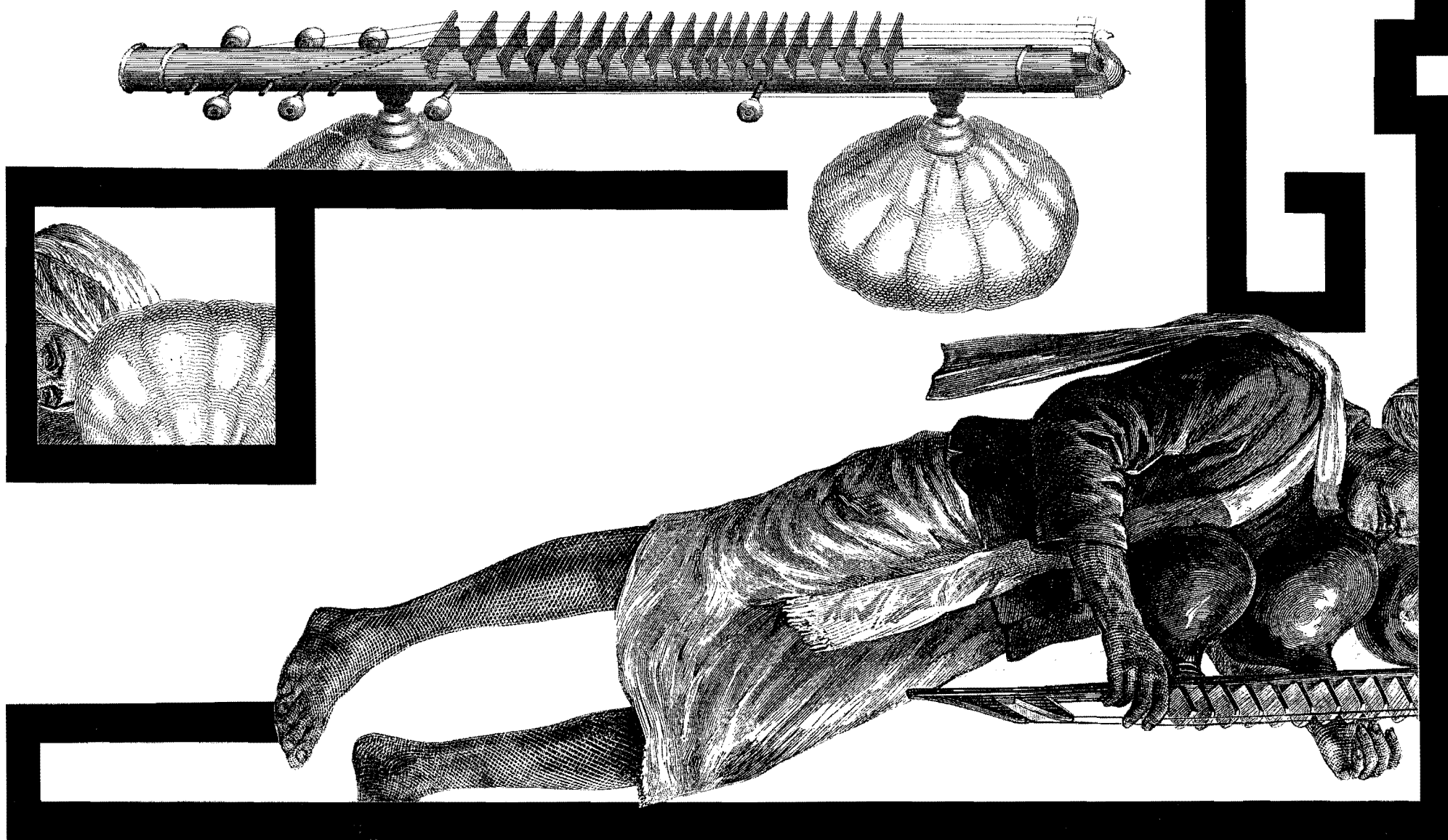
Una postura así quizá produzca hoy alguna sonrisa conmovedora o, peor, impaciente. Con ello, lo único que se hace es mostrar lo que Occidente ha perdido y lo que en otros lugares –agredidos, maltrechos, humillados– aún pervive mal que bien, verosíblemente por escaso tiempo.

En tercer y último lugar, Tyagaraja es la encarnación misma de una actitud india difícil de comprender –e imposible de asumir– para un occidental: su ahistoricismo. Los avatares de la Historia (es bien sabido que la palabra «avatar» es india y significa las distintas manifestaciones de un mismo ser en el tiempo) se consideran accidentales. De aquí la ausencia de libros de historia (en el sentido occidental) en la India Clásica. Comenzando por su Panteón (Vishnú es un buen ejemplo: en sus «avatares» incluye a Rama, el modelo venerado por Tyagaraja) y terminando por el ciclo de reencarnaciones, el presente y sus manifestaciones físicas no pasan de ser para el hinduista (como decía el otro) «impurezas de la realidad». Tyagaraja es un arquetipo de esa sensibilidad ahistórica. Primero, por su consideración de la música como algo divino o, mejor, como la encarnación misma de la divinidad. Segundo –consecuencia de lo anterior– porque su obra no tiene en cuenta, ni refleja en modo alguno el mundo concreto



ALONSO RUANO

Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

en que vivió: lo ignora o lo trasciende. Será útil detenerse en estos dos puntos.

En uno de sus textos, Tyagaraja nos dice: «la liberación consiste en discernir los lugares justos de los siete sonidos en medio de la confusión del mundo». Esta creencia es tan antigua como la India misma: algo muy parecido se afirma en el «Sama Veda» (el «Veda» musical). De aquí el inmenso respeto de Tyagaraja, su veneración, por el sonido organizado, verdadero esqueleto de todos sus poemas. De aquí también sus ocasionales exabruptos contra el irrespetuoso, el ignorante, el aprovechado: «hay un océano de éxtasis en la sabiduría musical; quien no se sumerge en él es como un inútil fardo sobre la tierra»; «si no conoces los ritmos del tambor y lo golpeas bárbaramente ¿qué sacarás con ello?»; «cantar versículos con mente impura es llevar una vida de cerdo»... Al contrario: «el néctar del hermoso sonido musical se ha encarnado en nuestro mundo: es la base de los 'Vedas', de los 'Puranas'; «apura el néctar del 'raga' y alégrate»; «el conocimiento del arte musical es el dispensador del éxtasis: te hace participar en la divinidad del Amado», etc...

Divagación quizá no inútil: no se puede dejar de pensar en el Romanticismo alemán y su exaltado concepto de la Música. Es llamativo que el descubrimiento del arte y pensamiento indios se produjera en Alemania (vía Inglaterra) en el inicio del primer Romanticismo: lugar y época justos para elaborar un concepto trascendente de la Música. ¿Será necesario recordar los últimos proyectos de Beethoven, Wagner, etc..., en torno a temas indios? Lo deliciosamente contradictorio del caso es que ese deslumbramiento por una cultura que ignora la Historia se produce en un movimiento tan explícitamente historicista como el Romanticismo. Bienvenidas sean las contradicciones. Y cierro la divagación.

Como se ve, en opinión de Tyagaraja, la música es, no sólo divina, sino incluso el privilegiado punto de encuentro entre lo divino y lo humano: «basta con que nuestra mente emerja en Él y diga: 'yo soy Él', olvidando el cuerpo y su manido de sentidos, para poder cantar las glorias del Señor. ¿Qué felicidad puede sobrepasar a esta bendición, oh, Rama?».

De pasada, digamos que este concepto trascendente de lo musical, indio de origen, ha inspirado, entre otras cosas, una parte importante de la música «sufi». Sin embargo, la ortodoxia musulmana ha impedido que un fenómeno como el de Tyagaraja, con sus consecuencias multitudinarias, se produjera en el Islam.

Ahistoricismo evidente

El ahistoricismo de Tyagaraja es consustancial a su mensaje. El profesor William J. Jackson hace un cuadro completísimo de los tiempos en que vivió el músico: no pudieron ser más duros, crueles y trágicos. En sus días, la India del Sur padeció las querellas entre ingleses, franceses y portugueses por el control del mercado de especias. A esto hay que añadir las luchas religiosas entre musulmanes e hinduístas. Las esperables consecuencias fueron cosechas destruidas, campos estériles, matanzas indiscriminadas, cadáveres insepultos, pestes varias, etc... Algo como nuestra guerra de la Independencia, pero en gran escala.

Nada de esto se encontrará en la obra de Tyagaraja. Únicamente cantos en honor de Rama, celebrando la vida de renuncia y la contemplación musical desde la completa pobreza. Sólo se permite alguna alusión a la guerra. Pero no a las guerras concretas que le tocó vivir. Ni siquiera alude a los arrogantes recién llegados que iban a ser los patronos de su país durante más de un siglo. Sin duda sus escasas quejas están inspiradas en las cosas que sufrió o vio sufrir. Pero esas quejas están distanciadas por el artista: nunca las ve como algo concreto, con rostros y nombres propios, sino como inevitable consecuencia del «karma»: el horror infernal de la rueda acción-reacción.

O sea, la Danza de la Muerte: Kali en su aspecto destructor. Nos dice: «¿No es ya tiempo, oh Estrella Solar, Señor de rostro elefantino, capaz de dominar la locura de estos días de Kali, que lo que un día dijiste sea verdad? Kali ha venido en persona, ha preparado el escenario del drama, oh Señor adorado por Tyagaraja, y ha usado seres humanos como si fueran cabras sacrificadas en un culto per-

verso. ¿No es ya tiempo para que tu piedad descienda sobre nosotros, oh Estrella más brillante que el Sol?».

Por si la elocuencia del texto fuese escasa, la «kriti» está compuesta en un «raga» siniestro cuyo nombre —todos tienen uno— es «Danza de sombras».

Hay que insistir en que esta «kriti» que cito es la excepción que confirma la regla. La abrumadora mayoría de la producción de Tyagaraja permanece al margen de las realidades históricas y sociales de su momento, buscando profundizar en el mensaje trascendente de la música como puente hacia/desde lo divino o, al menos, lo incógnito. Y hay que añadir que esta tendencia —a veces calificada desagradable y frívolamente como «escapista»— ha existido y existirá siempre en la obra de arte, de una forma u otra, en la India y fuera de ella. Por lo demás, en el caso de Tyagaraja la acusación de «escapista» —que se le ha hecho en tiempos modernos— resulta un tanto ridícula, habida cuenta de su aplastante popularidad que no parece adulterar su mensaje.

Resta añadir algo importante: ¿es posible en España escuchar la música de Tyagaraja? Por una vez, la respuesta es afirmativa. La abundantísima discografía india ha encontrado eco, sobre todo, en Francia, donde hay material muy rico, sea gracias a la importación, sea por las colecciones bien conocidas de la Radio, el Museo del Hombre, la Unesco, el Museo Guimet, etc... Los grandes intérpretes (Subbulakshmi, los Su-

bramianiam, Semmangudi Srinavasa Iyer, etc...) están ampliamente representados y todos llevan música del Maestro. Y, como decía, algo de esto se puede encontrar entre nosotros, mezclado, eso sí, con mercancías más dudosas, que, por desgracia, también pueden ser de origen indio. Hay que hacer el pequeño y enriquecedor esfuerzo de saber escoger.

Y termino agradeciendo al profesor William J. Jackson por su trabajo paciente, enorme y ordenado, así como por el admirable panorama que ofrece de una cultura y una época mal conocidas por occidentales no especialistas, a través de la figura de uno de sus más grandes artistas. Gracias al profesor Jackson, Tyagaraja, desde su aparente condición de santo-músico-poeta, nos puede enviar una luz —en frase memorable de don Manuel Azaña— «tranquila y remota como la de una estrella», que nos ayuda a reflexionar sobre lo que significa y ha significado siempre (si se ven las cosas con profundidad, evitando el deslumbramiento de los «avatares», aunque sin negarlos) la alegría y la responsabilidad de ser artista. □

- 1 Los ingleses llamaron «Tanjore» a esta ciudad, y aún lo siguen haciendo. Así figura en muchos mapas.
- 2 Véase más adelante.
- 3 Precisión del articulista.
- 4 La palabra «kriti» corresponde, más o menos, a nuestra «composición». También puede significar «himno» y, de otra manera, «maravilla». Su raíz es la misma de «crear» o «creación», con lo que se une en una sola palabra poesía y música.

RESUMEN

Señala Luis de Pablo que en Occidente no se conoce demasiado a los compositores de tradiciones musicales ajenas a la nuestra y por eso llama la atención sobre un libro dedicado a un compositor indio, músico, poeta y santo, Sri Tyagaraja, coetáneo de Beethoven y representante de la llamada música «carná-

tica», propia de la India del Sur. El compositor español, salvando la complejidad del libro objeto del comentario, hace el esfuerzo de acercarnos a un músico desconocido aquí y, sin embargo, con unas características tales que su vida y obra resultan, en su opinión, un estímulo esclarecedor.

William J. Jackson

Tyagaraja: Life and Lyrics

Oxford University Press, Oxford, 1996. 414 páginas. 6.95 libras. ISBN: 0-19-563222-2.

La complicada construcción de una Hacienda

Por Juan Velarde Fuertes

Juan Velarde Fuertes (Salas, Asturias, 1927) es profesor emérito de Economía Aplicada de la Universidad Complutense de Madrid y miembro de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Ha obtenido el Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales y el Premio Jaime I de Economía. Es autor, entre otros libros, de Política Económica de la Dictadura, Economía española contemporánea. Primeros maestros. Los años en que no se escuchó a Casandra y Hacia otra economía española.

Hasta 1845 no tuvimos en España una Hacienda que fuese la adecuada para soportar las consecuencias de la Revolución Industrial. Bien es verdad que hasta que los moderados se afianzaron en el poder, en 1843, resulta muy difícil encontrar los rasgos de tal Revolución Industrial en nuestro país. Por supuesto que se habían dado pasos en la dirección adecuada. En primer lugar, el liberalismo político se afianzó entre nosotros, como herencia que, a partir de la Ilustración, recibiría toda España a partir de lo que el Conde de Toreno llamó «la Guerra y Revolución de España». Además del liberalismo político, que derrotaría en la I Guerra Carlista a sus enemigos, y del económico, que pronto recibiría el refrendo del viaje triunfal de Cobden, el discípulo y buen expositor de la doctrina de Ricardo, en ese «viaje triunfal» a España que tan bien nos ha hecho vivir con su artículo en *Recerques* Ernest Lluch, se ve cómo la burguesía se apresta a redondear su éxito con la panza bien repleta de fincas adquiridas en las operaciones desamortizadoras. En fin, se observa cómo unas nuevas instituciones jurídicas iniciaban, de forma decidida, su imperio en nuestro solar, en una especie de arco que iría desde el traslado administrativo a España de «la nación una e indivisible» de la Revolución francesa, de la mano de Javier de Burgos, a la fusión del Código de Napoleón con buena parte de nuestra tradición jurídica, gracias a Alonso Rodríguez.

El cuaderno perdido

Para que todo eso fructificase del modo adecuado se precisaba una Hacienda reestructurada de arriba a abajo. Tradicionalmente se suele denominar a la reforma que va a conseguir tan hondo cambio, la «reforma de los moderados» y, más de una vez, la «reforma de Mon», porque Alejandro Mon es el ministro responsable político del cambio, como ministro de Hacienda en un gobierno Narváez. Pero a partir de la que denomina Josep Fontana «intuición de Estapé», plasmada en la obra de este profesor, *La reforma tributaria de 1845* (Instituto de Estudios Fiscales, 1971), todos los economistas españoles, como dice Fontana, reconocen «el papel fundamental que en ella correspondía a Ramón de Santillán» y por ello ha pasado a denominarse «reforma de Mon-Santillán».

Para conocer a Ramón de Santillán, un hombre que tenía que reunir, al par, una buena preparación en Ciencia de la Hacienda y una energía poco corriente, tenemos seis fuentes. La primera es, por supuesto, la obra de Estapé. La segunda es, de Santillán, la *Memoria histórica de las reformas hechas en el sistema general de impuestos de España y de su Administración desde 1845 hasta 1854, añadida con notas de sus ampliaciones y efectos hasta 1863*, editada por primera vez por su hijo Emilio de Santillán, en 1888, porque la crisis que entonces golpeaba a la economía española había llevado a muchos a solicitar, en el sistema tributario que se heredaba de 1845, en palabras de Emilio de Santillán, «reformas

o alteraciones más o menos trascendentales», aunque también era preciso «tener la serenidad de juicio necesario para no dejarse arrastrar imprudentemente por las impresiones nacidas de la pasión, adoptando, bajo tal sentimiento, reformas que produzcan mayores males». Gracias a esta vindicación filial se pudo disponer de una verídica versión de la labor esforzada de Ramón de Santillán.

Es preciso señalar esto porque en 1864, —Santillán había fallecido el 19 de octubre de 1863— se había editado la tercera de las fuentes y la primera de las memorias que éste había redactado, que se refiere a otro terreno en el que, como primer gobernador del Banco de España —en aquel momento denominado Nuevo Banco Español de San Fernando—, había intervenido tras la durísima crisis de 1847 y 1848. Como ha señalado José Luis Malo de Molina, había previsto en ella los golpes que la crisis financiera internacional de 1866 iba a asestar al sistema bancario español creado, con ciertas ingenuidades, en el bienio progresista de 1855-1856. Diría en este trabajo, *Memoria histórica sobre los Bancos Nacional de San Carlos, Español de San Fernando, Isabel II, Nuevo de San Fernando y de España*, reeditada por el Banco de España en 1982 con una excelente introducción del profesor Tedde de Lorca: «Ya empiezan a reconocerse las ventajas de un banco único de emisión sobre el sistema de pluralidad que hoy rige; pero ha creado este sistema tantos intereses y alimentado tantas esperanzas de lucro, que será muy difícil abandonarlo sino a impulsos de una gran necesidad social, a medida que los Bancos de provincias, consumidos por sus propios excesos, vayan desapareciendo».

La cuarta fuente para comprender la importancia de la acción hacendística de Ramón de Santillán, es la obra de Augusto Gutiérrez Robles, *Historia de la Intervención General de la Administración del Estado*, editada en 1993 por la Intervención General de la Administración del Estado. Gracias a ella queda adecuadamente vinculada a la Reforma Tributaria de 1845 la Ley de Administración y Contabilidad de 1850, o Ley Bravo Murillo-Santillán. Como escribe Gutiérrez Robles, «la administración y contabilidad de la Hacienda Pública y la estructuración de su sistema fiscal constituían uno de los campos más necesitados (tras las Constituciones de 1837 y 1845) de reformas profundas y urgentes. Reformas que se abordaron paralelamente por los Gobiernos de la década moderada y que se deben, principalmente, a Ramón de Santillán, figura preclara de nuestra Hacienda Pública del siglo XIX, a quien se debe la primacía de iniciativa y laboriosidad en el establecimiento de la moderna organización de la Hacienda Pública española».

La quinta fuente había sido, aunque breve, durante mucho tiempo, la referencia que se hace por José Larraz en la pág. 95 del *Discurso leído en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas el 18 de noviembre de 1952, en el primer centenario de D. Juan Bravo Murillo*.

Finalmente, la sexta y última fuente son las *Memorias (1808-1856)*, que acaban de editarse conjuntamente, en 1996, el Banco de España y Tecnos, bajo la dirección de Pedro Tedde, con un prólogo de José Luis Malo de Molina, una introducción de Federico Suárez, un epílogo de Miguel Artola y notas de Ana María Berzaluce y José Ramón Santillán. En 1960 ya existía una edición de estas *Memorias*, pero, como dice Federico Suárez en las págs. 17-18 de la «Introducción» a la actual, entonces éstas «se publicaron incompletas, porque el manuscrito comenzaba con el segundo cuaderno... Felizmente, una afortunada circunstancia permite ahora que, en esta segunda edición de las *Memorias*, pueda ofrecerse el texto completo por el hallazgo del primer cuaderno referente a la guerra de la Independencia...

Se ha localizado en la Biblioteca del Senado, entre los papeles de su archivo que legó el célebre historiador de la guerra de la Independencia José Gómez Arceche». Efectivamente, en abril de 1891, el hijo de Ramón de Santillán, Emilio, se las remitía a Gómez Arceche con una carta a la que pertenecen estos párrafos: «Remito a usted adjuntas las cuartillas correspondientes a la Guerra de la Independencia que escribió mi difunto padre... Téngalas en su poder todo el tiempo que necesite; tome de ellas todo cuanto pueda convenirle, y cuando ya no le hagan falta, le ruego que me las devuelva para que puedan servirme cuando trate de publicar el libro del que forman parte».

Federico Suárez, ante todo esto, concluye (pág. 18 de la actual edición de las *Memorias*): «Seguramente, metido de lleno en la redacción de su obra, y puesto que su devolución no corría prisa, Gómez Arceche las olvidó entre sus papeles y juntamente con éstos llegaron a la Biblioteca del Senado», donde, según Malo de Molina (pág. 14), «recientemente, los familiares del primer Gobernador del Banco —y en concreto, don José Ramón Santillán Gutiérrez de Bárcena— localizaron el manuscrito de ese primer cuaderno».

El escuadrón de Santillán

Gracias al hallazgo de este cuaderno prestado al general Gómez Arceche y entregado con los papeles de éste a la Biblioteca del Senado, sabemos situar adecuadamente los primeros pasos de Ramón de Santillán. Había nacido en Lerma el 31 de agosto de 1791, de una familia hidalga pero con «escasa fortuna» (pág. 45). Debe observarse, porque confluye en que, a pesar de sus antecedentes ideológicos, no se observa en Santillán la menor reserva ante la Desamortización, que definiendo casi con los mismos argumentos que Jovellanos en su *Diario* hablando de Mansilla de las Mulas (pág. 45): «Como el pueblo, con casi todo su territorio en manos muertas, no podía dejar de ser pobre, era bien rara la familia que no mirase como el bien supremo el tener uno de sus individuos colocado en aquella Iglesia de Lerma». Su padre, Francisco Santillán Cubo, es persona importante, no sólo en la Historia, sino como personaje de la literatura española. Se trata del célebre «Director», quien acabó siendo el «organizador y sostenedor» del levantamiento de la provincia de Burgos en la Guerra de la Independencia (pág. 45). En *Las Memorias de un hombre de acción* y en *Aviraneta o la vida de un conspirador*, Pío Baroja hace discurrir su sombra siempre misteriosa y muy fuerte. Lo dibuja así tanto en *El escuadrón del «Brigante»* como en *Aviraneta*: «Un señor vestido de negro, de unos cincuenta años, de facciones duras, pero expresivas, con aire clerical».

Estudiaba Santillán, Leyes en Valladolid desde 1806 —en 1805 había comenzado, y pronto abandonado, Filosofía— cuando los movimientos de tropas francesas en las vacaciones de Semana Santa de 1808, lo trastornaron todo. Huyó Ramón de Santillán de Lerma a Maderuela, y vuelto a Lerma, cuando la ocupó parcialmente el cura Merino el 13 de junio de 1809, con una partida que daba sus primeros pasos, se fue con ésta. Aviraneta, en su obra, editada anónimamente, *Las guerrillas españolas o las Partidas de Brigantes en la Guerra de la Independencia* (Madrid, 1870) dirá que «el Director» tenía «un hijo de gallarda presencia, estudiante de Derecho, muy aventajado joven», y Hardman, ofrecido a los españoles en el trabajo de Marañón *El Empecinado visto por un inglés*, señala que, tras su incorporación a la partida de Merino, pasó a «ser considerado como uno de los mejores oficiales de Caballería de España».

Santillán, pues, prefirió irse con Merino a hacerlo con el Empecinado, del que incluso hablará con dureza en las págs. 79-80. Esto va a ser significativo; aunque no alude al dilema, todo el que conozca la Guerra de la Independencia ha de pensar que tuvo que plantearse. Sí, en cambio, explica los motivos de no entrar en el Ejército regular, sobre todo porque «no presentaba más que esqueletos de batallones próximos a huir, si ya no a desbandarse a la primera acometida de los franceses» (pág. 53). Pero el aludir a la elección entre un liberal, el Empecinado, y un realista, Merino, ya no parecía ser lo más adecuado cuando redactó Santillán las *Memorias*, en un período nunca anterior a 1854, ni posterior a 1858.

De Merino hablará, en conjunto, bien, pero lo hará —véanse las págs. 84-87— desde una cierta condescendencia del hombre ilustrado hacia una persona bastante inculta, pero que «sin embargo, por su constante afán de hostilizar por todas partes al enemigo; por su vigilancia para no dejarse sorprender en medio de tan activas persecuciones, como las que habíamos sufrido; por su frugalidad; y por el desinterés, en fin, que tanto le distinguía, había adquirido entre su tropa y en el país un prestigio que no había medio de reemplazar». Merino, además, escuchaba. Se ve obligado a confesarlo Santillán, como en el caso del asalto a Roa. Así fue como acabó por darse cuenta de las ventajas de una guerra revolucionaria, en la que su papel no era sólo batir a los franceses, sino «hacer reconocer al país» la autoridad de una Junta de Burgos que pasaría a regir la región desde la sierra. Otra situación de guerra revolucionaria es el asunto del comisario Moreno, expuesto en las páginas 76-77, que aterrorizó a los afrancesados de Burgos y reforzó la moral de los patriotas. El pensamiento de Santillán en esto es bien claro. «La lucha... no podía sostenerse sino por la nación en todas partes» (pág. 87).

Santillán mostrará un valor frío, más de una vez. A pesar de una herida, le vemos culminar la acción de Almazán. Será también duro. Con las acciones de Madrigal del Monte y de Quintanapalla, hizo «unos treinta prisioneros, que fueron fusilados cerca de Burgos para hacer ver al Conde de Dorsent que no quedaban sin venganza los que él nos había colgado» tras la acción de Almazán: el alférez Cebreros y doce soldados.

Ascendió Santillán a capitán en 1813, poco después de la batalla de los Arapiles, momento a partir del cual habla de «su» escuadrón del Regimiento de Húsares de Burgos. Su carrera militar parecía ser rápida. Al acabar la guerra la inició como uno de los oficiales del nuevo Regimiento de Lanceros de Castilla, con el que se sitúa en Aragón cuando Napoleón vuelve de la isla de Elba. A su disolución pasó al Regimiento de Lusitania, de guarnición en Valladolid y de ahí al Regimiento de Farnesio, en el Ejército Expedicionario a Ultramar. Santillán en aquel momento se había convertido en un eficaz oficial profesional: «Nunca... pude admitir el pensamiento de hacerme conspirador; profesando el dogma de la obediencia más absoluto como militar... habíame... previsto dejar a un lado mis opiniones particulares». Un poco antes había confesado que «estaba... animado de las ideas liberales», aunque las críticas al Empecinado y el aceptable encaje con Merino pronto iban a aflorar de otro modo. Es nombrado, cuando se encontraba acampando para dirigirse a Ultramar, Ayudante de Campo del General en Jefe, Félix María Calleja, conde de Calderón, que había sido virrey de México.

Le vemos, primero, oponerse, en lo que puede, al alzamiento de Riego. Se trataba de un golpe contra el poder constituido. Pero, al jurar el Rey la Constitución en 1820, San-



Viene de la página anterior



tillán cambió de actitud, pues consideró (pág. 127) que «la revolución de 1820, si es cierto que empezó por la rebelión de unos Cuerpos militares con todas las muestras de una insubordinación para evadirse de un servicio peligroso, hubiera venido más tarde con cualquiera otro motivo, porque los directores del partido realista, la provocaban, sumiendo a la nación en un estado de abatimiento y de abyección aún más lamentable que el que salió a costa de sacrificios y de un heroísmo a que ningún pueblo había llegado en los tiempos modernos». Pasó así Santillán a integrarse, primero en el Estado Mayor del liberal general Ferraz y, muy pronto, en el de la Brigada que se encontraba en Sevilla. Era el momento en que fue destinado al Regimiento de Caballería de Borbón con guarnición en Medina del Campo, que pasó a tener como enemigas, de modo inmediato, a las partidas realistas, resto de la facción de Merino, dentro del gran alzamiento que relata José Luis Comellas en *Los realistas en el trienio constitucional (1820-1823)* (Pamplona, 1958).

Sin embargo, lo que le molestaba de este ejército liberal era que «todos los cuerpos de éste se hallaban invadidos, y aún dominados, por las sociedades secretas en las cuales se habían dado entrada hasta a los cabos. Así no era posible el mando sino con principios tumultuarios que yo rechazaba hasta por temperamento» (pág. 133). Huyendo casi de esta situación, pasó a la Inspección General de Caballería, desde la que participó en la acción contra la Guardia Real sublevada el 7 de julio de 1822 y pronto se le ve como segundo comandante de la Milicia Activa que guarnecía Aranda de Duero, destino duro, porque (págs. 135-136) «insignificante era el número de liberales en el país: éste era esencialmente realista, y por lo mismo se hacía en él bastante difícil el ejercicio de toda autoridad...» Aun así, bate a las partidas de Merino y Bessières, una operación que verificará en combinación con el Empecinado. Después emprenderá una campaña contra las partidas realistas y contra el propio Ejército de los «Cien Mil Hijos de San Luis». Tras la retirada y capitulación que afecta a su unidad, es procesado y absuelto y decide, es de suponer que cansado del caos que le rodea, seguir los pasos, en el Ministerio de Hacienda, de su tío político, don José Pinilla.

El realista que cambió la economía española

En 1825 se convirtió Santillán en Oficial primero de la clase de terceros en la Contaduría General de Valores. Era dar un giro brusquísimo en su vida, como él así confiesa (pág. 161): «Los destinos y comisiones que había desempeñado me habían proporcionado amistades y relaciones con los Jefes más notables, principalmente de la Caballería, y podía así contar con una excelente base para unos sucesos adelantamientos. Mi carácter estaba por otra parte formado para el mando, pues en éste me ejercitaba desde la edad de dieciocho años, respetado siempre hasta de mis superiores. Ahora me transformaba en un simple oficinista confundido entre una multitud de empleados de inferior categoría y hasta entre escribientes y meritorios, que trabajaban en la misma pieza en que yo fui colocado; y con la circunstancia, más humillante para mí, de que cualquiera de ellos era, cuando menos, tan apto como yo para despachar los negocios que a mi se me encargaban... No comprendía ni aún los términos más vulgares de las rentas, y así, con todos mis estudios, tenía que pasar por un idiota entre mis nuevos compañeros...» Simultáneamente, se desprendió de todos sus queridos libros militares, mientras emprendía «el estudio de la economía política y de nuestras rentas», esto es, de nuestro sistema impositivo (pág. 162).

Santillán era, en aquellos momentos de Administración realista, con Ballesteros en Hacienda, un sospechoso de connivencia con los liberales. Sin embargo, él se sentía satisfecho con una Administración fuerte, propia de los realistas y, aunque abominaba de cualquier exceso, era partidario de la Desamortización y, en general de la política dura, audaz y revolucionaria de Mendizábal (págs. 173-178). Además frente a don Carlos, se dispuso a defender los derechos de la Reina niña, Isabel II. Al mismo tiempo, sus ascensos en la Administración de la Hacienda fueron rapidísimos. En 1829 ya se le encarga de «la redacción de tres de las cinco partes de una larga Memoria que la Junta de Dirección presentó sobre el estado de las rentas con la propuesta de nuevos arbitrios para aumentar los ingresos del Tesoro. En 1836, el Marqués de Rodil, ministro de la Guerra, le ofrece ser Pagador general del Ejército y pocos días después, Mendizábal le señala el camino, dice Santillán (pág. 181), «para llegar en un plazo, que no podía ser largo, al más alto puesto de mi carrera», el de Contador General en propiedad.

A partir de ahí, las *Memorias* de Santillán se van a centrar, mientras se desenreda la madeja política de nuestro más de una vez confusísimo siglo XIX, que le va a llevar de alto puesto político hacendístico en alto puesto del mismo tipo, en explicarnos, en primer lugar, cómo fue posible reformar el sistema impositivo. Escribirá (pág. 193): «Nuestro sistema tributario adolecía de vicios que todo el mundo reconocía y en diferentes épocas se habían tratado de remediar; pero con tan mal éxito siempre, que al fin se vino a generalizar la opinión de que era menor el mal que aquéllos producían que el que traían las innovaciones. Hasta en los hombres que antes se habían mostrado más decididos por la reforma radical de nuestras contribuciones, llegó a pasar por axioma la sentencia del economista M. Canard de que en materia de impuestos los más antiguos eran los mejores. Y, sin embargo, era éste entre nosotros un error funesto, porque nuestros impuestos creados sucesivamente sin plan, sin coherencia y, sobre todo, sin la menor atención a la índole de las diferentes ramas de riqueza que afectaban, sujetaban a los contribuyentes a multiplicadas y no pocas veces inútiles vejaciones, hacían complicadísima y en último resultado arbitraria la administración, y lo que era peor que todo, ni daban ni podían dar los rendimientos necesarios para cubrir las obligaciones más indispensables del Estado».

Los antecedentes políticos de Santillán tenían que conducirle al partido moderado. A la tesis de un absolutismo puro y duro, que se refugiaba en el carlismo, y a la antítesis del «Ministerio de Mendizábal (que), cuando más, duraría el tiempo necesario para terminar aquél su obra de demolición» (pág. 194), complicado adicionalmente por la obra en Hacienda de Pío Pita Pizarro, «un aventurero y arrojado proyectista» (pág. 209), veía la síntesis en «que al partido moderado le estaba reservada la (obra) de construcción, harto más difícil» («ibidem»), para lo cual se adhirió cada vez más activamente a él en lo político, y en lo técnico se dedicó, no ya a preparar «memorias» o «disertaciones en (las) que aún con pocos conocimientos corre holgadamente la pluma», «sino los proyectos de leyes y de instrucciones con que debía desenvolverse y llevarse a efecto un nuevo plan de contribuciones» («ibidem»). Todo se complicaba por una penosa y especialísima circunstancia: la necesidad de allegar fondos para aplastar al carlismo.

Así es como se van a articular las tres grandes piezas de su obra fiscal. El juego político que requerirá el ponerla en marcha, incluso le conducirá a una corta emigración, tras la abdicación de la Reina Gobernadora y a una cierta actividad contra Espartero, que no justifica, ni de lejos, el título «Santillán, cons-



Ramón de Santillán, pintado por Gutiérrez de la Vega (Colección del Banco de España).

pirador», que aparece en la pág. 261. Posteriormente, tornará a la acción más resuelta, una vez afianzado, gracias a la energía de Narváez, el partido moderado en el poder.

La primera de tales piezas era el arreglo de la deuda y, naturalmente, del déficit que se originaba de consumo por el mal gobierno de los progresistas, culminado por Espartero, y las cargas de la I Guerra Carlista. Lo sintetiza así (pág. 286): «Ni una vez sólo el partido vencido en aquella época ha presentado como uno de los elementos sobre que se apoyó el vencedor para consolidar su triunfo la gran suma de débitos que aquél dejó (el progresismo de Espartero) y éste recaudó; pero este argumento lo que prueba es la mayor habilidad que el segundo posee para organizar una administración vigorosa».

La segunda pieza sería la reforma tributaria de 1845, basada en buena parte en el sistema francés de tributación, como reconoce Santillán paladinamente en las páginas 294-295. La injusticia de denominarla únicamente «reforma de Mon», es evidente. El «Deus ex machina», como adivinó Estapé, es, por supuesto, Santillán.

La tercera era el control del gasto público, sin que de él se derivase pérdida de eficacia. En marzo de 1847 presentó Santillán a las Cortes un proyecto de Ley de Administración y Contabilidad con el complemento de una modernización del Tribunal de Cuentas y aquel arreglo de la Deuda, que dio a Bravo Murillo un prestigio enorme (págs. 349-355 y 365-372). Gracias a Bravo Murillo, todo eso arribó a buen puerto con la Ley de Administración y Contabilidad de 1850, que, tras el libro citado de Augusto Gutiérrez Robles, es menester denominar Ley Bravo Murillo-Santillán.

La crisis económica mundial de 1847, que golpeó con mucha contundencia a España —recuérdese la crisis del Banco de Isabel II—, que hizo caer para siempre a la Monarquía en Francia, que fue el entramado íntimo que precipitó mil acontecimientos sociopolíticos en todo nuestro continente, hasta el punto de hacer creer a Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista* de 1848 que estaba a punto de encarnarse en una potente Internacional un fantasma que por entonces creían que recorría Europa, obligó a emplearse a fondo, con casi feroz energía, a Narváez. Parte del arreglo que así se consiguió fue el bancario. Santillán volvió a ser una pieza indispensable al nombrarse por Bravo Murillo Gobernador del Nuevo Banco Español de San Fernando (pág. 337), que pronto pasaría a llamarse Banco de España. Su labor fue tan eficaz

que cuando, tras los primeros sucesos de 1854, se decidió por el Ministro Doménech su salida, se «produjo instantáneamente un pánico, porque desde luego el público se persuadió de que mi sucesor, D. Alejandro Lorente, era elegido como instrumento más dócil que yo para disponer de los fondos de aquel establecimiento, y el Gobierno fue el que más sensiblemente participó del conflicto que él mismo había provocado. El Banco, lejos de auxiliarle, se vio precisado a exigirle el pago de fuertes cantidades para satisfacer el que a él se le exigía por reembolso de billetes, devolución de depósitos y de fondos en cuenta corriente». Casi inmediatamente, tras la llegada a Hacienda de Collado, en el Gobierno que casi habría que llamar Espartero-O'Donnell, de 31 de julio de 1854, fue repuesto en el cargo. Presentó, ya en pleno bienio progresista, la dimisión a Madoz, quien le manifestó «que no sólo no había tenido pensamiento alguno de separarme, sino que era de necesidad que yo permaneciese en el Banco, destino independiente de la política y de la administración, y que así me lo rogaba en interés público y del Banco mismo... Yo al fin convine en continuar en el Banco, más por preservar a éste de los conflictos que le amenazaban, que por un interés personal, que ya miraba yo con indiferencia».

Los grandes reformadores

Lo que queda de Ramón de Santillán, tras todo esto, no es el polvo, quizá dorado para algunos, que muestra por dónde desaparece la caballería revolucionaria, una vez trastornado todo. Es la edificación permanente, que queda por hacer cuando el escuadrón echa pie a tierra. Por eso, cuando entra en la Administración, tras una dura formación, la necesaria para los grandes creadores, primero en la Universidad, luego en la Milicia, en condiciones más de una vez muy adversas, a pesar de los escombros que le rodean, se pone a edificar.

Ahí, vuelto al puesto en el Banco, terminan las *Memorias*, a las que se añaden unas *Notas de Santillán a las «Memorias»* (págs. 415-419); su *Diario*, del 4 de abril al 29 de agosto de 1823, en relación con el final del régimen constitucional de Fernando VII (págs. 421-445); la *Hoja de Servicios de R. de Santillán* (págs. 447-448); los *Apuntes sobre el crédito territorial o hipotecario* (págs. 449-463); finalmente, el *Epílogo. Ramón de Santillán (1791-1863)*, visión biográfica formada por Miguel Artola (págs. 465-489), que con la *Introducción* (págs. 17-39) de Federico Suárez, sirve para completar la visión que hasta ahora se había tenido de este gran servidor público.

¿Qué contemplamos de él al final? Unas instituciones en Administración y Contabilidad del Sector Público que, en buena parte, aún perduran; una realidad crediticia, la del Banco de España, a la que salvó de una catástrofe; un sistema tributario cuyos cimientos aún se adivinan bajo el actual; y lo que es aun más importante: haber creado este gran moderado, conservador, hombre de derechas o como quiera llamarsele, las bases para que, a partir de 1843, hubiese entrado efectivamente España en la Revolución Industrial. □

RESUMEN

Velarde Fuertes, al hilo de las memorias de Ramón de Santillán, procura aclarar toda una serie de datos biográficos que explican por qué se produjo la reforma tributaria de 1845, o de los moderados, que hasta 1978 constituyó la base de nuestra estructura fiscal. Para

eso es preciso contemplar de qué modo se unen la revolución liberal política, la revolución industrial y una ideología económica congruente con todo ello, en la figura de Santillán, uno de los mayores creadores de la realidad económica contemporánea española.

Ramón de Santillán

Memorias (1808-1856)

Tecnos/Banco de España, Madrid, 1996. 504 páginas. 4.800 pesetas. ISBN: 84-309-1844-4.

La querrela de modernos y postmodernos

Por Ignacio Sotelo

Ignacio Sotelo (Madrid, 1936) es licenciado en Filosofía y Letras y en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid y doctor en Filosofía por la de Colonia. Desde 1973 es catedrático de Ciencias Políticas en la Universidad Libre de Berlín. Entre sus libros figuran *Sociología de América latina*, *Del leninismo al estalinismo* y *El socialismo democrático*.

Así como en el último cuarto del siglo XVII explotó en París la polémica en torno a la superioridad de los modernos respecto a los antiguos, anunciando con ello que había comenzado una nueva época que conocemos como la Ilustración, desde hace más de veinte años, teniendo también a París como centro, aunque esta vez compartido con Estados Unidos, arrecia el debate en torno a la postmodernidad, que, pese a haber pasado por altos y bajos, cada día adquiere nueva actualidad. La postmodernidad se ha convertido así en el término clave para definir a nuestro tiempo. Lo embarazoso, empero, es que un concepto al que se otorga un papel determinante en la captación del momento histórico en que vivimos sea tan equívoco, como contradictorio. Equívoco por sus múltiples significaciones, según sea el ámbito en que se utiliza, la arquitectura, la crítica literaria o la filosofía; contradictorio, porque en este último contexto, al definir la época en la que habríamos entrado de postmoderna, se cumple con el afán propio de la modernidad, diferenciar el presente del pasado.

En efecto, pretensión última de la modernidad fue acotar conceptualmente el momento histórico en que se vive, aspiración que llega a su punto culminante en Fichte, *Los caracteres de la Edad Contemporánea* (1806), y Hegel, *La Fenomenología del Espíritu* (1807). Las posteriores definiciones del presente, como la de Karl Jaspers, *La situación espiritual de nuestro tiempo* (1931), o los dos volúmenes que editó Jürgen Habermas en el cincuentenario del libro de Jaspers, *Conceptos básicos para la «situación espiritual del tiempo»* (1980), remachan esta ambición propia de la modernidad: averiguar en qué momento nos encontramos. La sociología, desde sus orígenes en Saint-Simon, también se ha centrado en dar cuenta del presente en su particularidad. Pues bien, en la noción de postmodernidad, entendida como caracterización del presente, se transparenta su dependencia con la de modernidad, no, obviamente, en la permanencia del mismo concepto precedido de un prefijo, que en nada recortaría su posible novedad, sino en algo de mucho más calado: comparte la misma ansia hegeliana de «captar el tiempo en conceptos».

Porque aunque hoy se dé una respuesta negativa —no existiría una razón universal capaz de aprehender el presente en su totalidad— en la que coinciden modernos y postmodernos, ello no modifica el hecho fundamental de que el afán de aprehender el presente en conceptos, aunque sea de manera fragmentaria o como simple negación de la modernidad, sigue siendo cabalmente moderno, ya que uno de los rasgos de la modernidad es definir el tiempo vivido como propio, es decir, distinto del pasado y probablemente del futuro. Otra cuestión es que se le valore como mejor o peor, en relación con otros tiempos. El que se tambalee la noción de progreso, con su creencia inherente de que el presente es siempre mejor que el pasado —lo que en algunos ámbitos, por ejemplo en el desarrollo técnico, resulta innegable— no afecta al afán propio de la modernidad de caracterizar al presente como «distinto» del pasado.

José Luis Pinillos ha mostrado no poca audacia y temple, al dedicar un lúcido libro a la ardua labor de buscar el hilo de Ariadna



ALVARO SÁNCHEZ

que nos permita salir de tan intrincado laberinto. El autor se reserva el modesto papel de cronista de lo que ocurre —de ahí el subtítulo, *Crónica del fin de una época*, a mi parecer, no demasiado acertado al ser el libro, pese a estar organizado cronológicamente, bastante más que una crónica—, y aunque no deje dudas sobre dónde están sus simpatías, su preocupación principal no le lleva a argumentar en uno u otro sentido, sino tan sólo a aportar los criterios y las informaciones imprescindibles para que el lector saque las conclusiones pertinentes por sí mismo. El libro pretende tan sólo introducir al profano en una cuestión básica que, sin embargo, se distingue, tanto por la confusión que reina al respecto —y no sólo en el ámbito de nuestra lengua— como por la importancia que tiene a la hora de intentar orientarse en el presente.

Aunque el autor haya dividido el libro en tres partes, pienso que, en realidad, consta de dos, ya que las dos primeras —«historias de antiguos y modernos» y «la entrada en Babel»— relatan el despliegue de la modernidad, desde sus orígenes cristianos, al final de la Edad Antigua, hasta el debate de la postmodernidad, hace unos veinte años, al que dedica la tercera parte, que según mi cuenta sería la segunda. En ella presenta a los pensadores que están en primera línea en el debate actual, dando preferencia a aquellos que han adoptado posiciones postmodernistas.

Pinillos es consciente —y es mérito principal de este libro— de que el tema hoy tan debatido del fin de la modernidad sólo puede plantearse con algún rigor si se trata en toda su amplitud histórica. Ello supone dos postulados de salida que me parecen altamente esclarecedores: el primero, que la verdadera discusión postmoderna, pese a que otras interpretaciones la vinculan a temas más coyunturales, como la superación del modernismo, —y en la segunda parte se ocupe de los críticos literarios norteamericanos más representativos de esta tendencia— consiste en una cuestión de mucha mayor envergadura, a saber, si ha acabado la modernidad y nos encontramos ya en otra edad histórica. El segundo postulado hace hincapié en que si entendemos la postmodernidad en su sentido fuerte de fin de la modernidad, es imprescindible remontarse nada menos que al siglo V d. C. para seguir el largo proceso de despliegue de la modernidad desde sus comienzos hasta su acabamiento, que es lo que precisamente caracterizaría al mundo actual. Estaríamos saliendo de la modernidad y entrando en una nueva edad, cuyos rasgos fundamentales es natural que se vislumbren todavía de manera harto imprecisa, por lo que sólo podemos designarla como aquello que viene después de la modernidad.

Ahora bien, si contamos con una filosofía de la modernidad (Hegel) y con una sociología de la modernidad (Max Weber), en cambio, no disponemos de una historia de la modernidad, de modo que a Pinillos no le queda otro remedio que cubrir este vacío con un esquema general, deteniéndose en algunos de los hitos más importantes de lo que tendría que ser esta historia. La historia de la modernidad sigue por hacer, pero por lo menos Pinillos nos ofrece un bosquejo que ilumina el alcance de lo mucho que implica la ruptura con la modernidad. La primera mitad del libro —sin duda la más fértil y original— la dedica a trazar este esbozo que incluye cuestiones de sumo interés, pero también otras en las que en el lector ha de prevalecer, como no podía ser menos, el desacuerdo.

Protagonistas del debate

La segunda mitad, más pedagógica que analítica, nos ofrece una breve presentación de los pensadores más conspicuos del postmodernismo —Jean Baudrillard, Jean-François Lyotard—, y de aquellos otros que siguen defendiendo, aunque críticamente, la modernidad, como son los representantes de la Escuela de Francfort, en especial Jürgen Habermas, o las aportaciones más recientes de algunos sociólogos, entre los que Pinillos elige, como más representativo, a Anthony Giddens, de la misma manera que hubiera podido incluir a Alain Touraine, y, en fin, aquellos pensadores más equidistantes de ambas posiciones, como Richard Rorty. Resumir brevemente las líneas fundamentales del pensamiento de los protagonistas del debate tal vez sea la mejor forma de acoplarse al carácter introductorio de la obra, pero, yo al menos, hubiera preferido que se hubiera centrado en algunas cuestiones fundamentales, como la revolución de la filosofía del lenguaje y la crítica de la razón; la polémica en torno a la desaparición del sujeto; la fragmentación cognoscitiva como respuesta a la fragmentación social; el derrumbe de la idea de progreso y el fin de la filosofía de la historia. Pienso que de ninguna forma debía haber eludido, pese a que quede claro cuál es la respuesta que prefiere, una discusión amplia sobre si nos hallamos en los comienzos de otra Edad histórica, la postmodernidad, o tan sólo de una nueva fase de la modernidad.

La expansión del cristianismo por el Imperio Romano, cuyas causas en parte coinciden con algunas de las que luego van a provocar su caída, marcan el fin de la Edad Antigua. A partir de esta doble experiencia se va trazando de manera bastante difusa la fron-

tera entre una «antiquitas» pagana y una «modernitas» cristiana. «Modernus» es un neologismo que según Pinillos «aparece por primera vez en dos epístolas del papa Gelasio I, entre los años 494 y 495», y que obviamente vincula el cristianismo con la primera modernidad. El cristianismo supone una innovación radical, al diferenciar, en contraste con la cultura grecorromana, la historia de la naturaleza, y colocar en el centro de su creencia un acontecimiento histórico: la encarnación, muerte y resurrección del Hijo de Dios.

Importa dejar constancia de la identidad originaria de moderno y cristiano. Y ello, porque no faltan los que, como Karl Jaspers, ven en el ateísmo, que de hecho subyace en la concepción moderna de la ciencia, uno de los elementos superadores de la modernidad, junto con la reducción de la razón a razón instrumental, que ha posibilitado, por otro lado, la transformación radical que ha traído consigo la revolución tecnológica. Si la primera modernidad, médula de todas las ulteriores, es el cristianismo, el fin de la modernidad —Nietzsche «dixit»— implicaría la superación definitiva de todas las formas de monoteísmo, tanto los confesos como los secularizados.

La fe cristiana posibilita una visión lineal de la historia, entendida como un proceso que va desde la creación a la encarnación, muerte y resurrección del Hijo de Dios, eje sobre el que giraría toda la historia, convertida así en universal, y a partir de esta experiencia histórica, que trasciende a la historia, el fin último de la humanidad es alcanzar el Reino de Dios. La visión lineal, al engarzarse con la concepción hebrea de creación y de destino del pueblo elegido, rompe con la concepción circular de la historia, propia del mundo grecolatino. Ciertamente para el cristiano estos acontecimientos —Jesús predica un Reino de Dios que estaría a punto de llegar— son menos el comienzo de una nueva época, que el fin de todas las épocas, la consumación de la historia. Karl Löwith ha estudiado la lenta transformación de esta «historia de salvación» en la filosofía, ya secularizada, de la historia en Hegel, Comte, Marx.

Nada más extraño para el hombre antiguo que la idea de que el paso del tiempo pudiera traer alguna novedad, o menos aún, percibir el individuo como producto de sus coordenadas histórico-sociales. El hombre antiguo no concibe el presente como resultado de lo ocurrido en el pasado, sino más bien como una variante de lo que siempre ha sido y siempre será: con el paso del tiempo no declina el poder de los dioses ni cambia la naturaleza de los mortales. Al no haber aprehendido la historicidad de lo humano, la historia narra tan sólo lo individual anecdótico, con lo que, al no poder subsumirse en principios, queda al margen de la preocupación científica. La idea griega de ciencia subraya lo que, bajo lo mudable, permanece. Es altamente significativo que Aristóteles, que ha sistematizado todo el saber disponible en su tiempo, no se haya ocupado de la historia; con excepción de dos referencias marginales, en su *Poética*, ni siquiera la menciona.

Partiendo de la irrupción del cristianismo en el Imperio Romano y de su ulterior expansión, después de la caída de Roma, por todo el continente europeo, convertido en el portavoz de la cultura que ha destronado, la historia de la modernidad todavía por hacer tendría que estudiar la «modernidad carolingia» como producto de la cristianización del mundo germánico, y la tercera «modernización ocurrida en los siglos XII y XIII», que conlleva la creación de dos instituciones específicamente modernas, el Parlamento y la Universidad. Del Parlamento brota la noción de representación, capital para el futuro desarrollo político del Estado moderno. En



Viene de la página anterior



torno a la universidad (París) surge una nueva ciencia, la teología, que elabora la revelación con los instrumentos conceptuales que le proporciona la filosofía aristotélica que transmite el mundo islámico, de la que luego, después de la corrección nominalista, se va a desprender la filosofía moderna y de ella, las demás ciencias. O la recepción del derecho romano (Bolonia), lo que permite dar los primeros pasos en la vía de su racionalización (codificación), supuesto imprescindible para un comportamiento más racional en el ámbito económico. Desde el siglo XIV empieza a despegar el primer capitalismo comercial en algunas repúblicas patricias de Italia y ciudades hanseáticas del norte de Europa.

Una objeción de tipo general habría que hacer a este primer esbozo de la historia de las diferentes modernidades que nos ofrece Pinillos y es que ha puesto énfasis en los aspectos ideológicos, sin aludir apenas a los cambios socioeconómicos que se producen al tiempo, en una relación de interdependencia con aquéllos. Tan propio de la modernidad es la revolución científica del siglo XIII que supone la aparición de la universidad, como el resurgir de las ciudades como centros artesanales y comerciales, que van a posibilitar el nacimiento del capitalismo, así como los primeros pasos del Estado moderno que nace de la consolidación de la institución monárquica, favorecida por el enfrentamiento del Papado y el Imperio, ambos con aspiración universal.

Se suele empezar la historia de la modernidad, lo más temprano, con el Renacimiento, error básico en el que no cae Pinillos, antes al contrario, retrocede hasta sus orígenes cristianos, siguiendo en este punto a autores, como Cochrane y Löwith, y ello pese a la polémica que sobre el origen cristiano de la modernidad han provocado autores como Hans Blumenberg, que considera injusto el concebir la hazaña de la modernidad como simple secularización de la tradición cristiano-teológica, como si esta vinculación, por otro lado, bastante evidente, viniera en detrimento de su consistencia humanística. Pienso, por el contrario, que la relación cristianismo y modernidad, siendo, desde luego, de una enorme complejidad—Karl Barth ha llegado a tachar del mayor pecado de las iglesias cristianas el haber dado la espalda durante demasiado tiempo a la última modernidad ilustrada—es cuestión que no podemos dejar de plantear en un momento en que estamos discutiendo si ha llegado el fin de la modernidad. La cuestión del fin lleva ineludiblemente a volver la mirada a los orígenes. La relación modernidad y cristianismo fija los comienzos y probablemente los finales. Como ha escrito José María Mardones (*Postmodernidad y cristianismo. El desafío del fragmento*, Santander, 1988), el pensamiento postmoderno «con su llamada a la despedida de todo fundamento y la desmitificación radical de toda realidad global, es una forma de ateísmo nihilista que no pretende reapropiarse nada, y por eso mismo representa el rechazo máximo de Dios y la religión. Nos hallamos—parece ser—ante la liquidación más exhaustiva de las raíces de lo sagrado y de la aproximación a Dios» (pág. 81). La hazaña intelectual más importante del pensamiento postmoderno ha consistido en haberse atrevido a pensar el ateísmo con todas sus consecuencias, es decir, eliminando también las formas teológicas secularizadas, subsistentes en las nociones de razón universal, fundamento, visión global del desarrollo histórico, etc. Ateos consecuentes, los representantes más conspicuos del pensamiento postmoderno nos exigen la ardua tarea de aprender a vivir en el instante y desde el fragmento. Ya Jaspers consideraba como los dos caracteres definitorios del presente, de un lado, el ateísmo, que dejaba al mundo sin sentido, y, de otro, la técnica, el factor que más directamente incide sobre las



ÁLVARO SÁNCHEZ

condiciones de vida de los humanos, al encauzar este mundo, ya sin meta ni destino, por la única vía que impone su lógica. Ateísmo y técnica son así dos productos que la modernidad llevaba en su entraña, aunque luego acaben por romper todos sus esquemas.

Cierto que no siempre resulta fácil relacionar los distintos aspectos que configuran una época, aunque algunos no quedemos satisfechos, mientras no mostremos las mediaciones que posibilitan estos contactos, o cuanto menos, el modo de excluirse o repelerse. Justamente, la visión moderna se caracteriza por esta pretensión de totalidad, de suyo bastante impugnado. Desde el enfoque postmoderno que adopta Pinillos, en vez de buscar conexiones, insiste en las disociaciones y discontinuidades. Llega así a escribir, un ejemplo entre otros muchos, que «en realidad, con lo que menos tuvo que ver el Descubrimiento fue con el humanismo clásico del primer Renacimiento». «El hecho fue un fruto notable del espíritu aventurero del hombre de aquella época y de los avances náuticos, militares y sociales que habían producido la técnica y los saberes prácticos del siglo XV», y cabría añadir, contando seguro con su asentimiento, que también de la expansión otomana, que había cerrado el Mediterráneo oriental a las repúblicas italianas, obligando a las casas de comercio a trasladarse a Sevilla o Lisboa, atraídas por los descubrimientos en el Atlántico, (las Azores, Madeira, las Canarias), o de que la Reconquista hubiera terminado en la Península, dejando sin tarea a un pueblo que se había formado combatiendo por la ampliación de sus fronteras, o de que la economía europea, en plena expansión comercial, se resintiera de la falta de numerario, con una demanda creciente de metales preciosos y un largo etcétera. En la búsqueda más específica de elementos para relacionar el Descubrimiento con el humanismo renacentista se podría citar las fuentes griegas—Tolomeo— que hizo suponer a Colón que el diámetro del planeta era bastante más pequeño de lo que lo era en realidad. Fijación con la geografía griega, aunque en un sentido negativo, pues sirve de contraste para mostrar lo que es frente a lo que se cree que es, se halla en las revolucionarias epístolas, *Quattuor Americi navigationes* y *Mundus Novus* (1505) de Américo Vespucio, en las que designa las tierras recién descubiertas como un continente aparte, la cuarta parte del mundo. Y fue precisamente la lectura de estos textos lo que llevó a los humanistas Erasmo de Rotterdam y Tomás Moro a pensar en clave teológica el Descubrimiento del Nuevo Mundo, meditación conjunta de la que resultó *Utopía*, el libro de Moro que no sólo inventó un nuevo género

literario, sino que introdujo un elemento básico de la modernidad, la «razón utópica», contrapunto de la «razón de Estado», que incorporó Maquiavelo, interpretando la Primera Década de Tito Livio. La conexión del humanismo con la experiencia americana es fundamental para dar cuenta del surgimiento de la ciencia política de la modernidad, que se mueve entre los dos polos que enmarcan «la razón de Estado» y la «razón utópica». Un capítulo esencial en que también se vincula el humanismo renacentista con la experiencia de América, fundamental sin duda para entender el despliegue de la modernidad, es la discusión teológica en torno a la naturaleza esclava o libre de los indios, lo que llevó a cuestionar al Estagirita. En el bosquejo de la historia de las diferentes modernidades que nos ofrece Pinillos faltan en cada etapa, tanto una indicación al desarrollo socioeconómico, como una referencia a la invención y ulterior desarrollo del Estado, uno de los elementos fundamentales que a partir de la fase renacentista constituye la modernidad.

Cierto que hoy pocos siguen defendiendo la modernidad, tal como de manera paradigmática la expusieron Kant y el despliegue posterior de la «filosofía de la conciencia», construida sobre sus urdimbres. Aunque en buena parte la filosofía actual siga siendo un diálogo crítico con Kant, a nadie se le oculta que la filosofía contemporánea del lenguaje ha quebrado los supuestos filosóficos de la ilustración y, en este sentido, qué duda cabe, hemos comenzado una nueva época. También la física hace tiempo que ha superado el mecanicismo de Newton, introduciendo teorías que, como la física cuántica o el principio de incertidumbre, parecieran postmodernas. Tampoco estamos ya tan seguros de que la ciencia constituya el único modelo de saber. Pero todo ello no es óbice para que a los puntales de la modernidad—la ciencia y su aplicación tecnológica, el capitalismo, el derecho

racional y el Estado moderno—haya que considerarlos agotados, aunque, por ello, no haya que concluir, sería estúpido, que gozarán de una vida eterna y hablar en este sentido del fin de la historia. Cuando los economistas emplean un anglicismo y hablan de la globalización de la economía para señalar su mundialización, pero también su interdependencia, el postmoderno niega la posibilidad de cualquier visión global y subraya una fragmentación de tales dimensiones, que da por supuesto que ya no cabe aspirar a recomponer el rompecabezas. Globalidad en la economía; fragmentación en las artes y en el pensamiento. No parece lo más adecuado para definir a una época el enfocar tan sólo el pensamiento o las artes, sin tener presente las estructuras científico-técnicas, socioeconómicas y políticas. Claro que tratar de relacionar estos diversos planos significa continuar instalado en la modernidad. Sobrepasa con mucho el alcance de una recensión el perseguir en todas sus variadas ramificaciones la cuestión principal: estamos ante una ruptura con la modernidad, que todavía sin mejor nombre, habría que llamar postmodernidad, o más bien habría que hablar, como últimamente se ha puesto de moda, por lo menos en Alemania, de una «segunda modernidad». El avisado lector sabe que detrás de estas dos expresiones—postmodernidad o segunda modernidad—se esconde mucho más que la simple duda de cómo bautizar a la criatura. □

1 Oswald Spengler, al poner énfasis en el carácter esencialmente «ahistórico» de lo griego, levantó una agria polémica entre los helenistas, hasta el punto de que la prestigiosa revista *Logos* dedicó un número extraordinario al tema. Si además caemos en la cuenta de la cantidad de palabras de que disponía el griego clásico para referirse al tiempo—«chronos», «aion», «kairos», «ora»—así como el hecho de que con Herodoto y Tucídides quedase inaugurada la historiografía occidental, no hará falta advertir que es preciso toda prudencia a este respecto.

RESUMEN

Desde hace ya tiempo se viene discutiendo sobre el fin de la modernidad y la presunta irrupción en una época postmoderna, todo lo cual, en opinión de Ignacio Sotelo, lleva a un intrincado laberinto, para salir del cual resulta oportuno un libro como el que comenta, en el que su autor, José Luis Pinillos, ha

mostrado no poca audacia y temple, aunque pretendiera tan sólo introducir al profano en una cuestión tan ardua y, a la vez, tan actual como el fin de la modernidad y la entrada en una nueva era, cuyos rasgos fundamentales se vislumbran todavía de forma bastante imprecisa.

José Luis Pinillos

El corazón del laberinto. Crónica del fin de una época

Espasa-Calpe, Madrid, 1997. 368 páginas. 2.200 pesetas. ISBN: 84-239-7749-8.

Mitologías de los pueblos antiguos

Por Francisco Rodríguez Adrados

Francisco Rodríguez Adrados (Salamanca, 1922) es catedrático emérito de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas *Emérita* y *Española de Lingüística*, el *Diccionario Griego-Español* y la «Colección Alma Mater de Autores griegos y Latinos».

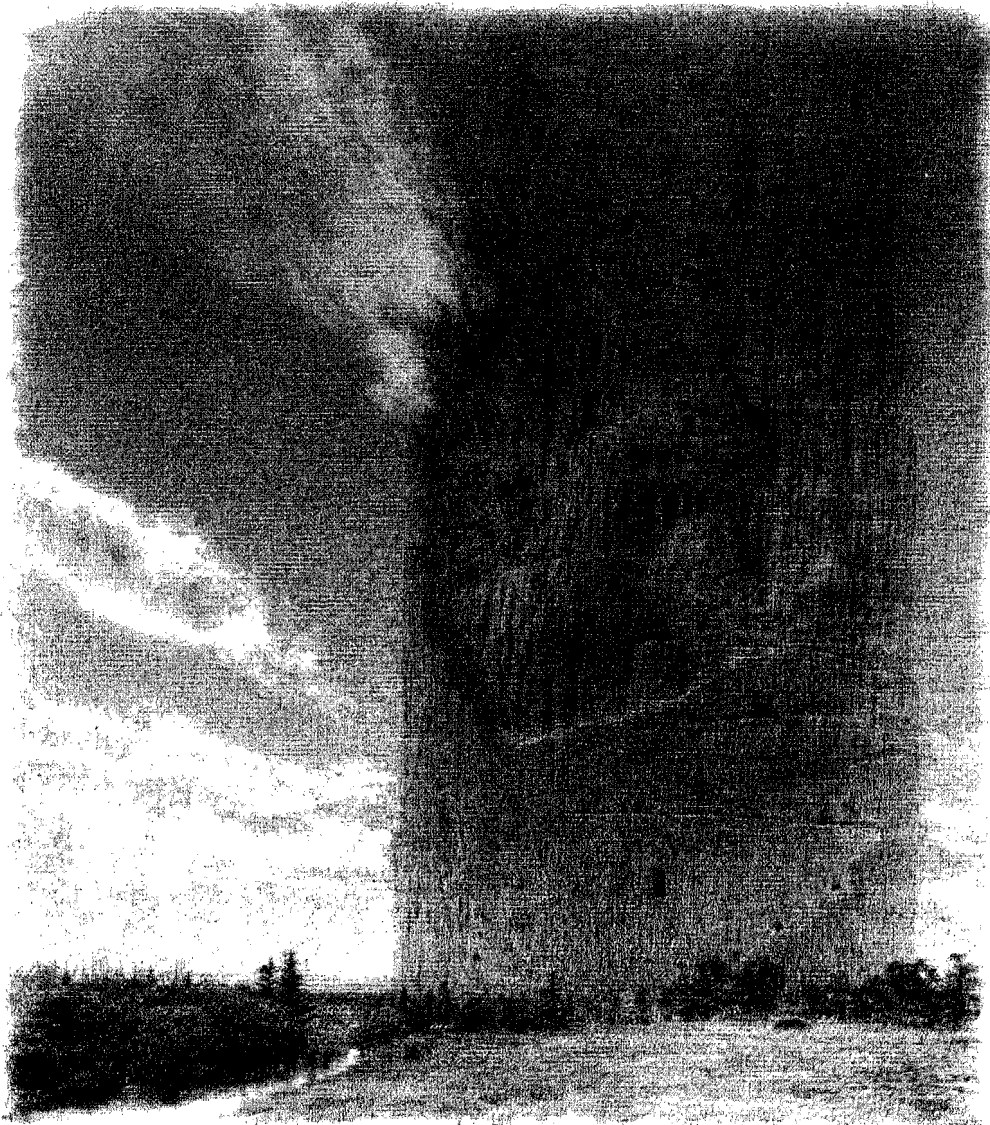
Nos hallamos ante una obra importante y ambiciosa, escrita en colaboración por un grupo muy numeroso de mitólogos, franceses casi todos, bajo la dirección de Yves Bonnefoy. Ha conocido traducciones italiana e inglesa y ahora nos hallamos ante la española, muy remodelada por sus editores, que han transformado lo que era un Diccionario (que se conserva en el título) en una serie de tratados independientes sobre las diferentes mitologías de los pueblos antiguos (con excepción de las grandes religiones judía, budista, cristiana y musulmana) y de las sociedades tradicionales.

Según lo han organizado los editores españoles, el libro aparecerá en seis volúmenes: tenemos ante nosotros los dos primeros. Los índices finales de cada volumen y el de nombres y temas que se anuncia para el final de la obra permiten usarla, de todos modos, como un diccionario. La disposición como diccionario era justificada por Yves Bonnefoy con argumentos como que el arbitrario orden alfabético rompe conexiones tradicionales a veces injustificadas; pero creo que tienen razón los editores españoles al darle la nueva disposición, más clara y coherente.

Hablemos ahora brevemente sobre el contenido y sobre los autores y su orientación científica. La empresa tiene una ambición universal: desde hace ya tiempo se estudian las mitologías y las religiones en su conjunto, desde una posición universalista. Aunque no creo que fuera necesario que el director francés se excusara (pág. 27) del amplio espacio dedicado a las religiones clásicas y las del antiguo Oriente, esto «va de soi» por múltiples razones.

La cuestión es si todas las religiones y mitologías están suficientemente atendidas, cuestión difícil de contestar para los volúmenes para los que sólo disponemos, por ahora, del índice. Echo de menos, por ejemplo, las religiones del neolítico y bronce de los Balcanes; incluso las del neolítico de Asia (Çatal Hüyük, etc.) se pasan en el volumen I muy a la ligera. No sabemos si el rico legado europeo de carnavales y demás fiestas estará tratado en el capítulo V («La Mitología pagana en Europa») del volumen IV.

Lo que sí hay que decir antes de nada es que el título español, que habla de «mitologías» debe completarse con el que va en el interior del libro: «Diccionario de las mitologías y de las religiones de las sociedades tradicionales y del mundo antiguo». Efectivamente, puede decirse que tanto o más que de mitos se habla de diversos temas religiosos: ritos, ideas sobre lo sagrado, lo humano y lo divino, esencia fun-



RODRIGO

damental de los diversos dioses y de los panteones.

Los mitos en cuanto relatos son tratados, por supuesto, así muchos referentes a las diversas cosmogonías, teogonías y relatos sobre la creación del hombre en Mesopotamia, Anatolia, Siria y Grecia. Es especialmente importante el estudio de los temas de la cosmogonía, teogonía y nacimiento del hombre a partir de Hesíodo, y la inclusión secundaria en su sistema del elemento acuático y sus divinidades, que era la clave de otras cosmogonías.

Pero los mitos son más bien una base para las interpretaciones de los autores. Y faltan muchísimos de Mesopotamia, y de los hetitas, hurritas, fenicios (apenas si es mencionado el conocido pasaje de Filón de Biblos), ugaríticos, griegos, etc. En este aspecto el libro es incompleto, sin duda no ha aspirado a entrar en competencia con diccionarios de mitología como el de Grimal.

Lo que intenta el libro y su lugar dentro de la historia de la investigación mitológica queda bien claro en las partes introductorias del volumen I («Criterios de la edición española», de Pörtulas; «Prólogo a la edición francesa», de Bonnefoy; «Prólogo a la edición española», de Duch; «El mito. Introducción» de Mircea Eliade y Marcel Détiénne); y, en el II, en el «Prólogo» de Pörtulas y en la conclusión de C. Ramnoux, L. Brisson y H.-D. Saffrey.

En definitiva: se trata del exponente de una escuela, la escuela mitológica francesa de

los años 60, 70 y 80, crecida en la École Pratique des Hautes Etudes de París en torno a los grandes nombres de Dumézil y Lévi-Strauss y que cuenta con figuras tan distinguidas como Vernant y Détiénne, entre otras. A los elementos antropológicos ya incorporados desde antes añadió los sociológicos, a partir de Mauss y Gernet, y los estructuralistas, desde Lévi-Strauss. Participó con otras escuelas en la reacción contra el comparativismo de Max Müller, el psicologismo de Freud, las especulaciones sobre la mente primitiva y lo «prerracional» de Lévy-Bruhl; y se apoyó también en un antihistoricismo ambiente.

Pretenden así los estudiosos franceses llegar a la esencia de las ideas religiosas y de los mitos, considerados como un entramado ni racional ni irracional que conforma las sociedades. Y ello mediante un nuevo comparativismo de base estructuralista.

No se puede pedir al autor de una breve reseña que se manifieste ante todo este complejo de ideas, de obras y de nombres. Lo que sí es claro es que eran innecesarias las ingenuas excusas del director de la obra (pág. 29) por haber llamado a sus connacionales a la colaboración. Toda escuela tiene derecho a presentarse en público. Ojalá pudiéramos hacer lo mismo aquí, donde hoy en día es prácticamente imposible crear escuelas.

Expresándome muy brevemente, pienso que el historicismo es todavía válido y debería combinarse con el estructuralismo para estudiar las organizaciones de elementos mínimos y las oposiciones entre las «figuras» en que se integran, como las de los dioses (hermosos los versos de Rilke citados en la página 45: «Ningún dios perece. Necesitamos a todos...»). Por mucho que se diga, esto es hoy día más un programa que otra cosa. Y es un programa importante para ver, por ejemplo, cómo se crearon oposiciones dentro de la imagen original de la «pótnia» o entre Deméter y Dioniso o Dioniso y Apolo. Porque contienen elementos originales comunes, aunque luego se hayan creado «figuras» propias, con oposiciones específicas.

Por otra parte, desde hace tiempo vengo expresando mi escepticismo respecto a la famosa teoría de las tres funciones de Dumézil (conservo su libro *Loki* en cuya dedicatoria me

lo recuerda). Por supuesto, es un estudioso de primerísima fila y echo de menos aquí mucho de lo que ha escrito comparando mitos indios e itálicos, entre otros. Pero no creo en las tres funciones, es una obviedad por otra parte absolutamente simplista. La aplicación de la teoría al estudio de la religión indoeuropea en este libro, creo que lo perjudica: es de lo más pobre del libro.

Una obra de tantos autores no podía por menos de ser desigual, pero siempre dentro de un nivel muy alto. Comporta una cantidad de información enorme: por ejemplo, sobre las cosmogonías y temas conexos, como arriba dije, y sobre los principales dioses griegos. Añade cosas poco conocidas, así en lo relativo a la religión del hombre prehistórico (pero una danza en torno a un enmascarado, en la cueva de Trois Frères, podría añadir mucho). Sobre la creación del panteón hetita, sobre la unidad original de las religiones semíticas occidentales, sobre lo divino, los dioses y la muerte en la religión egipcia y sobre tantas cosas más, dice cosas importantes.

Y los estudiosos de ciertos mitos griegos, como el de Perséfone y el de la casa de los Atridas, lanzan toda clase de ideas sugestivas. Y es excelente la presentación, completa e imparcial, que se hace de dioses como Apolo, Hermes y Deméter; más parcial, la de Dioniso, cuya figura es iluminada vivamente desde el punto de vista de su oposición a la ciudad, algo importante pero insuficiente. Otros dioses quedan más «sumergidos»: así Afrodita, citada más bien de pasada en torno al tema del matrimonio. Y el mismo Posidón, pese al estudio de su contraposición a Zeus.

Son estos grandes temas sociales y humanos los que interesan a los autores: la relación de la religión con la ciudad, la sociedad, el matrimonio, la guerra, la caza; también el tema del poder dentro del mundo divino. Tratan de sacar a la superficie aquello que se esconde en mitos y dioses, también en héroes como Heracles y Ulises. Lo que está en el centro de sus preocupaciones es, ya digo, el aspecto social y político de la religión griega. A veces, mirando desde fuera de la escuela, tememos que se sutilece y se pontifique demasiado. Pero hay montones de cosas excelentes.

En fin, es un libro que hay que leer, creo que han hecho bien los editores españoles al prestarle una coherencia que el original francés no tenía. Tiene, pese a los múltiples autores, una coherencia, una idea: a veces sacada claramente a la luz, otras debatiéndose en ambigüedades. Cada cual juzgará a su manera, pero es útil leer todo esto y tenerlo en la memoria cuando repasamos los antiguos relatos míticos.

También se toca en el libro el otro tema, el de la relación entre mito y filosofía, sobre todo en el capítulo final antes aludido. Es interesante lo que dice sobre el mito en Platón. Pero saltar de Hesíodo a Proclo es demasiado, queda casi intacto el tema del nacimiento de la filosofía a partir del mito. A mí por lo menos me interesa, creo que no es nada desfasado.

Los autores del libro son, a más de hombres interesados en las cuestiones generales a que he aludido, excelentes orientalistas y helenistas. Se aprende muchísimo de ellos, aunque a veces no arrastren nuestro asentimiento, nos dejen simplemente repensando sus ideas. □

En el próximo número

Artículos de Antonio García-Berrio, José-Carlos Mainer, Domingo García-Sabell, Antonio Bonet Correa, Miquel Siguan, Carlos Gancedo y Manuel Alonso Olea.

RESUMEN

Rodríguez Adrados subraya la importancia de la obra que comenta: un diccionario de mitologías antiguas, en la edición original, llevado a cabo por un equipo de mitólogos franceses, y que en la edición española (que está en marcha, pues van a ser seis volúmenes y ya han aparecido dos) se ha convertido en

una serie de tratados independientes sobre las distintas mitologías de los pueblos antiguos (con la excepción de las cuatro grandes religiones). Como indica el subtítulo de la versión original, en realidad el diccionario tanto o más que de mitos se ocupa de temas religiosos.

Yves Bonnefoy (dir.)

Diccionario de las mitologías. De la prehistoria hasta la civilización egipcia (vol. I). Grecia (vol. II).

Edición de Ll. Duch, J. Pörtulas y M. Solana, Destino, Barcelona, 1996. 483 (I) y 513 (II) páginas. 5.500 pesetas cada uno. ISBN: 84-23326918 (I) y 84-23326926 (II).

Trazas en el laberinto

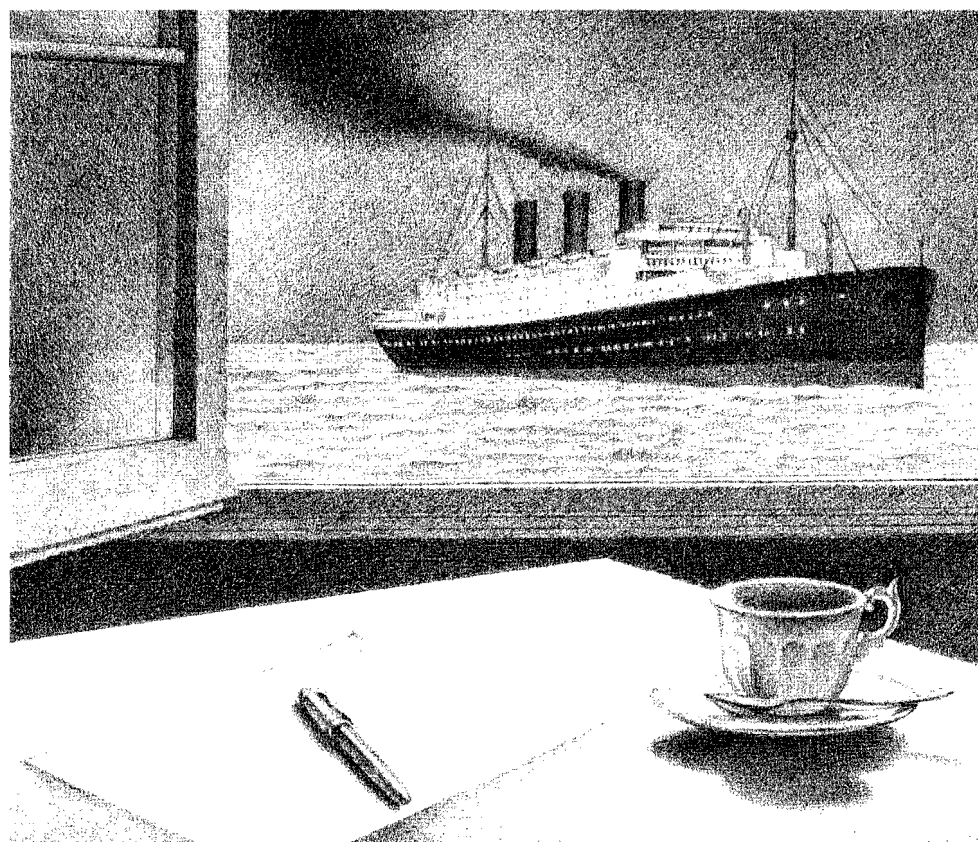
Por Antonio García Berrio

Antonio García Berrio (Albacete, 1940) es catedrático de Teoría de la Literatura de la Universidad Complutense de Madrid. Desde 1968 ha desempeñado la misma cátedra en las universidades de Murcia, Málaga y Autónoma de Madrid, habiendo sido profesor visitante en varias universidades extranjeras. Es autor, entre otros, de los siguientes libros: Formación de la teoría literaria moderna, Introducción a la poética clasicista y Teoría de la literatura: la construcción del significado poético.

Cuando se dice que la literatura española ha conocido en el nuestro su segundo Siglo de Oro –o su Edad de Plata como se repite también– se tiene en cuenta implícitamente, sobre todo, el conjunto de nuestra producción poética, vinculada a la monumental aportación del novecientos, del veintisiete y del cincuenta. En efecto, por mucha importancia global que se atribuya a las puntuales aportaciones españolas sobresalientes en el teatro, la novela o el pensamiento ensayístico en este siglo, ninguna de esas otras contribuciones genéricas individuales hubiera alcanzado por sí misma, el peso que sí ha añadido la poesía española en su conjunto para cumplir el proceso de reintegración de nuestra cultura a la normalización de la modernidad artística e intelectual de Occidente.

A la hora de los reajustes críticos siempre necesarios en tal balance, que empezó a sedimentarse –no se olvide– desde los primeros años cincuenta; es decir, no bien mediado el siglo cuya valoración global trataba de establecer, el transcurso del último tercio ha impuesto tomar en consideración diferenciadamente también, para modificar y reforzar los argumentos previos, las aportaciones de la novela y la literatura fantástica hispanoamericana, que ha sabido fijarse en su conjunto estímulos internacionales o mitológicos de poderosa autoctonía renovadora y no sólo los habituales de perpetuación tradicional muy modestamente creativa.

Ha de advertirse que al constituir dichas síntesis axiológicas sobre la cultura internacional moderna, tan englobantes y comprometidas como intelectualmente necesarias –y tanto más aún en el caso de la hispánica moderna en medio de las de su propio nivel



FUENCISLA DEL AMO

tradicional–, los niveles de globalidad y de excelencia innovadora han de ser obligadamente absolutos. De lo que se trata es nada menos que de rehabilitar a la escala mundial las aportaciones multinacionales de una lengua –la nuestra– y de una mentalidad cultural –la hispanoamericana, si aún existe– larga e interesadamente devaluadas entre sus competidores hegemónicos. De ahí que, por ejemplo, hablar de la inmadurez del teatro español moderno en su conjunto con relación a la lírica, no implica menospreciar aportaciones tan admirables como las de Valle-Inclán o García Lorca; lo mismo que al considerar el marginamiento internacional del ensayismo español moderno frente al pensamiento francés o al anglosajón, no desconocemos en ningún caso la poderosa singularidad –singular, casi único, sí, eso es lo malo– de Ortega y Gasset.

El poderoso impulso de incorporación original de nuestra lírica en el siglo XX (no-

vecientos de Juan Ramón y de Machado; generación del veintisiete, que incluye dentro de su conjunto irrepetible el genio sustantivo de Lorca más la proyección internacionalista de Luis Cernuda hacia las puertas de su segunda mitad del siglo con Valente y con Claudio Rodríguez; más las poderosas voces americanas de Rubén, de Vallejo y de Neruda, como mínimo) se afirma sobre dos fenómenos diferentes y solidarios en el fondo; a saber: la discontinuidad de nuestra tradición lírica con su paréntesis de desorientación romántica y el proceso de cautelosa asimilación de la modernidad internacional en la primera mitad de nuestro siglo. Téngase presente que durante nuestra casi desaparecida lírica del siglo XIX, con la única excepción muy tardía de Bécquer, se registraban en la literatura europea movimientos del espíritu tan indescontables y aparentemente ajenos a nuestra propia tradición como el romanticismo visionario de la poesía inglesa y la revolución poética de los simbolistas franceses.

A restablecer la historia crítica de los paradigmas míticos en la poesía moderna internacional, tal y como la han sabido asimilar, cauta y personalmente, nuestros poetas mayores, se ha consagrado en los últimos treinta años la importante labor crítica e historiográfica del hispanista norteamericano Philip W. Silver. Su reciente libro *Ruina y restitución: reinterpretación del Romanticismo en España* es un testimonio más, actualizado y culminante, de su tesis de fondo sobre la asimilación de la modernidad poética internacional como causa de la regeneración

y el auge contemporáneo de la tradición literaria española. Previamente, Silver había ido señalando en ese sentido, con una asiduidad que confirma la mejor garantía de acierto a sus ideas, los puntos más sensibles de la transformación de nuestro corpus lírico moderno; comenzando por su tesis ya clásica sobre Luis Cernuda, uno de los manifiestos impulsores del proceso normalizador de la modernidad internacional en la poesía española contemporánea.

Los acercamientos posteriores de Silver al pensamiento fenomenológico estético de Ortega, así como a la obra de otros dos testigos excepcionales de la asimilación de la cultura anglosajona en nuestro siglo, los profesores residentes desde 1936 en Estados Unidos, Salinas y Guillén, completan apasionada y hasta polémicamente con frecuencia otros capítulos decisivos de las tesis de Silver sobre la ruina y la restitución moderna de nuestra lírica. Por último, el conjunto de sus ensayos críticos de *La casa de Anteo* –una obra de pulso y tino críticos poco comunes en la bibliografía moderna del hispanismo– contribuye decisivamente a fijar el apartado de las tesis de Silver que se prolonga a la poesía de la que él y yo mismo solemos considerar la época actual.

La que venimos aquí llamando normalización en el sentido internacional de la modernidad cultural española pasa, según la contempla y la trata de explicar Silver ahora en *Ruina y restitución*, por el esquema conflictivo de un vanguardismo español «diferenciándose», en cuanto conciencia, del historicismo nacional tradicionalista imperante durante nuestro Romanticismo moderado del siglo XIX. Aquí la bien fundada experiencia crítica, historiográfica y filológica de Silver se asocia con una línea de teoría deconstructiva de la historia que corre entre Walter Benjamin y Paul de Man. Como es bien sabido, desde sus famosos ensayos sobre alegorismo y temporalidad románticos, Paul de Man ha explicado la conciencia rupturista moderna de los poetas románticos ingleses bajo el esquema retórico de la sustitución de la continuidad subjetivo-objetiva del símbolo por la «discontinuidad» interpretativa de la alegoría.

La brillante propuesta alegórica –para mí que excesivamente costosa; es decir, tautológica e insuficiente– de Paul de Man ha fascinado a Silver, en la medida en que ha alcanzado a ajustarla verosímelmente a las tesis históricamente fundadas de *La realidad y el deseo* de su favorito Cernuda; y también quizás porque «eleva» metateóricamente, a su juicio, sus propias construcciones historiográficas previas sobre poetas como el mencionado Cernuda, o Salinas y Guillén. Pero no nos engañemos, la generosidad de la cultura histórica y literaria de Silver, al asumir el siempre astuto subrayado categorial demaniano, no hace más verdaderas ni creíbles –me temo– las por sí mismas consolidadas razones «restitucio-

En este número

Artículos de	
Antonio García Berrio	1-2
José-Carlos Mainer	3
Domingo García-Sabell	4-5
Antonio Bonet Correa	6-7
Miquel Siguan	8-9
Carlos Gancedo	10-11
Manuel Alonso Olea	12

SUMARIO en página 2





Trazas en el laberinto

nales» de su propia hipótesis romántica sobre la modernidad literaria española, en términos de recuperación tardía y distanciada de los ideales sublimes «altorrománticos» europeos.

Para ilustrar su tesis general sobre el peculiar encauzamiento altorromántico de la modernidad poética española, convoca Silver en *Ruina y restitución*, de forma contrastada, la sublimidad nacional-romántica de cuño sentimental chateaubriandiano de la prosa de Bécquer en su proyecto de la *Historia de los templos de España* (pp. 113-142), frente a la lírica de Luis Cernuda, sin duda nuestro modelo poético más genuino y ajustado al esquema altorromántico abramsiano. Sobre ese esquema imaginario ascensional, mítico-expresivo, de búsqueda, caída y restitución planteado por Abrams, el antiguo y sedimentado conocimiento de Silver sobre Cernuda traza en este su último libro una síntesis de madurez impagable (pp. 143-168). Por esta vía resultan evidenciados los formantes de la tensión que nuestros poetas

mayores del siglo han sabido resolver en el sentido de la modernidad construida de nuestra literatura.

Ruina y restitución es un libro destacado y relativamente breve –menos de doscientas apretadas y enjundiosas páginas–, que puede considerarse por ahora precursor y anuncio de un plan más ambicioso, posible desde la cultura crítica –histórica, filosófica y literaria– de su autor. Desde nuestro punto de vista, no basta con apuntar, aunque haya sido en sí misma decisiva, a la vertiente de la satanidad sublime y a los procesos líricos de intimación subjetivo-visionaria que caracterizan a los líricos románticos ingleses, para agotar todos los episodios necesarios en la fundación romántica de la modernidad literaria. Cuentan también, al menos, otros constituyentes europeos mucho mejor atendidos ya entre casi todos los nuestros desde el siglo XIX, como puedan ser Leopardi, Herder y Hölderlin; por no aludir a nuestros más familiares vecinos simbolistas. Todos ellos –y tantos más en nuestro propio siglo occidental y en los más remotos espacios de las culturas de Oriente– componen los estímulos por los que se ha desplegado la modernidad lírica española y europea, tal y como el mismo Silver lo ha dejado implícito en la argumentación de su libro.

Panorama de esquemas simbólicos

Por todo ello, deducimos nosotros en esta última obra de Silver el anuncio implícito de un fascinante panorama de los esquemas simbólicos –no solamente el de la elevación abramsiana, sino incluso los que comprometen los más conocidos mitos «altorrománticos» europeos– que han construido la imaginación de la modernidad internacional de Occidente. De ahí que estamos declarando *Ruina y restitución* como una mera muestra y anuncio, una advertencia precursora de las formidables panorámicas culturales que alienta y posibilita la madurez crítica de Silver.

En pocos hispanistas como en Silver concurre actualmente el dominio de tantos ingredientes para la constitución de esa vasta síntesis necesariamente futura: conocimiento sincero y entrañable de la poesía anglosajona

y de la española modernas y entrega entusiasta, en ocasiones hasta la demasia, a modelos hermenéuticos solventes –actuales y homologados– para interpretar y reformular críticamente los materiales literarios. La sobria y sedimentada familiaridad de Silver con la obra de nuestros mejores poetas le preserva, en su caso, contra el tipo de excesos insensatos que se han prodigado últimamente en muchos jóvenes hispanistas norteamericanos, que interpretan errónea y mecánicamente a nuestros poetas desde el dictado estricto de las acuñaciones metodológicas ocasionales de las modas relativistas y deconstructivas al uso. En ese sentido, Silver se ha dotado rigurosamente con las ventajas doctrinales y técnicas necesarias para poder ofrecernos en *Ruina y restitución* los mejores adelantos de un biculturalismo decisivo, español y anglosajón, sobre el balance de la modernidad poética.

Conjunto de modelos mítico-retóricos

Señalarle límites a cualquier conjunto de modelos mítico-retóricos de mundo, de entre los que se puedan movilizar a partir de Abrams o de Man sobre la modernidad ascensional alegórica moderna, no es sólo una cuestión venial relativa al tan desdeñado –y tal vez desdeñable– prurito interpretativo teórico. Para nuestro propio caso, el límite del modelo de internacionalidad moderna sustancialmente anglosajona que desarrolla Silver, y que recorre desde Cernuda y tal vez Salinas y algún Guillén hasta el primer Valente, se revela desde su amplia insuficiencia para explicar lo mucho excelente que concurre en los paradigmas que

habría que movilizar para dar cuenta de los procesos modernos de Juan Ramón y de Machado a García Lorca o Alexandre, por ejemplo.

Los convincentes argumentos de Silver en este libro y en el conjunto de su obra anterior sobre la diferencia distanciada que restituye la normalización moderna de nuestro romanticismo nacional-conservador respecto del visionarismo altorromántico de los líricos ingleses postmiltonianos, como Wordsworth, Shelley o Keats, no ponen fuera de legitimidad otras muchas alternativas de la modernidad poética española, que arrancan de encrucijadas, románticas y vanguardistas diferentes de la lírica europea y aun de la cultura mundial. Sin contar con los propios paradigmas autóctonos, que el laboreo poético de autores como Machado, Lorca o Claudio Rodríguez ha conseguido elevar a fórmulas del mayor interés y contenido de la literatura y el arte modernos.

En definitiva, libros como *Ruina y restitución*, de Philip Silver, junto al programa de extensiones que implican y anuncian, refuerzan el continuo llamamiento de muchos de nosotros en estos años finales del balance secular sobre la modernidad artística, para profundizar en el análisis de nuestras «diferencias» –las omisiones y las antitendencias– respecto de los formantes básicos normados de la modernidad internacional. Aunque no dejan de ser asimismo un acicate para redoblar y valorar adecuadamente, y sin complejos, las «consistencias» logradas y peculiares de la aportación artística de nuestro arte a la cultura moderna del siglo XX. En el caso concreto de la poesía lírica, una de las más amplias, articuladas y sugestivas creaciones culturales del siglo que finaliza. □

Qué es

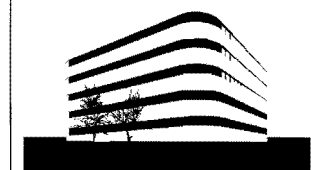
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista SABER/Leer es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

El hispanista norteamericano Philip W. Silver, recuerda García Berrio, lleva treinta años dedicado a restablecer la historia crítica de los paradigmas míticos en la poesía moderna universal, tal y como la supieron asimilar los gran-

des poetas españoles de este siglo. El libro que ahora comenta es, en su opinión, un testimonio más, actualizado, de cómo esa asimilación de la poética moderna es causa de la regeneración y auge de la tradición literaria española.

Philip W. Silver

Ruina y restitución: reinterpretación del Romanticismo en España

Cátedra, Madrid, 1997. 184 páginas. 1.250 pesetas. ISBN: 84-376-1487-2.

SUMARIO

	Págs.
«Trazas en el laberinto», por Antonio García Berrio, sobre <i>Ruina y restitución: reinterpretación del Romanticismo en España</i> , de Philip W. Silver	1-2
«Eugenio D'Ors: la estatua y la máscara», por José-Carlos Mainer, sobre <i>Revisión de Eugenio D'Ors (1902-1930)</i> , seguida de un epistolario inédito, de Vicente Cacho Viu	3
«Laín ante el enigma del hombre», por Domingo García-Sabell, sobre <i>Idea del hombre</i> , de Pedro Laín Entralgo	4-5
«Arquitectura, Ilustración y "modernidad"», por Antonio Bonet Correa, sobre <i>El espacio de la Ilustración. La teoría arquitectónica en Francia a finales del siglo XVIII</i> , de Anthony Vidler	6-7
«Los caminos de la intercomprensión», por Miquel Siguan, sobre <i>L'intercomprension: le cas des langues romanes</i> , de C. Blanche-Benveniste y A. Valli (coords.)	8-9
«El ratón, la mosca y el hombre», por Carlos Gancedo, sobre <i>La souris, la mouche et l'homme</i> , de François Jacob	10-11
«Galbraith y la sociedad mejor», por Manuel Alonso Olea, sobre <i>Una sociedad mejor</i> , de John Kenneth Galbraith	12

Eugenio D'Ors: la estatua y la máscara

Por José-Carlos Mainer

José-Carlos Mainer (Zaragoza, 1944) es catedrático de Literatura Española en la Universidad de su ciudad natal, tras haber profesado en las de Barcelona y La Laguna. Cultiva la historia de la literatura de los dos últimos siglos y ha escrito varias obras, entre las que cabe citar: *Falange y literatura*, *Literatura y pequeña burguesía en España*, *La Edad de Plata (1902-1939)*, *La doma de la Quimera*, *De postguerra y el ensayo de teoría* Historia, literatura, sociedad.

En 1962 Vicente Cacho Viu inició su libro sobre *La Institución Libre de Enseñanza. I Orígenes y etapa universitaria* de un modo atrevido: una descripción muy plástica y vivaz del modesto entierro de Fernando de Castro cuya exigua comitiva hubo de cruzarse con las masas que recibían en la estación del Príncipe Pío al general Serrano, recién llegado de la guerra del Norte. Resultaba como si de esa viñeta se quisiera hacer surgir todo el libro, al evocar la encrucijada de un proceso revolucionario agotado, un krausismo ya declinante y la voluntad firme de unos hombres allí representados por Francisco Giner de los Ríos. La biografía y la historia, como la psicología individual y los ritmos colectivos, tienen engarces que no hace mucho anduvieron muy desacreditados pero que hoy volvemos a reconocer como legítimos. Y aquel volumen —cuya segunda parte aún nos debía su autor— recurría oportunamente a las novelas de Valera y Galdós, a las semblanzas morales de los personajes o a los motivos íntimos de las decisiones, mucho más que a las estadísticas de la producción de granos y a las variaciones del censo.

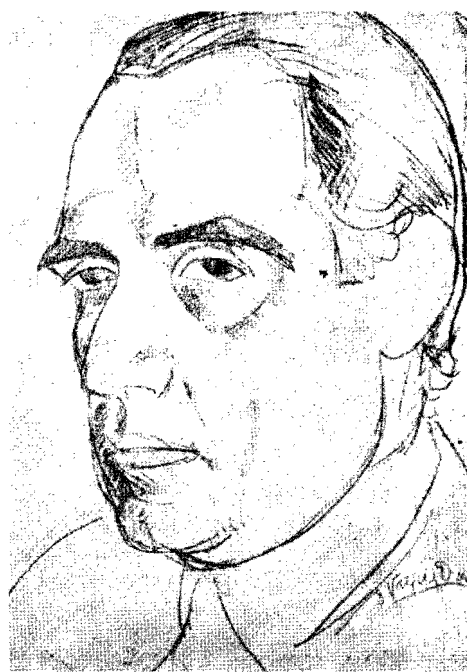
No sabría decir, sin embargo, si el libro respondía enteramente a lo que planteaba en su prólogo Florentino Pérez Embid, una de las mayores autoridades del Opus Dei, y si Vicente Cacho Viu era, en tal sentido, un ejemplo demasiado cabal del «catolicismo universalista» («superación del nacionalismo y fidelidad a la fe católica, vivida con voluntad de creación») que el rector de La Rábida oponía, como movimiento intelectual, a los tradicionalistas y a los católicos progresistas, todos estos tres grupos surgidos de entre los vencedores de la guerra civil. No parece casual que, en aquellos mismos años, una tesis de María Dolores Gómez Molleda, estudiara con solvencia la expansión del institucionismo en *Los reformadores de la España contemporánea* (1966) y que un presbítero del Opus Dei, Gonzalo Redondo, abordara la historia del reformismo español a través de su prensa en *Las empresas políticas de Ortega y Gasset* (1970), tesis doctoral que dirigió Pérez Embid y que Cacho asistió con sus consejos. Una singular atracción parecía establecerse entre quienes se incardinaban en proyectos de hegemonización social e intelectual y quienes, con bastante peor fortuna, lo habían intentado en el pasado. Pero el talante de Cacho Viu escapa a una interpretación tan simplista. Por más que su libro de 1962 busque mitigar la vergüenza del decreto del Marqués de Orovio, o exagere algo la terquedad de Giner, es fácil advertir que el clima moral del liberalismo le había ganado. Y, de hecho, la escasa pero muy valiosa obra del autor ha vuelto desde entonces por muy significativos pasos y problemas de la tradición liberal española: el cambio de siglo —del 98 al 14—, entendido como refracción de problemas internacionales, como crisis de la estabilidad burguesa y como campo de batalla de definiciones intelectuales, y los orígenes del catalanismo, vistos como confrontación fecunda de dos nacionalismos de rumbos muy parecidos.

De esa última línea de investigación —que generó en 1984 el estudio y antología *Els modernistes i el nacionalisme cultural*— derivan temas y, sobre todo, actitudes de la presente *Revisión de Eugenio D'Ors*: la continua imbricación de las personalidades y los movimientos, el propósito de repensar los marbetes de agrupación más habituales y cierta fascinación irreprimible por el individuo capaz de organizar con coherencia proyectos de futuro y explicaciones del pasado. Y todo ello escrito además con esa excelente prosa y con ese humor certero que concede la madurez a quienes han pensado y leído más que escrito. Una sola frase feliz de Vicente Cacho me ahorrará más elogios y, a la vez, definirá para siempre al objeto de su investigación: D'Ors, nos explica, es autor «para no tomar nunca demasiado literalmente en serio lo que diga, con tal de no renunciar a imaginarse cuáles puedan ser sus verdaderas intenciones en cada caso». Tal ha hecho, con admirable sabiduría, el autor, y su libro viene a unirse a una rehabilitación que ya era muy necesaria. Después de la excelente biografía de Enric Jardí (1967), las monografías de Norbert Bilbeny (1988), Mercè Rius (1991) y Jaume Vallcorba-Plana (1991), además de la parsimoniosa edición del *Glosari* —iniciada en 1987, por Quaderns Crema— van devolviendo su lugar al inventor del «arbitrarisme». Y hora es ya de que así sea.

Supuestos interpretativos

Pero, ¿cuál es este lugar? Creo que la frase de Cacho lo define muy bien, si la sumamos a la trilogía de «supuestos interpretativos» que nos propone, pocas páginas después: la «enseñanza literaria», la «conciencia de misión» y la «superposición» e interinfluencia de sus «tres escenarios» fundamentales (Barcelona, París y Madrid). Pero, sobre todo, importa lo primero, la literatura... Este D'Ors que surge de «la primera generación post-positivista europea» transita por los alrededores de la filosofía (el idealismo lingüístico de Vossler, el antihistoricismo de Croce, el chapuzón en lo inconsciente de Freud) con una mentalidad fundamentalmente literaria. Y, sobre todo, se dedica a construirse a sí mismo como personaje de su propia vida pública, lo que no deja de comportar una cierta —y a veces patética— hambre de notoriedad y de rendimientos crematísticos.

Cacho Viu ha sabido captar con gran sagacidad este último componente. D'Ors admiró a Joan Maragall, el sabio y ponderado patriarca de Sant Gervasi, pero la admiración no impidió cierto solapado rencor: mientras el «Mestre» disfrutaba la vida y la influencia de un burgués, él sufría «una mediocritad de situación, a canvi d'una superioritat de condició». Y en carta del 30 de agosto de 1918 replicaba a Unamuno, tan admirador del poeta, que no fue Maragall un hombre completo: de las dos grandes tareas del varón —canalizar su energía sexual y ganar su vida— desconoció la segunda. Y «el rentista», como «el eunuco», no son virilidades cabales. Creo que así se entiende algo mejor la «tarea hercúlea de desviar el curso del catalanismo» que D'Ors echó sobre sus hombros al querer convertirlo en «imperialisme» (*Genealogía ideal del Imperalismo (Teoría del Estado-Héroe)* se tituló su tesis doctoral, leída en Madrid en 1906) y a sus ciudadanos en mediterráneos cultivados y «arbitraristas», según las pautas de un clasismo que era «un ingenioso prototipo carrozado a la manera de Barrès, bien que con motor de patente mauraiana». A la vez que lo hacía, D'Ors buscaba su lugar como intelectual orgánico de ese nuevo orden social, manumitado del periódico. Por eso también, D'Ors fue un profascista, heredero de sus fuentes francesas, y coetáneo estricto de una promoción en la que nadie (desde Ortega a



Eugenio D'Ors en un dibujo de Daniel Vázquez Díaz.

Heidegger) fue demócrata. De hecho, su ideología fue una completa síntesis de la fuga del pensamiento pequeño-burgués europeo entre 1890 y 1930, que, en su caso, transitó del catalanismo imperialista al autoritarismo sindicalista (cuya raigambre soreliana ha visto muy bien Cacho), y de ahí a un catolicismo decorativo de los ángeles y las cúpulas y al delirio falangista en el que creyó que podía ser el Goethe de Franco en un Burgos transmutado en Weimar.

Quizá lo que más ennoblece la figura de D'Ors es que todo esto se saldó con un fracaso. Fracaso fue su intento de obtener una cátedra universitaria en 1914, donde no obtuvo más voto del tribunal que el de Ortega. Y fracaso fue, como apunta Cacho, su actividad en la Mancomunitat que no dejó más huellas perdurables que la Escola de Bibliotecàries y los *Quaderns d'Estudi*. No fue, en efecto, el Vasconcelos de la nueva Cataluña y el «noucentisme» que inventó tampoco fue un éxito. El poder siguió en manos de la generación finisecular de catalanistas y es revelador que tanto D'Ors como Josep Pijoan y Josep Carner, sus intelectuales más valiosos, se aparearan, con mayor o menor escándalo, de sus peanas oficiales. Cacho Viu añade que el «noucentisme», emplazado entre el modernismo y la vanguardia, mostró, de otro lado, su inferioridad estética: Josep Clarà no es Gaudí, ni Sunyer es Miró. A mí no me convencen mucho estos argumentos: puede que hayamos hinchado en demasía la significación —nacional y constructiva— del «noucentisme» pero lo evidente es que, en gran medida, aquella misma vanguardia y otros aspectos de la vida intelectual de los años treinta tuvieron su sello, a despecho de las burlas del «manifest groc» de Dalí, Gasch y Montanyà. En el fondo, aquella pregunta de 1928 enderezada por sus redactores a la plana mayor «noucentista» («De què us ha servit

la Fundació Bernat Metge, si després heu de confondre la Grècia antiga amb les ballarines pseudoclassiques?»), sigue apartando a muchos de la relectura de D'Ors, pero ¿cuántas preguntas muy similares no podrían hacerse al propio Salvador Dalí, hijo del «noucentisme»?

Sin embargo, quien lea el jugosísimo epistolario que Cacho Viu ha añadido como apéndice a su ensayo sentirá, sin duda, la comezón de seguir leyendo a D'Ors, ese estudiante que llega a Madrid y comunica a su primo Antoni Rubió i Lluch (carta de 23 de marzo de 1904) su decepción ante aquellos palacios con aspecto de cuarteles y aquel aire semítico y sucio de la ciudad, si se compara con Barcelona. O que, dos años después, escribe a Maragall (22-6-1906) que París es «com aquelles alegories vastes que decoren els plafons de les Acadèmies en que hi apareixen convidades totes les Ciències i les Arts, i Apolo i les Muses, i Homer, i Hipòcrates, i Galileu, i Confuci, i Verdi, i en el que hi ha, per torna, papirus enrollats, ponts, esclusas, montgolfiers, bustos de Fortuny, aucells disecats... i un eixam de dones nues».

Aquel joven brillante, imaginativo y deslenguado necesitaba, sin embargo, referencias magistrales, nunca se sabe muy bien si como apoyos, como contrastes o como simples paredes de rebote. Cotejar las cartas que dirige a Maragall y Unamuno resulta muy revelador al respecto: al primero —«estimat padri»— tributa una admiración intelectual y afectiva que, como he indicado ya, no deja de tener alguna imperceptible fisura de irritación; con el segundo —«mon cher maître»— hay un diálogo más franco, aunque se deja traslucir que hubo algún mal entendido. No es fácil que el rector de Salamanca entendiera que D'Ors quisiera ser el «Anti-Unamuno» y que buscara «no avergonzarse de los defectos que Vd. ha señalado en nosotros con tanta lucidez, y en exagerarlos, hasta convertirlos en cualidades» («¡Seréis siempre unos niños, levantinos! / ¡Os ahoga la estética!», había escrito Unamuno en su poema de 1906, «L'aplec de la protesta»). Bastantes años después, de aquella inocencia quedaba poco. Las dos espléndidas cartas del escritor a Adelia Morea de Acevedo (29 de mayo y 27 de octubre de 1930) respiran un tono muy lejano del entusiasmo: la primera es una ácida, brillante y seguramente injusta semblanza de Gabriel Miró en el día de su sepelio; la segunda es un avance de lo que pudo haber sido un libro de conversaciones con su *alter ego* Octavi de Romeu, concebido a la manera de las famosas de Goethe con Eckermann. Impresiona profundamente el final que había pensado para su libro: la visión por sus discípulos de un Romeu, ciego, viejo y solitario, que conversa con un Ángel que, a la vez, modela la estatua del anciano. Prosigue D'Ors: «Cuando, algo inquietos, vuelven al día siguiente y violentan la puerta, el maestro yace en tierra, muerto, al pie de su propia estatua». ¿No fue toda la vida de Eugeni D'Ors el deseo de dejarnos su pura estatua y, a sus pies, como un nuevo Dorian Gray, la máscara pública de su fracaso? □

RESUMEN

Una revisión de Eugenio D'Ors no es sólo el título del libro de Vicente Cacho Viu, que comenta José-Carlos Mainer, sino es precisamente lo que se propuso hacer el investigador, del que Mainer esperaba otras cosas que tenía pendientes (pero Cacho Viu falleció

a finales del año pasado). Se trata de una revisión del autor catalán del *Glosari* que se suma a lo aportado, en los últimos años, por otros especialistas, de tal manera que, en opinión de Mainer, bien puede hablarse de un nuevo planteamiento.

Vicente Cacho Viu

Revisión de Eugenio D'Ors (1902-1930), seguida de un epistolario inédito

Quaderns Crema/Residencia de Estudiantes, Barcelona, 1997. 383 páginas. 4.500 pesetas. ISBN: 84-7727-245-X.

Laín ante el enigma del hombre

Por Domingo García-Sabell

Domingo García-Sabell (*Santiago de Compostela, 1908*) es doctor en Medicina, académico de número y presidente de la Real Academia Gallega. Es autor, entre otras obras, de *Notas para una antropología del hombre gallego*, *Tres síntomas de Europa* y *Testimonio personal*.

Desde siempre, en rigor desde que Pedro Laín accede a meditar sobre el misterio de la vida humana, se suceden en él los libros en los que poco a poco, de forma virtual, o en contextos concretos, van asomando los problemas que tal intelección suscita. Así podría hacerse un análisis detallado y esclarecedor de esa ubicua presencia del problema en la mente de nuestro autor. A partir del inicial trabajo lainiano (sí no me equivoco, *Medicina e historia*) hasta nuestros días, la preocupación ha caminado por vericuetos distintos pero siempre haciendo camino hacia una luz en la búsqueda de soluciones concretas cada vez más patentes y convincentes.

En la actualidad, posiblemente desde la última década, el tranquilo fluir ha alcanzado categoría de inundación. Es decir, lo que era inquietud más o menos marcada, se ha convertido en obsesión. Los frutos de la persistente reflexión tienen títulos bien conocidos: *El cuerpo humano: teoría actual*, *Cuerpo y alma*, *Creer, esperar, amar*, *Alma, cuerpo, persona* y, ahora, *Idea del hombre*. Sobre esta obra quisiera hilvanar algún juicio y, sobre todo, llamar la atención del lector sobre un texto cuajado de saberes, muy al día, decidido en sus conclusiones y, a la postre, renovador y, muy en especial, inquietador.

El propósito último de esta producción

En sus páginas aparece formulado claramente el objetivo del autor, a saber, «ofrecer una idea actual y aceptable de la realidad del hombre». Fijémonos en la frase y concedámosle peaje. Primero: una idea «actual y aceptable», esto es, una serie de pensamientos bien encadenados y atendidos a las exigencias de los progresos, de los asombrosos progresos científicos de todo orden que hoy la investigación positiva nos entrega con generosidad abundante y hasta, en ciertos casos, derrochadora. Un inciso: en alguna circunstancia lo conseguido por determinados investigadores

es, viene siendo, el trampolín, el cómodo y engañoso trampolín para que el sujeto se lance en salto mortal más o menos sensacionalista a la esfera de la teorización de corte metafísico. En verdad, casi siempre se trata no de auténtico trabajo especulativo, exigente y ceñido, sino más bien de divagaciones claramente gratuitas, quiero decir, horas de todo rigor. Éste, el rigor, quedó en el laboratorio y desde allí a buen seguro que por nítida compensación operativa, saltó a los entresijos de lo mental puro.

Pero volvamos a nuestro protagonista y a la sentencia en la que él declara la finalidad de su libro. «Actual y aceptable». A estos calificativos se añade esto: «la realidad del hombre». La realidad. He aquí el cogollo de la cuestión. ¿Por qué? Sencillamente, porque no se trata de formular una lucubración más en torno a la «esencia» de la criatura humana, ni mucho menos de la justificación del eminentemente puesto que el individuo ocupa en el mundo. O aun más: en el cosmos.

Las posibles salidas

En la mente de todos están los libros (algunos ciertamente fundamentales) que han ido apareciendo, sobre todo en el gozne del siglo pasado con el primer tercio del actual.

El esquema historiográfico que dibuja Laín es, a todas luces, diáfano, transparente: o dualismo, es decir, aceptación de la articulación espíritu-cuerpo y, por consiguiente, admisión de dos objetividades ciertamente separadas pero involucradas en la innegable certeza del cuerpo, que es lo que primero entra por los ojos; o materialismo, hilemorfismo, matizado de acuerdo con la visión que se tenga en cada época de la llamada «materia» y, finalmente, inhibición frente al magno enigma de esa problemática del hombre. Problemática radical. Y, añadido yo, inevitable. No es posible circular por la vida en actitud neutra. El misterio no reclama soluciones, pero sí, al menos, tomas de decisión gracias a las cuales todos, desde el más eminente creador, desde el genio más excelso, hasta la criatura corriente pueden y deben tomar conciencia clara de su significación ultraterrena, del sentido de sus vidas, sea éste transcendente o a ras de tierra. No cabe, pues, eludir la obligación aclaratoria y definidora. Incluso es posible que el sujeto no se la plantee de buenas a primeras, esto es, con deliberado propósito. Pero de lo que no cabe zafarse es de ese instante —límite en el que la totalidad de la per-

sona semeja anegarse, semeja disolverse en una nada intolerable. Todos somos filósofos, «et pour cause». En definitiva, cualquier hijo de vecino es siempre, «velis nolis», en determinadas circunstancias y muy en especial cuando la existencia se torna trágica, y aparentemente inentendible, un reclamo angustioso de respuestas dotadas de sentido. Respuestas, siempre respuestas. La vida es la gran cuestionadora y a ella hay que atenerse.

Sobre el agnosticismo

En esa situación, en esa dramática situación parece encontrarse Laín. Quizá ello sea debido al inmisericorde transcurso de los años, al ver cómo la pared definitiva se acerca e impide tomar otra vez carrerilla para nuevas aventuras de la inteligencia. Entonces es menester recurrir a expedientes que permitan crear una coraza defensiva. Que nos concedan el favor de restaurar nuestra serenidad, conmovida y resquebrajada. A buen seguro que ésta es la situación y el secreto último del recorrido biográfico lainiano y de la avalancha de libros con que afortunadamente (afortunadamente para nosotros, sus lectores) nos solicita y, al tiempo, nos alecciona.

Yo veo en este comportamiento, en esta conducta, un fondo humano de primerísima calidad. Consiste en eludir un expediente sumamente cómodo: el de la renuncia. Como la cuestión del sentido de la vida del individuo es una cuestión insoluble (al menos desde el punto de vista estrictamente circunscrito a los datos que hoy por hoy suministran los avances científicos y las calas filosóficas más audaces). Laín Entralgo es muy consciente de que hágase lo que se haga jamás llegaremos a conquistar ese Himalaya de la significación transcendente o no transcendente del hombre. Y sin embargo, nuestro pensador toma billete para tan arriesgado viaje y no ahorra, ni mucho menos, no ya las previsibles dificultades informativas del azaroso viaje, sino que, además, se expone a riesgos, a peligros interpretativos de todo orden, algunos de ellos ya experimentados, ya sufridos en su propia persona.

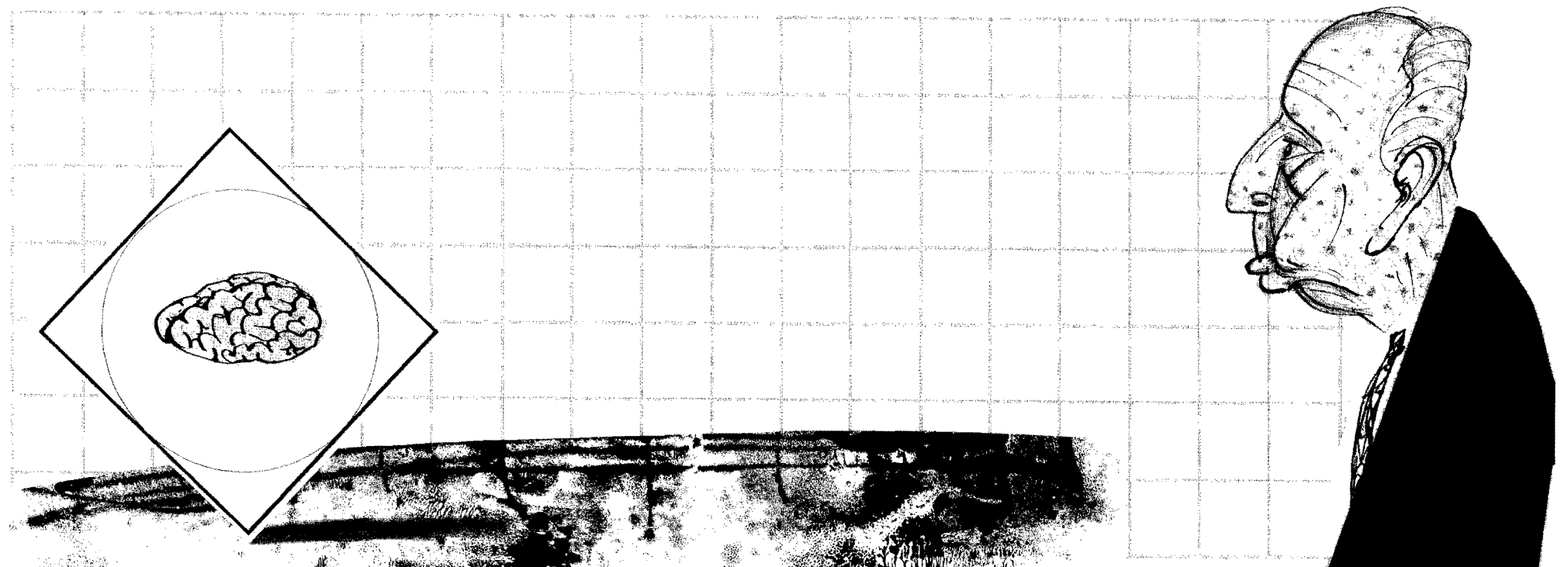
Dicho todo esto de otra manera: Laín no cede en la defensa de sus trincheras y ofrece el bulto a todos los posibles disparos. Ciñéndonos aun más al hecho escriturario: el autor no recurre al fácil expediente de dejar de lado la cuestión, la esencial cuestión, amparándose en el consabido «ignoramus,

ignorabimus». Laín no es, por ende, un agnóstico. El agnosticismo es la gran trampa intelectual. Pero, según yo pienso, es necesario distinguir en esa renuncia a indagar en esos escondidos recovecos humanos dos clases de actitudes, dos dimensiones antropológicas claramente discernibles. Una, la del despreocupado, la del hombre de la calle que como no acaba de entender la dirección que lleva su biografía, se refugia en el regazo de la comodidad y a ella se atiene incondicionalmente. Pero, ¿no decía Kant que la comodidad consistía en el descanso al que no precedía ninguna fatiga? Sigue esa línea de menor resistencia gran parte de la comunidad europea. Por eso señaló con lúcida promonición Husserl que el peligro de Europa estaba en la fatiga. El agnosticismo no requiere esfuerzo alguno y para justificarse se disfraza de escepticismo que es, quiérase o no, una máscara. Por eso yo afirmo que el agnosticismo nos da gato por liebre.

Y aquí topamos con la otra categoría negativa del agnosticismo, su espectáculo de grandes volatines intelectuales. Ahora nos damos de bruces no con una salida confortable y, en cambio, nos encontramos con una propuesta de solución rigurosa, ceñida y hasta bien sistematizada (y sigue el regalar, el ofrecer, como en los clásicos figones, de la picaresca, gato por liebre). «Agnóstico —afirmaba don José Ortega— significa “el que no quiere saber ciertas cosas”. Se trata, por lo visto, de un alma que antepone a todo la cautela y la prudencia: al emprender, el evitar; al acertar, el no errar». Pedro Laín, en cambio, quiere, desea de todo corazón «saber ciertas cosas». ¿Qué cosas? Simplemente, cómo debe entenderse a la criatura humana a partir de los datos que tanto la ciencia positiva como la meditación teórica nos suministran.

Para ello, para alcanzar esa difícil y complicada meta, nuestro meditador se apoya decididamente en las profundizaciones de Zubiri a las que se suma, amplía, completa y radicaliza con una visión personal sumamente valiosa. Creo que la fuente inmediatamente directa de las ideas lainianas arranca del libro de Zubiri *Estructura dinámica de la realidad*.

Cuatro notas zubirianas sirven de base para las especulaciones de la obra ahora comentada. Helas aquí en sumaria, y esquemática, enumeración: sustantividad, estructura, dinamismo y, finalmente, evolución. Estimo que la nota básica viene dada por el dinamismo. Esto no quiere decir que las otras tres se-



G. MERINO

Viene de la página anterior

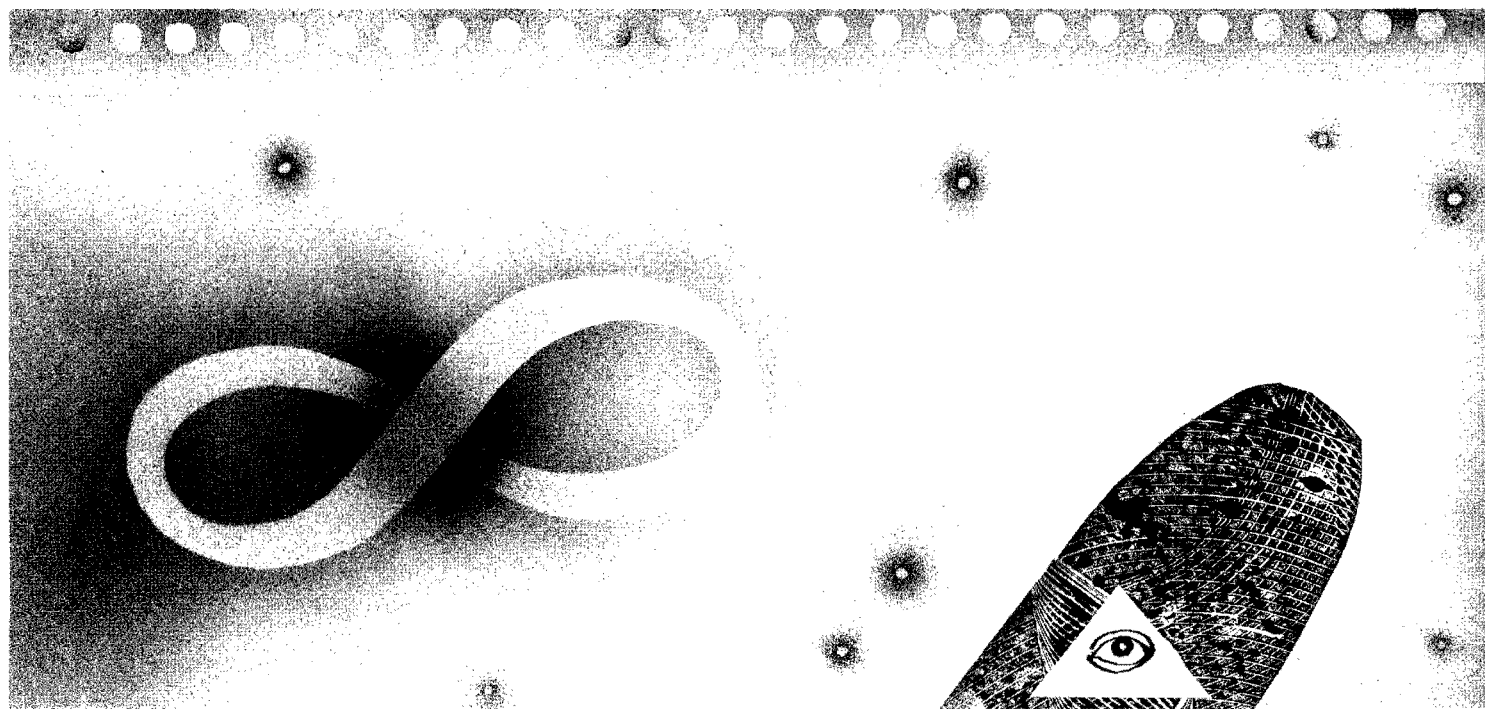


an secundarias. Al contrario, la síntesis de todas ellas o, mejor, su adecuada articulación, es imprescindible para aprehender su totalidad en cuanto al lugar que ocupa la «psykhé», «si ocupa alguno», en la objetividad humana. Pero, con todo, esa fuerza que arranca de los mismos senos de la matriz aún no organizada como vida primaria, es lo definitivo. Ese dinamismo, esa energía que, por decirlo de alguna manera, se abre camino y gana terreno a lo largo de millones de años, constituye algo así como el «primum movile» de la evolución cósmica que aboca al «Homo sapiens sapiens». Se trata, pues, de un dinamismo que no «está» en el mundo, o que el mundo no «posee». «El mundo es dinamismo», sentencia con toda razón Zubiri. Y a esa sentencia se atiende decididamente Laín.

Pero la vida ha surgido en el planeta Tierra hace cuatro mil millones de años. ¿Cómo? Por evolución, proceso en cuyo análisis no puedo entrar. Así vamos asistiendo a otra de las características realidades subrayadas por la mente zubiriana. Dentro de la vida surge poco a poco la criatura humana. De esto hace unos tres millones de años. El hombre, en consecuencia, posee sustantividad y asimismo estructura, entendida ésta en términos genéricos y al tiempo, particulares («natura naturata»).

Si ahora volvemos la vista atrás y como en panorámica, nos surge una obligada diferenciación, a saber, la de la tradicional cesura entre la objetividad del cuerpo por un lado y la del espíritu por otro. O bien la reducción extremada de la realidad del hombre como algo supeditado a una sola de ambas instancias: o cuerpo, o espíritu. O materia, o principio anímico. Frente a estas posibilidades explicativas se alza Laín y, en verdad, no es otro el propósito de *Idea del hombre*. Así, pues, ni dualismo, ni materialismo. Ni tampoco «mentalismo». La conclusión lainiana, su propuesta especulativa sin duda de altos vuelos, es bautizada por el autor como «monismo dinámico». ¿Qué quiere expresar, qué desea formular con tal designación? Simplemente, algo de suma transcendencia: el organismo material y muy especialmente las formaciones centrales del sistema nervioso se imbrican con las actividades del espíritu, constituyen tal unidad que ambas resultan indiscernibles, esto es, inseparables. Su unidad es constitutiva y esencial. Por eso cuando el soporte material (que es más-que-soporte) se desintegra, también desaparece la realidad que hasta el presente se nos antojaba no percedera y, por ende, inmortal. Dicho con otras palabras: cuando el individuo fallece se desvanece, a su vez, toda la persona. La muerte es, pues, total («Ganztodt»). En igual sentido afirma su desoladora conclusión Zubiri. Pronto asistiremos a la dificultad que esta aserción porta en su entraña. Esto, a no dudarlo, va a encender la polémica, la discusión y la aclaración, si es que en el país queda todavía un aliento, un mínimo aliento, hacia los grandes y esenciales problemas, los fundamentales problemas que hoy (y siempre) nos agobian con su cerco, su insistente cerco. Es, en definitiva, el perenne asedio de las «primeras preguntas», las inesquivables inquisiciones que todo individuo dotado de sensibilidad transcendente se ve en la obligación de encarar. ¿De dónde venimos? ¿Quién soy yo? ¿Tiene mi vida algún sentido más allá de las circunstancias del vivir cotidiano? En suma, la pregunta, la dramática pregunta que tanto Leibniz como Heidegger plantearon y que Pedro Laín repite: «¿Por qué hay Ser y no más bien nada?».

La indagación de nuestro autor, su ceñido y valiente estudio nos lleva de la mano, eso sí con suma discreción, a tomar partido. Tenemos y debemos decidirnos, aunque esa decisión encarne determinados riesgos (ya quedó apuntado anteriormente) y muy en primer término para quien lo propugna, para quien nos muestra al desnudo su convicción y, al



G. MERINO

tiempo, su perplejidad. No olvidemos, no echemos en saco roto que la obra concluye con la traducción castellana de una frase clásica: «Hice lo que pude: otros harán más», «Feci quod potui, faciant meliora potentes».

Tengo la impresión, ciertamente la seguridad, de que todo el texto lainiano es como un organismo perfectamente trabado, rigurosamente articulado y, por supuesto, apoyado en unos conocimientos amplios, cabales, de muy primera mano. Sinceramente, como a mí me gustan, ya que en la actualidad, e infelizmente, la cultura occidental (no quiero hablar de la española) está dominada por el fraude intelectual, la cita y la documentación de segunda, tercera, o aun cuarta mano.

La búsqueda mental de Europa se alimenta en gran proporción de derechos atrapados y explotados como ruinas. La cultura general (cualquier otra no es cultura) se nos presenta ahora, ahora mismo, como el reino de la irresponsabilidad, como el desaprensivo auge de lo caprichoso, como falsas genialidades que no son otra cosa sino el fruto de lo inauténtico. Y conste que hablo de cultura, es decir, del predominio de los valores especulativos y creadores, cuyo naufragio es evidente. Pero sigamos, para neutralizar nuestro pesimismo axiológico, con el contenido de la *Idea del hombre*.

Zona de fricción

Acabo de señalar el posible tropiezo, la zona de fricción entre la conclusión lainiana y lo hasta este momento tradicionalmente admitido. Parece que si asumimos sin más la tajante postura indagadora del autor se nos alzará, imponente y seria, la barrera de la creencia, de la fe ortodoxa. No habría, o sería al menos opinable, la tradicional inmortalidad del alma. Habría, por consiguiente, que someter a revisión gnoseológica la vida futura en sentido personal. Esto, para un cristiano, resulta inadmisiblemente, y debemos afirmar que Laín lo es de raíz.

¿Cómo conciliar dos perspectivas aparentemente opuestas? He aquí la aporía, he aquí el obstáculo antropológico. Me parece que la salida del atolladero debe buscarse primordialmente en otro libro de nuestro autor, *Alma, cuerpo, persona*. Ya no me es hacedero, ni siquiera posible, disecar con máximo detalle lo que en aquellas memorables páginas (memorables y angustiadas) quedó escrito. Recomendando muy en especial el largo epílogo.

Su título ya es abiertamente prometedor: «La apertura del hombre a lo transcendente».

Allí podrá el lector someter a análisis algunas afirmaciones lainianas sumamente reveladoras de su amarre a la fe. A la fe viva y actuante en la ultimidad espiritual del escritor. Así, por ejemplo, su creencia en «Dios como creador "ex nihilo" del universo». La potencia infinita de Dios: «no sólo quiso que el cosmos sea», sino que «quiso que fuese como es». La perfecta conciliación del surgir de la vida con la realidad físico-química de su proceso cuántico. El arranque desde un homínido, probablemente el «Australopithecus» hasta el «Homo sapiens sapiens». La evolución cósmica como operatividad de causas segundas. El acceso del hombre a Dios, esto es, los posibles y aceptados caminos de esa divina comunicación, vb. gr., la oración, el trabajo, el sacrificio y la experiencia mística. Finalmente, leemos el capitulillo que Laín desarrolla bajo el epígrafe de «Acceso "ultramortem" a lo transcendente». Detengamos la mirada en la frase inicial: «¿Hay para el hombre vida tras la muerte? Muchos siguen creyéndolo...», lo creen los secuaces de las distintas religiones monoteístas —judaísmo, «cristianismo» e islamismo— (el entrecomillado es mío). Este hecho tiene que ser contemplado con los ojos de la inteligencia en su dimensión más evidente y, por ende, innegable. Ya que si el «secuaz» del cristianismo acepta sus pilares fundamentales, para el hombre hay «vida tras la muerte», una vida transpersonal. Todo lo demás, esto es, los distinguos, las sutiles matizaciones y el atenerse a los datos últimos de la ciencia y de la especulación más honda quedan, quedarán anegados en esa primaria, en esa esencial certeza. La creencia es, viene siendo, según yo pienso, un acto en el que se conjugan armoniosa y fecundamente la humildad y la confianza. Y es forzoso declarar que en ellas se mueve el talento indagador de Laín. Su nueva antropología, tan arriscada, es un seno que puede acoger la actitud religiosa (acabo de señalarlo), «la atea

y la agnóstica». Así, pues, ni dualismo cartesiano, ni monismo materialista. Según pienso, estas dos últimas opciones se quedan a las puertas de la verdad.

Hace poco inició Laín y no siguió, al menos que yo sepa, una serie de artículos periódicos que portaban el título genérico de «Prosas testamentarias». Evidentemente el calificativo indicaba bien a las claras la tesitura existencial del autor. Testamentarias, es decir, no para exponer a la luz pública una especie de legado, sino como sospecha o atisbo de que el final de la biografía no andaba lejos.

En toda creencia late irremediablemente un fondo de duda o, lo que es lo mismo, de desasosiego. Es el resultado del desamparo último, de la aparente y desconcertante ausencia de Dios. A nosotros esta mísera condición de la criatura humana nos fuerza a defendernos de su desconcertante posibilidad. He aquí la duda, la estremecedora duda que a todos nos aflige. En último término es el viejo e inentendible enigma de la ausencia de Dios. Nos altera y nos conmueve hasta lo más íntimo de nosotros mismos ese «Deus absconditus» del profeta Isaías. De Rosalía de Castro, nuestra genial poeta, es este estremecedor grito que tomo de *En las orillas del Sar*: «Si medito en tu eterna grandeza, / buen Dios, a quien nunca veo...» «Dios a quien nunca veo». Y no olvidemos que al final del camino es cuando más necesita el hombre de esa sacra visión. Aunque sea una imagen reflejada por el intelecto creador y suscitador de tan buscada presencia.

El buen Dios a quien nunca veía nuestra poeta emerge de las páginas admirables y originales del libro *Idea del hombre*. Y ésa es la realidad que nuestro meditador acepta por encima, muy por encima, de todos los saberes y de todas las generalizaciones de su espíritu. Un espíritu lúcido. El de Pedro Laín Entralgo. □

RESUMEN

Lo que en Pedro Laín Entralgo siempre ha sido una constante, esto es, meditar sobre la vida humana, en los últimos años ese tranquilo fluir reflexivo está alcanzando, en expresión de García-Sabell, categoría de inundación. Casi media docena de títulos y con-

tenidos muy semejantes así lo avalan, y a ese conjunto debe agregarse la última obra de Laín, de la que se ocupa García-Sabell; un texto cuajado de saberes, decidido en sus conclusiones y especialmente inquietador, que trata de la realidad del hombre.

Pedro Laín Entralgo

Idea del hombre

Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1996. 208 páginas. 2.837 pesetas. ISBN: 84-8109-117-0.

Arquitectura, Ilustración y «modernidad»

Por Antonio Bonet Correa

Antonio Bonet Correa (*La Coruña, 1925*) es catedrático emérito de la Universidad Complutense y miembro de la Real Academia de Bellas Artes. Especialista en historia de la arquitectura y del urbanismo, se ha interesado también en la investigación sobre tratados de arte y arquitectura. Obras suyas son *Morfología y ciudad: fiesta, poder y arquitectura*; *Urbanismo en España e Hispanoamérica*; y *Figuras, modelos e imágenes en los tratadistas españoles*.

Hay materias científicas o literarias que interesan en mayor grado a un número determinado de personas. Dentro de esas materias hay temas o capítulos concretos que suscitan la curiosidad de un amplio público, aquel que asiste a conferencias y cursos de divulgación y el de lectores más especializados. A veces es cuestión de moda. La atracción por ciertos temas depende de la coincidencia que existe entre el pensamiento elaborado por los expertos y las tendencias generales de una época. Los muy versados y los profanos se inclinan ante el mismo asunto de manera simultánea y en perfecta sincronía.

Desde hace algunos años la arquitectura y las teorías sobre el arte de edificar han cautivado a un gran número de intelectuales, de historiadores y en general de amantes de las distintas manifestaciones plásticas. La fascinación por la arquitectura ha ido «in crescendo». En esta pasión hay mucho de esteticismo a la vez que una clara identificación mental entre el hombre moderno y su gusto por las formas y la técnica. El fenómeno no es nuevo. En todas las épocas los edificios más singulares siempre han causado asombro a los espectadores. Los monumentos desde la antigüedad hasta nuestros días han suscitado la admiración, tanto de los entendidos como de los legos en materia de arte, sea ya por su tamaño colosal, su perfección o su belleza. Hoy en día el gran público continúa rindiendo culto, a través del turismo, a las obras excepcionales del pasado y del presente, consideradas como patrimonio común de la humanidad. Para estar informado se vale no sólo de las guías y los libros de viajes, sino también de la literatura especializada. Al interés por las pinturas y las esculturas conservadas en los museos se une el que suscitan los edificios más notables entre los cuales se incluyen las obras de ingeniería. De ahí que últimamente, en todo el mundo, los editores más avisados hayan incrementado las publicaciones sobre la arquitectura y sus teorías. El mercado está inundado de libros, folletos, revistas y fascículos semanales dedicados exclusivamente al arte de la edificación, dirigidos al gran público. En los periódicos aparecen artículos que tratan del tema y en las tiendas de diseño se pueden comprar maquetas y recortables de monumentos célebres, clasificadores de discos compactos, carpetas, relojes de mesa, llaveros o corbatas y demás objetos con motivos sacados de la arquitectura. El gusto «moderno» y «post-moderno» se identifica con las alusiones a los elementos más significativos de un edificio. La arquitecturamania es el distintivo más llamativo de aquellos que en nuestros días quieren estar a la última.

Cuestión estética, es también un debate de orden intelectual más profundo. De ahí que la arquitectura no sólo interese a los profesionales y a los aficionados, sino también a los historiadores del arte y de la cultura. Para los partidarios de lo «moderno» lo que ha sido inventado en nuestros días es válido y todo lo que pertenece al pasado está obsoleto. Por el contrario, hay aquellos que piensan que nada es nuevo bajo el sol y que la «modernidad» consiste en remozar lo que puede salvarse del arsenal de lo pretérito. El debate entre ambas posiciones viene de lejos. Es la famosa «Querelle» académica de los Antiguos y los Modernos, la

renacentista comparación —«paragone»— entre lo pasado y lo presente. En el siglo XX el ahistoricismo de las vanguardias artísticas fue determinante para la arquitectura del llamado «movimiento moderno». La ruptura con la tradición tanto en los materiales de la construcción como en la ornamentación arquitectónica fueron esenciales para el nacimiento de las nuevas formas de edificar. Un mundo recién estrenado parecía alumbrarse prometedor de un nuevo tipo de ciudad y una funcional arquitectura, una radiante e inédita manera de vivir. Pero los acontecimientos históricos inexorables e ineludibles acabaron modificando la forma de pensar. La tradición resurgió como el ave fénix y echó por tierra gran parte de las ilusiones de lo «moderno».

Orígenes de la modernidad

Todas estas reflexiones previas vienen a propósito del libro de Anthony Vidler, *El espacio de la Ilustración. La teoría arquitectónica en Francia a finales del siglo XVIII*, que muy inteligentemente proyecta nuevas luces sobre un momento esencial de los orígenes de la modernidad. Como se sabe, Francia desde la publicación de la *Enciclopedia* hasta la Revolución francesa y Napoleón fue un centro creador en todos los órdenes. En la arquitectura su papel fue esencial y ha merecido la atención de los mejores historiadores del arte. Frente a los viejos conceptos para la interpretación del neoclasicismo, desde que en 1924 Emil Kaufmann publicó su primer ensayo «Die Architekturtheorie der französische Klassik und des Klassizismus», han cambiado mucho los criterios de los historiadores de la arquitectura francesa de finales del siglo XVIII. Los libros de este autor, *De Ledoux a Le Corbusier: origen y desarrollo de la arquitectura autónoma* (1933, edición española: Gustavo Gili, Barcelona, 1982), y *La Arquitectura de la Ilustración* (1955, edición española: Gustavo Gili, Barcelona, 1974) constituyen un punto de partida seguido por otros historiadores que, como J. M. Pérouse de Montclos, Rabreau, Monique Mosser, Gallet, Joseph Rykwert y, entre los españoles, Carlos Sambrić, han publicado importantes monografías. Para la nueva visión o definición del neoclasicismo, el libro de Robert Rosenblum, *Transformaciones en el arte de finales del siglo XVIII* (1967, edición española: Taurus, Madrid, 1986), se inscribe en una línea metodológica que, como la obra de Vidler, evita las simplificaciones y los límites rígidos de los historiadores anteriores. Atrás quedan obras tan importantes como la monumental *Histoire de l'Architecture classique en France*, de Louis Hautecoeur (los tomos sobre finales del siglo XVIII son de 1952 y 1953) o el sugestivo ensayo *Los ideales de la Arquitectura Moderna: su evolución (1790-1950)*, de Peter Collins, publicado en Londres en 1965 y del que hay una traducción española de Ignacio de Sola-Morales Rubió (Gustavo Gili, Barcelona, 1970).

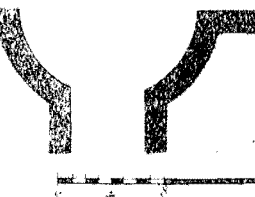
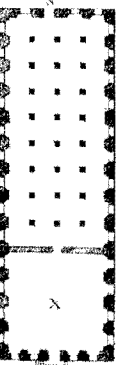
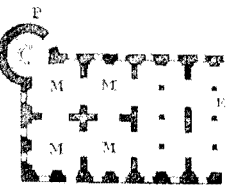
El libro de Vidler supone un paso adelante al enfocar el tema desde el entramado institucional y mental de la época. El autor, más que un describir formalmente los edificios y trazar las coordenadas entre las teorías arquitectónicas y la evolución estilística de las realizaciones, reescribe la historia a través de las intenciones y los logros de los arquitectos que se identificaban con los cambios sociales y trabajaban para comandatarios y mecenas influyentes en las transformaciones que se operaron entonces. Las tensiones políticas, las contradicciones entre las teorías y las realizaciones, las nuevas necesidades y los lastres todavía presentes del Antiguo Régimen son analizados en relación con las nuevas formas de expresión arquitectónica. La institucionalización de la nueva sociedad y sus nuevas estructuras fueron decisivas para las reformas que gradualmente llevaron a que los arquitectos pasasen del patronazgo estatal



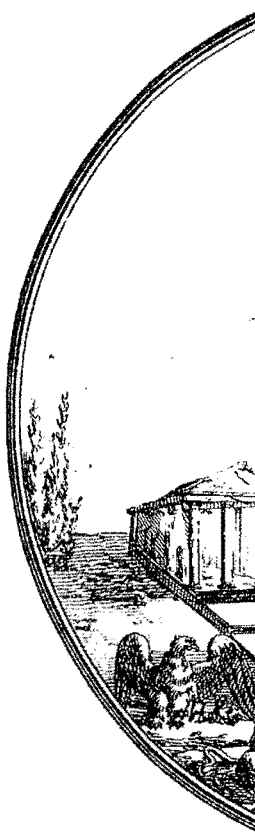
Alegoría de la arquitectura recobrando su modelo natural, de Charles Eisen.

y de la iniciativa privada a ser diseñadores de la esfera pública, de la ciudad comunitaria. El tránsito supuso una ruptura con el papel tradicional del arquitecto cuyo arte era el del ornato y la monumentalidad, esencialmente preocupado por la belleza formal del edificio. Como señala Vidler, el alumbramiento de un nuevo tipo de arquitecto se produjo «con poca rivalidad disciplinar con ingenieros, médicos y juristas», ya que éstos encontraban que el repertorio clásico de tipos edificatorios y formas representativas de su arquitectura «ya no parecía adecuado para satisfacer los criterios de economía, utilidad y exactitud programática», requeridos por los administradores. Tanto los economistas como los médicos, los juristas y los ingenieros estaban dispuestos a demostrar que la arquitectura era un arte «innecesario», una inapropiada e inútil decoración del «besoin», es decir, de la necesidad. Lo que necesitaba la nueva sociedad eran hospitales, cárceles, fábricas, canales, puentes y otras construcciones útiles y beneficiosas a la comunidad, no bellas e inservibles arquitecturas.

La conveniencia social de la arquitectura suscitó, a finales del siglo XVIII, un debate teórico que todavía tiene vigencia desde el punto de vista del racionalismo y la funcionalidad del arte de edificar. El mito de la cabaña o choza primitiva de Vitruvio cobró entonces una enorme importancia. Robinson Crusoe, el héroe de la novela de Daniel Defoe (1719) es el paradigma del hombre civilizado que, solitario, retorna a los orígenes de la humanidad pasando del árbol a la cueva y a la construcción de la vivienda elemental y básica. Aprendiz agrario, al igual que un capitalista colonial, es capaz de sacar fruto y hacerse rico con la naturaleza. Antagonista del salvaje inculto, triunfa en todas



Fabrica de papel en l'Anglès, planta.

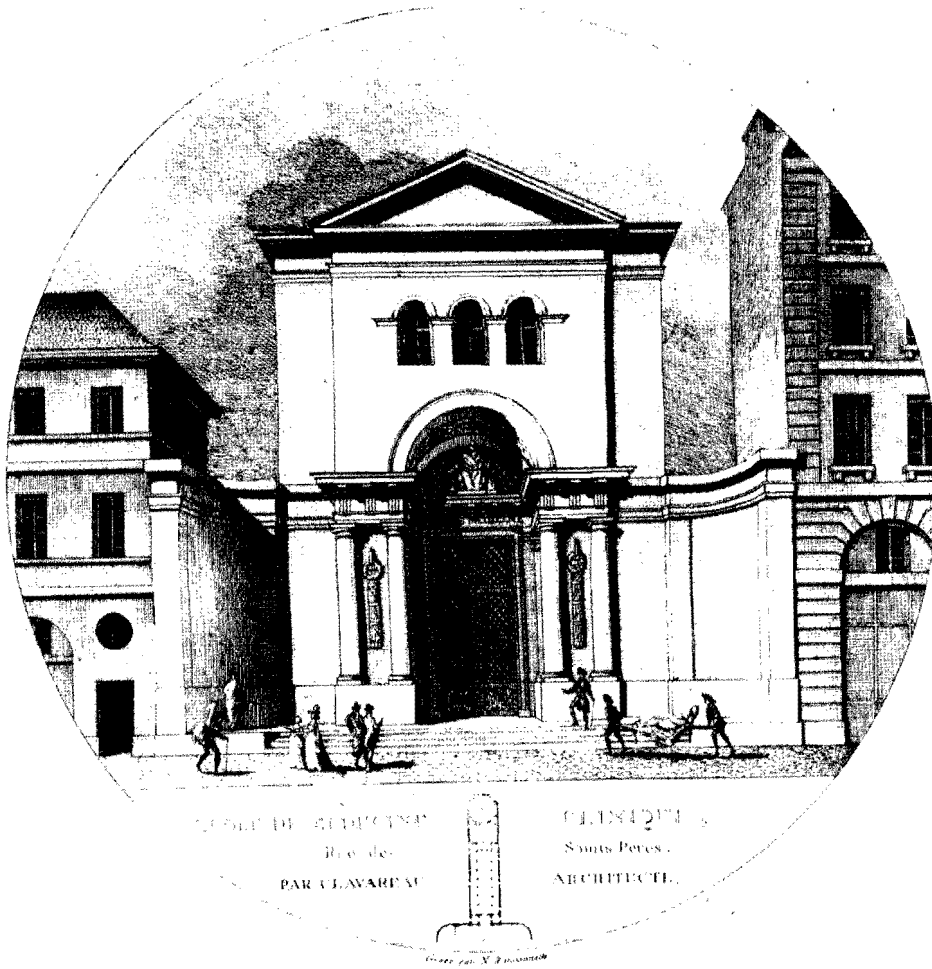
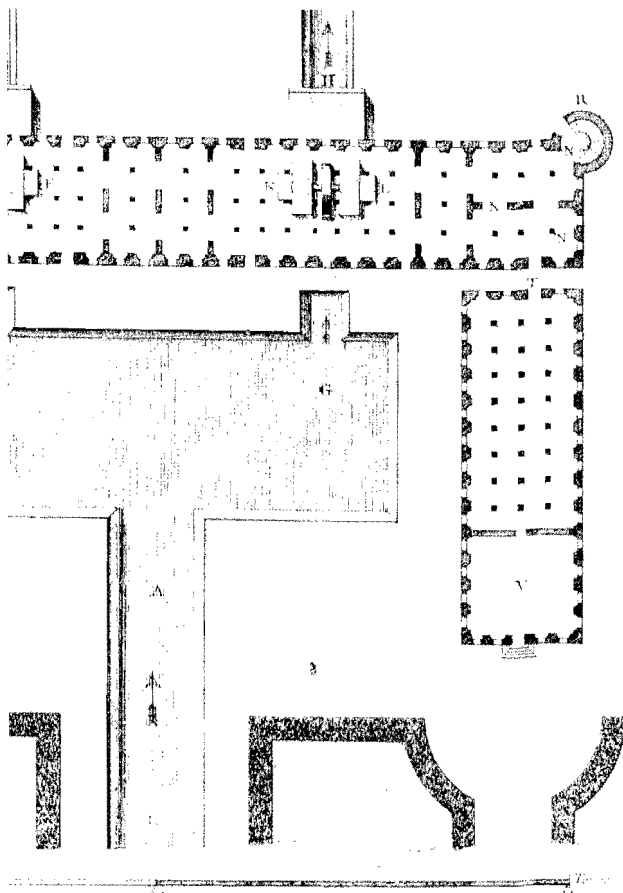


Paisaje masónico con templo y pirámide.

las adversidades. Del siglo XVIII es también el elogio de la vida rústica y natural de Rousseau. La sencillez de los primeros tiempos hace que la casa sea concebida como un utópico refugio de sociabilidad y a la vez contacto con la naturaleza. La idea de la cabaña primitiva adquiere el carácter de arquitectura autónoma a través de los escritos del Padre Marc-Antoine Laugier. En su famoso *Essai sur l'architecture* (París, 1753) la cabaña está considerada como un sistema estructural del que se deriva todo el arte de construir ulterior. Ahora bien, como observa Vidler, la arquitectura «era algo más que una mera estructura; era una suerte de len-



Viene de la página anterior



Fachada de la Escuela de Medicina Clínica, obra de Clavereau.



Origen de los cuatro órdenes arquitectónicos, de Ribart.

guaje, dotado de capacidad para transmitir significados mediante las conversaciones clásicas y la historia de su uso continuado».

El siglo XVIII fue un siglo de mutaciones sociales y políticas en el cual el pensamiento económico y filantrópico tuvieron un gran desarrollo. Institucionalmente los países civilizados se organizaron de forma más racional y efectiva. La aparición de las nuevas tipologías edificatorias fue la consecuencia de las nuevas necesidades colectivas. Las fábricas y los talleres como espacios de producción fueron objeto de especial atención. De las fábricas dispersas se pasó a las fábricas reunidas. Las manufacturas y los centros de explotación industrial adquirieron un papel preponderante. Le Creusot,

y sobre todo las Salinas de Chaux, ciudad fabril en plena naturaleza, obra de Nicolás Ledoux, son ejemplos que hablan por sí mismos. Otra tipología nueva fueron los hospitales, los asilos, manicomios y demás casas de salud. Lugares de curación, lo fueron también de confinamiento, verdaderas ciudadelas de infección, aparte y a la vez dentro de la ciudad. Otro tanto sucede con las cárceles y prisiones, pensadas desde el diseño del castigo y aislamiento del condenado. Al igual que los hospitales son edificios pensados para apartar de la vista del público a los indigentes y pobres, los cuales únicamente son recuperables a través de la moralización y regeneración, convirtiéndolos por medios coercitivos en seres capaces de hacer trabajos útiles que redunden en el incremento de la producción pública. Sólo los falansterios y espacios aptos para el libertinaje de Sade, Fourier y Lequey se libran a su manera del ojo del inspector y agente que de manera abstracta, racionalizada e inexorable vigila a los individuos sometidos a las leyes que rigen la vida social.

Novedoso en extremo es el capítulo dedicado a la arquitectura de las logias, a los ri-

tos y símbolos de la masonería. Como se sabe, a fines del siglo XVIII esta sociedad secreta alcanzó su momento estelar, de intensa vida cultural y artística. La teoría analógica de la masonería y la arquitectura del salomónico templo de Jerusalén son esenciales para comprender los espacios rituales de las logias en las que tenían lugar las sesiones o tenidas fraternales de sus miembros, los cuales pertenecían a la élite intelectual de su tiempo. Interesante es conocer la nómina muy larga de

RESUMEN

Desde la perspectiva actual, cuando la arquitectura y las teorías sobre el arte de edificar interesan y cautivan no sólo a los especialistas, sino a un amplio público, amante en general de las manifestaciones plásticas, es como hay

los arquitectos que fueron masones lo mismo que muchos de sus mecenas que les encargaron obras y jardines masónicos como el célebre Désert de Retz.

Por último Vidler analiza el sentido de la historia que desde Winckelmann hasta Quatremère de Quincy fue determinante para las modernas ideas acerca del pasado y del presente. La incorporación de los anticuarios, arqueólogos, antropólogos e historiadores del arte al estudio de las arquitecturas ajenas al canon clásico ensanchó el horizonte de las investigaciones sobre el pasado, que fue considerado bajo la luz de las costumbres y la identidad preterita de sus respectivos pueblos y razas. El ideal de la belleza griega en Winckelmann o la historia universal de la arquitectura desde la antigüedad hasta el siglo XIX en Gibbon y Seroux d'Agincourt, con su teoría de la decadencia y caída de su perfección estética son el fundamento de lo que serían los eclécticos estudios de los historiadores decimonónicos. De capital relevancia es la obra de Quatremère de Quincy, quien mejor ha definido lo que son los «tipos edificatorios», resultado de la combinación más o menos lógica de las estructuras primitivas, enunciadas por Laugier. La noción de las formas características, incluidas las de la tradición clásica y adaptada a las ciencias naturales se debe a Quatremère de Quincy, que supo diferenciar los «tipos» de los «modelos», cuyo concepto de la «imitación en las artes» sigue todavía vivo.

No quisiéramos alargarnos en nuestro comentario, pero no podemos dejar de mencionar el capítulo dedicado a la creación del *Musée des Monuments Français*, obra del joven pintor Alejandro Lenoir, que recogió en él las piezas que habían sido objeto del vandalismo arquitectónico de la Revolución francesa. Resulta paradójico que la destrucción del patrimonio supusiese su redescubrimiento y revalorización. Las ficticias restauraciones o recomposiciones monumentales que, de manera teatral, hizo Lenoir para impresionar a los visitantes de su museo denotan toda una idea acerca de lo que se llamó el carácter de lo arquitectónico. Por ejemplo, el paso de la zona medieval apenas iluminada al moderno neoclásico con intensa luz muestra una manipulación ideológica de lo arquitectónico. No es extraño que el racionalista Quatremère fuese partidario del cierre de dicho museo.

Hoy en día en que se presta tanta atención a lo arquitectónico resulta gratificante la lectura de un libro que indaga sobre el origen de las ideas que actualmente admitimos. La modernidad no es sólo en nuestra época la arquitectura de planos rectangulares sin adornar, de formas geométricamente puras y volúmenes elementales. También es el gusto «visionario» y fantástico de un Lequey, arquitecto y masón cuyo lenguaje era un bricolage de signos preconcebidos y se deleitaba en el más delirante eclecticismo. Arquitecto en papel, neurótico y licencioso, sus satíricas fantasías establecieron los códigos subversivos de una arquitectura libertina y «parlante». La cara y la cruz de la época osciló entre los dos polos de lo imaginativo y lo racional. Igual sucede hoy en día en que la arquitectomanía domina, al igual que a finales del siglo XVIII, a gran número de personas ilustradas. □

Anthony Vidler

El espacio de la Ilustración. La teoría arquitectónica en Francia a finales del siglo XVIII

Alianza Forma, Madrid, 1997. 277 páginas, 173 ilustraciones. 4.500 pesetas. ISBN: 84-206-7140-1.

Los caminos de la intercomprensión

Por Miquel Siguan

Miquel Siguan (Barcelona, 1918), psicólogo y psicolingüista, es catedrático emérito de la Universidad de Barcelona y miembro de la Academia Europea. Autor de España plurilingüe, publicado también en inglés, y de La Europa de las lenguas, publicado además en catalán, francés, portugués, alemán e italiano.

Vivimos en una época en la que conocer otras lenguas se ha convertido en una auténtica necesidad. Conocer el inglés, por supuesto, que en todos los países es la lengua más estudiada, pero no solo el inglés. Porque es evidente que la Unión Europea no va a aceptar el inglés como lengua común y única para las comunicaciones entre los europeos y resultaría ridículo que un español en Lisboa acudiese al inglés para entenderse en una tienda o que un empleado de una empresa alemana a quien se le va a trasladar a Roma aprendiese el inglés antes que el italiano. La solución que propone la Unión Europea es que en el futuro todos los europeos deberían conocer al menos dos lenguas extranjeras sin precisar cuáles. Una aspiración que por ahora estamos lejos de poder cumplir, sólo Luxemburgo, en todo el territorio de la Unión, y por unas circunstancias especiales es capaz de ofrecer un sistema educativo que asegura a sus alumnos la competencia plena en tres lenguas.

El problema se suaviza teniendo en cuenta que no es cierto que la mayoría de los europeos tendrán la necesidad de conocer tan a fondo otras lenguas extranjeras que se les pueda considerar perfectos trilingües o cuatrilingües, en la mayoría de los casos bastará con la capacidad de recibir información en otra lengua europea y de establecer una comunicación elemental. La observación de Umberto Eco en *La lengua perfecta* es totalmente sensata: «Una Europa de políglotas no

significa una Europa de personas que hablan sin dificultad muchas lenguas sino, en la mejor de las hipótesis, de personas que pueden relacionarse hablando cada una en su lengua y comprendiendo la del otro y que, aunque no sean capaces de hablar la lengua del otro con fluidez e incluso la comprendan con alguna dificultad, comprendan sin embargo el "espíritu" de la lengua, el universo cultural que cada cual expresa al hablar en la lengua de sus antepasados y de su tradición».

A esta capacidad de comprender otra lengua es a lo que se ha llamado «bilingüismo pasivo». Hace muchos años un lingüista en Barcelona, Delfi Dalmau, predicaba el «poliglottismo pasivo», argumentando que nos esforzamos durante muchos años por conseguir hablar y escribir correctamente una lengua extranjera sin conseguirlo, cuando con el mismo esfuerzo podríamos llegar a comprender dos o tres lenguas y si nuestros interlocutores hacían el mismo esfuerzo podríamos entenderlos todos perfectamente. El razonamiento sólo tiene el fallo de que en el mundo hay muchas lenguas y que sólo podríamos entendernos con los que hubiesen aprendido a comprender la que nosotros hablamos. Pero incluso con esta limitación es cierto que una competencia pasiva puede ser suficiente en muchas ocasiones.

La experiencia de la que quiero hablar puede situarse en esta línea pero se apoya además en otro fundamento, en el hecho de que las lenguas no son totalmente distintas entre sí, sino que se agrupan por familias que tienen rasgos similares. Dentro de la gran familia indoeuropea hay a su vez subfamilias o grupos, las lenguas escandinavas, las latinas o románicas, las germanas, las eslavas...

Las lenguas escandinavas, a su vez, se dividen en dos grupos: por un lado, el islandés y el feroés y por otro, el danés, el sueco y el noruego. De hecho estas tres se separaron no hace mucho tiempo. En el caso del noruego

fue en 1905 cuando, después de alcanzar la independencia, los noruegos decidieron unificar y codificar los dialectos que hablaban, una codificación discutida y que hoy tiene dos formas legales distintas. Pero a pesar de ello no sólo todos los noruegos se entienden entre sí, sino que suecos, daneses y noruegos se entienden hablando cada uno en su lengua. Y en las escuelas de los tres países no se enseñan las gramáticas de las otras lenguas, que son muy similares, pero sí rehacen prácticas de lecturas para facilitar la comprensión. Y es este ejemplo escandinavo de intercomprensión el que ha inspirado el método que aquí comento.

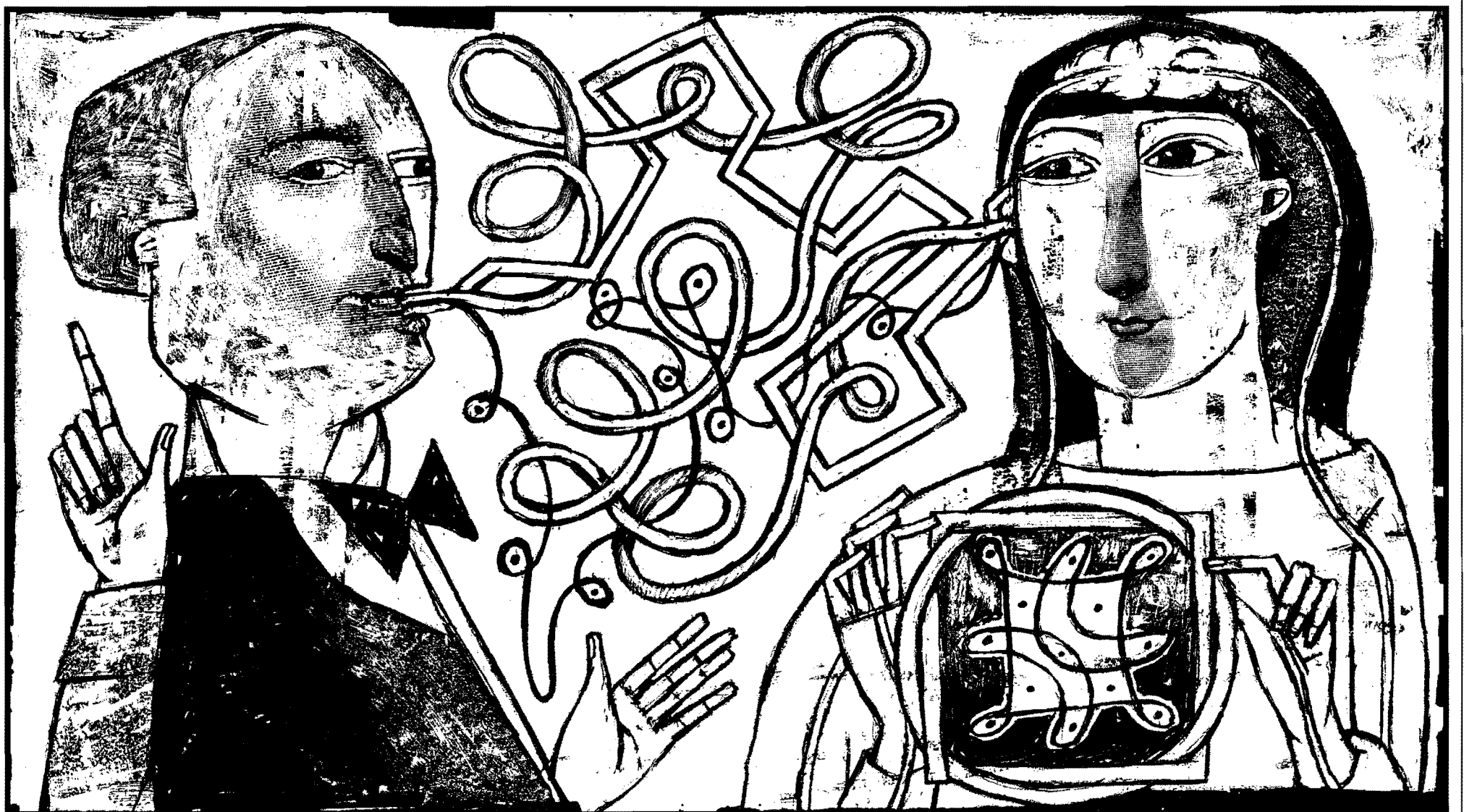
Una experiencia original

Las lenguas neolatinas no son tan semejantes como las escandinavas, pero tienen de todos modos bastantes similitudes tanto en el vocabulario como en la morfología y la sintaxis. La iniciativa consiste, en resumen, en enseñar a hablantes de una lengua latina a entender otras tres. Concretamente en Aix en Provence, donde se fraguó la experiencia, alumnos de lengua francesa aprenden a la vez a entender textos en español, italiano y portugués. Y posteriormente, a lo largo de tres años, la experiencia se ha extendido a las Universidades de Salamanca, Lisboa y Florencia y en cada caso a los alumnos se les familiariza con las otras tres lenguas latinas de las cuatro objeto de la experiencia.

La experiencia, bautizada con el nombre «EuRom4», está impulsada y dirigida por Claire Blanche-Benveniste y André Valli que han expuesto sus resultados en un número monográfico de la revista *Le Français dans le monde* y el texto del método se ha publicado en Florencia, un texto al que se ha agregado una versión informatizada para la autoenseñanza.

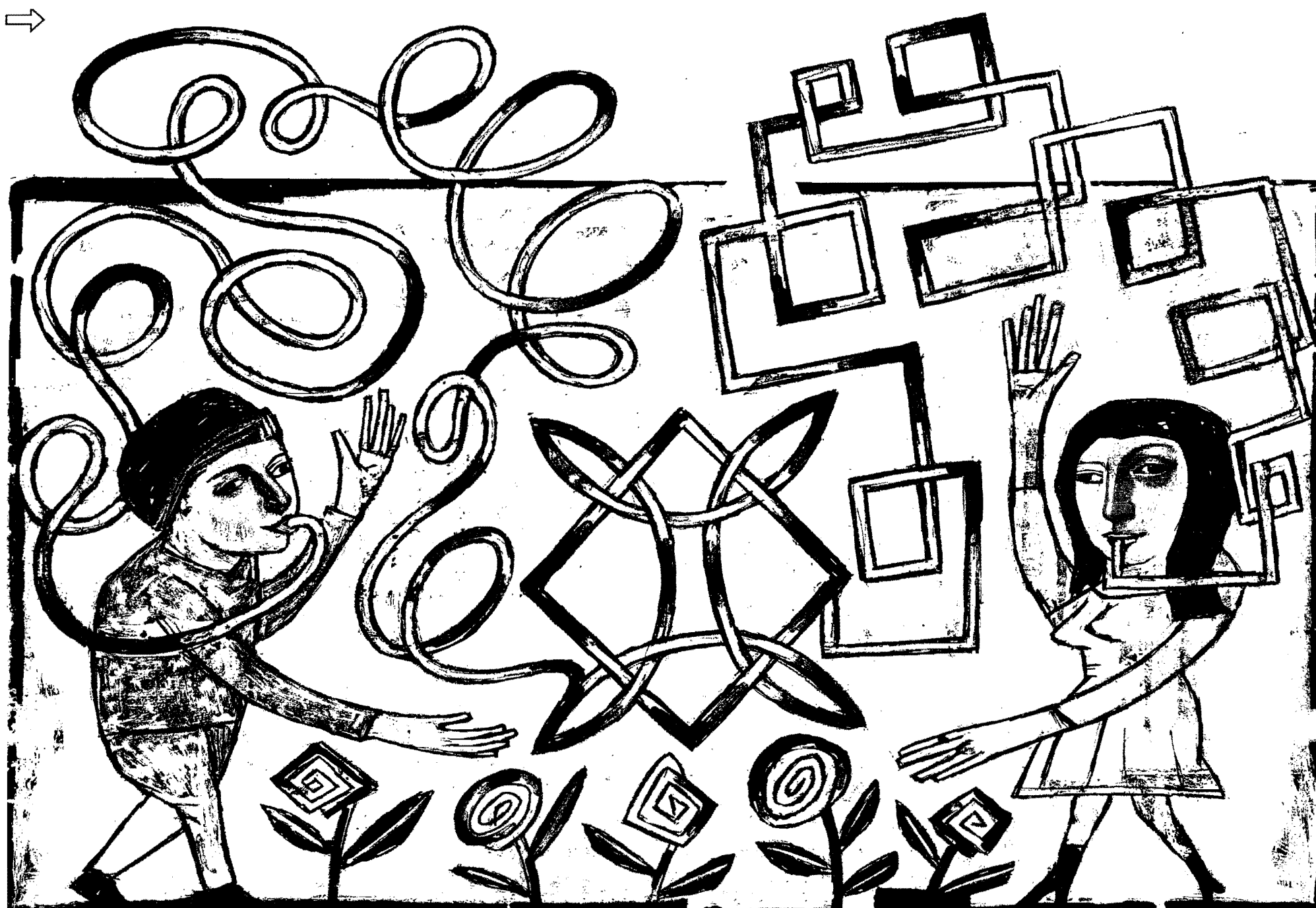
Básicamente consiste en una serie de sesiones a lo largo de un curso y en cada una de ellas se le presentan al alumno tres textos, uno en cada una de las lenguas estudiadas, los tres extraídos de periódicos de actualidad y los tres con una temática parecida. A los alumnos se les propone que consideren sucesivamente cada texto y que intenten descifrar su significado ofreciendo una traducción de tal como entienden el contenido del texto. Desde el primer día se les estimula a no obsesionarse con querer identificar el significado de cada palabra, sino a procurar entender primero el conjunto de la frase y aun el sentido general del artículo. Una vez hecha una primera probatura, el profesor les ofrece algunos apoyos, el significado de palabras que por su cuenta no pueden deducir, los límites sintácticos de las frases difíciles... y les propone volver a intentar la traducción. Finalmente el profesor después de examinar los resultados y de advertir las dificultades que han encontrado los alumnos les ofrece una traducción correcta y procura aclararles las dificultades. Y tomando pie en estas dificultades les proporciona nociones sobre las similitudes y las diferencias en el vocabulario de las cuatro lenguas y sobre las similitudes y las diferencias en la morfología y la sintaxis. A medida que avanza el curso estas explicaciones toman una forma más sistemática y al final constituyen un diccionario cuatrilingüe y una gramática comparada, aunque sea a nivel elemental, de las cuatro lenguas.

En su forma original el método tenía sólo como objetivo la interpretación de textos escritos. Actualmente a la presentación del texto escrito se le ha añadido el oír su lectura y en la versión informatizada se ha incorporado esta presentación oral que en el futuro podría acompañarse de vídeos reproduciendo reportajes televisados. De todos modos el método sigue centrado en el texto escrito.



VICTORIA MARTOS

Viene de la página anterior



VICTORIA MARIOS

Como los que han animado el experimento son científicos y experimentadores, más que insistir en pregonar los resultados conseguidos destacan la extraordinaria riqueza del método para poner de relieve tanto los mecanismos de la lectura como los de adquisición de una lengua extranjera, las estrategias para comprender un material a partir de unos elementos fragmentarios, la dinámica de las palabras a la frase y al texto y a la inversa, pero también destacan hasta qué punto distintos individuos adoptan estilos y estrategias distintas para abordar los mismos problemas. Y observaciones interesantes también sobre las transferencias de aprendizajes entre las distintas lenguas y, a la inversa, sobre los peligros que encierran las falsas semejanzas. Pero se declaran sorprendidos por los resultados, los alumnos desde el primer día se muestran interesados y motivados por el método y después de una temporada en algún momento parece como si se hubiesen familiarizado con las lenguas y a partir de entonces sus progresos son rápidos. Y quizás la mejor prueba de este éxito es que, una vez terminado el período experimental, los cursos se han seguido ofreciendo porque había un público voluntario para seguirlos. Y la iniciativa ha despertado interés en otros ambientes universitarios y se han puesto en marcha o están en estudio experiencias similares no solo para las lenguas románicas sino para las germánicas y las eslavas.

Actitudes ante las lenguas

Al margen de su eficacia resulta interesante preguntarse por qué una iniciativa en favor de un mayor entendimiento entre los hablantes de las lenguas latinas ha surgido precisamente en Francia.

La romanística, entendiendo por ella una rama de la lingüística que tiene por objeto el estudio del origen y del desarrollo de las lenguas surgidas del latín consideradas parale-

lamente en su evolución y en sus influencias mutuas, es una ciencia nacida en Alemania y al influjo de la concepción historicista de las lenguas que arranca de Humboldt y, aun antes, de Herder, quien considera la historia como una sucesión de culturas en las que la lengua juega un papel central. Díez en 1836 fue su primer sistematizador y pronto encontró entusiastas cultivadores en los países latinos, especialmente en la Península ibérica, dedicados al estudio de los orígenes del gallego-portugués, del castellano y del catalán. Pero fue acogida con mucho menos entusiasmo en Francia. Ciertamente la historia del francés era allí un tema predilecto, pero a condición de respetar el carácter casi sagrado del francés como lengua única de Francia y como lengua internacional de la cultura. A su lado las restantes «parlers» de Francia eran meros «patois» de manera que hablar de evolución paralela o de influencias mutuas resultaba incongruente. Y no digamos si el reconocimiento de otras lenguas podía dar paso a sentimientos nacionalistas. Así la romanística se abrió paso con mucha dificultad y cuando en 1872, solo dos años después de la derrota de Sedan, Gaston Paris lanzó la revista *Romania*, en las páginas iniciales se sintió obligado a justificarla patrióticamente afirmando, siguiendo a Renan, que, mientras el nacionalismo de los germanos y los eslavos se basa en la sangre, el nacionalismo de los pueblos romanos es un producto histórico.

Pero, aunque Gaston Paris desarrolló una tarea considerable en el orden científico, el Estado y la sociedad francesa mantuvieron la misma actitud reverencial respecto a su lengua y la misma indiferencia por la suerte de otras lenguas. Hasta que, hace unos años, desde el final de la última gran guerra para ser exactos, el avance del inglés se ha hecho imparable y Francia ha modificado su actitud y se ha convertido en el primer bastión de la resistencia frente al inglés y en defensora del plurilingüismo. Al menos, de fronteras para afuera.

Sería injusto, sin embargo, relacionar con este cambio de actitud la iniciativa que comento y que hay que atribuir a motivos más profundos. Notemos en primer lugar que aparece no en París, sino en Aix en Provence, una ciudad y una universidad heredadas de la cultura provenzal y estrechamente relacionadas con los países mediterráneos. Y que su primera inspiradora es Claire Blanche-Benveniste, una lingüista que ha ganado su reputación estudiando la gramática de la lengua oral frente a la tradición clásica de considerar la lengua escrita como paradigma. Y que es hija de Emilio Benveniste, que, aparte de sus estudios sobre semántica indoeuropea, ha sido un abanderado de la gramática del discurso, en contraste también con la lingüística tradicional. Y añadamos todavía que la familia Benveniste, como indica el apellido, es una familia sefardí, cuyos antepasados medievales residían en tierras de Girona.

Estas raíces provenzales y catalanas sugieren la pregunta de por qué en la experiencia no se ha incluido el catalán. La propia Claire se plantea la pregunta y responde que sus medios eran limitados, que de alguna manera había que empezar y que la iniciativa es ampliable. Y efectivamente, Stegman en Frankfurt mantiene una experiencia similar con alumnos alemanes, que se inician a la vez en varias len-

guas románicas, entre ellas el catalán. Y en alguna Universidad de Barcelona se ha empezado a trabajar en la misma dirección.

Un futuro incierto

De todos modos, aunque los resultados de la experiencia parecen muy satisfactorios y, como hemos visto, ha tenido muy buena acogida en medios universitarios, ello no asegura su éxito. Como cualquier empresa humana, el empeño no está libre de crítica y la más obvia parte de la constatación de que la competencia activa y la pasiva están estrechamente relacionadas y que resulta artificial desarrollar exclusivamente la pasiva. A lo que se puede añadir que el pretender enseñar sólo a comprender una lengua parece excesivamente limitado y es difícil imaginar a un profesor de lengua satisfecho con ofrecer a sus alumnos sólo una competencia pasiva de la lengua que enseña. De hecho, los profesores de lenguas extranjeras siempre se han mostrado recelosos frente a las propuestas de bilingüismo pasivo, una actitud recelosa que en este caso resulta agravada, porque este método requeriría profesores competentes en tres lenguas, lo que está fuera de la realidad habitual.

RESUMEN

Miquel Siguan se hace eco de una experiencia de comprensión de otras lenguas, llevada a cabo en una universidad francesa. Ante la imposibilidad de que se generalice un conocimiento total de varias lenguas a la vez, este método busca el aprendizaje pasivo, no activo,

de otras lenguas similares (la experiencia se ha realizado con el francés, español, italiano y portugués): es decir, la comprensión de textos escritos. Aunque el método ha sido bien acogido y los resultados son sorprendentes, Siguan cree que tiene un futuro incierto.

Claire Blanche-Benveniste y André Valli (coords.)

L'intercomprension: le cas des langues romanes

Número monográfico de «Le français dans le monde», Hachette, EDICEF, París, 1997. 160 páginas. 86 francos franceses. ISBN: 28-4129-164-2.

El ratón, la mosca y el hombre

Por Carlos Gancedo

Carlos Gancedo (Madrid, 1940), es profesor de investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, adscrito al Instituto de Investigaciones Biomédicas. Se ha dedicado a la investigación sobre la bioquímica y la genética de levaduras, habiendo publicado varios trabajos originales sobre este tema.

El título de este comentario recuerda los de aquellas fábulas —morales, se las denominaba— que en épocas anteriores a la invasión televisiva se hacían aprender a los escolares como parte de su formación. Al lado de «La cigarra y la hormiga», «La águila, la corneja y la tortuga» o «Las moscas», ¿por qué no *El ratón, la mosca y el hombre*? Sin embargo, no nos encontramos en esta ocasión ante una fábula sino ante un libro con ese título en el que François Jacob nos expone meditaciones diversas que van desde la evolución de la genética —de la mosca al ratón— hasta la influencia de los avances de la ciencia biológica sobre las actividades y el comportamiento del hombre, pasando por la manera de hacer la ciencia.

El autor es un gran científico cuyas valiosas contribuciones a la biología le valieron el premio Nobel en 1965; pero además es un gran escritor. En 1970 publicó en las prestigiosas Editions Gallimard *La logique du vivant*, un libro sobre la evolución de las ideas y los conocimientos en lo que hoy llamamos genética; libro luminoso cuya lectura continúa siendo instructiva y deleitosa. Aproximadamente diez años después, en 1981, da a la luz *Le jeu des possibles*, donde expone una serie de reflexiones sobre la evolución biológica y la diversidad de los seres vivos; sigue en 1987 *La statue intérieure*, una autobiografía en la que algunos capítulos pueden parangonarse a escritos de la mejor narrativa. Y ahora —otra vez diez años después— sale a la calle el libro que nos ocupa, en el que se recogen una serie de temas queridos al autor, alguno de los cuales ya esbozó en alguno de los libros mencionados. Es preciso decir que todos los libros publicados por Jacob, aparte de presentar un elevado interés científico, tienen una alta calidad literaria. Es difícil olvidar la intensidad de algunos pasajes de *La statue intérieure*, como por ejemplo aquellos en los que discurre sobre cómo uno llega a ser lo que es, sobre cómo comprender o describir su vida o aquel otro en que medita sobre la decadencia de la vida, sobre el miedo a convertirse en otro ser distinto, privado de la capacidad de razonar y escribe sobre la salida meditada de la vida: «Lo difícil: escoger el momento. Demasiado pronto es estúpido, demasiado tarde es imposible».

Quizá no sea fácil encontrar actualmente un científico de la talla de Jacob que maneje la lengua de una forma tan elevada como la suya. Es posible que la preocupación por el buen uso del lenguaje se considere como algo pasado, algo que resta espontaneidad a la comunicación o que crea diferencias entre las personas, según hayan tenido o no acceso a una educación determinada. Probablemente nada más alejado de la realidad: la pretendida espontaneidad esconde a menudo la pereza de pensar y escribir con rigor. Y la desigualdad entre las personas podría corregirse con una buena escuela pública que de verdad enseñase a todos a manejar su idioma con corrección. Posiblemente Francia haya sido ejemplar en eso. El papel de los maestros fue reconocido por los gobiernos republicanos como fundamental para la consolidación del régimen, y la necesidad de buscar apoyos entre las clases populares hizo que se favoreciese a los mejores en las escuelas públicas. Merece la pena leer y meditar lo que ha escrito Camus en *Le premier homme* sobre el papel que en

su formación tuvieron su maestro y su escuela en aquel pobre barrio de Argel. Valdría también la pena recordar que en Francia ha habido una preocupación por el buen uso de la lengua —en el periódico *Le Monde* existió durante bastante tiempo una sección titulada «En defensa de la lengua francesa»—, preocupación compartida por los partidos de izquierda que consideraban, con razón, que el buen conocimiento y uso de la lengua era fundamental para disminuir la diferencia entre los favorecidos y los desfavorecidos. El saber expresarse bien no sólo era cuestión de «grandeur», era, más importante todavía, cuestión de «égalité» bien entendida.

Como decíamos más arriba, en este libro, se tratan diversos asuntos: la reproducción, la formación de los individuos, la evolución como bricolaje, el estilo diverso en que los científicos dedicados a la biología hacen su trabajo, de cómo ven lo bello, lo verdadero, el bien y el mal. Para no alargar el comentario he escogido sólo cuatro, que creo darán una idea de la envergadura del libro.

El futuro de la ciencia es imprevisible

El mensaje de este capítulo inicial es la imprevisibilidad de la dirección que seguirá una investigación y de las consecuencias que tendrá sobre la sociedad. Esta afirmación choca con nuestros deseos. Al ser humano le gustaría poder prever el futuro; de ello hay constancia en todas las épocas y civilizaciones: Odiseo desciende a los infiernos para que el alma del adivino Tiresias le vaticine si llegará a Itaca; Saúl visita a la pitonisa de Endor para que le invoque al espíritu de Samuel y que éste le prediga el desenlace de la guerra contra los filisteos; actualmente un elevado número de personas consulta los horóscopos para orientar su actividad diaria. Según datos del libro de Jacob, en Francia unos cuarenta mil adivinos, magos, videntes y echadores de cartas facturan cifras anuales de varias decenas de millones de francos, mostrando que el deseo de un conocimiento anticipado del porvenir sigue bien vivo.

No es extraño pues que, siguiendo esta tendencia, en vísperas del nuevo milenio se multipliquen las conferencias y reuniones que «predicen» cómo será la medicina en el siglo XXI, o cuál será el impacto de la ciencia sobre la sociedad en los próximos veinte años. Desgraciadamente para las personas que creen que estas predicciones son válidas, la historia de la ciencia y sus repercusiones no deja lugar a dudas sobre la imposibilidad de este empeño. Lo cual no deja de sorprender si se tiene en cuenta que uno de los logros de la ciencia es su capacidad de predicción. Sin embargo, hay una gran diferencia entre la capacidad de predecir un fenómeno particular conociendo una serie de datos iniciales —que es lo que puede hacer la ciencia— y la capacidad de determinar la dirección de una investigación, donde por definición hay una serie de datos desconocidos. Por lo mismo no se puede determinar cómo esa investigación afectará a la sociedad en que se desarrolla. Se pueden predecir los resultados de la investigación rutinaria, su posible impacto, porque ya sabemos «lo que va a salir», pero de dónde van a venir los grandes cambios —los que de verdad alteran nuestra visión del mundo— no puede preverse.

Esto es algo que a pesar de la evidencia histórica es difícil de hacer comprender a políticos y planificadores que —quizá por una educación errónea sobre el desarrollo de la ciencia— piensan, nos dice el autor, que «hacer proyectos, apuntar hacia una dirección, hablar del futuro es dominarlo». El político puede —debe— definir la importancia de la ciencia para el país y fijar un presupuesto; el admi-



STELLA WITTENBERG

nistrador a su vez puede determinar la importancia relativa de las diversas disciplinas y por tanto la parte del presupuesto que se les va a adjudicar a cada una. Pero los derroteros de la investigación los marcará el trabajo de los científicos. ¿Quién hubiese predicho que del estudio de un curioso fenómeno relativo a la infección de una bacteria por un virus surgiría la ingeniería genética? Probablemente en un programa de investigación biológica dirigido a conseguir un «impacto social» (es la terminología al uso), una petición de financiación para el estudio de aquel fenómeno, que bien podía considerarse una curiosidad de laboratorio, no hubiese tenido éxito. En ciencia, como en historia, no se puede prever cómo se desarrollarán los acontecimientos, porque hay multitud de circunstancias que se ignoran y que acaban teniendo una gran importancia. ¿Por qué tuvo lugar la batalla de Borodino cuando ni el alto mando ruso ni el francés la deseaban? ¿Cómo es que los servicios secretos no pudieron prever la caída del muro de Berlín? ¿Cómo la aplicación de un método de secuenciación del DNA ha llevado a plantear cuestiones morales a la sociedad? El futuro traerá cambios, pero probablemente serán distintos de los que podemos imaginar.

La imaginación en la ciencia

En uno de los capítulos del libro titulado «Lo bello y lo verdadero», el autor trata uno de sus temas favoritos, el del papel fundamental que desempeña la imaginación en la creación de la ciencia. ¿Cómo se hace la ciencia? ¿Cuáles son las vías que recorre el científico para hacer avanzar el conocimiento? ¿Existe un método científico, una colección de reglas cuya correcta aplicación conduce al descubrimiento? Se cuenta —y Jacob lo menciona— que Einstein decía que para saber cómo funcionan los científicos no había que escuchar lo que decían, sino ver lo que hacían. Lo que quería decir Einstein es que lo que trasciende al público como forma de actividad científica, es el destilado en forma lógica de un largo proceso que ha tenido etapas que no se pueden explicar de manera lógica. Una imagen muy bella que nos presenta el autor describe la forma en que se hace la ciencia. Ciencia de día y ciencia de noche; la luz y las sombras. Pero al igual que una imagen sin sombra carece de profundidad, el razonamiento luminoso, lógico, se agota rápidamente en sí mismo si no recibe nuevas fuerzas de la imaginación que surge de zonas oscuras, desconocidas. No resisto a copiar un trozo de una conferencia del autor sobre ese mismo asunto: «La ciencia de día maneja razonamientos que se articulan como engranajes, resultados que tienen la fuerza de la certidumbre. En ella admiramos el orden majestuoso como en un

cuadro de Leonardo o en una fuga de Bach. La recorremos como un jardín a la francesa. Consciente de su caminar, orgullosa de su pasado, segura de su futuro, la ciencia de día avanza en la luz y la gloria. Al contrario, la ciencia de noche camina a tientas; duda, tropieza, retrocede, suda, se despierta sobresaltada. Dudando de todo, se busca a sí misma, se pregunta, vuelve a comenzar continuamente. Es una especie de taller de lo posible donde se elabora lo que llegará a ser el material de la ciencia».

No deja de ser curioso el parentesco entre esta forma de ver el desarrollo de la ciencia y la que describe Karl Popper. Dice este último: «La imagen de la ciencia que propongo es como sigue: Existe una realidad detrás del mundo tal como lo percibimos, quizá una realidad con varias capas, de las que la que vemos es la más externa. Lo que hace el gran científico es imaginar con atrevimiento, conjeturar audazmente, cómo serán las capas internas de la realidad. Este imaginar se parece a la creación de los mitos». Es decir, lo primero es la ciencia de noche. Pero entonces, ¿qué distingue a la ciencia de los mitos, a las hipótesis científicas de las creencias metafísicas? Ambas coinciden en su intento de explicar lo visible por lo invisible, de explicar lo que se ve por lo que se imagina. Pero la diferencia se observa enseguida y de nuevo Jacob coincide con Popper. La distinción entre la actividad científica y otras a las que la imaginación también sirve de base radica en la decisión de buscar refutaciones y pruebas a las explicaciones imaginadas. Es curioso que estas mismas ideas fuesen ya expresadas por Claude Bernard hace más de un siglo y que —al menos por lo que yo conozco— no se haya considerado adecuadamente el parentesco entre una serie de proposiciones de Bernard y de Popper. Cuando Bernard dice que el investigador hace un experimento para controlar o verificar el valor de una idea, o habla de la idea directriz, no está sino diciendo con otras palabras lo que Popper dijo más tarde sobre la hipótesis y su refutación. Y en cuanto a la descripción de la ciencia de noche que hace Jacob, ¿no es eso lo que dice Bernard cuando escribe que «el investigador reflexiona, prueba, palpa, compara y combina para encontrar condiciones experimentales adecuadas para someter a prueba sus ideas?».

No, no hay recetas para descubrir. Hace falta imaginación; imaginación para concebir una idea nueva, imaginación para plantear experimentos que la refuten, e imaginación para someterse al imperio de la lógica que eliminará o permitirá sobrevivir (provisionalmente) a la querida idea.

El organismo modelo

El público poco versado en ciencia se sorprende a menudo de los objetos de estudio de los científicos: unos no los comprende en absoluto y otros le parecen caprichosos, sin relación con cualquier problema que a su juicio tenga importancia en la vida real, en su vida. Pocos imaginan que estudiando la fermentación alcohólica de la levadura se conseguirían importantes informaciones sobre el metabolismo en humanos, o que el conocimiento acumulado sobre mohos y bacterias ha sido fundamental para poder producir la variedad de antibióticos de los que se dispone en la actualidad. Sin embargo, de la elección de un objeto de estudio adecuado puede depender que se produzca un avance importante en el conocimiento, con la posibilidad de incidencia en la «vida real». El autor del libro que comentamos pasa revista a dos organismos modelo en los estudios de genética y desarrollo: la mosca y el ratón. La mosca no es

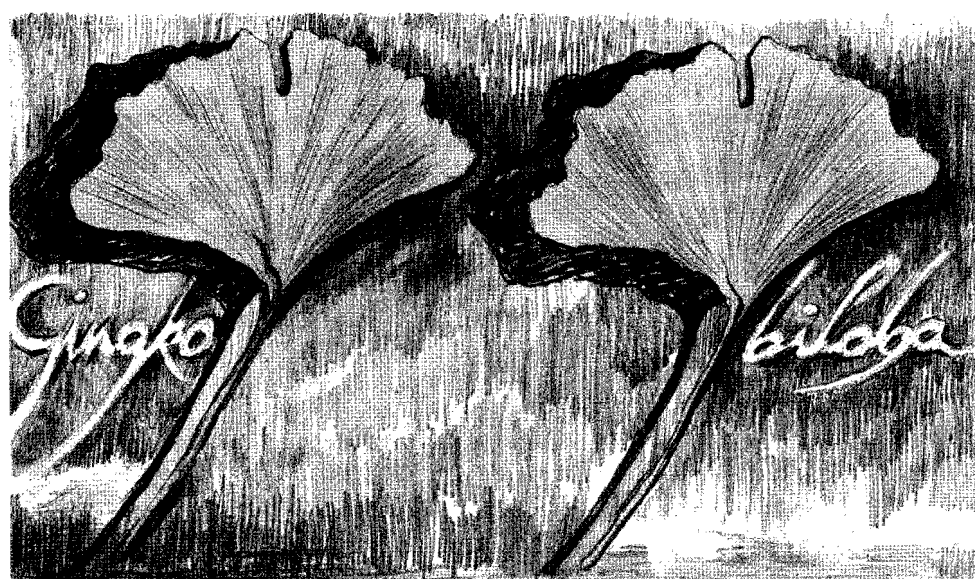


Viene de la página anterior



una cualquiera, es la «Drosophila» —amante del rocío, que el autor lamenta no se haya llamado «Oenopote», bebedor de vino, como algunos entomólogos quisieron— y Jacob pasa revista a las contribuciones que este insecto realizó a la genética durante un prolongado período. Gracias a la mosca se establecieron los primeros mapas cromosómicos, se demostró que ciertos caracteres se heredaban ligados a un determinado sexo... Pero llega un momento en que la mosca deja de proporcionar respuestas a una serie de preguntas y va siendo relegada a un segundo plano como organismo modelo. Volverá triunfal, decenas de años más tarde, para responder a preguntas más complejas, pero, entretanto, el proscenio pertenecerá a los microorganismos. Los mohos, las levaduras y sobre todo la bacteria intestinal «Escherichia coli» son los organismos modelo. Jacob ha trabajado con esta última y su nombre unido al de Jacques Monod permanece asociado a un modelo de mecanismo de regulación de la expresión de los genes. Pero también estos organismos modelo se agotan, nuevas cuestiones obligan a buscar otros modelos. ¿Cómo estudiar en una bacteria un problema como el de la diferenciación de los órganos que solo se produce en un organismo superior? No es que conozcamos todo sobre la bacteria, o que los conocimientos derivados de ella hayan dejado de ser interesantes, es que cada tipo de pregunta requiere un material adecuado para poder lograr una respuesta. El científico es reacio a cambiar de organismo modelo; una vez familiarizado con uno, conoce todos los trucos técnicos, forma parte de un colegio invisible de colegas que aun compitiendo se ayudan técnicamente, pueden lograr un cierto nombre en esa comunidad. Cambiar supone aprender nuevas técnicas para operaciones rutinarias, competir en terreno inicialmente resbaladizo, hacerse un hueco en una comunidad. Por eso pocos lo hacen. Jacob ha sido uno de ellos —como lo fue su maestro André Lwoff— y para lograr el cambio tuvo que vencer resistencias. Muchas de ellas eran razonables y tenían un gran peso, como las razones que aducía Monod: todavía falta mucho por conocer en las bacterias, el cambio supondría un aislamiento científico inicial, etc. Pero una vez decidido el cambio, queda otro problema: ¿qué organismo adoptar? Surgen las conversaciones con amigos que piensan también en un cambio o que lo han realizado ya. Las herramientas de la biología molecular están colocando a la mosca de nuevo en primera línea, quizá fuese el organismo adecuado. Pero ¿cómo montar un laboratorio de «Drosophila» en el Institut Pasteur del que Jacob no desea salir? El Pasteur tiene unos fines determinados; la lucha contra las enfermedades infecciosas; su campo de trabajo son los virus, las bacterias, la inmunología. Son los campos establecidos desde su fundación. Y ya De Gaulle había dicho a un ministro que en Francia había tres cosas que no se podían tocar: el Collège de France, el Institut Pasteur y la Torre Eiffel. La mosca tenía que ser descartada.

Entre los organismos que se estudiaban en el Pasteur se encontraba el ratón. De este organismo se tenían datos genéticos, existían algunas líneas mutantes, algunos laboratorios habían comenzado el estudio del desarrollo embrionario y existían ciertos tipos de tumores que hacían pensar en la posibilidad de estudiar la diferenciación celular tanto en el embrión como en cultivos celulares. El ratón fue, pues, escogido. Pero esto solucionaba sólo el aspecto personal; quedaba por resolver el cómo hacerlo, es decir, cómo conseguir las instalaciones, los equipos, los colaboradores. Empresa esta que Jacob relata con cierto humor, esbozando las reacciones de administradores y científicos alrededor del asunto. ¿Creación de un Instituto del Ratón?, preguntaban los



STELLA WITTENBERG

políticos. Desea un Instituto para controlar la biología francesa, decían muchos colegas. Desconocimiento, recelo, quizá envidia. Al final fue el propio Institut Pasteur el que destinó un nuevo edificio para el tipo de estudios que proponía Jacob.

El fruto del árbol de la ciencia

Hasta hace poco la ciencia era considerada como un valor positivo. Es cierto que para algunos románticos era la destructora de las alegrías más puras. Así Hölderlin hace decir a su Hyperion: «¡Ay! ¡Ojalá no hubiese ido nunca a vuestras escuelas! La ciencia en pos de la cual descendí al tajo, de la que esperaba, juvenilmente ingenuo, la confirmación de mis alegrías más puras me ha corrompido todo». Pero en general existía una visión positiva del quehacer científico. Desde hace un tiempo esto no es así. Primero fue la física la que conmovió todas las iras; a ella se le atribuyó la culpa de la hecatombe de Hiroshima —es curioso que el empleo de gases en el frente de Flandes durante la primera guerra mundial no levantara airadas críticas contra la química—; después, la química fue puesta en la picota por su participación en industrias contaminantes y el empleo de aditivos en la alimentación. La biología, en cambio, parecía a salvo. La incidencia de los descubrimientos biológicos en la medicina —el aura mágica de los antibióticos persiste todavía— hacía que se considerase esta ciencia en el lado positivo de las actividades humanas. Sin embargo, esto ha cambiado ya. Imágenes de horror provocadas por los avances en biología aparecen en los diarios, tropas de clónicos inundan las visiones de ciertos periodistas y algunos escritores convierten a la ciencia en el chivo expiatorio que debe ser despeñado para que las cosas vuelvan a su estado natural. ¿Cuál es ese estado natural? No se dice, es algo que está en el inconsciente colectivo y, por tanto, nadie se cree obligado a decir cómo era o cuándo se tuvo. ¿Se tuvo en la revolución industrial? Ciertamente que no, ya la ciencia y su derivada, la técnica, habían comenzado su labor antiarcádica. ¿En el siglo XVIII? ¡Quiá!, ya andaban los enciclopedistas intentando que la razón reinara soberana. ¿En el siglo XVI? ¿Durante las guerras de religión? Tampoco, más atrás: ¿en la Edad Media, en la época de las pestes? ¿Cuando los romanos cortaban bosques enteros para construir puentes sobre los grandes ríos que tenían que atravesar para llegar al limes en Germania? ¿Dónde y cuándo fue la «dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron el nombre de dorados... [en que] a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y al-

canzarle de las robustas encinas... [y en la que] no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre...»? Todos añoramos esa Arcadia, en que «no había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con verdad y llaneza». Mas ¡ay!, que esa Arcadia no existió nunca y si alguna vez hubo algo lejanamente parecido lo fue para una proporción ínfima de los hombres.

Desde sus inicios, los humanos han cambiado su entorno, han talado bosques, han llevado animales a lugares que les eran extraños, se han matado entre sí. Esencialmente no ha cambiado nada; lo que sí ha cambiado es la magnitud de la intervención. La técnica, derivada de los conocimientos científicos, ha puesto en la mano del hombre un poder desconocido. Pero al mismo tiempo el conocimiento científico ha mejorado la calidad de vida de un gran número de personas. Se supone que a nadie le gusta ver morir a sus hijos de garrotillo o afectados por la meningitis o la polio, y si se ha evitado eso ha sido gracias al desarrollo de la ciencia. Ante una serie de problemas graves surgidos o que pueden surgir de la aplicación de avances científicos pueden adoptarse varias actitudes: una es culpar a la ciencia globalmente (aun siguiendo usando sus avances en la vida diaria). Otra pretender que hay dos tipos de investigación científica: la que produce resultados «buenos» y la que proporciona resultados «nocivos», y que solo hay que hacer investigación del primer tipo. Una tercera actitud, la más difícil pero la única constructiva, es la de considerar las implicaciones del uso de los avances científicos sin prejuicios, usando toda la información accesible y decidir, después, qué acciones se pueden tomar para remediarlos o prevenirlos.

No entramos a comentar la primera actitud, que parece insostenible si se usa un mínimo de rigor. La segunda actitud se origina, a mi modo de ver, por una ignorancia no solo del quehacer científico, sino también de lo que ha sucedido en el pasado. No parecen darse cuenta de que la solución de un problema —deseada, aceptable en sí misma— crea nuevos problemas. Baruch Blumberg (premio Nobel

de Medicina en 1976) presentó en un coloquio de premios Nobel convocado por el presidente Mitterrand y el escritor Elie Wiesel hace unos años, una buena imagen de esta situación evocando la figura mítica de Dédalo, a la que también alude Jacob en su libro. Dédalo era arquitecto, escultor, ingeniero y tenía una gran capacidad para resolver problemas. Sucedió que estando Dédalo en Creta en la corte de Minos, Pasifae, esposa de éste, concibió una ardiente pasión por un hermoso toro blanco que Poseidón había hecho salir de la mar. Para unirse con él recurre a Dédalo, quien fácilmente resuelve el problema: construye una vaca hueca en la que la reina se introduce y goza del toro. Pero el problema resuelto crea otro; Pasifae resulta preñada del toro y pare al Minotauro. De nuevo Dédalo resuelve el problema construyendo un laberinto —el famoso de Creta— donde se encierra al monstruo, pero al Minotauro hay que ofrecerle periódicamente varios jóvenes atenienses que devora con fruición. Dédalo ayuda a Ariadna y a Teseo en su empresa de matar al Minotauro y de escapar del laberinto; pero eso provoca su prisión y la de su hijo Ícaro en el laberinto. Dédalo soluciona el problema construyendo unas alas para fugarse... ¿A qué seguir? De todos es conocido lo que sucedió con Ícaro. Claramente, la solución de un problema trae aparejada la aparición de otros.

¿Quién hubiese dicho que la aplicación de las vacunas y de normas de higiene habrían de provocar enormes problemas demográficos? ¿O que el uso de abonos producidos por síntesis química después de aumentar la producción y solucionar problemas de abastecimiento los provocaría en el medio ambiente?

La tercera actitud es, sin duda, la única que queda; el análisis racional de las acciones a tomar por la sociedad. Está claro que en cuestiones de enorme importancia no es el científico el que tiene que decidir. Es el conjunto de ciudadanos libres bien informados. El papel del científico consiste en explicar la situación, con sus posibilidades, sus ventajas y sus peligros. El ideal —apunta Jacob— sería que estas cuestiones se discutiesen como se están discutiendo o se han discutido los problemas del aborto, de la eutanasia o del encarnizamiento terapéutico en pacientes terminales.

A lo largo del libro con título de fábula se tratan diversas cuestiones de enorme interés en una forma accesible al público general. Y al igual que las fábulas puede tener también una moraleja. Quizá sea ésta: la ciencia tal como la conocemos hoy apenas tiene trescientos años. En ese período ha descubierto muchas cosas, siendo una de las más importantes el que todavía no sabemos muchas más. Y al abordarlas nos encontramos con problemas inesperados, nos enfrentamos a un camino que puede ser arduo para resolverlos. Pero si no aumentamos nuestro conocimiento no resolveremos aquellos problemas. El gran peligro para la humanidad no es el desarrollo del conocimiento. El peligro es la ignorancia, sobre todo la ignorancia satisfecha y dogmática que opina sin rebozo y con pretendida autoridad sobre cualquier cuestión que se plantee. □

RESUMEN

A pesar del título del libro, lo que ha escrito el biólogo francés y Premio Nobel François Jacob no es una fábula moral, sino un brillante conjunto de reflexiones sobre temas diversos que van desde la evolución de la genética hasta

la influencia de los avances de la biología en el comportamiento humano, por citar sólo algunos. Subraya Carlos Gancedo que pocos científicos de la talla de Jacob utilizan la lengua de una forma tan elevada como él.

François Jacob

La souris, la mouche et l'homme

Editions Odile Jacob, París, 1997. 238 páginas. 120 francos franceses. ISBN: 2-7381-0410-X.

Galbraith y la sociedad mejor

Por Manuel Alonso Olea

Manuel Alonso Olea (Melilla, 1924) es catedrático emérito de la Universidad Complutense, Letrado Mayor del Consejo de Estado, miembro de las Reales Academias de Ciencias Morales y Políticas y de Jurisprudencia y Legislación; medalla de Oro al Mérito en el Trabajo; y presidente de Honor de la Academia Iberoamericana de Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social.

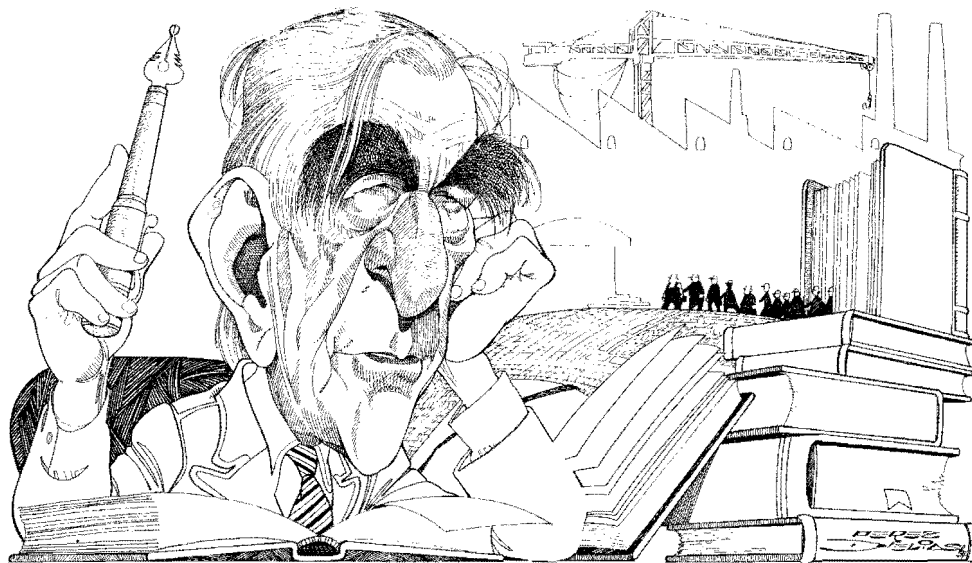
No hace falta ilustrar con citas, cuyo número sería imponente y su autoridad incontestable, la percepción de que la escasez de puestos de trabajo y la consiguiente agudeza de los problemas de paro forzoso, es problema general y quizá el más grave, siempre tras el del mantenimiento de la paz del mundo contemporáneo; del mundo desarrollado y en vías de desarrollo, y del tercer mundo, cada uno en su orden de magnitud. Estamos efectivamente, aquí ya Galbraith, ante el «hecho ... extravagante de que la producción sea ahora más necesaria por el empleo que proporciona que por los bienes y servicios de que abastece», forma en la que, desde el principio (pág. 15, tercera del texto), nos sitúa en el problema de los problemas, sobre el que una y otra vez se insiste (págs. 43, 56, 60-66... etc.): si efectivamente vamos en busca de *Una sociedad mejor*: «debe haber oportunidades de empleo para todos los miembros que lo deseen», «es preciso dar empleo a todos los trabajadores disponibles». Con Galbraith estaría de acuerdo incluso quien contemplara problemas, que él extrañamente olvida, como el envejecimiento de la población y el mantenimiento de la población envejecida; se nos dice así en un estudio español recientísimo «para reequilibrar el sistema de pensiones, no importa tanto crecer mucho, como generar mucho empleo».

Con todo, las anteriores no pasarían de ser en Galbraith afirmaciones apodícticas, si no fuera porque se colocan en un esquema mucho más amplio, que tiene ingredientes tales como, en primer lugar, la insistencia sobre la educación («se progresa con la educación y sólo con la educación»; «sin la educación no hay nada y sin ella los recursos viables son el crimen y la violencia»), la dedicación pública y privada a la cual es prueba, como ninguna otra tan clara y concluyente, de que en efecto se aspira a una sociedad buena. Viejo sustrato éste del liberalismo, incluido el económico del padre fundador Adam Smith, por el que siente Galbraith, más que admiración, devoción, devoción hacia el a la vez «intelectual impecable» y «supremo práctico»; devoción de siempre expresada con el mismo entusiasmo desde 1952 en *El capitalismo americano*, hasta bien recientemente, en 1992, en *La cultura de los satisfechos*.

Del esquema forma también parte la necesidad de mantener inversiones públicas en terrenos tales —además de la educación sobre la que una y otra vez se vuelve; así en crítica de la «televisión lujosa frente a la escuela mezzuina»— como la asistencia sanitaria que, otras consideraciones aparte, garantiza una fuerza de trabajo más productiva, o el cuidado del medio ambiente urbano, aunque sólo fuera por eliminar la repugnancia de vivir en calle sucia, por más que la casa esté limpia.

RESUMEN

Indaga Manuel Alonso Olea y sitúa en su contexto el último libro del economista norteamericano J. K. Galbraith, cuya bibliografía copiosa y provocativa se extiende a lo largo de los últimos cincuenta años. Algo



PÉREZ DELÍAS

Perdónesenos la insistencia, que es la de Galbraith, para volver una vez más y dejar ya a un lado el tema de la educación: «Nada perjudica tanto a la vida del individuo como la escasez notoria de sus medios, ni nada a sus libertades como la falta total de dinero»; pues bien, «vuelvo a insistir... en este mundo no hay población educada que sea pobre, ni población no educada que no lo sea» (al principio y al final del libro, págs. 16 y 165, respectivamente).

Para dejarlo y retornar al básico del empleo. No es éste fin que, por decirlo de algún modo, pueda por sí sólo ser obtenido ni, en consecuencia, deba en sí mismo y por sí sólo ser perseguido. En esto, como en todo, debe haber cualificaciones, comenzando por la de que los individuos, además de diferir en su capacidad física y mental —que la educación puede nivelar, pero no del todo borrar— difieren también en su entrega y determinación respecto del trabajo que pueden estar en pugna con una ética, la de trabajo, que rechaza a quienes opten por no trabajar; y que a todos impone la disciplina que el trabajo exige; dicho de otra forma, se ha de contar con que «algunos optarán por no trabajar ... [reponiendo] ... la indolencia costeada por los servicios públicos»; y siguiendo con el hecho de que en el mundo actual —como en los pasados todos, se añadiría— existen muchas oportunidades de hacer dinero socialmente indefendibles, «trabajando» en beneficio propio antisocialmente, en márgenes próximos a los criminales y aún por entero dentro de su ámbito.

Pero, no se trata sólo de esto, con ser básico y muy importante, cuando se habla de procurar empleo para todos, si no de obstáculos y atemperaciones al objetivo del pleno empleo que se quiere obtener.

En primer lugar, que si una sociedad quiere ser buena y factible, tiene que contar con que el pleno empleo no es reconciliable con precios absolutamente estables. Nunca puede defenderse una inflación grave por la misma razón que no es tolerable la vuelta al terror social e individual que inspira el desempleo desamparado. Pero siendo la disyuntiva entre algún desempleo y alguna inflación una realidad insoslayable, forzadamente tiene que ser afrontada. Como, una vez más, «debe comprenderse que no pueda haber al mismo tiempo pleno empleo y precios es-

de vuelta ya desde *La sociedad opulenta o desde El nuevo estado industrial*, Galbraith aborda aquí, y no como utópica, la posibilidad de la sociedad mejor con que titula su libro.

tables ... [se han de] ... minimizar o suprimir los efectos desagradables de ambas cosas». De un lado, un subsidio de paro debe ser generoso, no obstante sus abusos episódicos; de otro, reconocido lo inevitable de una cierta tasa de inflación, debe fijarse para las pensiones y en general para los ingresos fijos, una red de seguridad mínima.

Lo que no se nos dice, y esta omisión no es sólo de Galbraith, es en qué consiste una situación de pleno empleo hoy; ni siquiera en qué no consiste, omitiéndose así consideraciones en torno a la casi evidencia de que llamar pleno empleo a uno por tiempo indefinido, sin solución de continuidad y, digamos, de cuarenta horas semanales para toda la población activa, es una ilusión contradicha por la generalización de las que, doquiera expandidas y traducida literalmente a todos los idiomas la terminología originaria española, llamamos relaciones laborales «atípicas», cuyas especies más importantes, a saber, el trabajo temporal y el trabajo parcial, son justamente las contrarias a las «típicas» del pleno empleo, a saber, el trabajo por tiempo indefinido y a tiempo completo. Y esto aun prescindiendo del voluntariado que mira hacia un tipo de relaciones de trabajo que mitiga o difumina el asalariado como forma de trabajar por cuenta ajena.

Significativa es la reaparición tenue en Galbraith del sindicalismo, olvidado en sus últimos libros, pese a haber sido el eje de los que, va para cincuenta años, lanzaron su nombre al mercado de la literatura económica. Como es sabido, el subtítulo del citado «Capitalismo americano» es «El concepto del poder compensador» («American Capitalism. The Concept of Countervailing Power»); los poderes más bien que el poder, presentándonosos como el más importante de ellos el del sindicato, compensador o equilibrador del poder empresarial. Este era el poder desaparecido o sumergido en la mente de Galbraith que reaparece ahora, aunque sin ímpetu excesivo. «En los tiempos actuales, sobre todo en los Estados Unidos —y desde luego en Europa, habría de añadirse, muy significativamente en Francia— la proporción de trabajadores afiliados a los sindicatos ha decaído abruptamente». Pero, aunque para muchos trabajadores el sindicato «no constituye una solución práctica por su dispersión en industrias pequeñas de servicios», con todo, se insiste, el derecho del trabajador a asociarse debe ser aceptado y aun potenciado y públicamente protegido y precisamente para «como hace más de medio siglo, servir de contrapeso a los centros naturales de poder», llamando tales a las empresas.

De nuevo aquí lo que debería haberse noticiado y no se noticia, es el cambio de sentido en la actitud y en la actividad sindicales para contrapesar el número reducido de sus afiliados, de forma que así como el partido político no deriva hoy su fuerza de sus afiliados, minoría ínfima si comparados con el conjunto de electores

que le concede o niega, confirma o revoca, la titularidad del poder, lo mismo viene a ocurrir con los sindicatos, cuya influencia o cuyo poder, si se quiere hablar de tal, deriva de las elecciones a los órganos representativos internos de las empresas, comités de empresa y delegados de personal —a los que doquiera se llama «las mal llamadas» elecciones sindicales— cuyas candidaturas son presentadas básicamente por los sindicatos. No anecdóticamente en nuestro país: lo mismo que en las papeletas para las elecciones políticas tiene que figurar la sigla o logotipo del partido que presenta la candidatura, en las papeletas a elecciones «sindicales», tienen también que figurar las siglas o logotipo del sindicato que presenta la candidatura. Y así, el triunfo de éstos, los sindicatos, como de aquéllos, los partidos, se independiza del número de sus afiliados.

Me he detenido en algunos puntos de los muchos que hacen tan interesante y tan sugerente este libro de Galbraith. Habría que referirse a bastantes más; citando algunos: la inestabilidad y la corrupción o, incluso, la incapacidad para desempeñar las tareas rutinarias de un estado, como obstáculo formidable al desarrollo en el tercer mundo; el difícil equilibrio entre la tolerancia y el control de la emigración; «la apasionada atención a la conservación de la lengua y la identidad cultural propias, origen de las mayores tragedias de los tiempos modernos»; la internalización de la vida económica, social y cultural de los países desarrollados o «favorecidos» de donde se sigue que «pueda darse por sentado que vivirán juntos en paz»; el déficit público que pide que, si de un lado el empleo privado debe ser promovido, para lo cual «las tasas de interés deben reducirse, por supuesto», no debe ser el déficit fantasma que se ponga a la mejora de la infraestructura pública (carreteras, escuelas, aeropuertos, viviendas); el medio ambiente de nuevo, con imprecaciones —«lugares espantosos de ver», «satánicos»— que recuerdan las de los «Tiempos duros» dickensianos.

Con posible, con segura más bien, ironía, se hacen problema los repetidos y largos períodos de ocio que alivian del duro trabajo mental a los intelectuales, «sin excluir a los profesores universitarios», aunque sin hacerlos caer entre los indolentes ociosos descritos en el «perdurable —y tanto, *La Teoría de la Clase Ociosa*, se publicó hace ya casi un siglo, en 1899— clásico» de Veblen; y asegurando al profesor, habría añadido el Galbraith decididamente burlón que en 1990 describió al catedrático de economía de Harvard, «locus» de su *A Tenured Professor. A Novel*, la inamovilidad merecida y obtenida por su tesis doctoral *Paradigma matemático: una aproximación a la fijación de los precios de las neveras*, paradigma extendido en su madurez, en vista de los cambios tecnológicos, a los microondas.

Et coetera. Nada en cambio sobre el post-modernismo, con lo que poco se pierde, y poco sobre la «sociedad digital» con lo que se pierde bastante.

Es buena la traducción de A. Desmots (la edición en inglés es también de 1996) y, si se me permite la crítica y el juego de palabras, quizá hubiera sido mejor si se hubiera traducido el título inglés *The Good Society* como *La sociedad buena* en vez de *La sociedad mejor*. Pero lo mejor es, en general, enemigo de lo bueno y, en cuanto título, con seguridad, más impactante; valga pues la mejor por la buena. □

En el próximo número

Artículos de José María López Piñero, Antonio Colinas, Xesús Alonso Montero, Vicente Palacio Atard, Francisco Rubio Llorente, Sixto Ríos e Ismael Fernández de la Cuesta.

John Kenneth Galbraith

Una sociedad mejor

Crítica-Grijalbo/Mondadori, Barcelona, 1996. 186 páginas. 1.900 pesetas. ISBN: 84-7423-795-5.

Los medicamentos en la historia

Por José María López Piñero

José María López Piñero (Mula, Murcia, 1933) es catedrático de Historia de la Medicina en el Instituto de Estudios Documentales e Históricos sobre la Ciencia (Universidad de Valencia - C.S.I.C.). Ha publicado, solo o en colaboración, más de un centenar de libros sobre temas de su disciplina. Entre los más recientes figuran Juan Bautista Bru de Ramón (1742-1799). El atlas zoológico, el megaterio y las técnicas de pesca valencianas. La influencia española en la introducción en Europa de las plantas americanas (1493-1623) y el volumen V de *Bibliographia medica hispanica*, 1475-1950.



ÁLVARO SÁNCHEZ

Los medicamentos, armas fundamentales para luchar contra la enfermedad, ocupan una importante posición en la vida humana. En consecuencia, son protagonistas destacados de la historia, sometidos a los cambios, no sólo de la actividad científica y técnica, sino de las circunstancias socioeconómicas, las formas de poder, las ideologías, los patrones de conducta y las corrientes de pensamiento. Esta integración sociocultural puede ejemplificarse en su condicionamiento actual por la supervaloración de «lo natural» frente a «lo artificial» que, en la mayor parte de las sociedades, mantienen ideologías que se autoconsideran «progresistas». En lo que concierne a los medicamentos, dicha supervaloración procede de la escala de valores y los supuestos teóricos desde los que se formula el concepto de tratamiento de las enfermedades.

En la historia europea, el concepto de tratamiento se ha planteado desde dos posturas dialécticamente enfrentadas. La primera de ellas, procedente de la cultura clásica y tradicional, lo atribuye a la «fuerza curativa de la naturaleza», de la que el profesional de la salud debe ser un mero servidor. El pensamiento griego clásico consideraba la «naturaleza» como el principio metafísico de todos los cambios, del mundo en general y de cada ser en particular. De acuerdo con ello, la actividad terapéutica quedaba limitada a favorecer la fuerza curativa de la naturaleza del enfermo mediante remedios procedentes de la naturaleza en su conjunto. La segunda postura es consecuente con los presupuestos epistemológicos y metodoló-

gicos modernos, por lo que ha prescindido de la idea de naturaleza como principio metafísico. No admite otro criterio que la explicación científica del mecanismo de acción de los medicamentos, sean éstos naturales o artificiales, sin valoraciones «a priori». Aunque contradice los fundamentos de la ciencia moderna, la concepción tradicional ha pervivido hasta la actualidad, no sólo en las distintas vertientes del «naturismo» y el «ecologismo», sino también en instituciones como la Iglesia Católica, que continúan privilegiando «lo natural» frente a «lo artificial».

La plena vigencia de la idea de la fuerza curativa de la naturaleza en la medicina clásica y medieval condujo a que todos los medicamentos fueran productos naturales, sobre todo de origen vegetal y, en menor medida, animal y mineral. Por otra parte, la ciencia de la naturaleza no permitía entonces otro estudio que su descripción botánica, zoológica o mineralógica, es decir, lo que hoy llamamos farmacognosia. Resultaba imposible aclarar el mecanismo de acción en el organismo de dichos remedios, por lo que su aplicación a los enfermos era en último extremo una práctica empírica, aunque estuviera revestida por interpretaciones especulativas apoyadas en la doctrina de las cualidades opuestas caliente-frío y húmedo-seco.

A estas características corresponde el contenido de la *Materia médica*, de Dioscórides (siglo I), principal texto clásico sobre el tema. Traducido al árabe, al latín y, más tarde, a lenguas modernas, mantuvo su vi-

gencia hasta el siglo XVIII. Durante más de un milenio apenas se modificaron sus planteamientos, pero se amplió extraordinariamente el número de remedios conocidos. Dioscórides describió unas seiscientas plantas medicinales, un centenar escaso de productos animales y casi ciento cincuenta minerales, todos ellos procedentes de territorios más o menos cercanos al Mediterráneo. En cambio, el tratado de materia médica del malagueño Ibn al-Baytar (siglo XIII), uno de los más importantes del Islam medieval, incluyó cerca de millar y medio de remedios.

Los médicos árabes medievales incorporaron muchos productos curativos africanos y asiáticos desconocidos en la Antigüedad clásica, pero la principal ampliación de la materia médica la permitieron los descubrimientos geográficos que portugueses y españoles realizaron desde finales del siglo XV. La contribución más importante relativa al Asia Oriental fue la de García da Horta, médico portugués que residió largos años en Goa, capital del imperio portugués en la zona. Su libro *Coloquios dos simples e drogas he cousas medicinais da India* (1563), que fue traducido a varios idiomas y reeditado en numerosas ocasiones, ofreció noticias de primera mano de medio centenar de remedios nuevos. Parecida significación tuvo para América la *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales* (1565-1574), del sevillano Nicolás Monardes. Traducida asimismo a varios idiomas y reeditada más de cuarenta veces, describió por vez primera de forma rigurosa un centenar de medicamentos naturales americanos. Casi en los mismos años en los que aparecieron las tres partes de la obra de Monardes, la primera expedición científica moderna, dirigida por Francisco Hernández, recorrió el territorio mexicano desde 1571 a 1577, reuniendo casi tres millares de plantas de interés medicinal, además de numerosos animales y minerales.

Por otra parte, durante el Renacimiento se abrió la primera brecha en los planteamientos de la farmacología tradicional. En estrecha relación con sus concepciones quimiátricas de la enfermedad, Paracelso afirmó

que en la naturaleza hay «arcanos», es decir, principios curativos específicos para cada dolencia, que debían aislarse mediante técnicas alquímicas. Ello motivó el perfeccionamiento de la técnica farmacéutica y, sobre todo, la introducción de preparados químicos minerales, que fueron los primeros medicamentos de carácter artificial, productos de manipulaciones de laboratorio. Durante el siglo XVII, los médicos y farmacéuticos aferrados a la tradición se opusieron tenazmente al uso de los medicamentos químicos de los paracelsistas. Se produjo una dura polémica, cuya significación histórica reside en que fue el más temprano enfrentamiento entre las posturas clásica y moderna en torno al tratamiento medicamentoso.

La farmacología moderna

Sin embargo, la farmacología moderna no se constituyó hasta el siglo XIX, cuando lo permitió el desarrollo de la química y la investigación biológica experimental. La primera fase fue descubrir y aislar los principios químicos terapéuticamente activos de los medicamentos naturales, tarea que realizó una amplia serie de farmacéuticos y químicos encabezada por el alemán Friedrich W. A. Serturner, el portugués Bernardino Gomes y los franceses Pierre J. Pelletier y Joseph B. Caventou. La segunda, consistente en explicar el mecanismo de acción de los medicamentos en el organismo, fue iniciada por fisiólogos como François Magendie y Claude Bernard y se institucionalizó con la aparición de investigadores dedicados a la farmacología experimental. El fundador del primer instituto de la disciplina fue el alemán Rudolf Buchheim, cuyo tratado de farmacología (1856) ofreció ya una exposición de los medicamentos de acuerdo con los nuevos criterios. Sin embargo, la máxima figura en este campo fue su discípulo Oswald Schmiedeberg, quien a partir de 1869 sentó las bases para conocer con rigurosidad la relación existente entre la composición química de un fármaco y su acción en el organismo, además de crear una escuela que influyó en el desarrollo de la farmacología experimental en todo el mundo.

La culminación lógica de los presupuestos de la postura moderna fue la quimioterapia sintética, consistente en la producción mediante las técnicas de laboratorio, no sólo de los principios activos de los productos naturales, sino de sustancias químicas no existentes de forma espontánea en la naturaleza, pero cuyas propiedades resultan ventajosas desde el punto de vista del tratamiento de las enfermedades. Al principio, la quimioterapia se orientó a la síntesis de medicamentos que actuasen regulando los trastornos funcionales del organismo. El más antiguo fármaco de este tipo, el hidrato de cloral, había sido sintetizado en 1832 por Justus von Liebig, fundador de la química orgánica, pero hasta 1869 no fue introducido en terapéu-

En este número

Artículos de

José María López Piñero	1-2	Francisco Rubio Llorente	8-9
Antonio Colinas	3	Sixto Ríos	10-11
Xesús Alonso Montero	4-5	Ismael Fernández de la Cuesta	12
Vicente Palacio Atard	6-7		

SUMARIO en página 2





Los medicamentos en la historia

tica como hipnótico y anestésico. No obstante, el medicamento de síntesis que sirvió de prototipo a la quimioterapia fisiopatológica fue el ácido salicílico, sintetizado en 1874 y empleado para el tratamiento del reumatismo a partir del año siguiente. El que más difusión ha alcanzado es el ácido acetilsalicílico o aspirina, sintetizado en 1893 y utilizado como medicamento a partir de 1899, tras los estudios experimentales de Adolf von Bayer, otra de las grandes figuras de la química orgánica del siglo XIX. Por otro lado, la quimioterapia se planteó como objetivo conseguir fármacos que destruyesen los gérmenes causantes de las enfermedades sin perjudicar el organismo del enfermo. Esta tendencia fue encabezada por Paul Ehrlich, quien desde su adolescencia estuvo fascinado por los nuevos colorantes artificiales producidos mediante síntesis química. Junto a este interés por las nuevas sustancias sintéticas, en su obra quimioterápica influyeron las investigaciones de Pasteur y de Koch sobre los microorganismos como causas específicas de las enfermedades infectocontagiosas. La meta de Ehrlich era obtener sustancias químicas de síntesis que destruyeran los gérmenes patógenos y que tuvieran la mínima toxicidad posible para el cuerpo humano. Al descubrirse en 1905 que el «*Treponema pallidum*» era el agente causante de la sífilis, dirigió sus investigaciones a la consecución de lo que metafóricamente llamó «magische Kügel» (bolas mágicas) contra este parásito.

Resultados satisfactorios

El primer resultado satisfactorio lo consiguió en 1910 con el preparado «salvarsán» (arsénico que salva), que dos años después mejoró con el «neosalvarsán». Un hito de gran relieve en el desarrollo posterior de la quimioterapia fue la introducción de las sulfamidas en terapéutica, tras los trabajos publicados por el alemán Gerhard Domagk en 1935, ya que constituyeron la primera arma eficaz contra las infecciones de carácter microbiano. Poco más tarde, en 1940, el australiano Howard W. Florey y el ucraniano

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

Ernst B. Chain, trabajando en un laboratorio de la ciudad de Oxford, consiguieron convertir en un medicamento utilizable la penicilina que el bacteriólogo inglés Alexander Fleming había descubierto. Con ello se inició la era de los antibióticos, una línea distinta, aunque también dirigida a luchar contra los gérmenes causantes de enfermedades infectocontagiosas.

En la trayectoria de los medicamentos durante veinte siglos de historia europea no han influido únicamente el desarrollo científico y técnico, los valores y presupuestos teóricos del concepto de tratamiento y la expansión del ámbito geográfico por el imperialismo. Entre otros, ha estado directamente condicionada por factores económicos. Durante el Renacimiento, el comercio de productos curativos naturales procedentes de América tuvo tanta importancia económica como el oro y la plata del Nuevo Mundo. Desde finales del siglo XIX, en torno a los nuevos medicamentos resultantes de la farmacología experimental y la quimioterapia se han constituido varias de las multinacionales más poderosas. En las sociedades actuales, el enfrentamiento entre el concepto experimentalista del tratamiento y las variadas supervivencias del naturista ha pasado a los medios de comunicación de masas. En él se utilizan los recursos más refinados de la publicidad para la manipulación y la alienación consumista.

Una «historia integral» de la terapéutica y la farmacia

La importancia sociocultural de los medicamentos ha conducido a la constitución de la farmacia como profesión específica, independiente aunque estrechamente relacionada con la medicina. En *El mito de Panacea*, Francisco Javier Puerto la define como «una profesión con unos fundamentos científicos y tecnológicos, cuyo mínimo denominador común es el diseño, la elaboración y dispensación del medicamento». El libro tiene la ambiciosa meta de ofrecer una síntesis histórica de la farmacia y la terapéutica acorde con las exigencias de la llamada «historia integral» o «historia total», meta que equivale a ajustarse a la integración sociocultural del medicamento. No resulta extraño que comience con una revisión historiográfica del

concepto de historia de la farmacia, acompañada de una reflexión y declaración de principios. A través de Rafael Folch Andreu y de Guillermo Folch Jou, sus antecesores en la cátedra de la disciplina en la Universidad Complutense, Puerto ha asumido la tradición española y su tendencia «científica» internacional procedente de la *Geschichte der Pharmazie* (1904), de Herman Schelenz. Analiza en detalle ambas hasta llegar a dos corrientes actuales contrapuestas. La primera, que personifica en Wittop Köning, reduce la historiografía de la farmacia a la trayectoria jurídica, económica, social y cultural de la profesión de farmacéutico. La segunda, encabezada por Robert Rembielinski y Barbara Kuznicka, defiende el estudio de las ciencias ligadas al descubrimiento y preparación del fármaco, de las técnicas y la industria.

Además de las corrientes de su propia disciplina y de los supuestos de la historiografía francesa contemporánea, Puerto ha asumido los planteamientos renovadores y los ricos recursos metodológicos de la obra de Laín Entralgo, como se manifiesta claramente en sus trabajos monográficos de investigación. Resulta lógico que esta influencia haya pasado a primer plano en una síntesis como *El mito de Panacea*. En mi opinión, ello ha sido decisivo para que la obra consiga la meta que se había propuesto. En primer lugar, superando el reduccionismo unilateral de las dos corrientes actuales contrapuestas de la historiografía de la farmacia. En segundo, ofreciendo una convincente y rica «re-integración» de la farmacia, la terapéutica y el medicamento en la «historia total».

La estructura del libro es coherente con su propósito y con la tarea que cumple. Utilizando la periodificación de Laín Entralgo, expone sucesivamente las «terapéuticas pre-técnicas»; las de las culturas arcaicas extinguidas (Mesopotamia, Egipto, Irán antiguo, América precolombina); las de la India, China e Israel; la «configuración de la terapéutica técnica» en la Grecia clásica; las del Helenismo y la Edad Media; y las del Renacimiento, Barroco, Ilustración, Romanticismo y Positivismo. En cada período, tras resumir el marco histórico general, se considera el científico y el cultural, el modo de enfermar y las ideas médicas, la terapéutica y, «cuando la profesión se diferencia de otros sanadores», los farmacéuticos como colectivo, las boticas y la artesanía e industria del medicamento. Es una síntesis de carácter internacional, pero uno de sus aciertos reside en la forma de ir deteniéndose en el ámbito español. Incluye amplias bibliografías en cada capítulo y una general. En sus futuras ediciones, sería deseable añadir índices de materias y onomástico, indispensables para manejar con comodidad la rica información que contiene.

El mito de Panacea constituye una novedad de primer rango en la historiografía general de la farmacia, no sólo española, sino internacional. Su interés no se limita a los estudiantes y los profesionales farmacéuticos, ni tampoco a los cultivadores de la historiografía de la medicina y de la ciencia. Debe ser una obra de consulta habitual para cualquier estudioso o interesado por el medicamento y sus amplias intersecciones socioculturales. Por ello, no cabe duda de que será reeditado. □

RESUMEN

Con motivo de la publicación de una síntesis de Francisco Javier Puerto Sarmiento sobre la historia de la terapéutica y de la farmacia, López Piñero comenta la importante posición de los medicamentos en la vida humana y, en consecuencia, su condición de protagonistas destacados de la historia. Su

condicionamiento, no sólo por la actividad científica y técnica, sino por las circunstancias socioeconómicas, las formas de poder, las ideologías, los patrones de conducta y las corrientes de pensamiento, exige un acercamiento histórico «integral» como el ofrecido por esta obra.

Francisco Javier Puerto Sarmiento

El mito de Panacea. Compendio de historia de la terapéutica y de la farmacia

Eds. Doce Calles, Aranjuez (Madrid), 1997. 636 páginas. 4.375 pesetas. ISBN: 84-89796-79-3.

SUMARIO

	Págs.
«Los medicamentos en la historia», por José María López Piñero, sobre <i>El mito de Panacea. Compendio de historia de la terapéutica y de la farmacia</i> , de Francisco Javier Puerto Sarmiento	1-2
«Diccionarios inspirados», por Antonio Colinas, sobre <i>Diccionario de Hermenéutica</i> , de A. Ortiz-Osés y P. Lanceros (directores) y <i>Diccionario de las mil obras clave del pensamiento</i> , de Denis Huisman	3
«Castelao: obra dicha completa», por Xesús Alonso Montero, sobre <i>Conferencias e discursos</i> , de Castelao	4-5
«Una clave historial del nacionalismo vasco», por Vicente Palacio Atard, sobre <i>El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos</i> , de Jon Juaristi	6-7
«La eterna agonía del Estado», por Francisco Rubio Llorente, sobre <i>The End of the Nation State. The Rise of Regional Economies</i> , de Kenichi Ohmae	8-9
«Financiación del desarrollo científico», por Sixto Ríos, sobre <i>The Economic Laws of Scientific Research</i> , de Terence Kealey	10-11
«Un puro acto creativo», por Ismael Fernández de la Cuesta, sobre <i>El Libro de la Décima. La poesía improvisada en el mundo hispánico</i> , de Maximiano Trapero	12

SABER Leer

Revista crítica de libros

Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

Diccionarios inspirados

Por Antonio Colinas

Antonio Colinas (*La Bañeza, León, 1946*) es poeta, narrador, traductor y ensayista. Ha recibido el Premio de la Crítica y el Premio Nacional de Literatura. Entre sus libros más recientes cabe destacar *Tratado de Armonía*, *Los silencios de fuego*, *Días en Petavonium*, *El río de sombra* (Poesía, 1967-1990) y *Libro de la mansedumbre*.

Ha habido en España, hasta no hace mucho, zonas de la cultura universal y del conocimiento no suficientemente cubiertas por las publicaciones. Sólo determinados volúmenes enciclopédicos solían ocuparse de tales aspectos y no siempre con la modernidad y la puesta al día que dichos temas exigían. Unas veces, como digo, se trataba de simples ausencias en nuestro panorama editorial; otras, de que esos temas no se abordaban con el interés y la profundidad que los nuevos tiempos exigen, sobre todo en el terreno de la simbología, el pensamiento hermenéutico o, por extensión, de un pensamiento de carácter universalista que a mí me gusta reconocer como «inspirado»; es decir, aquel que responde no a lo estrictamente novedoso y actual, sino al inmerso en una tradición fértil que, por más que el tiempo transcurra, no deja de iluminarnos.

Todas estas apreciaciones suscitan y reúnen los tres libros a los que hoy quisiera aludir aquí; aunque, dada la dimensión e importancia de los mismos, sólo me ocuparé con cierto detenimiento de dos de ellos. Me refiero al *Diccionario de Hermenéutica*, obra dirigida por A. Ortiz-Osés y P. Lanceros, y al *Diccionario de las mil obras clave del pensamiento*, de Denis Huisman. Del tercero de ellos, el *Diccionario de símbolos*, de Juan Eduardo Cirlot, se ha ocupado recientemente en estas mismas páginas Rafael Argullol (nº 110, diciembre de 1997). Estamos ante diccionarios de carácter monográfico, pero que en su interior contienen una variada muestra de ese tipo de conocimiento que se aleja de la crudición al uso, es decir, de la puramente recopilativa o informativa, expuesta generalmente de manera cargante para el lector. No quiero decir con ello que estas obras se alejen en su planteamiento y exposición del rigor científico o académico—en algunas de las obras citadas, éste se nos muestra de manera muy acusada—, sino que estamos ante obras que, como he deseado subrayar en el título de este artículo, se hallan cerca de un tipo de conocimiento inmerso en la tradición y, a la vez, moderno, sustancioso y sabio.

Estas dicotomías o diferencias notables—tradición y modernidad, inspiración y academicismo, amenidad y oscuridad—aparecen quizá más acusadas en el libro coordinado por Ortiz-Osés y Lanceros. Y ello se debe, a mi entender, al número y variedad de sus colaboradores, los cuales, respondiendo todos ellos al tema fijado—la hermenéutica—lo abordan de distintas forma y manera. Es por ello que los artículos de los coordinadores—Ortiz-Osés y Lanceros—, o los de Eugenio Trias, Maillard, Vega, Panikkar, Baltza o Caminero—por citar sólo unos pocos nombres—parecen estar más cerca de la que podría ser considerada como esencia del pensamiento hermenéutico, de su iniciación o comprensión.

Esta exposición extensa y fundamentada del pensamiento hermenéutico («actitud fundamental/fundacional de la filosofía inscrita en una gran tradición-antropológico-cultural», según Ortiz-Osés), tuvo no hace mucho algunos precedentes notables en los dos números de la revista *Anthropos* dedicado a temas afines («El Círculo Eranos. Una hermenéutica simbólica del sentido», nº 153, Barcelona, 1994 y «Una interpretación evaluativa de nuestra cultura», Suplemento nº 42, Barcelona, 1994); así como en el libro colectivo publicado por la misma editorial: *Arquetipos y símbolos colectivos* (1994). Ahora acaba de llegar a mis manos *Los dioses ocultos*, el segundo de los volúmenes del Círculo Eranos, con proemio de Jung y trabajos de Neumann,



TINO GATAGÁN

Eliade, Durand, Kawai y Zuckerkandl. Subrayamos estos trabajos porque son un complemento excepcional del diccionario que comentamos y muestra paradigmática del pensamiento hermenéutico.

No es raro que detrás de estos precedentes que señalo se halle también la figura de Ortiz-Osés, que de manera tan neta se ha decidido a hacer la valoración de una determinada tradición cultural y de un tipo de conocimiento hacia el que en nuestros días—tan pegados aún a secos y estériles sistemas de pensar—no se dejan de sentir reservas. Hay voces como las de Mircea Eliade o María Zambrano que se echan en falta en esta valiosa recopilación de temas y autores, pero estas ausencias concretas no logran enturbiar el valor y la utilidad global de la obra.

El tema de Zambrano, en concreto, podría haber sido tratado por José Luis Abellán, el cual se ocupa, por cierto, con gran criterio de las voces de Ortega y Gasset y Miguel de Unamuno. Su opinión de que en la obra de este último hallamos «un concepto de España y de lo español como "matriz" universal de sus habitantes», es reveladora en esta hora en que tiende a ofrecérsenos una visión espuria de ambos conceptos, de algo que, por solidario, tiene por el contrario un gran sentido «universal». Algo que en el artículo sobre Ortega se reconoce como «temblor español ante el caos».

Los artículos de Abellán, por su afán de clarificación y de síntesis, se hallan en el punto medio de los demás trabajos, que van, como hemos señalado, del simple academicismo erudito a actitudes más arriesgadas y de última hora, como puede ser la de Salvador Panikkar al analizar el concepto de lo «retroprogresivo». Él lo explica con claridad al decirnos que es algo así como «el Tao de Occidente», y en consecuencia, «una conciliación entre Oriente y Occidente», la «creatividad ambivalente» que nos conduce al «origen». De la misma extremosidad fértil son algunos criterios de Ortiz-Osés; por ejemplo, cuando éste hace una valoración del «dictum» de Erich Neumann sobre el mal y su asunción o integración por la vía del amor.

Más de setenta colaboradores integran el sumario de este volumen, la mayoría de ellos pertenecientes al ámbito universitario y casi siempre en sintonía con el tema global que el diccionario ofrece. Algún tema de actualidad editorial, como la publicación de *Un maestro de Alemania. Martín Heidegger y su tiempo* (Tusquets Editores), de Safranski, nos puede llevar a la voz que dedica Félix Duque al filósofo alemán, una visión «en los confines de la metafísica». Sustancial resulta la valoración de la poesía y del poema en el pensamiento de Heidegger («el poema abre vías, alamedas de la memoria», «guarda el silencio, la "pérdida"»).

Estos caminos conceptuales e inspirados que se bifurcan me llevan—cada lector buscará en una primera aproximación al índice sus opciones o preferencias—al artículo sobre el Romanticismo, redactado por Arsenio Ginzo. En él encontramos esa misma aspiración poética de infinitud en su análisis del «saber romántico». La poesía romántica, con sus grandes hitos (Novalis, sobre todo), está también al lado del mito. En ella y en el pensamiento de Schelegel («su teoría de la poesía trascendental») se halla una de las conexiones con el pensamiento hermenéutico. Artículos como éste denotan un gran afán de comprensión hacia esa etapa esencial para el pensamiento y la filosofía europeos que fue el romanticismo. «Lo verdadero, lo bello y lo bueno», el espíritu poético y filosófico nutren las páginas de este artículo.

Pero toda valoración apresurada del contenido del libro que comentamos será obligadamente parcial. La aventura y la verdad estarán en seguir día a día las páginas de este diccionario, huyendo incluso de las voces que preferimos para profundizar en aquellas que nos proporcionarán nuevos hallazgos o, quizás simplemente, una más fundamentada información. Bajo este punto de vista, los hallazgos serán probablemente tantos como el número de los lectores que busquen en las páginas de esta obra. Es la virtud del pensamiento hermenéutico, que no reduce o cierra caminos, sino que los abre. Sin embargo, siempre, en el fondo, sus lectores, estarán sometidos a cuanto de símbolo y señal primera hay en el poema de Gilbert Durand, otro de los frutos de Eranos, que aparece al frente del diccionario a modo de «estrella» (por decirlo con el símbolo de Heidegger); sometidos a la llamada de Hermes, a esa «Alegría» en la que eternamente se deshacen «nuestras contradicciones», a la tremenda dualidad.

RESUMEN

Antonio Colinas da noticia de la aparición reciente de varios diccionarios, muy distintos en su contenido, pero unidos en cuanto a su «inspiración», esto es, aquellos dedicados no a lo estrictamente novedoso o actual, sino

El *Diccionario de las mil obras clave del pensamiento*, de Denis Huisman, quiere abarcar «todo» el pensamiento y, por ello, ha tenido que recurrir a la síntesis. Un Apéndice de treinta y dos obras españolas de todos los tiempos complementan las veinticinco tratadas en la edición francesa. En este volumen los artículos son mucho más breves, pero no por ello menos sustanciosos. Resumen, análisis, valoración, descripción y examen de su influencia, son los criterios escogidos para valorar cada uno de esos mil libros de todos los tiempos. Hemos hablado de «todo» el pensamiento universal y no del definido por una determinada tendencia o escuela, pero es obvio que el autor también ha seguido en su selección criterios personales y ha buscado ese entramado en el que originalidad, influencia sobre todas las épocas y contenido esencial tampoco faltan.

Insisto en estos calificativos porque no son los que suelen caracterizar normalmente al pensamiento de nuestros días, tantas veces sometido a las cargas y rigores didácticos y, otras, expuesto de manera muy críptica; hasta el extremo de que, tarde o temprano, acaban siendo planteamientos repudiados por los lectores, sean éstos especializados o no. El diccionario de Huisman responde, en definitiva y para entendernos enseguida, a los criterios de la colección de filosofía y ensayo, dirigida por Manuel Garrido, donde la obra aparece y que tan buenos frutos editoriales ha ofrecido hasta el momento. En ella la modernidad no ha estado nunca reñida con la tradición y obras en la órbita de un marcado cientificismo aparecen editadas junto a otras de autores nada ortodoxos, como Lao-tsé, Suzuki o Santayana.

Queda, pues, la obra de Cirlot—al margen del valor de los dos diccionarios citados—, como la más concreta en su tema y la más cercana a la creación literaria, dentro de esa progresión—válida y apreciable en su totalidad—que hemos establecido entre filosofía y literatura, entre rigor científico y sabiduría. Y siempre sometida, dicha progresión, a ese concepto de lo «inspirado» que hemos atribuido enseguida a los tres libros que comentamos. En el diccionario de Cirlot el tema también se hace concretísimo—el símbolo—y por ello arriesgado. Me refiero a que, a veces—muchas veces; pero, eso sí, afortunadamente—, se sale de la órbita del pensamiento para entrar en las de otros campos como pueden ser los de la Antropología, la Psicología, el Mito, la Historia, el Arte o la Poética. Algo, por otra parte, igualmente consustancial al pensamiento hermenéutico.

El propio Cirlot dejó ya fijada esta concepción desde los inicios del prólogo a la primera edición de su libro (1958). Allí nos dice que, «en primer lugar», su interés por el símbolo brota «del enfrentamiento con la imagen poética»; luego, por «el contacto con el arte del presente, tan fecundo creador de imágenes visuales». Por último, el escritor barcelonés ve en el símbolo una de las claves para interpretar la Historia y, en concreto, la del Arte. El arte románico y el oriental serán, en este sentido, especialmente ricos y, por ello, primordiales en su valoración. □

a una tradición fértil que, por más que el tiempo transcurra o las modas actúen, no deja de iluminar grandes zonas de la cultura universal; tal como lo hacen las obras enciclopédicas escogidas por el comentarista.

P. Lanceros y A. Ortiz-Osés (directores)

Diccionario de Hermenéutica

Universidad de Deusto, Bilbao, 1997. 862 páginas. 8.500 pesetas. ISBN: 84-7485-475-X.

Denis Huisman

Diccionario de las mil obras clave del pensamiento

Tecnos, Madrid, 1997. 724 páginas. 5.500 pesetas. ISBN: 84-309-2978-9.

Castelao: obra dicha completa

Por Xesús Alonso Montero

Xesús Alonso Montero (Vigo, 1928), catedrático de Literatura Gallega en la Universidad de Santiago de Compostela, es autor de libros sobre algunos de los principales poetas gallegos (*Rosalía de Castro, Curros Enríquez, Luís Pimentel, Luís Seoane, Celso Emilio Ferreiro...*) y de monografías sobre la literatura del exilio, la presencia de Horacio en las Letras gallegas, el soneto en Galicia los poetas gallegos y Franco.

Con el título *Conferencias e discursos*, la Fundación que lleva su nombre, publicó, en la primavera de 1997, todas las páginas oratorias de que tiene noticia quien mejor conoce esta parcela —y otras— del pensador galleguista: Enrique Monteagudo, profesor de Filología Gallega en la Universidad de Santiago y autor de muy importantes trabajos sobre Castelao. Hoy por hoy, esta colectánea de 300 páginas constituye la «opera omnia» de Castelao como orador y conferenciante. En efecto, el volumen recoge todas las alocuciones proferidas por Castelao desde 1911 a 1948. A 1911 corresponde «Acerca de la caricatura», conferencia en castellano pronunciada en Vigo por quien aún está en su etapa pregalleguista, y a 1948 corresponde «Alba de gloria», discurso pronunciado en Buenos Aires, en gallego, que el editor de esta colectánea considera «probablemente la pieza cumbre» de la oratoria de Castelao.

En el colofón se consigna, tratándose de un libro de Castelao, una fecha emblemática: el 25 de julio de 1996, que es el Día da Patria Galega. Pero los problemas de imprenta o cualesquiera otros retrasaron la impresión del volumen, que concluyó, de hecho, en abril de 1997.

De la obra oral de Castelao

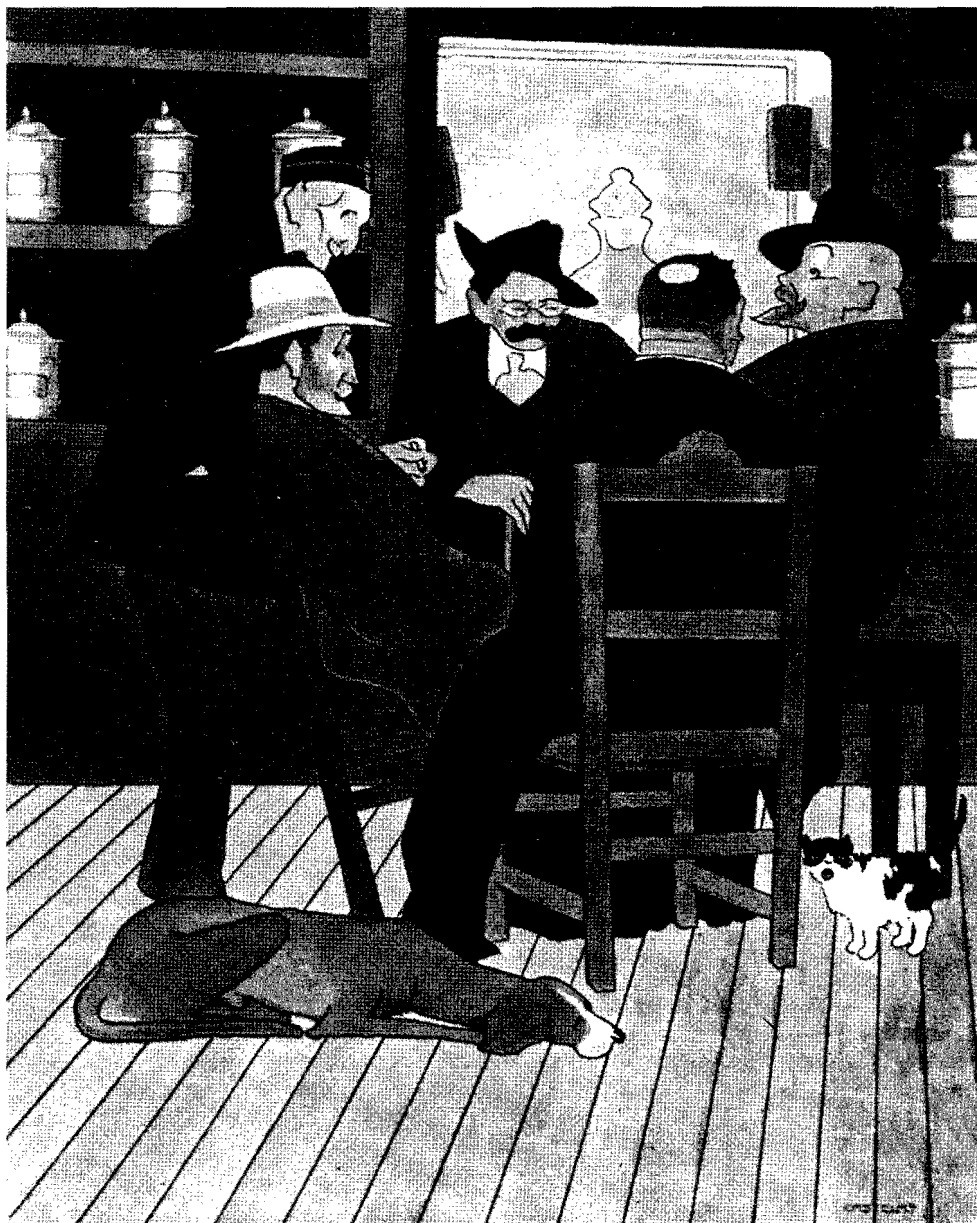
El profesor Enrique Monteagudo recoge en esta colectánea todas las alocuciones públicas de que existe texto escrito, muchas ya publicadas con anterioridad y algunas inéditas hasta hoy. Tres de estos inéditos ya justificarían la publicación del volumen. Me refiero a «O novo espírito na Arte» (21-11-1932), «A caricatura» (22-11-1932) y «Homenaxe a Curros Enríquez» (Buenos Aires, 28-9-1947). Las dos primeras conferencias fueron pronunciadas por su autor en el Paraninfo de la Universidad de Santiago de Compostela en tiempos de fervor cultural y político; el homenaje a Curros Enríquez, el gran «poeta de la rebeldía», se produce cuando el autor acaba de vivir una experiencia frustrante en París como ministro del Gobierno de la República en el exilio. En las últimas palabras hace referencia a «este destierro sin fin». Para él ya eran ocho años y medio de exilio, y en él, en Buenos Aires, moriría poco después, el 7 de enero de 1950.

Asombra que de un intelectual de la magnitud y de las características de Castelao aún permanezcan, como inéditos, trabajos tan valiosos, alguno muy significativo. Estamos a veintidós años de la muerte de Franco y nos consta que hay páginas y páginas de Castelao sin publicar, no solo una buena parte del epistolario, sino también, entre otras, los «papeles» (apuntes, esbozos, notas...) que existían en su domicilio de Pontevedra el 18 de julio de 1936, domicilio que fue expoliado por la Falange local pocos días después.

En cuanto al corpus oratorio que hoy nos ocupa, no es la totalidad de sus alocuciones, pues para muchas no siempre redactó un texto. Pensemos, antes del Dieciocho de Julio, en algunos mítines, y ya en la guerra, en ciertos discursos de urgencia o emergencia. Son «géneros», son situaciones que casi siem-

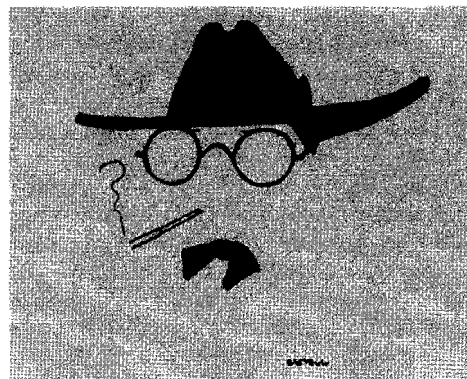


Última foto de Castelao, en la Biblioteca del Centro Orensano de Buenos Aires.



La rebotica del pueblo (1912), acuarela de Castelao.

pre ponen a prueba la capacidad de improvisación de los oradores. Pero Castelao, siempre que podía, leía, leía algo que antes, con pausa y rigor, había escrito. Ello no quiere decir que escriba «ensayos», escribe «discursos», consciente de que eran textos para ser dichos ante un público. Sé por alguno de sus contemporáneos que, en ocasiones, memorizaba lo que, luego (en el Parlamento, por ejemplo), recitaba ante un auditorio. Sólo así se explica una pieza tan literaria y cuidada como «Defensa del idioma gallego», que pronunció, como diputado galleguista, en las Cortes Constituyentes, el 18 de setiembre de 1931, una sesión en la que tenía que batirse



Autorretrato de Castelao.

con diputados-filólogos como don Miguel de Unamuno, muy poco favorable a la sazón al reconocimiento oficial de las lenguas españolas que no fuesen el castellano. Su oratoria, lírica en ocasiones, era más trabajada y cuidada que la de su gran amigo Otero Pedrayo, también diputado galleguista en las Constituyentes de 1931. Otero Pedrayo, excelso orador decimonónico en pleno siglo XX, era una prosa barroca y torrencial, incompatible con la lectura y el minucioso guión previo.

El volumen de Castelao que comentamos, insisto, reúne todas las alocuciones de las que existe texto escrito, édito o inédito. Estamos, hoy por hoy, ante la «opera omnia» del orador Castelao y si, en el futuro, aparecen otros textos, no será porque Enrique Monteagudo haya regateado esfuerzos en su búsqueda.

De los «textos» conocidos

Constituyen una buena parte del volumen, pero ello no le resta mérito a éste. Textos hay que, por el lugar de la publicación, sólo conocen los especialistas, y se nos ofrecen textos que conocíamos por ediciones poco fiables. Téngase en cuenta, al respecto, que Enrique Monteagudo es filólogo. De los discursos, hay uno, «Alba de gloria», muy leído y citado, que se edita por primera vez con el criterio y el rigor que la conmovedora oración merece. A las cuestiones ecdóticas que suscita esta famosa pieza oratoria dedica el profesor Monteagudo, el filólogo, nueve densas páginas de su estudio preliminar (LXXXI-LXXXIX), páginas en las que reconstruye la complicada historia textual del discurso y nos propone un texto (págs. 294-300) digno de tanto esfuerzo, aunque algún lector —que tendría que ser muy exigente— pueda hacer reparos de pormenor.

Ya hemos citado un discurso parlamentario de 1931, «Defensa del idioma gallego», que, recogido en el *Diario de Sesiones*, ha sido editado varias veces, pero nunca con los «peritextos», necesarios, que en esta edición se nos ofrecen. La intervención de Castelao es la defensa de una enmienda del artículo 4º del Anteproyecto de Constitución: «El castellano es el idioma oficial de la República, sin perjuicio de los derechos que las leyes del Estado reconocen a las diferentes provincias o regiones». Castelao, que hablaba en nombre de nueve diputados gallegos, dos nacionalistas y siete autonomistas, lo que defiende es esta enmienda: «El castellano es el idioma oficial del Estado. Ni legislativa ni administrativamente se coartará el uso de la lengua propia». Monteagudo, que estudia por primera vez este debate (págs. XLI-LI), señala que el texto de la enmienda galleguista es la versión abreviada —y atenuada— de una propuesta que «Labor Galeguista» de Pontevedra había elaborado y aprobado, en asamblea, meses antes. Firmaban la propuesta pontevedresa, entre otros, Xosé Filgueira Valverde, Cruz Gallástegui, Unamuno y el propio Castelao. El profesor Monteagudo añade, al texto del discurso de Castelao, la respuesta del diputado Castrillo (págs. 109-110), quien, como responsable de la Comisión, desestima la enmienda, no sin antes aclarar que «se felicita de haber dado lugar a que el señor Rodríguez Castelao haya regalado a la Cámara el magnífico discurso que acaba de escuchar...». Ya aquí el profesor Monteagudo exhuma muy atinadamente un comentario de un escritor gallego nada galleguista, Wenceslao Fernández-Flores, cronista parlamentario a la sazón: «Estoy bien seguro de desear que no se hable más de una lengua desde un polo a otro polo... ¿Bien seguro?...



Viene de la página anterior



Sí... pero... Algo hay que no podría explicarse...; porque ayer escuchando a Castelao, oyendo leer al glorioso don Miguel versos de Curros y Rosalía, sentí brotar una dulce ternura del rincón de mi alma donde debe de estar el núcleo de toda mi vida, así como si una honda y grata emoción se hubiese colgado a mi cuello, y pensé alegremente: -Sí, éste es el idioma que no aprendí nunca, el que me parece que *estaba dentro de mí en potencia cuando nací* -¡qué raro!-, *el que para mí tiene más conmovedores acentos*» («Acotaciones de un oyente», ABC, 19-9-1931; la cursiva, en el original). Así pues, la famosa intervención parlamentaria de Castelao no sólo se acompaña de textos que nos la hacen entender mejor, sino que se estudia con la debida erudición. No se le escapa a Monteagudo el hecho de que, en su discurso, Castelao hace «gala de una moderación exquisita». Castelao, consciente de las resistencias que provocaría en la mayoría de los parlamentarios, concluye su intervención con estos términos: «Señores Diputados, si aprobáis nuestra enmienda, u otra cualquiera que signifique respeto para nuestra Lengua, Galicia entera os lo agradecerá». Castelao, poeta de la prosa y de la política, se presentó a sus colegas de hemicycle, en el inicio de su discurso, como portavoz de un grupo de gallegos «que pretenden realizar allá, en mi tierra, un ensayo de Paraíso...». Sus señorías, no ajenas del todo al gusto literario, rubricaron con «muchos aplausos» (tal como recoge el *Diario de Sesiones*) discurso de tales características. Otra cosa es que, acto seguido, rechazasen la enmienda.

Apuntes o esbozos de discursos en la Guerra Civil (1936-1939)

Castelao, que, por suerte, estaba en Madrid el 18 de Julio, va a residir, durante el fratricida trienio, en esta ciudad, en Valencia y en Barcelona, si bien, una gran parte del tiempo, fuera de España: en la URSS (primavera de 1938), Estados Unidos, Cuba y Estados Unidos (de nuevo), el segundo semestre de ese año y el primer trimestre de 1939. En esos países protagonizó siempre misiones político-culturales encomendadas por el Gobierno de la España Leal. En estos viajes, y antes, su palabra oral y escrita y su lápiz de dibujante fueron una de las grandes espadas que tuvo la causa republicana. El profesor Monteagudo lamenta que no existan, no se conserven o no se hayan encontrado los «textos» de tantas y tantas intervenciones de Castelao en el mitin, la tribuna y la radio. Publica, sin embargo, bajo el título «Fragmentos sobre la Guerra de España (1938-39)», diez páginas (155-65) que son, sin duda, «dis-



Portada de Algo acerca de la caricatura (1910).



Viñetas de Castelao.

curso... en estado de esborrancho», «apuntamentos» para la impresionante serie de intervenciones públicas. No poseen -es obvio- la pulcritud estilística de otros «textos» orales, pero aportan actitudes y contenidos no tenidos en cuenta por los especialistas en su biografía intelectual y política. Párrafos hay, en estos «Fragmentos», que nos presentan a Castelao con rasgos marxizantes y prosoviéticos (sic), lo que en un galleguista de su generación literaria parecía impensable. Su generación -o grupo Nós- contaba con otras dos grandes figuras: Otero Pedrayo, oceánico y extraordinario escritor de ideología muy conservadora, y Vicente Risco, el ideólogo del nacionalismo gallego, escritor muy culto y sutil, de ideología ultrarreaconaria y fascizante. Este texto de Castelao lo haría temblar: «El capitalismo ha terminado su magnífico ciclo y después de haber impulsado el progreso hasta la altura en que hoy está se ha convertido en su mayor enemigo, utilizando las máquinas -que fueron inventadas para alivio del hombre- en enemigas del hombre. El marxismo, en esta parte, previó claramente la catástrofe, que podía evitarse cambiando, por acuerdo pacífico, la posesión del capital». Y continúa: «Sí, de España depende que el mundo no arda por los cuatro costados, de la guerra de España depende que los gobernantes al servicio de los capitalistas abandonen...» (pág. 164). Sin duda, se escriben estas palabras cuando acaba de regresar de la URSS (junio de 1938), fechas en las que estampaba, en el periódico *Nueva Galicia* (Barcelona), palabras mayores: «Yo no soy comunista. No sé si tengo condiciones para serlo. No sé si pesan sobre mí prejuicios adquiridos en la infancia y en la lectura de libros venenosos. Pero, llamándome modestamente republicano, puedo afirmar que tengo un espíritu abierto, dispuesto a todo sin pedir nada, y que en mi viaje a la URSS he adquirido la convicción de que allí se está engendrando una nueva vida que ha de ser el molde de los demás pueblos del mundo».

El Castelao silenciado

Estas palabras recuerdan, no poco, las proferidas, un año antes, por don Antonio Machado en su «Discurso a las Juventudes Socialistas Unificadas». Pero Castelao, que va más allá, continúa: «Si la experiencia soviética hubiese fracasado, siempre deberíamos quedar agradecidos a un pueblo que ha-

ce experimentos en su propia carne, no en la carne de los demás. Si la experiencia hubiese fracasado sería siempre motivo de admiración y agradecimiento de todos los hombres hacia el pueblo soviético que con tanta generosidad se prestó a hacer esta experiencia. Pero si la experiencia triunfa, como ha triunfado, entonces al agradecimiento es necesario añadir "la admiración y sumisión a unos principios" que son los únicos que pueden salvar al mundo. Al volver de la URSS, y al pasar por Londres y París, he notado que viviría mucho más a gusto en la Rusia soviética» (12-6-1938).

Es lástima que Monteagudo, en su inteligente estudio preliminar, no recuerde esta página y otras de *Nueva Galicia* (*Portavoz de los antifascistas gallegos*), páginas desconocidas o deliberadamente silenciadas por los biógrafos de Castelao, sobre todo por sus hagiógrafos. Es cierto, sin embargo, que el Castelao posterior a 1940 va a ser, en la palabra y en la acción, muy otro, pero el «impacto» de la URSS y de algunas -pocas- lecturas marxistas está ahí.

Reparos menores

Pese a lo que señalo al principio, el «título» completo y exacto de esta colectánea es: *De viva voz/ Castelao: Conferencias y discursos*, «título» en el que el nombre (el apellido) del autor figura con el mismo tipo y color de letra que el verdadero título. En cuanto a «De viva voz», que encabeza cubierta y portada, parece indicar que se trata de una colección de la Fundación Castelao cuyo objetivo sea publicar textos orales.

En un libro de estas características, aunque no estuviésemos muy urgidos por otras

tareas, es indispensable un índice onomástico, en el cual deberían figurar, incluso, los nombres citados, que son muchos, a lo largo de las 89 páginas del excelente y eruditísimo estudio preliminar.

Y es una lástima que ciertos nombres y ciertas referencias en determinados discursos no hayan originado algunas notas a pie de página, muy fáciles para un editor tan familiarizado con los textos, la biografía y los contextos de Castelao. Hay que ser muy letrado para saber quién es «o mellor poeta da nosa estirpe» del que se citan, en portugués, dos versos. Pertenece esta secuencia al más aplaudido de sus discursos, «Alba de gloria», testamentario, a su modo, por la fecha (1948). Bien merecía esta hermosa pieza oratoria una edición minuciosamente anotada, pues por ella desfilan docenas de nombres ilustres en la «Santa Compañía de inmortales gallegos», «Estadea» que se inicia con Prisciliano, el «heresiarca decapitado» en el siglo IV, y que concluye con el «gran don Ramón», con Valle-Inclán. Estupenda lección la de Castelao para quien no hay nada en su galleguismo que le impida admirar al autor de *Divinas palabras*, al «gran don Ramón».

Me consta que la Fundación Castelao, pese a la ayuda económica de la Consellería de Cultura, temía afrontar la edición de un volumen que superase, en mucho, las 400 páginas. Por mi parte, debo decir que las instituciones no sólo están para que sus dirigentes invoquen, como sagrados, el nombre de los grandes escritores, sino para que orienten sus recursos económicos en favor de la edición de páginas inéditas muy valiosas y también para que algunas de las ya editadas se reediten con el aparato de notas y comentarios a que esas páginas y los lectores tienen derecho. □

RESUMEN

Esta obra es una colectánea en la que se recogen todas las alocuciones de Castelao de las que nos ha llegado el texto. Algunas, muy importantes, son inéditas. El criterio filológico del profesor Monteagudo preside la edición de todos los textos, los éditos y los inéditos.

Páginas hay de Castelao -los «Fragmentos» de la guerra civil-, escritas después de su viaje a la URSS (primavera de 1938), que son, en opinión de Alonso Montero, indispensables para entender la biografía intelectual y política del pensador galleguista en esos años.

Castelao

Conferencias e discursos

Fundación Castelao, Santiago de Compostela, 1996 [1997]. LXXXIX + 306 páginas. 2.500 pesetas. ISBN: 84-9224417-0-5.

Una clave historial del nacionalismo vasco

Por Vicente Palacio Atard

Vicente Palacio Atard (Bilbao, 1920) es profesor emérito de la Universidad Complutense de Madrid y miembro de la Academia de Historia. Es autor, entre otras obras, de *Los españoles de la Ilustración*, *La España del siglo XIX*, *Cuadernos bibliográficos de la guerra de España (1936-1939)* y *Juan Carlos I y el advenimiento de la democracia*.

Jon Juaristi dice de sí mismo que a los quince años era «un impetuoso nacionalista» y, todavía en la adolescencia, entró en el entorno de ETA. También conoció la cárcel, pero a los treinta años era «un adocenado socialdemócrata». Juaristi es algo más que eso: es profesor de filología española en la Universidad del País Vasco, conoce muy bien la literatura en lengua vasca y él mismo es uno de los mejores poetas en esa lengua. Tal vez, por encima de sus otras cualidades de escritor, de profesor y de lingüista, prevalece el poeta. Esa sensibilidad poética le hace vibrar con pasión ante el mundo en que vive, y expresar con rotundas claridades los ejercicios intelectuales a que se somete. Por eso no es de extrañar que produzca adhesiones sinceramente fervorosas y rechazos también ostensibles. En todo caso, Juaristi no es hombre que genere el distanciamiento de la indiferencia en torno suyo.

El autor de *El bucle melancólico*, ganador del Premio de Ensayo Espasa-Calpe 1997, nació en 1951 en Bilbao la Vieja, zona nuclear de la vida popular urbana, pero su familia paterna descende de Azcoitia, de donde un antepasado suyo, modesto artesano, tuvo que escapar durante la primera guerra carlista, cuando los carlistas dominaban todo el valle del Urola, y fue a encontrar refugio en la villa liberal. En su familia germinó más tarde el nacionalismo de Sabino Arana Goiri y en el ambiente familiar nacionalista se crió Jon Juaristi.

Conviene decir esto para situar en su verdadero contexto biográfico y cultural este li-

bro y otros ensayos suyos, principalmente *El linaje de Aitor: la invención de la tradición vasca*, publicado en 1987, y *Vestigios de Babel: para una arqueología de los nacionalismos españoles*, en 1994.

Por el libro a que hoy me refiero desfilan las semblanzas críticas de numerosos personajes que han dado vida al nacionalismo vasco, desde Sabino y Luis de Arana Goiri hasta nuestros días. En ellas se descubre un factor común: la melancolía inspirada por un supuesto «paraíso perdido», que nunca existió, pero cuyas «voces ancestrales» excitan a quien las escucha a luchar para que ese paraíso se haga realidad actual. Esas voces claman con argumentos biólogos, otras veces con impresiones históricas, o con ambas a la vez. El «fantasma» de la realidad perdida se instala en el alma del melancólico nacionalista y éste se verá impelido a ofrecer a aquél un ritual de impulsiones supuestamente patrióticas.

El libro no pretende ser una historia del nacionalismo vasco, aunque está sólidamente construido desde la historia. Hay varias historias del nacionalismo vasco escritas según las diversas ópticas partidistas, ya sea a través de la justificación apologética o de la detracción implacable. Pero el libro de Juaristi se desmarca de las líneas habituales, para ofrecer una interpretación intelectual del nacionalismo vasco, el cual, en definitiva, no es sino una variante más del nacionalismo moderno, cuyas diversas formas se han manifestado en los siglos XIX y XX. Ya se sabe que el nacionalismo no deriva necesariamente de la existencia de una nación, sino que es el nacionalismo moderno el que ha inventado naciones.

Tras la abolición del régimen foral en 1876 se produjo en el País Vasco un nostálgico sarampión fuerista. La abolición del régimen foral creo yo que constituye uno de los mayores errores políticos de Cánovas del Castillo, quien creía llevar a cabo con ello la última etapa de la unidad nacional, sin tener en cuenta que desde el régimen foral jamás se

había cuestionado la unidad nacional española. Los liberales vascos habían defendido los fueros con el mismo tesón que los carlistas. En la obra clásica de Piralá y en su colección de documentos figuran numerosos informes de Espartero que advertían, durante la primera guerra, que los habitantes del País Vasco se enfrentaban en el bando carlista o en el isabelino, pero que todos coincidían en una común voluntad: la defensa de los fueros. Después del abrazo de Vergara, la ley de 25 de octubre de 1839 declaraba en su artículo 1º: «se conservarán los fueros» y en el 2º: «se modificarán los fueros» para hacerlos compatibles con la unidad constitucional de la Monarquía, pero «de acuerdo» con las instituciones forales. Como después de 1839 los carlistas quedaron barridos de esas instituciones, fueron los liberales vascos, titulares del gobierno foral, quienes los defendieron frente a las presiones de los liberales de las provincias no forales, hasta que en 1876 la dialéctica vencedores-vencidos (en este caso, los carlistas) se llevó por delante los fueros, del mismo modo que esa dialéctica había servido para imponer la Nueva Planta a los reinos de la Corona de Aragón en el siglo XVIII, o serviría en 1937 para suprimir los conciertos económicos de las provincias «rebeldes» de Vizcaya y Guipúzcoa.

Cánovas intentó que las Diputaciones forales, antes de su extinción en 1877, aceptaran la ley abolitoria, o sea, que hicieran el «harakiri» del régimen foral, pero no lo consiguió. En el voto por escrito de un «padre de provincia», don Juan de Tellitu y Antuñano, el 23 de marzo de 1877, rechazaba la ley abolitoria, aunque hubiera que acatarla sin oponerse por la fuerza, en espera de que Dios y el tiempo permitieran recobrar las libertades perdidas y el derecho a constituir «amistosa y pacíficamente» un Estado que sirviera de tapón protector para España de las agresiones exteriores por aquellas partes. En vez de llevar a cabo Cánovas la última etapa de la unidad nacional, consiguió que se alzaran las primeras voces opuestas, aunque en Tellitu y los

que como él pensaban en 1877 no había ninguna animadversión a España, porque participaban de un «patriotismo dual», como el que el autor atribuye a Vicente Arana, el primo de Sabino.

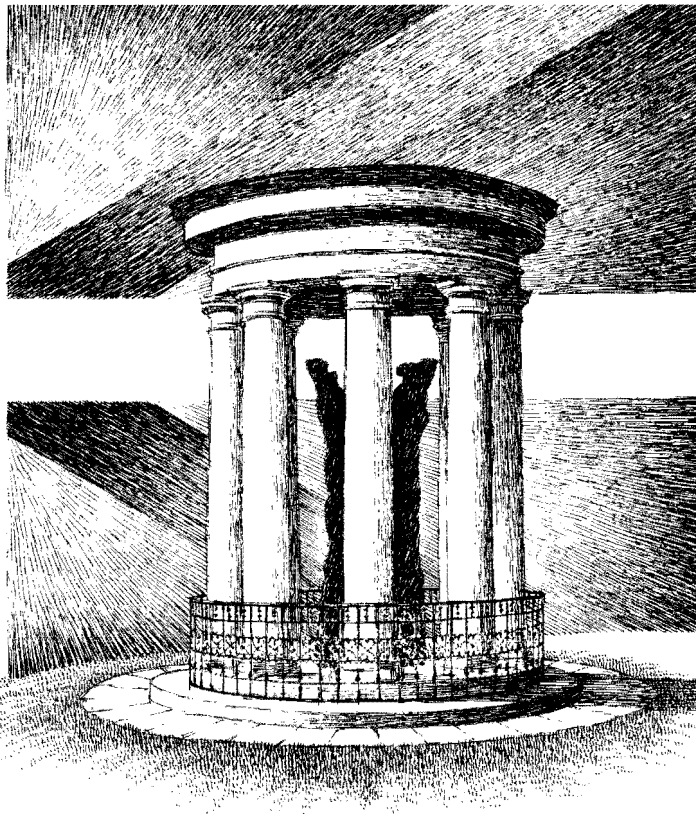
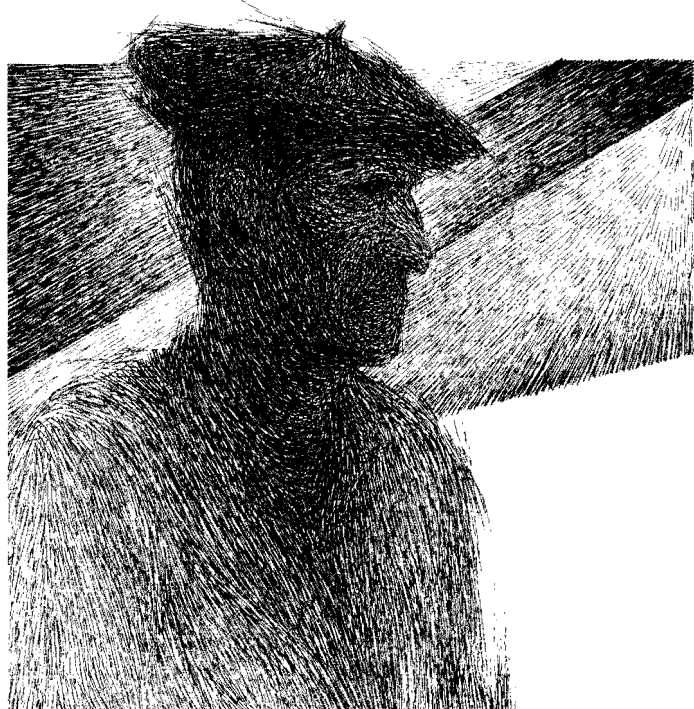
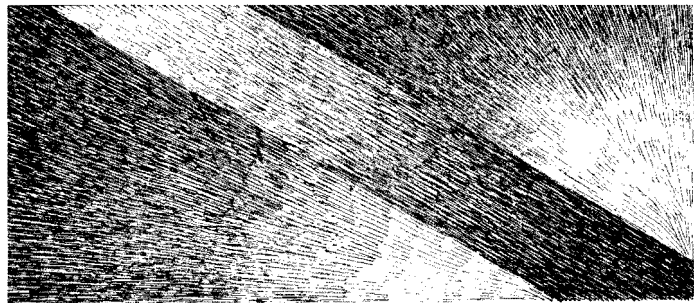
Lo cierto es que tras 1876 hubo un «sarampión fuerista», que idealizaba la perdida sociedad patriarcal del pasado, alentado por los escritores que leían las generaciones jóvenes o por las Fiestas Euskaras (organizadas a partir de 1883 por Vicente Arana y el vascofilo francés L'Abbadie). A los pueblos como a las personas no se les hiere impunemente los sentimientos.

De ese ambiente participaban los hermanos Luis y Sabino Arana, de familia carlista y cuyo padre sufrió reveses de fortuna. En el huerto de la casa de los Arana flotaba al viento el bucle melancólico de los dos hermanos, perdida la guerra, perdidos los fueros, perdida la fortuna. Allí se produjo en 1882 la «súbita revelación» de la Patria vasca que iluminó a Sabino, inducido por Luis, el Padre de la Idea, como dice el autor. En Sabino se manifestó el «ego» de otros nacionalistas, el «ego» del redentor del pueblo vasco oprimido por los invasores españoles.

Unamuno y Sabino Arana: un «desencuentro» inevitable

Sabino Arana se había lanzado a predicar un nacionalismo radical, basado en la raza, la lengua y la fe religiosa. Juaristi no hace apenas alusión a los estímulos del nacionalismo catalán, que los Arana pudieron recibir durante su estancia en Barcelona. Para la tesis de Juaristi no es necesario. Las teorías racistas estaban entonces en boga en Europa, y era lugar bastante común referirse a la decadencia de las razas latinas después de la derrota francesa a manos de los alemanes en 1870. Para Sabino los españoles eran una raza inferior, en contraste con la fuerte raza vasca, con una lengua distinta a todas las indoeuropeas. Los españoles estaban moralmente tarados por el liberalismo impío, mientras los vascos conservaban la verdadera religión. Había que inventar un nombre para aquella nueva patria recobrada. Euskadi: los vascos para Euskadi y Euskadi para Dios. El nacionalismo de Sabino se reforzaba con la melancolía de una historia, que suponía gloriosa en las batallas de Padura (Arrigorriaga), Gordexola, Ochandiano y Munguía, donde los vascos habían derrotado a los leoneses o castellanos (los españoles), según cuenta en *Bizcaya por su independencia*, el primer libro que publicó en 1892.

Como es bien sabido, Unamuno había nacido un año antes que Sabino Arana. El sarampión fuerista alcanzó a Unamuno siendo muy joven, según él mismo declara, pero curó pronto y recaló por unos años en el socialismo. Los cambios operados en la sociedad vizcaína en los últimos lustros del siglo XIX, con el apogeo del capitalismo industrial, produjeron efectos contrarios. En la clase media empezó a escucharse el discurso nacionalista. La oposición unamuniana a ese discurso se manifiesta en unas líneas que reproduce el autor: «Hay que dejar a Aitor, a Lelo, a Lecobide, a Jaun Zuría, a las maitagarris, a las tragedias románticas, a la sátira culta de conceptuosidades y juegos de vocablos, y hay que ir a buscar la poesía del sudor, la del humo de las fábricas, la de las tabernas y chacolies», y comenta el autor: «¿Qué otro sino Arana podía ser el blanco de este párrafo?». Don Miguel estaba en los antípodas de Sabino Arana, porque a la historia legendaria en que éste quería ascantar su melancolía nacionalista oponía Unamuno su concepto de la intrahistoria, aquello en que reside la au-



FRANCISCO SOLÉ



Viene de la página anterior



téntica vida de los pueblos. El verdadero fundamento de los pueblos no está en las limitaciones del suelo y de la historia, ni sólo en la lengua o los atributos físicos. El pueblo vasco, un pueblo sin historia, cuyo fondo intrahistórico no le aleja de los otros pueblos peninsulares que sobre el eje castellano han formado España.

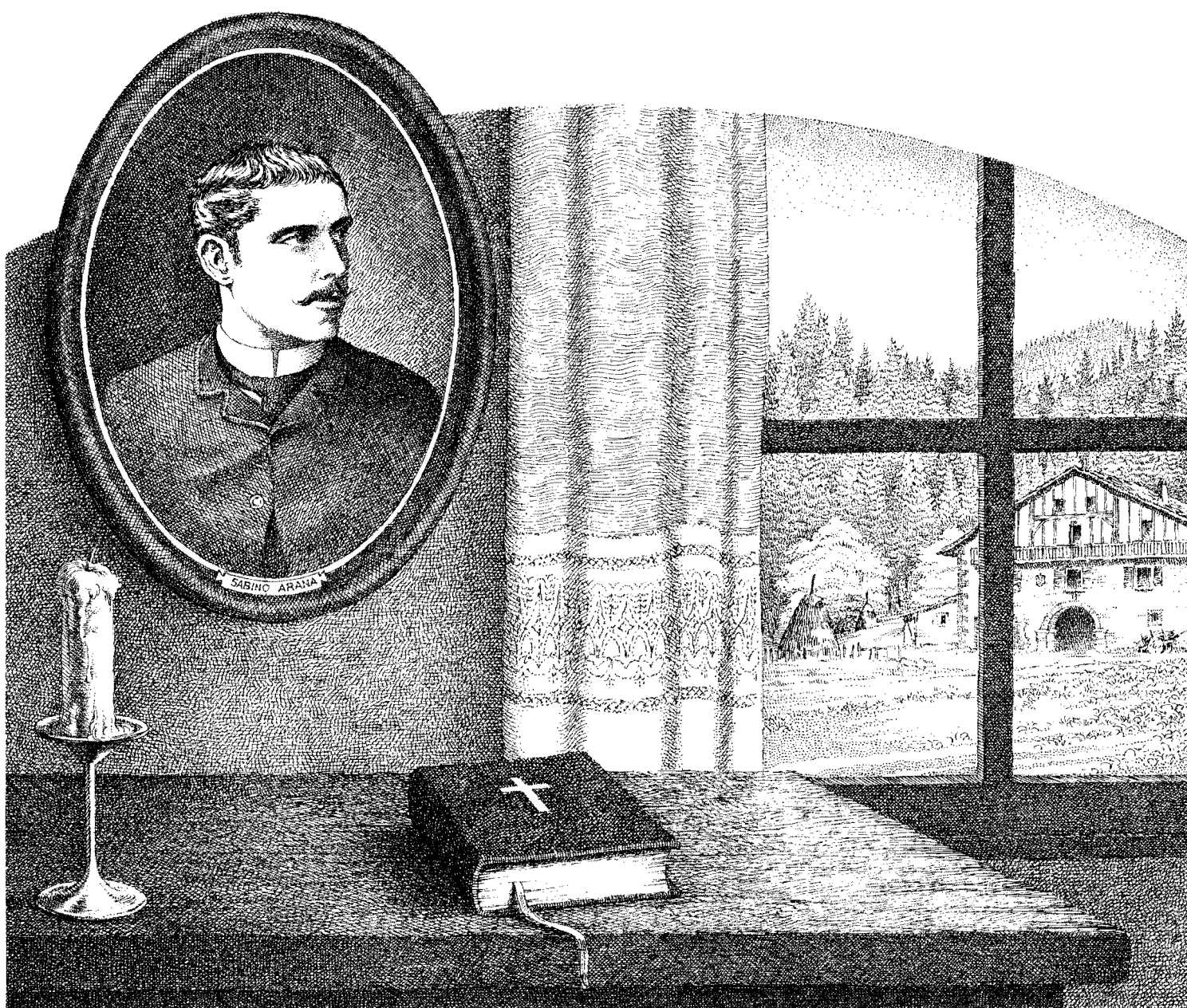
El inteligente análisis que Juaristi hace del poema unamuniano *Orhoit gutaz* («Acordaos de nosotros») creo que consigue desbrozar la «maraña de tópicos unamunianos y arnistas que han ido arraigando entre nosotros gracias a la indigencia teórica de varias generaciones». La visión histórica falseada de Sabino Arana y la intrahistórica interpretación de don Miguel «ambos nos han conducido a un callejón sin salida», afirma.

Unamuno y Arana, los dos vascos por los cuatro costados, estaban en polos opuestos. Pero no debe sorprendernos demasiado ni el rechazo oficioso de los nacionalistas a don Miguel, ni el atractivo que por lo visto ejerció sobre algunos jóvenes de la segunda generación etarra (la de los chicos del colegio de los Escolapios a que se refiere el autor). Porque el contradictorio y polifacético Unamuno ha ejercido, y sigue ejerciendo, un atractivo casi universal, incluso en muchos que le rechazaron en vida.

El modelo irlandés: sacralización y violencia

Los efectos de los nacionalismos en los pueblos europeos a raíz de la guerra de 1914-1918 impactaron sobre los nacionalistas vascos, pero incluso acentuaron algunas disidencias que habían estallado desde la muerte prematura de Sabino Arana. Los «abertzales» más radicales tendían a establecer analogías con el caso de Irlanda. Raza, lengua, religión, territorio eran el fundamento del nacionalismo irlandés contra los invasores ingleses. Cuando se produjo la insurrección irlandesa de la Pascua de 1916 la línea dura sabiniana (Eliás Gallastegui, que se hacía llamar «Gudari», 'soldado', y Luis Arana Goiri) fueron germanófilos y apoyaban la rebelión irlandesa. Gallastegui había acentuado la identificación del nacionalismo y el catolicismo, la «sacralización» de la idea de la patria vasca. Pero la línea oficial del PNV estaba en manos de los posibilistas del gran empresario naviero Ramón de la Sota, anglófilo nada complaciente con los irlandeses, y cuyos barcos le daban pingües beneficios en los transportes marítimos a Inglaterra. El nacionalismo vasco está salpicado de frecuentes escisiones. En 1915 fue expulsado nada menos que Luis Arana. Pero Juaristi opina que precisamente «le favorecen las escisiones, le sirven para diversificar sus propuestas e incorporar nuevos sectores sociales», aunque esté limitado por una dicotomía étnica dentro del país, que creará problemas para dar credencial vasca al aluvión de inmigrantes o a sus descendientes.

Para Gallastegui la insurrección irlandesa, transferida al pueblo vasco, era algo así como el sueño sabiniano de una nueva batalla de Arrigorriaga, como en el siglo IX. Gallastegui tenía talento organizador y puso en marcha la estrategia de desarrollar organizaciones satélite del partido, con pretextos culturales, folklóricos o deportivos que fomentaban en el mundo juvenil el sentido de la patria oprimida y los estímulos heroicos para su recuperación. Tras el eclipse parcial de la Dictadura de Primo de Rivera, el nacionalismo vasco se hace presente en actos patrióticos de masas. Gallastegui inventa el «Aberri Eguna» («Día de la Patria») en 1932, en la significativa fecha del día de Pascua de Resurrección, que por primera vez se celebró en 1932. Los grupos de «mendigoxales» ('montañeros') ondeaban ikurriñas en los montes cantando cancio-



FRANCISCO SOLÉ

nes patrióticas. En las fiestas folklóricas se bailará la «espatadantza», la danza guerrera que termina alzando sobre las espadas de sus compañeros al soldado-«danzari» muerto. Dice Juaristi que las «espatadanzas» cumplían la misión de «educar a las masas y especialmente a la juventud en la religión secular del sacrificio necesario para la consagración de la primavera de la patria».

Luego sobrevino la guerra civil, la represión, los años difíciles y oscuros. Los hijos de las familias nacionalistas que se criaron después de la guerra civil vivieron el culto clandestino de los símbolos. Tuvieron que olvidarse del «lauburu», la cruz de cuatro cabezas, por su semejanza con la cruz gamada de los nazis alemanes. Pero yo he conocido muchos que rezaban el rosario en familia ante la ikurriña guardada a escondidas. Juaristi cuenta la conmoción sentimental que produjo en 1961, sobre todo en los viejos nacionalistas, como su abuelo, el derribo de la casa natal de Sabino Arana, los cascotes de cuyo derribo iban a recoger para guardarlos como reliquias.

Entra ETA en escena

Por los años sesenta hay un renacimiento cultural vasquista, al mismo tiempo que vuelve el nacionalismo a desafiar la legalidad echándose a la calle: el «Aberri Eguna» de Guernica en 1964. Por entonces se difunde la obra de Federico Krutwig, nacido en Bilbao de padre alemán y madre de ascendencia riojana, sobre cuya confusa mezcla de ideas étnicas, lingüísticas e ideológicas hace Jon Juaristi oportunas observaciones, así como sobre las de su contemporáneo el vasco-francés Mirande Ayphasoro. Esas ideas tuvieron alguna receptividad en los comienzos de ETA. Era un neonacionalismo que se rebelaba contra la doctrina ortodoxa sabiniana, que procuraba conservar el PNV.

Entre tanto surgían varios grupos de gente joven, en los que había poetas y hombres de acción. A uno de esos grupos lo bautizó José Luis Álvarez Emparanza con el nombre de «Euskadi ta Askatasuna» (ETA), y cuyos

jóvenes militantes desbordaron al fundador, y después de la V Asamblea, celebrada en 1967, llegaron a la extraña conjunción del nacionalismo y el marxismo. El autor subraya la melancolía victimista de Álvarez Emparanza. «La melancolía recorre siempre el mismo camino circular, el bucle libidinal que se cierra sobre el sujeto del que parte», dice el autor.

Pero ETA estaba pensada para la «lucha armada», o sea, para matar. El autor no entra en detalles de la hecatombe trágica de crímenes de ETA, de sobra conocida. Pero sí hace una singular referencia a Txabi Etxebarrieta, el joven poeta, antiguo alumno del colegio de los Escolapios de Bilbao, que en 1968 mató a un guardia civil, primera víctima de ETA, poco antes de ser él abatido por las balas de la guardia civil. En estas historias de nacionalistas describe con brochazos impresionistas al último presidente del «Euskadi Buru Batzar» y somete a Arzalluz a una crítica implacable, desde la ficción originaria que atribuye al P. Larramendi, el jesuita del siglo XVIII, hasta los supuestos de la retórica de Arzalluz, aunque reconoce que rara vez utiliza el racismo como arma política, y opina que el desprecio a lo castellano es más bien un casticismo al estilo de Larramendi y de los carlistas vascos antiguos para lograr la unidad en el rechazo a lo no vasco.

El último capítulo del libro de Jon Juaristi adquiere cierto conmovedor patetismo. La espiral de sangre de ETA culminó el verano

de 1997. «Los terroristas de ETA... se preparan ya a vengarse de la humillación que el rescate de Ortega Lara ha infligido a la banda, ejecutarán un guión que ha sido escrito por otros hace ya mucho tiempo... la prometida represalia del "maqueto" insumiso». Por eso, la víctima está cuidadosamente elegida y también el lugar: Ermua, («el desierto» en euskera), poblado por un aluvión de inmigrantes, donde un trabajador joven, hijo de inmigrantes gallegos, se ha atrevido a defender sus ideas libremente. Pero ocurre lo inesperado: ellos, los que se autotitulan defensores del pueblo vasco, se encuentran con que el pueblo vasco se pone en pie contra ellos. «Zutik!», «¡en pie!» era el lema de los etarras. Ahora es Ermua y todo el pueblo vasco el que se levanta contra ellos, contra la «prolongada hecatombe con que ETA ha querido aplacar a los demonios familiares del nacionalismo vasco». Porque «en Ermua ha nacido de nuevo el pueblo vasco». Y termina el autor evocando unos versos que en 1966 escribiera Txabi Etxebarrieta, a los que ahora quisiera darles una nueva lectura: «Estamos al final de un milenio / como al principio / poblando el país de la esperanza».

Éste es el libro que, a mi modo de ver, primero interesa por el tema, luego nos atrae por su preciso y suelto lenguaje literario, y finalmente nos sumerge en un mundo de reflexiones contradictorias, pero apasionantes, sobre la clave historial del nacionalismo vasco. □

RESUMEN

El historiador Palacio Atard al encararse con un ensayo de Jon Juaristi, que es una interpretación intelectual del nacionalismo vasco, no una historia de dicho nacionalismo, cree oportuno situar al autor del mismo en su contexto político y cultural, pues quien fue, pri-

mero, «un impetuoso nacionalista» y, después, «un adocenado socialdemócrata» es, además, un reconocido intelectual y poeta en euskera y castellano, y esa sensibilidad poética la encuentra Palacio Atard en este ensayo que obtuvo el Premio Espasa-Calpe 1997.

Jon Juaristi

El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos

Espasa-Calpe, Madrid, 1997. 389 páginas. 2.400 pesetas. ISBN: 84-239-7761-7.

La eterna agonía del Estado

Por Francisco Rubio Llorente

Francisco Rubio Llorente (Berlanga, Badajoz, 1930) es catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad Complutense, habiéndolo sido antes de la Universidad Central de Venezuela. Ocupó, entre 1977 y 1979, la Secretaría General de las Cortes y fue nombrado, en 1980, magistrado del Tribunal Constitucional. Su obra teórica está dispersa en revistas especializadas, libros colectivos y estudios introductorios.

Kenichi Ohmae es uno de los famosos apóstoles del «Mundo sin fronteras», el título de su más conocido libro.¹ El que él o su editor han elegido para el que ahora comentamos, anuncia rotundamente «el fin del Estado-nación». No se trata sólo, sin embargo, de un anuncio y de una celebración. A lo largo de la mayor parte de sus páginas, el libro preconiza con energía la conveniencia de acelerar el final que anuncia y festeja, aunque en alguna de ellas y, sobre todo, al final el autor recoge velas, el anuncio del fin se difumina y la condena de muerte se diluye en una proclama en favor de una inconcreta y necesaria descentralización.

El comienzo es desde luego tremendo. El Estado-nación es «una ilusión», algo en trance de convertirse cada vez más en una «ficción nostálgica» (pág. 12); una nostalgia que sólo pueden sentir por lo demás los propios gobernantes y los burócratas que se han beneficiado y se benefician con la existencia de ese estamento, que, por el contrario, perjudica gravemente al «ciudadano común», es decir, a todos los demás. Lo que a todos nos importa es el flujo de «las cuatro Ies» («Investment», «Industry», «Information technology», «Individual consumers») (págs. 2-5), no el artificio de los problemas de Estado. De ahí la banalidad del debate en las Naciones Unidas, entre cuyos 184 miembros, tan dispares entre sí, no figuran algunos de los protagonistas más destacados de la economía mundial, como Hong Kong y Taiwan (pág. 117).

La razón de esta obsolescencia del Estado es muy simple, aunque su causa no ha de buscarse en la política, sino en el efecto acumulado de una serie de cambios fundamentales en la actividad económica del planeta. Como consecuencia de ellos (se trata, naturalmente, de la globalización de la economía) el Estado ha dejado de ser la «unidad significativa de participación en la economía global» (pág. 11). Simplemente no puede acomodarse a la lógica que ésta impone. Los Estados se empeñan en mantener esa cosa absurda que se llama «el mínimo ciudadano» («The civil minimum», capítulo cuarto; es decir, por ejemplo, servicios de transporte, o de correos iguales para todo el país), sin tener en cuenta que no todos aportan lo mismo a la riqueza nacional, y siguen aferrados a «la declinante industria del interés nacional» (capítulo quinto). Sobre todo si son Estados democráticos, que han de distribuir bienes y servicios para ganar votos, extrayendo los recursos necesarios para ello de los más productivos. El fenómeno (y con él la disfuncionalidad del Estado) se produce especialmente cuando se alcanzan unos ciertos escalones de desarrollo que el autor cifra con exactitud. Al llegar a los cinco mil dólares de renta «per cápita», los ciudadanos, además de pretender la organización de los Juegos Olímpicos (pág. 22; sorprendentemente, en el ejemplo que utiliza, esta pretensión se eleva precisamente en favor del propio Estado, no, como cabría pensar, en razón del discurso general, en favor de su propia ciudad o de su propia región pero de estas sorpresas está lleno el libro), comienzan a interesarse por lo que pasa más allá de sus fronteras; al llegar a los 10.000 (el nivel OCDE) aspiran ya a proveerse con los bienes y servicios mejores y más baratos

que se producen fuera de ellas y burlan todos los intentos estatales por impedirlo.

De hecho la unidad significativa en la economía global, cuyos actores reales son las MNC, es decir, las «Multinational Corporations» (aunque también, por modo maravilloso, precisamente las agencias financieras de las Naciones Unidas, como el FMI) no son ya los Estados, sino las regiones, o más precisamente los Estados-región, esto es, «unidades económicas, no políticas, que se encuentran dentro de un Estado-nación o divididas entre varios, pero que están abiertas a la economía mundial»; antes que, a diferencia de los Estados-nación, tienen como interés o finalidad principal el bienestar de sus ciudadanos (págs. 80, 89) y en los que, centrados como están en lo económico, no hay rastros de discriminación (pág. 81). Cita muchas de ellas; por ejemplo, y la menciono sólo porque es la que más de cerca nos toca, la constituida por Cataluña y el Languedoc, cuyo centro se encuentra, no en Barcelona, como podrían pensar los catalanes, sino en Toulouse (pág. 80).

Han de tener unas ciertas dimensiones: lo bastante grandes como para ofrecer a las empresas un mercado atractivo, pero no tanto como para obligarlas a dividir su marketing en zonas diferentes. Lo que las distingue no es, sin embargo, sus características materiales, el hecho de reunir en relativa proximidad factores importantes de producción, sino un hecho que quizás podríamos calificar de espiritual, una actitud: su apertura a la economía mundial y su carencia de pretensiones específicamente políticas. Por eso no es una auténtica Región Estado (o quizás una mala Región Estado) la constituida en Massachusetts en torno a la carretera 128, en contraste con el «Silicon Valley» o «Hollywood» (págs. 94-95) y, por eso, las pretensiones de Irlanda del Norte (pág. 119) o de Quebec, lejos de forzar a la creación de Regiones Estado son un obstáculo insalvable para su advenimiento e incluso pueden destruir el Estado que las alberga, pues «si Canadá no sirve para fomentar el desarrollo de sus regiones, ¿cuál es su razón de ser?» (pág. 138).

La pregunta expresa bien el punto de vista del autor, sus limitaciones, de las que después me ocuparé. Antes de ello, pero en relación también con la pregunta, hay que precisar en qué consiste ese cambio de rumbo que antes decía: ese como aligeramiento de la inquina contra el Estado que al final del libro se percibe y desde el cual todo el apocalíptico discurso queda reducido a un difuso alegato en favor de la descentralización. Porque es lógico, en efecto, que los Estados se inquieten por las tendencias disgregadoras de las regiones, que aparentemente traicionan su propia vocación cuando ceden a ellas, cuando no son «inclusive» (págs. 119-120). No puede ceder a ellas, ni siquiera en lo económico, pues es indispensable el mantenimiento de un poder central fuerte para evitar disparates como la creación de ferrocarriles con distinto ancho de vía o cosas semejantes (págs. 124-126). «Las regiones no son ni tienen por qué ser enemigas del poder central. Adecuadamente tratadas de forma federal, estos «puertos de entrada» de la economía global son de hecho sus mejores amigos» (pág. 100). Lo único que necesitan es que se les dé libertad para actuar así, como se ha hecho en China, pero sin aniquilar el poder central, como se ha hecho en la URSS, pues con ello se entrega la sociedad al gangsterismo (págs. 128-129). El continente que mejor ha entendido esta necesidad es, sin duda, el asiático, en donde hay muchos ejemplos admirables, como el de Malaysia, cuyo primer ministro, el Sr. Mahatir, ha hecho maravillas, aunque no tantas como las obradas por el Sr. Lee Kwan Yew, su colega de Singapur, quizás porque, en el momento de escribirse el libro, sólo llevaba trece años en el poder, frente a los treinta que ya tenía a sus es-

paldas Lee Kwan Yew (pág. 123); o el de la ciudad china de Dalián, cuyos salarios son siete veces más bajos que los de Singapur. Los Estados de Asia deben perseverar en esa vía y no seguir el ejemplo del Japón, cuyas tendencias centralizadoras proporcionan al autor un buen número de ejemplos de lo que no hay que hacer. Tampoco, por supuesto, el de Europa, que se ha equivocado radicalmente y en un momento histórico en el que el protagonismo corresponde a las regiones, se empeña en construir un «supernation state» (pág. 138). El Estado-nación ha sido una forma transitoria de organización para la gestión de los intereses económicos, en virtud de razones que ya no existen (pág. 141). Las unidades adecuadas con tal fin son ahora las regiones, y a los Estados no les queda otra función que la de actuar como catalizadores de su acción (pág. 148).

Como obra de ciencia social, el libro del señor Kenichi Ohmae, director durante tres años de McKinsey & Co. y presidente en la actualidad del movimiento reformista Heisei, fundado, supongo que por él, en 1992, es perfectamente deleznable. Su entusiasmo por la economía global no va acompañado, ni de lejos, por un interés semejante hacia la comunidad intelectual mundial² y la abundancia de la información, que se despliega en multitud de ejemplos, no logra encubrir la indefinición de las categorías con las que pretende operar, ni la inconcreción de las propuestas, ni las evidentes contradicciones en las que incurre.³ La exposición es brillante y de tiempo en tiempo incluye argumentos que, sin ser originales, adquieren en su pluma una notable fuerza.⁴ Todo ello no compensa, sin embargo, la absoluta falta de rigor. Ni esta falta parece tampoco preocupar mucho al autor. Su libro no es un estudio sobre la realidad, sino un libro de combate para modificarla. Quizás, simplemente, un alegato en favor de su propuesta de dividir Japón en ocho regiones económicas dotadas de una cierta autonomía. Un propósito respetable y quizás plausible, al que sólo cabe reprocharle, aunque no es poco, que intente cobijarse bajo el manto de la neutralidad científica.

Si esto es así, el lector puede preguntarse con razón qué sentido tiene que alguien haya perdido el tiempo leyendo el libro (por fortuna no extenso, 214 páginas de pequeño formato, incluidos los apéndices) y, sobre todo, comentándolo, y tal pregunta exige una respuesta.

El libro del señor Ohmae, como otros sobre éste u otros temas, no es importante por el rigor del análisis, la solidez del razonamiento o la novedad de las propuestas, pero pese a todo ello parece que se le toma en serio en algunos ámbitos académicos y vale la pena ocuparse de él como síntoma de la confusión reinante. Una confusión que en la discusión sobre el papel del Estado en la actualidad y sobre su futuro, arranca de una premisa compleja que pocas veces se explicita y de la que en muchos casos, y eso es lo peor, no todos los participantes parecen tener conciencia clara. Discutir sobre el fin del Estado, en general, implica, en efecto, en primer lugar, asumir la idea de que el Estado es un fenómeno universal, una forma de organización política que cubre todo el planeta; en segundo lugar, que las sociedades del presente son substancialmente homogéneas, que sean cuales fueren las diferencias que entre ellas existen en punto a religión, tradiciones y, en definitiva, cultura, todas ellas siguen un mismo curso, determinado por las mismas causas. En razón de esta premisa, sin la cual toda la discusión carece de base, no parece exagerado decir que el lugar propio de tal discusión es más bien la Filosofía de la Historia que el difuso conjunto de las ciencias sociales, pero no quiero ahora entrar en el tema aunque sea tentador y lleno de sugerencias. Tal vez el derrumbamiento del marxismo haya sido más estrepitoso que real.

Sí hay que precisar que el autor del presente libro asume por entero esa premisa. Subraya con sorna las diferencias existentes entre, de una parte, China, con sus mil doscientos millones de habitantes, o Rusia, con sus seis millones y medio de millas cuadradas, y de la otra, Nauru, que cuenta sólo con 8.000 habitantes y un territorio que apenas llega a las ocho millas cuadradas, pero no pone en cuestión la identidad de naturaleza estatal de esas realidades dispares, ni en lugar alguno parece inquietarse por las diferencias que, en materia de orden público o administración de justicia, por referirme sólo a dos tareas esenciales del Estado, puedan existir entre, por ejemplo, el Reino Unido y Somalia. En lo que a la noción de Estado se refiere, es absolutamente nominalista. Si algo se llama Estado, Estado es, y su destino está marcado por las mismas leyes ineluctables.

Tampoco duda de que el mundo sea una entidad substancialmente homogénea y, como antes he recordado, niega que las diferencias civilizacionales sean relevantes para lo que de verdad importa, que es naturalmente el crecimiento económico. Si fuera uno a pararse en minucias, podría objetar que él mismo parece concederles alguna relevancia, al afirmar (pág. 122) que entre las ventajas económicas que Malasia puede aprovechar está la de contar con muchos más indios (diez veces más) y chinos (dos veces más) que Singapur, lo que debe permitirle servir de enlace entre la China y la India, que son desde luego civilizaciones distintas, pero sería inútil ahora detenerse en detalles. Lo que está claro es que el señor Ohmae pertenece a lo que Huntington llama, con gracia, la cultura de Davos y que extrapola al mundo entero los sentimientos recíprocos de unidad y comunidad que los miembros de tal cultura seguramente experimentan. Alguna duda puede echar sobre esta pertenencia el muy moderado entusiasmo por la democracia que el libro deja traslucir, pero tampoco estoy muy seguro de que la fe en la democracia que Huntington⁵ menciona entre los rasgos propios de tal cultura haya de ser precisamente una fe inquebrantable. Lo que en todo caso sucede es que tal cultura no abarca más de cincuenta millones de individuos, es decir, menos del 1% de la población del planeta y sus integrantes, aunque poderosos, no se bastan para decidir por sí solos el destino de las otras comunidades de las que forman parte y que en consecuencia la unidad cultural que ellos constituyen no permite concluir en modo alguno que el mundo se ha unificado, que todo lo importante es ya global.

A esta premisa indemostrada, acríticamente asumida y muy probablemente falsa, añade el autor una visión de la humanidad y de la historia que sería injusto identificar con el materialismo histórico marxista porque éste, al menos en su versión original, es bastante más matizado, menos rotundo. No ve el señor Ohmae en el Estado un supraestructura determinada por la infraestructura económica, sino pura y simplemente, como ya queda dicho, una organización creada para gestionar los intereses económicos, cuya utilidad desaparece, como según parece amenaza con desaparecer en Canadá, cuando deja de servir para eso. Sin duda el reduccionismo economicista es una perversión teórica muy generalizada en nuestro tiempo y es comprensible que sean especialmente vulnerables a ella quienes, como el autor, han consagrado su vida a la gestión empresarial. Su caso es, sin embargo, tan extremado que, más que producto de la deformación profesional, parece resultado de lo que quizás podría llamarse daltonismo intelectual. Aunque según parece disfruta de una vida familiar feliz y comparte con su mujer y sus dos hijos la afición por la música, la vela, las motocicletas y el buceo,⁶



Viene de la página anterior



intelectualmente es ciego para todas las relaciones sociales que no tengan como contenido central el económico.

Y algunas hay. No hace falta compartir la fe de Hegel en el Estado como «paso de Dios sobre la tierra» para pensar que no es precisamente la gestión de los intereses económicos, o cuando menos no sólo ella, la finalidad que da al Estado su razón de ser. Más allá de los fines propios de los distintos Estados, el objetivo último de todos ellos es, dice Montesquieu, el de preservar su propia existencia, el de «se mantener», es decir, el de evitar la anarquía, el de controlar el uso de la violencia dentro de un territorio determinado. En términos más modernos, el de asegurar la permanencia de una instancia que resuelva mediante el poder los conflictos que no pueden resolverse mediante el acuerdo de los interesados. Para llevar a cabo esta tarea esencial, el poder del Estado ha de reclamar para sí la legitimidad, de donde deriva para los sometidos la obligación de la obediencia. En nuestro tiempo, en el que el único principio de legitimidad posible es el democrático, la búsqueda de la legitimidad exige, además de asegurar el orden dar satisfacción a otras demandas sociales: entre ellas, las de igualdad y prosperidad, no siempre compatibles. El autor de nuestro libro opta decididamente por la segunda de ellas, y censura los obstáculos que para su consecución levanta el servicio a la primera, aunque sea en la elemental medida de asegurar un servicio de correos o de transporte igual para todos. Quizás tenga razón, aunque no vayan por ahí mis propias preferencias, pero creo que yerra al identificar esa escasa adecuación del Estado a la lógica de la «Economía global» como origen de su inevitable decadencia. Ver en el Estado un simple instrumento para el desarrollo económico es muy precisamente coger el rábano por las hojas.

De donde no debe deducirse en modo alguno que el Estado, como forma política, haya de ser eterno, o que los Estados actuales en los que esa forma se concretiza no estén inmersos en un proceso de transformaciones profundas. No todos ellos, ni por las mismas causas, ni en la misma forma. Desde luego es difícil encontrar similitudes entre la crisis del Estado italiano y la del albanés, aunque sean vecinos, o entre la del Estado belga y la del zaireño, aunque haya habido y haya aún entre uno y otro estrechos vínculos. Pero aun aceptando la postura nominalista que el autor adopta, justificada para el análisis jurídico-formal, pero en modo alguno para el científico o filosófico que él pretende llevar a cabo, son muy diversas las causas que empujan hacia el cambio de los Estados y muy distinta la situación en la que éstos se encuentran.

El Estado en abstracto, como forma política, comenzó por no ser y dejará de existir. Como el hombre y sus obras, «Fue sueño ayer; mañana será tierra / Poco antes, nada; y poco después, humo». Un «poco después» que puede abarcar, sin embargo, muchas generaciones aún no nacidas, pues al fin esta forma tiene poco más de cuatrocientos años y son muchas las estructuras políticas que han durado más de mil. Y que naturalmente, como todo lo humano, mientras vive cambia sin parar y experimenta cada cambio como agonía. La «crisis del Estado» es un tema recurrente en la literatura política desde que el Estado existe y hasta Fraga Iribarne publicó, a finales de los cuarenta o comienzos de los cincuenta, un libro de este título. Hablar de la crisis o del final de la forma política estatal es hablar por hablar. Para hablar con sentido hay que hacer referencia a cambios concretos, en Estados concretos y en virtud de causas determinadas.

Aunque no es ésta tarea que esté a mi alcance o que, en la escasa medida de mis fuer-



MARISOL CALÉS

zas, pueda abordar aquí, sí debo quizás, para concluir, apuntar algunas ideas elementales en relación con ello.

Parece necesario distinguir, en primer lugar, entre las manifestaciones del cambio y las causas a las que éste o éstos se imputan. Entre las primeras, las que más frecuentemente se indican, al menos aquí en Europa, son de dos órdenes distintos: unas hacen referencia por así decir a la política exterior y otras a la interior, a la estructura interna del Estado.

En lo que afecta a la política exterior, el cambio en apariencia más evidente es el que viene de la pérdida o disminución de la independencia plena. Los Estados europeos, incluso los más fuertes, no pueden ya determinar por sí mismos, al menos desde 1956 (crisis de Suez), su política exterior, cuyo instrumento último es el recurso a la fuerza. Sin duda es un cambio real, pero ni es nuevo, ni afecta por igual a todos los Estados, entre los que, como recuerda Pierson, ha habido siempre más «policy takers» que «policy makers». Desde luego no afecta por igual a los Estados Unidos de América que a España, ni, si se acepta el análisis de Huntington, incide del mismo modo sobre los Estados «nucleares» de cada civilización, los que él llama «core States», y los otros Estados, para los que no utiliza ninguna denominación específica, pero a los que no hay inconveniente en llamar Estados clientes.

En el orden interno, los cambios a los que más frecuentemente se alude son los producidos en la división interna del poder y en su organización, de una parte, y en las tareas del Estado, de la otra. Entre aquéllos, se suele mencionar una supuesta tendencia general a la descentralización administrativa e incluso política y se señala el abandono de estructuras y técnicas utilizadas por la Administración Pública desde el pasado siglo, sustituidas por otras que hasta el presente se tenían como propias de la sociedad. Quizás se trate efectivamente de cambios reales y no meramente episódicos, y hasta universales. No es evidente que la tendencia a la descentralización se imponga con facilidad en Francia y en el Reino Unido, generalmente considerados como los ejemplos arquetípicos del Estado nacional y en el último de estos países incluso se produjo, bajo el Gobierno de la Sra. Thatcher, una considerable centralización, pero aunque esa tendencia fuera efectivamente firme, necesaria y universal, ¿por qué ver en este cambio de estructura un signo de decadencia y no de vitalidad? Si la descentralización no va mezclada con fuerzas disgregadoras, o lo que es lo mismo, pretende servir a los Estados-Región sin destruir el Estado-Nación, más bien parece orientada hacia el fortalecimiento de éste que hacia su destrucción y si, como sucede entre nosotros, se combina con esas fuerzas, puede llevar efectivamente a la destrucción del Estado español, pero no implica amenaza alguna para la forma «Estado nacional», que más bien se trata de fortalecer, multiplicándola.

Tampoco es seguro que la tantas veces denunciada «huida del Derecho Administrativo», la laboralización de la función pública, la multiplicación de entes públicos que actúan con técnicas propias del Derecho privado y los esfuerzos por introducir entre los servicios públicos que se mantienen como tales relaciones típicas del mercado sean expresión de una tendencia permanente y no una simple moda. Algunas pruebas hay ya de que las ganancias en eficacia, cuando se producen (por ejemplo, la celebrada creación de una especie de mercado competitivo entre los hospitales públicos británicos no parece haber dado lugar a servicios mejores ni más baratos que los que proporcionaba el viejo National Health Service), no compensan las pérdidas en independencia de la maquinaria administrativa y de sus servidores, indispensable para preservar la libertad (y hasta la eficacia) en el Estado de partidos. En todo caso, para no incurrir en afirmaciones aventuradas ni hacerme reo de las generalizaciones que censuro, lo cierto es que, como en el caso anterior, tampoco la consolidación de esos cambios, si consolidación hubiera, supondría otra cosa que un esfuerzo del propio Estado para hacer más eficaz su organización, es decir, para fortalecerlo. El Estado como forma no se identifica con la elaborada doctrina del «Conseil d'Etat».

Y otro tanto ocurre con los síntomas de decadencia que se creen ver en la tendencia, más perceptible en las prédicas ideológicas que en la práctica real, a dejar en manos del mercado algunas tareas que hasta ahora asumía el Estado. Hasta ahora y desde hace poco, pues las tareas de las que sobre todo se trata (un servicio público de seguridad social y de sanidad más o menos universal) sólo se estatalizan realmente en Europa después de la Segunda Guerra Mundial, en España bastante después y en otras partes del mundo, nunca. Por lo demás y como es obvio, el abandono de estas tareas, como la renuncia al monopolio de las telecomunicaciones, no significa en modo alguno que el Estado desaparezca de esos campos, simplemente que en ellos la gestión es sustituida por la regulación.

Más incierta aún que la erosión del poder del Estado, es la precisión de las causas a las que tal erosión se atribuye, que generalmente se salva con una referencia a la economía glo-

bal o a la globalización de la economía. Si tal globalización es producto de acuerdos como los que han llevado a la creación de la WTO, habría que concluir que son los propios Estados los que han decidido hacerse el «haram-kiri», cosa sorprendente y muy necesitada de aclaraciones. Si, por el contrario, la globalización es resultado ineluctable del cambio tecnológico, como parece pensar el señor Ohmae, no faltará (y no falta) quien piense que las mismas nuevas tecnologías que obstaculizan el control estatal sobre los flujos exteriores de capitales y hasta de mercancías, ofrecen al mismo tiempo a los Estados medios terribles para llevar hasta el máximo el control sobre sus propios ciudadanos. Por lo demás, puestos a hablar de globalización y de controles, no hace tanto tiempo que el poder de los Estados se mostraba perfectamente compatible con un sistema monetario universal basado en el patrón oro, que aseguraba la perfecta convertibilidad y los movimientos de capitales, y con una regulación de los viajes internacionales que ignoraba la necesidad de pasaportes y visados.

En conclusión, el título que el señor Ohmae ha elegido para su libro me parece una notoria exageración. También lo es, sin duda, el que he puesto a este comentario. Nada humano es eterno, pero si la agonía del Estado ha de durar aún unos cientos de años, cabe en nuestra lengua decir que va a durar una eternidad. □

- 1 *The borderless world* (Harpers Collins, Nueva York, 1990).
- 2 De las sesenta y siete notas de pie de página que el libro contiene, cincuenta y ocho remiten a obras del propio autor y los cinco libros y ciento sesenta y cuatro artículos que ofrece como obras de referencia son todos suyos referidos a su pensamiento. Las pocas obras ajenas mencionadas en las notas de pie de página parecen haber sido leídas, además, con notable apresuramiento: sólo así se explica que para destruir la conocida tesis de Huntington sobre la diferencia entre civilizaciones (la obra citada es el célebre artículo «The clash of civilizations», publicada en *Foreign Affairs* en 1993), se diga (pág. 14) que portugueses y españoles, hablando nuestros propios idiomas, podemos entendernos sin dificultades notables. Para Huntington, como es natural, Portugal y España son parte de la misma civilización.
- 3 Así, por ejemplo (pág. 135 y ss), su denuncia del riesgo que para los Estados nación implica la deslocalización de servicios, a diferencia de la de manufacturas, y la necesidad de que tomen medidas de desregulación para evitarla.
- 4 Así el dirigido a demostrar (págs. 77-78) que la comunicación a través de la radio y sobre todo de la televisión, muy eficaz para la defensa de intereses particulares, es absolutamente inadecuada para la de los intereses generales, que exige razonamientos que exceden con mucho de la capacidad de atención de los espectadores.
- 5 Según Huntington tal cultura, cuya denominación viene naturalmente del conocido Foro Económico Mundial, está formada por personas que generalmente tienen títulos universitarios de ciencias físicas, ciencias sociales, administración de empresas o derecho, trabajan con palabras y/o con números, tienen un inglés razonablemente fluido, están al servicio de gobiernos, grandes empresas o instituciones académicas con relaciones internacionales extensas, y viajan frecuentemente fuera de su propio país. Comparten generalmente la fe en el individualismo, la economía de mercado y la democracia política que es propia de la civilización occidental...». *The clash of civilizations and the remaking of world order* (Simon & Schuster, Nueva York, 1996), página 57.
- 6 Estos datos, con otros no menos interesantes, se recogen en la breve nota biográfica que cierra el libro.
- 7 Ch. Pierson, *The Modern State* (Routledge, Londres, 1996), página 203.

RESUMEN

Rubio Llorente comenta una obra de Kenichi Ohmae, uno de los famosos apóstoles de «el mundo sin fronteras», en la que éste anuncia rotundamente «el fin del Estado-nación»; el Estado-nación habría sido una forma transitoria de organización para la gestión de

intereses económicos en virtud de razones que ya no existen y, ahora, las unidades adecuadas con tal fin son las regiones. Para Rubio Llorente, este libro es, como obra de ciencia social, perfectamente deleznable, aunque sea brillante su exposición.

Kenichi Ohmae

The End of the Nation State. The Rise of Regional Economies

Harper Collins, Londres, 1996. 214 páginas, 7,99 dólares. ISBN: 0-00-638737-3.

Financiación del desarrollo científico

Por Sixto Ríos

Sixto Ríos (Pelahustán, Toledo, 1913) ha sido profesor de la Universidad de Madrid durante más de cincuenta años. Es numerario de la Real Academia de Ciencias, Honorary Fellow de la Royal Statistical Society, y en 1977 obtuvo el Premio Nacional a la Investigación Matemática.

En nuestro país y en otros muchos de nivel económico-social similar se observa un clamor extendido entre los científicos y, a través de éstos, entre los políticos, periodistas y público culto, que señala la urgente necesidad de mayores inversiones de los gobiernos en Investigación y Desarrollo (I+D), si queremos lograr pronto un nivel científico y económico similar al de los países punteros en este aspecto. La lectura del libro de T. K. Kealey, *The Economics Laws of Scientific Research*, invita a meditar y considerar lo ocurrido en diversos países de distintos niveles y diferentes ambientes en el desarrollo histórico, para contrastar hipótesis y sacar consecuencias más rigurosas y matizadas sobre tan importante problema, que es un ambicioso y natural objetivo para la actual «toma de decisiones mediante la Investigación operativa».

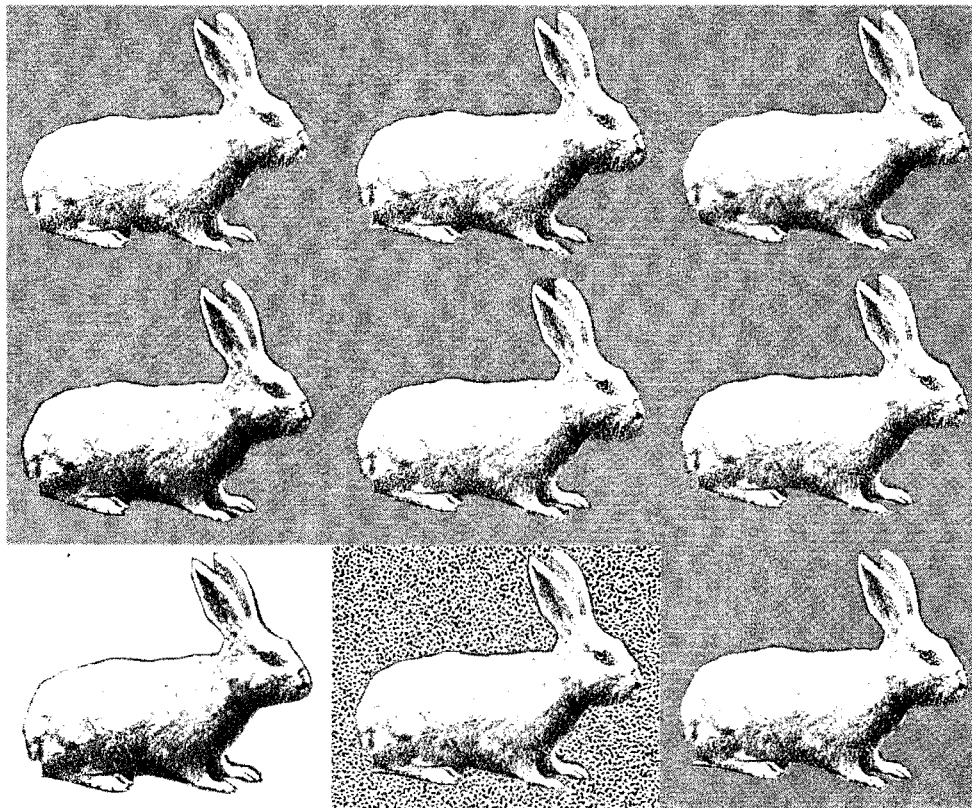
Al menos los científicos, economistas, políticos... debían interesarse por los argumentos de este libro, cuyo autor T. K. Kealey es un médico investigador en bioquímica clínica de la Universidad de Cambridge, que ha estudiado con datos históricos y actuales el difícil problema de la financiación más adecuada de la I + D.

Pero estos problemas son realmente muy antiguos: la tecnología como soporte de la vida de los humanos es tan importante que diversas etapas prehistóricas llevan nombres que reflejan tal relación: locuciones como edad de la piedra, del bronce, del hierro..., implican modalidades diferentes de procurarse alimento, de relacionarse, de luchar, de construir objetos... Como dijo Samuelson, el primer hombre de las cavernas que dejó de pescar una mañana para construir un anzuelo con el que pescar mucho más por la tarde es el pionero de las tecnologías.

Llegando a períodos históricos observamos, por ejemplo, que los egipcios (2500 a. C.) construyen las maravillosas pirámides, pero nada nuevo producen en los siguientes 2000 años. ¿Cuál es la explicación de esta paradoja? En un papiro de 2000 a. C. se intuye la respuesta que señala Neugebauer: se trata de lo que hoy llamaríamos un problema de exámenes: «Se ha de construir una rampa de 700 codos de larga y 55 de ancha, que contenga 120 compartimentos..., cuántas briquetas son necesarias para...». El problemita requería un buen dominio de las ecuaciones cuadráticas, que los matemáticos egipcios fueron incapaces de realizar en cientos de años. De Ramsés I a Cleopatra nada cambió en este campo: los catedráticos continuaron proponiendo los mismos ejercicios a sus estudiantes y así no se avanza.

Algo similar sucedió con los chinos que produjeron una maravillosa civilización y una admirable tecnología. La pólvora, la brújula y la imprenta, descubrimientos que F. Bacon consideró «como el trío mágico, que había cambiado el mundo»; pero esta cultura también se estancó como lo prueba que sus textos de arquitectura de 1000 a. C., continuaban usándose durante los siglos XVIII y XIX.

Una característica importante, señalada por Kealey, es que todas las culturas estériles se presentaron en Estados a cuyos ciudadanos se les negaba la libertad. Cada persona estaba sujeta a una autoridad central (emperador y su corte), que elaboraba una todopoderosa religión responsable del freno al desarrollo intelectual.



ARTURO REQUEJO

Tanto económica como intelectualmente, estas civilizaciones fueron igualmente rígidas, no permitiendo el mercado libre. Por ejemplo, los egipcios no poseían monedas, la propiedad privada no se conocía más que en la corte... Si el mundo hubiera continuado regido por los imperios de la edad del bronce, el Homo Sapiens se habría estancado en la esterilidad totalitaria; pero en las fronteras de estos imperios se encontraban pequeños países de comerciantes que hicieron florecer la información y nuevas tecnologías. Tal fue el caso del pueblo canaanita o fenicio situado en una esquina de Palestina. Continuamente amenazado por miles de enemigos, sintió la necesidad de una escritura propia para recoger las transacciones de su comercio naciente, con lo que aparece en el 2º milenio a. C. el primer escrito no jeroglífico, que luego usaron en sus conquistas coloniales en Grecia, Cartago, España... Probándose la influencia decisiva del libre mercado en el desarrollo de la tecnología.

Ciencia y tecnología

Pero tecnología no es aún ciencia. La tecnología se centra en manipular la naturaleza, mientras la ciencia pretende que aprendamos a comprenderla. Esencialmente la metodología es común para ambas: observación, formulación de hipótesis y experimentación para aceptarlas o rechazarlas. Los descubrimientos en el Paleolítico, Mesolítico y Neolítico del fuego; arpones, fermentaciones, destilaciones, vasijas..., son ejemplos de tecnologías no precedidas por la ciencia. La creación científica llega después por ejemplo, cuando los sumerios (3000 a.C.) establecen los movimientos de los astros, construyen calendarios y predicen los eclipses.

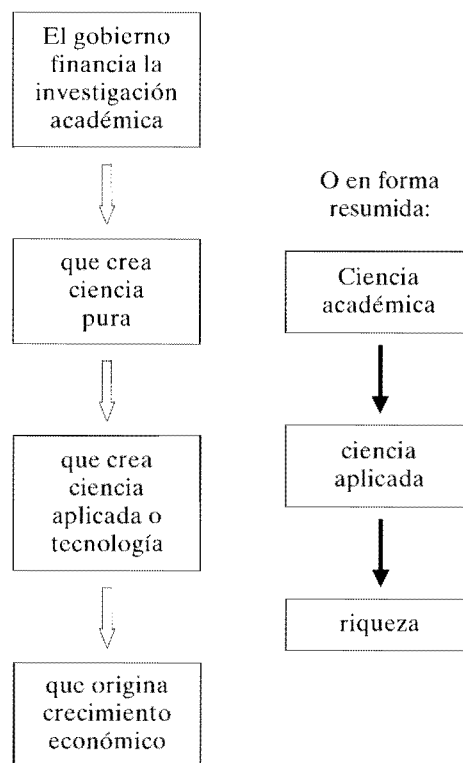
Bastan indicaciones como éstas para tener una idea del rico contenido de la primera parte del libro: 7 capítulos, unas 140 páginas dedicadas a una síntesis histórica de ideas e hipótesis, algunas interesantes y novedosas, sobre el desarrollo de la tecnología y la ciencia en relación con la riqueza y el progreso histórico de la humanidad hasta finales de siglo XIX.

¿Deben los gobiernos financiar directamente la investigación científica? ¿Debe ser esta financiación realizada a través de la actividad privada de empresas y sociedades?

¿Deben simultanearse ambas fuentes? ¿Cuál será el resultado posterior y la medida de su eficacia en cada caso?

Puede decirse que Francis Bacon (1561-1626) y Adam Smith (1723-1790) son los primeros pensadores que han contribuido a crear un debate riguroso y a fijar opinión sobre el problema de las alternativas de la financiación de la actividad científica y técnica por los gobiernos o por las sociedades y la estimación de su influencia en el desarrollo científico y económico-social.

Fue, en efecto, Bacon el primero que propuso el llamado «modelo lineal del progreso tecnológico» que se resume en el siguiente esquema de implicaciones:



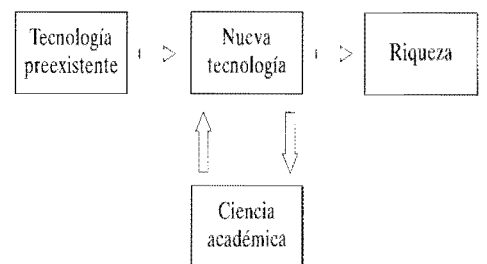
Para establecer esta cadena de implicaciones sucesivas Bacon postulaba una serie de iniciativas del gobierno. En primer lugar proponía la financiación del establecimiento de laboratorios universitarios, en el que trabajaran colaboradores científicos, para abordar algunos de los miles de experimentos científicos insuficientemente estudiados en aquella época. Entre ellos incluye (*Sylva Sylvarum*, 1627) investigaciones en perfumería, refri-

geración, microscopia, movimiento perpetuo, telescopios, submarinos, aeroplanos... Propuso, asimismo, una fuerte comunicación entre investigadores de distintas comarcas y países dotados con salarios muy superiores a los corrientes en su tiempo, que permitieran viajes y contactos frecuentes entre colegas. No es fácil decir hasta qué punto se puede considerar como original esta postura de Francis Bacon o más bien se le debe ver como un gran apóstol del método científico. Lo cierto es que Bacon fue abogado, político, filósofo..., al que Voltaire consideró como padre de la filosofía experimental y Kant dedicó su *Crítica de la razón pura*, mientras grandes sabios de la Ilustración: D'Alembert, Diderot, Comte..., lo consideran su mentor. Desde el punto de vista científico quizá su más importante aportación fue la introducción de un nuevo modelo intelectual: mientras los filósofos medievales permanecieron en la deducción, Bacon postulaba la inducción como la más fina de las realizaciones científicas: un investigador al descubrir nuevos hechos, podía inducir nuevas leyes de la naturaleza. Pero Bacon hace algo más que considerar a los científicos como héroes y la gloria del descubrimiento como el verdadero honor de la humanidad, ya que, en efecto, la segunda parte de su *The Advancement of Learning* es un ruego al rey Jaime I para que financie la ciencia académica.

Pero quizá más importante que su obra científica es reconocer la enorme influencia de sus ideas en el ambiente científico de su tiempo. En efecto, muchos gobiernos de los países de Europa continental, empezando por Francia, desarrollaron políticas en la línea baconiana, financiando ciencia, tecnología y educación.

Siglo y medio después de Francis Bacon surge la figura de Adam Smith (1723-1790) en un mundo que había avanzado considerablemente en la ciencia y tecnología.

Adam Smith discrepa profundamente de las ideas de Bacon al formular un nuevo modelo de desarrollo científico-económico que se resume en el siguiente esquema:



Las discrepancias entre este modelo y el de Bacon vienen de:

- 1) Reforzar la influencia del papel de la tecnología preexistente sobre la ciencia.
- 2) La tecnología contribuye a la creación de nueva ciencia.
- 3) La financiación estatal no es necesaria.

En resumen, no cree A. Smith que la ciencia aplicada fluya de la ciencia pura; más bien creía lo contrario cuando afirmaba que la ciencia aplicada o tecnología surge del mercado, creando los individuos o compañías que compiten por beneficios.

¿Quién estaba en lo cierto: Bacon o Smith? Afortunadamente diferentes gobiernos en distintos países han seguido diversas políticas para el progreso de la ciencia y por eso hoy al final del siglo XX podemos contrastar sus modelos con la experiencia histórica.

Pero veamos un ejemplo, ya antiguo: los gobiernos inglés y francés partieron, en efecto, inicialmente con trayectorias similares para el desarrollo de la ciencia. Fundaron los ingleses la «Royal Society» (1620) en Londres y poco después crearon los franceses la «Académie des Sciences» (1666) en París. La «Ro-



Viene de la página anterior



yal Society» establece en sus estatutos como objetivo: «mejorar el conocimiento de las cosas naturales y todas las artes útiles, manufacturas, mecanismos prácticos, máquinas e inventos por experimento». La «Académie des Sciences» tiene análogos objetivos.

Pero después el curso del tratamiento en ambos países diverge esencialmente: el británico adopta el «laissez faire» mientras el francés abraza el «dirigismo» bajo la batuta del primer ministro Colbert.

En Inglaterra el Gobierno no introdujo impuestos ni aportó subvenciones especiales, aparte de un reglamento que permitía funcionar eficazmente. En Francia las administraciones sucesivas continuaron la política de Colbert de grandes impuestos directos e indirectos. Con ellos se creó la magnífica École des Ponts et Chaussées, la École Spéciale du Corps Royal de Génie, École Polytechnique, etc. Escuelas de artes y oficios se fundaron por todo el país, pero realmente el «laissez faire» de Inglaterra fue mucho más importante para la Revolución Industrial. Gran Bretaña creció rica, Francia permaneció pobre. ¿Por qué?

Hay razones para esto que se reflejan en la reacción general hacia Colbert. El pueblo francés gritaba «maldito Colbert que nos dio la Academia de Ciencias, pero nos hizo pobres».

Cien años después el pueblo empobrecido hizo la Revolución Francesa.

Contrariamente, Gran Bretaña trabajó con su «laissez faire»: en los primeros años el mercado libre dirigía y corregía las inversiones en tecnología y cuando la revolución tecnológica se aceleraba las empresas dirigían inversiones más importantes a la ciencia pura. Y así podemos decir que el éxito británico de la Revolución Industrial resulta de su éxito comercial, no sólo históricamente sino dinámicamente.

Pero el «laissez faire» de Gran Bretaña con las más diversas fuentes de financiación creó además una ciencia floreciente gracias a sabios como Davy, Faraday, Maxwell, Kelvin, Darwin...

Comparación de modelos

Se puede considerar como objetivo central del resto del libro de Kealey (capítulos 9-12) la comparación de estos dos modelos de Bacon y Adam Smith a la luz de la evidencia histórica y el análisis económico de las relaciones entre tipos de financiación de la ciencia y consiguiente creación de riqueza, medida como PNB per capita.

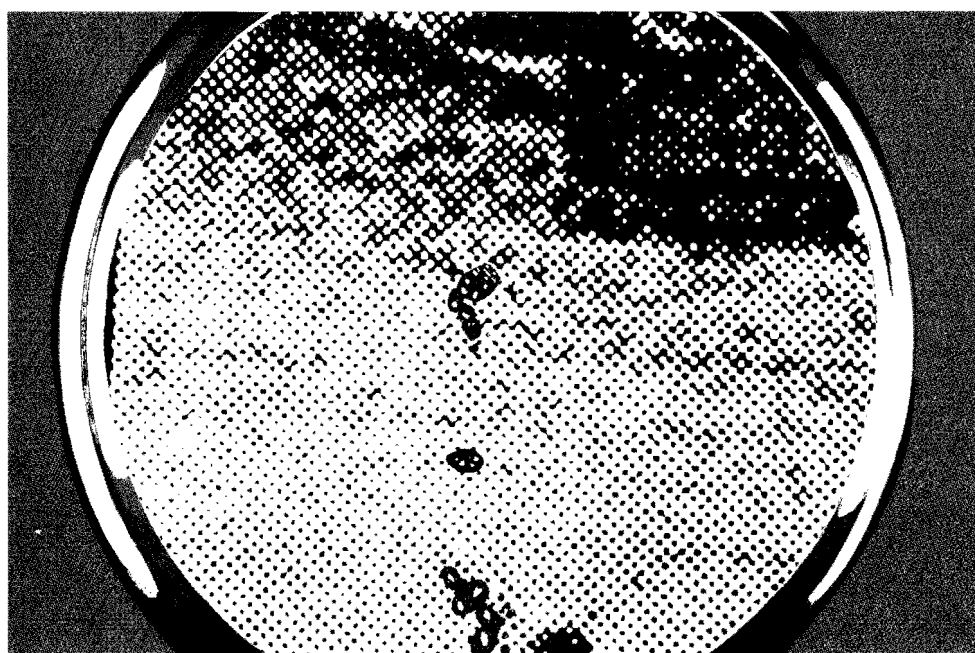
Con abundancia de datos y análisis estadístico-económico arguye Kealey contra la financiación directa de la I+D por los gobiernos y encuentra una serie de razones a favor de la financiación de la tecnología y de la ciencia por las mismas empresas que deben cultivar ambas en un ambiente de «laissez faire».

Llega a enunciar tres leyes de la financiación de la I+D, a saber.

- 1) El porcentaje de PNB gastado en (I+D) crece con el PNB per capita.
- 2) La financiación pública y la privada desplazan cada una a la otra.
- 3) Tales desplazamientos no son iguales, la financiación pública desplaza más de lo que ella misma suministra.

¿Qué significa el desplazamiento de financiación? El dinero privado se desplaza cuando al recabar impuestos de las industrias, con los cuales el gobierno puede financiar I+D, la consecuencia es que tales empresas reducirán sus financiaciones de I+D y el hecho que registra esta ley es que en estos mecanismos el gobierno finalmente retira más de lo que suministra.

En el capítulo 10 sobre las leyes económicas de la investigación el autor aporta datos



ARTURO REQUEJO

que parecen soportar estas leyes aunque sin llegar a un establecimiento formal de las mismas. De hecho estas leyes implicarían que la financiación estatal es contraproducente.

Y ésta sería una de las posibles críticas al libro, pues con su falta de ejemplos de éxitos de gobiernos que financien la investigación, Kealey parece creer que no existe ninguno.

Esto contrasta en efecto, con el comportamiento de los gobiernos de los países industrializados que financian universidades y centros de investigación pensando en la validez del modelo de Bacon.

Este modelo, al que ya nos hemos referido, se encuentra fundamentalmente resumido en su *Advancement of learning* en los siguientes sugestivos postulados:

- i) la ciencia académica impulsa la riqueza,
- ii) los gobiernos son requeridos para financiar la ciencia académica,
- iii) La ciencia académica ennoblece moralmente.

Pero veamos algunas observaciones: estudios académicos realizados por Mansfield, Gelman, Langrish..., han probado que al menos el 90% de la investigación que crea riqueza emerge de la ciencia aplicada, lo que hace considerar irrelevante el postulado i) del modelo de Bacon. Asimismo trabajos de Mansfield, Griliches, Rosenberg indican que el mercado libre induce a las empresas a financiar ciencia pura dentro de ellas o de las universidades, lo que va en contra de la afirmación ii).

Y lo mismo rebate Kealey el postulado iii) a la vista de los ejemplos de científicos que apoyaron con entusiasmo a Bismarck, el Kaiser, Hitler, Stalin, Sojo... Aunque es difícil saber qué parte sería realmente sincera en esta «devoción» de algunos científicos a tales personajes en difíciles coyunturas, no nos parece argumento suficiente para oponerse radicalmente a que iii) «la ciencia académica ennoblece moralmente», como pensaba Bacon.

Finalmente el autor afirma que el mensaje final de su libro debe ser: relax. Crecimiento económico, técnico y científico deben considerarse como «buffet libre». Bajo el signo de dejar hacer emergen los tres como la hierba tras la lluvia mediante los esfuerzos separados o coordinados de empresarios y filántropos. Una vez que el estado establece una regulación mediante legislación sensible, los bienes se producen y «dejar hacer» es superior moralmente a dirigismo ya que maximiza la libertad y responsabilidades del individuo.

¿Cuáles son los determinantes más importantes del desarrollo tecnológico? Según pensadores como Musson y Robinson, Parker, Rostow o Rosenberg, los factores de demanda; según Marx, Schmookler y Zarvin, la bus-

ca de grandes beneficios. No importa la preponderancia de unos u otros ya que bajo el «dejar hacer» unos y otros se suman. ¿Es el desarrollo técnico una cuestión de grandes saltos hacia delante como creen Kuznets y Schumpeter, o resulta como consecuencia de miles de pequeños progresos (Usher, Gilfillan, Hall, Enos...)? No importa, «dejar hacer» incluye ambos tipos.

¿Es la tecnología dependiente de la ciencia como afirma Bernal o a la recíproca como creen Gillispie, Henderson?

Todas estas cuestiones son fascinantes para el economista y el científico, pero para el político quizá son irrelevantes. «Laissez faire», reitera el autor, llena todas las necesidades.

Estos estudios de Kealey entrarían en el tipo de modelos «magníficos» de los que ha dicho Raiffa en su importante libro sobre «Negociaciones»: «Existen bellas teorías de la empresa que explican, en una primera aproximación, cómo las empresas se comportan y cómo deberían comportarse. Pero cuando uno se sitúa próximo a los problemas actuales de los directores de empresas, estas teorías generales resultan demasiado vagas para ser relevantes. Al nivel de la empresa lo que es necesario, entre otras cosas es un conjunto de herramientas analíticas mediante las que un equipo de especialistas pueda interactuar sobre una base consultiva con los decisores empresariales. Estoy hablando no sólo de los investigadores operativos y analistas de decisiones, sino también especialistas en finanzas, mercados y otras áreas funcionales de la empresa».

Creemos, por nuestra parte, que con el estudio de financiación de la I+D nos enfrentamos a un gran problema de Investigación Operativa que no se debe eludir, limitándose como Kealey a observar más o menos parcialmente las respuestas económicas en ciertos plazos a financiaciones estatales o privadas, y sacar consecuencias de carácter generalista que, al no tener suficiente rigor científico no permiten responsabilizarse con ellas para re-

RESUMEN

Como recuerda Sixto Ríos, aquel hombre de las cavernas que dejó un día de pescar para construir un anzuelo fue un pionero de la tecnología; y es que, en todas las épocas, la tecnología ha sido soporte de la vida de los humanos, una tecnología que no sólo ha avanzado considerablemente hasta con-

vertirse en ciencia, sino que se ha encarecido de tal modo que hoy es una preocupación, cada vez más generalizada, de las sociedades desarrolladas la financiación de lo que se conoce como Investigación y Desarrollo (I+D). A esta cuestión dedica Ríos su comentario.

Hace algunos años que la O.C.D.E. se ha empezado a ocupar de impulsar en Europa la realización de encuestas normalizadas que permitan estudios serios comparativos sobre la rentabilidad de la I+D. Estudios similares venían realizándose anteriormente por la «National Science Foundation», «McGraw Hill» y otras organizaciones en EE.UU. y ya en 1963 el «Case Institute of Technology» realizó un importante coloquio con el título de «Investigación Operativa» de la I+D. Algunos de los resultados de dichas encuestas tienen gran interés para conocer la posición de las empresas y organismos en relación con las inversiones en I+D. Por ejemplo, en una encuesta de «McGraw Hill» de 1963 algunas petroleras consideran 15.40\$ la respuesta a 1\$ invertido en I+D y algunas papeleras 10\$. En la misma encuesta se da como plazo de respuesta menos de tres años por el 39% de las empresas.

Pero el problema importante es llegar a tener una idea global del rendimiento de las inversiones en I+D. El estudio realizado y expuesto por los profesores Johnson y Striner en la II Conferencia Internacional de Investigación Operativa (1964) llega a establecer la siguiente relación $P_c = 1300 R^2$, entre $R = \% \text{ de PNB invertido en I+D}$. Y $P_c = \text{renta nacional per capita}$. Esta relación llevó a estimar que por aquellas fechas la inversión de 1\$ en I+D en EE.UU. representaba una respuesta de PIB de 23\$.

En consecuencia, con estos resultados hay autores como Slichter, que afirman que la utilidad marginal de las inversiones en I+D se puede considerar creciente, ya que se comprende que al ser el producto de la I+D nuevo conocimiento, cuanto mayor sea el cuerpo de conocimientos existentes, más importante puede ser el valor de un nuevo descubrimiento, que repercutirá en todo el campo antiguo de conocimientos.

Pero tampoco se debe olvidar que hay incluso programas de I+D que pueden dar lugar a mayores costes que beneficios en el sistema global. Por ejemplo, ciertos tipos de investigación que requieren grandes inversiones en material experimental serían los menos adecuados en países poco desarrollados.

Las técnicas actuales de la teoría de la decisión han permitido en algunos países soluciones de importantes problemas de programación dinámica de inversiones en I+D, con vistas a obtener respuestas óptimas o satisfactorias en periodos sucesivos en relación con tres aspectos cruciales: el tiempo que define el horizonte del plan, el arbitraje de una función de utilidad entre presente y futuro y la introducción de la incertidumbre, así como las restricciones financieras. Valgan estas indicaciones para complementar la parva visión de posibilidades que ofrece el libro de Kealey. □

Terence Kealey

The Economic Laws of Scientific Research

MacMillan Press, Londres, 1996. 382 páginas. 15.99 libras. ISBN: 0-333-65755-1.

Un puro acto creativo

Por Ismael Fernández de la Cuesta

Ismael Fernández de la Cuesta (Neila, Burgos, 1939) es musicólogo medievalista, autor de una docena de libros y numerosas monografías. Catedrático del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid, ha sido presidente de la Sociedad Española de Musicología. Fue prior y director del coro de monjes del Monasterio de Silos, habiendo obtenido, entre otros galardones, el Premio Charles Cros (París, 1972) y el Disco de Oro del Japón (Tokio, 1974), por algunas de sus grabaciones discográficas.

Un tema preocupante en el mundo musical contemporáneo es el de la escritura. Hace justamente un milenio los músicos andaban preocupados por el mismo problema: cómo fijar adecuadamente por escrito la música. Algunos compositores de las últimas generaciones se han visto en la necesidad de elaborar todo un complejo sistema gráfico para representar los infinitos matices del llamado lenguaje musical. Han sentido la insuficiencia de la escritura inventada hace mil años. Frente a ellos, otros han subrayado la ilimitada virtualidad denotativa de ésta, comparándola con la de la escritura alfabética que usamos para fijar el lenguaje de las palabras.

La equiparación entre la escritura musical y la alfabética suele justificarse mediante un razonamiento de simple analogía y de origen histórico. Sabemos que los neumas surgieron de los acentos gráficos, los cuales simbolizan los acentos prosódicos, modificadores de los elementos segmentales de la cadena hablada señalados por letras. Y como el sistema alfabético permite mediante una economía de signos enunciar las casi infinitas combinaciones de los elementos fónicos (fonemáticos) que integran el lenguaje, se estima también que un código formado por un número muy pequeño de grafías bien codificadas es suficiente para poder indicar con propiedad todos los sonidos de cualquier secuencia musical.

La asimilación de la música al lenguaje es, sin embargo, inadecuada, y por tanto cualquier conclusión derivada de ella puede estar radicalmente viciada. Aunque muchas veces es corriente hablar de lenguaje musical y de comunicación a través de la música, es cierto que la música en sí misma no es lenguaje sino metafóricamente, no comunica lo mismo ni usa los mismos códigos.

Estas observaciones preliminares en el comentario al libro del catedrático de la Universidad de Las Palmas Maximiano Trapero, sobre la Décima y la poesía improvisada en el mundo hispánico, pueden parecer fuera de lugar, incursión abusiva de un músico en propiedad ajena, la literatura. Pero no es así. Con ellas me propongo reivindicar para la música un espacio que le es propio por naturaleza y por una práctica mucho más que milenaria: el de la improvisación, en el que intérprete y compositor están fundidos en un mismo acto creativo.

El *Libro de la Décima* es de los que en un determinado campo del conocimiento pone las bases de una ciencia y rápidamente se hace clásico. Tras un breve prólogo de Samuel G.

Armstead con una información muy precisa y pertinente sobre la poesía improvisada antes de la Décima, el profesor Trapero realiza un esbozo de lo que felizmente llama una «Poética de la Décima», para terminar con una antología de ejemplos tomados de las diversas tradiciones de España e Hispanoamérica con los textos transcritos, y su música en un hermoso disco compacto.

El ensayo del profesor Trapero llega muy oportunamente como fruto de un movimiento de extraordinario vigor cristalizado en los Encuentros y Festivales celebrados en diversos lugares de España y de América: Las Tunas (Cuba) 1991, Las Palmas de Gran Canaria 1992, Almería 1995, Veracruz (México) 1996. Decimistas y estudiosos se reúnen con el deseo de no dejar perder el oficio, y ahí ha surgido la magia. Una magia que está en los decimistas más que en los estudiosos. Son ellos quienes en la confrontación se rearmen, se crecen, improvisan y crean.

En la Décima, como en la música, la fijación por escrito del producto no es lo importante sino el acto mismo. De los poetas decimos a menudo que escriben música, y de los compositores, que han elaborado una espléndida partitura. No se puede negar la importancia de la fijación gráfica, pues gracias a ella, un acto creativo casi inmaterial realizado en vivo puede ser reproducido por un intérprete para otros públicos. Ahora bien, la reproducción que se hace de aquél a través de la interpretación, de la «performance» (según la acepción de Paul Zumthor, como acción compleja por la que un mensaje es transmitido y percibido aquí y ahora) o de la simple lectura privada, no es comparable con la ejecución que realiza el improvisador creador en un acto único, irreplicable.

Tras la aparición y uso generalizado de nuestro código gráfico, la labor del compositor fue alejándose progresivamente de la del intérprete. Aquél se dedicó a escribir, y éste a ejecutar lo escrito. La dificultad de transmitir de manera adecuada por la escritura tradicional la concepción artística del compositor obliga a éste a perfeccionar aquélla, añadiendo al código signos nuevos. Pretende con ello dar al intérprete la máxima información hasta sobre los detalles vivos que apenas pueden ser codificados, para no dejarle espacio alguno a su improvisación, a su suerte o a su propia creación. El compositor invade así un terreno que durante siglos fue exclusivo del intérprete cuando la función de ambos no estaba separada. Los símbolos tradicionales que codifican los sonidos según una gama predefinida y una determinada medida de duración marcada por la proporcionalidad, por tanto, ya no parecen servir, pues existe una conciencia de que el acto vivo de la producción musical supera con mucho dichos símbolos. De ahí que se quiera dejar cerrado también el portillo que tenía abierto el intérprete por donde entrar en su dominio propio.

Ya desde la Edad Media encontramos este afán de búsqueda de medios técnicos que permitan la comunicación de la música misma y no de sus meras fórmulas o de su materia. Es asombroso contemplar el esfuerzo que rea-

lizaron los primeros escribas de los manuscritos de San Galo, y más aún de los mozárabes, en los siglos X y XI, para dibujar a través de las sinuosas figuras de los neumas el matizado continuo sonoro de los cantos litúrgicos sin preocuparse de los sonidos mismos, de su naturaleza físicoacústica, ni de su duración en el tiempo. Y cómo contrasta con este denotado afán el sentir de los creadores de motetes del «ars antiqua», del «ars nova» y del «ars subtilior», de los siglos XIII y XIV, para quienes la música está sometida indefectiblemente a una «ratio» rítmico-melódica establecida en las figuras notacionales. La balada *On voit tout en aventure* del famoso manuscrito polifónico de Chantilly (siglos XIV-XV) añora la música racional, bien hecha, justamente cuando, en un tiempo de transición, llega otra música inestable producida por autores «aventureros». Así se entiende que muchas veces desde entonces se haya confundido música con partitura, y que sobre los vestigios de ésta, más que sobre la realidad de aquélla, se haya construido la historia.

Quienes acusan de manera más apremiante la tremenda limitación de la grafía y de la retórica musical son aquellos compositores que al mismo tiempo son intérpretes virtuosos del instrumento para el que componen. Su intransferible experiencia con el instrumento, que sienten como prolongación de sus propios órganos vitales, les concede una capacidad creativa, improvisatoria, de la que carece el músico que compone usando las reglas de la escuela. Así, se ha percibido una específica creatividad en grandes virtuosos del piano, como Franz Listzt, o del trombón, como Vinko Globokar, o del clarinete, como Jesús Villarojo (X. M. Carreira, «Aspectos pololocucionarios en la obra del compositor Jesús Villarojo» en *España en la música de Occidente*, vol. 2, Madrid, 1987, págs. 479-497). El propio instrumento con su particular anatomía es impulsor de creatividad. Muchas veces nos olvidamos de reconocer que la historia de la música es también, de manera inexcusable, producto de la evolución de los instrumentos, los cuales, con sus cada vez más amplias posibilidades técnicas, abren nuevos caminos a la composición.

La Décima no es un tipo de poesía oral, formularia, como los demás que describe Armstead en el prólogo al *Libro de la Décima*. Este autor y quienes se han dedicado a estudiar el género improvisatorio (entre otros, Ruth Finnegan, *Oral Poetry*, 1977; Paul Zumthor, *Introduction à la poésie orale*, 1983, edición española en Taurus) se refieren de manera directa sobre todo a la poesía de índole narrativa, épica, en la que las fórmulas se aplican sólo en función del núcleo histórico o legendario que se propone contar. Mas en la Décima, a mi entender, la forma, cerrada e implacable por su rima, su versificación, su estrofismo, es esencia misma del objeto poético tanto como el mensaje lírico, narrativo o didáctico. Es esta presencia de la forma en el mismo acto creador lo que más adecuadamente relaciona la improvisación de la Décima con el arte musical. Aquélla exige la unidad y redondez de un mensaje muy simple por su necesario sometimiento a una estrecha horma estrófica y a la estructura de una rima muy artificiosa. De manera similar, la naturaleza del arte musical se mantiene dentro de los confines de la pura forma, de modo que su mensaje es en sí mismo desobjetivado, esto es, no llega a producir imágenes acústicas trasladables directamente a conceptos de la realidad, sino meras sensaciones corporales capaces de desatar, eso sí, la imaginación y las ideas. En una y otra es la forma el vehículo de la creación, incluso su objeto mismo. Por esta razón, música y versificación guardan todavía en la Décima una suerte de unión hipostática, que sólo la escritura y la lectura privada, en un contumaz acto de suprema he-

rejía, han hecho desaparecer de la poesía en los últimos siglos.

Así es como, dando un gran paso atrás en la historia, la Décima nos ayuda a comprender algunas zonas oscuras del mundo trovadoresco. Dejo aparte otras similitudes entre decimistas y trovadores, como es su poesía de debate, la «tensó», el «partimen», el «tornejamen» y, sobre todo, la «cobla». Obsesionados por la forma, la versificación, el estrofismo, los trovadores eran músicos, y si no lo eran buscaban un juglar para hacer llegar los cantos a sus destinatarios. Pero de aquellos cantos sólo nos han quedado algunos despojos de sus melodías. Se entiende que la música no necesitaba escribirse porque era consustancial al poema, de manera que los propios versos y estrofas causaban el acto de una memorización implícita. (Con el cancionero de Manuel Vázquez Montalbán, Madrid, Alianza, cualquiera de nosotros puede cantar, y no sólo tararear, una canción española).

En fin, leo las décimas en el libro de Maximiano Trapero trasladadas a verso sin música, pero, sobre todo, debo decir que las oigo con su música en el disco compacto. Gracias a la audición y no a la lectura de los poemas, entiendo las finas observaciones y la severa sistematización que hace el sabio profesor de la Universidad de Las Palmas en su larga introducción. No me servirían las transcripciones musicales a papel pautado, hechas con admirable esfuerzo por etnomusicólogos de talla. Como si se tratase de un protocolo notarial del acto del decimista informante, Luis Felipe Ramón Rivera fijó en complicadas partituras los más mínimos detalles de diez décimas espigadas en el riquísimo archivo sonoro del INIDEF de Caracas («La Décima musical en Venezuela y en América Hispana», *Revista Musical de Venezuela*, 27, 1980, págs. 63-75). Otros, J.M. Rodríguez Ramírez, María Teresa Linares, Fernando Nava prefieren escribir solamente, clasificadas, las sencillas fórmulas musicales usadas por los decimistas, de manera que cualquiera puede realizarlas a su agrado, supliendo cada vez lo que, fuera de lo formulario, es de la jurisdicción personal e intransferible del intérprete. (*La Décima popular en la tradición hispánica*, Actas del Simposio Internacional sobre La Décima, 1992, Las Palmas, 1994). Estructuras similares que obedecen a determinados patrones perfectamente codificados permiten al ilustre catedrático de Acompañamiento y Repentización del Real Conservatorio de Madrid, don Emilio Molina, improvisar un tiempo de sonata al estilo de Mozart con tema obligado, como improvisan los decimistas una retahíla de estrofas con pie forzado. Algunos compositores de los últimos tiempos no podrían llevar a su música este procedimiento. Pero la música de unos y otros sólo la siento cuando llega a mis oídos.

De manera recurrente volvemos, pues, a una cuestión no resuelta. La música, quizá también la poesía, es tal en su realización y no en el escrito. Improvisada o interpretada de una partitura por, en sí, puro acto creativo que se comunica por sí mismo, y no otra cosa. La distancia que hoy, y desde hace siglos, separa a veces al compositor del intérprete es un hiato artificial poco beneficioso para el arte de los sonidos. Creo que los nuevos sistemas de producir la música mediante instrumentos electroacústicos serán, ya lo son, en nuestras manos un puente tendido sobre tan histórica sima. □

En el próximo número

Artículos de Antonio Domínguez Ortiz, Ramón Barce, Manuel Alvar, José María Martínez Cachero, Alfonso de la Serna, José Gómez Caffarena y Francisco García Olmedo.

RESUMEN

Hoy, como hace mil años, los músicos andan preocupados por la misma cuestión: cómo fijar por escrito la música. Frente a los que equiparan la escritura musical y la alfabética están los que tratan de elaborar un complejo sistema gráfico para representar los

muchos matices del lenguaje musical. Todo esto lo recuerda Fernández de la Cuesta al comentar un trabajo sobre la décima y la poesía improvisada en el mundo hispánico, en el que el acto creativo poético y musical se confunden.

Maximiano Trapero

El Libro de la Décima. La poesía improvisada en el mundo hispánico

Universidad de Las Palmas, Las Palmas de Gran Canaria, 1996. 250 páginas. 2.000 pesetas. ISBN: 84-89728-05-4.

La imagen de un soberano

Por Antonio Domínguez Ortiz

Antonio Domínguez Ortiz (Sevilla, 1909) ejerció la docencia hasta su jubilación en 1979. Es académico de la Historia, doctor «honoris causa» por varias universidades, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1982) y Premio Menéndez Pidal (1986).

En uno de los congresos que anualmente celebra una Asociación de profesores de Historia de Enseñanza Media uno de los asistentes suscitó general sorpresa y repulsa al afirmar que él no tenía interés en que sus alumnos supiesen quién fue Felipe II. Afortunadamente, esta salida de tono, producto del clima creado por la banda, facción o camarilla seudopedagógica que tanto daño ha hecho en nombre de la «guerra a los contenidos», mientras ha dominado en determinadas esferas, no responde a la realidad. La figura de Felipe II interesa muchísimo, en España y fuera de España; lo demuestra la proliferación extraordinaria de publicaciones, exposiciones, congresos y eventos de todo tipo suscitados por el IV centenario de la muerte del Solitario de El Escorial. En lugar del retraso habitual que suele producirse en este género de celebraciones la impaciencia es tan grande que antes de la fecha prevista pululan ya los actos, y también las polémicas. Un centenario soñado y polémico, pues, en nada disminuido por la concurrencia con otros 98 que también despiertan gran eco.

El hecho resulta doblemente significativo porque la dirección predominante entre los historiadores españoles de la actual generación no se decanta a favor de la biografía; se prefieren los estudios socioeconómicos (y últimamente también las investigaciones sobre mentalidades colectivas) y se cultiva menos el género biográfico: criterio discutible, ya que entre el grupo social y la personalidad destacada no hay incompatibilidad sino estrecha simbiosis. Esto podría explicar que mientras en los últimos años ha surgido una floración extraordinaria de trabajos sobre la España de Felipe II la figura del monarca no ha merecido la misma atención; superan las biografías que han visto la luz más allá de nuestras fronteras, hecho bien singular, aunque se tengan en cuenta las dimensiones internacionales e incluso mundiales de aquel soberano.

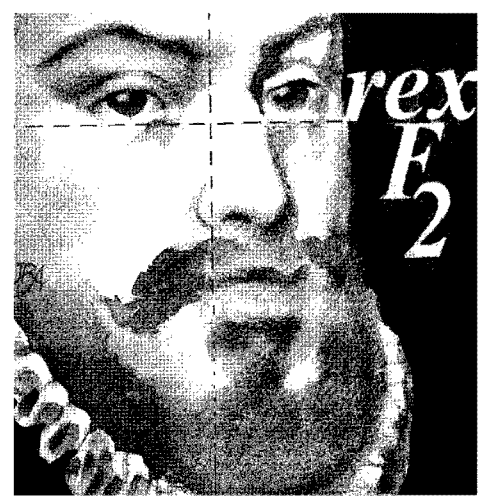
De este hecho han resultado algunas distorsiones, porque el estudio de Felipe II como monarca, es inseparable de la España de su tiempo, y más concretamente de Castilla, que fue el fundamento de su poder y la base de lanzamiento de sus tremendas ofensivas contra las potencias heréticas del Norte, que llenaron de estupor a sus enemigos. El fracaso de la gran Armada contra Inglaterra se convirtió en uno de los grandes tópicos de la historia inglesa precisamente porque a todos sorprendió aquella demostración de potencia, que no se esperaba de una nación mediterránea. De igual manera, Lepanto pareció ser una victoria inútil, pues el Turco rehizo inmediatamente sus escuadras, pero no olvidó lo que España era capaz de hacer en el mar. En adelante prefirió no enfrentarse a un enemigo tan poderoso y respetó una especie de tático armisticio; de suerte que, ya vencedor en el Mediterráneo, ya vencido en el Atlántico, Felipe demostró ser un enemigo no menos temible por mar que por tierra.

Ahora bien, ¿de dónde extraía los recursos para este despliegue extraordinario de potencia? En lo esencial de los reinos de Castilla, y de su prolongación americana, que en aquellos años envió cantidades enormes de plata. Los demás reinos de la inmensa Monarquía también contribuyeron al esfuerzo común, pero en mucha menor medida. Por consiguiente, para comprender la política internacional de Felipe hay que estudiar los recursos de Castilla, el grado de sometimiento de sus instituciones a los planes reales, hay que medir el progresivo agotamiento de sus recursos, especialmente en la meseta norte, no sólo por la ruptura del eje comercial que unía el Cantábrico con el Norte sino, en mayor medida (como ha visto acertadamente Vassberg) por la caída del excedente agrario que era la base de su economía. Este fallo solamente pudo compensarlo en parte la Monarquía intensificando la explotación de los reinos del Sur, cuya economía tenía mayor vitalidad y resistió más tiempo. (No mucho más; a principios del XVII quebraron los tres bancos que quedaban en Sevilla). Felipe III hizo de necesidad virtud dando un respiro a la agotada Castilla a costa de algún sacrificio en lo que entonces se llamaba la «reputación». Ambos aspectos, la política internacional de Felipe II y las bases de su poder han sido estudiadas a fondo; en lo que se aprecian ciertas deficiencias es en el engarce

entre ambos aspectos. La multiplicidad de estudios y simposios que, sin esperar el 98, se han producido, sin duda ayudarán a superar esta situación.

Henry Kamen es uno de los estudiosos que, tras larga preparación, nos ofrece ahora el fruto de sus estudios. El hispanista anglobirmano, educado en Oxford, profesor durante largo tiempo en universidades inglesas, ha encontrado ahora en una institución catalana un terreno adecuado para proseguir su carrera de historiador del mundo hispano. Su currículum está respaldado por obras que se han hecho clásicas: una historia de la Inquisición española que ha batido récords de venta entre los libros de su clase, un estudio sobre la Guerra de Sucesión, otro sobre la España de Carlos II repleto de aportaciones inéditas sobre un reinado tan mal conocido... y ahora la que él parece considerar como su obra cumbre: *Felipe de España*. Su presentación ha estado rodeada de cierta polémica porque fue acompañada de manifestaciones de auto-satisfacción que, aunque fuesen justificadas, no serían elegantes ni oportunas. Después el autor ha recogido velas y en la traducción española que tenemos a la vista el tono es más moderado. Hay en el prefacio un elogio para las «espléndidas investigaciones» de los historiadores belgas, holandeses y de lengua inglesa (los españoles parece que no alcanzan tal categoría), lo que no obsta para que afirme que «ésta (la suya), es la primera biografía íntegra y ampliamente documentada que se ha escrito sobre el Rey».

Para respaldar esta afirmación tiene que calificar la historia de Cabrera de Córdoba, muy meritoria para su tiempo, de «confusa, poco original y gratuita», tiene que silenciar a Baltasar Porreño y dejar en la sombra o en la penumbra a investigadores tan meritorios como J. M. March y González de Amezúa. La verdad es que los españoles no hemos hecho lo suficiente, pero tampoco ha sido nuestra contribución tan exigua para delinear la figura de aquel monarca. Sorprende esta tacañería al valorar la aportación ajena porque la de Henry Kamen es lo bastante nutrida y valiosa como para no necesitar este recurso. A estas alturas es muy difícil descubrir novedades sensacionales; sin embargo, basta recorrer las notas a pie de página del libro que comentamos para comprobar cuánto puede añadir la diligencia de un investigador experimentado a un mejor conocimiento de aquel monarca. Son detalles, frases, juicios propios o ajenos que contribuyen a perfilar mejor la silueta de un hombre que, a pesar de sus esfuerzos por aparecer hierático, impasible, superior a los acontecimientos, a veces mostraba sus dramas internos, como cuando dijo, ante una larga lista de peticionarios para un limitado número de cargos a proveer, que era «muy ruin oficio el suyo teniendo que descontentar a tantos». Caso excepcional, por supuesto; raras veces rompía las barreras de esa especie de pudor, y siempre lo hacía por escrito. Sus notas marginales a los documentos que estudiaba eran coloquios con sus colaboradores, pero alguna que otra vez eran



JUAN RAMÓN ALONSO

soliloquios que arrojan luz sobre las profundidades de su ser más íntimo.

La combinación de datos ya conocidos y otros inéditos, sacados con preferencia del inestimable fondo «Estado» del archivo de Simancas, constituye la trama densa de una biografía que arranca de los años de formación, continúa con la larga etapa de gobierno personal y acaba, casi a la vez que la agitada centuria, en doloroso final. El historiador hace un alto en su itinerario cronológico tras la fecha emblemática de 1582 y dedica dos capítulos, que son el meollo del libro, a cuestiones generales. En el intitolado «El Mundo de Felipe II», analiza con gran sagacidad las razones que impulsaron al monarca a elegir a Madrid como capital, las repercusiones de todo orden que tuvo el establecimiento de una corte estable, la aneja política de construcciones y el significado cultural de El Escorial, que no era en su pensamiento un monumento a la muerte, como a veces se ha dicho. Ciertamente, es panteón real, pero también templo, palacio, museo, biblioteca, lugar de oración y estudio, en el cual la imagen de la muerte, que hoy nos parece espantosa, quedaba integrada en una armonía superior. Kamen aduce testimonios contemporáneos acerca de la vasta cultura de Felipe II que, sin ser un erudito ni un científico, tenía una curiosidad universal y un profundo respeto hacia sabios y artistas. «Los que hablaban con él se quedaban impresionados por su interés por todos los aspectos del arte, la ciencia y la cultura». Sabida es la repercusión de sus impresiones y recuerdos de las construcciones flamencas de granito y pizarra en la formación de una modalidad arquitectónica que aún hoy forma parte del patrimonio artístico madrileño. Su credulidad en temas de Astrología y Alquimia no debe extrañar; era común en su época. Menos defendible es su credulidad en materia de reliquias, de las que fue apasionado coleccionista. Se destaca su amistad con el gran escriturista Arias Montano. Es probable que tanto él como Sigüenza, su colaborador en la

En este número

Artículos de

Antonio Domínguez Ortiz	1-2	Alfonso de la Serna	8-9
Ramón Barce	3	José Gómez Caffarena	10-11
Manuel Alvar	4-5	Francisco García Olmedo	12
José María Martínez Cachero	6-7		

SUMARIO en página 2





La imagen de un soberano

tarea de ordenar la riquísima biblioteca de El Escorial, debieran a la protección regia su inmunidad frente a una Inquisición muy poderosa y muy suspicaz. En otros párrafos muy sugerentes el autor recrea la vida íntima del monarca, sus relaciones con sus cuatro esposas, su cariño ilimitado hacia sus dos hijas, sus métodos de trabajo, su laboriosidad asombrosa, a pesar del pronunciado declive físico que tanto le hizo sufrir en sus últimos años. La inmensidad de la tarea derivaba de su afán por verlo y controlarlo todo, en lo que se aliaban la pasión de mando y la desconfianza. Víctima de su propio sistema, a veces se rebelaba ante las servidumbres que le imponía. Al entregarle un documento al final de una sesión agotadora garrapatea unas palabras de protesta: «No tengo tiempo ni cabeza para verle, y así no le abro hasta mañana, y son dadas las diez y no he cenado, y quédame la mesa llena de papeles para mañana, pues no puedo más ahora».

En el capítulo titulado «El estadista» Kamen delinea la figura de Felipe II como gobernante, sus relaciones con los altos órganos de gobierno, con los consejos, con sus secretarios, con los embajadores extranjeros, y a propósito de esto habla de los idiomas que dominaba. El castellano era el único idioma que hablaba con fluidez a diferencia de su padre, buen políglota; el francés, el italiano y el latín los entendía con más o menos soltura, pero no los utilizaba quizás porque entendía ser contrario a su dignidad emplearlos de una forma incorrecta y vacilante. Aclara Kamen el concepto de «poder absoluto» (no ligado a las leyes ordinarias) que no concuerda exactamente con la idea que hoy se tiene de ese concepto. Por elevada que fuera la idea que tenía de su dignidad no intentó una «divinización» al estilo de los reyes de Inglaterra o de Francia. No aspiró a regir un imperio universal, como afirmaban de él sus enemigos. (A este respecto se podría recordar que cuando un misionero le propuso la conquista de China partiendo de las Islas Filipinas, el rey, con muy buen criterio, se limitó a enviar unos presentes al representante del Celeste Imperio).

Otras pinceladas favorables: no es cierto que fuera una persona tétrica, lúgubre, siempre vestida de negro; en ocasiones criticó los vestidos de este color como inadecuados a la circunstancia. Era afable con las personas que lo visitaban. Detestaba la lisonja, y en

una ocasión interrumpió la perorata de un fraile diciéndole: «Padre, dexad esto y decid el negocio a que venís». No gustaba de las corridas de toros pero las permitió, contra el parecer del Papa, que quería prohibirlas, porque sabía que en España eran muy populares. En suma, el Felipe II de Kamen aparece como una personalidad atrayente y de gran calidad humana, no exento de defectos, pero a mil leguas de distancia del ogro sanguinario ideado por sus enemigos.

Los argumentos de Kamen no son nuevos; ya hace tiempo que fueron divulgados por la literatura apologética y por historiadores solventes, pero salidos de su pluma tienen más vigor, precisamente porque no es un apologeta y porque respalda sus afirmaciones con una documentación impresionante. ¿Se podrá objetar que, en su afán reivindicativo, traspasa ligeramente los límites de la equidad? Se trata de juicios, de sentimientos que no son cuantificables y por ello nunca alcanzarán un consenso total. Creo que, como gobernante, la terquedad con que se obstinó en resolver por las vías militares el conflicto de los Países Bajos y los que con él estaban conectados fue un error que costó a España, singularmente a Castilla, sacrificios sin cuento, y sin duda Kamen piensa lo mismo, pero él se ocupa de Felipe II más como persona que como gobernante: distinción difícil. Las decisiones del gobernante delatan la cualidad de la persona. En este aspecto pesa sobre la memoria de aquel rey un reproche sobre el que su biógrafo pasa como sobre ascuas: «Una leyenda recurrente es la de la crueldad del rey. Ningún coetáneo cita pruebas aceptables sobre esta cuestión. Como dispensador de justicia parece haber sido inflexible; ningún registro avala que haya concedido un perdón después de dictada la condena. Pero sí atemperó la severidad de sus funcionarios en incontables ocasiones».

Por desgracia, Kamen no cita ninguna de esas «incontables ocasiones». Yo sí voy a recordar una historia que ya conté en otra ocasión y que va en sentido opuesto: el de un morisco, comprometido en una absurda conspiración que yacía en una prisión de Sevilla, viejo, destrozado por el tormento y, al parecer, olvidado por la justicia. Al cabo de años, los magistrados, compadecidos, propusieron que se le conmutara la pena en destierro en algún lugar remoto, donde no fuera peligroso. Felipe II respondió: «Échenle a

galeras, y si puede remar reme; si no, tén-ganle bien sujeto y vigilado». En este caso al menos, Felipe II no atemperó nada, pero lo peor es que los casos pueden multiplicarse: el trato que dio a su hijo, un enfermo mental, no fue demasiado suave; la persecución de que hizo objeto a Carranza fue odiosa; el castigo a los que pusieron pasquines en Ávila excesivo; la agravación de la represión de los sodomitas terrible: como no se podía agravar más la pena de fuego que les habían impuesto los Reyes Católicos, agravó los términos procesales, un sólo testigo de cargo bastaría para enviar un hombre a la hoguera, y allí terminaron bastantes. En este aspecto la justicia civil de Castilla superó el rigor de la Inquisición, a quien competía la persecución de este delito en la Corona de Aragón. Era insensible Felipe al placer de perdonar, y este fallo me parece bastante grave; por eso creo que la imagen que da de él Henry Kamen, justa en sus líneas generales, resulta algo edulcorada.

No usa Kamen la misma benignidad con la nación española en su conjunto; está muy lejos de ser antiespañol, pero hay afirmaciones que sorprenden. No se olvida de consignar que las tropas que saquearon Amberes eran casi todas españolas; en cambio, en San Quintín eran sólo el doce por ciento, por lo que no debería hablarse de aquella batalla como de una victoria española. Olvida que una batalla la gana quien la dirige, quien la costea, quien suministra las tropas de choque. Aquella batalla fue decidida por los cinco mil infantes españoles. Y lo mismo se podría decir de Lepanto.

A un lector español tiene que resultarle extraño leer que en 1570 Felipe II visitó Andalucía, «la más pobre de las regiones de Es-

paña». La verdad es justamente lo contrario: Sevilla, Córdoba, Úbeda eran en 1570, cuando empezaba el declive de Castilla, lo más florido de España. Otra afirmación sorprendente: «De Italia llegó (a España) una corriente de nuevas órdenes religiosas, la más importante la de los jesuitas». Habrá, según esto, que revisar todas las historias que hablan del impulso reformador nacido en España y que se extendió a toda Europa; habrá que dejar de hablar de la Compañía de Jesús como una creación española; habrá que revisar conceptos como el que Pierre Chaunu toma de Henri Bremond: «La instalación en París, en 1608, de los carmelitas reformados fue un giro esencial para la espiritualidad francesa y europea».

Tampoco estoy muy de acuerdo con el balance final, negativo en el orden político; en aquel reinado alternaron los fracasos y los éxitos. Pero entre éstos hubo uno tan relevante que creo que inclina la balanza en sentido positivo. Me refiero a la unidad peninsular, de cuya importancia él fue plenamente consciente, como lo revela una cláusula de su testamento; así como el balance del reinado de Felipe IV es altamente deficitario, no por la separación de Flandes sino por la pérdida de aquella unidad.

Estos reparos eran necesarios para que mi antigua amistad y admiración por el autor no se manifestaran en forma de adhesión integral a su última obra, pero no amenguan el concepto global muy positivo que me merece y mi convicción de que el amplio eco que ha encontrado servirá para un mejor conocimiento de aquel monarca y de la España de su tiempo. ¡Qué más podemos desear en una época en la que la enseñanza oficial es tan tacaña con el estudio de nuestro pasado! □

RESUMEN

La reciente obra de Henry Kamen sobre Felipe II, que comenta Domínguez Ortiz, testimonia el permanente interés que despierta su figura dentro y fuera de España. Es un estudio orientado más hacia la persona que hacia el gobernante, aunque inevitablemente se

hallen implicados ambos conceptos. Con gran despliegue de documentación se dibuja la figura de un soberano cuyas ideas sobre la misión que debía desarrollar tuvieron un influjo decisivo no sólo en su propio país sino en todo el orbe conocido.

Henry Kamen

Felipe de España

Siglo XXI de España, Madrid, 1997. 364 páginas. 3.960 pesetas. ISBN: 84-323-0957-5.

SUMARIO

	Págs.
«La imagen de un soberano», por Antonio Domínguez Ortiz, sobre <i>Felipe de España</i> , de Henry Kamen	1-2
«De Wagner a hoy: la palabra y la música», por Ramón Barce, sobre <i>Ópera y drama</i> , de Richard Wagner	3
«Un nuevo Ulises», por Manuel Alvar, sobre <i>Ulises o Libro de las distancias. Novela</i> , de Rafael Pérez Estrada	4-5
«Una biografía política de Pérez de Ayala», por José María Martínez Cachero, sobre <i>Ramón Pérez de Ayala, testigo de su tiempo</i> , de Florencio Frieria Suárez	6-7
«Los viajes de Alí Bey», por Alfonso de la Serna, sobre <i>Viajes por Marruecos</i> , de Alí Bey	8-9
«La historia cristiana y sus paradigmas», por José Gómez Caffarena, sobre <i>El Cristianismo. Esencia e historia</i> , de Hans Küng	10-11
«La paradoja de Fermi», por Francisco García Olmedo, sobre <i>¿Quién anda ahí? Civilizaciones extraterrestres y el futuro de la humanidad</i> , de F. J. Ynduráin	12

SABER Leer
 Revista crítica de libros

Fundación Juan March

Servicio de Comunicación
 Castelló, 77
 Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
 28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
 ISSN: 0213-6449
 Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

De Wagner a hoy: la palabra y la música

Por Ramón Barce

Ramón Barce (Madrid, 1928) es compositor, autor de 130 obras, entre ellas 5 Sinfonías, 10 Cuartetos y 48 Preludios para piano; y de dos libros: *Fronteras de la música* y *Tiempo de tinieblas* y algunas sonrisas. Creador del «sistema de niveles». Es Premio de la Comunidad de Madrid 1991 y Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes 1996.

La publicación en español, por primera vez en edición completa y cuidada, y en admirable traducción de Ángel-Fernando Mayo Antónanzas, de *Ópera y drama*, el más importante de los libros de Richard Wagner, trae de nuevo a primer término el intrincado problema de las relaciones entre palabra y música, además del genérico y siempre debatido del sentido y espíritu de la ópera. Y despierta igualmente, de modo sorprendente, la cuestión del empleo, original y chocante, que se hace de la voz y de la palabra en la música contemporánea.

Como es sabido, Wagner interpreta la historia de la ópera, de manera muy ingeniosa, como una continua aunque diversa infravaloración del texto y un estable (aunque también diverso) predominio de la música. Para él, la antigua ópera estaba constituida por tres elementos dispares: «el aria, el recitativo y el aire de danza». Siguiendo el hilo de su razonamiento, Mozart no se preocupó jamás por los textos. Rossini, de manera más frívola, convirtió al público en «el verdadero factor de la ópera». Meyerbeer culmina la vaciedad sometiéndolo por entero al texto a las necesidades efectistas de la música. Sólo Gluck valora el discurso poético, poniendo el acento en el sentido, pero olvidándose por entero del verso. No falta también en esta historia la búsqueda de una ópera nacional, cuyo precursor sería Weber y cuya culminación —casi explícitamente predicha— habría de ser Wagner mismo. Por último, está la famosa exégesis de la *Novena sinfonia* de Beethoven, donde el autor de la *Tetralogía* apunta que con la intervención de la voz se reconoce implícitamente la imposibilidad de la música instrumental para dar un paso más en el dominio de la expresión (de donde su desdén por las *Romanzas sin palabras* de Mendelssohn y en general por el piano). La genialidad de Beethoven consistiría aquí en haber descubierto inconscientemente esa limitación: «El error de Beethoven fue el de Colón, que sólo quería buscar una nueva ruta de las antiguas Indias, ya conocidas, pero que en lugar de ello descubrió un nuevo mundo». Una cosa faltaba en este descubrimiento: la melodía que utiliza Beethoven es todavía la «melodía patriarcal», enteramente dependiente de la tonalidad, de la escala diatónica (en suma, de factores de la música); en tanto que la melodía del drama del futuro derivará estrictamente de la materia poética misma, del verso.

El simbolismo del texto

Esta interpretación de la historia de la ópera (que incluye de algún modo abusivamente la historia toda de la música) es, sin duda, la ordenación aparentemente objetivada de una opinión muy subjetiva y funcional en el sentido de organizar una secuencia de rasgos formales que, en sus sedicentes carencias, parezca exigir la definitiva solución de un problema: solución que habría de correr a cargo del propio Wagner. Sin embargo, esta intención pragmática —que existe realmente y que es injusta en cuanto a considerar como defectos lo que no son sino caracteres de estilo y de época— está salpicada de observaciones sutiles y profundas, algunas de las cuales iluminan ciertamente muchos ángulos del teatro



ANTONIO LANCHO

lirico. Y siempre sobre la base de la consideración del texto.

Por «texto» debe entenderse no lo estrictamente literario de los libretos (la palabra «libreto» —que después de todo es un diminutivo— parece cargada de un significado siempre inferior), sino sus aspectos poético-simbólicos. Wagner critica a Lessing el no haber hecho esa distinción. Y es aquí donde *Ópera y drama* alcanza las más altas cotas de sutileza y también de oscuridad. Lo que Wagner piensa es, ante todo, que el mundo del verso (los fonemas, diríamos hoy, y también sus relaciones tímbricas o aliteraciones) posee un fuerte nivel de simbolismo, si bien «ninguna enseñanza científica [...] podría despertar esta comprensión lingüística». Es decir: tal simbolismo ha de sentirse intuitivamente; es preciso percibir «el rostro de la raíz» de cada palabra, expresado por las consonantes que limitan y por los valores vocálicos como «sonidos condensados». El «poeta de los sonidos» [«Tondichter»] es quien ha de captar ese flujo de lo instintivo, esa «sustancia primordial» de la palabra y extraer de su armonía musical la «melodía del verso» que, como apunta acertadamente Ángel-Fernando Mayo, «es la melodía que nace de la potencia musical del verso y se apoya en su estructura aliterada». Para ello es preciso hallar la «palabra principal» [«Hauptwort»], y dotarla del acento necesario. Wagner se adelanta así intuitivamente en algún aspecto a Karl Bühler, que establecía la necesidad de contar con un sistema doble básico: el fonema y la palabra; un nuevo elemento independiente, la frase, ha sido subrayado por Chomsky. De hecho, el análisis wagneriano incluye los tres niveles de los que el poeta —que necesariamente ha de ser también el músico— extraerá la sustancia musical.

Esto, traducido a términos de la artesanía operística, significa que la línea de la voz dependerá de las exigencias del verso, no de lo musical autónomo o puro. Esto último, bajo la inteligente formulación de «el gesto dramático de la acción», correrá a cargo de la orquesta. Este esquema ayuda a una comprensión más completa de la música de las óperas wagnerianas, y muy especialmente de *El anillo del Nibelungo*.

Los comentaristas wagnerianos, como los historiadores de la música en general, constreñidos por una determinación temporal rígida, no han considerado, que yo sepa, la posible relación de las ideas de Wagner con la música actual. En parte, la obra misma de Wagner, sus dramas líricos como realización concreta de sus teorías, han cegado a lectores

y oyentes, haciéndoles quizá suponer que esa realización se deriva «necesaria y unívocamente» de tales teorías. Dejando a un lado el hecho de que a veces las propias realizaciones wagnerianas contradicen sus ideas (lo cual nos parece normal en todo creador, que desborda sus proyectos), esas ideas son multívocas y posibilitan otras interpretaciones, algunas de las cuales nos parecen casar sorprendentemente bien con rasgos formales y estéticos de la música contemporánea.

Ante todo, la veneración de Wagner por la voz —no entendida como «bel canto», por supuesto—, que implica no sólo una admiración tímbrica o expresiva, sino la idea de que la voz es el origen de toda música: «El más antiguo, más auténtico y más bello órgano de la música, el órgano al que nuestra música debe su sola existencia, es la voz humana». Este protagonismo de la voz —que a algunos les parece paradójico— se une íntimamente a las necesidades profundas del texto. Pues bien: eso podría ser todo un programa aplicable por entero al empleo de la voz y de la palabra en la música contemporánea. La voz, para los compositores de hoy, no es un «instrumento» como los demás, limitada a una afinación y a unos timbres fijos, sino más bien un inagotable depósito vivo de posibilidades: no ya sólo «canto», sino habla, recitado, declamación, gemido, susurro, grito, balbuceo, inarticulación, rugido... y todo ello precisamente en dependencia del texto, de acuerdo con las exigencias de vocales y consonantes, y buscando el acento en los puntos esenciales.

Y el texto mismo, que para Wagner no atravesaba las fronteras de la inteligibilidad morfológica y sintáctica, sufre así, de rechazo, una inesperada y casi ilimitada expansión: como en otros tiempos y culturas, la mera inteligibilidad (o la dependencia lingüística de un idioma) ha dejado paso a todos los matices

y porcentajes imaginables de ininteligibilidad. Lo mismo que Nietzsche pensaba que no era necesario «entender las palabras» del canto, la música de hoy —y precisamente para valorar los elementos fónicos del habla— recurre a divisiones no silábicas, a fonemas aislados, a superposiciones, a lenguas extrañas, a la sílaba o la palabra aislada, a sonidos no léxicos, a onomatopeyas fingidas, a retrogradaciones de las palabras, a idiomas inexistentes... Esta lista parcial podría hacer pensar en manierismos del Barroco o de la Baja Edad Media, pero, a mi entender, más se trata de una ampliación consciente de la materia musical vocal que se corresponde con la ampliación de los recursos de la voz.

De la misma manera, la adscripción que Wagner hace de la «música pura» (como valor de «gesto dramático») a los instrumentos coincide con el uso que muchos compositores hacemos hoy del grupo instrumental o de la orquesta cuando actúan en obras para voz. Sólo en ese caso, ciertamente, ya que Wagner no cuenta para nada con la música instrumental autónoma, como si ésta hubiera finalizado ya su camino histórico. Rechaza, sin embargo, Wagner el melodrama o melólogo, que él mismo cultivó en alguna ocasión y que, inesperadamente, parece acercarse a la idea wagneriana de una voz sujeta al valor fónico-poético del texto y de unos instrumentos que suministran lo que está más allá (¿o más acá?) de esa voz. En todo caso, en *Ópera y drama* —como en todo trabajo reflexivo y profundo— hay no sólo historia, estética e información wagneriana, sino mucho más: algunos hallazgos formidables y apasionados que pueden alcanzarnos todavía hoy, a siglo y medio de distancia. Claro, todo depende también de cómo se lean las cosas, de si se es capaz de valorar un mensaje fuera de todo fácil juicio. □

RESUMEN

La aparición en España, en una edición completa por primera vez, de *Ópera y drama*, el más importante de los libros del compositor alemán Richard Wagner, le permite a Ramón Barce internarse en el intrincado problema de las relaciones entre palabra y música y eso a

pesar de que Wagner interpreta la pasada historia de la ópera muy a su manera, infravalorando el texto y subrayando el predominio de la música. Barce encuentra en este libro, siglo y medio después, formidables hallazgos que pueden alcanzarnos hoy.

Richard Wagner

Ópera y drama

Traducción de Ángel-Fernando Mayo, Asociación Sevillana Amigos de la Ópera/Junta de Andalucía, Sevilla, 1997. 432 páginas. 2.500 pesetas. ISBN: 84-86944-53-8.

Un nuevo Ulises

Por Manuel Alvar

Manuel Alvar (Benicarló, Castellón, 1923) ha sido catedrático de universidad y director de la Real Academia Española, de la que sigue siendo miembro. Premio Nacional de Literatura, es autor de numerosos trabajos lingüísticos y literarios, habiendo creado los Atlas Lingüísticos del Español.

Al pie del título de este libro aparece la palabra «novela». El lector se pregunta: ¿si este relato es una novela, qué debemos entender por novela? Y aquí nos asaltan las más variadas incertidumbres. En el capítulo I de *La novela experimental*, Zola se deja llevar por mil presupuestos que, posiblemente, nos sirven para bien poco, pues nada de lo que nos cuenta vale para el relato que tenemos en las manos. Porque Rafael Pérez Estrada da un título *Ulises* y estamos prestos a pensar en la historia; tal vez entonces acertemos —y aceptemos— lo que Elsa Triotet había dejado escrito: «Las novelas menos históricas son sin duda las novelas históricas, mendaces como la propia historia». Algo vamos acotando nuestro campo, aunque sea por caminos inesperados: Ulises es una falsedad —acaso sólo un sueño nos han dicho— y mal podemos encartar un atisbo de verdad en lo que no es sino una sarta de mentiras; tal vez vayamos perfilando un esquema del que tendremos que salir tan pronto como empiecen a saltar los fosfenos del recuerdo. Porque Nathalie Sarraute acota unos campos de los que no podemos evadirnos: no hay que confundir las etiquetas, pues no son idénticos los análisis de sentimientos que las psicologías desconocidas con que nos sorprenden algunos relatos de hoy. Está claro: conforme vamos acercándonos a nuestros propósitos, se nos desvanecen las ideas que creíamos claras. Por eso encararnos con pretensiones pedantescas y suficientes nos siguen dejando atónitos: Alain Robbe-Grillet escribió un tratado al que denominó *Hacia una nueva novela. Para qué sirven las teorías*. Es posible que cualquier lector piense en la dichosa di-

dascalia francesa y en su prurito de ordenar y sistematizar, pero el lector no resuelve sus aporías cuando le dicen que «no hay una designación cómoda para englobar las nuevas formas novelescas capaces de expresar (o crear) nuevas relaciones entre el hombre y el mundo». Y por si no bastara: «inventar la novela es inventar al hombre». Después vienen sarta de doctrinas claras o abstrusas, según encarta, y nos quedamos sin saber bien qué es eso de una novela y cómo nos sirve para salir del atolladero en el que nos ha sumergido Rafael Pérez Estrada. Acaso lo más sensato sea volver a lo que dijo Cela y que ahora no tiene ningún aire de facecía: novela es cualquier relato de cierta extensión bajo cuyo título se puede poner la palabra «novela». Entonces el libro de Pérez Estrada hemos de admitir que lo es, pero ¿cómo?

El nombre hace al hombre

Se titula *Ulises*. No vamos a descubrir el arraigo del personaje en la literatura: obras musicales, comedias, novelas. Acaso tengamos que pensar ahora en la célebre producción de Joyce en la que el personaje homérico visita una ciudad actual, Dublín, que es el símbolo del mundo moderno, aunque la grandeza freudiana en la obra de Joyce sea un hito poco alcanzable de la literatura de hoy. Pero quede el descubrimiento de la ciudad y los personajes no históricos del relato, y quede también el nacimiento del «monólogo interior». Esa conversación que el hombre mantiene consigo mismo y que, a mi modo de ver, encontramos en estas páginas del narrador malagueño bajo una forma actualizada de su relato. Cierta que el personaje de Pérez Estrada carece de la astucia con que el hijo de Laertes cobra cuerpo en la literatura. El Ulises de hoy es otra cosa: no pesa sobre él un destino que lo atosigue, ni está sumido en un tenso drama personal: hay algún punto digamos de evocación, pero es otra cosa. Lejos está el personaje de Tíepolo o de Tibaldi, más cerca de Giotto que de Miguel Ángel, pero también distinto.

¿Qué es, pues, esta «novela» y quién es este «personaje»?

Estamos muy lejos de tanta tragedia como ha circundado al héroe de Ítaca. Pérez Estrada lo ha desarqueologizado y ha olvidado lo que es una continua presencia, aunque en las transfiguraciones tengamos que sentir la sombra de aquel hombre que se desgajó de unas impresionantes páginas homéricas. Acaso su propia condición la encontremos transfigurada en la figura que perseguimos por estas páginas. Lo he dicho en otra ocasión: Ulises es el héroe por antonomasia (ahora preguntaría, ¿qué importa su hálito?): no renunció a la vida, aunque tuviera que vivirla en continuas pesadumbres. Pesadumbres también sus perseverantes transfiguraciones, ¿o acaso no es pesadumbre saberse cambiante y no idéntico a sí mismo? En las pesadumbres está su propia dignidad humana gracias a la cual alcanzó la plenitud del héroe: con la veste helénica o con el atuendo elegante de un caballero del siglo XX. Hay una transformación que conserva un trasfondo en las identificaciones, como lo irá conservando en los viajes, en las andaduras, en el espíritu gentil que trasciende de la propia contingencia. El *Ulises* de Pérez Estrada es otro Ulises, pero sigue siendo Ulises. Figura señera que se inventó con los atributos de hoy en las viejas semblanzas de Epicarmo o de Filóstrato, figura actual en los remotos relatos porque aquel hombre no admiraba la guerra y, por ello, tenía el talante del sabio y despreciaba el mundo. Es imprescindible partir de Homero porque así identificamos la presencia autobiográfica que Ulises tiene en la, digamos, novela de Pérez Estrada. Más aún, los escenarios, las gentes variopintas, el azacaneado caminar no es de hoy, sino que estaba en las novelas griegas que nacieron del epos homérico y ha habido erudito que ha traspulado las secuencias y ha visto —lo mismo que descubrimos en este *Ulises*— el deambular de un relato fílmico. Insisto en la técnica de Pérez Estrada que nos hace ir a sus lectores de un escenario a otro, de una a otra aventura: la maestría está en el modo de contar (volvete-

mos a ello) y en la autobiografía que sustenta todas estas páginas. Diría algo que me parece evidente: la humanidad de Ulises está en tantos aforismos o greguerías que no son otra cosa que la experiencia acumulada. Digámoslo sin retrasarnos mucho, la autobiografía manifiesta en corrientes de humanidad cualquiera que sea la túnica con la que se viste. Esto hace que nosotros seamos los confidentes de aquella alma abandonada y no sólo los simples espectadores de una conducta.

Aforismos y greguerías

He hablado de aforismos y greguerías, ¿no son los recursos para comprometer al lector en un mundo que no era el suyo? Voy a copiar unas líneas escogidas muy al azar: «al alba, los ases de corazón son pétalos de intenso púrpura que las limpiadoras retiran urgentes», «a cada peregrino se le había dado una luna», «nada tan fiel y sumiso como una luna, mas debéis absteneros de yacer con ella, pues, de hacerlo, vuestros cuerpos tendrán para siempre color de atardecer», «en dirección contraria a Roma vuelan los pájaros de la locura», «perros y leones tienen en Venecia la facultad del vuelo», «Venecia tiene vocación de naufrago», «su delirio tenía efectivamente forma de pájaro de iridescencias metálicas, y evocación fluvial». No sigamos para no alargar las enumeraciones, pero en estos aforismos está encerrada la esencia de las comprensiones. Si la voz griega significa tanto como limitación, sabemos, desde Hipócrates, que encierran los términos de la verdad y venimos a descubrir que el arte de Pérez Estrada es una historia y una ética, porque esos límites con que va construyendo a los conceptos, ajustan también los principios a unos principios éticos en los que los pensamientos o las criaturas son formas depuradas de la verdad. Verdad que es poética o intuitiva o emocional y no sólo la de los tratados de moral. He aquí có-



«... su delirio tenía efectivamente forma de pájaro de iridescencias metálicas...»

Durán-Lobón 1998

OUKA LELE

Viene de la página anterior



«... nada tan fiel y sumiso como la luna, más debéis absteneros de yacer con ella...»

OUKALELE

mo por muy inesperado camino, el arte de Pérez Estrada viene a determinar ese ambiguo término al que llamamos novela.

Entonces nos acercamos a otros principios que van configurando el arte del narrador. Porque cada episodio del relato podrá tener un antecedente literario. Es obvio y mucho más si se aspira a dar continuidad actual a un viejo mito. Lo que hace tener aire de modernidad a la novela de hoy es la vitalidad que acierta a dar a lo que, gracias a ello, deja de ser arqueología. Investigadores y artistas serían anacrónicos en una recreación pedestre, pero no se trata de esto. Si Turner se evoca es porque su arte nos hace sentir mejor que cualquier otra cosa al hombre aquel que supo recrear seres y paisajes. Que esta verdad se engarza con hechos que creemos veraces no es otra razón que la de dar sentido a lo que sabemos por tradición y por tradición se ha llamado *Ulises* al relato. En alguna gran novela de hoy, la historia se apoya en lo consabido (pienso en *El ciego de Chíos*, de Antonio Prieto) y lo consabido son dos pinceladas de Pérez Estrada («Sólo el ciego, con una voluntad rayana en la impertinencia, insistía en que todo lo había aprendido en sus versos, de la cadencia de aquellos ritmos que ya nadie sabía improvisar») que dan la condición de su héroe: «El mar es mío». Y sobran enumeraciones y descripciones.

Homero de nuevo

Pero no olvidemos algo que está en Homero: los muchos viajes y las tierras exóticas que se descubren. Los relatos en casa de Nausícaa o en la choza de Eumeo son el antecedente de todos estos otros que pasan por las ciudades de Europa. Diré que con la vida nueva que les da el novelista, pero esto es imprescindible, como lo fue en la propia historia de la novela griega. En el siglo III debieron escribirse las *Efesiacas*, Heliodoro compuso su novela y vendría luego Aquiles Tacio. También me he ocupado de ello: todas estas novelas están cortadas sobre un mismo patrón, quiero decir que la originalidad es escasa. Nos quedan las historias de amores y los relatos de via-

jes. Todo tan repetido que Heliodoro diría en sus *Etiópicas*: «esto hace de nuestra vida una pieza teatral». Estamos en unos principios que llegan a nuestra novela de hoy: el conocimiento de las ciudades nuevas, los paseos por sus calles, las conversaciones con sus gentes. Pérez Estrada no inventa nada, tampoco quiero decir que copia patrones previos, sino algo más importante: está imbuido del espíritu homérico y lo hace revivir en el anacronismo de las ciudades que recrea y en el espíritu de los hombres que pululan. La originalidad está en dar sentido nuevo a lo que se fue elaborando en la tradición griega y bizantina y llega a nuestras manos como una criatura de arte con la que nos solidarizamos. Y esto es, para mí, otro acierto singular: Homero escribió la humanísima historia de Ulises y hoy, miles y miles de años vencidos, aún no hemos sabido desentendernos de ella. Si los personajes vistieran ropones de guardarropa no creo que nos interesaran mucho; si los sentimos cerca es porque los sentimos nuestros. Lo demás, y lo demás es el espíritu del hombre, nos sigue identificando como criaturas de carne y hueso. ¿Acaso no es homérico «aquel marino, curtido y a la vez elegante, exaltado y romántico, social y solitario, contradictorio siempre, era un hombre tallado al viento y a las inclemencias de un océano sin orillas»? En Homero estaban las sorprendentes presencias, tantas y tan inéditas, y el misterio encerrado en sus arcanos. Pérez Estrada lo siente, lo actualiza y, buen andaluz, lo barroquiza: «Una vez al año, la Señoría convoca un premio buscando la exaltación del Estado. Sin embargo, una y otra vez el premio es declarado desierto. Un año, un poeta chino, vestido de seda amatista y calzado de lapislázuli, dibujó en silencio una palabra indescifrable. Ya hecha, con palillos de sándalo y una ceremonia parecida al vuelo nupcial de los gorriónes en primavera, la quemó; y también el humo, que quería ser adjetivo, fue rechazado». Todas aquellas islas, tormentas, estridores o cánticos que pueblan la historia de Ulises, ¿no podrían hermanarse con la llamada Tierra de los Discordantes? Estamos con palabras extraídas del epos jónico: «Y los navegantes, entusiasma-

dos por haber conocido ciudades y personajes de los que no conservaban memoria, suplicaron a Ulises que continuara hablándoles de sus aventuras, pues a la postre también eran las de ellos». Y las nuestras, por más que los años se vayan contando por milenios.

Actualizaciones

Rafael Pérez Estrada ha querido dar continuidad a un viejo mito. Ha visto en él la actualización del hombre de hoy, pero no ha querido —ni podido— desprenderse de lo que estableció aquel inventor de hombre. Preclaro creador de quien todavía seguimos aprendiendo. Lo que no tendría sentido hubiera sido continuar con viejos esquemas. Si tal fuera el caso, la novela de hoy carecería de valor. El hombre occidental sigue siéndolo porque no renuncia a su estirpe, pero tampoco la repite monótonamente. Leemos un relato de hoy y descubrimos su talante homérico: ahí están los largos viajes y las ciudades misteriosas y los hombres desazonados. Éste es el fondo del relato, pero esto pertenece a la antropología, no a la literatura. La literatura es cuestión de forma; tradicionalmente se habla de perifrasis, ampliaciones, fidelidades y cuantas fórmulas retóricas traigamos a colación. Creo que de todo esto podríamos seguir hablando, pero, para mí, el interés no está tanto en ese fondo sin el cual no podríamos hablar de su linaje, sino en la forma de presentar las peripecias. A esto le llamaría originalidad.

RESUMEN

El poeta Rafael Pérez Estrada ha dado continuidad a un viejo mito, el de Ulises, de tanta tradición literaria, y lo ha hecho viendo en él la actualización del hombre de hoy y lo ha hecho, además, con una novela; una novela que lo es porque así aparece señalado tras el

Un lector sin mi pedantería acaso no se dé cuenta de lo que yo he ido descubriendo y entonces, tal vez, encuentre otras cosas: la sorprendente manera en que la novela se ha escrito. Entonces he hablado de un arte nuevo, que no es el de la novela, y he dicho greguería. Nos asomamos ahora a una ejemplificación de la que Pérez Estrada nos ha dado testimonios a millares, pero la greguería es el fotograma espiritual de una criatura. Entonces tenemos que lo que viene siendo una manifestación en impronta está vinculada con la presencia de un hombre (o de una mujer) que la hace intransferible y surge la iconografía de aquel tipo, pero la iconografía no es sino el reflejo del alma o etopeya. A través de las sorpresas que nos asombran tenemos la iconografía y la etopeya de mil personajes. Resulta entonces que la trabazón está conseguida no por la sorpresa luminosa de la imagen, sino por la ordenación de la tal sorpresa a un mundo de realidades históricas o de presencias cotidianas. Lo que empezamos por una ignorancia (¿esto es una novela?) se ha engarzado con presencias trascendidas y por el reflejo de una moral. Un día, el epos jónico creó sus héroes, los hombres los tomaron como propios y los transmitieron. Otro día, tantos miles de años después, un artista de hoy los considera en su inmenso valor, los asimila, les da nueva vida, los hace ser criaturas nuestras y la obra de arte cobra una perennidad ¿insospechada? Leemos un relato de hoy y pensamos en lo que dijo el viejo Homero: al hombre se le conoce por su linaje.

título, lo que le da ocasión a Manuel Alvar, el comentarista, a detenerse en las muchas formas que puede adquirir una novela, sin olvidar la célebre frase de Cela de que novela es cualquier texto bajo cuyo título puede ponerse la palabra «novela».

Rafael Pérez Estrada

Ulises o Libro de las Distancias. Novela

Huerga y Fierro Eds., Madrid, 1997. 172 páginas. 1.538 pesetas. ISBN: 84-89678-64-2.

Una biografía política de Pérez de Ayala

Por José María Martínez Cachero

José María Martínez Cachero (Oviedo, 1924) ha sido catedrático de Literatura Española Moderna y Contemporánea de la Universidad de Oviedo y, desde 1989, es emérito de la misma. Académico correspondiente en Asturias de la Real Academia Española y profesor visitante en las universidades norteamericanas de Nashville y Albuquerque. Especialista en Leopoldo Alas, «Clarín», y en novela española contemporánea, es autor, entre otros títulos, de *La novela española entre 1936 y el fin de siglo*.

A la altura de 1928, José Díaz Fernández dogmatizaba en *La Gaceta literaria* sobre la misión del escritor y, al tiempo que arremetía contra «el Narciso literario», esto es: «el que crea el estanque de su prosa para contemplarse en él, mientras a su alrededor crepitan los problemas vitales», celebraba la actitud de quienes como Pérez de Ayala y Ortega, autores respectivamente de *Política y toros* y *España invertebrada*, «trabajan en el cuerpo nacional con el instrumento literario moderno», uno y otro (según su parecer) escritores genuinamente «políticos». Eran aquellos años españoles, implantado un régimen dictatorial con el beneplácito de la Corona, propicios a lo que habría de ser llamado el «compromiso» y ninguno de ambos novecentistas iba a satisfacerse con el papel de un marginal Narciso. Por lo que atañe a Ramón Pérez de Ayala, las primeras manifestaciones de una tal condición se encuentran en sus crónicas de 1907 relativas al viaje de Alfonso XIII a Inglaterra y en esa línea seguiría durante bastantes años.

Nacido en 1880 y fallecido en 1962, a Ramón Pérez de Ayala le tocó en suerte una época de la historia española y extranjera ciertamente movida y llena de sucesos importantes, que conoció de modo más o menos directo y en alguno de los cuales tuvo participación no irrelevante, como fue el caso de la República del 14 de abril de 1931. La lista que pudiera formarse a este respecto comienza con el desastre de 1898 y lo mismo que otros sucesos de principios del XX —la llamada Ley de Jurisdicciones (1905) o la Semana Trágica barcelonesa (1909), por ejemplo—, ocurridos mientras el joven Ayala tanteaba su camino en las letras, será motivo de su atención escrita tiempo después, pero de algunos otros —dígase la guerra europea de 1914 o la dictadura de Miguel Primo de Rivera— se ocuparía inmediatamente. La lista de acontecimientos resulta muy extensa y en ella se incluyen, v.g., la grave cuestión de nuestro Protectorado en Marruecos, el final del reinado de Alfonso XIII, o la guerra civil de 1936-39. Estos y otros hechos, de importancia desigual, se convirtieron en asunto de sus colaboraciones cuando ya el periodismo era para él un medio de vida, acaso el principal medio: «Tengo la suerte de que continuamente recibo solicitudes para colaborar en diferentes periódicos y revistas, tantas que no las puedo servir. Pero, de todas suertes, mis mañanas y mis noches están acaparadas por la colaboración y la lectura (...)». Variedad de acontecimientos que, en cierto modo, se corresponde con los distintos lugares donde se desarrolla la vida de nuestro escritor: Madrid, principalmente, pero también Londres (en diferentes épocas), Italia, Alemania y Francia, Norteamérica y, ya en los años 40 y 50 (antes de la vuelta definitiva a España), Buenos Aires, dada su condición de exiliado «bastante singular». Si se agruparan temáticamente las piezas de ese abundante conjunto periodístico —aún queda buena parte de tales escritos sin exhumar de las hemerotecas— tendríamos a modo de una historia de España, directa o inmediata, relativa a un lar-



Ramón Pérez de Ayala.



Caricatura de Bagaría.



En Argentina.



Pérez de Ayala con su mujer, Mabel Rick, y Américo Castro (centro).

go y convulso período contemplado muy de cerca por un testigo excepcional, en ocasiones juntamente testigo y personaje. Seguir de manera sistemática su rastro es lo que hace el autor de este libro, Florencio Frieria, serio y riguroso historiador y, también, documentado especialista en Ramón Pérez de Ayala.

Una generación española

Por un cúmulo de circunstancias que van desde la cronología personal hasta una compartida cosmovisión, Pérez de Ayala pertenece a una generación española que viene luego de la del 98, pisándole a veces los talones como si se tratara de una más joven promoción de ella, y precede a la de 1927 —dicho sea para situarnos temporalmente—, generación conocida como «europeísta», ya que sus integrantes miran atenta y complacidamente a Europa, si bien no se trata en ningún caso de extranjerizarse frívolamente ni, tampoco, de romper con la tradición española, sino de acendrarla con un vivificante riego de universalidad. Lo apuntaba desenfadadamente Moreno Villa en el prólogo de *Pruebas de Nueva York*, aludiendo a un viaje suyo a Norteamérica: «vale la pena el oro (...) Y pelarse a bordo las greñas de los siglos, y zambullir catedrales, monumentos, historia, en las aguas atlánticas». Asimismo, genera-

ción de «los intelectuales», habida cuenta de la rigurosa dedicación de casi todos ellos a una actividad cultural que incluye pero también desborda lo reducidamente literario, convirtiéndolos en muy peculiares hombres de ciencia. Igualmente, generación «liberal», calificativo cuyo sentido nada tiene que ver en este caso con la política inmediata, pues alude a una actitud humana y humanística que (en palabras definitivas de Marañón) consiste en: «primero, estar dispuesto a entenderse con el que piensa de otro modo y, segundo, no admitir jamás que el fin justifica los medios, sino que, por el contrario, son los medios los que justifican el fin». El talante liberal de Ayala comenzó a forjarse en las aulas de la Universidad de Oviedo con sus profesores institucionistas. Al fondo de todo queda, como guía e inspirador reconocido, Francisco Giner de los Ríos, el fundador de la Institución Libre de Enseñanza, «San Francisco Giner» como lo apelaría Ayala, o el hombre «maravilloso, profundamente religioso, noble, bueno» que vio Juan Ramón Jiménez. Semejantes denominaciones señalan características distintivas de la generación y a ellas debe añadirse una decidida preferencia por el ensayo, aspecto destacado siempre por los comentaristas ayalinos, caso de Grandmontagne que en 1916 pensaba: «Siendo múltiples sus aptitudes literarias para el cultivo de todos los géneros, desde la poesía

lítica hasta la novela y el estudio filosófico, su facultad más descolante es el ensayo. En esta cuerda no tiene rival en las letras castellanas. A la profundidad en la concepción une un estilo ágil, brillante, fácil, con la espontánea fluidez de un manantial». El periodismo y la política, más teórica que partidaria —para un intelectual «la operación de ingresar en un partido no es tarea fácil», sostenía Ortega—, cuentan entre las dedicaciones más insistidas de los novecentistas como lo muestran las publicaciones periódicas creadas por Ortega, en un caso, y, en el otro, la fundación (1913) de la Liga de Educación Política Española, iniciativas en las cuales estuvo presente Pérez de Ayala.

En la oposición y en el triunfo

La grande y la pequeña historia (o, con otras palabras, la general de España y la particular de Ayala) alternan puntualmente en los capítulos del libro, donde se cuenta lo que pasó y se ofrece explícita o implícitamente ordenado para facilidad del lector («distinguiré varios planos sobre el modo en que Pérez de Ayala entiende la crisis de 1898 (...)», página 33, o «sistematizaremos el complejo número de acontecimientos y referencias a la República española siguiendo un criterio temático y cronológico (...)», página 369). Muchas y variadas son las fuentes de que el autor se ha servido para apoyar documentalmente el contenido de sus páginas: fuentes orales (familiares, amigos y conocidos de Ramón Pérez de Ayala), hemerográficas (en Asturias, Madrid y extranjero) y archivísticas (entre las cuales destaca el archivo que fue de la familia de Pérez de Ayala, guardado ahora en la biblioteca pública ovetense que lleva su nombre y de donde proceden, por ejemplo, casi todas las ilustraciones), más algunos epistolarios inéditos hasta el presente que —como en el caso de las cartas con Jesús Pabón o con Sánchez Cantón— proporcionan curiosas y sabrosas noticias. De este modo, extendida amplísimamente la diligencia investigadora de Frieria, pudo cumplirse con creces el objetivo de «singularizar ese proceso histórico [el español de más de medio siglo] en la figura de un intelectual tan representativo de su época como Ramón Pérez de Ayala».

De acuerdo con lo ofrecido en el libro cabría señalar tres períodos en la vida de su



Viene de la página anterior



Pérez de Ayala con Ortega y Gasset (derecha).



Embajador en Londres.



Pronunciando una conferencia en Argentina.

protagonista respecto a la actitud y actividad políticas, coincidente el primero con su obra de estricta creación literaria, interrumpida en los dos siguientes por diferentes causas. Diríase que entre 1914 y 1930-31, aproximadamente, período de hasta exacerbación política, Pérez de Ayala se manifiesta como un intelectual de izquierdas, antimonárquico confeso y partidario de una república para España, que, situado obligadamente en la oposición al estado de cosas imperante —el progresivo deterioro de la Restauración canovista que desembocó en la dictadura primorriverista—, lucha con su pluma para que la realidad patria cambie radicalmente. En ese lapso de tiempo se producen entre nosotros algunos hechos propicios para que tal oposición se corrobore, a los cuales ha de sumarse alguno extranjero, así la guerra de 1914-18 que supuso una gran división entre los españoles, agrupados no poco beligerantemente en aliadófilos y germanófilos; entre los primeros figuraba Pérez de Ayala, admirador de Inglaterra, penetrado de su espíritu y maneras, y de Norteamérica —que con su intervención en la contienda probó sobradamente «que una nación poderosa y próspera debe mezclarse en conflictos aparentemente extraños impelida por el sentimiento de la solidaridad internacional»— tanto como hostil a la «barbarie» germana, encarnada en Guillermo II, según Ayala responsable directo del conflicto. La aliadofilia de Ayala le llevaría a aceptar complacidamente una invitación para visitar (1916) el frente austro-italiano, convirtiéndose en un puntual cronista de guerra para el diario bonaerense *La Prensa*. Dicha beligerancia le hizo participar en la guerra española de manifiestos a favor y en contra de uno y otro bando, enfrentado con los compatriotas y colegas germanófilos, a quienes más de una vez trata quizá con cierta desconsideración.

La militancia antimonárquica de Ramón Pérez de Ayala se incrementa por la fuerza de los hechos: actuaciones desacertadas del monarca y de sus gobiernos hasta culminar en el golpe de estado de septiembre de 1923, entendido por Ayala como intento de apuntalar un edificio político en estado de ruina inminente. Es entonces cuando se acentúa la radicalización del escritor que, aunque elegido numerario de la Academia de la Lengua en 1928 y premiado con el Nacional de Literatura por la novela *Tigre Juan*, reduce su actividad literaria a los trabajos periodísticos pues (como se decía en un número de *La Gaceta literaria*) «Pérez de Ayala ha desertado en estos tiempos de la vida intelectual española. Apenas sí circula su nombre si no es para candidaturas académicas y conferen-

cias de arte. Parece como que rehúye el contacto con los demás compañeros peninsulares, abrazándose a las columnas americanas. Sus razones tendrá para esto, y son de respetar»; razones nunca aclaradas por el interesado.

Esa militancia opositora logró finalmente que lo deseado —la República— se hiciera realidad el 14 de abril de 1931, previas unas vicisitudes en las cuales tuvo destacado papel la Agrupación al Servicio de la República, fundación fuera de los partidos políticos, alentada por Marañón, Ortega y Pérez de Ayala, quienes se definirían (por boca de Ortega) como «trabajadores intelectuales que vamos sólo a la educación política del pueblo». Tras la oposición, el triunfo, que trajo como recompensa para algunos de los vencedores ciertas prebendas cuya concesión no debiera ser considerada como una rebatía. Al diputado en las Constituyentes por Asturias, Ramón Pérez de Ayala, le correspondió un par de puestos: director del Museo del Prado y embajador ante la corte inglesa, de muy difícil compatibilidad aunque solamente fuera por motivos de localización geográfica pero resuelta por el beneficiario conforme a lo que se apunta (20-XI-1931) en las memorias de Manuel Azaña: «Ayala [que le visita] me endereza una disertación aflautada para demostrar que el ser embajador, y vivir por tanto en el extranjero, lejos de ser un inconveniente para desempeñar la Dirección del Museo, es una condición muy favorable, porque lo mejor que puede hacerse en este cargo es viajar por el mundo, y ver cómo se hacen por ahí las cosas. En esta situación, él dirige perfectamente el Museo desde Londres por carta. Se queda muy tranquilo (...). Tal vez esa tranquilidad se la daría el disponer como director en funciones de una persona tan capacitada y eficaz como Sánchez Cantón. La embajada en Londres fue el puesto que ocupó efectivamente y con su actividad —que el autor del libro refiere minuciosamente merced a los documentos consultados en el archivo de nuestro ministerio de Asuntos Exteriores— Ayala consiguió, primero, vencer las suspicacias inglesas respecto al nuevo régimen español y convertirse, más adelante, en uno de los embajadores de mayor éxito dada su condición de culto y ameno conversador y de «hombre deslumbrador» (Juan Ignacio Luca de Tena dixit), como lo prueban las muchas e importantes amistades que hizo entre palaciegos, políticos e intelectuales; fueron cinco años muy gratos (mayo 1931 a mayo 1936, cuando dimite) y con el regreso a una España gravemente conturbada a causa de las luchas políticas comenzaría otro período de su existencia.

Historia de una doble decepción

Luis Calvo, que fue agregado de prensa en Londres con el embajador Pérez de Ayala, aludía en conversación con Florencio Frieria a una progresiva decepción de aquél ante la marcha de los acontecimientos que como la sanjurjada (agosto 1932), las elecciones de noviembre de 1933 y el «reprobable movimiento revolucionario» de octubre de 1934 (destrucción de su querida Universidad de Oviedo), seguidos desde el extranjero, le preocuparon grandemente. Su patriotismo crítico o reflexivo (al modo de los ilustrados y noventayochistas), centrado en la exigencia de «educación ética y estética» para los españoles, se irritaba sin duda por tamaños despropósitos que, con el paso del tiempo —ya en 1936—, aumentarían en gravedad y cantidad; el estallido de la guerra civil vendría a empeorar definitivamente las cosas. ¿Qué futuro esperaba a la República y a quienes la habían traído? Aquí comienzan las vacilaciones íntimas de Ramón Pérez de Ayala, desde el frustrado «paseo» en Madrid (zona gubernamental) hasta la vuelta del exilio (1955), y aun después, período desde luego doloroso cuyos pormenores son el asunto de los capítulos V («El caso de don Ramón Pérez de Ayala durante la guerra civil») y VI («Años finales: Buenos Aires, Madrid, 1940-1962») de la segunda parte del libro.

Los dos hijos del escritor combaten en el ejército franquista mientras su padre en carta abierta al director de *The Times* (número del 10-VI-1938) declaraba que «mi respeto y devoción hacia la verdad moral me obligan a confesar que la República española ha terminado en un trágico fracaso. Sus hijos son culpables de matricidio», confesión acaso desgarradora para quien fuera uno de esos hijos, metido ahora en gestiones a favor de los sublevados. Traidor, pues, para los gubernamentales españoles, que le harán objeto

de sus ataques al tiempo que (desde el otro bando) el marqués de Quintanar, prohombre de «Acción Española», le acusaba (como a Marañón o Madariaga) de, por lo menos, «oportunismo intelectual»; y así seguirán las cosas para Ayala, víctima de las iras de uno y otro bando, contra él las dos Españas enfrentadas a muerte.

Diatribas y censuras

El único favor (si así cabe llamarlo) que los vencedores en la contienda le concedieron fue su reposición como funcionario del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, que era desde 1910, y la adscripción a la Embajada en Buenos Aires, ciudad donde, por otra parte, sería mal visto por los exiliados republicanos allí residentes. Su republicanismo de antaño, la novela *A.M.D.G.* sobre la vida en un colegio de jesuitas, la Embajada londinense al servicio del régimen del 14 de abril fueron motivos bastantes para que gentes muy poderosas de la nueva situación política española le hicieran objeto de diatribas y censuras, algo que no acertaba a explicarse su amigo Dino Grandi, embajador de la Italia fascista en Londres: «Te creía ya en España con tu familia. No te pregunto nada, pero ¿qué ha ocurrido? ¿Tienes dificultades para regresar a tu país? ¡No lo puedo creer! Yo te conocí siempre como uno de los fieles defensores de la causa nacionalista. Tus hijos han combatido valerosamente con las tropas del Gobierno de Franco. ¿Entonces?». Lo que pasaba entonces, recién terminada nuestra guerra, y lo que pasaría después era que Pérez de Ayala estaba en una peligrosa y patética situación de «descolocado» respecto de las dos Españas —ambas habrían de «hacerle el corazón»—; réprobo para una facción y sospechoso de mil pecados para la contraria, ni Azaña ni Franco le querían para su hueste y él los recordaba con rabia... □

RESUMEN

El libro de Florencio Frieria, que comenta Martínez Cachero, sigue con detalle la trayectoria política de Pérez de Ayala, miembro destacado de la generación «europeísta» que surgió pisándole los talones a los hombres del 98; y lo hace desde el inicial izquierdismo y antimonar-

quismo del escritor asturiano, pasando por su adhesión a la República hasta su desencantamiento posterior que, no obstante, le llevaría, finalizada la guerra, al exilio. Para entonces, Pérez de Ayala ya no estaba ni con unos ni con otros, ni con los vencedores ni con los vencidos.

Florencio Frieria Suárez

Ramón Pérez de Ayala, *testigo de su tiempo*

Fundación Alvargonzález, Gijón, 1997. 572 páginas. 3.600 pesetas. ISBN: 84-605-4422-2.

Los viajes de Alí Bey

Por Alfonso de la Serna

Alfonso de la Serna (Santander, 1922) ha sido Embajador de España en Túnez, Suecia, Marruecos y las Naciones Unidas (Ginebra). Fue Director General de Relaciones Culturales (Ministerio de Asuntos Exteriores) en 1963-68 y 1976. En 1962 obtuvo el «Premio Mariano de Cavia». Es autor de Imágenes de Túnez y Embajadas de España y su historia.

Las diez de la mañana del 29 de junio de 1803 –día 9 del mes «rabi-al-awal» del año 1218 de la «hégira» islámica–, desembarcó en el puerto de Tánger, procedente de Tárfia, un extraño personaje vestido con ropas árabes. Decía llamarse Alí Bey ben Othman; se proclamaba musulmán, natural de Alepo, en Siria –entonces sometida al imperio turco–, y explicaba que, habiendo vivido desde su infancia en Italia, Francia, España e Inglaterra, había casi olvidado el idioma de su patria aunque siguiera guardando fielmente la regla del Corán.

Reinaba entonces en Marruecos Muley Solimán, el hijo más capacitado y valioso de los que dejó a su muerte el sultán Sidi Mohamed ben Abdallah, aquel ilustrado monarca marroquí que llenó con su gran personalidad casi toda la segunda mitad del siglo XVIII en su país. En tiempos de Sidi Mohamed, las relaciones diplomáticas del Imperio jerifiano con Occidente, y en especial con España, habían sido excelentes, y durante ese reinado se había convenido entre los dos estados –pese a tensiones y enfrentamientos locales en Ceuta y Melilla– un Tratado de Amistad (1767) que, por parte española, fue firmado por el célebre almirante don Jorge Juan, nombrado plenipotenciario a estos efectos por el rey de España, Carlos III.

Muley Solimán había recibido de su padre una herencia de prosperidad y paz relativas, y en estas circunstancias propicias desembarcaba Alí Bey, viniendo de la vecina costa española.

Al poner pie en tierra de Marruecos, el viajero sintió algo insólito que, años más tarde, habría de consignar así en las memorias de su viaje: «La sensación que experimenta el hombre que por primera vez hace esta corta travesía, no puede compararse sino al efecto de un sueño. Al pasar en tan breve espacio de tiempo a un mundo absolutamente nuevo y sin la más remota semejanza con el que acaba de dejar, se halla transportado a otro planeta (...) Aquí el observador toca en una misma mañana las dos extremidades de la cadena de la civilización, y en la pequeña distancia de dos leguas y dos tercios, que es la más corta entre ambas orillas, encuentra la diferencia de veinte siglos».

¿Cómo un viajero que llevaba un nombre árabe y se vestía con ropas árabes y se confesaba musulmán, podía sentir, hasta tal punto, la rareza de la tierra en que desembarcaba, siendo Marruecos un país árabe y el más cercano de todos a España? Y es que ocurría que Alí Bey ben Othman no era árabe, ni musulmán, ni había nacido en Alepo, ni se llamaba Alí Bey ben Othman. Se llamaba, en realidad, Domingo Badía y Leblich, había nacido en Barcelona el primero de abril de 1767, y a sus treinta y seis años estaba comenzando una de las más singulares aventuras de viaje que un español de su época podía ir a correr.

Los *Viajes de Alí Bey*, relato de la expedición de Badía a Marruecos, y luego otros países del Levante árabe, constituyen hoy un «clásico» de la literatura viajera de la época. Editados por primera vez en Francia, aparecieron con el siguiente título: *Vo-*



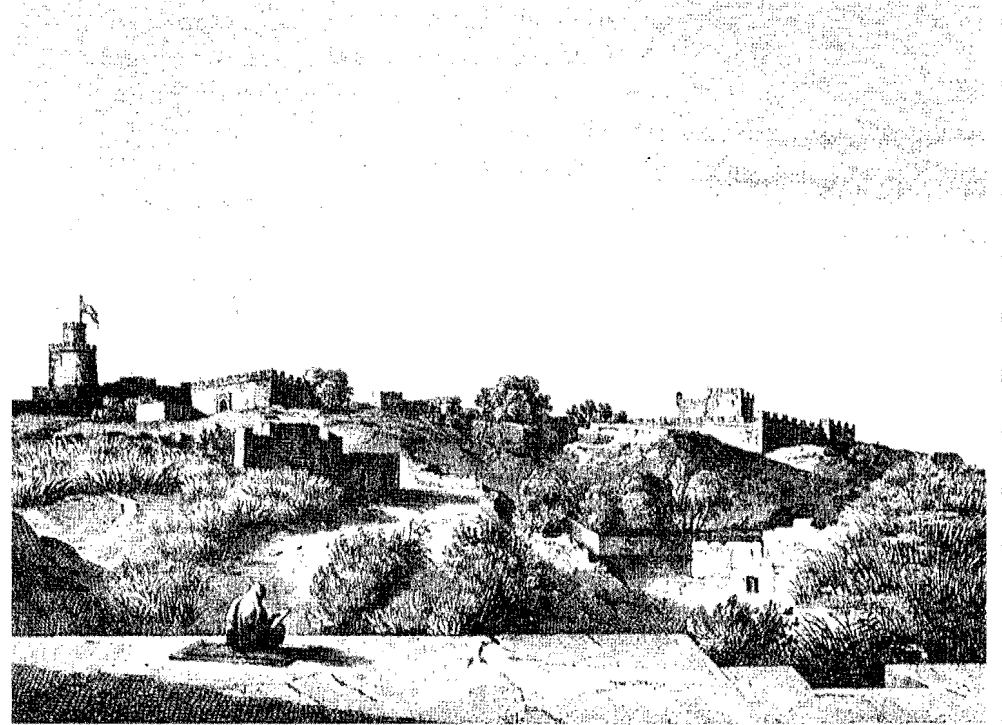
Alí Bey el Abassi.

yages d'Alí Bey en Afrique et en Asie pendant les années 1803, 1804, 1805, 1806 et 1807, París, P. Didot l'aîné, 1814 (tres tomos). En 1816 y 1817, se publicaron ediciones inglesas, alemanas e italianas. Y mucho tiempo después, en 1836, fue editada la obra en España, traducida de la versión francesa (Valencia). Alí Bey pudo alcanzar así, ya entonces, una cierta fama europea, y su nombre ha seguido desde aquellos años hasta nuestros días siendo objeto de curiosidad y de no poca fábula.

Aunque hoy sean ya bien conocidas las aventuras de Domingo Badía, alias Alí Bey, recordaremos, en pocas palabras, que este explorador catalán, heredero visiblemente de la tradición ilustrada del siglo en que nació, había sentido desde su juventud la atracción por la geografía, la física, la meteorología, la astronomía, la botánica, las ciencias de la naturaleza, en fin, a la que dedicó muchos estudios; y a partir de ahí, un interés por el variado y en parte desconocido mundo de su tiempo, por los viajes, los países y las civilizaciones exóticas, el progreso económico, los proyectos políticos más allá de las fronteras españolas. Su vocación y sus conocimientos fueron el espolique de la gran aventura de sus exploraciones.

Viaje a África

En 1801, propuso a Godoy, el «primer ministro» de Carlos IV, un «Plan de viaje al África, con objetos políticos y científicos», que, después de innumerables avatares, cristalizó en la realidad de su expedición a Marruecos, disfrazado de árabe y musulmán, nacido en Siria, y hombre de ciencia. Había logrado convencer al valido de Carlos IV de que su viaje a Marruecos podría reportar a España numerosas informaciones geográficas, políticas y económicas muy interesantes, sobre aquel poco conocido país, amén de obtener datos acerca de unos supuestos preparativos del Sultán para atacar –una vez más en la historia– los «presidios» españoles de Ceuta y Melilla y, en fin, estudiar y planificar una posible intervención de España en el comercio exterior marroquí con el próximo Oriente o con los otros países del continente africano. Conforme la correspondencia y contactos de Badía con Godoy y sus colaboradores se multiplicaban, el «primer ministro» se iba contagiando de los proyectos cada vez más fantásticos del catalán y concibiendo él mismo ideas peregrinas acerca de una posible trama para enfrentar a unas tribus o facciones marroquíes con otras y hasta



Alcazaba o castillo de Tánger. Vista tomada por Alí Bey desde la terraza de su casa en Tánger.

derrocar al Sultán y ocupar territorios de su reino. Los entusiasmos de ciertos personajes de la Corte, a quienes quizás podríamos ya llamar los primeros «africanistas», nos hacen pensar en entusiasmos y utopías semejantes que ocuparon los espíritus de eminentes españoles de la segunda mitad del siglo XIX y que, pese a sus mejores informaciones y excelente intención, no eran menos utópicos que los de Badía y Godoy. Estos dos personajes llegaron a pergeñar un plan de envío de tropas y armamento con los que hacer la guerra a Marruecos, convencidos de que era el momento, según el desahogado explorador, de hacer tambalear el trono jerifiano e incluso apoderarse de él fácilmente.

Los planes bélicos, naturalmente, no llegaron ni siquiera a iniciarse, y el viaje de Alí Bey se limitó a una exploración del reino marroquí que, esa sí, posee un notable interés, por el espíritu valeroso e imaginativo con que fue llevada a cabo, y por la masa de informaciones inéditas que acumuló. Alí Bey, minucioso observador y apasionado investigador de la realidad física que tenía ante sí, inspirado probablemente por los viajes en África del explorador británico Mungo Park (*Travels in the interior districts of Africa*, Londres, 1799), pudo superar sus tendencias hacia descabellados planes políticos y militares y dejarnos, entre tanta desatinada utopía –acaso un incitante del que se servía para lograr ayuda material y política– muy valiosas informaciones sobre el país que recorrió.

Los viajes de Domingo Badía, cuya identidad real no había sido desvelada en las ediciones francesa, inglesa, alemana e italiana, las cuales se limitaban a dar el nombre de Alí Bey como si éste fuera el verdadero del protagonista, han sido objeto –a partir de la primera edición española (Valencia, 1836), en que ya se reconocía su auténtica personalidad– de una considerable bibliografía a la que aludiremos más adelante.

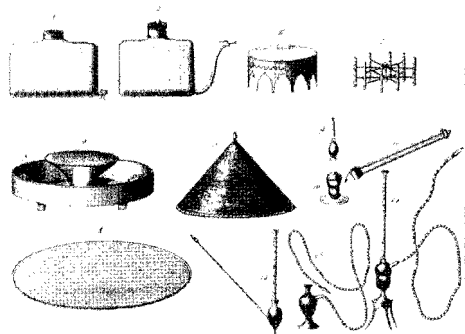
Ciñéndonos ahora a las publicaciones más recientes, señalamos una muy cuidada edición de los «viajes» (*Alí Bey-Domingo Badía. Viajes por Marruecos, Trípoli, Grecia y Egipto*), Colección Viajeros y Filósofos; editada por José J. de Olañeta, en Barcelona, 1982), con una introducción altamente interesante de Juan Goytisolo, tan buen conocedor de Marruecos, en donde vive una buena parte del año. Esta introducción ha-

bía aparecido ya, como el capítulo 6 de sus *Crónicas Sarracinas* (Ruedo Ibérico, 1981). Como en tantas otras ocasiones en que Juan Goytisolo supo llamar agudamente la atención del lector sobre personas y episodios escasamente conocidos pero importantes para la historia y la cultura españolas, sus páginas preliminares al relato de Alí Bey nos ayudan a comprender mejor al personaje y su época, y enmarcan con gran acierto las aventuras del explorador catalán.

Hoy queremos presentar al lector de *SABER/Leer* otra edición, la más reciente hasta ahora, debida también a un español, buen conocedor de Marruecos y de la lengua y cultura árabes. Se trata de *Alí Bey. Viajes por Marruecos*, en edición de Salvador Barberá Fraguas. En realidad, este texto del viaje de Domingo Badía, con la introducción y notas de Salvador Barberá, ya había aparecido en 1984, publicado en Madrid por la Editora Nacional, pero quizás porque, por aquellas fechas, dicha editora se hallaba ya en trance de liquidación, el caso es que la edición fue escasamente difundida y de ella nos parece que no hubo la suficiente y justa noticia. Con el intento de reparar esa carencia redactamos el presente artículo.

Salvador Barberá Fraguas fue un joven diplomático español (Valencia, 1947), fallecido prematuramente, que estuvo destinado durante unos años en la Embajada de España en Rabat (1977-1981) y que obtuvo el título de Licenciado en Letras, Lengua y Literatura Árabes por la Universidad Mohamed V, de la capital marroquí. Su excelente conocimiento de la lengua árabe y de la literatura e historiografía marroquíes –en especial de aquellas correspondientes a la época de los viajes de Alí Bey– le ayudó grandemente a, en cierto modo, «reconstruir» el itinerario del famoso explorador. Durante los años que permaneció en Marruecos viajó profusamente por el país, adentrándose en las interioridades del mismo, a veces con los medios más rudimentarios de transporte. Intrigado por la persona y los hechos de Alí Bey, siguió sus huellas minuciosamente, con el libro en la mano, identificando ciudades, poblaciones diversas, mezquitas y «zawuías», montes, ríos, estepas, puertos; y hasta los más apartados e intrincados parajes a los que se refirió Alí Bey en su relato. (He sido testigo de este esfuerzo «reconstructor» pues, en

Viene de la página anterior



aquella época del trabajo de Salvador Barberá, yo era embajador de España en Marruecos).

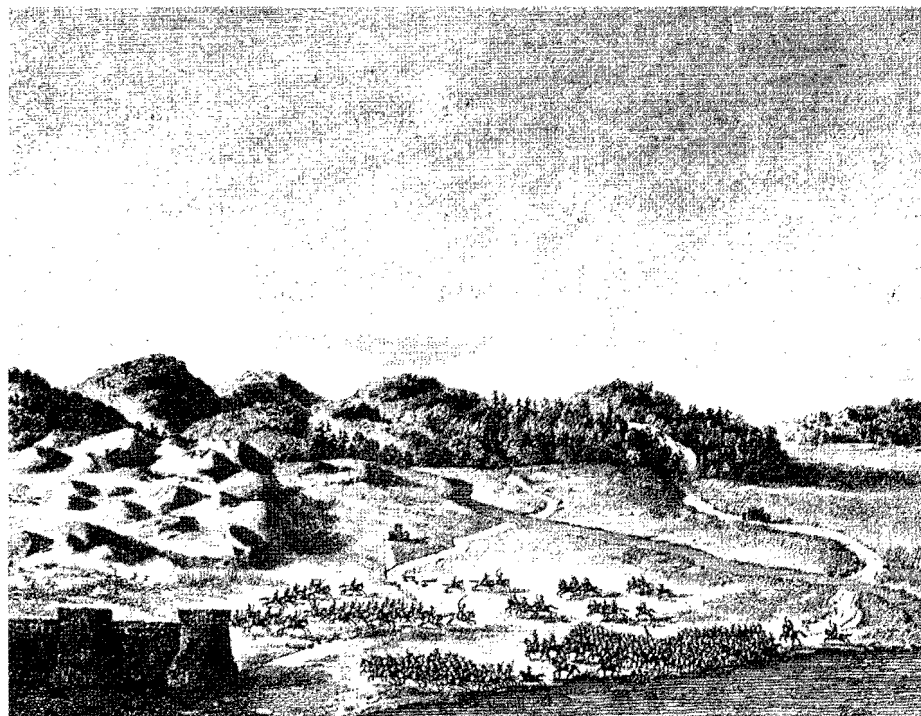
Recorridos los caminos del explorador, Salvador Barberá contrastó el texto de Alí Bey con sus propias observaciones de viaje y con cuanta documentación pudo consultar —crónicas, genealogías, biografías, historias, relatos de viaje, geografía—, fuera manuscrita o impresa, en árabe, español, francés o inglés; siempre que pudiera servir al esclarecimiento y precisión de las afirmaciones de Alí Bey.

La introducción de Barberá ocupa 118 páginas y las notas al pie suman un total de 684: todo un conjunto de precisiones y de datos geográficos, históricos, religiosos, lingüísticos, etnográficos, etc., que enriquecen extraordinariamente el texto original de Alí Bey —corrigiendo en muchos casos errores del autor— y que valen casi como un segundo libro al lado del relato del explorador catalán. Cuatro apéndices completan la edición: Informe de la Real Academia de la Historia sobre el proyecto inicial del Viaje; Proyecto de Alí Bey sobre posible conquista del Reino de Marruecos; Carta de Godoy resumiendo los resultados del viaje; Informe de la Legación de España en Constantinopla sobre el viaje de Alí Bey al Próximo Oriente y su muerte durante el mismo.

La leyenda de Badía

Presentados ya el «viajero» —Alí Bey— y su último editor —Salvador Barberá—, añadiremos unos párrafos sobre el eco que se puede encontrar dentro de la bibliografía española acerca de los *Viajes*. Seguimos aquí al propio Barberá, que, en su introducción, dedica unas páginas a lo que él llama «la leyenda en la historiografía».

Esta leyenda arranca de las fantasías de Badía mismo, quien logra contagiar de sus proyectos utópicos a Godoy, al coronel don Francisco Amorós, de la Secretaría de Estado y Guerra, y al marqués de la Solana, comandante general de Andalucía, que llegó a preparar, por orden de Godoy, el envío de armas y tropas a Alí Bey. Como dice Barberá, sólo una «lectura no crítica de los papeles de Badía y la falta de examen de la historia marroquí en el período» pueden explicar que, en la bibliografía posterior sobre los *Viajes*, no se haya caído en la cuenta de que unos hombres, aun tan importantes como los citados, habían quedado, increíble pero auténticamente, «embriagados» con los delirios de Badía, quien afirmaba, nada menos, que iba a obtener el trono de Marruecos, después de dividir a los marroquíes entre sí y de ocupar militarmente una parte de su territorio. De esa embriaguez política por parte de hombres con gran autoridad, pero que apenas sabían nada del Imperio jerifiano, no se ha librado la bibliografía sobre los *Viajes*, que en algunos casos ha llegado a ver en Badía un «precursor» de los que, a lo largo del



Fiesta guerrera en honor de Alí Bey en Mogador.

siglo XIX e incluso del XX, han mirado hacia Marruecos como un objetivo de conquista, fuera militar, política o económica. Esa ausencia de espíritu crítico se nota, por ejemplo, ya desde los escritos al respecto de Mesonero Romanos (1839), de Víctor Balaguer (1860 y 1865), de Cánovas del Castillo (1860) o del P. Castellanos (1878), que no han sometido a ningún análisis detenido el disparatado proyecto hecho suyo por el gobierno español de la época hasta el punto de proyectar, «sin encomendarse a Dios ni al Diablo» el envío de armas y de tropas al fantástico catalán que quería dirigir la conquista de Marruecos y al que se llegó a nombrar brigadier de los ejércitos españoles. Proyecto que, al fin, el propio rey Carlos IV, desechando los delirios de Godoy, mandó cancelar, evitando así, probablemente, un estrepitoso fracaso.

Parecida es la ausencia de análisis en autores franceses que se han referido al tema como J. Caillé, de Castries y Rousier, que tampoco sometieron a examen riguroso las utopías del planteamiento de Badía.

Lo ha hecho, en cambio, a través de su introducción y notas, Salvador Barberá. Nos parece que, con acierto, hace ver al lector que la figura de Alí Bey ha llegado hasta muy recientemente envuelta en aquella leyenda que ha querido ver en Badía lo que él quería que viesen y lo que creyeron unos pocos hombres en torno al crédulo Godoy: que era el tejedor de una astuta conspiración política que, de haberse hecho caso, le habría conducido a la conquista del trono marroquí. En cambio, no vieron suficientemente la imagen verdadera, la del explorador animoso, el observador atento del territorio, el puntual narrador de lo que iba viendo; el redactor, en fin, de un cúmulo de informaciones de la más variada índole —geográficas, etnográficas, religiosas, etc.— que empezaron a desvelar algo de las brumas que rodeaban, ante la vista de los europeos en general, y de los españoles en particular, la imagen siempre borrosa de Marruecos.

Y aquí es donde nos cabe la reflexión final de este libro de viajes por la tierra que en aquel entonces, como tantas veces se ha dicho, era para los occidentales tan lejana en la mente, tan desconocida y fabulosa como lo fuera el Tíbet. El propio Domingo Badía, al desembarcar en Tán-

ger, así lo había percibido y así lo dijo. Lo triste, para la historia de nuestras relaciones con Marruecos, es que así ha seguido siéndolo, pese a que la distancia que separan las costas de España de las de Marruecos sea de «dos leguas y dos tercios» como el minucioso viajero, amante de la geografía, escribió en la primera página de su *Viaje*.

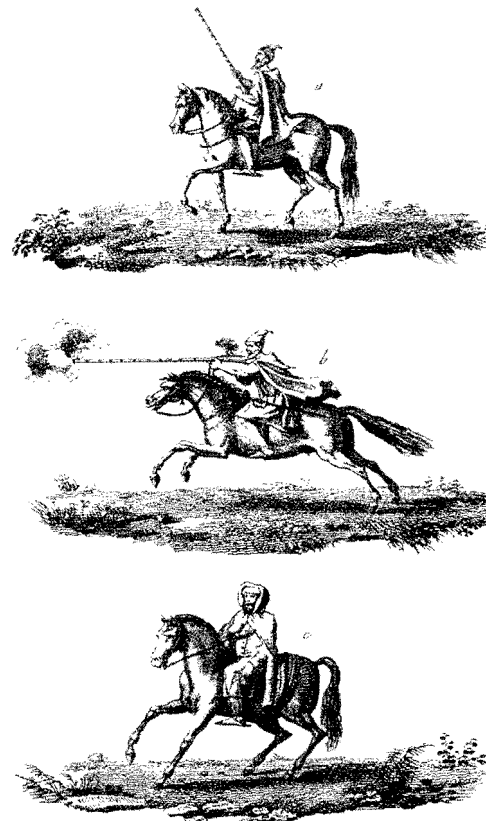
Queriendo contribuir a salvar esas dos leguas, el relato de Alí Bey ha sido estudiado, prologado, anotado y revivido sobre el terreno, por Salvador Barberá, el diplomático español que no se contentó con cumplir puntualmente sus deberes cotidianos profesionales, sino que quiso entrar en el corazón del país, dominando su idioma, conociendo su historia y cultura, y acompañando, paso a paso, con ojo crítico y mente rigurosa, el viaje extraordinario de Domingo Badía, aquel inquieto y valeroso catalán que, pretendiendo ganar un reino para nuestro país, nos ofendió, en realidad, un relato fascinante.

Notables descripciones

En sus páginas de viajero en Marruecos, cerradas en la mañana del 13 de octubre de 1805, cuando partió de Larache, abandonando para siempre las costas del Imperio jerifiano —probablemente para alivio del Sultán que no llegó nunca a fiarse del extraño visitante—, Alí Bey-Domingo Badía nos dejó valiosísimas descripciones de Tánger, Mequínez, Fez, Rabat, Marraquech —la ciudad que entonces los españoles llamábamos «Marruecos»—, Moga-

RESUMEN

Aunque se hacía llamar Alí Bey, vestía ropas árabes, se proclamaba musulmán y afirmaba haber nacido en Siria, lo cierto es que se llamaba Domingo Badía y había nacido en Barcelona. Hombre aventurero, embaucó a unos y a otros para poder emprender sus



Soldado moro en marcha (arriba), atacando (centro) y Alí Bey en Mogador (abajo).

dor, Uchda, Taza y Larache; así como los caminos que entre ellas mediaban, legándonos una de las más notables «descripciones» de Marruecos en los tiempos modernos.

Badía era un raro español que llevaba dentro, paradójicamente, dos personas falsas: el fabulador que tramaba falsas conspiraciones, que soñaba conquistas y tronos, que caminaba como «príncipe», «doctor de la Ley», «mago», «peregrino a La Meca»; y el metódico explorador, con sus brújulas, cronómetros, anteojos, sextantes, que escrutaba el sol y las estrellas, anunciaba eclipses, dibujaba planos, mapas y paisajes, anotaba observaciones, copiaba vocabularios berberes, describía genealogías islámicas, herborizaba, analizaba tierras; en fin, viajaba como un «ilustrado» de su tiempo.

Éste fue el personaje real que la edición de Salvador Barberá nos devuelve, libre de los mitos y leyendas tejidos en torno suyo. Es el Domingo Badía Leblich que se hizo circuncidar en Londres antes de comenzar sus viajes, para así disfrazar mejor su falso «personaje», y que muere —en su segundo viaje a Oriente, años después de haber «peregrinado» a La Meca— cerca del río Jordán, en la noche del 31 de agosto de 1818. Cuando sus servidores fueron a desvestir su cuerpo, en la tienda de campaña que le cobijaba, descubrieron en su cuello una cadena con una cruz. Se había extinguido, en la noche del desierto árabe, Alí Bey, «musulmán, príncipe abásida, doctor de la Ley en Fez». Quedaba Domingo Badía, peregrino explorador de tierras desconocidas. 17

expediciones por el mundo árabe del norte de África. Fruto de esas andanzas es un libro clásico de la literatura española de viajes, recientemente reeditado. El diplomático Alfonso de la Serna se ocupa del libro y de su legendario autor.

Alí Bey

Viajes por Marruecos

Ed. de Salvador Barberá, Ediciones B, Barcelona, 1997. 506 páginas. 1.500 pesetas. ISBN: 84-406-7673-5.

La historia cristiana y sus paradigmas

Por José Gómez Caffarena

José Gómez Caffarena (Madrid, 1925) es catedrático emérito de Metafísica y Filosofía de la Religión en la Universidad de Comillas (Madrid). De 1972 a 1986 fue director del Instituto Fe y Secularidad. Autor, entre otros libros, de Metafísica fundamental, Metafísica trascendental, El teísmo moral de Kant y La entraña humanista del cristianismo.

Reflexionar sobre la historia cristiana es siempre interesante. Y quizá cobra actualidad hoy cuando tanto hablamos de «fin de milenio». Aludimos a un hecho que incluso en otro cómputo quedaría en pie: «el Cristianismo se acerca a sus dos milenios». No es por ello la tradición religiosa más larga; más larga es, por ejemplo, la que llamamos hinduista. Pero dos milenios no son poco. Y su estudio objetivo hace cuestionables su unidad y consistencia: ¿No sería más adecuado el plural para designar el conjunto de comunidades que, en el pasado y en el presente, se atribuyen la denominación de «cristianas»? Por otra parte, ¿cabe definir «el Cristianismo» al margen de su historia, atribuir una «esencia» a-histórica a algo tan histórico como es el Cristianismo?

¿Unidad de esencia bajo la diversidad histórica?

Éste es el problema que ha querido afrontar el gran teólogo Hans Küng en su admirable reciente libro: *El Cristianismo. Esencia e historia*. Me resulta un excelente guía para reflexionar sobre la historia cristiana. No es un historiador de oficio, pero sumamente cuidadoso de buscarse el apoyo y asesoramiento de historiadores acreditados. No es neutral —reconoce tener en lo cristiano «su terruño espiritual» (pág. 12; cito la traducción castellana) y su tono es a veces militante—, pero sí libre y crítico, nada apologético, decidido buscador de la verdad hasta resultar molesto a los estrechos y dogmatistas. Por otra parte, un escritor con garra, preocupado en primer lugar por hacerse entender y que por ello no desdeña acudir a recursos literarios y tipográficos (cuadros sinópticos, resúmenes...) que quizá no apreciarán los puristas de lo académico pero sí agradecerán los lectores más llanos.

Su respuesta al problema enunciado la anticipa Küng en forma de tesis: «Hay en la historia del Cristianismo y de su autocomprensión algo persistente, una 'esencia'... Sin embargo, esa esencia se manifiesta sólo en lo 'cambiante'» (pág. 23). Tal formulación dialéctica no es juego; implica un desafío, si se ha de evidenciar en concreto, pero es el único camino razonable para encontrar la unidad que subyace a un fenómeno que se da ante todo como proceso histórico. Refiriéndolo a las presentaciones clásicas de «la esencia del Cristianismo» (Feuerbach 1841, Harnack 1900; cf. 28 y ss.), el intento de Küng queda más cerca de la segunda; pero con mucha mayor madurez.

La clave es para él que «Cristianismo» alude, más que «a principios, ideas, axiomas, conceptos... a 'una persona' que, en lenguaje antiguo, todavía hoy se llama Cristo» (pág. 34). Núcleo estructural permanente de lo cristiano es «el seguimiento de Cristo», el galileo Jesús, crucificado pero creído viviente (pág. 49 y ss.); junto con la fe en el único Dios (a quien Jesús invocaba como «Abba», Padre) y con la convicción de que guía a los seguidores el Espíritu de Dios. Estos rasgos se dan siempre en cualquier forma histórica que se pretenda cristiana; acentuados de uno u otro modo y con unas u otras adiciones. Vale, pues, ver en ellos la «esencia» permanente en una historia cambiante, que ha podido llegar a ser antitética con los rasgos nucleares.

Estoy sustancialmente de acuerdo con esta visión. El conceder un derecho excepcional, normativo, al período originario me parece coherente. Quizá se trata de algo que vale de todo movimiento histórico —habrá, por ejemplo, que decir algo así del Budismo o del Islam en relación con las figuras de Gautama y de Muhammad—; pero en el Cristianismo es lógico destacarlo más, por la singularidad que atribuye a Jesús. Hay que distinguir, me parece, en cualquier relato adecuado de la historia cristiana, un Cristianismo constituyente (el tiempo de Jesús y de las comunidades que concibieron la fe en su resurrección) y un Cristianismo constituido (todo lo demás). La misma fijación de un «Canon» de escritos («Nuevo Testamento») implica esa intuición en los que la hicieron. Lo cual no supone una descalificación masiva de la historia posterior —el Nuevo Testamento cuenta con que habrá influjo permanente del «Espíritu»—. Pero sí que habrá de ser siempre revisada a la luz del origen. Küng conjuga equilibradamente ese privilegio del origen con la relevancia de lo posterior.

Recurso a diversidad de «paradigmas»

Aquí entra su recurso a la noción epistemológica puesta en boga por Thomas Kuhn. Una proliferación de utilidades no siempre adecuadas puede hacer hoy sospechosa de entrada esa apelación a diversos paradigmas. Pienso, no obstante, que, sin negar que opera una transposición, la utilización que hace Hans Küng para entender la historia cristiana y su diversidad es justa y muy oportuna. Porque esa historia, por mucha diversidad que contenga, no es un caos; tampoco, por otra parte, tiene simple continuidad. Tiene rupturas que marcan grandes etapas sometibles a periodización y que, prolongadas, dan origen a la di-

versidad de confesiones cristianas que configura el mapa actual. ¿No es plausible tomarlas como cambios de paradigma de un proceso unitario?

Es, obviamente, una hipótesis metódica, que se acreditará precisamente por el buen resultado. Debo, pues, centrar mi presentación en ese resultado, que ocupa también la mayor parte del libro. Pero es oportuno preguntar antes qué «tipos de factores» forman el «sistema» que es un paradigma y qué alteraciones originan su cambio. No es Küng del todo explícito. Pienso interpretarlo bien al decir que los factores son múltiples, con peso relativo diverso según los casos. Menos convincente me resulta cuando habla (pág. 126) de «micro» y «meso-paradigmas». Veo mejor agrupar los factores en grandes capítulos, según las que podemos llamar «dimensiones». Hay, al menos: la «doctrinal» (fórmulas de expresión de la fe), la «institucional» (organización de la Iglesia) y la «socio-política» (relación a las instituciones sociales y culturales del entorno).

Obsérvese que, invocados para aclarar un largo proceso histórico, los varios paradigmas son de entrada «estadios diacrónicamente sucesivos». Pero su permanencia ha originado una «diversidad sincrónica», la que aún hoy se da entre Ortodoxia, Catolicismo y Protestantismo, formas alternativas de lo cristiano, no comprensibles sin la historia. Esto habla ya de lo fértil de la hipótesis.

Pero mejor es pasar sin más a una presentación sucesiva de los «cinco grandes paradigmas». Seré selectivo. Y debe no olvidarse que lo que presento es «mi lectura» de un texto largo y denso, que no cabría resumir con simple objetividad en un espacio reducido.

1) «Paradigma judeo-apocalíptico proto-cristiano» (Küng, págs. 77-125).

El estatuto «cristiano» de las varias comunidades del siglo I y comienzo del II es quizá el más delicado para un empeño macrohistórico como el de Küng: por una parte, cons-

tituye la apelación más imprescindible para la salvaguarda de la «esencia», según la ha definido; por otra parte, es un período arcaico (no fácil de reconstruir con seguridad), en que tanto lo doctrinal como lo institucional van lentamente buscando una primera forma. Es también donde resulta menos fácil señalar acontecimientos concretos a los que atribuir correlación decisiva con el cambio de paradigma; pero es a la vez un período que muestra rasgos muy netos y diferenciales, después desaparecidos, que obligan a tenerlo por paradigma específico.

El rasgo que Küng destaca en la alusión del mismo título es quizá el más neto: hubo clima «apocalíptico». Las nacientes formulaciones doctrinales, como la vida toda de las comunidades, estuvieron pendientes de una próxima «Parusía» de Jesús. Hubo tendencias universalistas (Pablo) y helenización progresiva; pero también tendencias involutivas. Y no es fácil decidir cuándo puede verse al Cristianismo institucional y culturalmente separado de la matriz judía.

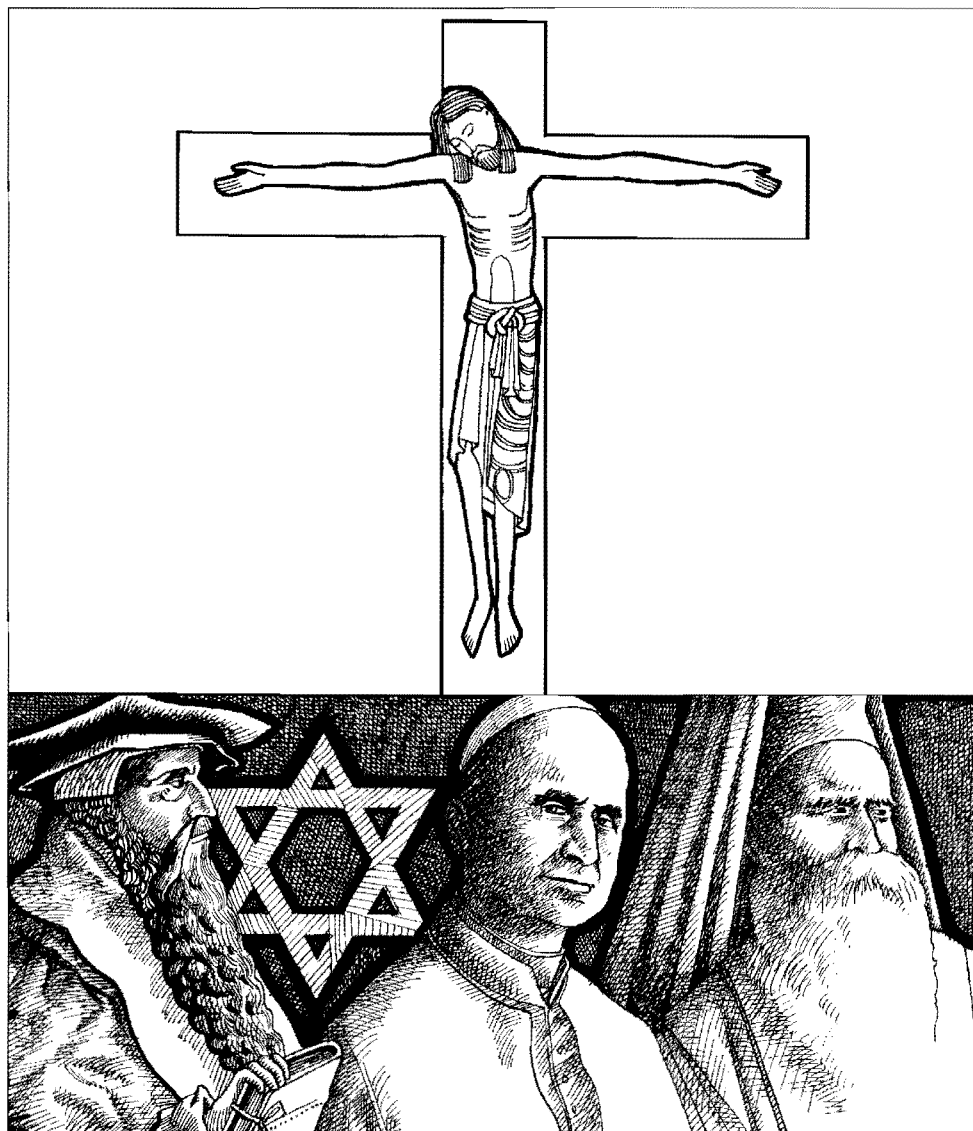
2) «Paradigma helenista vetero-eclesial» (Küng, págs. 126-294).

Ningún contraste hay más fuerte en la historia cristiana, y que más pida hablar de diversos paradigmas, que el que se da entre lo que dejan entrever los escritos iniciales y la Iglesia establecida tras su reconocimiento por Teodosio como religión del Imperio el año 392. Llamarlo «giro constantiniano» es simplificar demasiado. Pues, aunque fue determinante la dimensión socio-política, fueron también relevantes la institucional (fijación de estructuras ministeriales) y la doctrinal (definición de la fe en términos helenistas).

Esta última es la más difícil de seguir, ya que fue más paulatinamente evolutiva. Hubo un primer cambio neto desde el «Jesús anunciador (del Reino)» al «Jesús anunciado (Cristo, Señor)»; pero este cambio ocurrió ya en el primer siglo y ha dejado huella en los escritos del Nuevo Testamento —en él tuvo Pablo papel decisivo, aunque no único (pág. 129)—. Con ese cambio fue entrando otro, que sustituía la obvia inicial «mirada desde abajo», que parte del Jesús histórico, por otra «desde arriba» (que parte de una cierta «preexistencia» suya en Dios y origina las formulaciones trinitarias y cristológicas en términos helenistas). Cuando estas últimas se imponen, en las controversias de los siglos IV y V, hay ya que hablar de nuevo paradigma. ¿Qué papel jugó un trasfondo gnóstico? Küng destaca la figura teológica de Orígenes como capital en el desarrollo. En todo caso, el proceso parece haber tenido cierta independencia del institucional y del socio-político; aunque la ambiciosa teología helenista cuadra bien con una Iglesia establecida y unida al poder.

Para los pasos siguientes de la historia cristiana fue determinante la división del Imperio a la muerte de Teodosio. Constantinopla, la floreciente «segunda Roma» quedaría como genuina heredera de la tradición; frente a las penosas vicisitudes de la «vieja Roma», pronto presa de los invasores germánicos. Se consolidó así una «Iglesia estatal» (pág. 219) ligada al Emperador a la vez que ufana de su «ortodoxia». Los malentendidos que se sucederían con Occidente (disgusto ante la coronación de Carlomagno el 800, incidente Focio-Nicolás el 867, ambigüedad antibizantina de las Cruzadas) harían de la mutua excomunión de 1054 simple consumación de una separación ya antes real.

No lograremos los occidentales comprender el sentido de ese modo de vivir lo cristiano que es la «Ortodoxia», vigente hasta hoy en el mundo griego y en la mayoría del eslavo, si no lo vemos como lo que es: la pervivencia del paradigma helenístico. Muestra bien Küng (págs. 269 y ss.) que el traslado del centro de



JOSÉ MARÍA CLEMEN

Viene de la página anterior



gravedad a Moscú («tercera Roma») no ha supuesto cambio sustancial.

3) «Paradigma católico romano» (Küng, págs. 295-530).

La «primera Roma», el «Imperio de Occidente», sucumbió el año 476. La Iglesia latina afrontaba así en su dimensión socio-política un giro decisivo, determinante de un nuevo paradigma. No habría aquí, como en Bizancio, riesgo de intromisión imperial; sí, en cambio, necesidad de llenar un vacío de poder civil. El obispo de Roma había ido cobrando auge a lo largo de los siglos IV y V, con el prestigio de papas como Dámaso y León; que aún crecería (fin del VI) con Gregorio. Un primado de honor, reconocido desde antiguo, vino a ser clave de la estructura institucional jerárquica: algo que ya no aceptaban en Bizancio como no aceptarían más tarde los reformadores. En la nueva situación influyó también decisivamente la presión ejercida por la expansión del Islam.

Como es sabido, el papado pasó horas bajas en el «soeculum obscurum» (fin del IX a principios del XI). Pero se rehízo y logró esplendor con Gregorio VII e Inocencio III; esplendor ambiguo, unido como iba a las Cruzadas y a la Inquisición. La crisis del Catolicismo medieval vino después (finales del XIII a principios del XV): éxodo a Avignon y «gran cisma de Occidente». A finales del siglo XV, en pleno Renacimiento, un gran clamor pedía «reforma de la Iglesia en la cabeza y los miembros».

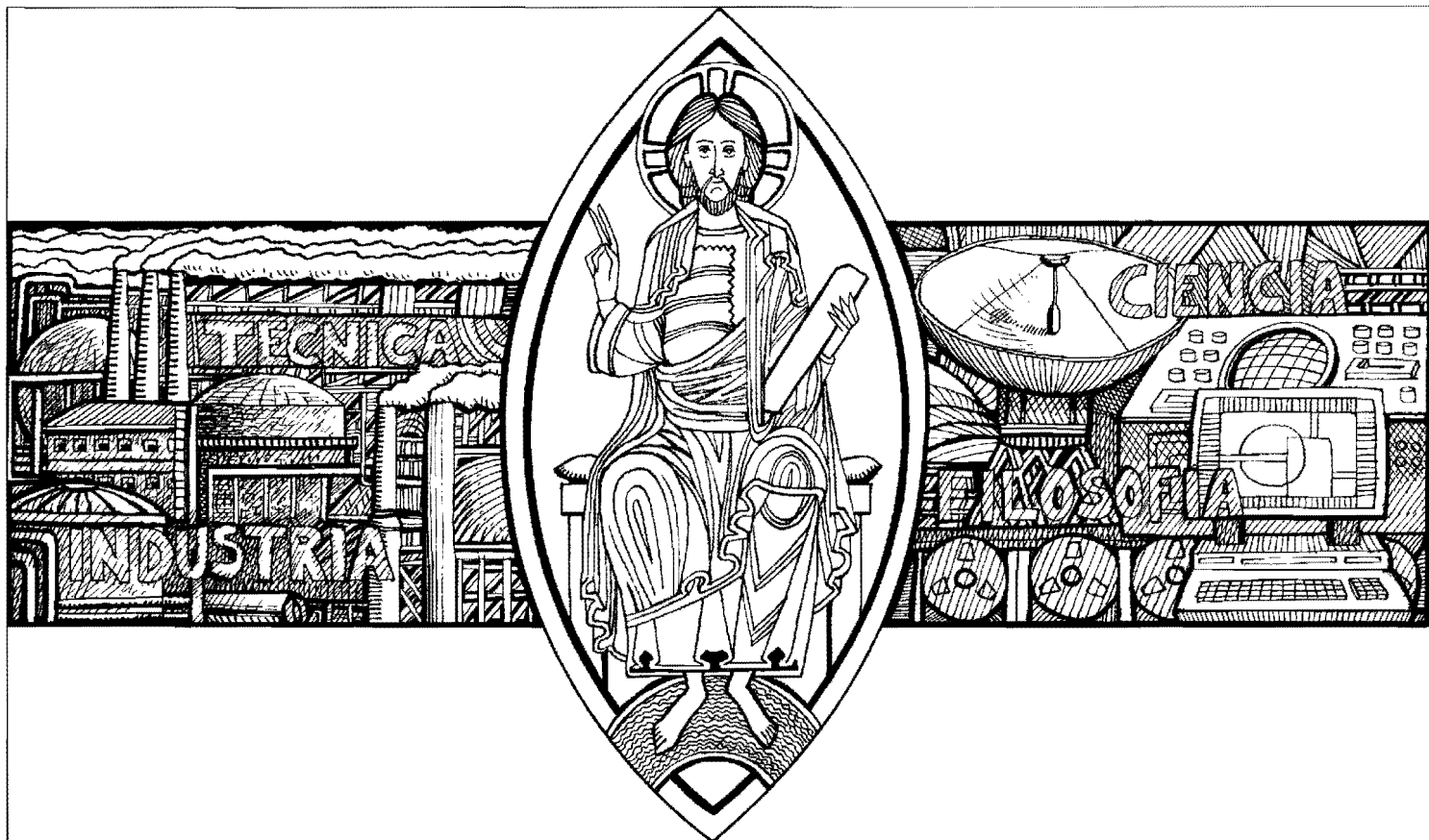
También dio la dimensión doctrinal peculiaridades al nuevo paradigma. Pensador clave (como para el anterior, Orígenes) fue Agustín, el gran doctor latino de la unidad «católica» de la Iglesia. Fue también instaurador de una preocupación antropológica en la teología. Ambivalente: positiva en el subrayado de la índole amorosa de Dios, negativa (pesimista) por la obsesión antisexual (pecado original). La teología de la historia del «De civitate Dei» acaba también en ambiguo dualismo de bien y mal, peyorativo para lo natural. La teología agustiniana perduró en el fondo del pensamiento católico medieval, incluso allí donde éste se abrió, con Tomás de Aquino, a posiciones sintéticas con lo aristotélico, más acogedoras de lo natural. Paradójicamente, retornos a la letra agustiniana marcarán la peculiaridad del siguiente paradigma.

4) «Paradigma evangélico-protestante» (Küng, págs. 531-654).

La Reforma del siglo XVI es el caso más neto de cambio —endógeno esta vez— a un nuevo paradigma cristiano contrapuesto al vigente (católico); al que no líquida sino con el que se reparte el mundo occidental. Es la oferta de una alternativa en lo doctrinal e institucional, con correlaciones políticas poco netas. Pesó la conocida protesta contra el autoritarismo centralista romano y contra sus corruptelas mundanas; y ello indujo a una drástica simplificación de la estructura eclesial. Pero, más al fondo, lo que se abría camino era una añoranza de relación personal más directa con Dios y de retorno a los orígenes cristianos: y serán éstos los aspectos que perdurarán en el cristianismo de los siglos siguientes, incluso católico. Un cierto pesimismo antropológico (agustinismo extremado) irá cediendo. La consigna «sola Scriptura!» resultará ambigua: promoverá el estudio crítico de la Biblia, pero también (extremo contrario) el literalismo «fundamentalista».

5) «Paradigma «ilustrado»» (Küng, págs. 655-793).

Este último cambio de paradigma, al revés que el anterior, es exógeno; por ello también menos neto en los contornos. Pero supone un desafío mayor que todos los afrontados hasta entonces por el Cristianismo. La cultura de la «Modernidad» (ciencias, filosofías, resituación geográfica e histórica) ha erosionado paulatinamente la plausibilidad de la visión cristiana del mundo, antes en posesión pacífica.



JOSÉ MARÍA CLEMEN

Es el que se ha llamado proceso de secularización, con su típica ambigüedad. No puede negarse que esa erosión ha hecho fuerte mella; pero en modo alguno está claro que ello sea augurio de liquidación de lo cristiano, como pudo parecer en visiones precipitadas. El Cristianismo ha dado, sobre todo en el siglo XX, buenos indicios de estar incorporando mucho de lo aportado por la Ilustración. Y esto es lo que permite hablar de un nuevo «paradigma «cristiano» ilustrado».

El impacto ha afectado tanto a católicos como a protestantes. Y, al ser más radical, ha ido relativizando las distancias creadas por la Reforma, en pro del llamado «ecumenismo». De entrada, fue mayor la resistencia católica: a la Revolución y sus «perniciosas libertades» (XIX), a la crítica bíblica que ganaba terreno en el ámbito protestante (eso es lo que significa la condena del «modernismo» a comienzos del XX); en 1870 se pensó cerrar la puerta a los errores con la definición (Vaticano I) de la infalibilidad papal. Resistencia parecida supuso en el ámbito protestante la aparición de *The Fundamentals* (1910-1915), suma «fundamentalista». Pero —con no poco influjo de las calamidades sociales (guerras, totalitarismos)— a lo largo del siglo XX ha ido ocurriendo una «recepción cristiana de la Ilustración»; primero en teólogos pioneros, luego de modo más oficial, cuyo máximo exponente ha sido el Concilio Vaticano II.

Entre los pioneros del paradigma, destaca Küng con acierto (págs. 698-721) a F. Schleiermacher. Está ya en él esa doble básica apelación al origen histórico (Jesús, buscado sin rehuir la crítica) y a la experiencia religiosa personal (el fondo antropológico de cada creyente), que se hará muy general y que dará una específica angulación «desde abajo» a la teología contemporánea. Pero he de confesar que encuentro aquí el único punto en que no me satisface el libro. Temo que el lector pueda sacar la impresión de que los defectos de la teología ilustrada, ejemplificada en Schleiermacher, la harían caduca y que de hecho estaría superada hacia un paradigma «post-ilustrado, post-moderno». Y no es así. Teólogos ilustrados son todos los grandes del XX, salvo el primer K. Barth (reacción pasajera contra la extremosidad «liberal»): Bultmann, Tillich, Pannenberg...; Rahner, Congar, Schillebeeckx, Metz y el mismo Küng. Pero, sobre todo, el

quinto paradigma —en cierto sentido, cada vez más indudable— dista aún de ser pacífica posesión de las Iglesias: no se han sacado las consecuencias de la admisión de la crítica bíblica para los contenidos doctrinales; piénsese también en las actuaciones eclesiales involucionistas de las últimas décadas.

¿Hacia un nuevo paradigma?

¿Cuál es la situación actual? Un buen espectador destacará, creo, como el rasgo más saliente —y el menos reversible— un «pluralismo», que antes ni era concebible. La intercomunicación mundial lo induce como factor exógeno. Lo genera también la misma historia cristiana, sobre todo la occidental de los últimos siglos. Pluralismo no es sólo la pacífica convivencia de confesiones, católica y protestantes; también lo son las diferencias —a veces mayores— que pueden encontrarse dentro de cada confesión. Y no es sólo el hecho de la coexistencia; es el reconocimiento de su derecho. Esto no ocurre por igual: no en los que aún hoy habitan imperturbados los paradigmas tercero o cuarto. Sí en los que van logrando sintetizar en su actitud de fe cristiana el impacto de la modernidad ilustrada. Su misma capacidad de aceptar el pluralismo es la que más atestigua su situación «de quinto paradigma». Requiere una madurez de espíritu, no fácil de entrada para todos aunque progresivamente asequible: la capacidad hermenéutica de reconocer sin traumas niveles epistémicos en los que situar jerarquizadamente diversos conocimientos y convicciones.

RESUMEN

La historia cristiana, que se acerca ya a su segundo milenio, ha tenido giros fuertes, que están en el origen de la diversidad actual de confesiones (católica, protestantes, ortodoxa). Pero, en este mismo cambio, señala Gómez Caffarena, hay una «esencia» persistente, referida a Jesús y su relación con

Pero esta mi insistencia en que la historia cristiana se encuentra aún en ese paradigma, y tiene todavía mucho de él por realizar, no querría quitar razón a Küng cuando anuncia otro paradigma futuro, el del «ecumenismo inter-religioso» (tal me parece su mejor denominación). Los teólogos cristianos más lúcidos de hoy lo ven acercarse; creo que Hans Küng puede reclamar el título de pionero suyo con más derecho que ningún otro. Es muy comprensible que acabe su libro (pág. 776 y ss.) proponiéndolo como «tarea».

Yo acabaré por mi parte encareciendo cuánto puede ayudar su lectura así al conocimiento de la historia cristiana como a la toma de posición ante ella. □

(1) Es el núcleo de los «Credos», pero éstos, oficializados en el siglo IV, contienen ya formas expresivas y cuestiones secundarias, atribuibles al influjo de la cultura ambiental (pág. 64). Para la hermenéutica de los mismos posible al hombre de hoy, remite Küng a su breve exposición, *Credo* (1992; trad. Trotta, Madrid, 1994), así como a su anterior extensa obra de teología fundamental y sistemática, *Ser cristiano* (1974; trad. Madrid, 1977, reed. Trotta, 1997).

(2) Desde 1980 busca Küng aprovechar la noción para la reflexión cristiana. Ante todo, para clarificar, con miras ecumenistas, la situación actual de la teología. «Paradigm Change in Theology» fue el título de una conferencia suya, que dio después tema a todo un simposio celebrado en la Universidad de Tubinga; en el libro que lo recoge (siempre bajo el mismo título, eds. H. Küng y D. Tracy, T. & T. Clark, Edimburgo, 1989) aparece ya (pág. 219) una primera utilización de la noción para algo más amplio que la teología, una periodización de la historia cristiana. La intención de T. Kuhn avala, creo, tal ampliación: pues buscó justamente entender las construcciones teóricas (ciencias) desde su situación histórico-social.

Hans Küng

El Cristianismo. Esencia e historia

Trotta, Madrid, 1997. 952 páginas. 7.500 pesetas. ISBN: 84-8164-140-5.

Dios. Para la comprensión del despliegue histórico, acude Hans Küng a la noción de «cambio de paradigma». Hay cinco bien destacables; y puede ya entorsearse un sexto futuro. El comentarista encuentra este esquema útil para la comprensión y el enjuiciamiento de lo cristiano.

La paradoja de Fermi

Por Francisco García Olmedo

Francisco García Olmedo (Cádiz, 1938) es licenciado en Química y doctor ingeniero agrónomo; es catedrático en la E.T.S. de Ingenieros Agrónomos de Madrid, donde dirige un grupo de investigación sobre biología molecular de plantas. Es miembro de la Academia Europæa.

No tengo afición alguna a las novelas de ciencia-ficción y, sin embargo, he leído en un par de ávidas sesiones el libro que les voy a comentar. Pero es que, en realidad, se trata de lo que yo llamaría un ensayo de ciencia-ficción, un género en el que también se deja galopar la imaginación, pero bajo las bridas del método científico y sin contradecir lo conocido. Se fabula lo que no conocemos —según necesidad y de acuerdo con criterios de economía— para tratar de acotar el repertorio de respuestas posibles a una cuestión dada: en el caso que nos ocupa, la de la posible existencia de inteligencias extraterrestres. A esto se refiere lo que algunos han llamado «la paradoja de Fermi». En efecto, Fermi razonó que si la vida inteligente fuera abundante en la Vía Láctea, al menos una civilización técnica se habría embarcado en la colonización interestelar, para concluir que si no habían llegado señales de esa civilización a nuestro sistema planetario era probable que no existiera: si están ahí, ¿por qué no sabemos de ellos?

No nos consta si Fermi hablaba en serio. Sin embargo, la exobiología o bioastronomía constituye un campo de investigación muy activo. Esto resulta sorprendente si se tiene en cuenta que, después de cuatro décadas, se sigue sin saber si el sujeto investigado existe.

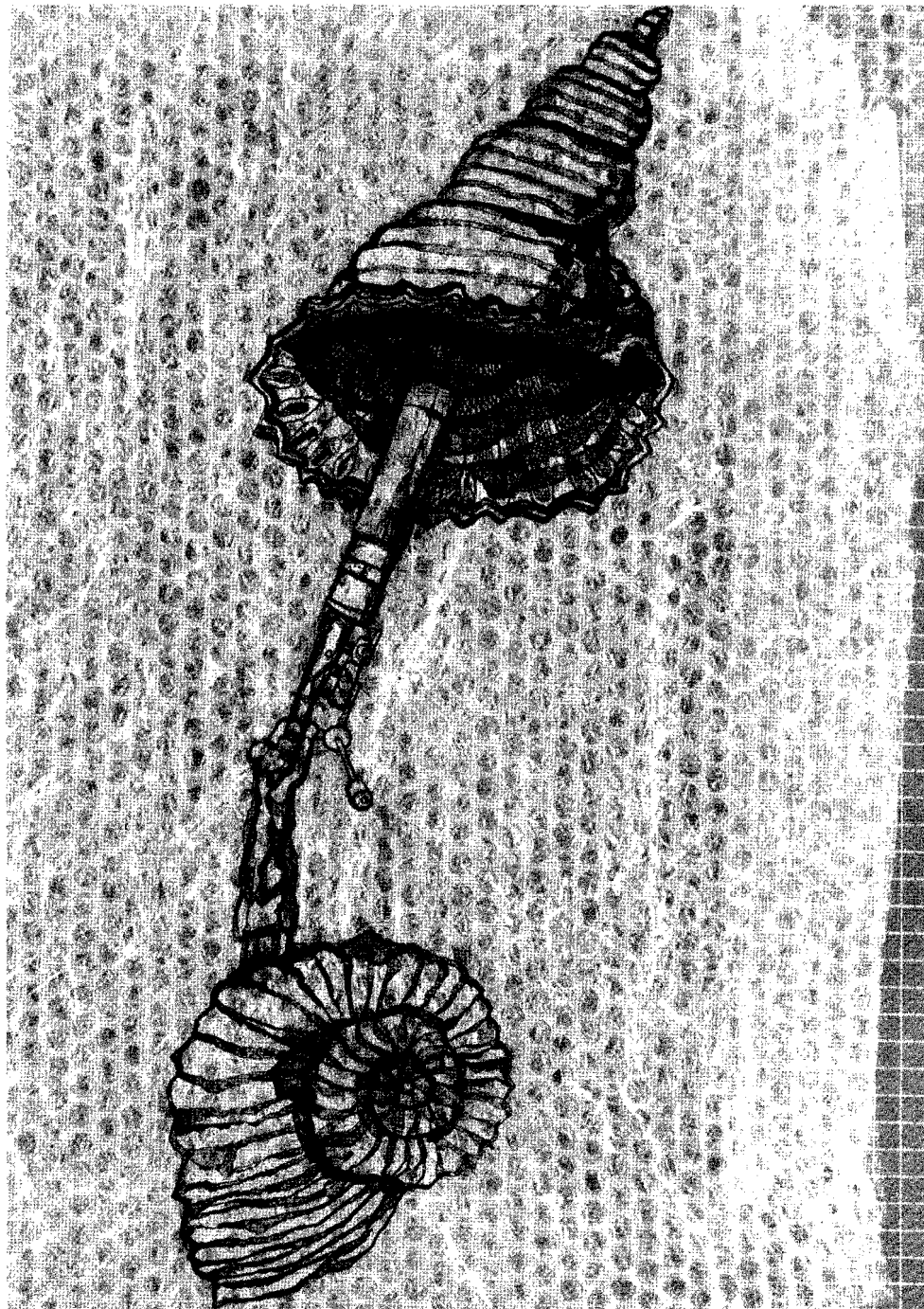
Aunque la pregunta que da título al libro de F. J. Ynduráin —¿Quién anda ahí?— es muy antigua, la búsqueda sistemática de vida inteligente extraterrestre empezó a partir de una sugerencia, hecha por Cocconi y Morrison en la revista *Nature* en 1958, de que se deberían buscar posibles señales de radio procedentes del espacio interestelar como indicios de vida inteligente. Un centenar de programas de envío y búsqueda de señales a lo largo de décadas, algunos muy prolongados y a radiofrecuencias muy variadas —los proyectos «Phoenix», «Serendip», «Beta», etc.—, no han rendido la más mínima prueba y, sin embargo, la idea de que estamos solos en el universo sigue siendo difícil de aceptar. En cualquier caso, la ausencia de pruebas no demuestra nada.

La ecuación de Ynduráin

El autor de este libro parte a su aventura ligero de prejuicios y con la navaja de Occam por toda lanza: no inventemos nada que no sea estrictamente necesario, y tomemos como muy probable que no hemos sido visitados por alienígenas inteligentes ni entrado en contacto alguno con ellos. Es consciente de que el punto de partida es pobre, pero aduce que, al fin y al cabo, la teoría de la relatividad tuvo su origen en un resultado negativo. De todas formas, no se propone descubrir América.

RESUMEN

Confiesa García Olmedo su nula afición a las novelas de ciencia-ficción, pero, en cambio, si ha leído con atención el libro que comenta, al que califica de ensayo de ciencia ficción, y en el que su autor, F. J. Ynduráin,



JUSTO BARBOZA

Ynduráin, con soterrado humor, plantea de entrada la pomposa ecuación de los extraterrestres: $n = N P h v i$, donde n , el número de planetas con vida inteligente en un entorno dado, es el resultado de multiplicar el número de estrellas en dicho entorno, N , por la fracción de ellas que tienen planetas, P , por la fracción de estas últimas que tienen planetas habitables, h , por la probabilidad de que en estos planetas haya aparecido vida, v , y por la probabilidad de que ésta evolucione a vida inteligente, i . En suma, consideremos la máxima distancia a (o desde) la que podríamos enviar (o recibir) visitas o señales, y veamos cuántos planetas vivos e inteligentes giran alrededor de las estrellas comprendidas en una esfera que tenga como radio esa máxima distancia y como centro, nuestro planeta. Esta esfera ideal supone el límite del ensayo de Ynduráin, quien procura agrandarla lo más posible.

plantea la posible existencia de inteligencias extraterrestres. Y si la pregunta que da título al libro —¿quién anda ahí?— es muy antigua, no lo es tanto —unos cuarenta años— la búsqueda sistemática de vida inteligente extraterrestre.

F. J. Ynduráin

¿Quién anda ahí? Civilizaciones extraterrestres y el futuro de la humanidad

Debate, Madrid, 1997. 223 páginas. 2.200 pesetas. ISBN: 84-8306-068-X.

Extramuros de la ciencia

Con gran frescura —en todas las acepciones de la palabra— y sin violentar lo que sabemos, se concluye que dentro de esa esfera celeste puede haber numerosos planetas que por su temperatura, composición química, etc., sean aptos para el desarrollo de la vida. Ésta es, sostiene Ynduráin, la parte fácil de la ecuación. La difícil es la que se refiere a la probabilidad de aparición de vida en esos ambientes y a la de que ésta evolucione hacia la generación de extraterrestres inteligentes que den lugar a civilizaciones avanzadas. Primero se han de formar compuestos orgánicos, luego deben aparecer organismos capaces de utilizar estos compuestos para crecer, multiplicarse y evolucionar, y, al final, debe forjarse la vida inteligente y civilizada. Asignar probabilidades a estos acontecimientos implica extrapolar sin datos, algo contra lo que ya advertía Sherlock Holmes al doctor Watson, según nos recuerda Ynduráin. Sin embargo, esto no es óbice para que el autor nos lleve con rigor hasta completar todos los términos de la ecuación, usando como arma lógica una serie de argumentos de analogía.

La ausencia de contactos extraterrestres, premisa del ensayo, se analiza primero en términos de las limitaciones que pueden afectar a los seres inteligentes, sean terrestres o extraterrestres, y al universo físico en el que existen, usando como guía nuestros conocimientos actuales llevados al extremo. Así, se refiere

de modo sucesivo a los límites de los viajes y comunicaciones interestelares, de la inteligencia, de la ciencia y la tecnología, y de la civilización tecnológica.

Luego prosigue el análisis a extramuros de la ciencia, a lomos de la imaginación, sin dejar de blandir la famosa navaja y sin abandonar la luz de la razón: tres capítulos de «especulaciones» sobre viajes y comunicaciones más rápidos que la luz, viajes en el tiempo, viajes astrales y contactos mentales. En el texto se incluyen también dos capítulos en los que se enfrentan las ideas expuestas con su tratamiento en la narrativa de ciencia-ficción, que el autor parece conocer muy bien y que cita por doquier.

Un entramado lógico

La primera vez que advertí el nombre de F. J. Ynduráin fue como parte de la lista de los físicos más citados a escala mundial en un año que ahora no sé precisar. No podía imaginar yo entonces que alguien adscrito a un ámbito científico tan exigente como el de la física moderna pudiera acabar escribiendo un libro tan desenfadado como este que comento.

Señala con acierto Ynduráin que el lenguaje científico constituye uno de los mayores logros de nuestra civilización. Sin embargo, este depurado lenguaje no sirve para comunicarse con la mayoría de los ciudadanos, con los que no pertenecen al gremio. Cuando los científicos salen de sus casillas se ven forzados a inventar un lenguaje para hacer entender su ciencia al resto de la sociedad. El problema se resuelve en este caso con un vigor y una eficacia indudables, aunque sospecho que algunas de las soluciones puede que no agraden a los lingüistas.

El autor adopta la actitud intelectual de un hipotético maya que, en el año 1491, propusiera las mejoras en el transporte marítimo que se consideraban necesarias para descubrir posibles tierras más allá de los confines del océano. De hecho, lo que Ynduráin nos suministra es un completo entramado lógico en el que podemos contrastar nuestras ideas sobre el tema, en el que podemos injertar nuestras hipótesis favoritas y ver dónde nos conducen. Dentro de dicha urdimbre cabe desde el escepticismo de un biólogo evolucionista como Ernst Mayr, que acusa a la mayoría de los físicos y astrónomos de «ingenuidad biológica» y de un excesivo optimismo respecto a la probabilidad de que se hayan generado radio-culturas extraterrestres, probabilidad que, según él, debe ser infinitamente pequeña, hasta la osadía del cosmólogo Richard Gott, quien «calcula» que, sólo en la Vía Láctea, puede haber hasta 100 civilizaciones. Esto último implica que nuestro vecino más próximo estaría tan lejano que no podríamos detectarlo, a no ser que sus formas de producir energía fueran mucho más poderosas que las nuestras.

En cualquier caso, dado el largo tiempo que le llevaría al hipotético mensaje en llegar a su destino, nada nos garantizaría que una señal recibida no procediera de unos seres ya extintos, que alguna de las señales que hemos enviado en los últimos tiempos acabara por ser detectada después de que nos hayamos ido. ¿No se extinguieron los dinosaurios? □

En el próximo número

Artículos de Emilio Lorenzo, Medardo Fraile, Alonso Zamora Vicente, Ángel Fernández-Santos, Antonio López Gómez, Manuel Cardona y Elías Díaz

Lo hispánico en Alemania

Por Emilio Lorenzo

Emilio Lorenzo (Puerto Seguro, Salamanca, 1918) ha sido catedrático de Lingüística Inglesa y Alemana de la Universidad Complutense de Madrid y es profesor emérito de la misma, así como miembro de número de la Real Academia Española. Es autor, además de trabajos sobre los idiomas de su especialización, de *El español de hoy, lengua en ebullición*, *El español y otras lenguas*, *Anglicismos hispánicos* y de una edición de *Obras Selectas de Jonathan Swift*.

Dos publicaciones recientes ponen al día una serie de estudios, antiguos y modernos, que exponen la secular atracción alemana por el mundo exótico que siempre sirvió de trasfondo a la imagen de España. Que sepamos, la primera de ellas, compilada por Hans Juretschke, tiene como antecedente un simposio celebrado en Madrid con ese título en 1991 en que participaron destacados investigadores alemanes y españoles, cuyas actas, revisadas, ampliadas y traducidas al alemán, aparecen ahora en la editorial Aschendorff de Münster. La segunda, de objetivos más prácticos, preparada por Günther Haensch y A. Muñoz, parte también de una mesa redonda presidida en 1994 en Múnich por el entonces director del Instituto Cervantes Nicolás Sánchez Albornoz y presenta una utilísima, aunque todavía incompleta, documentación sobre la situación de los estudios hispánicos en la Alemania actual, prologada por el actual director, marqués de Tamarón, con la colaboración de personas capaces de informar sobre el tema.

No es éste el primer intento de abarcar en sus varios aspectos la huella cultural española en Alemania. Al menos en el plano de la literatura, el estudioso dispone, desde hace ya más de 60 años, del libro de Tiemann sobre *Das spanische Schrifttum in Deutschland...* y, más recientemente, de los de Schramm y Brüggemann. En el plano histórico, es el compilador del volumen, Hans Juretschke, la máxima autoridad, como lo es también del capítulo «Orígenes del romanticismo español», en el tomo XXXV-I, de la *Historia de España* de Menéndez Pidal (Espasa-Calpe, 1989, págs. 3-209).

El libro presentado por Juretschke, aunque se ciñe al período acotado en el título, ofrece además, a modo de preámbulo, un es-



FRANCISCO SOLÉ

tudio del profesor Quintín Aldea, especialista en el siglo XVII, de las fuentes de información sobre España al alcance del alemán medio en ese siglo, fuentes que necesariamente estaban mediatizadas por la constante tensión política entre los Habsburgo y Francia, por un lado, y el protestantismo y catolicismo por otro. Pero Aldea va más lejos y centra su estudio en el análisis de la obra *Hispania Illustrata* (4 volúmenes), 1603-8, del jesuita flamenco Schott.

También sirve de marco general a la obra el estudio ofrecido por el actual director de la biblioteca universitaria de Gotinga, que a mediados del siglo XVIII pasaba por ser la primera del mundo en cuanto servicio público. Una serie de circunstancias, entre ellas, la labor de activos bibliotecarios, la convirtió sin duda en el más rico fondo hispánico del país, a través de adquisiciones que llegaban por Londres, La Haya, Lisboa o Hamburgo. El

autor del trabajo, Reimer Eck, nos ofrece, como apéndice, un muestrario de las obras relativas a España e Hispanoamérica, adquiridas en el siglo XVIII, en cuya selección desempeñó un importante y laborioso papel durante años Gregorio Mayans, papel que en este volumen analiza y expone el historiador de la citada universidad; también al librero Sancha, cuya opinión influyó, después de la de Mayans, en la política de adquisiciones de la biblioteca. Merecen destacarse en éstas el *Diccionario de Autoridades*, llegado de Lisboa en 1765, junto con obras de Ercilla, Cervantes, Garcilaso, Boscán y otros. De La Haya, el mismo año, entran otras de Moreto y Góngora con las *Siete Partidas*. Menos literario es el envío del librero Sancha en 1784 que contenía obras de tema americano. Dos años después adquiere Gotinga de la biblioteca de Dieze, «iniciador del hispanismo alemán», según J. J. A. Bertrand, por 107 táleros, en suabasta, un selecto lote de lo que podría haber servido de base para una «visión general» («Gesamtschau») de la historia y la cultura española, aspecto tratado por el romanista Theodor Berchen. Figuran en el lote obras de Lope, Quevedo, P. Flórez, etc., así como la *Diana*, de Montemayor, y el *Lazarillo*.

El núcleo del libro lo forman varias monografías centradas en autores alemanes vinculados a lo español. Entran en esta categoría: Leibniz, visto por Jaime de Salas; Lessing, por Manuel J. González; Herder, por M. Ángel

Vega; Alejandro de Humboldt, por José M.ª Artola; Guillermo de Humboldt, por W. Hempel; A. H. L. Heeren, por Antonio Truyol; Gustav Hugo, por J. Manuel Pérez-Prendes; y el profesor de Gotinga L. T. Spittler, por Juretschke, quien asume en este capítulo final y fundamental la tarea de condensar en lo posible las aportaciones de los demás autores y de rellenar las lagunas que, buen conocedor del problema, no fueron sondeadas en este volumen. Ello le da pretexto para, partiendo de Spittler y sus fuentes históricas, recordar brevemente los antecedentes de su obra en el apartado «Comienzos de la historiografía alemana sobre España», tema ya tratado por él en 1962.

Gracias a estas contribuciones uno averigua, o recuerda, la posición de Leibniz ante la guerra de Sucesión española y su temor de que con el triunfo de los Borbones, «se soumettre a la domination française» significaría «ouvrir la porte à la dissolution et au libertinage». Asimismo ha de sorprender a algunos la importancia de Suárez en el esencialismo de Leibniz y en su actitud frente a los jesuitas, así como su interés, negativo, por la mística española, ya que conoció directamente la de Santa Teresa. Estuvo al tanto de la polémica francesa protagonizada por Bossuet y Fénelon en torno a Molinos, cuyo proceso siguió con atención. Salas resume su estudio señalando su ignorancia de la aportación española en el terreno de las letras y de las artes.

En este número

Artículos de			
Emilio Lorenzo	1-2	Antonio López Gómez	8-9
Medardo Fraile	3	Manuel Cardona	10-11
Alonso Zamora Vicente	4-5	Elías Díaz	12
Ángel Fernández-Santos	6-7		

SUMARIO en página 2





Lo hispánico en Alemania

Es el profesor Manuel J. González quien se encarga de destacar un testimonio claro de la presencia de lo español en un autor alemán, nada menos que Lessing, quien proclama a los veinte años su interés por la lengua y los dramaturgos españoles. 1750 sería, a juicio de González, que se centra en la época juvenil de su autor, año decisivo en su afición por la literatura española. De estas fechas procede la anécdota de un paseo en Berlín conversando en español, su intención de traducir las *Novelas ejemplares* y su traducción del *Examen de ingenios*, de Huarte. La dedicación a lo hispánico culmina en el período 1751-54, cuando hace crítica en una docena de reseñas de obras relativas a España: Cervantes, Guevara, Alemán, etc., crítica poco rigurosa. Nos consta también su interés por las obras de Nicolás Antonio y el P. Mariana. A efectos estadísticos de valoración de lo hispánico, aporta González un dato: 95 personas del mundo español citadas en sus *Obras Completas* (22 volúmenes).

Interés por las cosas españolas

El estudio de M. A. Vega dedicado a Herder (24 págs.) destaca el carácter erudito de su relación con nuestro país, alejado de toda experiencia personal, pero ése parece rasgo común a casi todos los autores tratados en el libro. La información de Herder, además de más copiosa y general, tiene, eso sí, el mérito de haber sido sometida a compulsas con diversas fuentes. En cualquier caso, Vega señala que estas fuentes no eran directas, sino vertidas por intermedio del francés y del inglés, pues parece que su conocimiento del español nunca fue perfecto, aunque se permitía criticar las versiones de los Schlegel. De hecho, aparte de su entusiasmo por lo popular en la poesía española, en especial el romancero, su interés por nuestra literatura fue puramente informativo e incompleto.

Conocedores de lo hispánico en grado sumo son los dos hermanos Humboldt, cuya longevidad, sobre todo en Alejandro, les permitió mayor actividad en el siglo XIX, pero cuya juventud les deparó un contacto directo

con el mundo hispano que no tuvo precedentes notables. Guillermo vino a España acompañado de mujer y niños menores, algo inusitado a la sazón. Más de un lector se cuestionará por ello si tienen cabida en un libro dedicado a la época de la Ilustración. La versión alemana de las actas, que es el libro comentado, incluye como añadido el estudio del profesor de Tubinga Wido Hempel, que analiza el papel de Guillermo en la difusión del interés por las cosas españolas, como antes el profesor José M.^a Artola había destacado el de Alejandro en Hispanoamérica. El prestigio social de ambos en la Alemania del ochocientos, su amistad con figuras ilustres de las letras —Goethe, Schiller— y la ciencia alemanas habría que interpretarlos en rigor como resonancias tardías de la época ilustrada. De Alejandro dice el profesor Artola que hasta su muerte en 1859 fue un ilustrado del siglo XVIII.

Dos juristas españoles, especialistas en el mundo germánico, Antonio Truyol y José M. Pérez-Prendes, catedráticos de la Universidad Complutense, se enfrentan a dos figuras relevantes de la de Gotinga: Truyol analiza la postura equilibrada de A. H. L. Heeren respecto a España, que contrasta con la de su colega de Gotinga, Spittler, estudiado por Juretschke, y la de Gustav Hugo, analizada por Pérez-Prendes. No siendo Heeren hispanista, sino historiador general, entiende Truyol que su juicio viene determinado por su papel de figura de transición entre una ilustración moderada por la herencia de la Reforma y el historicismo del siglo XIX. Pérez-Prendes destaca el papel de «spiritus rector» en la historia del Derecho del gran jurista Gustav Hugo, atento primero a los rasgos germánicos presentes en la *Lex Romana Visigothorum* y luego, por su interés profesional, en la obra del arzobispo de Tarragona Antonio Agustín, especialista en Derecho romano y canónico. Esta actitud receptiva hacia lo español se debe en parte al ambiente filohispánico de la Universidad de Gotinga, que, fundada en 1737 por Jorge II de Inglaterra, en cuanto Elector de Hanover, se convierte en centro de irradiación de este hispanismo incipiente del siglo XVIII.

Como contrapunto negativo de esta visión benevolente de los ilustrados alemanes el profesor de Colonia H.-O. Kleinmann nos presenta la imagen de España reflejada en la cúpula diplomática austríaca, rutinaria y poco original, donde prevalecen los prejuicios y estereotipos para explicar el atraso del país.

Estudios de este tipo, encomendados con buen criterio a especialistas, no pueden evitar las lagunas que esa especialización implica y que el compilador, con excelente visión del conjunto, trata de subsanar. En plena ilustración aparecen *Egmont*, *Don Carlos* y *Clavijo*, que tanto contribuyen a la imagen, todavía viva, de la España intolerante y despótica. Hubo cierto eclipse durante el período ilustrado —ya lo señaló Hidalgo-Serna en 1985— en la difusión alemana de Gracián, pero éste dejó su impronta en la historia del alemán al ser una obra suya tema de la primera lección universitaria en lengua vernácula (Leipzig, 1687). Mas el influjo de Gracián es muy posterior y fruto, en gran parte, de la edición póstuma del *Oráculo*, traducido por Schopenhauer.

El volumen del Instituto Cervantes constituye un adecuado complemento a este alarde de erudición sería dirigido por Juretschke. Concebido como un ensayo de actualización «el hispanismo en lengua alemana, que desde hace más de un siglo ha estudiado nuestra cultura hispánica» prescinde, claro, de los ante-

cedentes estudiados por los autores referidos más arriba y sus objetivos son declaradamente prácticos, base imprescindible para desarrollar una política cultural en el mundo germanoparlante. Haensch, lexicógrafo eminente y uno de los más activos hispanistas alemanes, ofrece una copiosa nómina y bibliografía de sus antecesores en las aulas universitarias, desde comienzos del siglo XIX (Jacob Grimm, L. Tieck, A. W. Schlegel, F. Diez) hasta los últimos repertorios (el último de 1992) bibliográficos. Su artículo va acompañado por otros siete de variada temática y desigual interés, entre los que destaca, por la abundancia de datos estadísticos, el de Anton Bemmerlein (24 págs.) sobre el «Pasado, presente y pronóstico del futuro en la enseñanza del español en Alemania», iniciada ya en 1618. Aparte de esta fecha anecdótica, la enseñanza del español no cobra impulso perceptible hasta pasada la I Guerra Mundial. Hoy, tras la reunificación alemana, el auge del español alcanza cifras optimistas, aunque no tanto como algunos pretenden. Las «Volkshochschulen» («universidades populares») registran en español 147.600 inscritos, 8,8% del total, frente al 18% en el francés. Pero las cifras de la enseñanza general, extraídas por Bemmerlein de la Oficina Federal de Estadística, no parecen tan boyantes: 1992, en miles: inglés, 5.376; francés, 1.395; latín, 590; ruso, 566; español, 47; italiano, 13. El progreso, sin embargo, es notable. □

RESUMEN

Aunque no sean el primer intento de abarcar en sus varios aspectos la huella cultural española en Alemania, dos publicaciones recientes, de las que se ocupa Emilio Lorenzo,

ponen al día una serie de estudios, antiguos y modernos, que exponen la secular atracción alemana por el mundo exótico que siempre sirvió de trasfondo a la imagen de España.

Hans Juretschke (coord.)

Zum Spanienbild der Deutschen in der Zeit der Aufklärung

Aschendorff Verlag, Münster, 1997. 294 páginas. 88 marcos. ISBN: 3-402-05837-5.

Günther Haensch y Adolfo Muñoz Cosme (coords.)

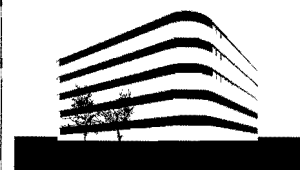
Las aportaciones del hispanismo alemán y su recepción en España

Instituto Cervantes, Madrid, 1996. 101 páginas. ISBN: 84-88252-196.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«Lo hispánico en Alemania», por Emilio Lorenzo, sobre <i>Zum Spanienbild der Deutschen in der Zeit der Aufklärung</i> , de Hans Juretschke (coord.), y <i>Las aportaciones del hispanismo alemán y su recepción en España</i> , de Günther Haensch y Adolfo Muñoz Cosme (coords.)	1-2
«El galope de la decadencia», por Medardo Fraile, sobre <i>Three Horsemen of the New Apocalypse</i> , de Nirad C. Chaudhuri	3
«Las variantes del Valle Inclán juvenil», por Alonso Zamora Vicente, sobre <i>Los cuentos de Valle Inclán</i> , de Javier Serrano Alonso	4-5
«Historia y leyenda de Emiliano Zapata», por Ángel Fernández-Santos, sobre <i>¡Viva Zapata!</i> , de John Steinbeck	6-7
«Tiempo y clima», por Antonio López Gómez, sobre <i>Climatología general</i> , de Antonio Gil Olcina y Jorge Olcina Cantos	8-9
«La ciencia y el desarrollo», por Manuel Cardona, sobre <i>El secreto atómico de Huemul (Crónica del origen de la energía atómica en la Argentina)</i> , de Mario A. J. Mariscotti	10-11
«¿Bobbio "versus" Bobbio?», por Elías Díaz, sobre <i>De Senectute y otros escritos biográficos</i> , de Norberto Bobbio	12

El galope de la decadencia

Por Medardo Fraile

Medardo Fraile (Madrid, 1925) es escritor y ha sido el primer catedrático de Lengua y Literatura Españolas, ahora emérito, de la Universidad de Strathclyde (Glasgow). Ha publicado más de una veintena de libros (cuentos literarios y juveniles, novela, crítica literaria, ensayo) y, por sus relatos, ha obtenido, entre otros, el Premio de la Crítica (1965). Es autor de obras como *Cuentos Completos*, *Autobiografía* y *Entre paréntesis*; y editor de *Cuento español de posguerra*.

Quizá haya que esperar contradicciones y sabiduría en un libro escrito a los noventa y nueve años, por un hombre que nació y se educó en Bengala, pasó cinco semanas en Inglaterra a los 57 años y volvió a los 73 años para establecerse como «don» en Oxford. Su cultura es inmensa y el inglés de sus libros, desde el primero, *The autobiography of an unknown indian* (1951), ha sido calificado de «clásico». Un escritor que se esfuerza en ser o creerse imparcial, sus libros han levantado airadas controversias en India y atención y benévola curiosidad en los británicos, que le consideran un valioso producto de su cultura y tienen que agradecerle sustanciosos elogios entre sus reprimendas.

Nirad Chaudhuri afirma que lo didáctico es siempre ilusorio, pero el método de este libro suyo, de minuciosidad puntillosa, es un despliegue de didactismo, dado, en ocasiones, a simplificaciones algo ingenuas. Nos asegura también que ha sido siempre un escritor «engagé» y, aunque este concepto se presta a múltiples holguras, Chaudhuri no lo es, ciertamente, en el sentido más reconocido del término; su actitud es aristocrática y conservadora en esta obra, en la que, además, trata y amplía temas que le han preocupado desde la década de los cuarenta. Cuando compara el autoritarismo del último zar de Rusia con el de los ingleses en India, le parecen ambos «faltos de inteligencia y decadentes, pero los dos con la garra inescapable de la mano de un muerto». Sin embargo nos dice en otras páginas que «ninguno de los grandes pensadores indios del siglo XIX (...), consideró nefasto el dominio británico en su país: sus efectos han sido positivos para la India», y él mismo ha deseado la colonización de su país, si era compartida a medias por los Estados Unidos y el «Commonwealth» británico.

Antecedentes de *Three Horsemen of the New Apocalypse* se encuentran ya en los capítulos sobre nacionalismo de su primer libro y en la última parte de *A passage to England* (1959), donde expresa sus dudas sobre la necesidad del Estado benefactor y se desconcierta ante la aceptación profusa de tópicos, en razón inversa de su verdad, en las sesiones del parlamento inglés. Los jinetes de su Apocalipsis son los tres primeros del Apocalipsis cristiano, montan en caballos del mismo color y si no nos anuncian el desastre del imperio Romano (aunque Mrs. Thatcher le parezca el Diocleciano inglés encarnado en hembra), sí presagian la decadencia y caída de nuestra Civilización Occidental, amoral, gregaria y sin norte, producidas por tres pestes: el «individualismo» en caballo blanco; el «nacionalismo», en el rojo y la «democracia» a lomos del caballo negro. El libro de Chaudhuri constituye su profecía testamentaria o su testamento ideológico y, por tratarse de un hombre que es producto de dos grandes culturas remotas entre sí, encierra enorme interés—sin duda interés polémico—, y se convierte en libro irreplicable, aunque su tema central se haya expuesto de vez en cuando desde Spengler, restringido a diversos poderes o naciones.

Los tres jinetes del nuevo Apocalipsis no es una obra voluminosa, pero la introducción a lo que va a exponernos en realidad abarca



FUENCISLA DEL AMO

exactamente la mitad de sus páginas. En esa introducción—las dos primeras partes—, el autor se recrea en breves apartados, con minucia, en discutir y elegir las definiciones apropiadas de los tres «jinetes» que le preocupan. Sus excelentes ayudas son *The Oxford English Dictionary*, *The Webster International Dictionary* and *The American Heritage Dictionary of the English Language*. En la concepción del libro, sus modelos declarados han sido Maquiavelo, Thomas Hobbes y Alexis Clérel de Tocqueville. De este último, *La democracia en América* es ampliamente citada y elogiada a lo largo de toda la obra. Los tres poderes cuya decadencia estudia son el Reino Unido, los Estados Unidos de América y la India y, aunque para Chaudhuri «descolonizar» no sea más que un concepto irrealizable e irrealizable en la práctica, hay que suponer que su país, en cualquier caso, estará falsa y minoritariamente «occidentalizado» o, en otras palabras, que la India no es él.

Chaudhuri conoce a fondo, de vivir en ellos, su propio país y el Reino Unido, pero en los Estados Unidos ha estado sólo de visita, con una breve estancia de seis meses. Cree, sin embargo, que la decadencia tiene su centro de difusión en U.S.A. y arranca del ideal democrático «igualitario» de Lincoln («Gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo»), que—según él—no tiene nada que ver con el concepto de democracia que nos legaron los griegos, y poco que ver con la «Declaración de los Derechos del Hombre»—arrumbada hoy entre abusos y olvidos—de la Asamblea Nacional Francesa. Se admira y acepta ahora la desigualdad en lo físico—las glorias del deporte—, pero la superioridad intelectual, generalmente mal entendida y pagada, se mueve tímida por el mundo para no molestar y para que no la obliguen, por desprestigio, a pensar como todos. A pesar de su gran Revolución, o quizá por ella, Francia ha producido, de hecho, no pocos intelectuales que desconfiaban de la democracia: Émile Faguet, Charles Maurras, Maurice Barrés, Hippolyte Taine («Diez mil ignorancias no hacen un hombre sabio»), Henri Bergson, Paul Claudel...

Este igualitarismo ha traído lo que él llama la democracia total o democracia en

guerra, con la derrota diaria de la calidad por la cantidad y, paradójicamente, la intolerancia ante cualquier disidencia y el aumento de poderes en los primeros ministros (Reino Unido), que ordenan autoritariamente cuando no se lo permitan a Churchill ni en plena guerra. En suma, que el llamado triunfo de la democracia revierte en el triunfo de otro despotismo, como advirtió Platón. Si en los países «democráticos» se gregariza y desoye a la democracia, la victoria del liberalismo y la libertad en la Gran Guerra trajo las consecuencias trágicas del régimen soviético, la Italia fascista y la Alemania nazi.

Los tres jinetes

El autoritarismo—viene a decirnos Chaudhuri—es el individualismo en el Poder, y ese sustantivo—derivado del adjetivo «individual»—, no se documenta hasta la primera mitad del siglo XIX (Tocqueville lo cita como una expresión «reciente»). Nuestro autor lo define como «creencia en el valor e importancia supremos del individuo y en su derecho a actuar como le plazca», y es, para él, el primer jinete apocalíptico que hoy campa por sus respetos porque antes, «en cualquier país y en cualquier época, la libertad del individuo fue restringida, primero por el Estado o la Sociedad, y después por sus propios escrúpulos morales».

El nacionalismo en su forma activa—dice—es un levantamiento contra el imperialismo, y las guerras comienzan a conectarse

RESUMEN

Medardo Fraile comenta un libro, del que quizá quepa esperar contradicciones y sabidurías, puesto que su autor, Nirad Chaudhuri, lo ha escrito con 99 años. Chaudhuri nació en la India, y allí sus opiniones levantan airadas controversias y curiosidad en el Reino Unido,

con el sentimiento nacionalista y el odio a finales del XVIII en la Guerra de la Independencia Americana, en la Revolución Francesa y, más tarde, en la Guerra Prusiana de Liberación y las de Alemania, España e Italia. Antes eran contiendas políticas entre monarcas o Estados, reñidas por ejércitos, en las que las masas no participaban. Hoy el nacionalismo tiene poco que ver con lo que fue en la Historia. En primer lugar, es una pasión autosuficiente y desinteresada con la conciencia inextirpable de ser «nosotros» y no «ellos», que la vuelve—si no lo era ya—xenofóbica.

Pero la democracia que vivimos hoy, con su tirón hacia abajo, su vulgaridad y su «normalidad» que ni siquiera concibe discusión alguna sobre sus méritos o deméritos, le parece mediocre y aburrida. La palma de su crítica se la lleva el Reino Unido, donde las causas y síntomas de deterioro son parecidos, «aunque más malignos», a los que él ve en los Estados Unidos y en la India. Encabezan su lista negativa el afán de dinero y el caos sexual, reflejado éste en la degradación del lenguaje («partners», «bastard», «one-parent-family», «boyfriend», «girlfriend», «dissolved marriage», etc.). Dinero, relaciones sexuales y delincuencia—desde el vandalismo hasta las violaciones con asesinato, ancianos robados, niños que matan y las masacres—atraen la atención casi exclusiva de los periódicos y la televisión y, los dos primeros, la de los biógrafos de personajes. Chaudhuri sospecha, incluso, la presencia de una libido criminal en las masas, por la cual delinquen vicariamente.

El inglés que admiraban hasta los nacionalistas indios «have become almost incapable of meeting the contingencies with the right responses». Los beneficios del Estado han destruido la unidad familiar, la responsabilidad de los padres, la educación hogareña y no han creado mejores escuelas. Las relaciones humanas son insinceras e incómodas. La Iglesia de Inglaterra pasa por todo lo que le pidan y la superstición ha sustituido, en parte, a la fe cristiana, con la consiguiente corrosión moral. La vida inglesa—confundiendo la adulteración con la riqueza—se ha vuelto multicultural y multilingüe. La delincuencia y hasta los crímenes se llevan a cabo, a veces, por simple curiosidad. La homosexualidad y el adulterio pasan por ser naturales y se ha legalizado el aborto. La forma de comer y vestir—incluso en actrices y actores—se ha vuelto de una torpeza y una vulgaridad insufribles. Lo sexual ha rebasado lo picante para convertirse en picor. La «cultura» deja de vincularse a la Historia para pasar al dominio de la antropología, etc.

Chaudhuri no cree en las celebradas «facilidades» de la vida de hoy y se pregunta qué efecto tendrá en la decadencia humana la extraordinaria capacidad técnica de los Estados Unidos. Su conclusión es que todos los cachivaches «made in U.S.A.» (desde la aspiradora y el refrigerador hasta el poder nuclear), podrían insuflar en los humanos una euforia y arrogancia que harían el papel de Circe, pero sin los consejos de Hermes ni el auxilio de Atenea. □

Nirad C. Chaudhuri

Three Horsemen of the New Apocalypse

Oxford University Press, Nueva Delhi, 1997. 137 páginas. 10,99 libras esterlinas. ISBN: 019564189-2.

Las variantes del Valle Inclán juvenil

Por Alonso Zamora Vicente

Alonso Zamora Vicente (Madrid, 1916) ha sido catedrático de Filología Románica de la Universidad Complutense y secretario de la Real Academia Española. Su bibliografía recoge temas filológicos y literarios tanto clásicos como contemporáneos: desde Lope de Vega a Cela, pasando por Valle Inclán. Es autor, además, de varios libros de narrativa.

Llevamos ya largos años oyendo, con reiterada frecuencia, la existencia de una deuda con Ramón del Valle Inclán, el cada día más admirado escritor gallego. Creo que no hay erudito que, al acercarse por fas o por nefas, a las *Sonatas* no declame algún parrafito para destacar la necesidad de estudiar las variantes textuales de las cuatro novelitas. A alguno de estos críticos, tan ricos de lamentos, se le podría preguntar por la insuperable causa que le impide llevar a cabo esa depuración que tanto echa de menos. Lo cierto es que las famosas «variantes» aparecen, muy especialmente, en textos tempranos en la historia impresa de Valle Inclán: por lo general, son anteriores a 1907. En ese período, desde 1895 en que aparece *Femeninas*, Valle publica todo lo que hoy llamamos «obra breve», narraciones de corta extensión, editadas de formas múltiples y dispersas, que más tarde han ido a refugiarse en libros más voluminosos o en obras de mayor empeño, y acompañadas de otros textos breves, aparecidos en varias revistas y diarios: reunidas varias veces, son las que constituyen *Jardín umbrío* (1903), *Jardín novelesco* (1905, 1908); otra aparición de *Jardín umbrío* en 1914 y, por fin, en 1920. Apariciones y desapariciones, traspaso de algunos títulos a episodios en libros de mayor envergadura: *Flor de santidad*, *Sonata de otoño*, *Sonata de primavera*, *Romance de lobos...* En realidad, Valle empleó este sistema casi constantemente: lo certifican *Sonata de estío*, *Tirano Banderas*, etc. Javier Serrano Alonso, quien ya nos había dado excelentes trabajos sobre Valle Inclán, ha rastreado las huellas de estos impresos en las *Comedias bárbaras* y en algunos lugares de *El ruedo ibérico*. (No descuida los escasos titulillos que Valle no acogió: *Iván el de los osos*, con vida en México, 1892, y más tarde en *Blanco y Negro*, de Madrid, 1895, y *El bastardo de Narizotas* o *Correo diplomático*, de 1929-1933.)

Otra serie de emigraciones es la constituida por *Femeninas* (1895), *Corte de amor* (1903 y 1922), *Historias perversas* (1907), *Historias de amor* (1909). Algunas de las historias que en estos volúmenes sufren peregrinaciones, también figuran en los trueques introducidos en *Cofre de sándalo* (1909). Todavía a su muerte, Valle dejó preparado un tomo más: *Flores de almendro* (1936). (No sabemos su plan ni la importancia de su intervención personal en este agrupamiento.) Todo parece apuntar a que Valle deseaba llevar a cabo una edición conjunta y definitiva de su obra menor, en un solo tomo. Serrano Alonso ha tenido la exquisita paciencia de recorrer estas idas y venidas y destacar olvidos, enmiendas, erratas, etc., pequeñas mutaciones muchas veces, sí, simples erratas de imprenta, pero otras fruto de un consciente pulimento, experto manejo de la utilería literaria, que acabó por convertirse en un sistema de trabajo y de hábitos editoriales.

Javier Serrano Alonso ya ha demostrado anteriormente su vocación valleinclanista. En 1987 nos dio una valiosísima recopilación de *Artículos completos y otras páginas olvidadas* (Madrid, Istmo), que aproximó a nuestras dudas y curiosidades un riquísimo material, en muchos casos de difícil acceso. Ahora, con este libro, excelente complemento de la brillante tarea iniciada por Eliane Lavaud, *Valle Inclán, du journal au roman* (1888-1915),



Vallé Inclán hacia 1890.



Según un dibujo de Picasso.



Leyendo un periódico en una foto de Alfonso.



Vallé Inclán en 1926.

París, 1980 (traducción española, *La singlatura narrativa de Valle Inclán*, La Coruña, 1991), nos facilita las expediciones a través de estas dudas, vacilaciones o preferencias que las variantes acusan en la obra temprana de Valle (de alguna obrita en particular, *Beatriz*, ya se había ocupado Serrano en *Anthropos*, 158-159, págs. 69-74). En fin: debemos ante todo manifestar nuestro agradecimiento a Serrano Alonso por su meticulosidad, su dedicación a procurar la limpieza y perfección de la prosa valleinclaniana que, en estas obras juveniles presentaba, aquí y allá, notorios desmaños. Tenemos así ante nuestros ojos todos los caminos que los textos han transitado en las sucesivas reediciones. Se clasifican, ordenan y valoran hasta donde es posible. El tenaz bruñido que las variantes revelan, la ambición de claridad que las diversas alteraciones reflejan, quedan patentes y cerrados en sí mismos. Es un riguroso ejercicio de autocritica. La reforma llevada a cabo le parecía a Valle mejor que lo corregido, ya por razones estéticas, ya por las naturales exigencias de rectificar errores. Pocas veces podemos ver una razón de primera importancia, una explicación que renueve totalmente, ruidosamente, nuestra previa visión del escritor. Pero sí nos dan ocasión para meditar, desde fuera y sin prejuicios, sobre algunos rasgos de la escritura y de la personalidad de Valle Inclán.

Al hilo de tantas sugerencias como la lectura de las enmiendas nos despierta, será provechoso hacer algunas observaciones que nos ciñan la realidad de Valle Inclán en esos años aún dudosos frente al camino literario. Una es, por ejemplo, su especial actitud ante la ortografía. Desde que Melchor Fernández

Almagro publicó, en su valioso estudio sobre el escritor, la instancia en que Valle solicita de la Universidad de Santiago un cierto tipo de matrícula, 1888, donde escribe «alugno» por «alumno», no ha faltado la sonrisa más o menos expresiva. Ahora, ya agotados muchos años, se tiende a pasar por alto esa diferencia ortográfica y darla por olvidada. Pero me llama la atención que, hasta donde llega mi conocimiento, a nadie se le haya ocurrido pensar en la causa más fácil y más a la mano, como creadora de esa desconcertante «g». No, no tenemos que excusar a Valle, un Valle jovencillo, de maltratar la ortografía. Reducido el problema a sus justos términos, nos encontramos con que, en esos años, todavía lucha por imponerse en las áreas de la escritura en español, la norma académica. La ley Moyano (1857) obligaba a seguir los preceptos académicos en todos los grados de la enseñanza, y con los textos académicos en la mano (privilegio que ha desaparecido después de la guerra civil 1936-39; antes ya hubo otro tiento bajo el gobierno de Primo de Rivera y sus textos únicos) Valle nace nueve años después de la promulgación de la famosa ley. No es ninguna audacia suponer que, en los años de aprendizaje, a base de tareas caseras e individualizadas, sumadas a la lentitud que nos caracteriza, no hubieran penetrado los mandatos académicos en las rías bajas. En 1888, fecha del documento universitario, Valle Inclán no las tendría muy seguras, las normas, y quizá los funcionarios de la Universidad aún las tendrían más laxas. Es muy probable que ni siquiera la fonética castellana la tuviera perfecta nuestro escritor y, desde luego, la emplearía rotundamente revestida de la entonación gallega. Este Valle, que pertenece a una zona de rico espectro bilingüe (la palabra «alumno» no figuraría en su horizonte cultural, se le convertiría en un descubrimiento al llegar a las puertas universitarias) escribiría el castellano cotidiano como lo oía y como lo pronunciaba: con una intensa velarización de la nasal que cierra grupo o sílaba. (Todavía hoy, a pesar de la notoria castellanización, es rasgo muy vivo.) Valle no tendría la menor duda: si deletrea la palabreja, le suena esa nasal a «g», o un sonido muy aproximado. Valle nos está dando, con esa mentida falta de ortografía, una lección de fonética viva, en años en que la labor científica de Tomás Navarro, nuestro máximo fonetista, pertenecía a las sombras de un remoto futuro. Este escalón en su búsqueda del español que ha de configurar su literatura (el que oyerá más tarde en América no le ayudaría mucho, a pesar de su vivísima curiosidad: sería aún más conservador, con tintes de regusto dieciochesco en la sintaxis y el léxico, y romántico en la interpretación más usual) nos sirve a nosotros para intentar atrever el deslumbramiento que debió de sufrir Valle al tropezarse con la lengua coloquial madrileña, tan distinta de la exquisitamente seleccionada de sus propios textos, Rubén Darío en el horizonte último. Sus textos pre-

tendían, ante todo, negar operatividad a los realistas que publicaban al compás de su juventud (Alarcón: *El final de Norma*, 1855; *El escándalo*, 1875. Pereda: *De tal palo, tal astilla*, 1880; *El sabor de la tierra*, 1882; *Sotileza*, 1885; *Peñas arriba*, 1895. Valera: *Pepita Jiménez*, 1874; *Las ilusiones del doctor Faustino*, 1877; *El comendador Mendoza*, 1877. Galdós: *Doña Perfecta*, 1876; *Marianela*, 1878; *La de Bringas*, 1884; *Fortunata y Jacinta*, 1887). Tras envolver toda esa prosa en un veredicto de vulgaridad y acomodarse a las exquisiteces de su modernismo, el encononazo con el hablar madrileño debió de ser de proporciones avasalladoras, agigantadas: era una lengua formada con fraseología del género chico (el admirado y elogiado por Rubén en el prólogo de *Cantos de vida y esperanza*, 1905), lengua entremezclada, en ebullición clamorosa, con los cultismos exagerados y con frecuencia mal entendidos de la lengua de la administración (el derecho, la milicia, la ciencia pujante, la iglesia, el regusto de las guerras civiles), la lengua de la literatura paródica, el retintín parlamentario o el cortesano, y el enorme trasfondo dialectal que la intensa inmigración caída sobre Madrid añadía a la charla (especialmente rasgos sureños), colectividades que seguían largo tiempo apiñadas, sin acabar de integrarse (aún recuerdo las reuniones de los allegados, en determinados lugares de la ciudad, los días de fiesta, ruidosa masa de coterráneos, como un vago resurgir de las naciones medievales). Y añadamos los gitanismos, heredados del romanticismo, debilidad que había invadido todas las clases sociales (abundan los testimonios que aluden a ello), etc. Todos los componentes básicos de una lengua que, poco a poco, se fue extendiendo a todo el país y que, en 1920, es convertida por Valle, depurada y matizada, en extraordinaria hazaña artística: la lengua del esperpento. Son frecuentes los testimonios, recuerdos de amigos y coetáneos, etc., que nos hablan de la gran chulería de Valle, en su afán por hablar así, con léxico y desgarro madrileños, exagerando los tics representativos del habla popular. Lástima que, al grabar su voz para el Archivo de la Palabra, Valle no entendiera el alcance o la meta que se perseguía. Valle Inclán «no habló»: declamó, «recitó dramáticamente» un trozo de *Sonata de otoño*, con la variedad incluso de las voces que intervienen en el diálogo. La grabación no registró el habla del hombre Ramón del Valle Inclán, el explosivo gesticulador que, en tertulias y saloncillos, lanzaba a los cuatro vientos opiniones, sugerencias, quejas, genialidades políticas o literarias. Valle «representó» una escena de sus libros.

El trasfondo dialectal nos aclara el por qué de «bonsa», por «bouza», «matorral, bosquecillo, etc.», que, en *A media noche* (1892), acaba por ser sustituido por «robleda», en 1902. En primer lugar, hay una errata fre-



Viene de la página anterior



cuentísima: la «u» colocada al revés, equivocación más que frecuente en los viejos cajistas. Vamos así reduciendo el problema: «bon-sa» en «bousa». El otro posible error, «bousa» por «bouza», hay que considerarlo a la vista del origen de Valle, procedente de una comarca donde existe seseo en el gallego regional: el «falar dos pesqueiros», habla con la que Valle daría corporeidad a su gallego. En sus años juveniles, aún tendría más vigencia que en la actualidad y no se pondría nunca en discusión. El personal ceceo de Valle posiblemente obedecía a la misma causa. No sería lo que hoy llamamos «ceceo», sino una articulación de timbre ciceante, que, ocasionalmente, se acomodaría a la interdental castellana, hasta seguramente desaparecer a medida que el habla local se fuese abandonando. Valle encontraría, en un principio, en la articulación identificada con la castellana, un signo de superioridad, de complacida ortodoxia. Este seseo-ceceo todavía en 1942 y años siguientes se oía en el mercado de Santiago o en las fiestas multitudinarias en la carballera de Santa Susana: era muy perceptible una total confusión en los hablantes. Una maestra de Bueu me aseguraba que, en su clase, había un veinte por ciento de rapaces que ceceaban, rapaces de familias medias, no claramente iletradas. La «s» era normalmente pedorsal, mucho más aguda que la apical castellana. Este seseo-ceceo era el que en una tertulia de taberna, cuestras de Morrazo adentro, evocaba un hombre aún joven: en la guerra, rodeado de colegas meridionales, afirmaba, perentoria explosión de simpatía, que allí, en su tierra, comenzaba Andalucía. Y recordaba, con limpia carcajada desprendida del absurdo, cómo los colegas acusaban a los gallegos de robarles «eses» y «zetas». Al recurrir a «robleda», Valle elimina una inseguridad, instala su paisaje en fundamentos sólidos.

De otro tipo, pero también algo muy personal, son las comas que, en los escritos primerizos y en ediciones tempranas, aparecen entre sujeto y verbo. (Serrano recoge algunas opiniones.) Aparte de incidir nuevamente en la posible desobediencia de las normas, hay algo más. Esas comas retratan vivamente un hábito de nuestro escritor. Sabemos que recitaba, declamaba los trozos hasta que quedaban a su gusto, embebido en la musicalidad, en el ritmo. Y esa coma representa la pausa prosódica que, en buena entonación castellana, es forzoso hacer, incluso con clara elevación del tono. Son tales comas, sí, errores ortográficos, pero aciertos prosódicos. Esas comas han ido desapareciendo en las sucesivas ediciones, seguramente a manos de correctores, ya duchos en los apartados y subapartados de la «Ortografía» académica. En fin de cuentas, muchos de los «errores» nos están atestigüando la intensa preocupación de Valle por esa lengua, el español, a la que, en los primeros asedios, conforma para superar la inseguridad y lograr que todos sus resortes queden incorporados al repertorio vivo de su prosa.

Aparte de estos casos apoyados en un bilingüismo evidente, en el uso de una lengua recostada en otra de menor prestigio, otras variantes son luminosos testimonios de la sensibilidad y la cultura idiomáticas. Hay variantes que revelan perplejidad ante algunos hechos castellanos («pardusco», «parduzco»); se redondean trozos con la apelación a lugares literarios que Valle ha corregido o eliminado, etc. Valle delata hasta el fervor cervantino de los años iniciales del siglo (¡manes de don Francisco Rodríguez Marín!) y la difusa erudición sobre el *Quijote* típica de la educación finisecular. La supresión de «los relieves del yantar» en *Un cabecilla*, edición de 1895, frasecilla que para mi generación y otras posteriores fue chusca broma erudita, viene a aclararlo. Es la eterna, estomagante



Cubierta de uno de sus libros.



El escritor con parte de su familia.

seudo-cita de texto ilustre que, para la erudición del tiempo, era materia perseguible con máxima seriedad e inquebrantable tesón. En muchos casos, el posible origen se difumina en sombras ante la repetición oral, obstinada, venga o no a cuento. Detrás de esa frasecilla no hay más que la generalización de «relieves» por «sobras de la comida, residuos que quedan en la mesa o en la cocina, etc.», valor que, efectivamente, fue de la lengua clásica, y que Cervantes emplea normalmente («yantar» está aún vivo en varios sitios y fue muy escrita en los primeros libros noventayochistas, Azorín sobre todo). Valle pudo comprobar que no se trataba de un texto ilustre, documentable, sino que respondía a ocasional uso de chocarrería disfrazada de cultura literaria. Otros casos parecidos rebullían en la conversación y alguno pasa a su prosa, en otros lugares; todos son hijos de ese difuso madrileñismo que fingía así una sabiduría que no tenía en realidad. Los eruditísimos «relieves del yantar» son hermanos de «marcharse a la guerra de treinta años» (que asoma en *Los cuernos de don Friolera*), o de «los muertos que vos matais gozan de buena salud» o «¡llora como mujer!» o «hojas del árbol caídas juguete del viento son, las ilusiones perdidas son hojas, ay, desprendidas del árbol del corazón». Los gritos de *El diablo mundo* son venero pródigo para estos desahogos, solamente superado por la permanente cita de trocitos del *Tenorio*. El teatro histórico-poético y la herencia romántica que le arropaba contribuyeron copiosamente a la divulgación de este hábito. Raro es el número de *Madrid Cómic* donde no surja uno de estos trozos aplicado a sucesos, situaciones, etc., de la actualidad literaria o política. A este fervor literario hemos de achacar la inclusión en los diccionarios del léxico estrictamente cervantino («armazón» de caballería; «piedeamigo», cierto tipo de encadenamiento de los delincuentes; voces que a veces no son tales, ya que lo que las hace vivir es la carga de emociones contradictorias que Cervantes les añade). Hoy nos hace sonreír la presencia de comentarios críticos sobre «los relieves del yantar» (artículo denigratorio de Rubén y acaloramiento de Fernández Montesinos que no encontraba la frase en Pereda, a quien se atribuía, comentarios que Serrano recoge).

Algo muy parecido, huella de un desencuentro generacional, es el uso de las formas de pasado en «-ra», con valor de pluscuamperfecto de indicativo: «la cama donde durmiera cien años antes», «los títulos que



En el estudio de Romero de Torres.

honraran veinte de sus abuelos», etc. Valle ha ido cambiándolos a lo largo de su carrera, pero con cierta precaución, dejando muchos sin tocar. En esa forma verbal, hoy oficialmente censurada, se aúnan su presencia natural en gallego, su valor como arcaísmo castellano, e incluso una actitud cultural del tiempo, que lo recomendaba como enriquecedor de matices poéticos, nostálgicos, etc. Para Valle, además, no era difícil revestirla de vigencia inmediata ya que pudo comprobar su existencia en el español americano.

Si una supresión, la de «los relieves del yantar», nos ha conducido a un momento importante en la historia lingüística de Valle, también una adición nos sirve para algo análogo. El final del cuentecillo *Del misterio* (1905), abundantemente reeditado a una y otra orilla del Atlántico, y con notables diferencias, todavía en 1920 lo vemos sometido a la cuidadosa mirada de su autor: le añade un final muy significativo. El cuento venía acabando con una ceñida prosificación de unos versos de *El reino interior*, espléndido poema de *Prosas Profanas*. Valle se los apropia así: «...dejar que mi alma, toda llena de angustia, toda rendida al peso de torvas pasiones y anhelos purísimos, se asome fuera de la torre donde sueña cautiva hace treinta años». Pues en 1920, ya lejos el paso terreno de Rubén, añade este final: «¡Ahora mismo estoy oyendo las silenciosas pisadas del Alcaide carcelero...!» Y es en 1920. ¿No podemos ver en esta exclamación una muestra de la insatisfacción plena ante la obra modernista? El aire de burla, de exageración desencantada y bromista me parece innegable. Valle está envolviendo en discreta zumba la torre de Rubén y la propia: ambas son igualmente lejanas, literarias, falsas, discutibles. Eran ya muchos años de modernismo vaciándose. Me ha gustado siempre ver en ese añadido una exultante proclamación de libertad.

Verificamos ahora cómo se amplifican y

adquieren flecos hirientes los textos arreglados al parecer por ocasionales e insignificantes motivos. Basta con cambiar unos grados el ángulo de mira. Valle es un autor próximo, muy próximo a nosotros, pero ya no es un contemporáneo. Van muy deprisa los cambios del gusto, de la sensibilidad, etc. Ahora, en nuestros días, innumerables cuestiones bordean su escritura y el crítico consciente ha de ordenarlas, sopesarlas, resolverlas. Es decir, Valle es ya un clásico y hay que ir descubriendo nuevas cargas de sentido a su producción. Para un comentarista actual, muchas de las voces que palpitan en los esperpentos son ya materia analizable. No es fácil convencer a un crítico de hoy de que esas bromas, esos giros con frecuencia desvergonzados, formaban parte de mi lengua de joven universitario, como revulsivo contra la lengua ortodoxa y solemne de las generaciones anteriores. Hoy me parece fuera de toda duda que esa lengua tuvo que suponer para Ramón del Valle Inclán una reacción mucho más profunda que la provocada por los cultismos de Rubén, al fin y al cabo erudición libresca, alejada del temblor de vida que esconde el esperpento. Obligación del crítico es detenerse, con el máximo respeto, ante estos cambios, y no dejarse llevar por condenas o definiciones tajantes. La evolución del estilo de un gran escritor es algo muy resbaladizo, arropado por innumerables asechanzas cambiantes. Serrano Alonso ha sabido dedicar con innegables frutos su tiempo y su saber a bucear en la expedición de Valle tras su propia lengua. Aventura saturada de tropiezos, quiebros y también de pasajeros, aunque deslumbrantes, gozos. Hemos de felicitarnos por ello y alegrarnos por esta maraña de cambios, añadidos y pérdidas que Ramón del Valle Inclán nos ha legado: adivinaba que le sucedería un ancho espacio de admiración y afecto, esa geografía que solamente mima a los grandes creadores. □

RESUMEN

Zamora Vicente, buen valleinclanista, agradece en su comentario la meticulosa dedicación de Javier Serrano Alonso a la limpieza y perfección de la prosa juvenil de Valle Inclán —ése es el objeto del libro analizado—,

que presenta plurales descuidados y que, en definitiva, muestra la aventura personal del escritor gallego buceando en su propia lengua; una aventura con tropiezos, quiebros y deslumbrantes gozos.

Javier Serrano Alonso

Los cuentos de Valle Inclán

Universidad de Santiago, Santiago de Compostela, 1997. 543 páginas. 2.692 pesetas. ISBN: 84-8121-467-1.

Historia y leyenda de Emiliano Zapata

Por Ángel Fernández-Santos

Ángel Fernández-Santos (*Los Cerralbos, Toledo, 1934*) es periodista, escritor (autor, entre otros libros, de *Más allá del Oeste*) y guionista cinematográfico (*El espíritu de la colmena* y *El Sur* de Víctor Erice, y *Madregilda y Padre nuestro*, de Francisco Regueiro). Es crítico de cine en el diario *El País*.

En 1952, año del estreno de la película *¡Viva Zapata!*, ni su director, Elia Kazan, ni su escritor, John Steinbeck, que en sus años de juventud probaron suerte uno en la militancia y otro en la apoyatura exterior de organizaciones políticas y sindicales de la izquierda estadounidense, conservaban su antaño sólida influencia en los despachos y las bambalinas de estas organizaciones. A Steinbeck se le consideraba en ellas un «outsider» errático y poco fiable, un poeta del desarraigo y la pobreza, humanista políticamente inconsistente, y a Kazan se le ofrecía, con una violenta mueca de rencor, la espalda por haberse convertido en un comunista delator de sus compañeros de partido ante la inquisición fascista del senador Joseph McCarthy. Y esto, aunque la izquierda intelectual de Estados Unidos se encontraba por entonces en medio del «naufragio en sus piscinas» con que Orson Welles describió con sorna y crueldad su bancarrota, daño y distorsión la recepción de la película, que fue anatematizada como falseadora en México (con raras excepciones, como la de Carlos Fuentes, que osó defenderla) y como coartada justificativa de la mala conciencia de sus autores en Estados Unidos, al mismo tiempo que en gran parte de los ojos críticos de la izquierda europea (la mayoría serviles al estalinismo), pocos se apercibieron del extraordinario vigor formal del filme y anidó la impostura de que tanto Steinbeck como Kazan carecían de autoridad moral, y por ello artística, para adentrarnos en la vida de un revolucionario tan limpio como Emiliano Za-

pata, que fue primero alma de la insurrección de los campesinos de Morelos y más tarde una personalidad política y moralmente eminente, mucho más compleja de lo que a primera vista parece, tanto de la forja del período de ascenso como, después de su asesinato, de la caída del impulso inicial de la revolución mexicana. De ahí que la película fuese contemplada en Europa con recelos y hubo quienes la menospreciaron e incluso la tildaron de estetizante y reaccionaria, cuando hoy es temerario resistirse a ver en ella una cumbre del cine moderno, además de un canto, de elevado vigor trágico, al punto de arranque de los combates por la tierra y la libertad de esa casta de parias mexicanos que hoy mismo duermen su hambre con un tiro en la espalda en las cunetas de los caminos de Chiapas. En la figura de Zapata confluyen y se funden historia y leyenda, y la celebre película es un engranaje de la prolongación hasta nuestros días de este hondo y fértil encuentro, todavía vivo y actuante, entre la idea y el mito de la emancipación de un pueblo sojuzgado.

El libro *¡Zapata!* está comentado y editado por Robert Morsberger y propone la revisión de los cimientos (es decir: de la totalidad de su escritura) de esta hermosa película, mediante la publicación de los dos escritos, el de arranque (cuyo manuscrito, hasta ahora inédito, fue encontrado en 1990 en unos archivos de la biblioteca de la universidad estatal de California) y el definitivo, de John Steinbeck, previos a su rodaje, junto a un estudio de su editor del proceso de afinamiento del novelista en el uso de las, abruptas y difíciles de transitar, peculiaridades de la escritura cinematográfica, afinamiento tan provechoso que, con los antecedentes a que luego aludiré, condujo a la traslación casi literal, dada su insuperable hechura, del segundo escrito a la pantalla. La escritura literaria de Steinbeck penetró fácil y hondamente en el cine, y basta para ponerlo de manifiesto recordar, entre alrededor de una veintena, las películas *De ratones y hombres*, realizada por

Lewis Milestone en 1939, con guión de Eugene Solow; *Las uvas de la ira*, una de las obras mayores de John Ford, realizada en 1940, sobre un extraordinario guión de Nunnally Johnson; *Tortilla Flat*, que aquí se tituló *La vida es así* y fue dirigida en 1942 por Víctor Fleming a partir de un hábil guión de John Lee Magin y Benjamin Glazer; *The Moon is Down*, realizada por Irving Pichel en 1943, sobre otro excelente guión de Nunnally Johnson; *Náufragos*, dirigida en 1944 por Alfred Hitchcock, con un muy habilidoso guión de Jo Swerling; y *Al este del Edén*, que también llevó a la pantalla Elia Kazan en 1955, con un magnífico guión de Paul Osborn.

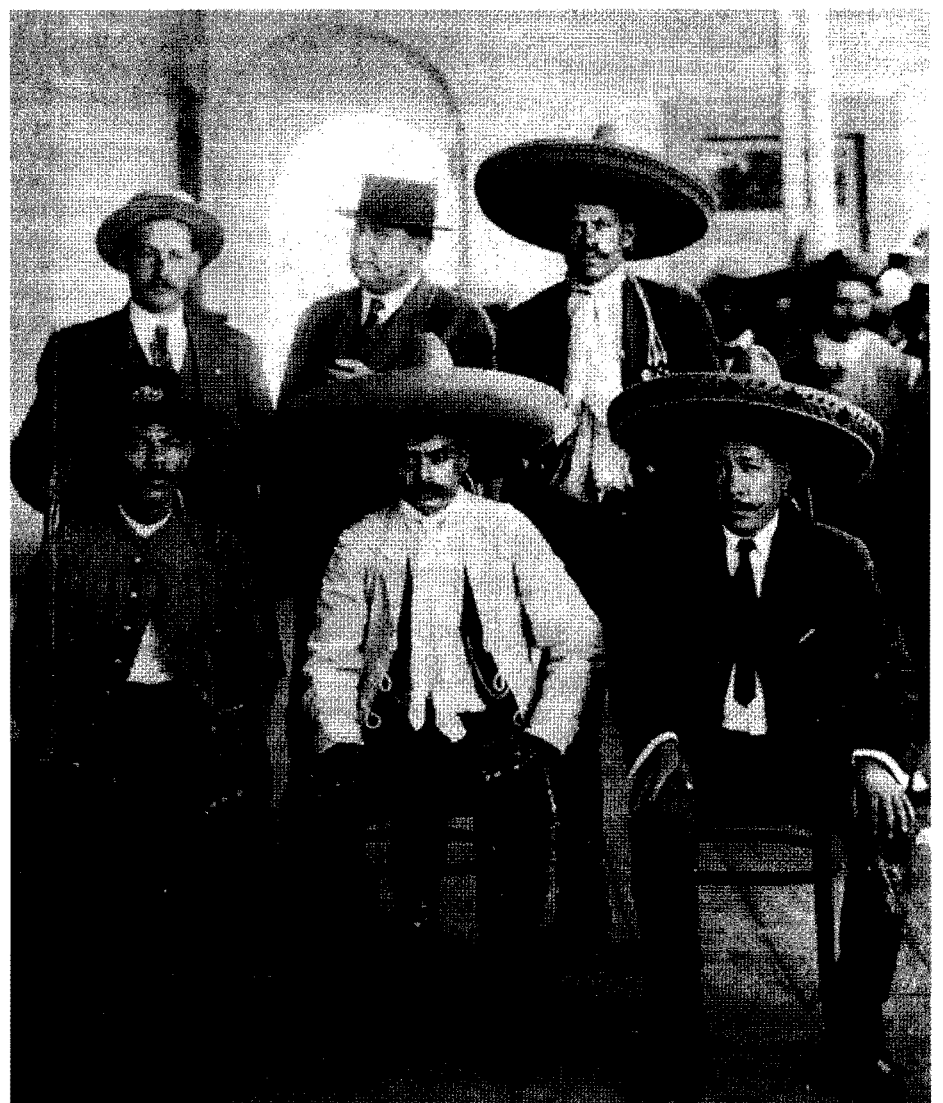
Pero nunca hasta *¡Viva Zapata!* afrontó Steinbeck la tarea de escribir a solas una película de esta envergadura y de cabo a rabo, y en el salto entre los dos manuscritos (el prolijo y balbuciente texto preparatorio y el extraordinario guión de rodaje) refleja la solvencia y, lo que es más sorprendente, la facilidad con que adquirió cuerpo de maestría su movimiento hacia el dominio de la especificidad de la escritura cinematográfica. Unos años antes, en 1948 y 1949, Steinbeck intervino personalmente en la escritura de los guiones de *La perla* y *El pony colorado*, pero, por un lado, allí trabajó resguardado por el buen oficio de los curtidos Emilio Fernández y Jack Wagner; y, por otro, la envergadura y la calidad de estas conversiones en cine de dos de sus relatos están muy por debajo de aquellas otras películas, escritas sin su presencia. Y el brote de perfección que surgió en *¡Viva Zapata!* carece por ello de verdaderos antecedentes y tiene, pese al equipaje de mano que esos dos trabajos de aprendizaje proporcionaron al novelista, cierta condición, aunque no de inesperado, sí de súbito. Un guión de la riqueza, la exactitud y la dificultad (se trata nada menos que de una medidísima caza visual de lo desmedido, de un esfuerzo por abarcar lo inabarcable) del que sustenta a *¡Viva Zapata!* tiene el inconfundible aroma de los que provienen de ojos con las pestañas

chamuscadas por miles de horas de encierro en las cinematecas para bucear dentro de las tripas de las grandes películas. Y ese peculiar pulimento de la energía imaginativa no era precisamente lo que Steinbeck llevaba dentro de su mochila de narrador vagabundo cuando lo escribió, o cuando, porque lo llevaba madurado dentro, acabó expulsándolo de golpe.

En el primer escrito (que el novelista tituló *Zapata, the Little Tiger* y que no es un guión en sentido estricto, sino el vertido de un ancho caudal de indagaciones sobre el personaje Zapata y su mundo) John Steinbeck nos proporciona una minuciosa, aunque agolpada y desmembrada, exploración de la vida del revolucionario y de sus huellas en la convulsa etapa de la historia mexicana en que le tocó ser cuerda y nudo. Es ésta la primera vez que se publica y aunque se trata de un escrito de literato experto en ocasiones brillante y siempre bien documentado y muy rico en contenidos, formalmente no va más allá del balbuceo, en parte noticiado, en parte relatado y en parte dramatizado, de un escritor que juega, mitad con armas de reportero y mitad de dramaturgo, a explorar un territorio que todavía no ha transitado a fondo y que, sin serle del todo ajeno, le extravía, le sobrepasa y en algunos recodos de su itinerario le deja inermes, desprovisto de recursos expresivos. En cambio, el segundo guión exhibe una sorprendente, por altísima e incluso refinada, precisión de genuino y superdotado escritor de cine, y los dos años de vacío que separan la escritura de uno y de otro se llenan así con la percepción por el lector del ahínco del novelista por hacer aflorar su instinto, hasta entonces soterrado, de hombre de cine, lo que no puede ser ajeno a aquella aludida facilidad de la narrativa literaria de Steinbeck para «entrar», recompuesta y transfigurada por la pluma de otros, en la narrativa cinematográfica, sino indicio de que dentro de ella hay, en estado latente, puro cine, páginas y más páginas

En Xochimilco, Zapata (sentado en el centro) y sus mandos esperan la llegada de Villa.

Emiliano Zapata. Retrato oficial.



CORTESIA EDITORIAL

Viene de la página anterior



John Steinbeck y Elia Kazan (con un puro en la boca), durante la preparación de la película.



Marlon Brando (Zapata, sentado) y tras él Anthony Quinn interpretando al hermano de Zapata, Eufemio.



Emiliano Zapata, en la película de Kazan corteja a Josefa, interpretada por Jean Peters.

que están pidiendo su conversión en imágenes y una pantalla sobre la que desplegar y deslizar una parte de su potencial expresivo, que de no producirse quedaría inconcluso.

En la redacción del segundo (y definitivo) guión pueden aislarse muchos momentos en los que se perciben, a través de aplicaciones muy habilidosas y sagaces de trucos de trabajo, las huellas dactilares del oficio de un profesional (el productor Jules Buck, un ex guionista de los llamados artesanos, poco creativo pero buen conocedor de las rutinas, maturrangas, artimañas y picardías de la escritura de una película) que, por encargo de Darryl Zanuck, jefe de los estudios 20th Century Fox, que asumió la producción del filme, asesoró y ayudó a Steinbeck a construir la «pista de despegue» de *¡Viva Zapata!* Fue ésta, con toda probabilidad, una contribución importantísima para el novelista, pues mediante ella pudo jerarquizar con tiralíneas mental los sucesos que manejaba y tender las líneas maestras (eso que, para seguir dentro de las jergas de los elaboradores de películas, llaman una «escaleta») de su futuro guión. Pero hay también otras huellas dactilares de mayor calado en las páginas del manuscrito final, pues en él se perciben giros y hallazgos de elegante y peculiarísima sutileza, propios de un consumado conocedor de las rutas interiores de la escena y del «tempo» secuencial. Se observa este rasgo de cineasta mayor en algunos prodigiosos encadenados de imágenes, como los que preceden a la captura de Zapata por los «federales» y su liberación posterior por los guerrilleros campesinos, que son brillantísimas tacadas de sucesos trufados con un exquisito ejercicio de ritmo interior dentro de los esplendorosos juegos de réplicas y contrarréplicas por donde Steinbeck hace discurrir las cuatro escenas que comprimen el idilio y el casamiento de Emiliano con Josefa, entre las que se encuentra la célebre escena, bordada por el genio interpretativo de Marlon Brando y Jean Peters, de su noche de bodas, donde ambos acordes (el de la lucha política y el de la pugna amorosa) se entrelazan y unifican en uno de los más intensos y conmovedores momentos del cine moderno.

En esta admirable zona central de la película, todavía en estado de escritura, hay algo impreciso y no fácil de aislar, que sólo puede provenir, porque recuerda vivamente algunas composiciones identificadoras de su pronunciado estilo, de la mano de Elia Kazan. Éste no intervino nunca personalmente en la escritura del guión, pero durante las semanas que Steinbeck viajó de su casa de Salinas, en los alrededores de Los Ángeles, a Nueva York, para discutir y acordar con él resoluciones de la estructura, enfoques de los personajes, zonas subterráneas de la fic-

ción, tonos, ritmos y rincones de la trama argumental (se cuenta también, aunque el libro no habla de ello, que fue Kazan quien sugirió la invención del personaje, no verídico, del periodista que interpreta el gran Joseph Wiseman, que es el inteligentísimo hallazgo de un eje para la inteligibilidad de todo el discurso histórico) de la futura película, es más que probable que el director vertiese en los oídos del novelista atajos expresivos que éste incorporó más tarde al pulimento y desarrollo de la escaleta deducida del primer (y falso) guión, cuyos folios extendió en la mesa de un café de Broadway frente a la mirada puntiguda de Kazan.

Complicidades del oficio

De lo descrito salta uno de los destellos más vivos de este notable libro, no siempre fácil de leer desde fuera de complicidades del oficio de la escritura de cine. Me refiero a su poder mostrador de mecanismos interiores de la elaboración de una película, esa apretada zona subterránea que no se percibe en la pantalla, pero que, sin embargo, sostiene, desde el nebuloso entramado de las tripas ocultas de ésta, la armazón del relato y la arquitectura de una ficción que contemplamos sin respirar en la pantalla. Un filme bien hecho discurre con pasmosa ligereza, se mueve con absoluta fluidez y (a veces, aunque no siempre) impregna sus duraciones con una inexplicable transparencia. Pero, por debajo de la agilidad del deslizamiento de la imagen, hay en las películas bien hechas una vasta materia oscura invisible y una laboriosa hilazón de cabos sueltos que luego, en la pantalla, se manifiestan tan perfectamente anudados que pasan inadvertidos a la mirada del espectador. Son éstos los ejes estructurales que proporcionan a imágenes proyectadas sobre una superficie plana esa su misteriosa condición de esculpidas, que ha sido descrita como la paradoja, inimaginable fuera del cine, de la conversión de un lienzo en un bajorrelieve.

A esto hay que añadir la capacidad elíptica (creación de saltos temporales incrustados en las ranuras de los encadenamientos) y la fuerza compresora (invención de apretadas síntesis en los comportamientos y en los sucesos) de la imagen, dos recursos de captura del tiempo por la pantalla que permiten a ésta agolpar y fundir en un único hilo de duración (lo que llamamos secuencia) multitud de hilachas informativas, ordenaciones de evidencias y de sugerencias, jerarquías en los hilos de la emoción o de la inteligibilidad y frondas de sucesos mínimos, que más tarde, durante su contemplación, imprimen en el discurrir del filme una sen-

sación de liviandad que en realidad encubre la espesura de lo que conocemos por densidad o, si se quiere, gravedad. Si la escritura de una película es, ante todo, construcción de esa película, el andamiaje interior e incapturable de *¡Viva Zapata!* está ahí, se percibe materialmente en este libro y, al contrario que en la pantalla, es reconocible en forma de tripas de ésta. El novelista profesional Steinbeck bordó, en funciones de guionista casi ocasional, un trabajo de hombre de cine de primer rango, puesto que el de *¡Viva Zapata!* es uno de los más perfectos guiones que se han escrito y filmado, a la altura de los prodigios (para no salir de la estirpe de los escritos por literatos) construidos por Jean Cocteau en *La bella y la bestia*, James Agee en *La noche del cazador* y André Malraux en *La esperanza*.

Dieciocho años después de hecha la película, en 1974, Kazan contó al crítico francés Michel Ciment, autor del libro *Kazan por Kazan*, que fue él quien propuso a los directivos de la Fox hacer una película sobre Emiliano Zapata, y que éstos, en concreto Zanuck, recordando probablemente el dineral que dio a ganar en 1934 *¡Viva Villa!* (una vistosa y trepidante, pero poco creíble, recreación de Raoul Walsh, Edgcomb Pinchon y Wallace Beery del otro gran jefe revolucionario mexicano) aceptaron su propuesta. Kazan conocía a Steinbeck, era vecino suyo durante sus estancias en California, y quedó admirado, tras contarle su encuentro con Zanuck, por la respuesta del escritor de que él había trabajado muchos años precisamente en la escritura de una frustrada película (un documental con elementos de ficción, destinado a la lucha antifascista, que iba a dirigir Herbert Kline) sobre ese mismo hombre. Fue ahí donde Kazan conoció, al menos en parte, el primer escrito de Steinbeck del que germinó *¡Viva Zapata!*, cuyos primeros apuntes, tomados en vagabundeos de camino en el ámbito natal del revolucionario, se remontaban a veinte años atrás. Y fue también Kazan quien comunicó a Zanuck el hallazgo del filón que Steinbeck tenía apilado en un pol-

voriento carpetón olvidado y lleno de una enorme materia directa, no pulida, amasada lápiz en mano con testimonios orales de centenares de personas que conocieron a Zapata y en las que había indagado (el novelista hablaba con fluidez en español) los entresijos no domesticados por los historiadores y los políticos de aquel mito viviente, que cayó acribillado en 1919, en la emboscada que le tendió un emisario del presidente Carranza, carnicería que sembró en la película una escena de desenlace de portentoso vigor.

Un análisis, no un guión

Corría el año 1947 cuando *¡Viva Zapata!* comenzó su período de gestación. Steinbeck viajó a México, al rodaje de *La perla*, y recuperó los hilos de su vieja pasión por Emiliano Zapata. En 1948 viajó otra vez acompañado por Kazan, para abrir paso a la mirada del director en los escenarios del relato. Y a finales de 1949 envió a Darryl Zanuck el manuscrito de *Zapata, the Little Tiger*. Éste lo hizo llegar a Jules Buck, su asesor en materia de guiones, quien dijo: «Es un análisis concluyente de la Revolución, pero no es un guión». Y comenzó aquel asombroso período de aprendizaje que antes referimos, que tuvo su punto de encrucijada a finales de 1950, cuando Steinbeck, que consideraba concluido el trabajo, recibió una llamada de Elia Kazan (inmovilizado en su ciudad por un trabajo escénico) que llevó al novelista a Nueva York en enero de ese año. A finales de abril, con la carga sugeridora de Kazan sonando dentro de sus oídos, Steinbeck volvió a California y a vuelapluma rehizo y afinó su trabajo hasta convertirlo, antes de la llegada del verano, en el prodigio que sustenta la película. Luego, una vez hecha, sólo pervive ésta, mientras el descomunal esfuerzo de Steinbeck reposa para siempre dentro de ella, conformando la vasta materia invisible que la sostiene. La fuerza de este libro proviene de que nos deja ver lo que la película oculta, su sistema arterial, su sangre y su aliento.

RESUMEN

Cuando se estrenó en 1952 la película *¡Viva Zapata!*, ni Elia Kazan, su director, ni John Steinbeck, el novelista autor del guión, estaban en buena situación política, cada uno por diferentes motivos, como para defender la figura, legendaria y mítica, del revolucionario mexicano.

Todo esto perjudicó la aceptación de una película que Ángel Fernández-Santos, al comentar la edición de los dos textos de Steinbeck, de los que surgió, considera como una de las grandes del cine norteamericano y que se benefició, además, del excelente guión de Steinbeck.

John Steinbeck

¡Viva Zapata!

Ediciones del Imán, Madrid, 1996. 396 páginas. 4.100 pesetas. ISBN: 84-89133-02-6.

Tiempo y clima

Por Antonio López Gómez

Antonio López Gómez (Madrid, 1923) ha sido catedrático de Geografía en las Universidades de Oviedo, Valencia y Madrid (Autónoma) y es profesor emérito en esta última. Miembro de la Real Academia de la Historia y de la Real Academia de Doctores, ha sido director del Instituto «Sebastián Elcano» de Geografía, del CSIC, y dirige la revista Estudios Geográficos. Es autor de libros como Geografía de las terres valencianas, Estudios sobre regadíos valencianos, Los transportes urbanos en Madrid y coautor de El clima de las ciudades españolas.

Las cuestiones climáticas y su explicación, antes genuinas de especialistas, han despertado el interés general desde hace pocos años y en gran medida gracias a los medios de comunicación; ahora ya es corriente hablar de frentes y borrascas, de anticiclones y tiempo estable, etc. En la enseñanza media sólo se exponían algunos rasgos básicos que luego quedaban arrumbados en el almacén de la cultura general. Ahora son temas vivos y se han hecho populares los «hombres –o mujeres– del tiempo» con los mapas de isobaras o líneas de igual presión que conforman las altas y las bajas, con sus siglas A y B, los semicírculos rojos de los frentes cálidos y los picos azules de los fríos o las formaciones de nubes vistas desde satélite, con las vistosas espirales de las borrascas. Es curioso que la demanda de información sea hoy acentuada entre los urbanos, en buena parte por el ocio finisemanal y los viajes que generan la preocupación por el tiempo, antes propia de las gentes del campo y del mar. Pero no son sólo los hechos habituales los que definen el clima, también los esporádicos muy acusados e incluso catastróficos, como las grandes nevadas, las sequías, las inundaciones, etc.; en España, por ejemplo, son ya tristemente célebres las «gotas frías» mediterráneas o las borrascas extraordinarias como las pasadas. Más aún, están llegando al gran público cuestiones más complejas y lejanas como las «corrientes en chorro» de las grandes alturas, la influencia del «Niño» del Pacífico oriental o el resultado de las emisiones de gases con las «lluvias ácidas», el agujero polar del ozono, el «efecto invernadero» y el posible cambio climático, sobre las cuales se habla a veces con tanta ligereza. También cuestiones de acción local como la mayor temperatura de las ciudades y la llamativa «isla de calor» nocturna con varios grados más que el campo.

Todo ello era inimaginable hace pocos años y es resultado también de la aceleración en las investigaciones. Permítaseme unos ejemplos: en España el conocimiento de la corriente en chorro empieza a extenderse entre los estudiosos en la década de 1950, el análisis de una «gota fría» se inicia con motivo de las inundaciones de Valencia en 1957, los primeros perfiles térmicos urbanos los obtenemos en Madrid a comienzos de los 80.

No podemos entrar aquí en el desarrollo de la Meteorología en España, que requeriría bastante espacio, hemos de ceñirnos a los estudios geográficos de Climatología. Se hallaban en notorio retraso pero han experimentado un gran impulso en las últimas décadas, paralelo al general de la Geografía en las Facultades de Letras desde los años 50 y 60; ya hay asignaturas específicas y son bastantes los investigadores con tesis doctorales climáticas, los artículos en revistas y comunicaciones a congresos, incluso con una reunión anual de especialistas, todo impensable antaño.

Para el conocimiento de las cuestiones climáticas, como en cualquier disciplina, son básicos los buenos manuales y ya contamos con varios españoles, no sólo sobre nuestro clima sino también de tipo general; el reciente,

que vamos a comentar, se debe a Antonio Gil Olcina, catedrático y director del Instituto de Geografía de la Universidad de Alicante, y Jorge Olcina, profesor titular de la misma (sin parentesco mutuo), bien conocidos de los geógrafos por sus publicaciones, ahora con un volumen de cerca de 600 páginas en el que se abordan con detalle y rigor todas las cuestiones de conjunto. Significa una panorámica muy precisa de la Climatología actual y sus problemas generales, sin entrar en el clima específico de los diversos espacios terrestres que se reserva para otro volumen. Su interés se acrecienta por incluir no sólo los temas que podríamos llamar clásicos, sino también aquellos más nuevos o llamativos, antes aludidos; también los que son objeto de revisión actual como los frentes, convergencias, anticiclones móviles, etc. No es un libro de divulgación o de gran público, sino un excelente y completo tratado universitario, escrito de manera muy precisa y en lenguaje asequible para cualquier estudioso de cierto nivel. Sin duda hay cuestiones complejas, reservadas para especialistas, por ejemplo, las referidas a la acción mecánica planetaria, pero se explican con claridad para el no avezado en física y con pocas, las impresionables, fórmulas matemáticas. Es una obra a la vez de estudio y de consulta, con una buena exposición de los temas más actuales, pero también el curioso –de cierto nivel, repetimos– puede hallar respuestas a los grandes interrogantes que llamen su atención. Diríamos que es polivalente y por eso la comentamos aquí.

Rasgos generales

Dada su extensión nos ceñimos a los aspectos que parecen más novedosos o atractivos. Los dos capítulos iniciales representan una amplia introducción histórica y metodológica. Primero se hacen consideraciones generales sobre Meteorología y Climatología, en íntima relación, como el tiempo y el clima, ya que éste es la sucesión habitual de tipos de tiempo o situación en un momento determinado. Incidentalmente apuntaremos lo erróneo de decir «una climatología adversa», con ocasión de condiciones normales desfavorables o bien de situaciones malas; lo adverso en uno u otro caso será el «clima» o el «tiempo», no la ciencia que lo estudia. Asimismo se exponen los diferentes enfoques de la Climatología y sus métodos.

Siguen extensos apartados sobre las grandes etapas históricas, considerando cuatro: la precientífica, los siglos XVII-XVIII, el XIX y el XX con sus grandes avances. No es posible ni siquiera un breve resumen y sólo diremos que constituyen apretada exposición de una treintena de páginas, mucho más extensa de lo habitual en obras generales; por su gran interés pediríamos a los autores la redacción de otra obra exclusiva sobre tales temas.

Un segundo capítulo informativo, muy útil, se dedica a los datos para el estudio del tiempo y el clima: servicios meteorológicos, observaciones, boletines, satélites, radares, etc.

En lo que que consideramos segunda parte se estudia la división de la atmósfera y los elementos del clima con diversos capítulos, precisos, claros y de suficiente amplitud, sobre las temperaturas, estabilidad e inestabilidad, el agua en la atmósfera, la presión, centros de acción y masas de aire, vientos y, por último, el balance energético planetario que, junto con la rotación terrestre, decide la dinámica atmosférica. Apuntemos de paso algo que llamará la atención del no especialista: en toda la obra se emplea para la presión el «hectopascal» (hPa) del sistema internacional, equivalente al ya popularizado «milibar» (mb) del sistema CGS, sustituto del antiguo «mi-

límetro» de mercurio (760 mm de la presión normal = 1013 mb = 1013 hPa). Para el gran público ha de recordarse también la explicación sobre el frecuente error de asimilar siempre alta presión con aire frío y baja con cálido; ciertamente esos centros de acción pueden ser de origen térmico, pero también dinámico, por ejemplo es así, con aire cálido, el tan conocido anticiclón de las Azores. No podemos entrar en el examen detallado de esta parte que, en cierto sentido, podríamos llamar «clásica» en su concepción, aunque se exponen todas las innovaciones modernas. Baste apuntar que proporciona una exacta y precisa información, esencial para comprender después las interrelaciones de esos elementos en los procesos climáticos.

Ha de destacarse la inclusión de cuestiones, quizás nuevas para algunos lectores, pero ya consideradas básicas; especialmente el balance energético y las leyes del torbellino que se explican bien en el texto. La primera de éstas es la conservación del torbellino absoluto que determina la circulación general del oeste en latitudes medias; la segunda es la conservación del momento de rotación, esencial en latitudes intertropicales, como resultado de la cual allí el flujo es del este.

Varios capítulos se dedican a las zonas de la circulación general, capitales para comprender los hechos climáticos de conjunto y con exposición muy completa, más de lo habitual. Primero una síntesis global en superficie y en altura, después un preciso y amplio resumen de la evolución de los modelos de circulación desde el de Halley (1686), tan notable para su época, con la hipótesis de la «chimenea ecuatorial». Con aportaciones sucesivas de otros autores, el mecanismo básico termoconvectivo se mantendrá hasta la década de 1940 en que, con el descubrimiento de las corrientes superiores, las aplicaciones de las leyes mecánicas antes aludidas, etc., empiezan a plantearse modelos nuevos.

Las grandes zonas terrestres

Estudiados los rasgos generales, se pasa al detalle de las tres grandes zonas: latitudes medias, altas subtropicales y zona intertropical. En las primeras, en la troposfera superior la temperatura y la presión decrecen desde latitudes subtropicales a los polos, el rozamiento es despreciable y grande la fuerza aparente de Coriolis (desviación hacia la derecha en nuestro hemisferio y a la izquierda en el austral a causa de la rotación terrestre), con ello los vientos no siguen el gradiente trópico-polo, sino que son casi paralelos a las isobaras, configurando una gran baja centrada en cada polo, es decir, una corriente general de oeste a este, con acusados máximos o «chorros» de 150 km/h. o más. En cambio, en superficie la diversidad de tierras y mares origina contrastes térmicos y de rozamiento con campos de presión distintos que interfieren dicha circulación, sobre todo en el hemisferio norte, dando lugar a borrascas frontales, depresiones de otra naturaleza y anticiclones térmicos.

Hecho singular, que ya ha trascendido al gran público, son las «corrientes en chorro» o «jet-streams», descubiertas por los aliados en la Segunda Guerra Mundial porque en los vuelos muy altos, los aviones encontraban poderosas corrientes del oeste. Multiplicados después los radiosondeos fue posible su identificación, principalmente por Rossby y la llamada «escuela de Chicago». Parecen estar en relación con el fuerte contraste térmico entre el aire polar y el tropical y tienen lugar a gran altura, unos 9.000 m., con longitud de varios millares de kilómetros, anchura de unos centenares y espesor de unos kilómetros, con velocidades en el eje de más de 100 km/h. Llegando con frecuencia a los 200 o 300. Primero

se descubrió el «chorro polar», asociado a dicho frente, después otro en invierno más próximo al polo, denominado «chorro de la noche polar», asimismo otro a latitudes de 25-35° o «chorro subtropical» y, finalmente, ya en el dominio tropical otro más alto y de dirección opuesta, del este.

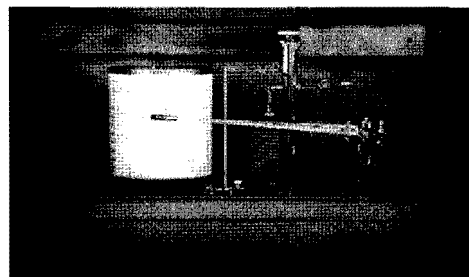
De una manera general la circulación del oeste presenta una forma ondulada (3-6 ondas en el hemisferio norte), las llamadas «ondas largas de Rossby», en unos casos con alta velocidad (chorro fuerte) y poco acentuadas, en otros con menor velocidad y muy acusadas crestas y vaguadas, determinando circunstancias muy diferentes en la evolución del tiempo en superficie. En los comentarios de las televisiones o periódicos se alude a veces a tales hechos, aunque no aparecen en los ya familiares mapas de superficie, por ejemplo «llegada de aire frío en altura por una vaguada» con inestabilidad y lluvias, en tal caso resulta de comprensión difícil para el gran público; sería bueno que, alguna vez por lo menos, también se presentaran situaciones de altura. Es en estas circunstancias más complejas cuando se aprecia mejor la diferencia entre el comentario del profesional y del simple lector.

El fenómeno más importante de nuestras latitudes es el de los «ciclones extratropicales» de los científicos asociados al «frente polar». Su descubrimiento, a finales de la Primera Guerra Mundial, ha sido el más decisivo para el conocimiento del tiempo y el clima; se debe al noruego V. Bjerknes y sus colaboradores de la «escuela de Bergen». El éxito en la previsión fue extraordinario y hasta hoy es el método más utilizado en todas partes. Como es sabido, se basa en la separación, por una discontinuidad abrupta y en plano inclinado o «frente polar», entre el aire frío polar, más pesado, y el subtropical, cálido y más ligero; en ese frente (su intersección con la superficie terrestre determina la línea representada en los mapas) se producen ondulaciones con un frente cálido delantero (llamado así porque detrás viene aire caliente) y otro posterior frío, en ellos asciende el aire cálido sobre el otro más pesado y se producen las lluvias. A la onda va asociada una baja presión o ciclón en su acepción rigurosa y de ahí el nombre de «ciclones extratropicales»; hoy se prefiere borrasca, más corto y para evitar equívocos, porque en lenguaje vulgar es frecuente llamar «ciclones» a secas a los tropicales o huracanes. En esa baja o depresión, en nuestro hemisferio sopla el viento en sentido contrario a las agujas del reloj, como éstas en el austral, lo que debe subrayarse siempre para el gran público. Tales ondas, con sus bajas y frentes, son móviles, se trasladan de oeste a este y se cierran progresivamente («oclusión»), aun con mucha actividad y unión de los dos frentes por avance más rápido del trasero, en tal caso se mezclan en el mapa semicírculos y picos; después la borrasca se disuelve. Con el vaivén general de las masas de aire según las estaciones, el frente polar se encuentra a mayor latitud en verano que en invierno. Además de este frente, después se definieron otros, mucho menos importantes, conocidos como «ártico» y «antártico» entre el aire propio de esas zonas y el que se sigue llamando «polar» por comodidad (con más propiedad sería «subpolar») y aun otro «intertropical» para el cual se prefiere hoy la nomenclatura más precisa de «convergencia»; también se discute la existencia de otros secundarios como el «frente mediterráneo».

El absoluto protagonismo del frente polar y sus mecanismos empezó a ser puesto en duda en las décadas de 1940 y 50; sin embargo el uso durante tres cuartos de siglo e incluso su divulgación hacen difícil la expansión de las nuevas ideas, a las que los autores son afec-



Viene de la página anterior



Barógrafo con cápsulas de Vidi.

tos y dedican una quincena de páginas, siendo aspecto destacado de la obra. Fueron decisivos los estudios de las corrientes en chorro con sus inestabilidades peculiares, las cuales, para bastantes investigadores, son la causa principal de las borrascas con sus ondulaciones; asimismo, se considera fundamental que exista en la baja troposfera un nivel sobre el cual hay divergencia del aire arriba y convergencia abajo, produciéndose movimiento general ascendente; también se piensa que el impulso inicial para la deformación del frente radica en la propia existencia de éste, etc. Dentro de esas mismas ideas están los llamados «ciclones explosivos» o borrascas pequeñas pero muy enérgicas con copiosas lluvias o nevadas, de origen muy discutido. Una última teoría, por ahora, es la de los anticiclones móviles polares que atribuye a éstos, desgajados de las altas polares y en avance hacia latitudes menores, la causa inicial de las borrascas.

Otras perturbaciones de carácter no frontal son muy variadas, como las bajas térmicas estivales en continentes caldeados, poco profundas en general, de superficie y sin originar lluvias por sí mismas (tal la frecuente a mediodía hacia el sur de la Península o norte de África en esa época); las depresiones de aire frío en altura, llamadas «gotas frías» por su aspecto en los mapas, pero en realidad de forma lenticular (estranguladas de la corriente general superior), combinadas con la llegada de aire húmedo y cálido superficial muy inestable del Mediterráneo determinan en nuestras costas aguaceros extraordinarios; los terribles tornados, diferentes de los ciclones tropicales, etc.

Como auténticas piezas maestras de la circulación general se consideran las altas presiones o anticiclones subtropicales por su carácter casi permanente sobre el este de los océanos a 30-35° como posición media, ganan latitud en el verano y disminuyen en el invierno del hemisferio respectivo, con su espiral hacia afuera, a mayor latitud animan la circulación del oeste mientras que desde la fachada ecuatorial parten los alisios; para nosotros es decisivo el de las Azores. En un breve pero preciso capítulo se analizan las causas de estos anticiclones, con aire húmedo y cálido, siendo esencial la convergencia en altura que ocasiona un descenso del aire y, en superficie, alta presión y divergencia; a partir de los diversos mecanismos, vigentes en esas latitudes, también se destaca el efecto del chorro subtropical, descargas de aire polar, etc.

Después se estudia ampliamente la dinámica de la zona intertropical, aun con grandes interrogantes y lejos de la sencillez que se pensaba antes, cuando se consideraban mecanismos casi únicos las lluvias cenitales en el solsticio de verano respectivo o, en el ecuador, en los equinoccios; así hay sucesivos apartados sobre los vientos alisios, la zona de convergencia intertropical (a veces con estructura doble), la corriente en chorro subtropical del oeste, la ecuatorial del este en altura, etc. Especial detalle se concede a los huracanes, con sus discutidas causas y compleja estructura de nubes en espiral; incidentalmente recordaremos que el aire desciende en el centro, lo que produce allí cielo despejado, el llamado «ojo del huracán», en relativa calma. Por ello es totalmente errónea la frecuente expresión periodística de «hallarse en el ojo del huracán», cuando una persona se encuentra en el punto máximo de una gran conmovición, en realidad es al revés; otras veces se dice que «está en el epicentro», expresión sismológica cierta, aunque rebuscada, por ser el centro del temblor máximo en la superficie terrestre, encima del «hipocentro» o punto profundo de origen. Asimismo se analizan otras perturbaciones que se producen en el seno de los alisios como las ondas del este, líneas de cizalladura, nieblas costeras y corrientes frías, etc.

Atención especial merecen los monzones por su gran amplitud, complejidad y extrema diversidad según las regiones a que afectan. La inversión estacional del viento (en árabe «mausim» indica estación), en el Índico, del NE y seco, en general, en invierno, del SW o SE y lluvioso en verano; era ya conocida de los navegantes en aquel Océano cuando llegaron los portugueses. Fue explicada en el siglo XIX como un colosal régimen de brisas terrestres en invierno debidas al gran anticiclón siberiano de aire frío de esa estación, marinas en verano por el caldeoamiento y bajas presiones del continente asiático que atraía el aire del mar. Sin embargo, lejos de esa explicación simplista, aún expuesta a veces en manuales de enseñanza secundaria, el fenómeno es mucho más complicado, ha sido objeto de numerosos estudios y se halla en relación con la circulación general, según resumimos ya en 1952 (revista *Estudios Geográficos*). Las últimas investigaciones se exponen en la obra con acertado equilibrio de síntesis que no podemos recoger aquí, sólo recordar de forma muy simple que en invierno el anticiclón de Siberia es superficial, mientras que en altura sigue la gran depresión circumpolar con vientos del oeste y corrientes en chorro, la subtropical precisamente sobre el Asia meridional y el viento es del cuadrante norte. En cambio, en verano esa corriente se instala en el centro del continente, mientras que en el sur lo hace el chorro del este, con vientos marinos húmedos del cuadrante sur (SW en la India e Indochina, del SE en China y Japón), con zonas de convergencia y copiosas lluvias. Igualmente hay mecanismos monzónicos específicos en el golfo de Guinea y en el N de Australia. A veces se ha querido ver un minimonzón ibérico, en invierno por la alta presión continental, en verano por la baja ya citada, pero sin lluvias debido al calentamiento del aire; no existe según ya estudiamos en otra ocasión.

Nuevas cuestiones

Los tres capítulos siguientes se dedican, como apuntamos al comienzo, a temas de gran interés como hechos esporádicos dentro de la «normalidad» del clima, pero que no se deben separar de éste, o bien pueden alterarlo en el futuro, y siempre con serias consecuencias para el hombre.

Así es capítulo novedoso el dedicado a las oscilaciones, especialmente al fenómeno del «Niño», en conexión con la circulación intertropical y del que tanto se habla ahora, aplicándolo a casi todo, probablemente con exageración. Conocido entre los científicos con las siglas ENSO («El Niño-Southern Oscillation») o ENOS en el ámbito iberoamericano («El Niño-Oscilación Sur»), ya que no se trata sólo de dicha corriente del Pacífico oriental, sino de su oscilación. Resumiendo mucho las investigaciones, expuestas con precisión en la obra, recordaremos que habitualmente se encuentra un anticiclón en el SE del Pacífico, centrado hacia la isla de Pascua, el cual dirige los vientos alisios del SE hacia la línea ecuatorial y que en la costa suramericana fluye la corriente marina fría de Humboldt o del Perú, con ascenso de aguas muy ricas en nutrientes para el plancton y por ello en pesca y aves marinas. Más al N, en las costas septentrionales del Perú y en el Ecuador, hacia las fechas navideñas (de ahí el nombre de «El Niño»), aparece una contracorriente marina débil y cálida (ya conocida por los cronistas de Indias) que empobrece las aguas y disminuye la pesca. Esto es lo habitual, pero esporádicamente dicho ámbito conoce temperaturas anormalmente cálidas, con lluvias fuertes e inundaciones y gran descenso de pesca, como ha ocurrido precisamente en los pasados meses. En cambio otras veces, con pre-

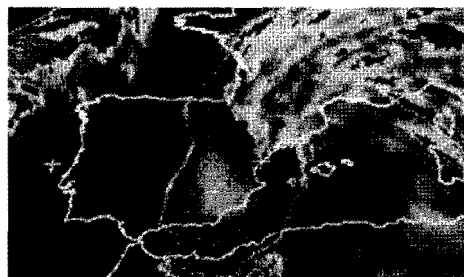


Imagen infrarroja del METEOSAT.

sión muy alta en dichas costas, se refuerza la corriente de Humboldt y aumenta la pesca, es la llamada «La Niña» o «Contra-Niño». Tales oscilaciones en latitud, unidas a otras en sentido E-W en el Pacífico, por causas aún no explicadas, no sólo actúan en aquellas costas sino que, engarzando en la circulación general, afectan al Pacífico occidental y al Índico, por consiguiente a los monzones, también a los huracanes del Caribe e incluso a otras regiones muy lejanas, por ejemplo al Mediterráneo; así Quereda y Montón han apuntado relación del ENSO con los aguaceros otoñales de nuestras costas, aunque otros lo discuten. Lo cierto es que, por ejemplo, el fuerte episodio de 1982-83, que despertó gran interés por el fenómeno, coincidió con una veintena de sucesos atmosféricos notables en diversas regiones del mundo. El tema es apasionante, diríamos que «de moda», pero es todavía mucho lo desconocido y en estudio, empezando por sus causas primeras y los mecanismos de enlace, por lo cual son muy arriesgadas algunas afirmaciones, más o menos mezcladas con hechos ciertos, que a veces se leen en los periódicos.

Asimismo se exponen en la obra otras oscilaciones de menor importancia como la Norpacífica (NPO), relacionando el máximo de presión siberiano y el mínimo de las islas Aleutianas que explicaría la mayor o menor regularidad de las lluvias de verano en el E de China; la Noratlántica (NAO) con el anticiclón de las Azores y el mínimo de Islandia que afecta la circulación del oeste en nuestras latitudes. Menos conocida es la Cuasi-Bianual (QBO), en la baja estratosfera tropical, con cambio de dirección; del viento: del E o del W. Dentro del creciente interés por la «Geografía de los riesgos» se encaja el capítulo dedicado a los climáticos, objeto de otras publicaciones de los autores. Es tema también de mucha actualidad por sus graves consecuencias y no sólo en países subdesarrollados; baste señalar que en España, según los años, los eventos catastróficos suponen entre 0,5 y 1% del PIB, la mayoría en el sector agrario y en tierras mediterráneas, aunque también en otras como el pasado año y, sobre todo, en ocasiones con bastantes víctimas. Después de una apretada exposición general se examinan las olas de calor y de frío, los diluvios e inundaciones, especialmente los ciclones tropicales y las tormentas convectivas de latitudes medias, éstas tan frecuentes en nuestras costas mediterráneas y a las cuales se ha dedicado atención especial, con reuniones y publicaciones específicas diversas en el Instituto de Geografía del CSIC en Madrid, en los departamentos de Geografía de las universidades de Alicante y Valencia, etc. También las sequías, tan graves a veces en España, así como la contaminación, especialmente las «lluvias ácidas», para concluir con el análisis preciso de las actuaciones defensivas y los progresos en la lucha, tanto nacionales como internacionales.

Sigue después otro capítulo dedicado a la repercusión atmosférica de las actividades humanas, también de mucha actualidad, con los intentos de modificación artificial de las precipitaciones, hasta ahora de pobres resultados, como la lucha antigranizo o la produc-



Fraile de capucha, higrómetro popular.

ción de lluvias, desde los simples cohetes y los generadores de yoduro de plata hasta la «siembra de nubes» desde avión. Después, la alteración del clima urbano, especialmente la «isla de calor», con temperatura varios grados mayor que el campo, sobre todo de noche, en calma y con cielo despejado; en Madrid, por ejemplo, en bastantes ocasiones hemos comprobado 6-8° y aún más de diferencia. El fenómeno se atribuye, más que al calor generado por actividades humanas (circulación automóvil, calefacciones, industrias excepto casos puntuales), a la diferente absorción y radiación de la energía solar por la masa urbana (calles y edificios). También el llamado «efecto invernadero» por el comprobado aumento general del gas carbónico, objeto de tantas discusiones en cuanto a la intensidad de sus efectos térmicos sobre la fusión de los hielos y la elevación del nivel marino. Asimismo el de otros gases como los destructores clorofluorocarbonos (CFC) sobre el ozono y sus «agujeros polares» en la baja estratosfera. Cuestiones todas que, aunque sean discutibles las tesis más alarmantes, tienen un fondo cierto y exigen una atención muy seria; sin embargo, son grandes las dificultades para adoptar medidas generales según muestran las conferencias internacionales como la última de Kioto; en España es muy reciente la creación de una amplia Comisión del clima.

Concluye la obra con el estudio detallado, como siempre, de las clasificaciones climáticas (sin faltar su historia), entre las cuales sigue siendo la de Köppen, con cerca de un siglo, una de las más utilizadas, bien que las genéticas hayan ganado creciente interés. Es el capítulo que servirá de engarce para el estudio de los climas regionales en otro volumen, muy esperado, como ya apuntamos. Han de añadirse tres anexos muy útiles sobre registros extremos de elementos climáticos, novedosa información a través de Internet y simbología de los boletines diarios. Asimismo una amplia y selecta bibliografía general y de España (20 páginas).

En resumen, constituye esta obra una aportación sumamente valiosa para conocer los intrincados problemas que plantea el clima y las investigaciones últimas. Será utilísima al universitario y al especialista, pero también al curioso de cierto nivel que, saltando en ocasiones algunos párrafos, desee información sobre los temas más actuales. Completan el texto numerosas y cuidadas ilustraciones con esquemas, mapas del tiempo, fotos de satélite, etc., que facilitan mucho la comprensión de las cuestiones, a veces complejas, así como fotos en color, algunas muy llamativas o insólitas, de fenómenos diversos o sus consecuencias. □

RESUMEN

Las cuestiones climáticas han adquirido creciente popularidad, no sólo las habituales sino también las catastróficas y los posibles cambios. En esta obra, que comenta Antonio López Gómez, se examinan con

detalle temas como el fenómeno climático conocido como «El Niño», el efecto invernadero, los agujeros del ozono, entre otros temas, todos ellos de gran interés informativo.

Antonio Gil Olcina y Jorge Olcina Cantos

Climatología general

Ariel, Barcelona, 1997. 592 páginas. 5.673 pesetas. ISBN: 84-344-3454-7.

La ciencia y el desarrollo

Por Manuel Cardona

Manuel Cardona (Barcelona, 1934) fue fundador del Instituto Max Planck de Investigaciones sobre sólidos y es hoy miembro de su directorio. Es Premio Príncipe de Asturias de Investigación Científica y Técnica (1988) y miembro de la Academia Nacional de Ciencias de los Estados Unidos. En 1997 recibió el premio John Wheatley de la Sociedad Americana de Física por su contribución a la difusión de la física en Latinoamérica.

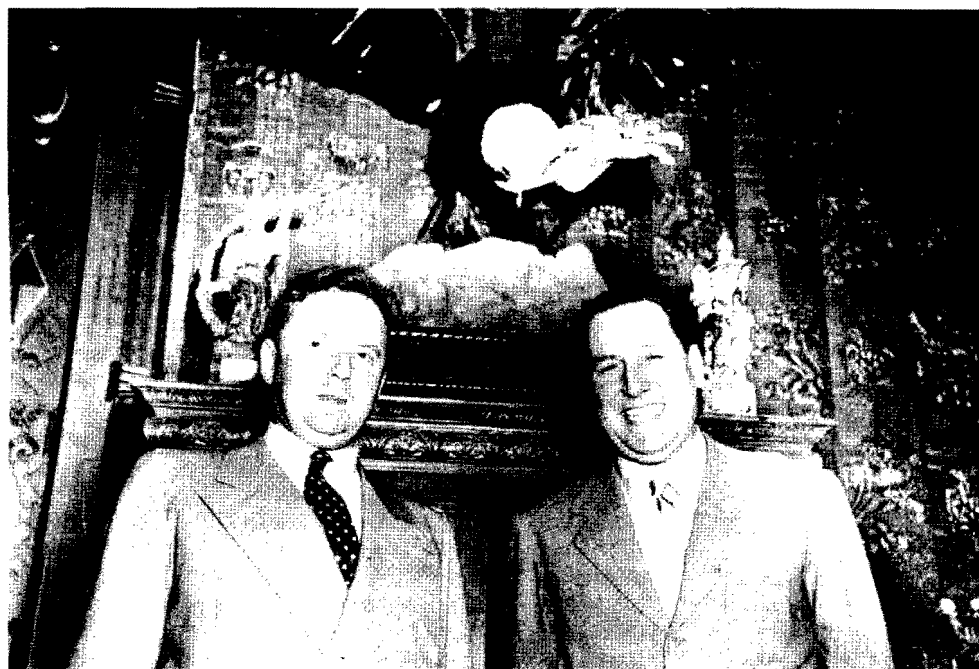
El error no es un fallo de nuestros conocimientos sino de nuestro juicio que decide aceptar como cierto aquello que no lo es... Es común entre los seres humanos el contentarse con las pruebas a mano si favorecen la tesis que más conviene a sus inclinaciones o intereses personales para, de este modo, abstenerse de continuar sus indagaciones.

John Locke, 1632-1704.

El secreto atómico de Huemul fue publicado en Buenos Aires por el profesor Mario Mariscotti el año 1984. La tercera edición apareció en 1996. Una nueva edición, así como una traducción al inglés, están en preparación. El autor trata en este libro importantes sucesos de política científico-universitaria acaecidos en la Argentina en la década de 1945 a 1955, durante la primera presidencia del General Perón. Estos sucesos, y el libro que los expone, son hoy casi desconocidos en España a pesar de que, trascendiendo los hechos acaecidos, son paradigmas de gestión político-científica cuya resonancia llega hasta nuestros días. Su lectura debería ser de gran interés para políticos y científicos encargados de gestionar las reformas que piden a gritos las instituciones científicas y académicas actuales, no sólo en España sino también en la mayoría de los países europeos.

El núcleo de los acontecimientos relatados en *El secreto atómico de Huemul* se inicia con la llegada a la Argentina de un joven físico de origen austríaco, el Dr. Ronald Richter, quien, casi sin antecedentes científicos, consiguió convencer a Perón de que había inventado un método para obtener energía atómica a base de la fusión nuclear controlada. El proceso físico de la fusión nuclear es responsable tanto de la radiación solar cuanto, en forma incontrolada, de las explosiones termonucleares (la bomba de hidrógeno). El método de Richter requeriría inversiones económicas y humanas relativamente modestas y Perón se las puso a su disposición saltándose «a la torera» todos los mecanismos de control usuales para la evaluación de los proyectos científicos: el secreto que requería una empresa de ese tipo y la carencia de personal e instituciones idóneas para evaluarla justificaba el lanzarla sin más remilgos. La aventura tuvo que abortarse en 1952, tras un despilfarró de más de 25 millones de dólares (de aquella época, con un poder adquisitivo actual de más de 250 millones de dólares) y considerable bochorno en los ámbitos políticos y científicos internacionales. El episodio mencionado, uno de los más fantasmagóricos de política científica acaecido en el presente siglo, forma el tema central del libro. El autor dedicó unos diez años a recoger datos y a entrevistar testigos presenciales de los hechos para presentarnos un documento exhaustivo de ese espeluznante caso que parece combinar el fraude con la incompetencia política y la ofuscación científica.

Como prólogo a esos acontecimientos la primera parte del libro nos presenta, tras un breve resumen sobre los orígenes del descubrimiento de la energía nuclear, la reacción de la oficialidad y del incipiente establecimiento científico argentino a esos descubrimientos y a las primeras explosiones atómicas. Al acabarse la guerra, poseía el país una de las economías más potentes del mundo pero carecía



El Dr. Richter y el presidente Perón (derecha) en abril de 1951.

de organismos e infraestructuras dedicadas al fomento de la investigación científica y tecnológica. Las universidades estatales (las privadas brillaban por su ausencia) mantenían un profesorado mal formado y peor pagado, en consecuencia, dedicado al pluriempleo. Algunos de los pocos científicos formados en los Estados Unidos llegaron a la conclusión de que la Universidad estatal no tenía arreglo. La solución para poner a la Argentina en condiciones de responder al desafío que suponían los nuevos descubrimientos debía buscarse en la creación de una universidad para los estudiantes más prometedores y de carácter privado. Así pensaban «clonar» su Harvard o su Johns Hopkins. Mariscotti nos cuenta los fracasados esfuerzos realizados, ubicándolos en relación con el tema central del libro. A pesar del tiempo transcurrido, el lector no sólo español sino de la Europa Central se encontrará sorprendido por los paralelos con los intentos actuales de solucionar los problemas de las universidades oficiales a base de crear otras de carácter privado y así resolver la cuadratura del círculo. Los problemas son parecidos y la comparación es aleccionadora. Sin embargo los personajes que nos presenta Mariscotti eran nobles y desinteresados, mientras que no puedo decir lo mismo de los actuales paladines de universidades privadas en Europa. Además no hay que olvidar que la mayoría de las grandes universidades privadas de los Estados Unidos fueron creadas hace varios siglos (las más recientes son públicas), y se desarrollaron dentro de un marco filantrópico-fiscal casi desconocido en Europa.

La tercera y última parte del libro se ocupa del desarrollo de la física argentina después de haberse abortado el proyecto de Richter. Este proceso coincidió con el ocaso del régimen peronista y la caída de Perón en 1955. Organismos e infraestructuras creados en relación con el proyecto de Richter quedaron, en busca de una nueva misión, en manos de políticos y militares que, si bien no poseían grandes conocimientos científicos, habían aprendido una profunda lección del «despelote» de la isla Huemul. En esa isla de aproximadamente un km², situada en el lago Nahuel Huapi (de 700 km²), al borde de los Andes Patagónicos en una zona de extraordinaria belleza, había acumulado Richter en sólo dos años enormes cantidades de instrumental científico (gran parte del cual no fue usado). También se habían expropiado terrenos y construido cómodas viviendas en «tierra firme», a orillas del lago, unos kilómetros al sur de la ciudad de San Carlos de Bariloche (2000 km al suroeste de Buenos Aires). Una vez intervenido y clausurado el laboratorio de Richter, el 22 de noviembre de 1952, diversos individuos y organizaciones, entre ellas la Direc-

ción Nacional de Energía Atómica (DNEA), creada para complementar los trabajos de Richter, forjaron planes para fundar un centro donde se enseñase la física a un pequeño grupo de jóvenes rigurosamente seleccionados entre los más prometedores del país. La oposición a Perón aumentaba y con ella la politización de las universidades estatales, haciendo imposible el trabajo científico serio. Este clima y la obvia necesidad de educar un número de físicos que estuvieran al día a nivel internacional, precipitó la creación del Instituto de Física de Bariloche, que inició sus tareas docentes en 1955. Este intento resultó muy exitoso (los caminos del Señor son inescrutables...): hoy día es el instituto que lleva el nombre de su primer director, José A. Balseiro, un centro de docencia e investigación único en Latinoamérica.

El 24 de marzo de 1951 el presidente Perón convocó una conferencia de prensa a la que asistió Richter. El Presidente leyó el siguiente comunicado:

«El 16 de febrero de 1951, en la planta piloto de energía atómica en la isla Huemul de San Carlos de Bariloche, se llevaron a cabo reacciones termonucleares bajo condiciones de control en escala técnica».

En apoyo de esta sorprendente declaración añadió: «lo que es importante es que cuando digo una cosa, sé lo que digo, lo digo con seriedad y previamente me aseguro de la veracidad de la información que doy...».

Interés o mofa

Las repercusiones en la prensa internacional y en los servicios secretos de las grandes potencias no se dejaron esperar. Oscilaban entre genuino interés, escepticismo y mofa. Sin embargo, ninguna de las autoridades responsables en los países avanzados podía permitirse correr el riesgo de mantenerse al margen. Por ahí pudiera haber algo... El mérito del descubrimiento fue otorgado por Perón completa y exclusivamente a Richter, un presunto científico a quien nadie conocía. El 28 de marzo de 1951 le fue impuesta la Medalla al Mérito Peronista.

Las indagaciones de Mariscotti nos indican que Richter nació en Falkenau (hoy República Checa) en 1909 y se doctoró en Praga en 1935. Cuando llegó a la Argentina en 1948 no había publicado ningún trabajo, ni siquiera el contenido de su tesis doctoral. El contacto con Perón lo estableció a través de Kurt Tank, un compatriota, ingeniero aeronáutico, que había puesto en marcha para Perón una fábrica de aviones en la Sierra de Córdoba (Argentina). Los aviones llegaron a volar (con el nombre de Pulqui

II). Este hecho probablemente indujo a Perón a pensar que «esos tíos son todos unos genios»: evidentemente el «papanatismo» había sido trasplantado por los españoles a sus ex-colonias. En mis periplos por Sudamérica he oído rumores de que Richter, antes de irse a la Argentina, intentó vender a Franco un proyecto para hacer gasolina con el agua del río Jarama y unas hierbas que crecen en sus cercanías. Era la época heroica de los gasógenos. Mis indagaciones sobre el particular me llevaron a la biografía de Franco escrita por Paul Preston. Ahí se menciona ese proyecto, pero no es atribuido a Richter, sino a su compatriota Albert Elder von Filek, el cual, en contubernio con el chófer del Caudillo, recibió concesiones sobre las aguas del Jarama y sus riberas donde llegaron a construirse enormes depósitos subterráneos. Por fin el fraude fue descubierto y sus autores fueron encarcelados.

Las actividades de Richter empezaron a fines de 1948 en las instalaciones aeronáuticas que dirigía su compatriota Tank, en Córdoba. Pronto empezó a molestarle el estar supeditado a Tank y empezó a intrigar para que Perón lo trasladase a otro lugar en el cual él fuese el jefe supremo. Para respaldar esa petición, adujo el caso de un incendio que tuvo lugar en su laboratorio a principios de 1949, aparentemente debido a un cortocircuito, pero atribuido por Richter a sabotaje y espionaje. Era necesario irse a otro sitio más recóndito. Perón, muy interesado en el desarrollo de la Patagonia, le ofreció la zona de Bariloche y, en particular la deshabitada y casi inaccesible isla Huemul. Los trabajos de Richter se reanudaron allí en julio de 1949 con gran aparato de construcción a cargo de una compañía de ingenieros militares. En marzo de 1950 le fue otorgada a Richter la ciudadanía argentina al margen de la legislación vigente.

En Huemul se construyeron laboratorios y «reactores» de tamaño faraónico, consumiendo decenas de miles de sacos de cemento, y una planta eléctrica que suministraba tres veces la potencia consumida por la ciudad de San Carlos de Bariloche. Algunos, más bien pocos, experimentos se realizaron, siendo normalmente los experimentadores sólo Richter y su ayudante, amigo de muchos años, Heinz Jaffke. Entre experimento y experimento hubo quejas iracundas de Richter, arguyendo que las construcciones habían estado mal hechas y pidiendo su derribo y reconstrucción, esta vez incorporando nuevas ideas que se le habían ocurrido. Siguió invocando periódicamente sabotaje y espionaje, lo cual condujo a que Perón, en violación de la Constitución, lo invistiese de plenos poderes como representante absoluto suyo en la isla. Dos veces cambió de empresa constructora, de los ingenieros militares a una compañía italiana, y de ésta a una alemana. Grandes pedidos de equipo eran modificados sin dar explicaciones, incluso cuando la fabricación ya estaba avanzada. La factura se enviaba a Buenos Aires. Estos acontecimientos, cubriendo la falta de explicaciones con la necesidad del más absoluto secreto, fueron despertando sospechas en sus empleados y en los subcontratistas, gente sin grandes conocimientos de física pero dotados de inteligencia y de sentido común. Entre ellos jugó un importante papel el coronel Enrique González y su hijo, un capitán de aeronáutica. El primero se instaló en la Casa Rosada como enlace entre Richter y la Presidencia. El segundo fue destinado a Bariloche e informó regularmente a su padre sobre los desconcertantes acontecimientos de Huemul. El coronel González fue juntando las piezas del rompecabezas llegando a la conclusión de que allí había «gato encerrado». Sin embargo Richter contaba, hasta el fin del drama, con el apoyo incondicional de Perón, quien se aferraba a la esperanza de que Richter fuese un genio que acabaría dando a la Argentina gloria cien-



Viene de la página anterior



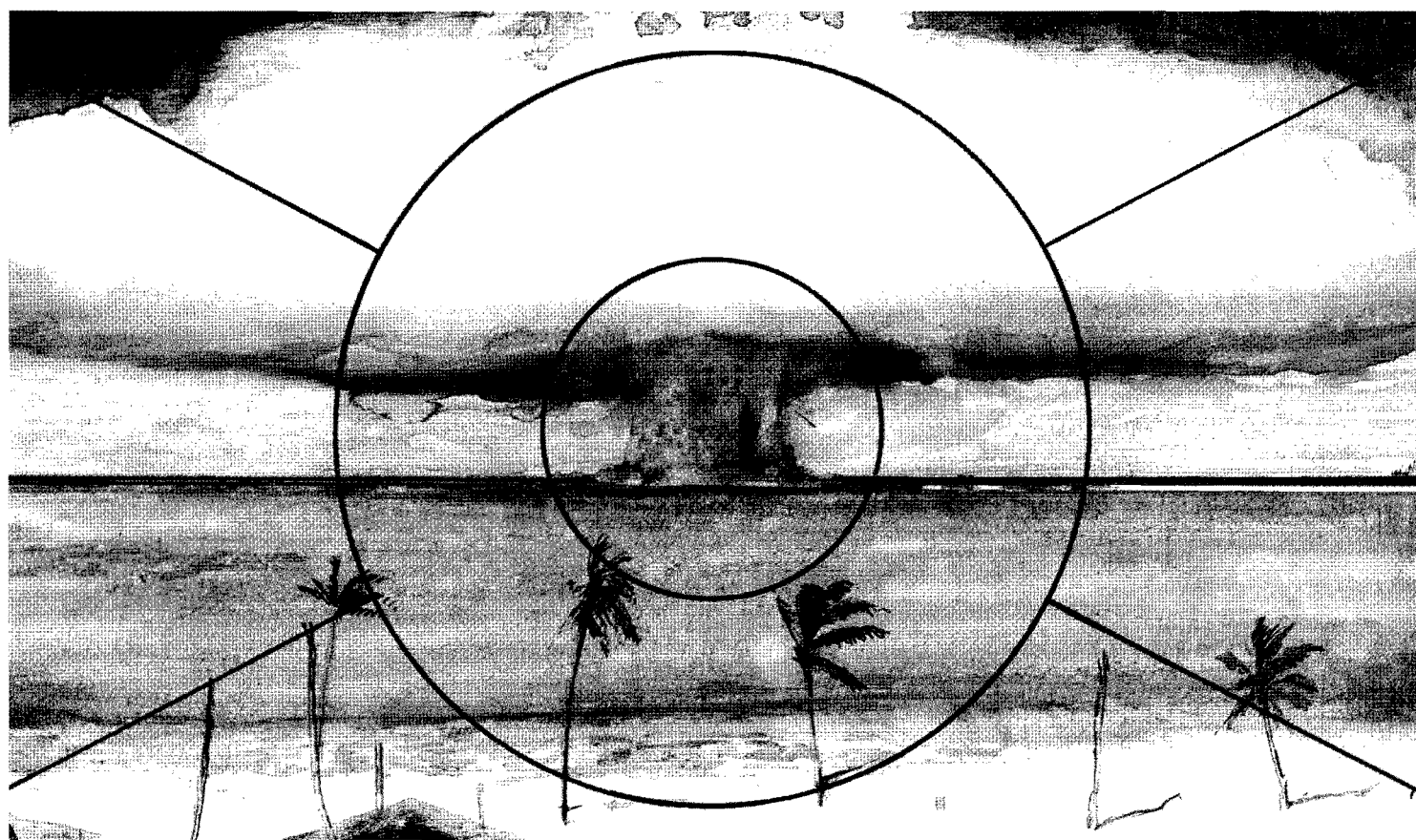
tífica y prosperidad económica. Era difícil admitir el haber cometido un error de esa magnitud.

El coronel se enfrentó con Richter en Bariloche en febrero de 1952, contra los deseos de Perón. Al pedirle detalles sobre el gran «paso al frente» que no había sido dado aún, Richter le echó la culpa a las empresas constructoras que habían construido «a tontas y a locas» con la complicidad del capitán González. Perdiendo los nervios, añadió que aquello era un país lleno de «monos con largas colas subidos a palmeras», entre los cuales se contaba González. ¿Podemos imaginarnos el efecto que esto tuvo en el ánimo de un militar! Poco después, y faltándole el apoyo de Perón, el coronel González renunció a su cargo siendo reemplazado por el capitán de fragata Pedro Iraolagoitia quien consiguió convencer a Perón de que había que crear una comisión fiscalizadora que visitase la isla y emitiera un informe sobre las actividades que allí se estaban desarrollando. Tras mucho estira y afloja Perón accedió, con la condición de que uno de los miembros de la Comisión fuese el padre Bussolini (jesuita con un año de estudios físicos en Alemania). Los otros miembros fueron Beninson (marino con estudios de física en su nativa Francia), Gamba (ingeniero químico), Báncora (ingeniero con estudios en Berkeley) y el quinto, José A. Balseiro, un joven físico teórico que se encontraba haciendo trabajos postdoctorales en Inglaterra y a quien se mandó que regresase inmediatamente. Balseiro estaba destinado a jugar, hasta su muerte intempestiva en 1962, un importante papel como fundador y director del Instituto de Física que hoy lleva su nombre.

Mariscotti cuenta grotescas anécdotas sobre la visita de la Comisión a la isla, que tuvo lugar el 5 de setiembre de 1952, poco después del 26 de julio, fecha en la que Evita pasó a la «inmortalidad». La comisión fue acompañada por 20 miembros del Congreso. Los legisladores quedaron muy impresionados por las chispas y ruidos producidos en unos laboratorios, apoyándose Richter en las desviaciones registradas por unos contadores Geiger para declarar esos fenómenos electro-acústicos como reacciones nucleares (hoy se sabe que se debían a ondas electromagnéticas producidas por las chispas creadas por descargas eléctricas). Miembros de la Comisión llevaron consigo contadores de rayos gamma que no llegaron a registrar nada.

El informe de la Comisión (con la excepción del padre Bussolini) fue devastador. Bussolini, sin embargo, admitió la posibilidad de que algo hubiera ocurrido, una opinión a la cual Perón, no repuesto aún de la tragedia personal, se aferró. Exigió crear una nueva comisión compuesta por el profesor Richard Gans, decano de la Física argentina, y el Dr. Antonio Rodríguez, profesor en La Plata y ex-alumno de Max Born en Edimburgo. A la vista del dictamen de la Comisión anterior, avalaron la conclusión de que había que cerrar los laboratorios de Huemul. Perón exigió aún un careo con Richter que tuvo lugar a fines de octubre, escuchándose Richter aún en el secreto. Gans y Rodríguez confirmaron su dictamen: ni siquiera hacía falta visitar Huemul. Iraolagoitia intervino la isla el 22 de noviembre con un destacamento militar. Pocos días antes, el 1 de noviembre de 1952, había explotado la primera bomba de hidrógeno.

El autor nos presenta con gran riqueza de detalles históricos los hechos que acabo de resumir. He encontrado, leyendo el libro, poquísimos errores, lo cual atestigüa el rigor de las extensas indagaciones de Mariscotti. Algunos errores aparentes se manifiestan luego como «signos semióticos», parte del «suspense» científico que se aclara en el epílogo. La evidencia llevada por Richter a la conferencia de prensa de marzo de 1951 consistía en unas placas fotográficas en las que se veía el desplazamiento de líneas espectrales hacia el ultravioleta. Mariscotti nos cuenta que eso demostraba que ha-



ALFONSO RUANO

bía aumentado mucho la temperatura del plasma. En un epílogo comenta que eso, la tesis de Richter, es erróneo: debería verse un ensanchamiento, no un desplazamiento de las líneas espectrales. Jaffke confesó a Mariscotti en 1980 que el corrimiento era el resultado de un defecto en el mecanismo que desplazaba las placas mientras tenía lugar la «reacción nuclear». Jaffke se lo dijo a Richter y le sugirió que repitiera el experimento. Richter se negó.

Efectos colaterales

Mariscotti, profundo patriota, manifiesta a través del libro el dolor que le causan los acontecimientos que relata. Quizás se pueda objetar a los intentos de sublimar acontecimientos típicos de «república bananera» para darles una trascendencia internacional que seguramente no tuvieron. El autor sostiene la tesis de que Huemul provocó el desarrollo de programas de fusión controlada en los países avanzados, así justificando el desatino que había tenido lugar. A este efecto hasta presenta documentos que consiguió de la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos. Un efecto colateral del que sin duda puede estar orgulloso es la creación del Instituto Balseiro donde se han formado generaciones de físicos excelentes. Muchos de ellos ocupan hoy posiciones importantes en universidades e industrias extranjeras, convirtiendo a la Argentina en uno de los pocos países con una fuga de cerebros realmente seria (en comparación, España no tiene fuga de cerebros).

Objetable también es que Mariscotti no se atreva a ubicar responsabilidades, en particular y a la cabeza las del presidente Perón, a quien nos presenta, eso sí, como algo crédulo, pero como hombre progresista de altas miras, como personaje leal y algo bonachón. En la página 89 se menciona la actitud admirable de Perón hacia Richter, sencilla, clara y noble... cuando llegó a sospechar que Richter quería largarse a los Estados Unidos. Recordemos que Perón, exiliado en España, fue llamado a una segunda presidencia, ya senil, en 1973. Los resultados fueron funestos.

Como crítica final a un documento histórico de tanta envergadura menciono la falta de un glosario de fechas importantes, posiblemente en el margen de las páginas donde se describen,

y de los nombres de los muchos personajes que en el libro aparecen. No para los que conocemos a muchos de ellos, pero para extranjeros y también para futuras generaciones de argentinos, puede hacer esto la lectura algo penosa. La conversión del inflacionario peso en dólares contemporáneos sería también muy útil cuando se mencionan cifras.

En las últimas notas bibliográficas se menciona la «noche de los bastones largos» que hace referencia a eventos acaecidos en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Buenos Aires al perpetrarse el golpe del general Onganía, en junio de 1966. Habiendo pasado unos intensos meses en esa institución en el invierno del 65 como profesor visitante, me vi involucrado en la operación de rescate de científicos y estudiantes desde mi puesto académico en los Estados Unidos. Mariscotti menciona que esa institución, que entonces empezaba a florecer, «de facto» dejó de existir. Quisiera cerrar esta reseña relatando muy brevemente las peripecias sufridas desde entonces por los científicos argentinos. Después de los «bastones largos» emigraron muchos a Chile y al Brasil. En el Brasil los militares hicieron gala de un gran pragmatismo y les dieron muchas facilidades sin tener en cuenta sus tendencias políticas. Emigrantes argentinos tuvieron una gran influencia en la transformación del país en la primera potencia científica del subcontinente. Su situación fue, sin embargo, muy penosa en Chile, donde se había aposentado un número considerable de científicos ocupando cargos importantes en sus universidades. Por motivos complejos, centrados probablemente en envidias de colegas chilenos a los que hacían sombra, el gobierno cristiano-demócrata del presidente Frei (padre del actual

presidente) decretó a mediados de enero de 1969 la expulsión del país a cortísimo plazo de unos 15 científicos y docentes argentinos. Complicadas negociaciones en las que participaron organismos extranjeros en defensa de los expulsados, sólo consiguieron extender el plazo para abandonar el país a unas dos semanas en promedio. Además de la violación de derechos humanos fundamentales, esa expulsión representó un grave revés al desarrollo científico del país, agravado por el golpe de Pinochet en noviembre del 73 (conozco científicos que pasaron dos semanas en el fatídico estadio de Santiago, sin saber si iban a ser ejecutados o puestos en libertad). Muchos de los argentinos regresaron a su patria con el retorno de la democracia (y del peronismo) en 1973. El golpe del general Videla de 1976, deponiendo a la presidenta Isabel Martínez (segunda esposa del fallecido Perón) instauró un régimen de terror en el que desaparecieron entre diez y treinta mil personas, entre ellas prometedores jóvenes científicos. La pared de entrada al aula máxima de la Facultad de Ciencias en Buenos Aires está cubierta completamente con los nombres de los estudiantes desaparecidos. Los nombres de unos 25 profesionales desaparecidos pueden verse en el «homepage» de la Asociación de Física Argentina (AFA) en el Internet.

El terror terminó después del descalabro de las Malvinas en 1983. Desde entonces, y bajo dos presidencias de distintos colores, la actual peronista (de nuevo los inescrutables caminos del Señor), la Argentina ha vivido casi 15 años de paz y de relativa estabilidad democrática que está llevando lentamente a un nuevo brote de las instituciones e infraestructuras necesarias para el desarrollo de la ciencia. □

RESUMEN

Manuel Cardona se ocupa de un libro escrito por un profesor argentino y que cuenta unos hechos muy concretos y poco conocidos hoy en día, pero que, en su opinión, son paradigmáticos de una deficiente gestión político-científica. Se trata de la historia de un físico aus-

tríaco que consiguió convencer al general Perón, durante su primera presidencia, de que había inventado un método para obtener energía atómica a base de la fusión nuclear controlada. Aquello acabó siendo un fiasco en el que se enterraron ingentes cantidades de dólares.

Mario A. J. Mariscotti

El secreto atómico de Huemul (Crónica del origen de la energía atómica en la Argentina)

Estudio Sigma, Buenos Aires, 1996. 286 páginas. 15 dólares. ISBN: 9509446-24-6.

¿Bobbio «versus» Bobbio?

Por Elías Díaz

Elías Díaz (Santiago de la Puebla, Salamanca, 1934) es catedrático de Filosofía del Derecho de la Universidad Autónoma de Madrid y director de la revista de pensamiento Sistema. Es autor, entre otros libros, de Estado de Derecho y sociedad democrática, Revisión de Unamuno. Análisis crítico de su pensamiento político y Los viejos maestros: la reconstrucción de la razón.

Se acaba el tiempo. Irremediablemente es ya poco, aunque siempre es poco, lo que va quedando. Norberto Bobbio (1909) lo afronta con plena lucidez y sin pasiva resignación cuando, con melancolía pero bien acompañado, va descendiendo –como él dice– los últimos peldaños de la escalera. Celebraremos el año próximo su noventa aniversario. Pero, mientras tanto, aquí están sus inquietantes reflexiones. De *Senectute y otros escritos autobiográficos*, sobre esa su (nuestra) ineludible condición, la perecedera condición humana.

¿Podrá compensarse de algún modo esa irreversible situación personal con la probable mayor intensidad (y experiencia, aunque también cansancio) con que en ella se vive ya cada momento? ¿con los recuerdos seleccionados que uno lucha por tener más cerca, a su lado, como eficaz apoyo para las peores horas? ¿con –en su caso– el reconocimiento de una vida y una obra que tanto han ayudado y seguirán ayudando a los demás, a muchos otros, y a quienes han (hemos) tenido la fortuna de encontrarnos con él, con sus palabras, sus ideas, sus afectos, sus trabajos, su amistad? ¿con la diaria compañía de sus seres más queridos (Valeria, la primera) siempre ocupándose y preocupándose de él y por él? Quizás nada es del todo suficiente –tampoco lo que consuela al llamado «creyente»– pero no hay, parece, muchos más mimbres para encarar con dignidad el definitivo final. Así lo hace con dureza, sin engañarse ni engañar, pero con las buenas «virtudes del laico», el excelso filósofo turinés.

Pesimismo radical

«Siempre me he considerado, y siempre me han considerado, un pesimista», afirma Bobbio. En un mundo como éste, o en cualquier otro conocido, no faltan desde luego muy fuertes razones para ello: para serlo y para parecerlo. Pero lo que de verdad es él es un incansable e implacable crítico de sí mismo. «Hay –escribe– dos categorías de personas: los satisfechos de sí y los nunca contentos. Yo pertenezco sin sombra de dudas al grupo de los segundos. El único libro que me apetecería escribir sobre mí sería algo parecido al ensayo de Croce, *Contribución a la crítica de mí mismo*. De haberlo escrito hubiera sido –concluye– un libro sin falsas indulgencias.» Pero en los muchos libros que sí ha escrito ya ha dado, como es bien sabido, numerosas y muy auto-críticas pruebas de ello. No se trata sólo de la insatisfacción o de «la melancolía como la



STELLA WITTENBERG

consciencia de lo no alcanzado y de lo ya no alcanzable». A la vejez, a mi vejez –dice Bobbio– «se le ajusta bien la imagen de la vida como un camino, en el cual la meta se desplaza siempre hacia adelante, y cuando crees haberla alcanzado no era la que te habías figurado como definitiva». Siempre queda mucha tarea para los demás.

Su pesimismo es más radical y le ha acompañado toda su vida, ni mucho menos únicamente en esta fase final. Y, además, subraya y replica sin concesiones que «en mi caso, el pesimismo de la razón ha ido acompañado en la mayoría de los acontecimientos de mi vida por el pesimismo de la voluntad». Tras reconocerse como «dualista impenitente» (en ello ha insistido Alfonso Ruiz Miguel) y refiriéndose al «pesimismo biológico del cual –dice– se ha ocupado Peces-Barba» (¿biológico o cultural?), diferencia después aquél pero con los mismos resultados negativos varias expresiones de tal pesimismo: «el pesimismo cósmico, proveniente de la profunda convicción, que me ha acompañado toda la vida, de la radical inexplicabilidad e insuperabilidad del mal en las dos formas del mal activo, la maldad, y del mal pasivo, el sufrimiento, uno y otro en relación de interacción recíproca»; después, «el pesimismo histórico, que se funda en la constatación del triunfo del mal sobre el bien, y nos deja siempre sin resuello en angustiosa espera de un mal cada vez peor»; y, asimismo, el «pesimismo existencial, entendido como el sentido, que siempre he tenido agudísimo, del fracaso de todo esfuerzo por salir de la caverna

(lo cual –insiste Bobbio– explica también mi pesimismo de la voluntad)».

¿Es, irremediablemente, así? En estas sus introspecciones aquél va a ahondar todavía mucho más y con mayor inexorabilidad (prefero, como se ve, reproducir sus propias insustituibles palabras): «la vejez es también la edad de los balances (...) Has llegado al término de la vida y tienes la impresión, en lo que al conocimiento del bien y el mal atañe, que no te has movido del punto de partida. Todos los grandes interrogantes han quedado sin respuesta. Tras haber intentado dar un sentido a la vida, adviertes que no tiene sentido plantearse el problema del sentido, y que la vida debe ser aceptada y vivida en su inmediatez como hace la gran mayoría de los hombres. ¡No hacía falta tanto para llegar a esta conclusión!», concluye abatido. Creo que el viejo Bobbio está dando aquí rienda suelta a esa tendencia que, en los frecuentes malos días, «tiendo –dice– a la autoflagelación y la autodestrucción, corregidas afortunadamente en horas de bonanza por una saludable contratendencia a la autoconmiseración».

Las virtudes del laico

La cruel, despiadada, aniquiladora autocrítica necesita, exige –a mi juicio, para no ser menos que Bobbio, para ser tan críticos y tan duros como él– una no menos contundente y clarificadora contracrítica: una interna, además de externa, crítica de tal autocrítica. Y los materiales para ello están una vez más en su propia obra, en su propio pensamiento, en su propia biografía, con aportaciones muy valiosas y enriquecedoras para todos. Yo aquí no hago más que insinuar y resaltar algunos trazos y tramos de tal reconstrucción. Haciendo esto no pretendo, claro está, salvar a Bobbio de sí mismo: ni le hace falta, ni lo permitiría, ni yo tengo tanto orgullo, ni derecho alguno para ello. Pero, más modestamente, con estas observaciones sí se pretende ayudar a salvar, es decir a mejor entender y transformar, el «mundo de Bobbio» –el del final de esa larga «guerra civil europea»– que es también hoy nuestro mundo.

O sea, el «Bobbio-positivo», aunque la expresión pueda quizás molestarle a él y, sobre todo, a su debilidad ocasional hacia un cierto «pesimismo estético» (así lo llamaría su viejo amigo Tierno Galván), como cuando se lamenta: «No puedo negar que he sido un hombre afortunado. Pero siempre me comporté, nada generosamente, cual si no lo fuera, y hasta esperando casi no serlo para poderme desahogar contra la mala suerte». ¿Bobbio «versus» Bobbio, en un –se me recordará– siempre latente (y aparente) dualismo?: sin embargo, y a pesar de las contradicciones –ésta es y ha sido mi posición– es verdad que, como señala ahora Ruiz Miguel, «no conviene exagerar [tales dualismos] hasta convertirlos en escisiones insalvables, oscilaciones desordenadas y dispersiones caóticas» que lleguen a ocultar «una unidad más profunda, de contenidos, en la biografía intelectual de Bobbio».

Haré aquí, pues, un breve resumen del mejor Bobbio, del que (no sólo) sus amigos y discípulos ya hemos tratado y debatido por extenso en otras publicaciones, sin olvidar –creo– esos u otros aspectos críticos de su pensamiento. Advierto que no excluyo de aquél ni los tales dualismos y contradicciones –el momento de la negación–, ni mucho menos sus legítimas preferencias por el análisis y el fragmento. Todo ello, y otras muchas más cosas de gran valor, van también ahora en estas incitantes reflexiones desde y sobre la senectud en las que la muy competente traductora Esther Benítez ha logrado, y no era nada fácil, que sea el mismo Bobbio quien siga hablando y peleando en nuestro idioma.

Así, en este resumen, sus rotundas y doloridas denuncias de la «vejez ofendida», contra la retórica y la manipulación de la tercera edad, su solidaridad con los más desafortunados y olvidados, su lucha por los derechos de los no considerados en nuestro mundo como seres humanos. Todo ello, en un filósofo de la política como es él (incluso como simple ciudadano), le lleva a priorizar el concreto valor de la igualdad como mejor definidor de la izquierda –recuérdese su otro libro sobre, precisamente, *Derecha e izquierda* (Taurus, 1995)– y un concepto fuerte de libertad que, a diferencia del conservadurismo neoliberal, no es sólo libertad negativa sino también –señala expresamente– libertad positiva. Ése es el fundamental contenido de su defensa de la democracia, «yo soy un demócrata convencido» –escribe– aún con (y contra) sus ineficiencias y corrupciones, más posibles de corregir con los propios procedimientos democráticos. Y finalmente, por decirlo así, está el Bobbio filósofo de la Ilustración («Sapere aude», atrévete a saber), «un amante de las luces como yo», que no oculta las afinidades electivas de sus clásicos: Hobbes, Locke, Rousseau, Kant y Hegel (incluso Marx). Un hombre, un intelectual que se reconoce no en virtudes teológicas ni religiosas, sino en las que denomina virtudes del laico: «el rigor crítico, la duda metódica, la moderación, el no prevaricar, la tolerancia, el respeto a las ideas ajenas, virtudes mundanas y civiles». A ellas yo añadiría también su aguda inteligencia, sus muchos saberes, su integridad moral, su ironía y su muy justificado sentido del (mal) humor. □

En el próximo número

Artículos de Francisco Ayala, Carlos García Gual, Gregorio Salvador, Víctor Nieto Alcaide, José Antonio Campos Ortega, Josep Soler y Román Gubern.

RESUMEN

Desde la sabiduría de sus casi noventa años, con plena lucidez y sin pasiva resignación, Norberto Bobbio lleva a cabo en esta obra una profunda y pesimista reflexión autocrítica sobre la vejez y sobre su propia biografía personal e intelectual. Pero justamente sus denuncias de

la «vejez ofendida», su defensa de la igualdad, los derechos humanos y la democracia, su filosofía (la mejor Ilustración) y sus «virtudes del laico» hacen posible y necesaria, a juicio de Elías Díaz, una coherente crítica interna (y externa) de tal autocrítica.

Norberto Bobbio

De *Senectute y otros escritos biográficos*

Taurus, Madrid, 1997. 249 páginas. 2.870 pesetas. ISBN: 84-306-0001-4.

El inagotable texto del Quijote

Por Francisco Ayala

Francisco Ayala (Granada, 1906) es autor de una considerable obra como narrador y profesor de Sociología. Vivió muchos años en el exilio (Argentina, Puerto Rico, Estados Unidos), donde impartió clases en diferentes universidades. Académico de la Lengua, es Premio de la Crítica, Premio Nacional de Literatura y Premio Cervantes. Entre sus libros destacan Los usurpadores, El jardín de las delicias y Recuerdos y olvidos.

¿Otra manera de leer el Quijote? ¿Otra más?... Hay maneras de leer una obra magna que pertenecen a toda una época – para empezar, la contemporánea del escritor mismo–, y luego las de siglos siguientes, por no hablar de las maneras infinitas con que a lo largo de los tiempos pueda interpretarla cada lector individual. El profesor Augustin Redondo nos ofrece, en un hermoso volumen donde ha recogido la colección de sus estudios de un par de décadas, pero unidos entre sí por líneas de sólida consistencia, la suya personal, autorizada por amplia preparación académica. De entrada debe afirmarse que su lectura (la de su propio libro, y la que ahí nos propone el autor que hagamos de la obra cervantina) es digna de muy seria consideración. Pero antes de prestársela, convendrá recordar que la bibliografía existente acerca del Quijote es, no ya abrumadora, sino prácticamente inacabable, y que en ella se encuentra la mayor variedad, desde algunas elucubraciones de muy alto valor intelectual, que han quedado como puntos de vista originales en la historia de la cultura, hasta las más delirantes fantasías de mentes extraviadas, diríase que contagiadas acaso por la locura del hidalgo manchego. En esa selva inextricable ha elegido con discreto criterio el profesor Redondo sus postulados teóricos y sus orientaciones eruditas, poniendo al alcance del potencial lector del Quijote una amplísima panoplia de conexiones y referencias que constituye un inapreciable instrumento auxiliar para una mejor comprensión del texto.

La imagen del protagonista, producto de la inventiva creadora de Cervantes, se instaló y quedó ya definitivamente asentada en la conciencia colectiva apenas publicada en 1605 la primera parte de la obra. Aquel libro que se titulaba *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote*

de la Mancha se convirtió de inmediato, como es sabido, en lo que hoy se llama un «best seller», en un éxito de ventas. Causó un impacto enorme, no sólo sobre el público lector, sino también sobre la llamada «república de las letras». Por lo pronto, daría lugar a una segunda parte apócrifa, con la que el imitador, cuya identidad sigue siendo incógnita hasta la fecha de hoy, quiso explotar el filón en beneficio propio, mientras que, a su vez, la legítima segunda parte, escrita por Cervantes mismo y publicada en 1615, se encargaría de dar repetido testimonio acerca de la recepción obtenida por la primera, haciendo que el bachiller Sansón Carrasco venga a visitar al protagonista y le informe de que «es vuesa merced uno de los más famosos caballeros andantes que ha habido, ni aun habrá en toda la redondez de la Tierra» gracias a la historia donde se consignan sus hazañas; y de que «el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia; si no, dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso; y aun hay fama de que se está imprimiendo en Amberes, y a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca»; así como, más adelante, el propio don Quijote informará al Caballero del Verde Gabán de que «por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas o las más naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia»...

De cómo la popularidad del Quijote, esto es, de su protagonista don Quijote, fue fulminante y amplísima, aparte esos testimonios tan directos, abundan, documentados, varios otros de la época, alguno de ellos bien curiosos. El año de 1616 se imprime en Sevilla el pintoresco soneto de un fray Bernardo de Cárdenas en alabanza de la Concepción de la Virgen donde la celestial Señora aparece deshaciendo a coces la cabeza del demonio, según relata el laudatorio diálogo sostenido entre don Quijote y Sancho. El 26 de enero del año siguiente, y también en la misma ciudad, un don Quijote, seguido de su escudero, aparece como paladín de la Virgen en paseata organizada por la Universidad de Sevilla. Tampoco serán nada raras las referencias o alusiones al personaje en obras literarias ajenas: pues además de haber promovido la réplica del Quijote apócrifo, el personaje cer-



ANTONIO LANCHÓ

vantino sirvió asimismo de inspiración a invenciones literarias de escritores conocidos. Así, por ejemplo, en el año de 1618 el famoso dramaturgo Guillén de Castro publicaba en Valencia doce comedias suyas, una de las cuales, *Don Quijote de la Mancha*, según su título promete, saca a escena a nuestro héroe. Y son otros muchos los testimonios, bastante ambiguos y desconcertados a veces, de la recepción culta, entre los que ninguno hubiera podido ser más explícito que el del Licenciado Márquez de Torres quien, en su escrito de aprobación de *El Ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, relata la escena donde ciertos caballeros franceses ponderan la alta estima alcanzada fuera de España por la obra de Cervantes. En fin, la lectura que el siglo XVII hizo del Quijote, comparada con la que hicieron siglos posteriores y hasta el momento presente, requiere mayor atención de la que ha tenido, y aunque la recién publicada colección de estudios del profesor Augustin Redondo no se propone examinar el fenómeno cultural que en su momento constituyó la aparición del Quijote para contraste, quizá, con la tardía lectura romántica que de él harían los siglos XIX y XX, sino tan sólo brindarnos la suya personal, bien pudiera ésta proveer de los elementos básicos para trazar un diseño de dicho fenómeno.

En efecto, el profesor Redondo analiza el texto desde un punto de vista de sociólogo e historiador, poniéndolo en conexión con los diferentes elementos de la cultura tanto superior como popular y tradicional de aquella España, y ciertamente suministra con generosa abundancia al hacerlo las claves –histórico-sociales, antropológicas y literarias– para que el lector actual reconozca las probables o posibles fuentes de inspiración que en el proceso de su creación poética pudieron nutrir la imaginación de Cervantes. Desde una perspectiva inversa, merecería sin duda ser considerado a su vez el efecto de esta creación sobre el cuadro de aquella realidad básica; es decir, la influencia que la aparición de la figura literaria de don Quijote tuvo sobre la fisonomía de España, distinta desde entonces de la que presentaba con anterioridad a la publicación de su historia. Pues a partir de ahí, el mundo de las representaciones que integran nuestra conciencia colectiva se enriqueció con un nuevo elemento altamente significativo. Según ha podido verse, la publicación del Quijote introdujo en el cuerpo de la cultura –popular y superior, es-

pañola y universal– ese nuevo ingrediente, factor por cierto de no pequeña entidad. Don Quijote entraba a constituir así una presencia decisiva en el cuadro de nuestra realidad, alterando en no pequeña medida los rasgos generales de su fisonomía a partir de la fecha en que el libro hace irrupción en ella.

En la frondosísima selva bibliográfica del Quijote, muchos son los escritos que se dirigen a investigar el proceso de la invención del héroe, tratando muchos de ellos de hallarle a su figura y conducta modelos concretos en el terreno de la realidad práctica. Bien sabemos que tal propósito, llevado al extremo, resulta inútil, y con frecuencia insensato. Toda invención literaria se nutre de las múltiples experiencias del poeta, quien puede componer su obra a partir de las fuentes más diversas. Experiencia suya lo será tanto aquello que tal vez le haya acontecido a él mismo, o que tan sólo haya presenciado por azar en el curso del diario vivir, como lo llegado a su conocimiento por noticia comunicada, lo que quizá soñara durmiendo o despierto, o –por supuesto– lo leído en ajenas obras de la imaginación poética, sean contemporáneas o pretéritas. Y no habrá necesidad de subrayar que este último tipo de experiencia –la experiencia de lectura– es fundamental en la elaboración de cualquier obra de arte literaria, pues todo escritor aspira a ingresar con su escrito en el ámbito de la tradición, cuyo cuerpo almacena la universal interpretación de la realidad del mundo, y de alterarla a su manera innovativamente; todo escritor pretende contribuir con su aportación a la común tarea de prestar forma y sentido a la vida humana. Por eso, cuando se plantea el problema de averiguar los orígenes precisos y prácticos de la inspiración de una obra poética, o de alguno de sus detalles, lo más urgente y también lo más prometedor es explorar las fuentes literarias que el escritor ha reelaborado; y si, por otra parte, no deja de tener interés, pues sin duda lo tiene, el averiguar las experiencias fácticas o extraliterarias que puedan hallarse detrás de una tal creación, no deberá perderse nunca de vista el hecho de que también éstas han sido captadas y vividas por él (tanto como por cualquier otra persona, aún ajena al cultivo de las letras) a través del filtro de las categorías literarias vigentes en la sociedad a que pertenece, ya que esas categorías literarias constituyen la clave para interpretar y entender la realidad práctica del común diario vivir. En fin, la invención literaria se produce básicamente dentro del «corpus» de la literatura, y su originalidad, si la tiene, consistirá en haber introducido alguna modificación, por mínima que fuere, aun infinitesimal, en ese «corpus».

Mediante un ejemplo sacado de mi labor crítica sobre el Quijote creo que se aclarará mejor lo que quiero decir con esto. ¿Quién no recuerda el pasaje del lavado de las barbas, una de las bromas pesadas que en casa de los duques se infligen a su lamentable



En este número

Artículos de

Francisco Ayala	1-2	José A. Campos Ortega	8-9
Carlos García Gual	3	Josep Soler	10-11
Gregorio Salvador	4-5	Román Gubern	12
Víctor Nieto Alcaide	6-7		

SUMARIO en página 2



El inagotable texto del Quijote

huésped? El profesor Redondo, en un capítulo delicioso sobre «El personaje de don Quijote», caracteriza su aspecto físico, entre otros detalles, por un «acentuado prognatismo», rasgo que él relaciona con la máscara de cierto cómico, y que —dice— «ha de permitir el bufonesco episodio del lavado de las barbas en casa del duque». Pues bien, en un libro que permaneció inédito durante siglos (no pasaría a la letra de molde hasta que en 1859 imprimió el manuscrito la Real Academia de la Historia), en la *Miscelánea* de don Luis Zapata que el profesor Redondo cita a otros respectos, se incluye una anécdota que, salvo leves variantes, coincide punto por punto con el episodio cervantino que refiere la manipulación higiénica a que las barbas de don Quijote fueron sometidas. El autor de la curiosa recopilación o anecdotario, don Luis Zapata, era un noble señor, conocido como autor de un poema épico, el *Carlo famoso*, más útil acaso para el historiador que deleitable para el amante de la poesía. Su *Miscelánea* debió de alcanzar bastante difusión en copias manuscritas antes y probablemente todavía después de su muerte, ocurrida en 1595. ¿Podría hablarse, pues, en este caso de un flagrante plagio cometido por Cervantes? La similitud entre uno y otro textos es de las que no consienten duda racional alguna; ya Pellicer señaló la inequívoca identidad de ambos episodios; y una mera y casual coincidencia parece no sólo inverosímil, sino imposible. Mucho habría que discutir, sin embargo, en términos generales acerca de esta cuestión de los plagios, que a partir del Romanticismo viene siendo muy desorbitada; pero aquí no interesa discutirla; lo que sí importa aquí, y lo que yo me propuse hacer en mi viejo estudio del tema, es analizar los procesos de la creación literaria a base del mencionado episodio cervantino. Claro está que en la ocasión presente no he de repetir, ni siquiera en apretado resumen, la comparación que hice entonces del texto cervantino con el de Zapata, destinada a poner de relieve el sentido y función de las alteraciones y matizaciones introducidas por aquél al transferir la anécdota que éste sitúa en el palacio del conde de Benavente, personaje his-

tórico, al de los ficticios duques del *Quijote*. Lo que sí haré, pues me parece oportuno al propósito actual, es traer a cuento algunas de las consideraciones que entonces formulara acerca de la posible base fáctica que el caso recogido por Zapata pudo haber tenido. En primer lugar, excluyo por improbable que Cervantes conociera la anécdota a través del manuscrito de Zapata, pues de otro modo hubiese dejado como siempre hacía, alguna señal, por leve o críptica que fuese; hubiera hecho alguna referencia más o menos directa o velada a este antecedente literario. Pienso más bien que creyó habérselas, no con una invención ajena, sino con un hecho realmente sucedido, tal como lo creía sin duda el propio Zapata. El conde de Benavente, en cuya casa burlaron —según se cuenta— a un embajador portugués de igual manera que a don Quijote en la de los duques cervantinos, era don Rodrigo Pimentel, hombre de conocido y peculiar carácter, acerca de quien corrían otras anécdotas que varios escritores recogen, a veces en manera bastante concordante. Difícil parece que la contada por Zapata en su manuscrito sea pura invención de éste. Por eso no debiéramos tener empacho en dar por cierto que se trata de un auténtico sucedido, más o menos elaborado, como se elaboran y reelaboran historias semejantes al pasar de boca en boca, y que a su vez hubiera llegado a los oídos de Cervantes por vía oral, y no a través de la *Miscelánea* inédita de don Luis Zapata.

Un precedente literario

De ser así, nos encontraríamos, no tanto ante un precedente literario como ante un hecho real que, según suele hacerse, fue usado de material para erigir una composición literaria; y el estudio que yo hice del pasaje correspondiente estuvo encaminado a poner de relieve en qué consistió la transformación de semejante material, todavía demasiado crudo, para una creación de tan alta calidad artística. En el *Quijote* es sobremanera frecuente la utilización de materiales semejantes, y el profesor Redondo ha hecho acopio en

sus trabajos de toda clase de sugerencias y de posibles referencias de todo tipo, que constituyen un verdadero tesoro donde el lector contemporáneo, generalmente alejado de tan acendrada erudición, puede, según su propio criterio, enriquecer su comprensión de la obra cervantina. De esta obra magna se ha dicho —y es obviedad en la que yo mismo he insistido por mi parte— que fue construida mediante la reelaboración integradora de antecedentes literarios, a la manera de lo que se suele denominar intertextualidad. En tal sentido cabría afirmar que el *Quijote* está respaldado, para no mencionar los libros de caballerías que pretende desacreditar, por el *Orlando furioso*, así como detrás del poema de Ariosto se encuentra, a la distancia, *La Chanson de Roland* y, detrás de ésta, *La Iliada*. Pero por otra parte, en las páginas del *Quijote* entran también numerosos personajes y hechos de la historia contemporánea con sus nombres y circunstancias reales, cuando no algo disfrazados, así como alusiones a cosas de las que sin duda ha de haberse perdido noticia, pero que debieron de resultar transparentes para los primeros lectores de la obra. Los materiales de experiencia que el escritor emplea, provengan directamente de la tradición literaria, es decir, de sus lecturas, o de la realidad práctica inmediata (cuya interpretación, no lo olvidemos, está siempre configurada por los modelos que esa tradición brinda a la conciencia social y que ésta tiene asumidos), son los elementos con que él levanta sus propias construcciones, pro-

poniéndolas a su vez como nuevos modelos a la sociedad. Cuando ese escritor es un genio y la fortuna le ha favorecido, tales construcciones suyas se integrarán al «corpus» de la literatura, ingresando así plenamente en la tradición cultural.

Pero esa incorporación no es nunca la de una entidad —en nuestro caso, la figura de don Quijote— inalterable ni rígida. Por eso insistí al comienzo sobre la conveniencia de investigar lo que la aparición del *Quijote* supuso para sus contemporáneos, algo bastante distinto sin duda de cómo el protagonista aparece hoy a nuestros ojos. ¿Cómo fue vista en un comienzo esa figura?, ¿era un personaje bufo?, ¿un fantoche risible? Al Romanticismo se debió el vuelco radical que transformaría en patética la imagen de don Quijote; pero había de ser todavía la generación española de 1898 la que prestase un sesgo distinto y peculiar a esa visión romántica, convirtiendo al héroe en símbolo y cifra del destino histórico de España. Esta última interpretación ha periclitado ya. Y en estos días se están aplicando a la lectura del libro los métodos de la filología, de la crítica histórica, de la filosofía cultural, de la antropología... Dentro de esta línea moderna, y con aplicación de sus seguras técnicas, ha estudiado el profesor Augustín Redondo la obra capital de Cervantes. Con ello ofrece un servicio magistral a las nuevas generaciones de lectores, quienes, con su auxilio, encontrarán también sin duda, individual y colectivamente, su manera propia de leer el texto. □

RESUMEN

Aunque la bibliografía acerca del *Quijote* sea inagotable, como inagotables son los asedios críticos e interpretativos a los que se ha visto sometido el libro de Cervantes, siempre hay otra manera, nos recuerda Francisco Ayala, de leerlo. De esa selva inextricable ha

escogido, con criterio y discreción, el profesor Augustín Redondo, autor del libro comentado, una amplísima panoplia de conexiones y referencias que pone al alcance del lector un eficaz instrumento auxiliar para una mejor comprensión del texto.

Augustín Redondo

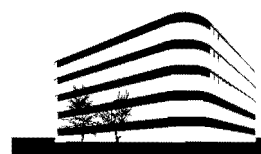
Otra manera de leer «El Quijote»

Castalia, Madrid, 1998. 517 páginas. 7.664 pesetas. ISBN: 84-7039-775-3.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER/Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«El inagotable texto del Quijote», por Francisco Ayala, sobre <i>Otra manera de leer «El Quijote»</i> , de Augustín Redondo	1-2
«El sentido clásico de la amistad», por Carlos García Gual, sobre <i>Friendship in the Classical World</i> , de David Konstan	3
«Genio literario y certidumbre moral», por Gregorio Salvador, sobre <i>Plenilunio</i> , de Antonio Muñoz Molina	4-5
«El Greco: un clásico extravagante», por Víctor Nieto Alcaide, sobre <i>El Greco: biografía de un pintor extravagante</i> , de Fernando Marías	6-7
«Hans Spemann y la Biología del Desarrollo», por José Antonio Campos Ortega, sobre <i>Hans Spemann (1869-1941). Experimentelle Forschung im Spannungsfeld von Empirie und Theorie</i> , de Peter E. Fässler	8-9
«Nacimiento del lenguaje musical de Occidente», por Josep Soler, sobre <i>Musica enchiriadis and Scolica enchiriadis</i> , de R. Erickson y C. Palisca	10-11
«Reflexión sobre usos y miradas», por Román Gubern, sobre <i>Todo es comparable</i> , de Óscar Tusquets Blanca	12

El sentido clásico de la amistad

Por Carlos García Gual

Carlos García Gual (Palma de Mallorca, 1943) es catedrático de Filología Griega en la Universidad Complutense. Fue presidente de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada. Autor de obras como *Los orígenes de la novela*, *Mitos, viajes y héroes*, *Introducción a la mitología griega* y *Diccionario de mitos*.

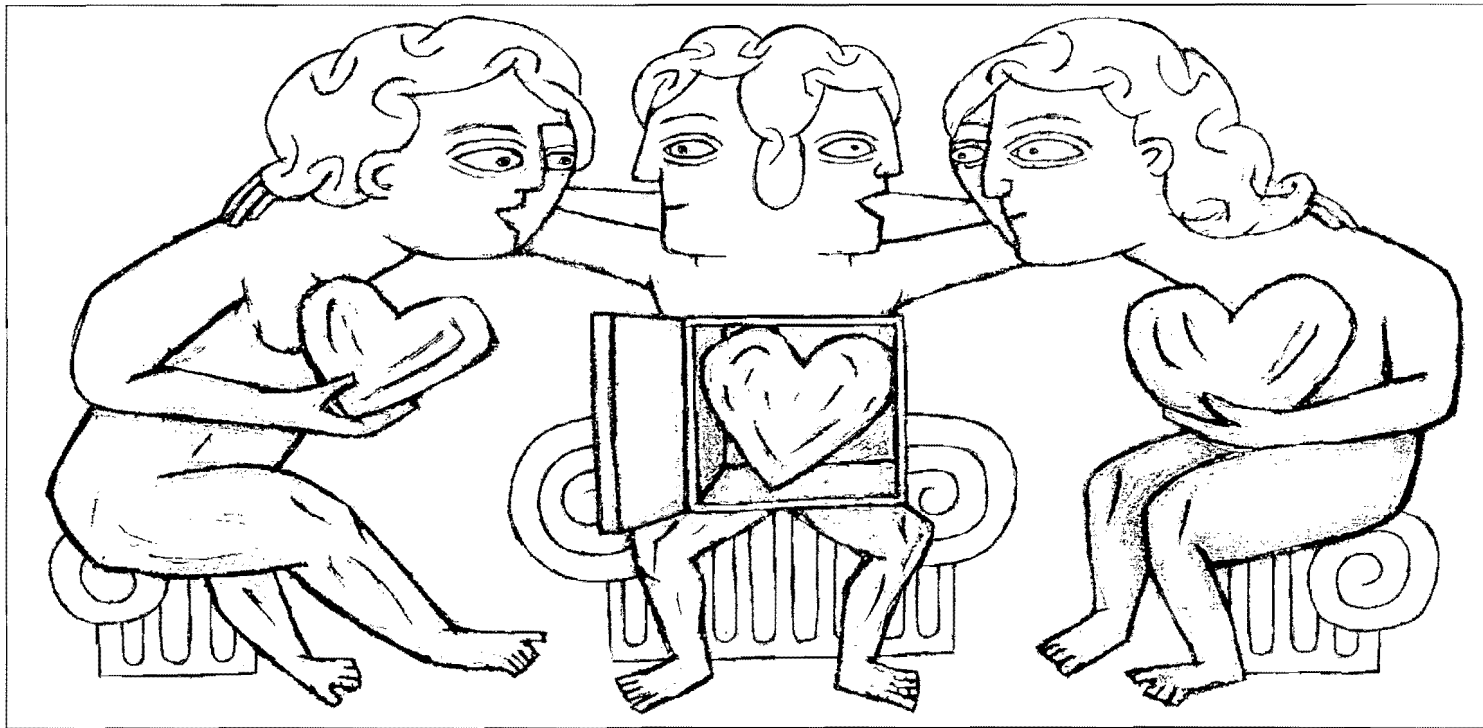
El libro de David Konstan reúne varios méritos indiscutibles. En primer lugar, como anuncia su contraportada, es «la única historia completa de la amistad en la Antigüedad clásica que existe en inglés».

En segundo lugar, está escrito con una excelente precisión, tanto en sus análisis y definiciones como en sus referencias textuales y en su atención al marco histórico cambiante, que va desde la época homérica al siglo IV d. C., abarcando el mundo griego y el romano, incluyendo los comienzos del cristianismo. Es un estudio de un experto filólogo que apura bien el sentido de los textos y, a la vez, maneja con admirable pericia y discreción toda la amplia bibliografía actual, citada siempre con estimulante agudeza crítica. Y que atiende siempre al marco histórico. (Advierte de antemano que deja al margen algunos aspectos políticos, como la amistad entre ciudades o pueblos.)

En tercer lugar, esa precisión va acompañada de un estilo conciso y de austera brevedad, que se hace evidente a quien considera lo extenso de la época abarcada, lo completo de sus observaciones y citas puntuales, y la relevancia de su tema en la cultura antigua. Un punto que queda bien de relieve si uno quiere contrastarlo, al efecto, con el libro bien conocido de J. C. Fraisse, *Philia. La notion d'amitié dans la philosophie antique*, París, Vrin, 1974, o con el recién aparecido en castellano de L. Pizzolato, *La idea de la amistad en la Antigüedad clásica y cristiana* (trad. J. R. Monreal, Muchnik, Barcelona, 1996), que, con una temática menor o semejante, rondan uno y otro las quinientas páginas.

Como se ve, no es éste el primer libro —fuera del ámbito universitario británico— en tratar un tema tan importante en la sociedad y el pensamiento antiguos. Pero me parece que al mérito de su panorámica debe juxtaponerse el de su rigor conceptual. Comienza Konstan por establecer precisiones en el entendimiento de los términos. De un lado, insiste en que, aunque ciertas connotaciones puedan variar según las épocas, podemos seguir pensando que la «amistad» de los griegos es como la nuestra un afecto libre y voluntario, distinto del amor, del compañerismo y de los lazos afectivos derivados de la relación familiar. La amistad es una elección individual, diversa de otras instituciones afectivas. En ella es esencial la voluntad y la libertad sentimental, y el afecto hacia la persona individual, única e irremplazable.

Por más que en ciertas épocas lo que se denomina socialmente amistad vaya unido a conveniencias y afinidades políticas o a otros lazos sociales, hay que subrayar en la noción general de amistad, ya desde los tiempos más antiguos, desde la homérica estampa de Aquiles y Patroclo, el sentimiento de ver al amigo como un ser querido al que nos une una libre y honda afinidad, percibido con afecto singular como un «otro yo». El «philos» es ese «alter ego» ante el cual uno puede abrir su intimidad y del que espera una confianza y afecto recíproco, pero sin relación o trato sexual o institucional. El «philos» es distinto del pariente y de los familiares «queridos» (por más que alguna vez sean llamados «philoí», los parientes) y del compañero («hétairos») o el huésped («xénos»). Así comienza por destacar cómo la palabra griega «philia»



VICTORIA MARTOS

(«amistad») tiene un contenido semántico mucho más amplio que la nuestra o la latina. Si bien es una advertencia bastante al alcance de cualquier filólogo clásico, no deja de ser interesante señalar que no hay en griego una palabra exacta para «amistad». «Philia» es también «amor» y «afecto familiar». Amistad, como aquí se indica, es la «philia» entre los «philoí», los amigos, que no son los parientes ni los asociados en un vínculo social fijo. En cambio, «amicitia» es un término más preciso.

«A diferencia del griego, el latín tiene una palabra para «amistad». Aunque «amicitia» tiene una cierta amplitud de sentido, como en inglés «friendship», y puede asumirse, especialmente en contextos filosóficos, algunas de las más amplias connotaciones de «philia», no indica normalmente «amor» en general, sino la relación afectiva específica que se da entre amigos («amici»). El término correspondiente a «philia» en el sentido más corriente es «amor», así como «amare» es el equivalente latino del griego «philein», aunque ambas palabras pueden emplearse también para la pasión erótica que en griego se denomina mediante «eros» y sus derivados» (pág. 122).

Estas notas de vocabulario no son, desde luego, trivialidades filológicas, sino distinciones elementales que ayudan a entender bien textos y situaciones. Es necesario perfilar bien ese vocabulario de la amistad, tan entrecerado a veces con el del amor y con relaciones de conveniencia política o mercantil, justamente porque no se trata de discutir sobre términos, sino sobre los sentidos de los textos y de los afectos mismos. En distintas épocas las connotaciones que cobran relieve al hablar de la amistad son diversas, y están relacionadas de modo muy significativo con los cambios de la sociedad, como señala muy bien Konstan.

En la época democrática se destaca como rasgo fundamental en la amistad la igualdad entre los amigos. Ya no es así en época helénica, donde abundan las amistades entre gente de distinto rango y riqueza. Entonces se acentúa la conveniencia de distinguir al adulator del amigo, y lo mismo en el mundo romano donde se recomienda observar la independencia y sinceridad del amigo que puede ser, a la vez, un cliente del poderoso. Como en el caso de los famosos poetas latinos del círculo de Mecenas, por ejemplo. Los amigos son los confidentes, los consejeros, los leales del entorno del príncipe. Surge entonces una temática nueva: la libertad de palabra, la franqueza, la «parresía», que antes era un rasgo del ciudadano democrático, se revela un rasgo característico del amigo sincero, fren-

te al adulator (figura muy usual de la época, en el entorno de los príncipes y poderosos).

Luego, en el mundo cristiano la amistad se va eclipsando ante la fraternidad religiosa y el amor de Dios. Si Aristóteles había escrito, en un texto bien conocido, que aquí se comenta, que nadie puede ser amigo de Zeus, en el mundo cristiano se habla de amistad con Dios, de esa cercanía e intimidad con Dios que llega a su máximo fulgor con los místicos. Pero eso deja muy atrás las nociones clásicas de «philia» o «amicitia». Se abre un nuevo mundo de afectos espirituales que trasciende al de la ética antigua. En ese umbral se detiene este estudio.

Hay hermosos ejemplos de amistad en la época que muestran cómo el amigo está dispuesto a sufrir por el amigo e incluso a morir por él. Como la de Aquiles y Patroclo: y no faltan tampoco en las primeras novelas griegas, cuando un leal amigo acompaña y anima al protagonista en sus desdichas amorosas. En la época clásica Platón insiste en los sentidos de la amistad (desde el *Lisis*). Pero es Aristóteles quien diseña la teoría más comprensiva e influyente. Epicuro ensalza la apreciación de la amistad desde una perspectiva utilitaria en su origen, pero que luego rebasa mucho esa raíz práctica para alcanzar un alto valor en el camino de la felicidad. Los epicúreos no aceptan la amistad política, pero sí esa, cordial y perenne, que ayuda a la dicha del individuo y de la comunidad filosófica. Los estoicos por su parte condicionan ese afecto, al restringirlo al círculo de los sabios. En el mundo romano fueron Cicerón y Séneca los mejores teóricos de la amistad. Cada uno a su modo y en distintos contextos históricos escribieron sobre ella textos claros, pertinentemente citados aquí. Tanto el *De amicitia* como las *Cartas a Lucilio* siguen siendo de muy atractiva lectura. De nuevo Konstan sabe subrayar las posibles connotaciones políticas

del término de «amici» en unos contextos y otros, y de nuevo deja claro que hay un núcleo común del significado en todos los usos.

El recorrido histórico tras el rastro de la noción de amistad y sus variaciones semánticas resulta muy instructivo, y nos ayuda a la vez a reflexionar sobre el valor de esa virtud —ayer y hoy— para la felicidad personal. En los comienzos del libro encontramos ya una invitación a la reflexión acerca de la importancia de la amistad en nuestro mundo, tan dominado por la alienación social y por la muchedumbre solitaria. El individuo moderno, en nuestro tiempo tan distinto al de los antiguos —escribe Konstan citando unas claras líneas de R. Sharp (*Friendship and Literature*, 1986)—, busca la comunicación sincera con amigos «como antídoto a la sensación de soledad, y la amistad parece haber vuelto a emerger como algo muy altamente valorado e intensamente deseado». También esas perspectivas iniciales que van más allá de la inquisición puntual sobre el sentido de la amistad en épocas determinadas del mundo antiguo, en las que apunta un enfoque antropológico junto al histórico, me parecen muy interesantes y una buena muestra de la inquietud teórica de David Konstan. En su bibliografía está citado, no en vano, el estimulante libro de Pedro Laín *Sobre la amistad* (1985).

En los estudios actuales sobre el mundo antiguo abundan más los trabajos eruditos minuciosos en extremo y de corto resuello sobre aspectos muy concretos y harto arqueológicos que los de una amplia panorámica sobre temas de interés vivo, y entre los que tratan de amplios temas se percibe muchas veces un cierto afán retórico al valorar el pasado con pronta nostalgia. Este estudio de Konstan escapa a esos dos defectos y ofrece un panorama completo sobre uno de los temas importantes de la sociedad antigua, y no sólo de aquella, con una sólida erudición y un claro estilo. □

RESUMEN

Carlos García Gual comenta un ensayo de David Konstan que es la única historia completa de la amistad en la Antigüedad clásica que existe en inglés. Basándose en precisas referencias textuales y en un marco histórico cambiante, desde la época homérica

hasta el siglo IV d. C., el autor hace un recorrido histórico tras ese rastro de la noción de amistad y sus variaciones semánticas, lo que, en opinión de García Gual, ayuda a reflexionar sobre el valor de esa virtud para la felicidad personal.

David Konstan

Friendship in the Classical World

Cambridge University Press, Cambridge, 1997. 206 páginas. 12,95 libras esterlinas. ISBN: 0-521-45998-2.

Genio literario y certidumbre moral

Por Gregorio Salvador

Gregorio Salvador (Cállar-Baza, Granada, 1927) es miembro de número de la Real Academia Española y catedrático jubilado de la Universidad Complutense. Entre sus libros pueden señalarse: *Semántica y lexicología del español*, *Estudios dialectológicos*, *Lengua española y lenguas de España*, *Política lingüística y sentido común* y *Un mundo con libros*. También ha publicado una colección de relatos: *Casualidades*.

Acabo de releer *Plenilunio*, la última novela de Antonio Muñoz Molina, meses después de mi primera lectura. Me estaba ocurriendo entonces, a principios del verano pasado, que el entusiasmo sin reservas que mostraban algunos de sus espontáneos lectores de mi entorno, que me son muy de fiar, no lo veía tan rotundamente reflejado en algunas de las críticas periodísticas que cayeron en mis manos, que si no eran propiamente malas ni intencionadamente negativas, no resultaban tampoco lo suficientemente excitantes como para dejar a un lado otras obligaciones pendientes y ponerse a leerla sin más. El último jueves académico de aquel curso, quien me llamó la atención, al preguntarme si la había leído, sobre la calidad narrativa de *Plenilunio*, y la atónita crítica con que se había recibido, fue José Luis Sampedro.

Así pues me puse a ello, el primer día de vacaciones, y la seguí ya hasta acabarla sin otras pausas que las estrictamente obligadas. Quedé literalmente deslumbrado y tuve la firme convicción de haber leído una de las pocas novelas de este fin de siglo que quedarán para el futuro como un doble testimonio: del arte de narrar, por una parte, en su más alta expresión, y por otra, de las cosas que pasan, de la vida a la que asistimos, de los afectos que brotan y crecen y nos iluminan la existencia y de las maldades, dirigidas o gratuitas, que la destrozan y la destruyen.

Quedé vivamente impresionado, estremecido y a la par entusiasmado, de haber leído una novela que me confirmaba la grandeza de un escritor, además amigo, que me captó hace ya muchos años, desde que cayó casualmente bajo mis ojos un artículo suyo en un periódico granadino, allá por 1983, y al que he leído luego con gusto y continuidad, disfrutando con su prosa, coincidiendo casi siempre con sus apreciaciones, admirando su habilidad narrativa para darles, en cada momento, a los críticos los argumentos formales que al parecer precisan para encumbrar a un autor, prefiriendo yo en ocasiones lo que la ortodoxia valorativa hasta cierto punto desdeñaba, quedándome con *Beatus Ille*, mientras las bocas se abrían de pasmo con *El invierno en Lisboa*, prefiriendo la complejidad trabadísima de *El jinete polaco* a la simplicidad cinematográfica de *Beltenebros*, ya en plena consagración, divirtiéndome muchísimo con *Los misterios de Madrid* y quedándome sobre todo con *Ardor guerrero*, a la que no dejan de menospreciar los exquisitos, pues en *Ardor guerrero*, memoria personal, lo que se mostraba de plano era la vocación realista de su autor y su capacidad de ironía, porque acaso sólo el humor nos habilite para soportar los rigores de las espinosas realidades cotidianas.

Decir que con *Plenilunio* Muñoz Molina ha llegado a la cumbre, amén de una simpleza, sería seguramente notable inexactitud, porque ni cabe imaginarse hasta dónde puede llegar; y eso es quizá lo que haya enfriado un tanto los aplausos de quienes se apresuraron a ensalzarlo y ven que se le pierde en la altura. Ahora ya tiene que hacerse perdonar el haber destacado tanto. No resisto la tentación de contar un sucedido. La tarde en que lo elegimos académico de la Española, Emilio Lledó y yo teníamos que asistir a la presentación



TINO GATAGÁN

de un libro de un conocido y antiguo alumno nuestro. Tomamos un taxi, nada más acabar la votación, y nos plantamos en el lugar indicado, apurados de tiempo y con la buena noticia. Un amplio corro de escritores, periodistas y otra gente conocida nos recibió con expectación. Algunos, evidentemente, mostraron a la par su sorpresa y su alegría, sin reservas, pero a no pocos se les notó la contrariedad, aunque pretendieran disimularla: quizá a más de uno le habíamos chafado la columna que tenía preparada despoticando contra la Academia, como es costumbre, tildándola de retrógrada e incapaz de apreciar los nuevos valores literarios. Pero hubo quien me hizo comprobar y poder dar testimonio de un hecho que yo, hasta aquel día, había creído que era una simple hipérbole simbólica, una licencia lingüística arraigada en el uso: se puso verde de envidia. Nada de hipérbole ni de símbolo; resultaba ser verdad que la envidia puede poner verdes a algunos, exactamente verdes, no verdosos: del color de la hierba fresca, la esmeralda y el cardenillo, que son las tres realidades que el diccionario académico utiliza como ejemplos vivos y comprobables de lo que es físicamente el cuarto color del espectro solar. También podría añadirse la tez de quien yo digo, que adquirió repentinamente el mismo color que una de las prendas que constituían su atuendo.

Y vuelvo a *Plenilunio*. Tan exaltado me había dejado aquella rápida y acuciante lectura de primeros de julio, que me he pasado estos meses aconsejándosela a numerosos amigos, con éxito considerable, porque todos los inducidos a ella por mis alabanzas y recomendaciones me han manifestado su agradecimiento por el consejo y la conformidad con mis anticipados juicios. Pensé escribir de ella en seguida, pero luego creí conveniente leer lo que habían opinado unos y otros y lo que había manifestado, en declaraciones o entrevistas, el propio autor.

Ahora ya he ojeado todo eso. Ha habido algunas críticas muy buenas, aunque a mi juicio se quedan más bien cortas, y Muñoz Molina sabe muy bien lo que ha hecho, que es sabiduría propia de los buenos escritores. Y, aprovechando las vacaciones de la pasada Navidad, he releído la novela ya sin la acuciosa curiosidad de ir avanzando en la lectura, de ir adelantando en el relato para saber lo que va a acontecer. Si deslumbrado me dejó la lec-

tura, maravillado me deja la relectura, sosegada, saboreada y reflexiva.

Por lo pronto, uno entraba en la novela, recién aparecida, con el primer capítulo acaso ya leído, pues lo había adelantado el dominical de algún diario, con la primera frase agrandada por la lupa propagandística: «De día y de noche iba por la ciudad buscando una mirada», frase igualmente iniciadora de una síntesis publicitaria, que apenas si era algo más que el primer párrafo del relato, ensanchado con otros pormenores de las primeras páginas, y en la que se quedaban, sin ir mucho más allá, algunas reseñas y referencias de la aparición del libro, con lo que todo parecía reducirse a la historia de un inspector de policía que busca al brutal asesino de una niña en una ciudad de provincias, que se adivinaba ser, sin nombrarla, la misma ciudad, Mágina, mitad real, mitad fingida, en la que el autor ha desarrollado la acción de otros relatos. Para promover un «best-seller», el planteamiento no estaba mal, pero para invitar a la lectura de una novela que va ser de las que queden, de las que se reediten una y otra vez, de las que se sigan leyendo dentro de un siglo, de dos, de Dios sabe cuántos, resultaba menguada y muy parcial presentación. Porque, bien mirado, lo de acabar descubriendo, el innominado inspector protagonista, que la cara no es el espejo del alma, como por otra parte ya sabía o, al menos, le sobran datos para saberlo, resulta ser parva anécdota y escasa materia, aunque se arranque de ella y mantenga el hilo de la narración, para darle vuelo y otorgarle altura a las casi quinientas páginas de prosa clara como el agua, de ansiedades y esperas, de horrores tan evidentes y tan innegables, pero con el contrapunto de las vidas que los rodean, de los afectos que nacen, de las amistades que se fraguan, de las atracciones que surgen, del amor que crece, de los deberes que obligan, de los pequeños placeres y los inevitables desencantos del vivir.

Lo cierto es que con los diversos ingredientes argumentales de la novela, con esos tipos que la pueblan y esos hechos que en ella acontecen, todo tan actual, tan de crónica de sucesos o de reportaje televisivo o de cháchara de vecindad, las cosas, a veces nimias, a veces terribles, que le pueden ocurrir a nuestros vecinos y, por lo tanto, a nosotros mismos, lo más fácil es que hubiera salido un bodrio in-

tragable o un vulgar novelón o un melodrama lastimoso o incluso un «best-seller» fugaz, aupado por algún premio y una cara conocida, todo eso era posible. Que lo que se haya logrado con tales mimbres resulte ser una novela perdurable, una apasionante y hermosa narración, ése es mérito, por supuesto, del autor; y cuando uno se da cuenta de dónde ha entrado, de que aquello va en serio, de que no se trata de una novela más, acaso circunstancial, aunque sea de Muñoz Molina, sino precisamente una novela de Muñoz Molina que además se ha puesto el listón muy alto, es cuando se llega al capítulo quinto, sobrepasadas las cuarenta páginas, cuando conocemos ya bastantes cosas del inspector y del horrendo crimen, de su obsesión por encontrar al asesino, de su procedencia y de su situación familiar, de su antigua vinculación con la ciudad a la que ha vuelto y con el viejo jesuita que le recuerda aquello de los ojos, el espejo y el alma.

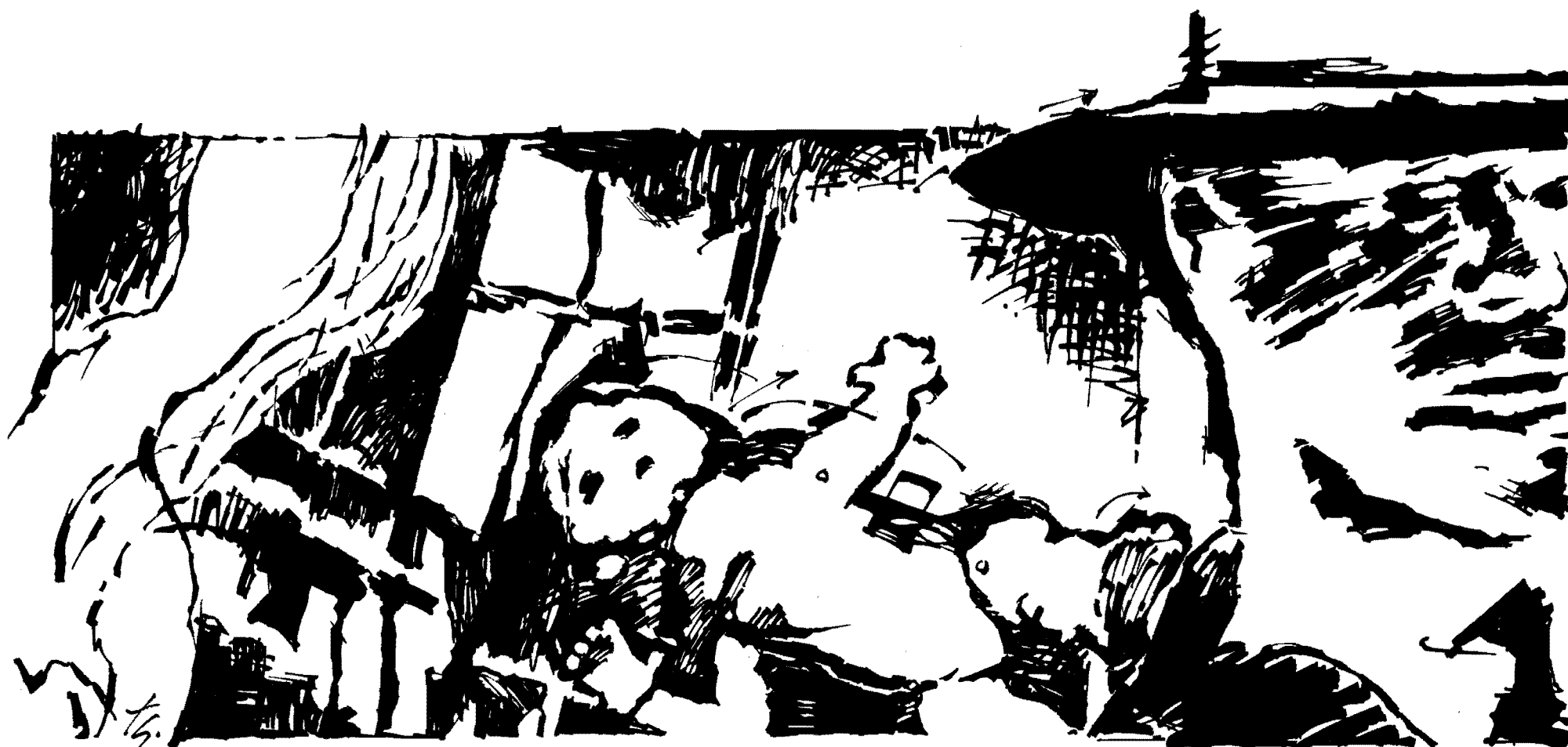
Maestría literaria

Y en el capítulo quinto se habla de la niña asesinada, se nos la describe en su casa, en la que iba a ser la última tarde de su vida: «Estaba inclinada sobre su ancha carpeta de anillas, inclinada y absorta, indiferente al televisor con el volumen demasiado alto que veían su padre y sus hermanos más pequeños, haciendo los deberes igual que todas las tardes, en la mesa del comedor, de la que había retirado cuidadosamente el adorno floral del centro, para despejar el espacio que necesitaban sus cuadernos de dos rayas, sus libros forrados por ella misma con plástico adhesivo, el estuche de cremallera donde guardaba los lápices, el sacapuntas, la goma, cada cosa en su sitio y todas tan singularmente atractivas para ella, tan dulces de mirar, de tocar, de oler» (pág. 49). Toda la presentación de la niña, tan ordenada, tan aplicada, disfrutando de sus cosas y de sus quehaceres, el ambiente, los movimientos, los pequeños detalles, la necesidad de una cartulina y una caja de ceras para un trabajo escolar, que la lleva a bajar a la papelería vecina, salida de la que nunca regresará, es un prodigio de maestría literaria, que no encuentro no ya destacado sino ni siquiera mencionado por ningún crítico y que a mí me parece no sólo antológico sino el punto exacto donde la narración adquiere su tono esencial, su verdadero sentido, y donde ya se adivina, con justificada certeza, que las más de cuatrocientas páginas restantes le van a proporcionar a uno hondos emociones, sensaciones singulares y reflexiones probablemente compartidas.

En ese capítulo se produce también la primera aparición de quien será la protagonista femenina de la obra, Susana Grey, la maestra de la niña, lo que tampoco es casual. Susana Grey, que mostrará, más adelante, ese mismo interés por las cosas, por los mínimos placeres que nos proporcionan y que pueden ayudar a soportar otras pesadumbres de la vida: «En sus tiempos de peor aflicción había aprendido sobre sí misma que su capacidad de revivir y de salvarse del dolor dependía mucho de sensaciones físicas y de experiencias materiales, no tanto de ideas o propósitos, demasiado abstractos siempre para inspirar confianza. No podía cuidar su alma si no cuidaba sus manos o su piel, y lo que a veces le devolvía las ganas de vivir era el tacto de un tejido gustoso o de una copa de cristal, la adquisición, en un anticuario, de una mecedora de madera bruñida. Dependía, para sus estados de ánimo, de la porcelana de las tazas del desayuno, de la calidad del pan y del aceite con que se hacía una tostada y del sabor del zumo de naranja» (pág. 195).



Viene de la página anterior



TINO GATAGÁN

Pero no es mi intención hacer aquí relación de las conexiones entre personajes, de las concatenaciones del relato, ni el recuento de los recursos estilísticos ni el análisis de las técnicas narrativas. Ya habrá quien los haga, porque mucho se empieza a escribir sobre el autor y su fulgurante carrera literaria, y no poco se escribirá en el futuro sobre esta novela inolvidable. No tardará algún doctorando, español o hispanista extranjero, en diseccionarla a fondo. Esperemos que con más sensibilidad de la mostrada por algunos de sus críticos hebdomadarios, un tanto desafortunados con las prisas. Hay quien ve en ella una simple acumulación de asuntos diversos, unas cuantas novelas cortas fusionadas. Yo no lo creo ni muchísimo menos. En la relectura, que me la he planteado críticamente –y uno también anduvo en ese oficio–, me ha parecido que todo está perfectamente trabado, que no hay nada fuera de lugar, ni siquiera un episodio que acaso me había disonado un poco en la primera ocasión.

Lo que quiero, sencillamente, con este comentario de agradecido lector, es comunicar mis impresiones ante una novela que se sale de lo común, que no sorprende porque cabía esperarla, viniendo de quien viene, pero que no sólo queda a la altura de su autor, sino que lo eleva. A mi juicio, Muñoz Molina se supera a sí mismo, lo que no es poco superar. Consigue una obra memorable por su hondura humana, por su claridad narrativa, que tan poco se suele prodigar, por su destreza literaria. Leemos la última página, dejamos el volumen y sentimos que se nos ha situado entre ese elenco de libros imborrables, que deseamos tener siempre a mano en los estantes porque en cualquier momento nos los reclama la memoria. Se le apuntan influjos: bastante fácil, porque él mismo los ha declarado cuando le han preguntado por ello. A mí me había ido recordando la primera lectura a Simenon, a Graham Greene, a Saul Bellow: la evocación de ambientes, la sobriedad narrativa, la calidad reflexiva. Luego he visto que el autor los cita entre los cinco o seis de los que se reconoce deudor. Me alegra poder emparejarlo con ellos en mi particular parnaso novelístico.

Asombra su capacidad para recrear el mundo que habitamos, para percibir sensaciones, para convertir las cosas que se ven o que se tocan, los sonidos, los olores, los sabores, en materia narrativa, fundiendo mágicamente el tiempo con el espacio en la acción. Cuando tantos de nuestros narradores

se han perdido, repetidamente, en la descripción plana, estática y minuciosa, leer párrafos como los que voy a recordar reconforta: «Había echado a andar sin darse mucha cuenta de hacia dónde iba, por calles mal iluminadas que empezaban a quedarse desiertas, había llegado a la plazoleta de una iglesia donde sus pasos sonaron con un eco muy claro y luego se extravió por unos callejones en los que no recordaba haber estado nunca. Había dejado de llover y un gajo de luna blanca y alta se deslizaba entre jirones de nubes, pero el aire estaba denso todavía de humedad y de niebla. Buscaba la salida hacia una calle principal pero no acertaba a encontrarla. Ahora no pisaba asfalto, sino un empedrado desigual, brillante bajo las luces débiles de las esquinas.../ Caminó más deprisa, sin ver a nadie, oyendo tan sólo ruidos de cubiertos y de televisores en el interior de las casas, porque sin duda era la hora de cenar. Salió con alivio a una calle más ancha, y luego a una plaza vacía y mal iluminada, y entonces vio que había llegado al pequeño parque al final de la ciudad» (pág. 40). O éste: «Se marcha el ascensor, llamado al fin por el vecino que daba golpes tan furiosos, y ahora la oscuridad es completa, al principio, luego, poco a poco, van viéndose las cosas, igual que se van escuchando sonidos en lo que hasta ahora era un silencio ocupado por los jadeos, se oyen ruidos domésticos al otro lado de las puertas cerradas, gritos débiles de niños, trájín de cocinas, anuncios de la televisión, pero todo lejano, según bajan las escaleras» (pág. 307).

Antonio Muñoz Molina ha escrito su novela en plena libertad, quizá lo que no había podido hacer hasta ahora. Quiero decir que por primera vez no ha tenido que pensar en las posibles opiniones ajenas, no se ha visto constreñido por los imaginables reparos críticos, por las exigencias de un valor tan aleatorio, literariamente, como el de la modernidad; ha escrito lo que ha querido y como ha querido. No se ha parado en las barras de los puntos de vista y ha saltado de la intimidad de unos personajes a la de otros o los ha hecho confesarse y hablar. Se ha convertido en narrador omnisciente, para escándalo de algunos. «¿Cómo no va a ser omnisciente el narrador? –ha contestado en alguna entrevista–. Al fin y al cabo es suya la novela». Variados personajes, a los que podemos conocer así más de verdad. «La niña salía a abrirle y se empujaba para darle un beso, cálida enseguida, porque el afecto parecía su dispo-

sición natural, igual que en otras personas es la hostilidad o la indiferencia» (pág. 390). Simpatía o afecto, rechazo o desprecio y aun profunda hostilidad y repugnancia sentimos inevitablemente los lectores por estos personajes tan reales, tan bien concebidos y trazados, tan ineludiblemente vivos para siempre gracias a la pericia del narrador. Y, a la par, piedad y compasión, como uno de ellos, el Padre Orduña, de algunos de los otros, ya casi al final, en la página 452, cuando piensa con lástima: «en qué laberintos se extraviaban los sentimientos de los hombres y de las mujeres, en virtud de qué ley se convertían alternativamente en ángeles y ejecutores, en verdugos y víctimas los unos de los otros, monótonamente, sin aprendizaje ni descanso, sin que les sirviera de nada la experiencia del dolor ni los desalentara nunca por completo la repetición del fracaso».

Genio literario y certidumbre moral son, a mi juicio, los dos pilares en que se asienta esta apasionante ficción tan verdadera. «Es, sobre todo, una novela, y si no es leída como tal, para mí sería un fracaso –ha dicho el autor–; lo que ocurre es que he intentado que se parezca un poco a la vida». ¡Y bien que lo ha logrado!

Yo quiero añadir que es, sí, sobre todo, una novela pero que es algo más que una novela, porque toda gran obra literaria es siempre, además, otra cosa, va más allá de lo que pretende ser y eso es lo que le da su dimensión de grandeza, lo que le otorga consistencia y perdurabilidad, lo que mantiene viva su lección. Y para ello no basta con la brillantez del estilo ni con la habilidad narrativa ni con el interés objetivo de la materia tratada, si la genialidad literaria que todo eso representa no la sentimos finalmente movida por un impulso

moral. No hay estética sin ética, se ha dicho alguna vez jugando con los dos parónimos de estirpe helénica; dígamoslo más por lo derecho: no hay literatura sin conciencia moral. Literatura comprometida, si queremos llamarla así, pero siempre que el compromiso del escritor sea consigo mismo, con su propio entendimiento, no con juicios que le vengan dados sino con su personal estimación del bien y del mal.

«O se está a favor de la vida o en contra. A veces da la impresión de que uno tiene que defender posiciones que son de sentido común», ha proclamado Antonio Muñoz Molina en alguna entrevista reciente, y se ha lamentado también de que, ahora, todo el mundo halle disculpas para cualquier cosa que haga, por monstruosa que sea, y siempre encuentre dentro de sí –y a veces fuera– rebuscados argumentos de psicólogo o de abogado que justifiquen sus comportamientos. Es evidente que no se deja llevar fácilmente por el relativismo ético y que en sus juicios acerca de las cosas que ocurren en el mundo en que vive se guía no por ideas ni por principios abstractos sino por su propio instinto moral. Es esencialmente un escritor responsable, comprometido con la razón, que manifiesta sin reparo lo que piensa porque, en el mar de dudas en que todos inevitablemente nos movemos, se agarra firme y certero a las certidumbres necesarias para no naufragar.

«Las buenas novelas, como las canciones o las películas, nos transforman y uno no es igual antes que después de haber leído *Fortunata y Jacinta*: eso es lo que ocurre con las novelas de verdad», ha dicho también él. Y eso es lo que nos pasa a los lectores de *Plenilunio*, creo: que después de leerla ya no nos sentimos iguales, somos algo mejores. □

RESUMEN

Plenilunio, la última novela de Muñoz Molina, de la que se ocupa Gregorio Salvador, tras una primera lectura apasionante y una relectura crítica, es, según él, una obra maestra, donde el realismo y la actualidad de los ingredientes tan veraces que constituyen el relato adquieren una dimensión inu-

sitada desde la calidad literaria que ya no se le discute al autor, su habilidad narrativa y su honda conciencia moral. Cree Salvador que será una de las novelas de este fin de siglo que perduren, porque es de las que no se olvidan, de las que, de un modo u otro, transforman al lector.

Antonio Muñoz Molina

Plenilunio

Alfaguara, Madrid, 1997. 488 páginas. 2.692 pesetas. ISBN: 84-204-8268-4.

El Greco: un clásico extravagante

Por Víctor Nieto Alcaide

Víctor Nieto Alcaide (Madrid, 1940) es catedrático de Historia del Arte de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, miembro del Comité Internacional d'Histoire de l'Art, presidente del Comité Español del Corpus Vitrearum Medii Aevi, miembro de la Hispanic Society y presidente del Comité Español de Historia del Arte. Es especialista en Arte del Renacimiento y en historia de la vidriera.

La pintura de El Greco fue la consecuencia de una íntima y constante tensión surgida de la confrontación entre su «estilo» personal y las «manieras» universales de su tiempo. O, lo que es lo mismo, entre la fuerte y acusada personalidad de su lenguaje y los usos y modos comunes de la época en la pintura occidental. Aunque existan unas coordenadas claramente perfiladas en las que pueda situarse y definirse su pintura, cualquier intento de clasificación topa siempre con la complejidad de la obra de un pintor que confronta, transforma y subvierte los planteamientos usuales y académicos de su tiempo.

El Greco fue desde fecha muy temprana un convencido militante del valor del modelo veneciano en cuyos principios había iniciado la definición de su lenguaje. De acuerdo con estos principios su obra se mostró siempre ajena al valor académico del dibujo como fundamento teórico y práctico de la pintura. Pero también planteará una exaltación del color y de la expresividad que rompe los límites heterodoxos de la «buena pintura» y vulnera los principios del modelo veneciano. Esta superación constante de los límites y de las normas ha determinado que la pintura de El Greco, al igual que su intensa peripecia vital, haya sido entendida desde un estado ininterrumpido de contradicciones.

La pintura de El Greco, aunque definida como una derivación «sui generis» de la escuela veneciana, se ha considerado, por otra parte, como una manifestación propia de la escuela española identificada con la espiritualidad y las formas de devoción españolas de las últimas décadas del siglo XVI. Es evidente que al llegar a España El Greco experimentó una transformación. Pero, en realidad, este cambio no era otra cosa que el inicio de la madurez de un artista que se desprendía de los usos y conocimientos aprendidos en años anteriores y que se podría haber producido del mismo modo en cualquier otro escenario. Era una renuncia a sus orígenes y el inicio de una trayectoria orientada a superar los principios mismos del modelo veneciano. Lo cual ha sustentado su consideración como pintor perteneciente a la escuela española, cuando, paradójicamente, su pintura en nada se parecía a lo que se hacía en España por esos años —de ahí su aceptación por determinados sectores religiosos y laicos de la sociedad española— ni alcanzara una proyección posterior de relevancia sobre otros pintores españoles. Su obra, por el contrario, discurrió por los cauces de una individualidad absoluta capaz de atraer, en un prematuro ejercicio de «snobismo» y extravagancia, a un público para el que lo nuevo era un valor en sí mismo.

El Greco, por paradoja, fue un pintor que renunció a los principios clásicos de culto a la forma y respeto por la proporción. La transgresión de estos principios y el valor de la licencia como categoría estética dominaron su trayectoria y la estética de su pintura. Sin embargo, fue una transgresión realizada desde el conocimiento. El Greco fue un artista culto, conocedor del arte y de la cultura de la Antigüedad y que estaba al tanto de los problemas artísticos de su tiempo. Ante los ojos de muchos artistas de nuestro siglo, El Greco se ha convertido en una referencia «clásica» válida debido a que se hallaba precisamente en



El entierro del Señor de Orgaz (Parroquia de Santo Tomé, Toledo).

contradicción con los principios mismos del clasicismo. De ahí que su pintura haya sido valorada en nuestro siglo tanto por las tendencias inclinadas hacia la expresión como por aquellas que, como el Cubismo, plantearon una recuperación del valor de la forma. Picasso, que tenía reproducciones de obras de El Greco en su estudio cuando pintó *Les Femmes d'Alger* en 1907, se sintió atraído por la pintura de este artista. El Greco era una referencia de autoridad indiscutible al tiempo que constituía un ejemplo de actitud anticlásica. Si Picasso en esta pintura recuperaba modelos instalados al margen de la concepción académica de la pintura —como la escultura egipcia, la ibérica o la negra— las composiciones de El Greco le ofrecían la posibilidad de «citar» un modelo clásico independiente de los usos abusivos del clasicismo realizados por el academicismo.

A estas y otras muchas razones se debe que la pintura de El Greco —que se desenvuelve entre el valor teórico y gnoseológico de lo individual y el «pathos» de la identidad entre existencia y expresión— haya suscitado las más dispares reacciones en críticos, artistas y espectadores atentos. De ahí, la constante revaloración y olvidos a que está sometida constantemente su obra. Los estudios que se le han dedicado constituyen una amplia y densa bibliografía cuya mayor parte se ocupa del sentido de su obra y de las raíces de su biografía desde las múltiples caras del prisma de su personalidad. De ahí la relevancia del reciente libro de Fernando Marías, *El Greco: biografía de un pintor extravagante*, al tomar como punto de partida el supuesto de la existencia de numerosas confrontaciones y contradicciones en la interpretación de la pintura y el perfil humano del artista como único método posible

para desgranar lo auténtico de su vida de lo novelesco y los problemas y aportaciones de su pintura de las apreciaciones subjetivas o condicionadas por un contexto cultural.

Excéntrico y extravagante

La valoración y análisis de su obra han sido un punto constante de manipulación y polémica. Ya en el siglo XVI su pintura motivó unas reacciones, de aceptación y repulsa, de comprensión y asombro, que hacen que su biografía haya podido ser definida por este autor como la de «un pintor extravagante». Pues, con independencia de que El Greco, al igual que muchos otros pintores, como Gauguin, Goya o Van Gogh, hayan sido artistas con leyendas creadas por la literatura y la crítica posteriores, es evidente que el componente saturniano de El Greco se puso de manifiesto, con todos sus acentos, en la misma época del pintor. Pues, como señala Marías, resulta evidente que «Theotocópuli, del que sus contemporáneos hicieron prácticamente ya en vida un mito historiográfico, constituye uno de los ejemplos más curiosos tanto de las oscilaciones del gusto y la valoración de un pintor a lo largo del tiempo, como de los cambios de interpretación —incluso radicales— a los que la obra y la personalidad de un artista pueden verse sometidas».

La vida y la obra de El Greco han sido estudiadas desde las múltiples perspectivas derivadas de los cambios y oscilaciones del gusto, la moda y las distintas valoraciones de los modelos clásicos. El resultado ha sido un amplio panorama de interpretaciones que lo han considerado como un artista oriental y exótico, un pintor italiano más, o el más característico y castizo de los pintores españoles; como un

judío o judío converso, convencido o no; un ferviente católico latino, ascético o místico; un mundano y frío practicante; un griego ortodoxo o un representante radical del espíritu de Trento. Igualmente han sido divergentes las interpretaciones que lo han considerado como un pintor extravagante, obsesionado por distinguirse de su maestro Tiziano y de sus colegas italianos y españoles, como un loco y un visionario, como un artista con un defecto de astigmatismo para explicar lo «anómalo» de las proporciones de sus figuras, como un representante impersonal y distanciado de la religiosidad de su tiempo, como un erudito poseedor de una gran cultura intelectual, incluso como el secreto autor de *El Quijote* y uno de los personajes de esta novela.

El Greco ha sido un personaje cuya biografía ha permitido establecer según el gusto y la temperatura fantástica de sus intérpretes, toda clase de invenciones y despropósitos novelescos y literarios, muchos de los cuales surgidos de la pluma de sedudos historiadores. Esta historiografía se inició a finales del siglo XVI con los elogios y críticas de diversos autores. Como señala Fernando Marías, a la muerte del pintor ya se había planteado una valoración divergente que alcanzará hasta nuestros días. A medida que, desde el siglo XVIII, las formas clásicas y el academicismo se fueron imponiendo, la vertiente negativa acerca de su pintura fue ganando terreno. Fue con el Romanticismo cuando el «arrebato» de El Greco se entendió con nuevos ojos y se convirtió en un tópico y un mito para pintores, críticos, poetas y literatos. Sin embargo, la estimación no había dejado de moverse en las coordenadas de los dos términos divergentes de biografía y obra hasta que Cossío iniciase una valoración desde unos criterios historiográficos rigurosos en su monografía sobre el pintor publicada en 1908 y escrita entre 1899 y 1904. Dicha obra, por otra parte, se correspondía plenamente con muchos de los ideales y tópicos de la Generación del 98 como el mito de la Castilla eterna y mística de la que la pintura de El Greco era su expresión. La imagen de El Greco de Cossío era el reflejo de la idea del pintor que se había ido forjando en medios de la Institución Libre de Enseñanza. El libro de Cossío ha fijado una visión de El Greco que se ha mantenido durante todo nuestro siglo al tiempo que nuestro conocimiento se iba enriqueciendo con las aportaciones documentales y estudios de los historiadores hasta el punto de que las posibilidades de ampliar el conocimiento documental de la vida y la obra del pintor son hoy limitadas. Será en libros pertenecientes a su biblioteca en los que, según apunta Marías, se podrán hallar noticias que sustenten nuevas vías de conocimiento e interpretación como las surgidas del ejemplar anotado por el pintor de *De architectura* de Vitruvio de la Biblioteca Nacional de Madrid, que ha permitido perfilar la imagen de un pintor italianizante con una gran inquietud intelectual, teórico y filósofo, preocupado por el hallazgo de una síntesis del mundo aristotélico y neoplatónico y del color veneciano y la forma toscana, aunque renunciando a la supremacía del dibujo. Lo cual no ha impedido que la imagen de El Greco como pintor religioso de la Contrarreforma española haya vuelto a plantearse en los últimos años resucitando nuevamente las contradicciones interpretativas de su pintura.

De pintor de iconos a pintor

Los orígenes de su formación, aunque no aparecen envueltos por la leyenda, son inciertos. Su formación se produjo, en el limitado ambiente de Candía, en el marco de una pintura de iconos evolucionada con escasas contaminaciones italianas; es decir, en los usos



Viene de la página anterior

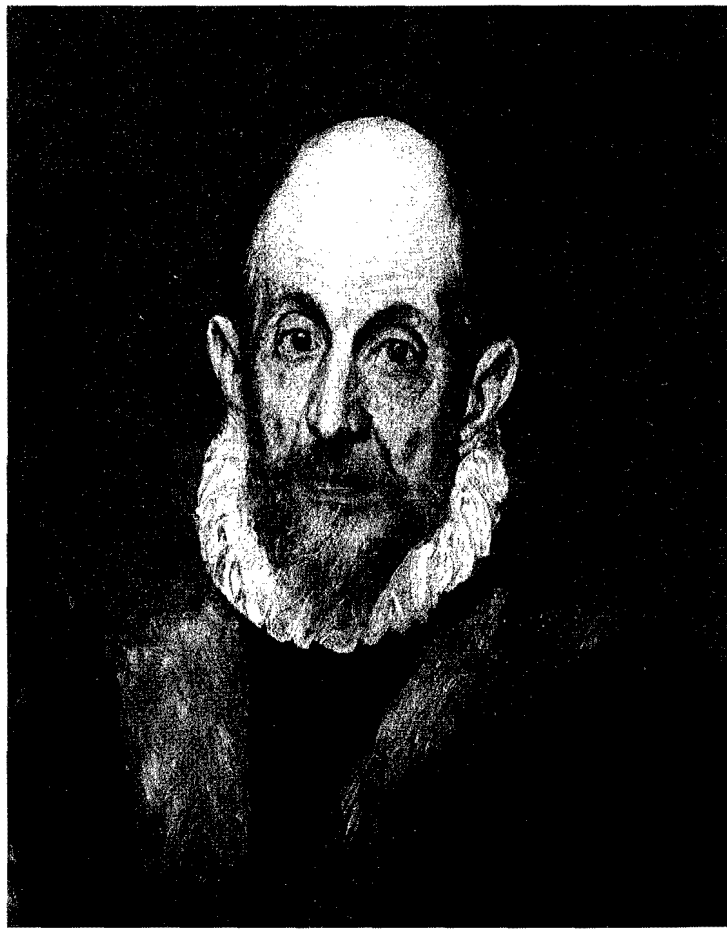


San Juan Evangelista (Santo Domingo el Antiguo, Toledo).

de una «manera greca» apenas latinizada. Pero lo que, como apunta Marías, resulta evidente es la voluntad de El Greco de liberarse de la condición de «pintor de iconos» para convertirse en «pintor». Fue este propósito lo que le llevó en 1567 a abandonar definitivamente Candía y trasladarse a Venecia, en donde permanecería poco más de tres años para trasladarse luego, en 1570, a Roma. En Venecia, El Greco dió el paso de la «manera greca» al sistema de la pintura occidental bajo las sugerencias de Tiziano y especialmente de Tintoretto y la posible influencia de algunos teóricos como Bárbaro, Pino y Dolce. Pero fue en Roma, en la que Giulio Clovio le facilitó el acceso al círculo del Cardenal Alessandro Farnese y de su bibliotecario Fulvio Orsini, donde se consolidó la conversión intelectual del pintor.

Fulvio Orsini era un auténtico «agente» artístico del cardenal en torno al cual se agrupaba un núcleo fundamental de artistas e intelectuales de Roma, entre ellos el grupo de los españoles. Un ambiente en el que El Greco conforma su personalidad y forja una valoración de la Antigüedad que justifica como proyección e interpretación en lo moderno y no como imitación. Fue en Roma donde El Greco acarició la idea de entrar al servicio de Felipe II. Para ello concurrían varias circunstancias importantes como su formación veneciana y el conocimiento de las últimas manifestaciones artísticas romanas, su capacidad de retratista y el contacto con el grupo de españoles, algunos de ellos pertenecientes al círculo de Orsini, entre ellos Pedro Chacón y Luis de Castilla, con quien El Greco entablaría una intensa amistad.

Durante su estancia en Roma, El Greco dio lugar al nacimiento de su perfil humano como artista excéntrico. El Greco, que había



Autorretrato (Metropolitan Museum of Art, Nueva York).

renunciado a ser un pintor de iconos, renunció también en Roma a ser un artista convencional, a ser «un profesional» de la pintura entendida como una producción empresarial. Aspecto que volverá a surgir en sus primeros años toledanos en relación con los problemas suscitados por algunas de sus obras como *El Expolio* en cuya tasación se ponía de relieve, según apunta Marías, cómo «a pesar de sus dos años de residencia toledana, el cretense no había logrado crear una sensación de estabilidad, de pertenencia a la misma colectividad de los toledanos en general y de sus artistas en particular; seguía siendo visto no sólo como un extranjero, que lo sería para siempre, sino como un forastero, falto de raíces o intereses, desarraigado, dispuesto a abandonar Toledo en cualquier momento, como un artista sin ataduras, sin un taller que lo engarzara en el sistema de producción artística de la ciudad, que sólo dependía de sí mismo y de los lienzos y colores que podía trasladar a cualquier sitio». Situación que cambió probablemente por el encargo de *El martirio de San Mauricio* por Felipe II. Y, también, por la sorpresa y el asombro que provocarían las pinturas realizadas para Santo Domingo, obra inaudita en el ambiente artístico toledano que planteaba una concepción nueva del retablo y un estilo de pintura insólito y que despertó el recelo, la desconfianza y la envidia de los artistas de la ciudad. La imagen del pintor independiente y extravagante, a pesar de las sumisiones y limitaciones impuestas por los encargos, se mantuvo hasta el final de la vida del artista. A mediados de 1611, Francisco Pacheco quedó asombrado por la excentricidad del pintor, su apasionada valoración del color en detrimento del dibujo y su crítica del arte de Miguel Ángel. Admiración y crítica que no le abandonarían hasta nuestro siglo.

El rechazo de *El martirio de San Mauricio* por Felipe II marcó su trayectoria. El cuadro se le pagó bien pero quedó relegado a una estancia secundaria. Se tuvo en cuenta su valor y calidad, pero no su adecuación para los fines propuestos en el edificio. Felipe II no volvió a solicitar los trabajos del cretense, lo que llevó al pintor a realizar obras de devoción para una clientela de carácter más privado. El Greco

no mantuvo en estos primeros años toledanos una relación amistosa con sus colegas. Todo parece apuntar a una vida en solitario, a excepción de su amistad con Covarrubias, hijo del arquitecto. De ahí, que «...el mito de su instantánea identificación con la ciudad, sus gentes y su espíritu, no deja de ser una bella construcción romántica, insostenible desde una correcta perspectiva histórica».

A ello se suma el hecho de que El Greco, frente a lo que se ha dicho, vivió con una relativa modestia material hasta los últimos años del siglo en que parece aumentar su nivel de vida de forma muy sensible, aunque los problemas surgidos en relación con sus obras para el Hospital de Illescas volvieran a plantearle serios problemas económicos. El Greco pretendió inicialmente ser sólo pintor, pero las circunstancias económicas le obligaron a ampliar el taller y aceptar encargos de retablos y otros tipos de obras a la manera de lo que hacían los principales artistas de su tiempo en España.

Testimonios estéticos

En 1586 Federico Zuccaro estuvo en Toledo y, es posible, como apunta Marías, que regalara al cretense los tres volúmenes de *Le Vite* de Giorgio Vasari publicados en 1568. El Greco anotó con comentarios de su puño y letra opiniones referentes a los problemas generales de la pintura, artistas y obras. En los primeros años de la década de los noventa, también anotó el *Libro de arquitectura* de Vi-

trubio. Las anotaciones de ambos libros constituyen los dos únicos testimonios teóricos y estéticos conocidos del pintor, si bien parece ser que realizó alguna otra obra hoy perdida de carácter teórico. De sus anotaciones se deduce que para El Greco la pintura es la única vía de conocimiento de toda la realidad, el paso a un conocimiento universal. Toda la naturaleza aparece como concepto de la pintura. La supuesta pura espontaneidad de El Greco se desvanece ante la personalidad de un pintor consciente para quien el acto de pintar es la consecuencia de una profunda reflexión.

El método y el criterio aplicados por Fernando Marías en su estudio son uno de los muchos que podrían haberse seguido para estudiar una figura tan compleja como la de El Greco. Pero debo destacar cómo, con independencia de la metodología articuladora del discurso, Fernando Marías ha seguido un planteamiento —sobre el que he hecho especial hincapié en estas líneas— sin el cual no es posible hoy comprender el estilo de la obra y la personalidad del pintor, evitando caer en las tentaciones «... de los productos de la imaginación, el nacionalismo a ultranza, la afirmación excluyente, el hallazgo y constatación de lo apriorísticamente buscado, la simplificación que permite en una fórmula eficaz resolver un misterio». Todo ello con un estilo ágil y discursivo, integrado en una bella edición cuyo diseño se ajusta al texto, en el que la erudición se halla «aplicada» con la medida exigida por el rigor, pero sin el aparato innecesario de lo que muchos consideran como ciencia académica. □

RESUMEN

Considerado por Picasso como un ejemplo de actitud anticlásica, la pintura de El Greco, junto a las múltiples raíces de su personalidad, ha venido suscitando, entre estudiosos y aficionados, las más dispares reacciones. Fernando Marías, en su biografía de un «pin-

tor extravagante», que así lo califica desde el título del libro que comenta Víctor Nieto Alcaide, toma como punto de partida la existencia de numerosas confrontaciones y contradicciones en la interpretación de su pintura y en el perfil humano del pintor cretense.

Fernando Marías

El Greco: biografía de un pintor extravagante

Nerea, Madrid, 1997. 355 páginas. 11.900 pesetas. ISBN: 84-89569-11-8

Hans Spemann y la Biología del Desarrollo

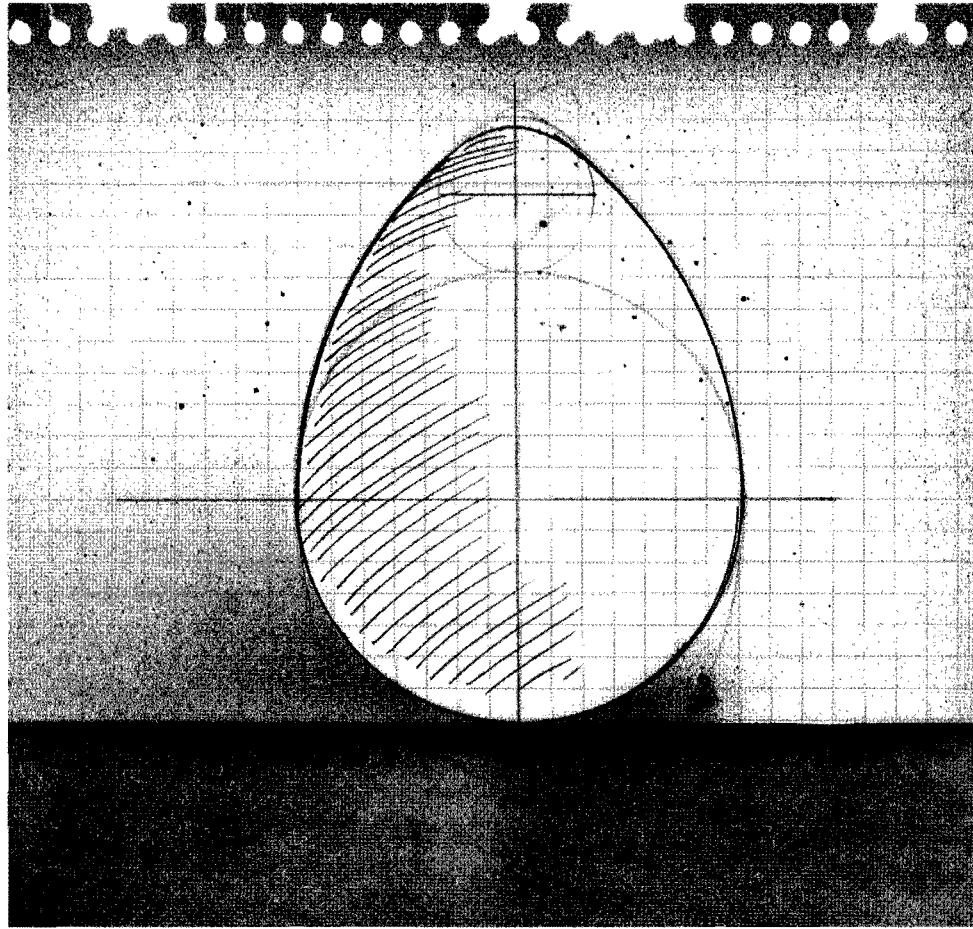
Por José Antonio Campos Ortega

José A. Campos Ortega (Valencia, 1940) es doctor en Medicina por las universidades de Valencia y Göttingen (Alemania); ha sido profesor extraordinario de Neurobiología de la Universidad de Freiburg y, desde 1982, es profesor ordinario de Biología del Desarrollo y director del Institut für Entwicklungsphysiologie de la Universidad de Colonia. Es académico correspondiente extranjero de la Real Academia de Ciencias y miembro de la Academia Europaea.

El desarrollo ontogénico de los seres vivos es uno de los grandes problemas que tiene planteada la Biología. El entender por qué generaciones consecutivas de animales presentan características idénticas a las de sus progenitores ha interesado a los humanos al menos desde el período helenista clásico, probablemente desde mucho antes. Hasta hace pocos años, el desarrollo era objeto de estudio de la Embriología, una disciplina parcial de la Biología que investigaba embriones con métodos morfológicos y, o bien con una actitud pasiva, puramente descriptiva, o bien con una actitud experimental, interfiriendo con el curso normal de los procesos ontogénicos. En nuestros días, el desarrollo de los seres vivos es el objeto de estudio de una ciencia más compleja llamada Biología del Desarrollo, parte de la cual es la Embriología. Las aspiraciones de la Biología del Desarrollo, queriendo solucionar uno de los macroproblemas biológicos, son muy altas: pretende dar una descripción completa del desarrollo ontogénico, explicando las causas de los cambios que se observan en el organismo durante su desarrollo, los mecanismos mediante los cuales esos cambios ocurren, y la base química, molecular, de todos estos procesos. Realizar esa aspiración representa una tarea realmente hercúlea, imposible de llevar a cabo en el marco de una disciplina biológica aislada, requiriendo antes bien un abordaje multidisciplinario.

La síntesis de las disciplinas biológicas

En el último tercio de nuestro siglo ha tenido lugar una reestructuración de la estrategia científica ante el problema de la ontogenia, la cual ha llevado a definir la Biología del Desarrollo como una ciencia reposando en tres pilares metodológica y conceptualmente distintos, a saber, morfológico, genético y molecular. Procesos ontogénicos han comenzado a ser considerados, no sólo desde el punto de vista de la Embriología, como lo habían sido hasta entonces, sino al mismo tiempo también desde el punto de vista de la Biología Celular, de la Genética y de la Biología Molecular. Cada una de esas disciplinas aporta conocimientos complementarios. La Embriología, en sus vertientes descriptiva y experimental, y la Biología Celular permiten definir las bases celulares de los procesos ontogénicos; la Genética permite la disección de un proceso complejo en sus elementos constitutivos —el bisturí genético, tanto más efectivo en estas cuestiones que el quirúrgico—; la Biología Molecular, sobre todo en su vertiente genética molecular, habiendo sustituido a la Bioquímica clásica con sus nuevas técnicas de clonaje y secuenciación de genes, permite la identificación de las moléculas de importancia para la ontogenia de modo eficaz, rápido y completo. Es decir, en el seno de la Biología del Desarrollo se ha llevado a cabo una síntesis metodológica de todas las disciplinas biológicas en una unidad orgánica. Ello es muy satisfactorio, ya que ese nuevo abordaje del problema del desarrollo ontogénico



G. MERINO

permite a los investigadores alcanzar niveles de resolución y fiabilidad muy altos.

La historia nos muestra, sin embargo, que aspirar a una síntesis metodológica en el abordaje de problemas biológicos no es nada nuevo: algo similar fue propagado ya en la segunda mitad del siglo XIX por Charles Darwin, Ernst Haeckel, August Weismann y muchos otros biólogos de renombre. Por entonces, los problemas biológicos eran considerados globalmente; la subdivisión de la Biología en disciplinas parciales no había tenido todavía lugar. Así, por ejemplo, la transmisión de los caracteres hereditarios y el desarrollo ontogénico eran considerados conceptualmente como dos vertientes del mismo problema, una tratando de la transmisión del material hereditario de una generación a la siguiente y la otra de su expresión. Como consecuencia, los investigadores aspiraban a encontrar soluciones para los problemas del desarrollo y de la herencia simultáneamente. Lo que se pretendía era realmente ambicioso, pero desgraciadamente los resultados prácticos no guardaban relación con esas pretensiones y el progreso era lento y, en términos generales, insignificante. Debido a un número de razones, en parte relacionadas con la complejidad de los problemas, en parte con la evolución de las técnicas de trabajo y, en parte también, con la idiosincrasia de los científicos, una escisión tuvo lugar a comienzos del siglo XX que llevó a la separación conceptual y técnica de herencia y desarrollo ontogénico como dos problemas distintos, y a la creación de la Genética y la Embriología como disciplinas independientes, cada una con tecnología y terminología propias. Ello fue en detrimento de alcanzar la síntesis biológica, la que hubo de ser pospuesta por más de medio siglo, pero fue en provecho del avance de los conocimientos.

Hans Spemann, una figura indiscutible

Hans Spemann (1869-1941) es una de las figuras de prominencia en la historia de la Biología del Desarrollo, y uno de los responsables directos de la dicotomía entre herencia y desarrollo. Peter Fässler, historiador de la

ciencia trabajando en Dresden, nos presenta con el libro que comento una extensa y detallada biografía de un biólogo cuya influencia trascendió los límites de su disciplina. Dada su gran importancia científica y las especiales características sociopolíticas de la época en que vivió, comprendiendo la Primera Guerra Mundial, los años de la República de Weimar, y la mayor parte de la era del nazismo, la vida y la obra de Spemann han sido objeto de un alto número de trabajos monográficos. Algunos fueron escritos por discípulos de Spemann, y muestran un carácter francamente hagiográfico, difíciles por tanto de valorar objetivamente —algo similar a lo que ha ocurrido en España con muchos de los ensayos históricos sobre Santiago Ramón y Cajal—. Otros autores cayeron en el extremo opuesto, viéndolo en Spemann una figura nacionalista, simpatizante con la ideología nazista, de tendencias racistas y antisemitas, lo que alcanza en ocasiones niveles absurdos. Por ejemplo, para experimentos en los que huevos de anfibios habían de ser ligados meridionalmente, llevados a cabo entre 1897 y 1905, Spemann utilizaba cabellos rubios procedentes de un mechón (parte del cual se conserva todavía) que había cortado a su hija Margarete cuando ésta contaba dos años. Spemann prefería esos cabellos por ser más delgados y flexibles que los de adultos, particularmente si éstos eran morenos. Ciertos autores han visto en esa preferencia una manifestación de supuestas tendencias racistas, cuando no era otra cosa que el resultado de un análisis de base empírica en el que Spemann había comprobado la calidad de cabellos de varios tipos, decidiéndose por los que consideró más adecuados para sus fines particulares. Fässler ha tenido ocasión de consultar y analizar detenidamente los extraordinariamente bien surtidos archivos que encierran tanto los protocolos experimentales como la correspondencia profesional y privada de Hans Spemann, ofreciéndonos en su libro una visión equilibrada y objetiva de su figura, enmarcada históricamente en la evolución de la Biología del Desarrollo: una obra muy útil para toda persona interesada por el desarrollo ontogénico.

Como en el caso de otros «héroes» de la ciencia, Spemann fue también galardonado

con muchos honores por su trabajo, entre ellos el premio Nobel de Medicina y Fisiología, que recibió en 1935. Resalto este punto porque el suyo fue el único premio Nobel concedido a un biólogo del Desarrollo por mucho tiempo. Hubieron de transcurrir 60 años más, para que, en 1995, otros representantes de la disciplina, Ed Lewis, Christiane Nüsslein-Volhard y Eric Wieschaus, recibieran el segundo premio Nobel concedido a biólogos del Desarrollo. En ambos casos, tanto en el de Spemann como en el de sus sucesores, los trabajos que condujeron al galardón modificaron el curso de la Biología en general.

Mecánica del Desarrollo

Pero ¿qué hizo Spemann, que fuera capaz de modificar el curso de las ciencias de la vida? Para entenderlo, hemos de remontarnos unos años atrás y considerar la evolución de los estudios ontogénicos en el siglo XIX. Hasta finales del mismo, los embriólogos se limitaban a observar y describir cómo los embriones se desarrollaban, sin pretender trascender a las causas de lo que observaban. La situación cambió en 1885, cuando Wilhelm Roux (1850-1924) publicó una especie de manifiesto programático en el que anunciaba la creación de una nueva disciplina biológica que él llamó «Mecánica del Desarrollo» («Entwicklungsmechanik», un término antiguo, sustituido poco después por el moderno «Entwicklungsmechanik»), enunciando sus principios conceptuales, sus fines y sus técnicas. El término «mecánica» es usado aquí en sentido kantiano, es decir, para designar la causalidad en la ontogenia. La «Mecánica del Desarrollo» tenía como finalidad principal, interfiriendo experimentalmente con los distintos procesos ontogénicos, explicar sus relaciones causales; esa actitud ante el desarrollo era completamente nueva. Según Roux, las tareas de la nueva ciencia tenían una doble finalidad: por un lado, estudiar el movimiento en el desarrollo sin tener en cuenta las fuerzas que lo originan —lo que Roux llamó la cinemática del desarrollo; es decir, obtener en primer lugar una descripción completa a nivel celular de los distintos procesos ontogénicos—. Pero la cinemática del desarrollo no era más que el prelude necesario, la base sobre la que estudiar las fuerzas causales de esos movimientos; en la terminología de Roux, la cinemática del desarrollo. Si llegáramos a conocer ambas, la cinemática y la cinética del desarrollo, estaríamos en condiciones de predecir las reacciones de las distintas partes del cuerpo en los diversos estadios del desarrollo ontogénico.

Quisiera insistir en que, en el programa de la «Mecánica del Desarrollo», la descripción detallada a nivel celular de los diversos estadios embrionarios era considerada requisito esencial para atacar el problema de las relaciones causales, la segunda, pero también la más importante, meta conceptual. Se trataba, por tanto, de un programa perfectamente compatible con lo que se practica hoy en día: vemos que la actualidad de los «mecánicos del desarrollo» es muy grande hoy, 110 años después de que Roux publicara su manifiesto. A partir de 1895, los aspectos analíticos causales, es decir, los aspectos cinéticos, comenzaron a recibir mayor atención a expensas de los aspectos cinemáticos, lo que a «posteriori» no resultó ser una afortunada evolución: una distribución más equilibrada de intereses y energías hubiera sido ciertamente más provechosa.

Tres científicos alemanes, Theodor Boveri (1862-1915), Hans Driesch (1867-1941) y Hans Spemann, son los representantes fundamentales de las dos vertientes de la «Me-



Viene de la página anterior



cánica del Desarrollo». En consecuencia a la preponderancia alcanzada por el componente causal en los estudios embriológicos de finales del siglo XIX, Driesch y Spemann favorecieron la denominación «Fisiología del Desarrollo» («Entwicklungsphysiologie»). Dado que la Fisiología era la rama de las ciencias que en la época trataba problemas biológicos desde el punto de vista analítico-causal (cinético), se quería con esa denominación poner de manifiesto el carácter de la nueva Embriología. La denominación «Fisiología del Desarrollo» ha prevalecido y continúa siendo usada en el área de influencia alemana para designar la Embriología experimental.

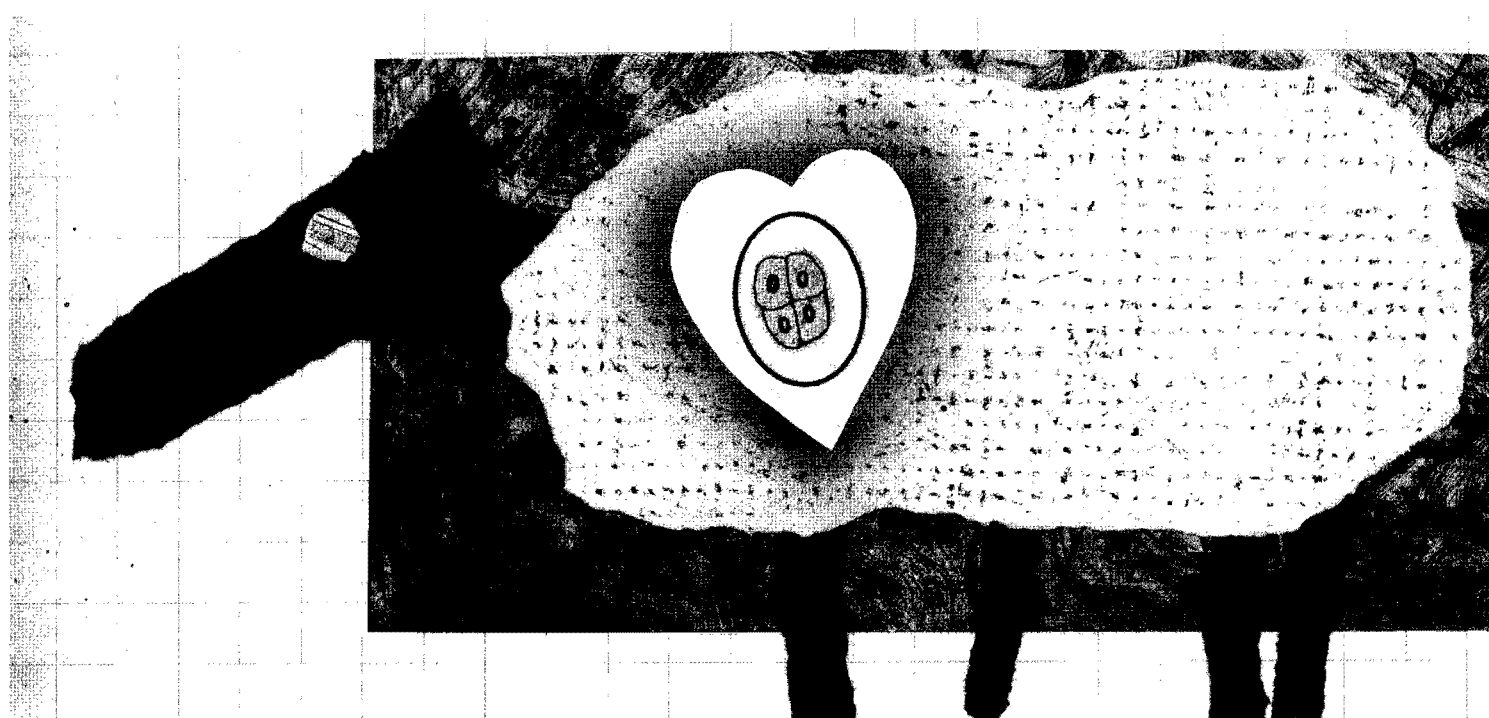
No es éste momento adecuado para tratar los trabajos de Roux, Driesch y Boveri. Hay que constatar, no obstante, que Boveri ejerció una gran influencia sobre la educación científica de Spemann, y a la misma dedica Fässler mucho espacio en su libro. Bajo la dirección de Boveri, Spemann llevó a cabo los estudios de su tesis doctoral en Würzburg, donde se doctoró en noviembre de 1894; con Boveri permaneció Spemann en Würzburg hasta 1908, cuando aceptó la cátedra de Zoología de la universidad de Rostock. La relación entre ambos continuó hasta la prematura muerte de Boveri en 1915. Una intensa correspondencia epistolar, ya conocida previamente, pero ampliamente discutida en el libro de Fässler, da testimonio de esa relación.

La vida profesional de Spemann siguió un curso similar al de la de muchos otros científicos. En Rostock ocupó la cátedra de Zoología desde 1908 hasta 1914, trasladándose después a Berlín para tomar el cargo de uno de los dos directores del nuevo «Instituto de Biología» de la «Sociedad Emperador Guillermo para la Promoción de las Ciencias» («Kaiser-Wilhelm-Gesellschaft zur Förderung der Wissenschaften», la organización predecesora de la actual Sociedad Max-Planck). Este cargo lo ocupó desde octubre de 1914 hasta el 1 de abril de 1919, cuando tomó posesión de la cátedra de Zoología de la Universidad de Friburgo en Brisgovia. Aquí permaneció hasta su muerte, acaecida el 12 de septiembre de 1941.

Spemann fue un experimentador excelente, que inventó un sinnúmero de técnicas e instrumentos. Sin embargo, todos sus experimentos fueron llevados por una base conceptual de profundas raíces. Su actitud fue absolutamente positivista, ciñéndose exclusivamente a los hechos experimentales y evitando especulaciones y divagaciones; en gran contraste con la actitud de muchos de sus coetáneos. El «campo de tensiones» al que el título del libro alude se refiere al ir y venir entre hipótesis y experimento, en la mejor tradición positivista, que Spemann practicó durante toda su vida profesional.

«Dolly» y la inducción del cristalino

Spemann se ocupó fundamentalmente de tres aspectos del desarrollo ontogénico de los anfibios, principalmente tritones y varias especies de ranas. En el período inicial de su carrera, el problema que le ocupó fue el de la potencia prospectiva de los blastómeros, a saber: ¿pierden las células embrionarias parte de sus capacidades germinativas cuando su desarrollo progresa? Esa pregunta había sido planteada por Roux y, más tarde, por Driesch. Mediante ingeniosos experimentos de ligazón de huevos de tritón, Spemann demostró la totipotencia ontogénica de los núcleos blastoméricos del embrión en estadio de 16 células; es decir, demostró que la potencia de las células embrionarias después de sus primeras cuatro divisiones equivale a la de las células germinativas. Pero no pudo llegar más allá de las cuatro primeras divisiones. Spemann



G. MERINO

propuso el experimento con el que responder definitivamente a la pregunta de la potencia prospectiva de los núcleos celulares: la transplatación de núcleos de células de tejidos diferenciados en huevos anucleados. Por motivos técnicos Spemann no pudo realizar él mismo esos experimentos, que fueron llevados a cabo a partir de los años 50 y 60 de nuestro siglo, después del descubrimiento de los antibióticos, y que culminaron en el clonaje de ranas y de corderos: recordemos a Dolly, la cordera obtenida en Escocia mediante la transplatación del núcleo de una célula de la ubre de una oveja, noticia publicada con grandes titulares en la prensa diaria en febrero de 1997. Es decir, la diferenciación celular no conlleva una pérdida de capacidad génica; ésta es la respuesta a la pregunta que Roux, Driesch y Spemann plantearon hace ahora más de un siglo.

El segundo tema que ocupó a Spemann durante muchos años fue la inducción del cristalino (la lente que los vertebrados poseen en la parte anterior del ojo) por parte del llamado cáliz óptico, el primordio ocular. Spemann descubrió que el desarrollo del cristalino es inducido por el primordio ocular. La inducción del cristalino dio lugar a una de las controversias más intensas de la historia de la Biología del Desarrollo, solucionada en nuestros días. La inducción como fenómeno ontogénico, otro de los descubrimientos de Spemann, es uno de los mecanismos fundamentales del desarrollo de los distintos órganos del animal. Su descubrimiento condujo a Spemann al descubrimiento de otro mecanismo ontogénico fundamental, el de la determinación celular, y a comprobar la existencia de una cadena de procesos inductivos. Ello le llevó a proponer un inductor primario del que partiría la cadena de inducciones.

La inducción neural y el organizador primario

La búsqueda del inductor primario condujo al premio Nobel para Hans Spemann. El experimento crucial fue llevado a cabo en 1921 por su discípula Hilde Pröscholdt (que tomó al casarse en 1921 el nombre de su marido, Otto Mangold, otro famoso embriólogo). Hilde Mangold encontró que la transplatación ectópica de las células del labio dorsal de la boca primitiva en la región ventral de otro embrión conduce a la formación de un eje embrionario adicional. Sin la transplatación del labio dorsal de la boca primitiva, las células de la región receptora se hubieran

desarrollado como parte de la piel del vientre del animal; bajo la acción del tejido transplantado, las células receptoras modificaban su comportamiento al ser inducidas a formar un nuevo primordio neural. Ello determinaba la formación de un segundo eje embrionario completo; es decir, un gemelo siamés crecía en el vientre del animal inducido por las células transplantadas. Las células de la boca primitiva poseían la capacidad de organizar el patrón embrionario y se comportaban como cabía esperar del inductor primario que Spemann había postulado años antes. En consecuencia, Spemann denominó el labio dorsal de la boca primitiva «organizador primario».

El trabajo de Hilde Mangold y Hans Spemann fue publicado en 1924. La publicación tuvo gran resonancia y ejerció una gran influencia, sobre todo en los bioquímicos, que vieron en la inducción neural y en la identificación del «organizador» el camino para investigar las bases químicas del desarrollo. Desgraciadamente, sea debido a la dificultad del problema, a la falta de perspicacia de los investigadores que se ocuparon del tema, o, más probablemente, a lo poco adecuado de sus métodos de estudio, la búsqueda fue poco fructífera. En los últimos años, el «organizador» ha comenzado a revelar su naturaleza y el problema se encuentra en vías de ser solucionado hoy, 75 años después de su descubrimiento.

Quisiera señalar dos factores de importancia para explicar la separación de herencia y desarrollo como problemas conceptualmente distintos. En primer lugar esa separación fue propuesta explícitamente por Thomas Hunt Morgan, la otra figura importante de la Biología de los años 20 y 30 de este siglo. Morgan, hasta 1910 uno de los mejores embriólogos de su tiempo, afirmó en su libro *Genetics and Development* que la transmisión de los caracteres hereditarios es un problema

demasiado difícil para complicarlo con otro problema aun más difícil, como es el desarrollo ontogénico. En consecuencia a ese pensamiento, su esfuerzo fue dirigido a establecer la Genética como disciplina independiente.

Cierto es que Morgan y sus colaboradores, con sus trabajos en la mosca «Drosophila», contribuyeron de gran manera a solucionar los problemas básicos de la herencia (lo que condujo a un premio Nobel para Morgan en 1933); parece probable que el resultado no hubiera sido el mismo si hubieran pretendido explicar su desarrollo al mismo tiempo.

Otra causa importante de la dicotomía fue el éxito de los trabajos de Spemann, que atrajo muchos adeptos hacia la Embriología experimental. Al contrario que Morgan, Spemann no se pronunció expresamente en favor de una separación de herencia y desarrollo, pero contribuyó en gran manera a la misma al prescindir premeditadamente de todo argumento de tipo genético para explicar o para interpretar sus resultados embriológicos. Es característico de esta actitud que en su obra fundamental, *Experimentelle Beiträge zu einer Theorie der Entwicklung (Contribuciones experimentales a una teoría del desarrollo)*, publicada en 1936, la palabra «gen» no es mencionada ni una sola vez. La aversión por parte de Spemann a emplear términos genéticos no procedía de ignorar que las células en desarrollo reaccionan de acuerdo a las informaciones contenidas en sus genes. Así, en varios pasajes de su libro, Spemann afirma que las células se comportan de acuerdo a las instrucciones genéticas de la especie de las que proceden. Como en el caso de Morgan y la Genética, también en el de Spemann cabe pensar que sus logros científicos hubieran sido menores si, junto al desarrollo de tritones y ranas, hubiera pretendido también estudiar los mecanismos de transmisión de sus caracteres hereditarios. □

RESUMEN

José Antonio Campos Ortega comenta la biografía que Peter Fässler ha dedicado a Hans Spemann (1869-1941), una de las figuras prominentes en la historia de la Biología del Desarrollo, uno de los responsables de la dicotomía entre herencia y desarrollo y un biólogo,

cuya influencia trascendió los límites de su disciplina. La biografía resalta la gran importancia científica de Spemann y subraya las especiales características sociopolíticas de la época en que vivió (fin del imperio prusiano, Gran Guerra, República de Weimar, nazismo).

Peter E. Fässler

Hans Spemann (1869-1941). Experimentelle Forschung im Spannungsfeld vom Empire und Theorie

Springer Verlag, Berlín, 1997. 346 páginas. ISBN: 3-540-62557-7.

Nacimiento del lenguaje musical de Occidente

Por Josep Soler

Josep Soler (Vilafranca del Penedés, 1935) es compositor y escritor. Estudió con René Leibowitz y C. Taltabull. Es director del Conservatorio de Badalona y miembro de la Real Academia de Sant Jordi de Barcelona. Desde 1960 viene trabajando en óperas, siendo autor de once de ellas, habiéndose representado Edipo y Yocasta en el Liceo en 1984.

Hacia la segunda mitad del siglo IX (en 845, Jean Scot es colocado al frente de la escuela de palacio de Carlos el Calvo y en 858 traduce el corpus de obras del Pseudo Dionisio Areopagita; la *Sintaxis Matemática* de Ptolomeo (fl. 127. 151) ya se había traducido al árabe, en 827, con el título de *Almagesto*, «Libro Magno»; en 870 nace Al-Farabí y en el mismo año muere Al-Kindi) aparecen en tierras del sur de la actual Europa dos tratados, anónimos pero de diferentes autores —*Musica enchiriadis* (ME) y *Scolica enchiriadis* (SE)—, casi contemporáneos al *De harmonica institutione* de Hucbaldo (ca. 880). En ellos, y por vez primera en la historia de Occidente, nos llegan unos determinados ejemplos para ilustrar la teoría (que, por otra parte, se da ya por conocida y que no se nos presenta como algo acabado de «inventar») de cómo escribir simultaneidades melódicas, y estos ejemplos —como fundamento y presagio del futuro— poseen un valor musical en sí. Uno de ellos, sobre el texto *Rex caeli domine maris...* (en ME, caps. 17 y 18) posee una excepcional importancia, según creemos.

La polifonía —unión de dos o más voces que se escuchan al unísono y que se relacionan orgánicamente entre sí con valores (rítmicos, de proporciones, de alturas, etc.) dependientes los unos con los otros— sólo pudo aparecer en unos lugares determinados donde el pensamiento griego había sabido, si no imponerse como forma natural de vida, por lo menos conservarse y comentarse, sabiendo la élite del momento extraer, en lo posible, algunas de sus consecuencias más inmediatas.

El pensar sobre el tiempo y el número (es bien conocida la definición del *Timeo*: «...una cierta imitación móvil de la eternidad...» —37d—) llevó a los músicos, impregnados de teoría —de lo que les había llegado de la teoría griega— a manipular el material musical en relación a los conceptos griegos (o en conceptos basados en ideas griegas) que definían la música como proporciones numéricas («...el tiempo es una especie de número...», dice Aristóteles en la *Física*, Libro IV, cap. 11); sobre esta base única (casi única, ya que se detecta, asimismo, una influencia semítica que influye en el canto más primitivo cristiano y cuyo ejemplo más antiguo conocido es el himno *Mientras cantamos un himno al Padre, al Hijo y al Santo Espíritu...*, procedente de un papiro de Oxirinchus — finales del siglo III, Egipto—, «...escrito en la escala diatónica hipolidia pero cuya melodía está construida sobre un grupo de fórmulas características de la manera de construir semita y que no se encuentran en la antigua música griega...»: *New Oxford History of Music*, vol. II, 1961) en la que ya se asentaba la herencia musical romana y la de los cantos cristianos («...cantad salmos, himnos y cánticos espirituales...», *Ad Coloss.*, III, 16; caps. 52/62), comenzó a fluir la fuente de la que se deriva toda la música de Occidente.

Esto, por los documentos que poseemos, acaeció a mediados del siglo noveno. No es ahora el momento de trazar la historia de rastros anteriores a estos textos que podrían suponer la polifonía como algo ya existente desde mucho tiempo antes, pero quisiéramos incidir, por su excepcional importancia, en señalar los textos y ejemplos musicales incluidos en estos dos tratados, traducidos y no-



MARISOL CALÉS

tados en el libro que ahora reseñamos, y que constituyen el primer documento con ejemplos musicales que poseemos en Occidente sobre una práctica que representa el fundamento de nuestra música y sobre los que se basaron todos los posteriores escritores de música, los «organistas» —los que «organizaban» (el material musical)— en los grandes centros de tiempos posteriores, Santiago de Compostela, Sant Martial de Limoges, Tarragona, Ripoll y, culminando esta evolución, Notre Dame de París, desde finales del siglo XII y en el siglo XIII.

El trabajo de estos «organistas» abre paso al de los increíblemente refinados y complejos autores del Ars Nova —Machaut, el primero de entre ellos—, del Ars Subtilior, los flamencos que les siguieron, Palestrina, Couperin, Bach, Mozart y, de una u otra forma, más tarde, influyeron directamente tanto en Wagner como en Debussy, tanto en Stravinsky como en Alban Berg o Webern y algunos contemporáneos nuestros.

Y el trabajo de estos organizadores presupone manipular el tiempo a través de las organizaciones musicales de los sonidos y con esta manipulación, entregarnos esta epifanía de los objetos platónicos que, a través de ellos y su obra, nos llegaba, abriéndose paso hacia nosotros, «magnificada» por el esfuerzo del artesano que, con este adorno, incrementaba así la belleza «del oficio divino», el canto que en la tierra reproduce el de las jerarquías angélicas que, fuera del tiempo, cumplían incesantemente su operación: y esta operación, en nuestro mundo, y por manos de los «organistas» humanos, es un trabajo (incesante y que aún no ha concluido) sobre cómo alterar, de una u otra forma, el acacer usual de aquello que denominamos tiempo.

La *Musica enchiriadis* y los *Scolica enchiriadis* pueden situarse en la segunda mitad del siglo IX (también podría pertenecer a mitad de siglo y aun algo más pronto); Raymond Erickson, autor de la traducción, introducción y notas, señala, asimismo, que estos dos tratados —que nos llegan como complementarios el uno del otro— son «...el

resultado del interés y el respeto que en aquel siglo se tenía por la sabiduría legada por la Antigüedad». Y señala que las obras que les preceden como fuente van desde el *De die natali* (238) de Censorino, hasta las *Institutiones* (540) de Casiodoro, pasando por el *De musica* (387/89) de San Agustín; el autor quizá básico y más influyente será Boecio (*De institutione musica*, antes del 510).

La ciencia del número

En aquel momento la música forma parte de la filosofía que, según los carolingios, comprende la física, la ética y la lógica; pero, asimismo, no hay ciencia de la naturaleza sin aritmética, geometría, música y astronomía, es decir, «sin la ciencia de los números» y todos los teóricos admiten que la belleza musical está en la relación entre los valores (ritmo, melodía, concordancias de sonidos, etc.); y la relación es el número.

Jean Scot (*De diuisione naturae*, ca. 865) nos dice que «...es algo maravilloso que la música, que tanto placer nos produce, no sea únicamente sonido sensorial sino también relación numérica...» y el anónimo autor de ME llega a decirnos que «...así, como en tantas y otras cosas que sólo podemos explicar en parte y con dificultad, esta disciplina (de la música) no tiene, en esta vida, una explicación completa y comprensible...; ...podemos, sobre la base de los números, explicar los intervalos musicales y ... dar alguna explicación de las consonancias y disonancias. Pero, porqué y de qué manera la música tiene tan grande afinidad y unión con nuestras almas —ya que sabemos que estamos ligados a ella por una cierta similitud—, esto no lo podemos expresar fácilmente con palabra» (cap. 19), y, en el capítulo anterior, afirma: «...el arte musical (de la polifonía) existe para el adorno del canto eclesiástico (el Anónimo IV, hablando de los libros de «órgano» en Notre Dame, dirá que se hicieron para «magnificar el oficio divino») —pro seruitio divino multiplicando— pero esta (ciencia) también conlleva un no menos respetuoso estudio con una más profunda intención. Pues el porqué algunos sonidos se unen unos con otros en una dulce concordancia, mientras que otros chocan de manera desagradable, incapaces de acoplarse los unos con los otros, esto tiene una profunda y divina explicación y, en algunos aspectos, está entre las cosas más recónditas de la naturaleza. En los escritos de los antiguos se trata de esta ciencia sobre cuyas operaciones, en este particular, el Señor nos ha permitido poder entrar. Y en estos escritos se afirma, con los argumentos más convincentes, que el mismo principio rector que controla la concordancia de los sonidos regula, asimismo, la naturaleza de los mortales. A través de estas relaciones numéricas, por las cuales diferentes sonidos concuerdan entre sí, la eterna armonía de la vida y los elementos conflictivos de todo lo existente en el mundo se unen como unidad con las cosas materiales».

La ME se apoya en la leyenda de Orfeo en búsqueda de Eurídice (cap. 19) para explicar el carácter irracional y misterioso de la música. Orfeo es un símbolo del más bello canto y con él quiere atraer a su esposa de los abismos del Tártaro; no puede conseguirlo porque la música sobrepasa el entendimiento humano y se esconde en las tinieblas de un inconsciente que quizá sólo la intuición del genio o de aquel que ha sido escogido como poeta «en pie, ante las tormentas de Dios, con la cabeza desnuda», puede llegar a penetrar y soportar; «...y tal como en tantas y tantas cosas, esta ciencia no tiene explicación completa en esta vida»: no es enteramente inteligible porque sus fundamentos matemáticos son algo divino.

«...Y así, de la misma manera que en multitud de cosas sólo podemos discernir una parte de la verdad, en esta disciplina (de la música) nunca podremos, en esta vida, conocer una explicación total y comprensible. Podemos juzgar si la construcción de una melodía es correcta y distinguir la exactitud de los tonos y los modos y otras tantas cosas de este arte. Y sobre la base y fundamento de los números analizar los intervalos musicales, las concordancias de las diversas tesituras y dar algunas explicaciones sobre consonancias y disonancias. Pero de qué forma la música posee una afinidad y se une a nuestras almas —ya que sabemos que estamos ligados a ella por una cierta similitud—, esto, no lo podemos expresar fácilmente con palabras...».

Y el autor del tratado cierra el capítulo —y el libro— con estas palabras: «...Boecio, el más eminente de entre los autores, nos explica muchas cosas maravillosas sobre los principios de la música, fundamentándolos todos ellos por la autoridad de los números...». Es bien conocido el texto de Aristóteles: «...Y cada Número es una Idea y la Idea es causa del ser para las demás cosas, y los pitagóricos, viendo que muchas afecciones (impresiones, propiedades, «pasiones sensibles») de los números se dan en los cuerpos sensibles, afirmaron que los entes eran números, pero no Números separados, sino que los entes se componían de números... porque las afecciones de los números se dan en la armonía en el Cielo y en muchas otras cosas...» (*Metafísica*, Libro XIV, 1090 a). Siglos más tarde, Plotino dirá algo semejante: «...en el Ser está el Número y con él engendra los demás seres según este Número y da vida a los números antes de dar existencia a los seres...; ...el Número, el Número primero y verdadero es, pues, el principio y la fuente de la existencia para los seres: y es por ello que, en nuestro universo, toda generación se hace según los números...» (*Eneadas* VI, 6 - 34, 15).

En SE, el maestro pregunta al discípulo: «¿Qué es música?». Y éste le contesta: «Es la ciencia de regular —modular— con exactitud el movimiento del sonido («Bene modulandi scientia»)». La definición proviene del *De musica* de San Agustín —modelo de SE aunque la idea es mucho más antigua— y, desde siempre, «modular» no sólo significa cantar y cantar bien sino también tener consciencia de las leyes matemáticas que sustentan el edificio de la ciencia de la música (nota pág. 33 del texto que comentamos); y de esta ciencia de los números y las leyes que de ellos se derivan, organizados por los artesanos que con ellos magnificaban el canto litúrgico y con esta operación creaban un objeto musical que ya debía considerarse como objeto artístico, iba a nacer el corpus musical de Occidente con su larga, difícil —y dolorosa— historia.

Disonancia

Cielo y tierra se fundían en un inmenso acorde, regido por una admirable armonía, pero la disonancia, en este acorde, era, asimismo, un aspecto inmanente de la consonancia; así, el mal era consecuencia, parte integrante y aspecto simétrico del bien y en el Uno, en Dios, se hallaba la fuente, el fundamento de todo bien y también de todo mal; W. Blake podía, con rara lucidez, dibujar a Yahveh precipitándose sobre Job con el aspecto de un venerable anciano, pero los pies de la enorme figura eran pezuñas de macho cabrío y una enorme serpiente envolvía su persona: la dualidad estaba admirablemente expresada.

La disonancia surgía ya en el ejemplo citado en ME, «Rex caeli domine»; por cuatro



Viene de la página anterior



veces, el intervalo de segunda sonaba en nuestros oídos procedente del unísono inicial y resolvía en una tercera. Así, la primera disonancia de la historia, emanando de un unísono —que podría haber continuado o bien seguir con un intervalo «consonante»— tomaba existencia, se enfrentaba a nosotros, pero su misma acritud exigía, en aquel momento, que «resolviera» en un intervalo reputado agradable; el roce con el costado malo, perverso, de la armonía del mundo debía realizarse y encontrar una rápida solución en la bondad y la «armonía similar a la de las divinas y celestiales esferas». Podían reconocer y resignarse a su existencia pero no permanecer ni menos descansar en ella.

Pasarían muchos siglos hasta que la disonancia no fuera aceptada como algo casi connatural con la consonancia y como algo que, tal la sombra presupone la luz, pertenece al ámbito de lo consonante, de lo «agradable»; la historia de la disonancia es la historia de cómo las agregaciones de sonidos vienen a ser funciones culturales y su bondad y aceptación dependen de la calidad de quienes los escuchan y emitan juicios sobre ellas: ca. 1961, Stravinsky nos dice (en una conversación con Robert Craft sobre la absoluta obra maestra que es *Pierrot Lunaire*; Londres, 1968): «...somos nosotros los que pasamos, no el tiempo y ahora no sé más cosas que años atrás aunque la calidad de mi conocimiento es diferente...».

El tiempo de la disonancia era el mismo en el siglo IX como en el XX: las posibilidades eran las mismas y las emociones —las más violentas y caóticas o las más estructuradas, siempre expresión de nuestro miedo y nuestra angustia— eran las mismas en los difíciles finales del siglo noveno o en el apocalipsis que se inicia con nuestro siglo y en su trágico desarrollo: la asunción de la disonancia por la burguesía, que no la entiende y no comprende su porqué aunque tolere un determinado nivel, es sólo la aceptación de algo que se repite cada vez con más insistencia en la música y que, se les dice, es aceptable y debe serlo como tal; la calidad de la aceptación es diferente y, cada vez más, decantándose hacia el lado oscuro, no por comprensión del fenómeno, sino por endurecimiento e indiferencia de los receptores, incapaces de cualquier sentido crítico.

Pero otras disonancias irán acumulándose a los «objetos aceptables» que los receptores de la músicas (de todas clases de música, muchas de ellas ahora ya sin que, en ningún aspecto, merezcan tal nombre) poseen y disfrutan como algo inamovible: la música de Occidente se inicia, como objeto artístico, a fines del siglo IX, como algo que pretende magnificar, «mejorar» y dar relieve a un canto ya existente; ahora, a finales del XX, aquel signo extraño que surgía, «reptil inviolado», en el único de los ejemplos de polifonía no paralela en ME, la disonancia, ya carece de sentido como expresión del mal, de la parte de mal que existe en el Bien. Asumida, con el paso de los siglos, como una de las tantas características de la música, contraste asimismo bello que se debía cuidar y dotar de leyes propias y sabias para poderlo manejar y conseguir que viniera a ser una «delectable falsa» y se despojara de su carácter «peligroso», ha perdido aquello que la hacía angustiada y portadora de valores perversos y hasta demoníacos (la evolución y aceptación del tritono es un caso característico); ahora es sólo «acompañamiento» para las músicas del final de una civilización que se inició con la disonancia sólo ligeramente rozada, temible pero necesaria, sombra contra la luz, bondad contra maldad, y que agoniza con el feroz derrame del total indiferenciado de los sonidos ya sin significado ni valor.

La disonancia, invadiendo la obra de arte de nuestro siglo, primero, como necesaria

consecuencia de una evolución que comienza con el ejemplo de ME antes citado y que, cuidada por la mano del artesano, conseguirá poseer naturaleza y calidad propias y adquirir la bondad y participación del bien que presupone y exige toda obra de arte verdadera, vendrá a ser, finalmente, ruido que rodea, cual halo de maldad pura, la destrucción del arte, en una nueva «ars subtilior»; en el siglo XIV, el rebuscado y casi imposible arte de los músicos que descomponían la natural sucesión rítmica de las palabras y el texto musical para asemejarlo, quizá inconscientemente, al balbuceo del oscuro y temible inconsciente, vino a encontrar una salida en la evolución de la historia que los empujó por otros caminos que, a pesar de sus complejas manipulaciones del tiempo, ya poseían la serenidad y el orden que exige cualquier estructura; pero, en nuestros días, cuando la historia parece que llega a su ocaso y se cierra con un «Götterdämmerung» carente de cualquier clase de valores y sin que ningún sacrificio parezca justificar este final sin grandeza alguna, el sonido que acompaña los cánticos que resuenan por la intervención de los «artistas» del momento de la moda es el horror de un caos sin intención de refinamiento o sutileza e incluso amaneramiento, como en el siglo XIV.

Y este sonido ya no es sino el resonar de la destrucción final; del espasmo del dios creador que de su divina esperma crea los mundos y llena los universos de su voz —sus gritos, sus alaridos, del triunfo de su afirmación— proclamando una palabra que da vida a todas las cosas y en ellas establece la armonía del mundo e inicia la historia como un retorno a la fuente original, parece como si ya casi nada quedara; el sentido que tuvo el verbo creador, en los comienzos, se ha degradado en el transcurso de la historia hasta convertirse, por la incesante operación del hombre, en sonidos portadores solamente de estructuras destructivas: de sus bocas, que deberían proferir construcciones de futuro, sólo salen ruidos que organizan el caos con una voz que es, únicamente, un «acto sin nombre», un mal puro; y con él deberá concluir la historia y su símbolo más preciso, la música y sólo el poeta podrá preguntar: «...Y ¿para qué poetas en tiempos aciagos? / pero, son como los sacerdotes sagrados del Dios del vino / que erraban de tierra en tierra, en la noche...».

Melodía

El deseo de magnificar la melodía dada del canto llano se inició, por lo que vemos en estos ejemplos de ME y SE y algunos otros del mismo tipo y de épocas más o menos cercanas, primero creando una melodía paralela al canto litúrgico y después, cosa que ya ocurre en ME, escribiendo una nueva melodía, totalmente diferente, que coexiste con el canto dado y forma con él una unidad; con todo, el interés melódico sigue siendo superior en el canto llano («vox principalis») que en la voz añadida («vox organalis»); parece como si el «organista» (organizador de estructuras que después vendrá a llamarse compositor) tema que su personalidad pase por delante de las hermosas melodías dadas y que ello pueda afectarle —por tal atrevimiento— de alguna manera: su voz personal queda escondida detrás de este acto de humildad que es el intentar embellecer el servicio divino con estas sutiles manipulaciones sin que su propia inventiva pueda surgir con fuerza como para ensombrecer la divina belleza de los cantos litúrgicos.

En SE, el discípulo, en el diálogo que se abre con la pregunta sobre qué es la música, contesta al maestro explicándole que la dulzura de una melodía proviene, sólo, de su organización y que únicamente aquel que apli-



MARISOL CALÉS

que rectamente las leyes de la disciplina podrá hacerlo con propiedad; pero el discípulo añade: «...y mejor dicho, aquel que tenga el corazón lleno de devoción es el único que podrá cantar dulcemente al Señor...» y a estas palabras añade el maestro: «...sólo el conocimiento teórico permite ejecutar las melodías litúrgicas propiamente... y este conocimiento es necesario para no desfigurarlas por falta de cuidado o por ignorancia».

Pero, lentamente, la invención del «organista» se abrirá paso como expresión del sentimiento personal del que embellece la música y de aquel que permite que, a su través, se patentice la obra de arte y se manifieste como tal: en los dos Troparios de Winchester (ca. 1000), en los manuscritos de Chartres (sig. XI), en los posteriores tratados sobre el «modi organizandi», ya la persona del organizador adquiere más y más importancia; en los códices llamados de Sant Martial (sig. XII) y en el de Santiago de Compostela (sig. XII, quizá inicios del XIII) la melodía no litúrgica de quien se atreve a «investigar en los más recónditos lugares de la naturaleza» se nos muestra en una epifanía cada vez más compleja y más independiente del fundamento de todas aquellas operaciones: el canto dado de la liturgia.

En París, será el «Magister» Leoninus —finales del siglo XII— quien llevará, hasta el extremo máximo, los juegos temporales de sus antecesores y las sutiles manipulaciones de las líneas melódicas sagradas que parecían inmutables e intangibles; ahora, algunas notas del canto llano se alargan de manera inusitada perdiendo cualquier sentido melódico que permita a los oyentes identificarlas y sobre este sonido mantenido en el que el tiempo parece

detenerse, el «organista» teje la guirlanda maravillosa (a veces, hasta 53 notas contra una, como en el gradual *Aleluia. In conspectu angelorum*) de una invención melódica y musical casi única en la historia de la música y que, salvando estilos y maneras de ser, quizá sólo puede ser comparada a la de Schubert.

El canto sagrado se ha perdido y aquel elemento que pretendía únicamente embellecerlo se ha convertido en el hecho más importante arrebatándole la primacía mientras que la línea litúrgica ha venido a ser sólo un pretexto para que la emoción del organizador, ahora ya compositor, pueda manifestarse abiertamente: Léonin es el primer gran nombre en la historia de la música, pero el anónimo que supo imaginar la «unión de dos contrarios» en el *Rex caeli domine*, en la *Musica enchiriadis* quizá supo realizar el gesto más notable y arriesgado en la historia de la música de occidente.

Traducido dentro de una serie de teóricos que incluyen a Boecio, Quintiliano, Guido, Hucbaldo, Zarlino, etc., es ésta una magnífica aportación a la posibilidad de acceder a las fuentes originales con traducción clara y exacta en una edición práctica (la edición crítica se publicó, por los cuidados de Hans Schmid, en Múnich, 1981). Quizá hubiéramos deseado disponer del texto latino original y algunos facsímiles de los manuscritos; diagramas y ejemplos musicales han sido transcritos con exactitud y claridad. Quisiéramos, sólo, lamentar que en la lista de manuscritos empleados no se nombre el de Ripoll (Barcelona, Archivo de la Corona de Aragón MS 42), del siglo XI, copiado en el scriptorium del monasterio entre 1018 y 1046 y de la misma época de los demás citados como referencia. □

RESUMEN

Josep Soler, al comentar la edición de dos textos musicales, anónimos, pero de autoría diferente, aparecidos a mediados del siglo IX, se ocupa de los orígenes de la música de Occidente; cómo en ese momento surge el corpus musical de Occidente con su larga, difícil y,

en ocasiones, dolorosa historia. Estos textos son: *Musica enchiriadis* y *Scolica enchiriadis*. En ellos, y por primera vez en Occidente, se encuentran unos determinados ejemplos para ilustrar la teoría de cómo escribir simultaneidades melódicas.

Raymond Erickson y Claude Palisca

Musica enchiriadis and Scolica enchiriadis

Yale University Press, 1996. XLIV + 106 páginas. 5.410 pesetas. ISBN: 0-300-05818-7.

Reflexión sobre usos y miradas

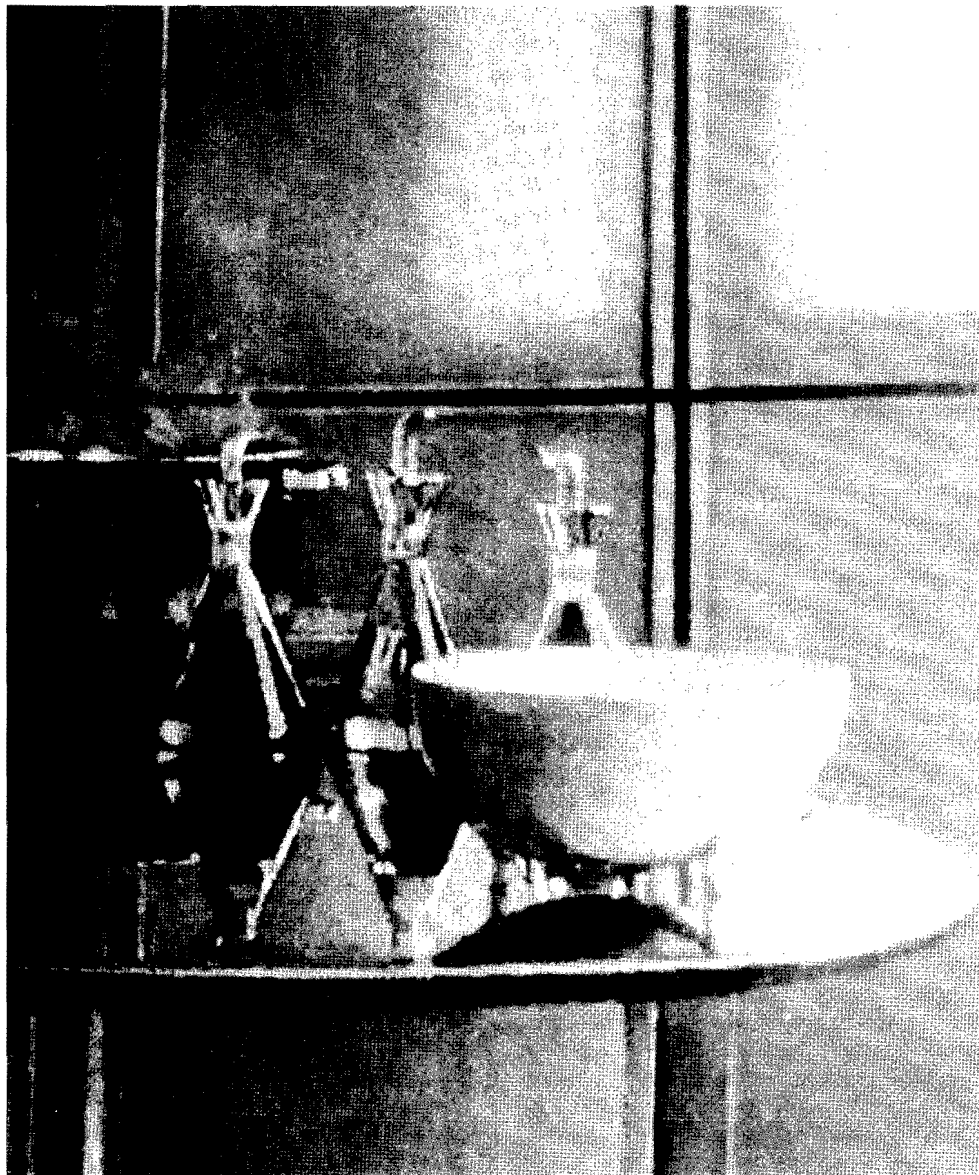
Por Román Gubern

Román Gubern (Barcelona, 1934) ha sido profesor de Cinematografía en la Universidad de California del Sur (Los Ángeles) y en el Instituto Tecnológico de California (Pasadena), así como director del Instituto Cervantes en Roma. Actualmente es catedrático de Comunicación Audiovisual en la Universidad Autónoma de Barcelona, de cuya Facultad de Ciencias de la Comunicación ha sido decano. Ha sido presidente de la Asociación Española de Historiadores del Cine y es miembro de diversas academias españolas y extranjeras. Autor de una veintena de guiones para cine y televisión y de una treintena de libros.

En 1994 Óscar Tusquets Blanca inició, con su libro *Más que discutible*, una reflexión teórica sobre productos humanos, desde zapatos femeninos hasta pinturas, que por debajo de los casos particulares examinados de modo concreto iniciaba, sin proponérselo explícitamente, un discurso estético que trascendía los casos elegidos para vertebrar informalmente una teoría más general y global, que abarcaba dos cuestiones que a lo largo de este siglo se han revelado cruciales: la cuestión de las miradas (que antes se llamaron sensibilidades) y la cuestión de los usos de los objetos. Ahora, con *Todo es comparable*, que es un complemento o continuación de su volumen anterior, prolonga con su estilo de tertulia informal de tarde veraniega, su examen de otros casos heterogéneos –desde las escalinatas hasta la aceituna rellena–, que prolonga y confirma la reflexión estética subyacente en el libro anterior.

Desde la aparición del concepto de «arte aplicada» en el siglo pasado, la estética ha tenido que pechar con la incómoda cuestión –que los arquitectos habían asumido de modo natural desde buen principio– de que existen las obras de arte utilitarias y las no utilitarias. En las primeras se hallaban las iglesias, los palacios y las carrozas, que debían servir a funciones eminentemente prácticas (además de simbólicas) y en el segundo grupo, las pinturas de paisajes o las joyas de adorno personal. Pero existía una resistencia profunda a otorgar el mismo tratamiento y los mismos cánones a unas y a otras. Ni siquiera el esfuerzo racionalizador de la Bauhaus pudo con hueso tan duro de roer, pues de hecho creyó superar esta dicotomía creando un nuevo territorio en el que todo era diseño funcional y, fuera de su legitimación moral, el placer gratuito o el capricho individual caían bajo sospecha. Era un diseño totalitario, productivista, puritano y calvinista, bastante coherente con su cuna en la Europa nórdica y protestante y a manos de técnicos de coloración marxiana. Era una negación, en suma, de la tradición artística desinteresada y hedonista mediterránea, que acabó por ser colonizada, en nombre de la modernidad, por los cánones de los arquitectos centroeuropeos.

Escribo esto porque el autor del libro que comentamos milita en la cultura mediterránea y ya dejó sentado en su libro ante-



«Victoria diletante», óleo de Óscar Tusquets Blanca (detalle de las vinagreras de Marquina).

CORTESÍA EDITORIAL.

rior que consideraba al placer como un legitimador estético incuestionable y en su nombre se puede ahora permitir pronunciar presuntas herejías estéticas. Por ejemplo, su defensa de la legitimidad de la copia en la circulación artística. Después de un siglo de tiranía de la teoría del «kitsch» y de los insultos contra Disneylandia, resulta saludable leer un elogio de la copia, que de momento incluye la copia artesana, la fotocopia en color, la lasercopia, el molde y que pronto tendrá que incluir otros procesos técnicos más sofisticados de clonación. De hecho, la clonación no la han inventado los biólogos, sino los ingenieros que iniciaron los procesos industriales de producción en serie, que el autor valora adecuadamente en su libro.

La ética de la descalificación de la copia, cuando no se ha asentado en manifiestas deficiencias estéticas, se ha fundado en cuestiones de moral mercantil, valorando el prejuicio económico infligido al autor del original. Pero recuerdo que uno de los más geniales falsificadores de este siglo, Elmyr d'Hory, dijo que cuando los expertos y el mercado tratan a un Matisse falso como si fuese auténtico, pasa a ser automáticamente

un Matisse auténtico. En este caso, a la copia no se le puede imputar una deficiencia estética, sino su falacia mercantil.

Pero después de su defensa de la copia, que es una defensa sobre todo utilitaria, el autor ataca la concepción dominante en la museología, que hemos heredado de la Ilustración. Es cierto que los grandes museos modernos son un poco como los grandes almacenes o los hipermercados, en los que hay demasiadas cosas para ver en demasiado poco tiempo. A veces, recorriendo sus galerías, se tiene la impresión de que las paredes son como páginas de álbumes de sellos, apretujados unos con otros. No hay ser humano que sea capaz de metabolizar adecuadamente la saturación sensorial producida, ni los saltos mortales en la historia y en los códigos de representación –de siglos, de milenios–, efectuando las acomodaciones del conocimiento y del gusto pertinentes. Evidentemente, es mejor una buena copia de la Gioconda en casa, que las fatigosas aperturas ante los brillos de un cristal antibalas en el museo. Y cuando los cinéfilos deseamos ver una película sueca de 1914, preferimos verla en vídeo que no verla o tener que viajar a la cinemateca de Estocolmo para verla. Creo que esto lo descubrieron antes los norteamericanos, con su gran sentido práctico, que los exquisitos europeos. El juicio debe centrarse, por lo tanto, en la calidad técnica y estética de la copia: hay copias admisibles y copias inadmisibles.

Desde el misterio de las proporciones del templo del Partenón al diseño de la fregona, pasando por el funcionamiento y las reglas del water-polo y el ordenador ajedrecista Deep Blue, Óscar Tusquets Blanca propone en su libro una variopinta panoplia de reflexiones que, como decía, tienen que ver sobre todo con los usos y las miradas. Con las mi-

radas, porque pese a todas las revoluciones culturales, todos los relativismos étnicos y todos los eclecticismos, el criterio del gusto sigue siendo un criterio supremo en la valoración estética. Tanto es así, que el famoso relativismo de David Hume, afirmando que la belleza no es una cualidad de los objetos, sino que reside en la mente (o en el ojo) de quien los contempla, nos parece cada día, a su vez, más relativo, a la luz de los hallazgos de la etología humana y de los de los psicólogos de la percepción. Y tienen que ver también con los usos, porque los objetos –desde un tenedor a un avión– se producen para ser utilizados con determinadas finalidades, aunque las finalidades de un remolcador no sean las mismas que las de un retrato al óleo. Y, por último, porque existe una rica y compleja relación dialéctica –a veces secreta– entre uso y belleza, o entre belleza y uso.

Actuando en legítima defensa profesional, el autor saca sus garras más afiladas cuando se defiende contra la diseñofobia y el eslogan que sataniza el «demasiado diseño». Explica sus cuitas, que todos hemos padecido, ante ciertos sofisticados aparatos de ducha de algunos hoteles, y así podemos identificarnos con regocijo con su posición. Retengo que la diseñofobia ha sido la consecuencia natural del sarampión que puso de moda la profesión de diseñador y produjo, sobre todo, malos y frívolos profesionales improvisados, que llenaron el mercado de artefactos incómodos o inutilizables, pero hinchados de pretensiones. El chiste malo del «¿diseñas o trabajas?» fue la síntesis de aquel período, que creo que se extendió de los años setenta a los ochenta. El autor, que para entonces era ya un veterano profesional, no siente la necesidad de descalificar a aquellos aprendices, sino la de defender su profesión. En efecto, los malos médicos no descalifican a la medicina como ciencia.

La aceituna rellena

El libro de Óscar Tusquets Blanca es a ratos saludablemente provocador, pero casi siempre lleno de sentido común, de ese «seny» catalán que con tanta frecuencia se utiliza para bendecir opiniones y conductas timoratas. Las del autor no suelen serlo, tanto si habla de vagones de tren como de jardines. Son opiniones nacidas de la confluencia de una práctica profesional veterana, del eclecticismo teórico y del hedonismo meridional. Creo que esta visión tiene su plasmación óptima en su elogio de la aceituna rellena, como expresión óptima del diseño nacional, anónimo y popular, como las mejores artesanías.

Nuestra aplaudida y exportada aceituna rellena tiene, en efecto, una sugerente forma ovoide, se ha desembarazado de su incómodo hueso, su mezcla de texturas nutricias (el envoltorio y el relleno) es altamente gratificante para el paladar, su color verde es esperanzador y su palillo ensartado le proporciona un contraste formal muy dinámico. El elogio de la aceituna rellena constituye un paradigma de la filosofía de los usos y miradas que Óscar Tusquets Blanca propone en su estimulante catálogo de reflexiones. □

En el próximo número

Artículos de Francisco Rodríguez Adrados, Francisco López Estrada, Guillermo Carnero, Juan Antonio Bardem, José Antonio Melero, Olegario G. de Cardedal y Javier Tusell.

RESUMEN

El ensayo de Óscar Tusquets Blanca, *Todo es comparable*, y del que escribe Román Gubern, es continuación de *Más que discutible*, una reflexión teórica sobre productos humanos –desde zapatos femeninos a pinturas– que iniciaba un discurso estético que vertebraba la

cuestión de las miradas, o sensibilidades, y la cuestión de los usos de los objetos. Este segundo libro es una prolongación de la misma reflexión estética, con el mismo estilo informal y examinando otros casos heterogéneos, desde las escalinatas hasta la aceituna rellena.

Óscar Tusquets Blanca

Todo es comparable

Anagrama, Barcelona, 1998. 221 páginas. 2.400 pesetas. ISBN: 84-3390-55-70.

La poesía como desahogo

Por Francisco Rodríguez Adrados

Francisco Rodríguez Adrados (Salamanca, 1922) es catedrático emérito de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas *Emérita* y *Española de Lingüística*, el *Diccionario Griego-Español* y la «Colección Alma Mater de Autores Griegos y Latinos».

Este grueso volumen, bellamente presentado y enmarcado entre una vista del Monasterio de San Juan Evangelista en Patmos y otra de la Acrópolis de Atenas, ofrece por primera vez en España un amplísimo panorama (había algún otro muchísimo más breve) de la poesía griega moderna, desde época medieval hasta hoy día. Poesía, las más veces, pero no siempre, en la lengua «dímotikí» o popular, que asomó ya tímidamente en la poesía medieval y, tras múltiples avatares, reina en la poesía griega desde el siglo pasado.

Porque la poesía ha sido el dominio en que la nueva lengua griega ha hecho sus armas, abriéndose paso entre la tradición de la lengua «pura» que viene de la koiné aticista de la Antigüedad. Tradición tampoco despreciable, puesto que ha servido de vehículo a la cultura bizantina y a la supervivencia del griego bajo el dominio turco; y ha prestado muchas cosas al griego común de hoy, combinando su influjo cultural con la originalidad y frescura del griego popular.

Moreno Jurado es uno de los más distinguidos cultivadores del griego moderno en España. Pues hoy hay toda una escuela en este dominio, que ha producido traducciones de poetas y escritores y obras de gramática y erudición (como en Grecia hay una excelente escuela de hispanistas).

Varios de los más ilustres poetas aquí fragmentariamente traducidos, excelentemente traducidos, habían conocido anteriores traducciones en España, con frecuencia de toda su obra o de obras completas: así Cavafis, traducido por P. Badenas, L. Cañigral y R. Iriyoyen; Elitis, traducido por el mismo Moreno Jurado, por M. Castillo Didier y A. Silván, entre otros; Seferis, traducido por P. Bádenas y el propio Moreno Jurado, también entre



FUENCISLA DEL AMO

otros; Ritsos, traducido por D. Papageorgiu y D. Perdikiadis; Anagnostakis, traducido por A. Silván; etc. Y hay traducciones al catalán y al gallego.

Esto no es quitar mérito a la obra presente. Puede justificar que a estos grandes poetas (y a la *Crónica de Morea* y el *Digenis Akritas*, también traducidos al español) se les dedique, quizá, menor espacio del que algunos desearían. Se ha conseguido así un amplio espacio para incluir docenas y docenas de poetas modernos: la poesía griega es como un río. Y para dar con gran extensión poemas anteriores menos conocidos, así, los de la escuela cretense de los siglos XVI y XVII y los de la llamada primera escuela ateniense de los siglos XVIII y XIX. Y la canción popular griega.

El libro viene precedido de un amplio prólogo titulado «Acercamiento a la Poesía

Neohelénica». En él se trazan las líneas esenciales de la «cuestión lingüística» en Grecia, que viene de la Antigüedad y que ha culminado en una nueva unificación de la lengua, como la que tras Alejandro representó la koiné (pero no es cierto que, como se dice en la primera nota de ese prólogo, «los españoles han aportado muy poco» al problema de los orígenes de la koiné; véanse, sobre todo, los trabajos de A. López Eire). Da luego el autor una visión general de la evolución de la poesía neogriega desde el siglo XI.

Más importantes son, sin embargo, pienso, las notas que abren los distintos capítulos y obras. Siguiéndolas, se puede conseguir una visión muy al día de toda la poesía griega, de sus poetas, del contenido y sentido de sus obras. Se da la bibliografía más esencial y una muy completa de lo que en español se puede leer. Aunque hay excelentes libros sobre el tema, como el de Linos Politis, así como publicaciones diversas, también en español, todo esto es muy de agradecer.

La presentación de este amplio friso de la poesía griega resulta ampliamente ilustrativo: pienso que favorecerá el conocimiento en España del desarrollo de esta poesía, que es conocida, principalmente, por algunos ejemplos excelsos; y muy poco en sus sectores medievales y populares (organizados a veces, en el libro, de una manera cronológicamente poco clara).

La verdad es que la lengua griega que llamamos moderna ofrece, de la Antigüedad a nuestros días, una unidad sustancial, por drásticas que hayan sido algunas de sus evoluciones: puede escribirse su historia total (éste es un libro que preparo), mientras que no podría escribirse uno que incluyera al tiempo el latín y las diversas lenguas románicas. Pese al tópico, por otra parte justificado, de lamentarse del peso de la lengua «cultura», hay que reconocer que ésta mantuvo la unidad de Bizancio en lo político y lo cultural. Se evitó una fragmentación como la de Occidente. Cuando de esa lengua pura se pegó la lengua popular, es que había llegado el tiempo.

Pero la literatura que, en lengua popular sobre todo, surgió y sigue viva, es una literatura diferente de la antigua, aunque ésta esté presente en tantos momentos: desde las reelaboraciones de la leyenda de Alejandro o de las fábulas o de las máximas antiguas (en *Espaneas*) a los ecos en las canciones populares de amor y de muerte, a los ecos clasicistas en Solomós o Matesis o Sikelianós o Tertzetis o tantos otros, a los del mundo helenístico y bizantino en Cavafis, a los de la *Odisea* en el propio Cavafis y en Kazantzakis, a tantos en Elitis.

La Grecia antigua está en el fondo, pero en un fondo, a veces, ya lejano y melancólico: como cuando Seferis habla de «el rey de Asi-



En este número

Artículos de

F. Rodríguez Adrados	1-2	José Antonio Melero	8-9
Francisco López Estrada	3	Olegario G. de Cardedal	10-11
Guillermo Carnero	4-5	Javier Tusell	12
Juan Antonio Bardem	6-7		

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



La poesía como desahogo

na, olvidado por todos, incluso por Homero». El Elpenor de la *Odisea* es para él sólo un pretexto.

Más que esto, lo que sorprende en esta literatura es la vida profunda que en ella late, desde las sátiras de Glikás y de Pródromo y de «La Filosofía del honrado borrachín» a los temas de amor y de duelo en las canciones cléficas (de bandoleros) y las «paralogs», que continúan la antigua tradición trágica. Y que se une a la vieja tradición bizantina, tan visible, por ejemplo, en el *Axion esti* de Elitis. Pero es otro Bizancio, no el Bizancio acartonado del tópico (de un tópico del que Bizancio tuvo mucha culpa).

Toda la vida dramática de Grecia, desde el gran empuje de los turcos en el siglo XI a hoy día, a través de la caída de Constantinopla y de la sumisión al turco, de la rebelión contra él, de la segunda guerra mundial y la guerra civil, se reencuentra aquí. Comprendemos bien a Seferis cuando dice aquello de que «por dondequiera que viaje me

hiere Grecia» («me duele España», decía Unamuno).

De una parte, se trata de una literatura marginal dentro de las europeas; de otra, muestra una aptitud extraordinaria para asimilarlas y obtener de ello algo propio, muy original y muy griego. En parte gracias a la lengua: «me dieron la lengua griega, la casa pobre en las playas de Homero», que dice Elitis. Pese a sus cambios, ahí están las principales categorías y recursos de la antigua lengua griega; y entre ellos, sobre todo, la pasmosa facilidad para formar, componer y derivar palabras, ese instrumento tan prodigioso para el creador como difícil para los que nos acercamos desde fuera.

Bajo la presión, primero, de la lengua «pura» y del poder bizantino, del dominio turco (y también, franco y veneciano), después, los griegos se apoyaron decididamente en Occidente. El influjo francés está presente desde la *Crónica de Morea* y las novelas y poemas medievales al Romanticismo y el Simbolismo y las andanzas por Francia de casi todos los poetas griegos. El italiano, también desde la Edad Media y luego en la literatura rodia, chipriota y cretense y en la más moderna del Dodecaneso.

Fue en las zonas en que, a partir de la conquista franca en el 1203, se aflojó el poder de Constantinopla y no llegaba aún el de los turcos, donde surgieron la nueva lengua y la nueva literatura. Ahora ya independizada y madura, paralela en vigor a cualquiera de las nuestras. Y, sin embargo, ¡cuánto llanto y añoranza por Constantinopla («Sol, no debes brillar ya sobre Constantinopla», dice el lamento), cuánta unidad bajo la diversidad!

Pero, desde el comienzo, es admirable la capacidad de adaptación y adopción, de creación a partir de los modelos. Yo la he observado, por ejemplo, en la transformación de fábulas antiguas como la de la caña y el torrente en Palamás: «No puedo vivir ni morir lejos de tí», del torrente que la devora, dice la caña. O de los bien sabidos versos de Ronsard en Drosinis, un poeta que ocupó la segunda mitad del XIX y la primera del XX: el poeta retira de los cabellos de la amada las flores blancas del almendro que sobre ellos han caído: «Loca, ¿por qué te das tanta prisa / en llevar nieve en tus cabellos? / El invierno riguroso vendrá por sí solo», le dice.

Todas las amarguras y miserias de la vida del mísero funcionario de Alejandría están



FUENCISLA DEL AMO

Qué es

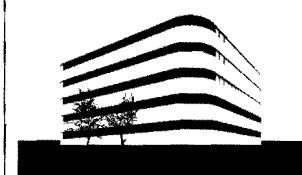
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del *saber*. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

en Cavafis, todas las ilusiones y derrotas de las luchas políticas contemporáneas en Ritsos y Anagnostakis. Es otra literatura, no es la antigua. Pero a través de ambas corre el mismo reguero de humanidad.

Con esto, insensiblemente, me he desviado del libro al contenido del libro: al de los poetas cuyas obras antológicamente recoge. Quizá no se espere esto de una reseña. Pero es una manera, pienso, de atraer la atención a una obra como ésta, un resumen de

tantos afanes, angustias y alegrías del pueblo griego, sometido a los duros vaivenes de la historia. Y oscilando entre la tradición antigua y la bizantina, los influjos franceses e italianos, la opresión del turco, la vida difícil en el mundo moderno. La poesía ha sido su desahogo y su autobiografía. Creo que hay que dar las gracias a José Antonio Moreno Jurado por habérmola presentado tan fielmente, aunque en forma sumaria como no podía ser menos. □

RESUMEN

Rodríguez Agradados se ocupa con detalle de una amplia antología de la poesía griega de todos los tiempos, en la que se han incluido no sólo los grandes poetas actuales y del pasado, sino también muchos otros que, juntos,

han resumido los afanes, las angustias y las alegrías de un pueblo de difícil historia y que ha encontrado en esa poesía, seleccionada por José Antonio Moreno Jurado, su desahogo y su propia autobiografía.

J. A. Moreno Jurado (ed.)

Antología de la poesía griega (desde el siglo XI hasta nuestros días)

Ediciones Clásicas, Madrid, 1997. 818 páginas 5.200 pesetas. ISBN: 84-7882-310-7.

SUMARIO

	Págs.
«La poesía como desahogo», por Francisco Rodríguez Agradados, sobre <i>Antología de la Poesía Griega</i> , de J. A. Moreno Jurado (ed.)	1-2
«Un testimonio de crítica literaria», por Francisco López Estrada, sobre <i>Entre Barroco y Renacimiento. Cuatro estudios inéditos</i> , de José F. Montesinos	3
«Para mayor gloria de Dios», por Guillermo Carnero, sobre <i>Expulsión y exilio de los jesuitas españoles</i> , de Enrique Giménez López (ed.)	4-5
«Aviso para navegantes», por Juan Antonio Bardem, sobre <i>The Undeclared War</i> , de David Puttnam y Neil Watson	6-7
«¿Clonar o no clonar?», por José Antonio Melero, sobre <i>Clone. The road to Dolly and the path ahead</i> , de Gina Kolata	8-9
«Heroísmo pagano y santidad cristiana», por Olegario González de Cardedal, sobre <i>Du héros païen au saint chrétien</i> , de G. Freyburger y L. Pernot (eds.)	10-11
«Nuevas perspectivas sobre la guerra fría», por Javier Tusell, sobre <i>We now know. Rethinking Cold War History</i> , de John Lewis Gaddis	12

Un testimonio de crítica literaria

Por Francisco López Estrada

Francisco López Estrada (Barcelona, 1918) es profesor emérito de Literatura Española de la Universidad Complutense de Madrid, enseñó también en las de La Laguna y Sevilla. Es autor de estudios sobre la literatura medieval (Alfonso X, libros de viajes, etc.) y sobre la de los Siglos de Oro, en especial sobre literatura pastoril. Ha editado la *Diana de Montemayor* y la *Galatea de Cervantes*. En la literatura moderna se ha ocupado de Rubén Darío, los Machado y la generación del 27.

He aquí un libro difícil de clasificar en el espacio de la actual crítica literaria. El contenido del mismo son cuatro estudios de José Fernández Montesinos (1897-1972) que no habían sido publicados hasta ahora y que se guardan en la Biblioteca Bancroft de la Universidad de California, en Berkeley. La bibliografía de las publicaciones de Montesinos se encuentra reunida en sus *Ensayos de Literatura Española* (Madrid, Revista de Occidente, 1970, págs. 39-53), a la que se puede añadir las que aparecen ahora referidas en las páginas XIV y XV de este libro que examino. Complemento de esta obra, aparecen ahora estos otros cuatro «ensayos y estudios» que Montesinos había conservado entre lo que estaba elaborando y a los que faltaba un último ajuste y repaso. Ha sido Pedro Álvarez de Miranda el que los ha preparado cuidadosamente para la edición, y el libro obtenido resulta un honroso homenaje a la memoria de su autor en el centenario de su nacimiento.

La labor de Álvarez de Miranda ha sido escrupulosa en el respeto a los textos que ha editado. La obra de Montesinos no requería anotaciones para el lector actual, y así el editor ha dejado las referencias originales tal como estaban en los textos conservados, comprobando y completando lo poco que había quedado para un último repaso que no les pudo dar el mismo Montesinos. El editor subraya la coincidencia que pueda darse en los estudios sobre Quevedo, un «autoplagio» que aquí se respeta.

El prólogo de Álvarez de Miranda es, en primer lugar, una cordial presentación de la personalidad humana y científica de Montesinos, al que llegó a conocer en sus últimos años en Madrid, en 1971, y en estas páginas expresa la admiración por el maestro. Me uno a lo que dice en esta introducción y aun añado que tuve más suerte que él: Montesinos fue mi profesor de Literatura Española en el curso de 1935-1936 en la entonces renovadora Facultad de Filosofía y Letras de la Ciudad Universitaria madrileña. Y puedo certificar por mi experiencia la alta calidad de su enseñanza y decir que él inclinó mis estudios, entonces aún vacilantes entre la ingeniería forestal y las letras. En estas páginas Álvarez de Miranda delinea brevemente la biografía de Montesinos: nacido en Granada en donde se licenció, entró en 1917 en el Centro de Estudios Históricos. De allí pasó muy pronto a Hamburgo como lector de español de aquella Universidad, en donde estuvo hasta 1932. A su vuelta a Madrid se incorporó otra vez al Centro y a la Universidad, y en esos años fue mi profesor. De 1936 a 1945 apenas publicó: el huracán de la guerra española primero y de la universal después lo zarandé por Francia y no reanudó su obra impresa hasta 1946, en que llegó a la Universidad de Berkeley y allí ocupó la cátedra de R. Schevill y pudo dedicarse a la enseñanza y otra vez a la investigación. En sus últimos años volvió por España, en donde habían aparecido la mayor parte de sus libros y contaba con buenos amigos.

La obra de Montesinos, distribuida en estos dos bloques, de antes y después de las guerras, es bien conocida de todos. Antes, su

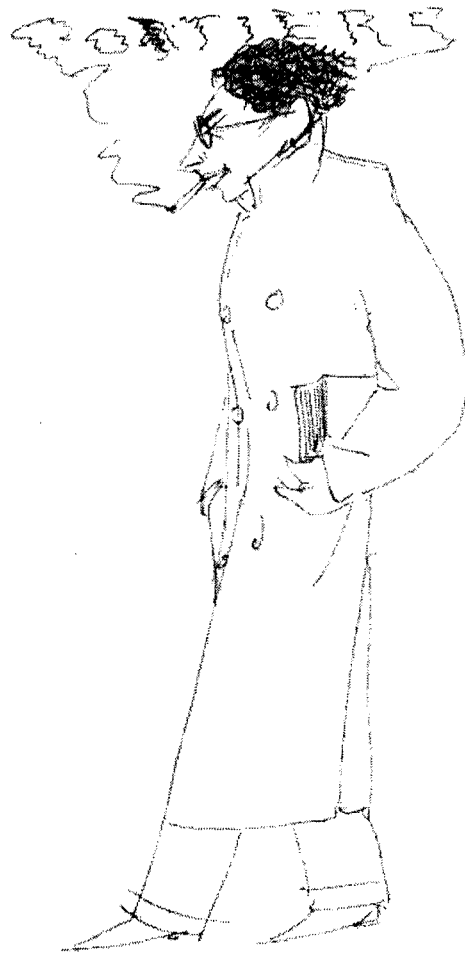
labor crítica en artículos y libros se centra, sobre todo, en el estudio y la edición del teatro de Lope y en el de los humanistas Juan y Alfonso de Valdés; después, en sus estudios sobre la novela del siglo XIX y en el Romancero. Además de su actividad profesional en Berkeley y en otras Universidades como visitante y conferenciante, se suceden los libros y los artículos y reseñas en revistas de prestigio.

Y en el libro del que me ocupo, a los veinticinco años de su muerte, Montesinos tiene ocasión de aportar estos otros estudios, centrados en el tiempo que da título al libro, que trata de los períodos del Renacimiento y del Barroco literarios de España. De los cuatro textos publicados, hay dos que son conferencias: «Barroco y Gongorismo» (págs. 1-37) y «Quevedo y la falsificación de la vida» (págs. 39-76). Y otros dos que son estudios: «La *Diana* de Montemayor» (págs. 77-144) y «Los Sueños de Quevedo» (págs. 145-276). Las conferencias fueron pronunciadas en los años de 1955 y 1956 respectivamente y guardan la forma original de lecciones, sin notas; los estudios son como ensayos y sí tienen notas. De estos últimos Álvarez de Miranda conjetura que pudieran ser los preliminares para una edición que no llegó a hacerse de las respectivas obras que aparecen en sus títulos; corresponden al sistema de la crítica del autor, y pienso en si acaso pudieran proceder también del temario de sus lecciones. Los estudios más «originales» son los relativos a Montemayor y Quevedo; en la lección sobre Barroco y Gongorismo, detrás de estos conceptos están Lope y Góngora en una meditada oposición; y en la de Quevedo, la peculiar concepción de la vida y su interpretación como una filosofía del desencanto.

Revisión del sentido de la crítica

Dentro de la amplitud de este contenido, la lectura del libro implica revisar el sentido de la crítica literaria propio de Montesinos. Quiero poner de relieve las altas condiciones pedagógicas que lo caracterizaron. Leyendo el libro, recuerdo las acertadísimas lecciones que nos daba; ahora comprendo que en estas lecciones pudiera haber habido algo de lo que le rondaba por dentro destinado a sus libros y artículos. Y esto siempre con el pitillo en la boca, mirando abstraído hacia un ángulo del techo de la clase. Por de pronto, su palabra conserva la dignidad literaria que caracterizó a los del 27, incluso a muchos profesores, como Dámaso Alonso y García Gómez. La erudición que expone es la suficiente; los datos sobre el autor que examina son los necesarios. La obra literaria es resultado de un proceso en la vida del autor, situado en su marco histórico. Montesinos también puso atención a lo que el género implica en la creación del autor como continuidad y renovación de una tradición que recae sobre la nueva obra que, como en este caso, pudo ser cabeza de otro. Temió el especialismo excesivo. La filología fue en él punto de partida, soporte lingüístico, y en esto pertenece a la escuela de Menéndez Pidal; y la crítica es la aventura en el progreso del conocimiento de la obra y su proceso creador.

La lectura del libro aquí comentado puede abrir el conocimiento de la personalidad de Montesinos en el ámbito de la crítica literaria del siglo XX. Los que no la conocen se sentirán estimulados a leer sus otros libros. Los que la conocemos, cada uno en su campo, nos es ocasión para beneficiarnos otra vez de su maestría. Y así, por mi parte, sólo me referiré en pocas palabras al estudio que más toca en lo mío, en el dedicado a la *Diana*. Montesinos, tomando como centro el libro pastoril de Montemayor, traza círculos que



Caricatura de José F. Montesinos, original de Ismael González de la Serna (1945-46)

se van cerrando sobre el texto literario; parte de la Antigüedad, siguen los italianos (Sannazaro sobre todo) y penetra en nuestra literatura con Juan del Encina (pastoril rústica), el virgilianismo cortés de Garcilaso y la vía sacra que culmina en San Juan de la Cruz. Montemayor representa un esfuerzo distinto: intenta novelizar los elementos pastoriles de la lírica y la égloga precedentes. Se vale en su *Diana* de una Naturaleza pastoril, procedente de la mencionada tradición y la sitúa en su obra como una categoría de espectáculo en la que viven los personajes. Pero gracias a su libertad de creación, establece una permeabilidad entre los géneros acreditados que le permite que en el curso de la *Diana* aparezca la realidad de la época (topónimos de la geografía real y episodios de la vida de la sociedad), la introspección lírica novelizada y también el mundo de ficción de la sabia Felicia y sus ninfas. No le ocupó ni preocupó la erudición más o menos legítima (y la suya sería escasa y de préstamo). Montemayor no fue un pensador de la materia pastoril, sino un «sentidor» (si existiese la palabra) de la misma. El sentimiento del amor que muestra resultó un artificio literario; la honestidad se salva siempre y el empujón de la carne se domina y transforma en el ansia y dolor de la queja amorosa. Sin embargo, los lectores (y sobre todo, las lectoras, pues los libros de pastores estuvieron abundantemente en manos de las mujeres) pudieron convertirlo en realidad que contase en su existencia personal y social de la época, y que a su vez reinfluyese en otros libros que siguieron el modelo ge-

nérico que él instituyó. Montemayor fracasa en el esfuerzo por novelizar la «égloga» por sí misma en un sentido estricto. Pero su intención de mezclar la materia pastoril con el relato de aventuras, conjuntamente con el planteamiento de la introspección amorosa de los personajes sí triunfa, y la *Diana* se convierte en uno de los libros más leídos en su época. Abre la fórmula de los libros de pastores, de la que se valieron también los grandes escritores de la época, como Lope y Cervantes, junto con una lista de autores que hoy sólo conocemos los eruditos en este campo. Y estos libros de pastores, con la *Diana* en cabeza, revierten en otros géneros diferentes: como un elemento con el que hay que contar en la lírica, aun en la más personal; en la comedia de los Siglos de Oro y, sobre todo, en el desarrollo de la novela moderna, asegurada en la experiencia del *Quijote*, en donde no faltan los episodios pastoriles, e incluso el mismo don Quijote acaba queriendo ser pastor. Y de España se transpasa a Europa abriéndose un extenso capítulo de la literatura comparada.

Y esto es lo que sugiere uno solo de los estudios contenidos en el libro, el que me he limitado a examinar. La obra en conjunto es el testimonio de la labor de Montesinos en el conocimiento de la literatura de los Siglos de Oro de España. A través de su lectura se intuye el esfuerzo escondido y perseverante por fijar los textos a través de la disciplina filológica; otras veces es patente la interpretación del significado literario sobre firmes bases históricas, con el apoyo de una amplia experiencia de lecturas; y también el propósito de acercar el escritor al lector actual en la consideración como hombre en su tiempo y en su sociedad. Y todo esto lo logra valiéndose de una excelente prosa que ayuda a que el entendimiento de la exposición sea logrado y grata la lectura de la obra, manteniendo siempre la precisión intelectual.

Y, para cerrar esta exposición, quiero acabar con este juicio de Álvarez de Miranda, que encierra una acertada opinión sobre la manera que tuvo de entender la labor de Montesinos: «... la manera montesiniana de hacer historia literaria es el resultado de una maravillosa conjunción de agudeza crítica y rigor erudito, presididos por una permanente conciencia de la historicidad del objeto de estudio» (pág. XVI). Y esto viene en apoyo de los que creemos que hay que seguir haciendo historia literaria. □



Viñeta de Antonio de Loffrasso, *Fortuna d'Amor* (Barcelona, 1573)

RESUMEN

López Estrada da cuenta de la aparición de un libro con cuatro nuevos estudios del profesor José Fernández Montesinos, que ha preparado Pedro Álvarez de Miranda y que puede considerarse un homenaje a Montesinos con

ocasión del centenario de su nacimiento. El comentarista se centra especialmente en el ensayo sobre la *Diana* de Montemayor y a través de él expone su conocimiento personal de Montesinos y la peculiaridad de la crítica del mismo.

José F. Montesinos

Entre Barroco y Renacimiento. Cuatro estudios inéditos

Comares, Granada, 1997. XXXV+286 páginas. 3.000 pesetas. ISBN: 84-8151-469-1.

Para mayor gloria de Dios

Por Guillermo Camero

Guillermo Camero (Valencia, 1947) es doctor en Filosofía y Letras y catedrático numerario de la Universidad de Alicante. Dirige la revista «Anales de Literatura Española». Ha publicado, entre otros trabajos, Los orígenes del Romanticismo reaccionario español, Las armas abisimias, La cara oscura del Siglo de las Luces, así como varias ediciones críticas.

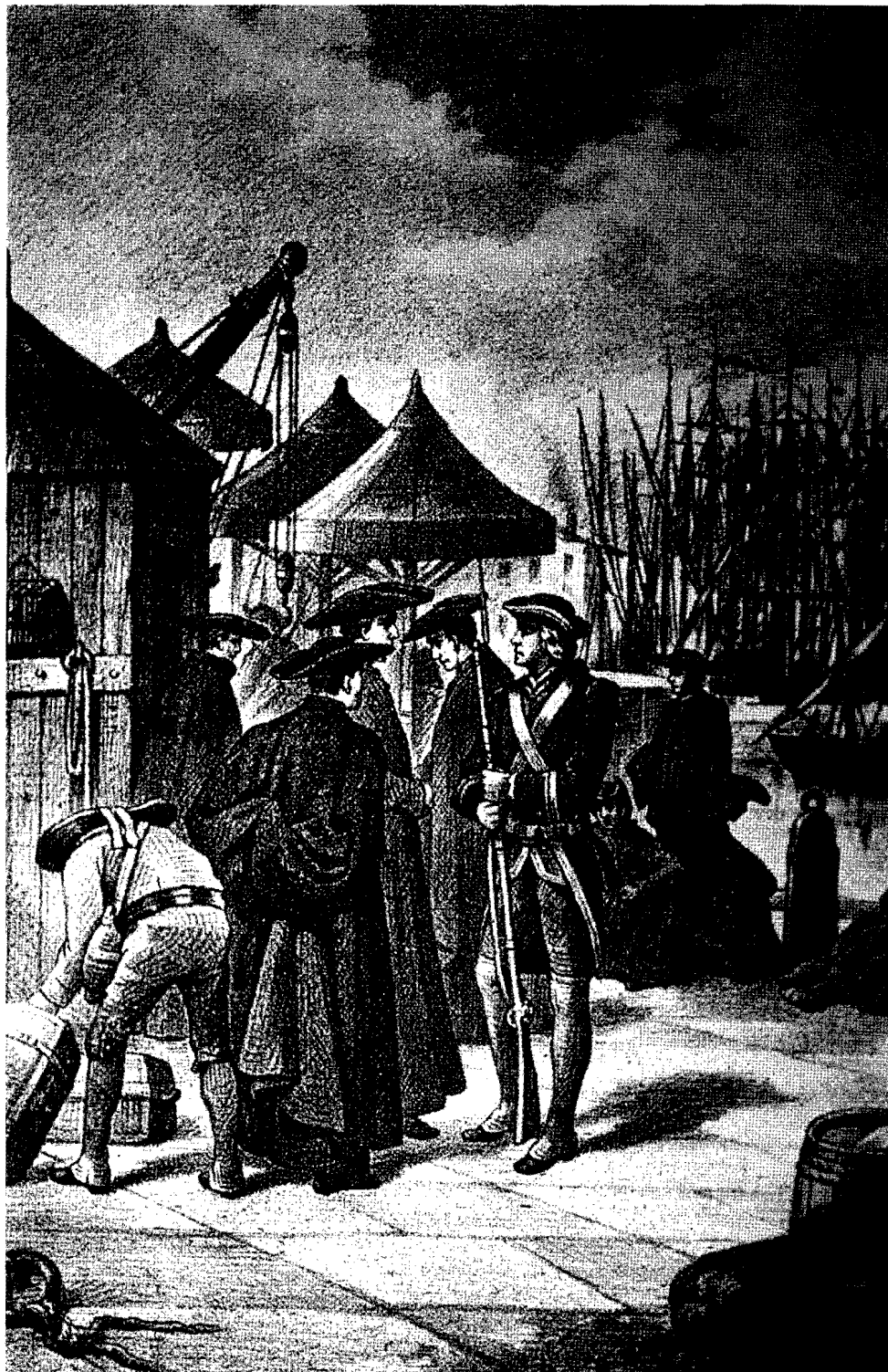
El Departamento de Historia Moderna de la Universidad de Alicante es actualmente uno de los más activos centros de investigación en el ámbito universitario español. Con constante y preferente atención hacia las cuestiones propias del ámbito local en el que se halla implantado, tiene siempre presente —como corresponde a una sana perspectiva científica— los horizontes español e internacional a la hora de afrontar y definir sus actividades. Dirigido por el catedrático Enrique Giménez López, reúne a los profesores Armando Alberola Romá, M.ª José Bono Guardiola, M.ª del Carmen Irlés Vicente, Santiago Lorenzo García, Mario Martínez Gomis, Cayetano Mas Galván y Jesús Pradells Nadal, y mantiene relaciones de intercambio y colaboración científica con otras Universidades españolas y europeas. Destaca en ese entramado la figura del catedrático de Valencia Antonio Mestre Sanchís, maestro y mentor de buena parte de los integrantes de este equipo alicantino.

Su más reciente proyecto se ha orientado hacia una de las más singulares manifestaciones del espíritu y la política de la Ilustración dieciochesca: la expulsión de la Compañía de Jesús de varios países europeos, entre 1759 y 1768, y su extinción pontificia en 1773. Dicho proyecto ha consistido en la indagación de varias cuestiones, aún abiertas, relativas a la cuestión jesuítica en España, cuyos resultados se ofrecen en este volumen de 1997, al que deben señalarse dos precedentes inmediatos: el tomo II de las actas del congreso *Disidencias y exilios en la España Moderna* (1997) y el nº 15 (1996) de la *Revista de Historia Moderna* de la Universidad alicantina, titulado «Jesuitas en la España del siglo XVIII», ambos coordinados por el profesor Giménez López, junto al profesor Mestre Sanchís en el primer caso.

Identificaré los estudios que a continuación menciono con las siguientes siglas: D E (*Disidencias y exilios*) y R H M (*Revista de Historia Moderna*), dándose por supuesto que su ausencia equivale a la referencia al volumen que es objeto primordial de esta reseña.

La expulsión de España en 1767

Antonio Mestre («Reacciones en España ante la expulsión de los jesuitas de Francia») señala que, a pesar de la cautela con que actuó el equipo de Carlos III, y de la prohibición de airear el tema, incluso en defensa de la Corona, existió en España un amplio debate, preparado por la expulsión de Portugal y Francia y documentado en textos epistolares, publicados e inéditos. En ellos puede observarse el interés con que se recopilaban las noticias publicadas por la prensa europea y los folletos difundidos por el gabinete portugués del marqués de Pombal, y se discutían los supuestos vicios y delitos de la familia ignaciana y las razones y actitudes de sus adversarios: el regicidio y los atentados contra José I de Portugal y Luis XV; los privilegios comerciales en Oriente y las reducciones del Paraguay; la decadencia de la enseñanza en los colegios de la Compañía; el boicot de la canonización del venerable Palafox; la colisión entre regalismo y jansenismo y jesuitismo; la política de



La expulsión de los jesuitas, grabado de la Biblioteca Nacional, Madrid

Clemente XIII y la filtración de los designios y las estrategias del Gobierno español.

Enrique Giménez nos ofrece, en «El Ejército y la Marina en la expulsión...», una crónica pormenorizada de la intervención de ambas instituciones en una empresa que debía afrontar la dispersión de los jesuitas por la península, Baleares, Canarias, América del Sur y Filipinas, actuar con secreto y sorpresa para confiscar documentación y caudales y reprimir posibles algaradas y motines. Si el Ejército hubo de desempeñar la misión más delicada (ocupación de edificios y aprehensión y traslado de personas), a la Marina le cupo la más laboriosa: habilitación y escolta de mercantes, organización de la supervivencia a bordo y, sobre todo, llegada a Italia, pues, tras la detención en Civitavecchia —debida a la negativa papal a admitir en sus estados a los 5.000 deportados— hubo que optar por el desembarco en Córcega, territorio de la República de Génova pero sacudido por una sublevación independentista que a duras penas controlaba Francia, a quien pasaría el dominio de la isla en 1768.

En «La labor de los comisarios Gerónimo y Luis Gnecco», Enrique Giménez y Mario Martínez trazan la actuación de estos dos funcionarios, padre e hijo, destinados en junio de 1767 a controlar la situación mientras per-

sistiera la imposibilidad de entrada en los estados pontificios; radicado el primero en Génova y el segundo en Bastia, se ocuparon de la provisión de víveres y el pago de fletes y pensiones con cargo a los bienes de jesuitas confiscados, además de negociar su estancia en Córcega con Francia y con los independentistas corsos.

Inmaculada Fernández Arrillaga estudia, en un trabajo de D E y otro de R H M, los primeros pasos de la expulsión en Galicia y Asturias, según el *Diario* del P. Manuel Rodríguez Luengo, y el estado del archivo de Loyola en la época.

Antes y después de la expulsión

«Los inicios del proceso de extinción...», de Enrique Giménez, trata de los contactos diplomáticos franco y lusohispanos para obtener de Clemente XIII la extinción de la Compañía, en el confuso marco creado por las dudas de Luis XV y su oposición a los parlamentos desde la época de la expulsión de Francia, por la decisión portuguesa de obligar al Papa por la fuerza de las armas, y por la incertidumbre relativa a las consecuencias de la previsible muerte de éste; contando España



El Padre Isla, grabado del Museo Municipal de Madrid



El Padre Juan Andrés, grabado del Museo Municipal de Madrid

con la presión creada en Roma por el envío de alegaciones de órdenes religiosas, obispos y Universidades, y con la indignación producida por el *Monitorio de Parma* —breve de 1768 que excomulgaba al duque Fernando de Borbón, sobrino de Carlos III y a sus ministros—.

Las gestiones españolas para obtener la extinción, una vez hubo Clemente XIV sustituido a su predecesor en el solio pontificio, y el relevante papel que en su conclusión desempeñó el enérgico embajador José Moñino, premiado acto seguido con el condado de Floridablanca, son objeto del estudio de Francisco Belmonte en D E, quien reconstruye una estrategia basada, desde julio 1772 a julio 1773, en el cultivo de la amistad del confesor franciscano del Papa, el soborno y la utilización de la ocupación de territorios pontificios tras el *Monitorio*, todo lo cual condujo al breve de extinción de 1773. Isidoro Pinedo pone de manifiesto, en R H M, el recelo de Francia y España, en ese momento, hacia una posible actitud favorable de Inglaterra hacia los jesuitas y Roma, fundada en los conflictos coloniales y en los tocantes a las islas Malvinas y a la aspiración de la familia Estuardo al trono inglés.



Viene de la página anterior



Un curioso episodio de la represión en España de la espiritualidad jesuítica es el abordado por Enrique Giménez en «La devoción a la Madre Santísima de la Luz...». Se trata de un culto originariamente siciliano, iniciado a comienzos del XVIII y trasladado a España por la Compañía como antídoto a la Luz ilustrada. El proselitismo incluyó la instalación de un altar en el Colegio Imperial de Madrid, numerosos impresos propagandísticos, la creación de congregaciones y la elaboración de una iconografía teológicamente heterodoxa. Su supervivencia tras la expulsión, considerada como un gesto de desafío, fue perseguida tanto por la autoridad civil como por la eclesiástica.

«Tomismo y jesuitismo en los tribunales españoles...», de M.^a del Carmen Irlas, toma en cuenta las actitudes pro y antijesuíticas en los ámbitos jurídicos y funcionariales poco antes de la expulsión, habida cuenta del deseo del Gobierno de conocer su fuerza en tal trance y en los Consejos, Chancillerías, Audiencias y otras instituciones relevantes. Vicente León indaga (D E) el antijesuitismo de Felipe Bertrán según sus sermones manuscritos. Amparo Alemany (D E), la participación de José Nicolás de Azara en la extinción y su correspondencia con Gregorio y Juan Antonio Mayans. Antonio Luis Cortés examina distintas anécdotas y sucesos relativos al control gubernamental sobre los expulsos (D E), tales como la erradicación del pensamiento jesuítico en los centros docentes, el fomento de la secularización, la represión de la actividad de los «terciarios», el secuestro de escritos proféticos o visionarios y el apresamiento de los jesuitas que retornaban clandestinamente a España.

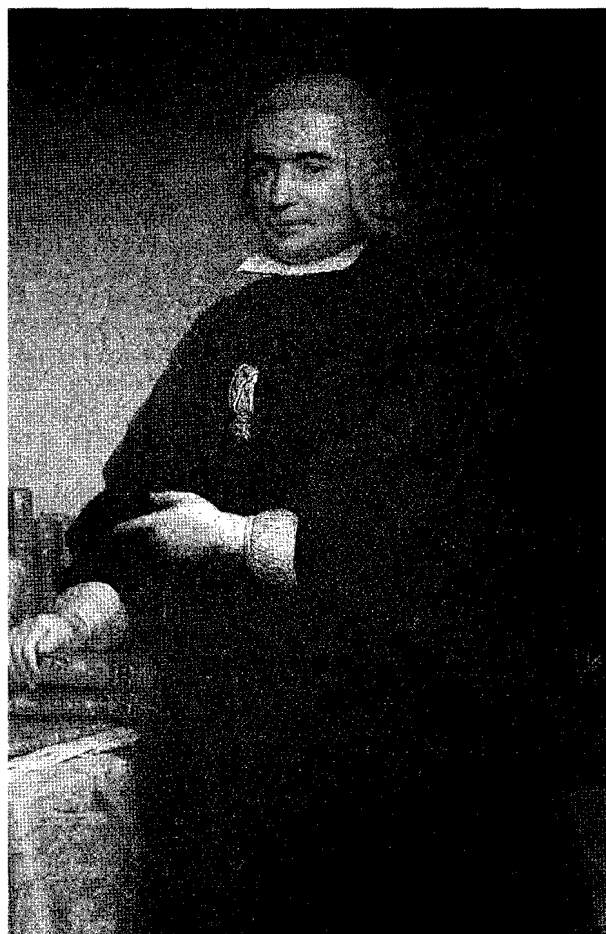
José Alcaraz, conocido por su monografía sobre el P. Rávago, analiza y publica (R H M) documentación sobre las facultades de los confesores jesuitas en el reinado de Felipe V. Por su parte, Jesús Pradells (D E) se ocupa del caso de Francisco Rodríguez Chico, obispo proyectado de Teruel, que tras la expulsión prohibió en su diócesis, entre otras cosas, el *Juicio imparcial* de Campomanes, se negó a colaborar en el proyecto de extinción excusando el parecer solicitado por el Gobierno en 1769, y protegió a Francisco Alba, autor de una clandestina *Verdad desnuda* distribuida en 1772.

El exilio en Italia

En «La llegada de los jesuitas expulsos a Italia...» resume Enrique Giménez el testimonio de los PP. Manuel Luengo y José Manuel Peramás, este último de la provincia del Paraguay. El primero es célebre en los anales de la Compañía por haber compuesto una monumental historia de la misma en 63 volúmenes que se conservan en el archivo de Loyola. En unión de Mario Martínez publica («Los diarios del exilio de los jesuitas de la provincia de Andalucía») cuatro breves diarios inéditos. Santiago Lorenzo toma en consideración el éxodo de los jesuitas filipinos, y José Antonio Ferrer Benimeli (R H M), el de los del colegio de Córdoba, de Tucumán. Con una crónica sobre los problemas de intendencia en la etapa de Córcega colabora Mario Martínez en D E.

Enrique Giménez y Jesús Pradells han revisado el diario (conservado en el monasterio zaragozano de Cogullada) de Nicolás Rodríguez Laso, helenista y académico de Buenas Letras de Sevilla, que en su viaje a Italia, entre 1788 y 1789, visitó a los jesuitas establecidos en Bolonia, Ferrara, Venecia, Roma y Génova, y nos dejó sobre ellos gran número de interesantes noticias.

El mismo Enrique Giménez, en unión de Mario Martínez, afronta en «La secularización de los jesuitas expulsos» uno de los puntos más significativos entre los que engloba la operación de 1767-1773. La secularización intere-



Campomanes, por Antonio Rafael Mengs

saba al Gobierno español, pues suponía la disolución de la tan censurada y supuestamente férrea cohesión interna de la Compañía; y resultaba atractiva a aquellos jesuitas que deseaban reunirse con sus familias en España, o a quienes eran lo bastante jóvenes para plantearse la reconstrucción de su vida en el ámbito civil; todo ello en el contexto creado por las fugas y entradas clandestinas en España y por los mecanismos de pago de las pensiones, y con los matices que implicaban los casos de los novicios y de los secularizados casados.

Este trabajo merece ser destacado por la laboriosidad de las pesquisas que lo han hecho posible, sobre la cual no hay mejor indicio que la enumeración de sus fuentes:

«La procedencia de la información ha sido diversa: la correspondencia de Azpuru, Azara, Cornejo y los Gnecco con Grimaldi, que se conserva en la sección de Estado del Archivo General de Simancas; las notificaciones de los comisarios Laforcada y Coronel, custodiadas en el archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores; las listas de embarcados, por colegios, y el nombre de la embarcación utilizada, que se pueden hallar en la sección Marina de Simancas; documentación custodiada en el Archivo Histórico Nacional, y por último y sobre todo, la abundante documentación que se halla en los legajos del inventario 27 de la Dirección General del Tesoro, también de Simancas, y los fondos contenidos en el Archivum Romanum Societatis Iesu de Roma» (págs. 288-289).

El análisis de esta extensa documentación ha permitido confeccionar una relación nominal de los jesuitas expulsos y seguirlos uno a uno, obteniéndose el total de secularizados (855), su distribución por provincias y por grado jerárquico en la orden, y la evolución temporal pormenorizada, de 1767 a 1773, del proceso de secularización.

Nombres propios

Es sabido que el exilio de los jesuitas españoles supuso la dispersión de un brillante grupo de escritores, pensadores y científicos, cuya ausencia privó a la España del XVIII de un buen número de cerebros de primer orden, de los que no estaba precisamente sobrada.



El Conde de Aranda, busto de porcelana de Alcora

Juan Andrés es el tema de Armando Alberola: sus aventuras y residencias, y sus *Cartas familiares* en cuanto demuestran curiosidad por el urbanismo, las costumbres, el comercio, la ciencia y la técnica (gabinetes de física experimental, observatorios astronómicos, volcanismo) y el arte de la imprenta.

El artículo de M.^a José Bono se dedica a Antonio Eximeno y su *Espíritu de Maquiavelo* (1795), obra polémica contra Juan Bautista Baldelli, traducida al español en 1799, procesada por la Inquisición y recogida en 1800.

Jesús Pradells escribe sobre Francisco Pla, autor de una *Disertación sobre el dominio del mar*, unas *Lezioni di Política* y un *Plan de la población general de España* en el que propone proyectos de colonización al modo del que dirigió Olavide en las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena, aunque con enfoques propios.

Cayetano Mas se ocupa de *El Sueño de Ganimedes* (1787) de Antonio López de Alarcón, obra alegórica dirigida a las Sociedades de Amigos del País con oferta de iniciativas de mejora de infraestructuras y desarrollo para la costa murciana, la ciudad de Madrid y los territorios de Ultramar.

Finalmente, en D E encontramos el trabajo de Miguel L. López sobre la sátira política jesuítica hasta 1807 y sus temas: las actuaciones de Aranda, Campomanes y el Consejo Extraordinario de 1766; la campaña de difamación del gobierno portugués; la inadmisión de persecución de la Compañía por la jerarquía eclesiástica y las órdenes religiosas españolas; la manipulación por España de Clemente XIV, y otras cuestiones.

Conclusión

Es difícil que una reseña, por extensa que sea, pueda dar idea del detalle y la riqueza del trabajo de equipo que ha hecho posible la publicación que en sus aspectos más destacables se ha pretendido resumir. Lo dicho, por incompleto que sea, dará fe de lo mucho que puede esperarse de quienes la han hecho posible, y de la entidad de un tema que está, en muchos de sus innumerables aspectos, abierto a la investigación, y es aún capaz de ofrecer novedades y sorpresas. □

A algunos de ellos, y a su obra de destierro, se han dedicado varios estudios de los que se vienen comentando aquí.

Sobre «El Padre Isla en Italia» escriben Enrique Giménez y Mario Martínez. Si bien ya en la última etapa de su vida, el autor de «Fray Gerundio» conservaba, en 1767, la acuidad intelectual que lo caracterizó siempre, e iba aureolado por el prestigio que le había procurado su conocida novela, lo cual lo convertía en causa preferente de inquietud para el Gobierno español, que lo hizo detener en julio de 1773 y lo desterró a Budrio durante más de dos años. Su empeño de apologista vindicativo de la Compañía se tradujo en el *Memorial a S.M. sobre los excesos y agravios hechos a los jesuitas de las cuatro provincias de España*, en la *Anatomía del informe de Campomanes* y en la de la carta pastoral del arzobispo de Burgos, Rodríguez de Arellano. Fue propósito de Isla airear y probar la supuesta conspiración de jansenistas y filósofos contra la Iglesia y la Compañía, y defender a esta última de los cargos que formaban el arsenal de sus enemigos: defensa del tiranicidio y de la supremacía pontificia sobre los reyes y el poder civil, relajación moral, enriquecimiento y sincretismo religioso, espíritu fanático de cuerpo, y otras. Este trabajo resume y completa otro, de Enrique Giménez también, aparecido previamente en D E, sobre la persecución por el Gobierno de Carlos III de la *Apología por la historia de Fray Gerundio* —antes de conocerse su verdadera naturaleza— y las actividades de traductor de Isla en el exilio: Costantini, Sauvage o Bellati, junto a las más conocidas (el *Gil Blas* de Lesage o *El Cicerón* de Passeroni).

RESUMEN

Guillermo Carnero comenta un libro colectivo que ha preparado un grupo de historiadores de la Universidad de Alicante sobre una de las más singulares manifestaciones del espíritu y la política de la Ilustración diociesca como es,

en su opinión, la expulsión de España de los jesuitas en 1767 y que se encuadra en las diferentes expulsiones que, en esos años centrales del Siglo de las Luces, sufrieron en distintos países europeos los miembros de la Compañía de Jesús.

Enrique Giménez López (ed.)

Expulsión y exilio de los jesuitas españoles

Universidad de Alicante, Alicante, 1997. 398 páginas. 2.800 pesetas. ISBN: 84-7908-329-8.

Aviso para navegantes

Por Juan Antonio Bardem

Juan Antonio Bardem (*Madrid, 1922*) es ingeniero agrónomo, aunque su vida está dedicada al cine; su filmografía alcanza una veintena de películas realizadas como guionista y director, entre ellas *Muerte de un ciclista*, *Calle Mayor*, *El joven Picasso* (serie para las televisiones autónomas españolas) y *Resultado final*.

La guerra no declarada es la historia interna de una batalla que comenzó con la invención del cine en 1895 y que ha continuado furiosamente durante los últimos cien años. Un conflicto que movilizó a los magnates de Hollywood como Louis B. Mayer, Jack Warner, Lew Wasserman y Michael Eisner contra políticos, jefes y «élites» culturales del mundo entero. Puttnam deja al descubierto los métodos con los que esos magnates usaron su feroz energía y desmedida ambición para mercantilizar las «estrellas» y las historias que colonizaron la imaginación de las audiencias en todo el mundo. Muestra también cómo generaciones de europeos, desde los hermanos Lumière a Jean-Luc Godard y Federico Fellini, intentaron crear un cine capaz de resistir el salvaje asalto de Hollywood. Y revela cómo los Presidentes de los Estados Unidos desde Woodrow Wilson a Ronald Reagan y Bill Clinton constantemente estuvieron presentes en esa guerra defendiendo los intereses particulares de una de las más influyentes, provechosas y poderosas industrias de su país.

Como resultado, Hollywood llegó a ser el heraldo de vanguardia del imperio, su dominación global la más importante y el símbolo visible de la Americanización del mundo actual. «El pato Donald, diplomático mundial», en palabras de un productor americano. Lo que había empezado como un conflicto económico se convirtió en una batalla ideológica y cultural, una lucha feroz y sin cuartel, por el corazón y la mente de los espectadores en el mundo entero.

En *La guerra no declarada*, David Puttnam nos muestra lo que hemos ganado, lo que hemos perdido y lo que todavía podemos perder en las actuales pantallas por el control de este «medio» extraordinario.

Estos párrafos son una traducción de la «solapa» del libro y yo estoy absolutamente de acuerdo con ese resumen publicitario. Es más, mi pequeña reseña va a ser aún más laudatoria. Creo que este libro tendría que ser de lectura obligatoria para todos los profesionales del cine español, para todos los estudiantes de cine y audiovisual, para todos aquellos «aficionados» que aman al Cine. He coincidido con David Puttnam en algunos foros internacionales, me honro con su amistad y les juro que mi ardorosa promoción de su libro es totalmente desinteresada.

Es un libro revelador: una historia rigurosamente investigada y sabiamente estructurada, escrita de una forma verdaderamente amena, por uno de los maestros vivos del «entertainment».

Lo califico de revelador ya que en él queda palmariamente evidenciado el «interés político» que esa atracción de barraca de feria que al principio fue «le cinématographe Lumière» despertó enseguida en los gobernantes de Estados Unidos. Siempre se cita la frase de Lenin cuando el recién nacido Soviet decreta la «nacionalización de la industria fotográfica y cinematográfica» (agosto 1919): «De todas las artes es, para nosotros, el Cine, la más importante». Ahora —y gracias a Puttnam— yo me entero que en septiembre de 1917, en plena expansión del cine que se hacía en Hollywood (90% de las películas) el Presidente Woodrow Wilson proclamó: «El cine (film) ha llegado a situarse como el medio más alto para la diseminación de la pública

inteligencia y puesto que habla un lenguaje universal se presta con gran importancia para la presentación de los planes y propósitos de América».

Claro que ya entonces el cine era un lenguaje universal accesible a todos. Aunque se inventó fundamentalmente en Europa (Lyon) fue desarrollado por emigrantes avispados en un mundo de emigrantes pobres: era la forma más barata de entretenimiento y no era necesario saber inglés, ese inglés que la mayoría ignoraba y algunos, pocos, empezaban a chuprear. La industria del cine se desarrolló en el momento justo y en el lugar oportuno.

Creador de la industria

Sin embargo el verdadero creador de la industria cinematográfica, tal como la entendemos hoy mismo, fue un francés: Charles Pathé. En diciembre de 1897, Claude Grivolas, un rico y poderoso industrial de Lyon, asociado a otro financiero, Jean Neyret, y al banco Crédit Lyonnais, firmaron un acuerdo con Charles Pathé y su hermano menor Emile, transformando Pathe Frères en una compañía con un capital social de un millón de francos. Y lo que verdaderamente revolucionó su fortuna fue la decisión de producir películas y no sólo exhibirlas. Pronto, el ejemplo de Pathé fue seguido por otros: por ejemplo, Léon Gaumont. Cuando éste tuvo el respaldo financiero de otras instituciones, incluyendo una precursora del Crédit Commercial de Francia, se lanzó a la producción de películas. Francia entonces dominaba el mercado mundial del cine, incluso el propio de los Estados Unidos.

Al final de 1903 a cierto número de productores americanos se les ocurrió una idea

revolucionaria: comprar películas a otros productores y «alquilarlas» a los exhibidores individuales. Así nació la idea moderna del distribuidor, el intermediario especialista que controla el territorio entre Producción y Exhibición. Este sencillo cambio entre vender películas y alquilarlas transformó el negocio del cine en los Estados Unidos. La industria cinematográfica americana empezó a crecer a un ritmo asombroso.

A pesar de su crecimiento fenomenal, el negocio del cine continuaba sin atraer inversiones y financiamientos exteriores. Las instituciones que respaldaban a Pathé y a Gaumont eran la única excepción. Las películas «no eran un comercio respetable ni una respetable cultura».

Al mismo tiempo (1905) la industria cinematográfica americana dio un vuelco total con el advenimiento de un modo nuevo de exhibir las películas: el «nickelodeon». Un tal Harry Davis, un especulador de Pittsburgh, había comprado cierto número de tiendas abandonadas en la ciudad y decidió instalar en una de ellas su atracción cinematográfica: unas pocas sillas, un proyector, una pantalla y un gramófono. Precio de la entrada: un «nickel» (5 centavos). Un nombre pomposo: Nickelodeon. Unas 12 o 18 sesiones diarias, todos los días de la semana. El «nickel delirium» ardió por todos los Estados como un reguero de pólvora. Se calcula que dos años después, en 1907, habían ya funcionando entre cuatro mil y cinco mil «nickelodeones» en todo el país.

«Yo no inventé el cine, pero lo industrialicé», aseguró Pathé. En 1908 dominaba todo el cine mundial y vendía el doble de películas en Estados Unidos que todas las compañías americanas juntas. Su triunfo se debió a que conjugó dos ideas diferentes: una, la fabricación masiva, en serie, de las

películas; la otra, que el dinero estaba también y sobre todo en la distribución de esas películas.

El disparo de un regicida en Sarajevo (1914) no sólo desencadenó la Gran Guerra, sino que permitió a los Estados Unidos reconquistar su propio mercado y aniquilar la competencia europea, cosa que no había podido conseguir con toda clase de procedimientos más o menos legales, con feroces medidas proteccionistas y con la ayuda expresa del Gobierno.

El lunes 15 de marzo de 1915, Carl Laemmle, un pobre emigrante alemán que había llegado a los Estados Unidos a los 17 años en 1884, abrió con una llave de oro, en Hollywood, los Estudios Universal. Una organización cinematográfica vertical que producía películas, las distribuía y las exhibía en sus propias cadenas de salas.

Si fueron los franceses los primeros que industrializaron el Cine, fueron los americanos los que lo legitimaron y politizaron. A medida que la industria fue creciendo, fue cada vez más dependiente de la buena voluntad de los políticos y de los banqueros, miembros incondicionales del sistema político americano. Sin la ayuda y el apoyo de la alta finanza y la alta política, Hollywood habría tenido enormes dificultades para alcanzar el dominio casi absoluto de las pantallas de cine del mundo entero.

Savia europea

(1912) Edison además de inventor de muchas cosas, era al mismo tiempo, un fabricante de proyectores de cine que entendía muy poco del negocio creativo de fabricar películas. Al igual que las compañías electrónicas japonesas Sony y Matsushita que compraron compañías de Hollywood y, 5 años más tarde, se dieron cuenta de que a la comunidad creativa era mejor dejarla trabajar con sus propios trucos.

Algunos ejecutivos de Edison intuyeron que los cineastas europeos de ese momento podían ayudar a revigorizar el activo de la compañía. «En nuestro negocio de las películas tenemos una gran desventaja por la escasez de buenos operadores de cámara y de directores de escena» afirmó Frank Dyer, uno de los más importantes ejecutivos de Edison. «Conseguir un buen y competente director de escena aquí me parece imposible. Se me antoja que tal hombre podríamos encontrarlo en París, que estuviese sin trabajo o que le gustase probar fortuna en este país. Los principales productores están allí (Francia) y seguramente ya han enseñado el oficio a mucha gente... Por uno bueno, podríamos llegar a pagar 15 dólares semanales y los gastos de viaje, con la garantía de pagarle también el viaje de vuelta si la experiencia no fuese satisfactoria».

Este primer intento de importar «talento» fracasó. El verdadero significado de esa experiencia, sin embargo, fue que anticipó el modo en que Hollywood, en los años veinte y treinta, buscó con regularidad alimentación creativa reclutando estrellas y directores de Europa. Era evidente que la mayoría de los cineastas y productores europeos prestaban más atención al arte creativo de la producción que al negocio de la distribución y el mercado. Además, un aspecto diferente de la discusión sobre el papel de la industria cinematográfica empezaba a nacer en Europa, siendo Francia la avanzadilla.

En las nacientes ciudades americanas las películas eran una fuerza unificadora en ese crisol cosmopolita. En Francia, cine y arte planteaban un serio dilema.

Desde el siglo XVII se consideraba al arte como la esencial expresión del espíritu na-



El eclipse (1962), de M. Antonioni



La Chinoise (1967), de J.-L. Godard



Bonnie y Clyde (1967), de A. Penn

El acorazado Potemkin (1925), de Sergei M. Eisenstein

Viene de la página anterior



cional. «Las artes simbolizan el poder del Estado tanto como las proezas de las armas» proclamaba *Le journal des savants*, autorizado por Luis XIV en 1663.

En 1907 Edmond Benôit-Lévy, con el seudónimo de Francis Moir, publicó un sorprendente artículo en la publicación comercial *Phono-Ciné-Gazette*: «¿Qué es una película? ¿Es sólo una mercancía corriente que se puede comprar y usar como uno quiera? No, y a causa de creerlo así la industria del cine ha llegado a su crisis actual. Una película es un «único bien artístico y literario»».

La afirmación de Benôit-Lévy fue revolucionaria. Charles Pathé, que siempre había mostrado un escaso interés en materia artística, alineándose con la tesis de Benôit-Lévy, decidió no vender jamás los derechos de sus películas sino sólo alquilarlas. O sea, Pathé productor y distribuidor.

En Francia, en 1908, aparece una nueva compañía: Film d'Art. Objetivo: producir películas con directores, escritores y actores de la Comédie Française, poniendo en práctica la idea de transformar en películas obras señeras del arte y la cultura francesas. Una de sus primeras producciones, *El asesinato del Duque de Guisa*, fue un éxito colosal en Francia y en los Estados Unidos. La creación de Film d'Art fue seguida, ese mismo año, por la de la Société Cinématographique des Auteurs et Gens des Lettres (SGAGL). La idea del cine como arte acababa de nacer.

En los Estados Unidos, la idea de hacer películas sobre temas «artísticos» y de más longitud (un rollo de 300 metros dura aproximadamente diez minutos), superando los usuales 1 o 2 de entonces, fecundó en Adolph Zukor, otro inmigrante de una pequeña aldea húngara, peletero con éxito, que se pasó a la exhibición. En su «nickel-odeon» tenía costumbre de sentarse entre el público y observar las reacciones de los espectadores. Así llegó a la conclusión de que había que hacer películas más largas y mejores artísticamente. Funda Famous Players, compra los derechos de distribución de «La Reina Isabel» con Sarah Bernhardt y gana mucho dinero. En seguida produce *El Conde de Montecristo* y *Teresa de Urberville*. Se da cuenta del creciente abandono del público por el lamentable aspecto de las salas de cine de su época y construye verdaderos «palacios» para la exhibición. «Nuestro público tiene que ser atraído por el «confort», el buen gusto y el impecable servicio en salas agradables y atractivas». Como dijo uno de sus biógrafos, Zukor «mató la tradición barriobajera de los cines».

Setenta años después, en Europa, la asistencia de espectadores cayó en picado por la baja calidad y el deterioro de las salas. Los americanos llegaron e invirtieron millones de dólares en la creación de nuevas multisalas consiguiendo una afluencia masiva de espectadores en Alemania y el Reino Unido. Un breve examen de la extraordinaria carrera de Adolph Zukor podía haber ahorrado a la industria europea, y muy especialmente a los exhibidores, grandes e innecesarios sufrimientos.

Las productoras europeas como Film d'Art se concentraron exclusivamente en la Producción. Zukor se preocupó de la Audiencia. Y esa preocupación se convirtió en artículo de fe para toda la industria americana.

En julio de 1917 el general Erich Ludendorff, una de las figuras claves del Alto Mando alemán, aseguró que «dada la poderosa influencia política y militar de las películas... nuestra victoria depende absolutamente de que la utilización de ellas ejerza la mayor persuasión posible para poder ganar al público a favor de la causa alemana». El 18 de diciembre de 1917, Ludendorff y el mariscal Hindenburg anuncian la creación de Univer-

sus-Film A.G (UFA), con un capital de 25 millones de marcos, un tercio de los cuales eran una aportación secreta del Gobierno alemán. El resto era una aportación del Deutsche Bank.

En 1925, en la URSS, se crea Sovkino, una compañía cinematográfica nacionalizada que controla toda la producción y la distribución. *El acorazado Potemkin* alcanza una vasta popularidad en todo el mundo a partir de su estreno en 1926. El éxito, sin embargo, no acompañó su explotación en el mercado interior. La tensión entre el control directo del Estado y el gusto del público viene simbolizado por el estreno del *Potemkin* en Moscú que coincidió con el del *Robin Hood*, una producción americana con Douglas Fairbanks hecha tres años antes. El éxito de público de *Robin Hood* fue enorme y el de *Potemkin* simplemente discreto.

Había un sentimiento generalizado en todo el mundo según el cual los Estados Unidos producían cine para las masas y Europa los fabricaba a medida para una «élite» intelectual. Así se atrevía *Variety* a asegurar, hablando del *Siegfried* de Fritz Lang que era sólo «un éxito artístico que no representaba ni 10 centavos de dinero de México en la taquilla».

Las películas americanas estaban en el epicentro de una invasión cultural. En 1920 las películas alemanas dominaban el mercado interno alemán. En 1924 el 40% de las películas exhibidas eran ya americanas. Para combatir esa incipiente y amenazadora invasión, los Gobiernos europeos instalan toda clase de medidas proteccionistas que van a llegar hasta los tiempos actuales donde cobra rango de ley natural el «neoliberalismo económico» auspiciado por el hegemonismo económico mundial de los Estados Unidos.

Mayo del 68

Dando un obligado salto en el tiempo, yo quiero situar al posible lector de esta recensión en 1970, justo en el momento en que «el sentido del «hacer cine» empezó a tener en Europa, especialmente en Francia, un cambio radical». Me refiero al período que comienza en «mayo de 1968» cuando la República Francesa se conmovió hasta sus cimientos: multitudinarias protestas estudiantiles y ocupaciones de fábricas llevaron a la mayor huelga general de la historia de Europa, movilizando a nueve millones de trabajadores. Esos sucesos y sus ondas de choque a través de Europa tuvieron raíces en un rechazo masivo del régimen autoritario del general De Gaulle que combinado con un resurgir del anti-Americanismo, crearon una mezcla explosiva de ira y resentimiento, sobre todo entre los estudiantes.

«Ese mismo mes de mayo, sobre todo instigados por los sindicatos de técnicos de cine, se forman los «Etats Généraux du Cinéma» con el objetivo de situar a la industria del cine al servicio de la clase trabajadora». Se pretendía «la abolición de las estructuras reaccionarias del Centre National de la Cinématographie (CNC)». «El 30 de mayo, cuando parecía que De Gaulle se daba por vencido, anunció una intervención radiofónica en la que disolvió la Asamblea Nacional, convocó elecciones para el mes siguiente y amenazó con la intervención militar para conjurar toda algarada». Esto, más la oferta de salarios más altos para los obreros huelguistas, ayudó a que las aguas volvieran a su cauce y a cambiar el sentido de la corriente: lo que había parecido por un momento el amanecer de una nueva era social y política se desvaneció... Los «Etats Généraux» terminaron en un fracaso.

«A nivel político, además, la postura intelectual de aquellos asociados al movimiento



E.T. (1982), de Steven Spielberg

Mayo 68 había creado algo así como una paradoja. Godard proclamaba que su lucha contra el imperialismo comercial de Hollywood era análoga a las eternas luchas de la clase trabajadora contra el capitalismo monopolista y, sin embargo, se veía forzado a reconocer que «los obreros no van a ver mis películas».

«Los críticos alimentaban la vanidad de los directores en la misma medida en que éstos hacían cine para los críticos. La tragedia real consistía en que las audiencias simplemente les abandonaban y se iban a ver *Tiburón* y *La guerra de las galaxias*. Y así sucedía en los años 70, tanto en Francia como en Alemania e Italia.»

«Klaus Eder, secretario general de la Federación Internacional de la Prensa Cinematográfica (FIPRESCI) escribía en 1994: «Hoy las películas son una forma de entretenimiento y en el mejor de los casos, lo más que se espera de los críticos es que digan si se trata de un entretenimiento bueno o aburrido»».

«Es difícil saber si Godard bromeaba cuando en una entrevista publicada en *Libération* en 1993 preguntó: «¿Sabe usted la definición que Jules Renard dio de un crítico? Un crítico es un soldado de un ejército en derrota que deserta y se pasa al enemigo. ¿Y quién es el enemigo? La audiencia... Creo que las películas se hacen para una o quizá dos personas».

De nuevo ahora, ya en los últimos años 90, Puttnam transcribe estas palabras de un analista actual:

«Sólo unas pocas multinacionales han llegado a desprenderse de cualquier interés nacional». La sempiterna relación —continúa Puttnam— entre Hollywood y Washington es un elocuente testimonio de esa observación... Ha habido feroces batallas entre los Estudios para el control del mercado interior y aún más feroces entre Hollywood y Washington sobre aspectos legislativos para el control de la industria. Pero en los mercados exteriores ha existido siempre una estrecha y sólida armonía entre el Gobierno y la Industria que ha servido para convertir el Cine y la Televisión en uno de los mayores exportadores de la nación. Y aun más importante, ha creado una «imagen de marca» para los Estados Unidos, una tremendamente efectiva, en la medida en que se la reconoce al instante; una imagen de riqueza, de oportunidad, de excitación, de progreso tecnológico y también en la mayoría de los casos, de liberalismo democrático. Una imagen que ha sabido vender, con igual éxito, valores Americanos y mercancías Americanas.»

«El hecho de que la industria americana hable con una sola voz, la de MPAA (Motion Pictures Association of America) ha sido un factor clave de su éxito en las últimas décadas. Desde su creación en 1922, la organización sólo ha tenido tres jefes: Will Hays, Eric Johnston y Jack Valenti.»

«Nuestro planeta es ahora demasiado pequeño y está demasiado poblado para po-

der tener la arrogancia de los muy ricos o la ignorancia de los muy pobres. H.G. Wells describió memorablemente la civilización como «una carrera entre educación y catástrofe». Yo no dudo que todos esos medios de la electrónica audio-visual, con toda su riqueza de saberes y recursos que ellos dirigen, no nos ayuden a inclinar la balanza a favor de la educación y lejos de la catástrofe.»

«Creo (también) que la reñida conclusión de la Ronda GATT de Ginebra, 1993, no debería contemplarse como un final sino como un principio. Podemos dejar que esta guerra no declarada siga retumbando o podemos trabajar juntos por convertirla en algo diferente: una batalla para ganar un mejor y más enriquecedor futuro para todos nosotros.»

Breves puntualizaciones

Hasta aquí un muy esquemático resumen del gran trabajo de sir David Puttnam y Neil Watson; ahora, unas breves puntualizaciones más:

Si en los años que van desde el 17 al 19, Jefes de Estado y Presidentes de Gobierno se dan cuenta de la importancia política, social, cultural y económica del cine, en España ni Alfonso XIII, ni el dictador Primo, ni los Jefes de Gobierno, ni los Presidentes de la República Española, ni el dictador Franco, ni Carrero, ni Arias Navarro, ni Juan Carlos I, ni Adolfo Suárez, ni Calvo Sotelo, ni Felipe González, ni José M^a Aznar han dado una afirmación pública y notoria sobre la mencionada importancia del cine y la TV.

Si ya en 1907 el Crédit Lyonnais, el Crédit Commercial de France, el Deutsche Bank apoyan económicamente a la naciente industria cinematográfica, aquí ninguno de los grandes bancos privados españoles han dado un duro por el Cine español, ni antes ni ahora.

Siguen pensando que el Cine (el español, se entiende) y los que lo hacemos no somos fiables económicamente.

La excepción fue una declaración del Gobierno en enero de 1991, siguiendo la estela y la influencia del Presidente Mitterrand, que a mí me llenó de satisfacción y que luego, en la práctica, se quedó simplemente en agua de borrajas.

El gobierno actual apuesta claramente por la consideración del producto cinematográfico y audiovisual como simple mercancía. Lo que vale son las películas que den buenos resultados en taquilla y audiovisuales que consigan elevados índices de audiencia. La calidad «cultural» del producto, ya se ocupará el sacrosanto mercado de sancionarla. Es como si en el dilema que señaló H.G. Wells y Puttnam menciona, «educación o catástrofe», aquí los que mandan se hubieran pronunciado claramente por la catástrofe. □

RESUMEN

Juan Antonio Bardem se refiere en su comentario a la «guerra no declarada» —que así se titula el libro objeto de su atención— que mantienen desde hace más de cien años, desde el mismo nacimiento del cinematógrafo, los

estudios norteamericanos y distintas gentes del cine europeo, decididos, éstos últimos, a resistir como sea el «asalto» de Hollywood, una de las más influyentes, provechosas y poderosas industrias de Estados Unidos.

David Puttnam y Neil Watson

The Undeclared War

Harper Collins, Londres, 1997. 414 páginas. 18 libras. ISBN: 0-00-255675-8.

¿Clonar o no clonar?

Por José Antonio Melero

José Antonio Melero (Fuentes de Nava, Palencia, 1948) es doctor en Ciencias Químicas y actualmente es director del Centro Nacional de Biología Fundamental del Instituto de Salud Carlos III. Los principales temas de investigación que ha abordado han sido la transformación de células en cultivo y la variabilidad genética y antigénica de distintos virus implicados en patologías humanas.

Esta pregunta, con sus reminiscencias hamletianas, saltó a la palestra y a la mente de muchas personas cuando en febrero de 1997 se hizo público el nacimiento siete meses antes de un cordero clónico, «fabricado» mediante las técnicas de transferencia nuclear. Dolly, que así se llamaba el producto del clonaje, tenía como único material genético el proveniente del núcleo de una célula de la ubre de una oveja de seis años de edad. Ese núcleo se había introducido en el óvulo de una oveja donante, del que previamente se había sacado su propio núcleo. El nuevo óvulo, así recompuesto, se había podido desarrollar en un pequeño embrión antes de introducirlo en el útero de una madre (oveja) adoptiva y meses después, julio de 1996, nació Dolly. Sus «padres» científicos, Ian Willmut y Keith Campbell del Instituto Rosling (Escocia), saltaban del casi oscuro ostracismo científico a las primeras páginas de los periódicos y revistas mundiales. Inmediatamente, reacciones de políticos, teólogos, filósofos, científicos y público en general no se hicieron esperar. Desde los que consideraban que las técnicas de clonaje que habían dado como fruto a Dolly debían prohibirse sin paliativos, hasta la formación de grupos pro-clonaje como «El Frente Unido para los Derechos del Clonaje», establecido en Nueva York.

Paradójicamente, los «protagonistas» de la historia de Dolly habían pasado o querían pasar desapercibidos. Por un lado, la «madre» de Dolly, la oveja de la que se habían sacado las células de la ubre y que se habían cultivado «in vitro» antes de congelarse para su posterior uso en crear a Dolly, había sido sacrificada meses antes y probablemente había servido para la comida de alguna familia escocesa. Por otro lado, los «padres» científicos de Dolly, no habían considerado que el nacimiento de ésta fuese un evento que mereciese descorchar la botella de champán que tenían reservada para ello. Campbell estaba de vacaciones el día del nacimiento de Dolly y cuando volvió al laboratorio ya se había pasado la oportunidad del momento. Esto ocurría en julio de 1996. Willmut y Campbell decidieron mantener el nacimiento de Dolly en secreto hasta que la empresa que financiaba sus investigaciones (PPL Therapeutics Ltd.) obtuviese una patente de la nueva tecnología. Cuando esto ocurrió, enviaron un manuscrito a la prestigiosa revista *Nature*, que lo aceptó para publicarlo en su número del 27 de febrero de 1997, con una portada en la que Dolly aparecía sobre un trasfondo de un óvulo pegado a la punta de una micropipeta. No interesa describir aquí cómo la noticia del nacimiento de Dolly apareció en los medios de comunicación, incluso días antes de que el artículo de los investigadores del Instituto Rosling fuese publicado, pero sí interesa resaltar que Willmut y Campbell no hicieron nada para que su descubrimiento tuviese el impacto publicitario que tuvo.

Los antecedentes científicos de Dolly

Cualquier descubrimiento científico es siempre el resultado de trabajos previos en los que se sientan las bases que posibilitan



OUKA LELE

realizar el experimento definitivo. Los resultados de éste pueden ser más o menos interesantes, y aunque a algunos científicos les cueste reconocerlo, casi siempre la trascendencia de un experimento acaba por reconocerse sólo después de que ha pasado algún tiempo. A veces, después de que el científico haya desaparecido: caso de Gregor Mendel y sus leyes sobre la herencia de los caracteres genéticos.

Si tenemos que remontarnos a los antecedentes de la tecnología del clonaje que permitió el nacimiento de Dolly, hemos de retroceder al final del siglo pasado y comienzos de este siglo. En aquellos momentos la embriología había tenido un auge y atraía a alguno de los más brillantes científicos. Sin embargo, las técnicas para estudiar el desarrollo de un embrión eran muy rudimentarias y, por ello, el número de premios Nobel en esa disciplina ha sido muy escaso. En 1885, August Weismann, un profesor de zoología de la Universidad de Friburgo, había propuesto que «un óvulo fertilizado debe poseer toda la información necesaria para producir un individuo adulto. Sin embargo, debe de haber algún tipo de secuencia en las bisecciones de su núcleo de modo que, en cada división celular, las células hijas tienen menos información genética que las células parentales». De acuerdo con la teoría de Weismann, cuando el óvulo fecundado se dividía para dar dos células (llamadas blastómeros), la célula de la derecha se desarrollaría en la mitad derecha del individuo y la célula de la izquierda en su mitad izquierda. Diversos investigadores em-

plearon sus esfuerzos en probar o refutar la teoría de Weismann. Hans Spemann a principios de este siglo logró separar las células de un pequeño embrión de una salamandra. De cada una de ellas pudo desarrollar un individuo adulto. Aún más, mediante manipulaciones extremadamente meticulosas, consiguió retirar el núcleo de una célula de un embrión que ya tenía 16 células, con parte de su citoplasma y desarrollar una salamandra adulta. Sus resultados parecían contradecir la teoría de Weismann. El núcleo de una célula embrionaria tenía la información genética suficiente para dar lugar a un individuo adulto. Pero la siguiente pregunta era: ¿podría el núcleo de una célula diferenciada dirigir el desarrollo de una nueva criatura? Para responder a esta pregunta, Spemann propuso lo que él llamó «el experimento fantástico» que casi un siglo después serviría para crear a Dolly. El experimento en cuestión consistiría en retirar el núcleo de una célula diferenciada (por ejemplo, de una salamandra adulta, pues éste era su animal de experimentación) e introducirlo en un óvulo del que se había retirado previamente su propio núcleo. Éste fue el experimento que los investigadores del Instituto Rosling hicieron en 1996, sólo que con ovejas.

En el intervalo que va desde principios (trabajos de Spemann) hasta finales de este siglo (Willmut y Campbell) se realizó una serie de experimentos cuyos resultados a veces permitían pensar en la viabilidad del «experimento fantástico» de Spemann y otras lo hacían prácticamente imposible. En los años

cincuenta, Robert Briggs y Tom King consiguieron transferir núcleos de células obtenidos a partir de embriones de rana en estado de gástrula a oocitos de «*Rana pipens*» desprovistos de su propio núcleo. Un alto porcentaje de estos oocitos se desarrollaron en renacuajos y, puesto que éstos tardaban 2 ó 3 años en desarrollarse en ranas adultas, Briggs y King decidieron que el experimento ya había demostrado lo que ellos querían. El «experimento fantástico» había funcionado, aunque con células embrionarias. En los años 60 y 70, John Gurdon en el Reino Unido llevó a cabo una serie de experimentos parecidos a los de Briggs y King, aunque con una especie de rana diferente, «*Xenopus laevis*». En el caso de Gurdon, el núcleo que se transfería al oocito era el de una célula totalmente diferenciada proveniente de la pared intestinal de una rana adulta. Aunque con una tasa de éxitos baja la transferencia nuclear había producido ranas cuyo material genético provenía del núcleo de la célula intestinal. El «experimento fantástico» parecía, por tanto, haber funcionado tal y como Spemann lo había concebido. Sin embargo, surgieron dudas sobre el origen de las células que Gurdon había empleado para transferir el núcleo al oocito. En algunos anfibios, las células progenitoras del esperma o del oocito se forman alrededor del estómago y de allí migran a las gónadas. ¿Podría ser que Gurdon inadvertidamente había introducido el núcleo de estas células indiferenciadas en los oocitos y por ello su tasa de sucesos en los experimentos de transferencia nuclear había sido tan baja? Esta pregunta nunca quedó resuelta. Otros investigadores trataron de repetir los experimentos de Gurdon pero encontraron que sólo podían regenerar un individuo adulto cuando transferían el núcleo de células embrionarias a los oocitos de rana. Así, en los años 70 el interés por realizar el «experimento fantástico» de Spemann se fue desvaneciendo y las técnicas de clonaje de animales de experimentación, mediante la técnica de transferencia nuclear, quedaron estancadas mientras otras ramas de la Biología tenían un desarrollo espectacular.

El clonaje se va a la granja

En los años 80 resurgió temporalmente el interés por clonar animales de laboratorio cuando Karl Illmensee y Peter Hoppe anunciaron que habían clonado tres ratones por la técnica de transferencia nuclear, aunque a partir de células embrionarias. El ratón es el animal de experimentación por excelencia y, por tanto, los resultados de Illmensee y Hoppe abrían nuevas posibilidades para obtener ratones de «diseño», a gusto del experimentador. Además el ratón es un mamífero y, por ello, los tres ratones de Illmensee y Hoppe eran los primeros mamíferos que se habían obtenido por las técnicas de clonaje. Varios investigadores trataron de repetir estos resultados pero todos fallaron en sus intentos. Surgieron rumores de que los ratones clonados eran un fraude y hubo una investigación metódica sobre ello, sin poder llegar a una conclusión definitiva. Gina Kolata cuenta en su libro de manera detallada y objetiva el «affaire Illmensee-Hoppe» y puede servir de ejemplo para entender los vericuetos de la investigación científica con sus luces y sus sombras.

Davor Solter intentó desesperadamente repetir los resultados de Illmensee y Hoppe, incluso modificando la técnica de transferencia nuclear a óvulos desprovistos de núcleo para hacerla más eficaz, pero nunca consiguió un ratón «clónico». En una publicación que apareció en el mes de diciembre de 1984, en la revista *Science*, Solter sentenciaría



Viene de la página anterior



ba: «El clonaje de mamíferos, mediante transferencia nuclear, es biológicamente imposible». Esta afirmación fue aceptada en gran medida por la comunidad científica, que además encontró otros métodos alternativos para obtener ratones modificados genéticamente. Esto hizo que los intentos de clonar animales de experimentación mediante la transferencia de núcleos a óvulos enucleados cayese en el olvido.

Mientras tanto las técnicas de reproducción asistida habían tenido un desarrollo espectacular no sólo en humanos sino, y sobre todo, en los animales de granja. Los laboratorios de experimentación animal, financiados por los ministerios de Agricultura de diversos países o por empresas agropecuarias, tienen una finalidad muy distinta a la de los laboratorios con conexiones académicas. El mundo veterinario se encuentra bastante alejado, en general, de los circuitos de la élite científica. Sus trabajos tienen una finalidad práctica muy inmediata y no importa tanto el número de publicaciones científicas relevantes como conseguir una vaca que, por ejemplo, dé más leche. Para los laboratorios de investigación agropecuaria, por tanto, la posibilidad de clonar aquellos animales que tengan cualidades especiales es una atractiva alternativa a los métodos tradicionales de selección genética.

Desoyendo las afirmaciones de Davor Solter, acerca de la imposibilidad de clonar mamíferos mediante las técnicas de transferencia nuclear, dos laboratorios, uno americano y otro británico, emprendieron el clonaje de vacas y ovejas en los años 80. En el laboratorio de Neal First de la Universidad de Wisconsin, y financiado por la empresa W.R. Grace and Company, Randall Prather consiguió transferir el núcleo de una célula embrionaria bovina a un óvulo enucleado, hacer crecer el embrión hasta la etapa de blastocito en el oviducto de una oveja y posteriormente transferirlo a una vaca madre adoptiva para que diez meses más tarde naciese la primera ternera clónica. Esto sucedió en 1987. El año anterior Steen Willadsen, trabajando en la Unidad de Fisiología y Bioquímica reproductora del «British Agricultural Research Council» (Cambridge, Reino Unido) había conseguido dos corderos a partir de óvulos no fertilizados en los que se había retirado su propio núcleo para sustituirlo por el de células embrionarias. Willadsen es el prototipo de investigador heterodoxo, excéntrico e imbuido en el desarrollo científico que determina toda su actividad vital. En los años 80, Steen Willadsen llevó a cabo toda una serie de experimentos que cambiaron en gran medida las técnicas de manipulación de embriones. Desde la congelación de embriones hasta la producción de animales quiméricos (oveja-cabra y oveja-vaca) procedentes de la mezcla de células embrionarias. En su fiesta de despedida de Cambridge, Willadsen ofreció a los invitados una de sus quimeras oveja-cabra asada. Tenía la forma de una oveja, la lana era de oveja «parcheada» con lana de cabra, los cuernos eran de cabra pero retorcidos como los de una oveja y el sabor, aparentemente, no era muy bueno.

Los clonajes de vacas y ovejas realizados por Prather y Willadsen se habían conseguido mediante la transferencia de núcleos de células embrionarias a óvulos enucleados. A pesar de esos éxitos, las empresas con intereses agropecuarios empezaron a desencantarse de los proyectos de clonaje, al encontrarlos demasiado costosos como vía para la producción de animales de granja. Sin embargo, una nueva idea hizo resurgir el interés por el clonaje de vacas, cabras, cerdos, etc. ¿Se podrían utilizar estos animales como «fábricas» para la producción de proteínas de interés farmacéutico?; por ejemplo, la insulina que necesitan algunos diabéticos. Algunos de estos productos ya se obtienen actualmente a partir de mi-

croorganismos manipulados genéticamente. Esto supone, sin embargo, el crecimiento de los microorganismos en grandes fermentadores y la ulterior purificación del producto, separándolo del resto de las proteínas y componentes del microorganismo, con un alto coste de fabricación. Además, alguno de estos productos no son exactamente iguales a los deseados pues los microorganismos no poseen la maquinaria bioquímica para «fabricar» la proteína de la misma forma que la célula de un organismo superior. Estas desventajas podrían obviarse si se consiguiese una vaca (cabra, oveja, etc.) que produjese leche en la que la insulina humana, por ejemplo, se encontrase en grandes cantidades. Este tipo de animales, denominados transgénicos, se han obtenido desde hace años en el laboratorio. Su reproducción por clonaje mediante técnicas de transferencia nuclear podría conducir a verdaderos rebaños productores de proteínas de gran interés farmacéutico y comercial. Ésta era la idea que Willmut y Campbell perseguían con sus trabajos en el Instituto Rosling y que hacía que PPL Therapeutics Ltd. los financiase. Así, meses más tarde del nacimiento de Dolly, los mismos investigadores crearon mediante técnicas de clonaje las primeras ovejas realmente interesantes desde el punto de vista comercial. Mediante manipulaciones genéticas de las células donantes de los núcleos (en este caso fibroblastos fetales) obtuvieron tres ovejas que llevan el gen de una proteína de la sangre humana en sus cromosomas (el factor IX) y de la que algunos hemofílicos son deficientes.

Trascendencia científica de Dolly

A pesar del impacto que el nacimiento de Dolly tuvo (y sigue teniendo) en los medios de comunicación, su trascendencia científica es más bien limitada. Así lo entendieron Willmut y Campbell, como ya se ha dicho anteriormente. Dolly es el producto de un «experimento útil», aunque también sea el resultado del «experimento fantástico» que Spemann imaginó. Dolly ha supuesto un avance tecnológico considerable para la manipulación genética de animales de granja que tendrá repercusiones prácticas importantes, pero no ha servido para contestar ninguna pregunta fundamental sobre los procesos de diferenciación celular y morfogénesis de los mamíferos. Ha servido para desmentir a Solter sobre la imposibilidad del clonaje de mamíferos y esto, a su vez, nos enseña que tales afirmaciones categóricas en Ciencia no son muy recomendables. Pero, insisto, el clonaje de Dolly no ha respondido a ninguna de las preguntas que actualmente están pendientes por contestar sobre los mecanismos embriogénicos (como, por qué, etc.) que conducen desde un óvulo fecundado a un individuo adulto. Esto requerirá años de trabajos y el uso de animales de experimentación, distintos a los animales de granja.

La trascendencia tecnológica de Dolly es indudable. Tanto en la mente de los científicos como en las páginas de los periódicos ya se han planteado nuevos desafíos. Algunos de éstos tendrán que contestar preguntas todavía no resueltas. Por ejemplo, ¿se puede introducir el núcleo de la célula de una especie animal en el óvulo enucleado de otra especie?; ¿es posible implantar embriones de una especie animal en el útero de hembras de otra especie? En este caso, ¿el embrión habría de diseñarse para que las células que dan lugar a la placenta sean de la misma especie que la madre adoptiva? Sin duda, en un futuro próximo tendremos animales «clónicos» de interés comercial. ¿Cuál va a ser la reacción de los movimientos ecologistas, naturalistas, etc.?



OUKA LELE

No voy a repetir aquí los argumentos que desde la llamada «bioética» se han expuesto en los medios de comunicación en contra del clonaje de humanos. En casi todos los casos se ha hablado de las dificultades técnicas. Dolly resultó ser el producto exitoso de casi 300 intentos, algo que pone serias dificultades al uso de la misma tecnología para el clonaje de humanos. Pero ¿quién puede afirmar, a la vista de los desarrollos tecnológicos espectaculares de cada día, que no se podrá disponer de técnicas mucho más eficaces y seguras de clonaje en un futuro más o menos cercano?

Otras de las razones en contra del clonaje de seres humanos son las consideraciones éticas y morales. Pero las normas morales de conducta tienen distintas apreciaciones dependiendo de las sociedades que las utilizan. Desde el canibalismo al aborto, pasando por otras menos importantes como la transfusión sanguínea, son prácticas que se admiten o rechazan en determinadas sociedades. La pena capital, de igual manera, está prohibida en muchas sociedades y admitida en otras. Dos cosas me interesa dejar claras al respecto:

1) El clonaje de humanos no eliminará la individualidad de los individuos así producidos. El determinismo genético no es absoluto; aunque hay que decir también que una parte de nuestra conducta, todavía no claramente definida, tiene sus bases en la composición de nuestros genes.

2) La ciencia, en contra de lo que he leído en algún periódico, está y debe estar al margen de la moral y la ética. Las sociedades deben regular las aplicaciones de los nuevos avances científicos y tecnológicos, pero el conocimiento científico nada tiene que ver con esto.

¿Por qué el clonaje de humanos tiene, por tanto, una reacción tan negativa en muchos medios de comunicación y líderes políticos, religiosos, etc. y, sin embargo, nadie ha cuestionado el clonaje de Dolly? En los años 70

se llevaron a cabo las primeras experiencias de transferencia de genes entre organismos de distintas especies mediante manipulaciones en el laboratorio. Así surgió la tecnología del DNA recombinante que hoy día se utiliza para la producción de plantas resistentes a plaguicidas o la vacuna de la hepatitis tipo B. Sin embargo, en sus comienzos la tecnología del DNA recombinante también tuvo sus impedimentos éticos y morales. Algunos de éstos fueron planteados por científicos y dieron lugar a un gran número de discusiones y a prácticas no muy «morales», como la realización de determinados experimentos en aquellos países donde las regulaciones estaban más relajadas o no existían. Poco a poco los argumentos éticos fueron cediendo al darse cuenta los poderes políticos de las ventajas económicas que la tecnología del DNA recombinante trae consigo. ¿Habría servido esta experiencia para plantearnos de manera clara y sincera las implicaciones que el clonaje de humanos puede tener para nuestra sociedad?

Y después de todo, es posible que el clonaje de humanos ya se haya llevado a cabo, o se produzca en el futuro, inadvertidamente. Una de las prácticas utilizadas en las clínicas de fertilización «in vitro» es la inyección de espermias inmaduros (que tienen sólo la mitad de cromosomas que una célula diferenciada) en óvulos receptores. Recientemente se anunció el nacimiento del primer niño español utilizando esta técnica. Ahora bien, ¿es posible que en algún caso se inyecte una célula somática (presente en la preparación de espermias inmaduros) con la dotación cromosómica completa en un óvulo y que éste, como ocurre algunas veces, elimine espontáneamente su núcleo? En este caso se habría producido el clonaje del padre. Es posible, también, que en el futuro se llegue al clonaje intencionado de humanos, pero que se le llame de otra manera. □

RESUMEN

José Antonio Melero se interesa por un libro que describe los antecedentes que llevaron a la obtención de la oveja clónica Dolly. La historia arranca a finales del siglo pasado y cuenta los diversos éxitos y fracasos que se sucedieron para clonar animales

a partir de los núcleos de células embrionarias y, finalmente, de células diferenciadas. También se describen las repercusiones que el nacimiento de Dolly tuvo en la comunidad científica y en los medios de comunicación.

Gina Kolata

Clone. The road to Dolly and the path ahead

The Penguin Press, Londres, 1997. 218 páginas. 15,99 libras. ISBN: 0-713-99221-2.

Heroísmo pagano y santidad cristiana

Por Olegario González de Cardedal

Olegario González de Cardedal (*Lastra del Cano, Ávila, 1934*) es doctor en Teología por la Universidad de Múnich, catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca y miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Es autor, entre otros libros, de *Madre y Muerte, Raíz de la esperanza, Cuatro poetas desde la otra ladera* y *La entraña del cristianismo*.

Este libro nos pone ante dos cuestiones primordiales de la existencia: la verdad del hombre y la realización del ideal de excelencia, que lleva inserto en su dinamismo originario. A la vez nos ofrece dos respuestas paradigmáticas, constitutivas de nuestra historia occidental: el «heroísmo pagano» y la «santidad cristiana». Las actas del congreso, que se publican aquí, se ocupan de la transición del paganismo al cristianismo, analizando los ideales culturales, los estilos de vida, las figuras emblemáticas y los paradigmas de ejemplaridad, a partir de la retórica con que se ha narrado la vida de esas figuras, mostrando cómo ha sido la fecundación recíproca entre estilos de vida y estilos de literatura, la influencia de los grandes relatos del pasado sobre la configuración moral y social del futuro. Con el cambio de religión por la conversión al cristianismo tuvo lugar un cambio de modelos de humanidad, expresados en el tránsito del héroe pagano al santo cristiano, como forma de realización de la excelencia.

Los héroes y los santos han sido siempre figuras «marginales», por estar realmente en el «centro». Las masas han sido siempre las mismas: las de antaño tenían sus ídolos en los circos y mercados, las de hogaño en los estadios y televisiones. La cuestión es si en cada generación y lugar existen minorías dispuestas a suscitar ideales, a sostener a quienes los persiguen y a crear las correspondientes formas de vida.

Homero y la Biblia

Todo lector que haya pasado largos días leyendo la *Iliada* y la *Biblia* sabe el distinto eco que la misma palabra y las mismas frases tienen en uno y otro texto. Una prueba de resonancia y de proyecto humanos se podría hacer analizando qué significa la frase: «Hijo mío, sé hombre» en la *Iliada*, en la *Biblia*, en Cervantes y en Shakespeare. En Homero está ante los ojos el ideal de coraje, valor, lealtad. No ser cobarde y ser valiente es el binomio

del heroísmo en aquellos tiempos, cuando el hombre todavía vivía situado en los confines de lo divino. Las palabras de Héctor a Andrómaca sintetizan este ideal: «Sí, todo esto también a mí, mujer, me acongoja, pero me avergonzaría terriblemente delante de troyanos y troyanas de peplos rozagantes, si cobarde, me agazapara lejos de la guerra. Y el corazón tampoco me lo manda, porque yo he aprendido a ser valiente en todo tiempo y a luchar el primero entre troyanos, para acrecer la gloria de mi padre y mía propia». (VI, 440-446. Cfr. V, 529; XV, 487). Ser hombre es ser varón, ser valiente. Y de «virilidad» se derivará luego «virtud».

En la *Biblia*, en cambio, el centro no es el heroísmo del hombre, sino la santidad de Dios y apenas tenemos relatos de héroes, si exceptuamos el libro de los Jueces y el relato de la conquista de Canaan, hasta la instalación definitiva del reino de David: «He aquí los nombres de los héroes de David» (2 Sam 23, 8). La expresión «sé hombre» remite más bien a la piedad, la fidelidad, la alianza con Yahvé y al cumplimiento de sus preceptos. Los relatos de despedida entre padres e hijos son un lugar ideal para descubrir el sustrato profundo sobre el que cada generación y cultura piensan y desde el que anhelan edificar la excelencia humana. «Cuando llegaron los días de la muerte de David, dio instrucciones a su hijo Salomón diciéndole: "Yo me voy por el camino de todos; esfuérzate, pues, y sé hombre. Sé fiel a Yahvé tu Dios, marchando por sus caminos, guardando sus mandamientos, sus leyes y sus preceptos como están escritos en la ley de Moisés"» (1 Re 2, 1-3). El cristianismo transferirá esa referencia de Yahvé a Cristo, de la Ley al Sermón de la Montaña y del Moisés legislador y guía a Cristo, visto no sólo como maestro, sino como la Verdad en persona, el Camino viviente, Dios humanado. Por eso se verá en él también al hombre consumado: «He ahí el Hombre» (Jn 19, 5). Su historia se convirtió así en la definición teórica y en la realización concreta de la excelencia humana.

Cervantes, Shakespeare, Bossuet

El ideal pagano del héroe y el ideal cristiano del santo llegan, intactos e integrados, hasta finales del siglo XVI y comienzos del siglo XVII, donde aparece una nueva conjugación. Cervantes logra una admirable suma de realismo y utopía, de autoconciencia de misión divina y de atenuamiento a las situaciones humanas. Don Quijote, al decir «Yo sé

quién soy... y Dios me entiende», remite a la figura de Cristo, que está en el fondo, ya que la derrota de la cruz y la gloria de la resurrección le dan la clave de lo que es toda empresa heroica en este mundo, mientras viva bajo el pecado, los encantadores, malandrines y violentos.

Shakespeare en cambio ya ha roto con la herencia doble, tanto del heroísmo griego como de la santidad cristiana, y presenta al hombre en la trágica complejidad y humana consistencia de una naturaleza bien formada, consciente de sí misma, que no se mira en el espejo de ningún héroe ni se orienta por ninguna vocación divina. Ser hombre es ser todo y sólo hombre. Las palabras con las que cierra su tragedia *Julio César* (Acto V, escena 5) son un cifra transparente de este giro histórico: «His life was gentle ant the elements / so mix'd in him that Nature might stand up / and say to all the world: "This was a man"». La forma popularizada de este ideal la encontramos en el poema de Rudyard Kipling, conocido de todos «If», que concluye con estas palabras: «Yours is the earth and everything that's in it / and -which is more- "you'll be a Man, my son"».

En el siglo XVII francés se da un choque frontal entre dos ideales: la reafirmación cristiana de la santidad en las grandes figuras del humanismo devoto, desde San Francisco de Sales a Berulle, Olier, Condren, Pascal, San Vicente Paúl, caracterizados por la piedad, la humildad, la misericordia, la ternura para todo lo humano y lo divino, frente al nuevo modelo de perfección recreado por el neostoicismo, que surge en esos momentos. Aunque parezca extraño, en ese siglo las *Vidas paralelas* de Plutarco y los tratados o *Cartas* de Séneca ofrecen a la vez los modelos de heroísmo y de santidad, hasta el punto de que autores como Bossuet citan a Séneca con tanta frecuencia como a la *Biblia*. El último capítulo del libro que presentamos lleva por título: «De la canonización del neo-estoico a la demolición cristiana del héroe en el siglo XVII en Francia». Siglo de los místicos (recuérdese el título de Bremond: *La invasión mística*), siglo de los héroes, siglo de los reyes, siglo de los hombres.

El tránsito de santidad cristiana a humanidad humana, que tiene lugar entre comienzo y fin del siglo XVII, se refleja en esta frase de La Bruyère, que recoge la específica herencia de Descartes: «Je suis maître de moi comme de l'univers». En torno a la figura del rey se tejen los panegíricos de lo que puede ser la suma de heroísmo, santidad y realeza como culminación de los viejos ideales tradicionales y de la nueva situación política, que

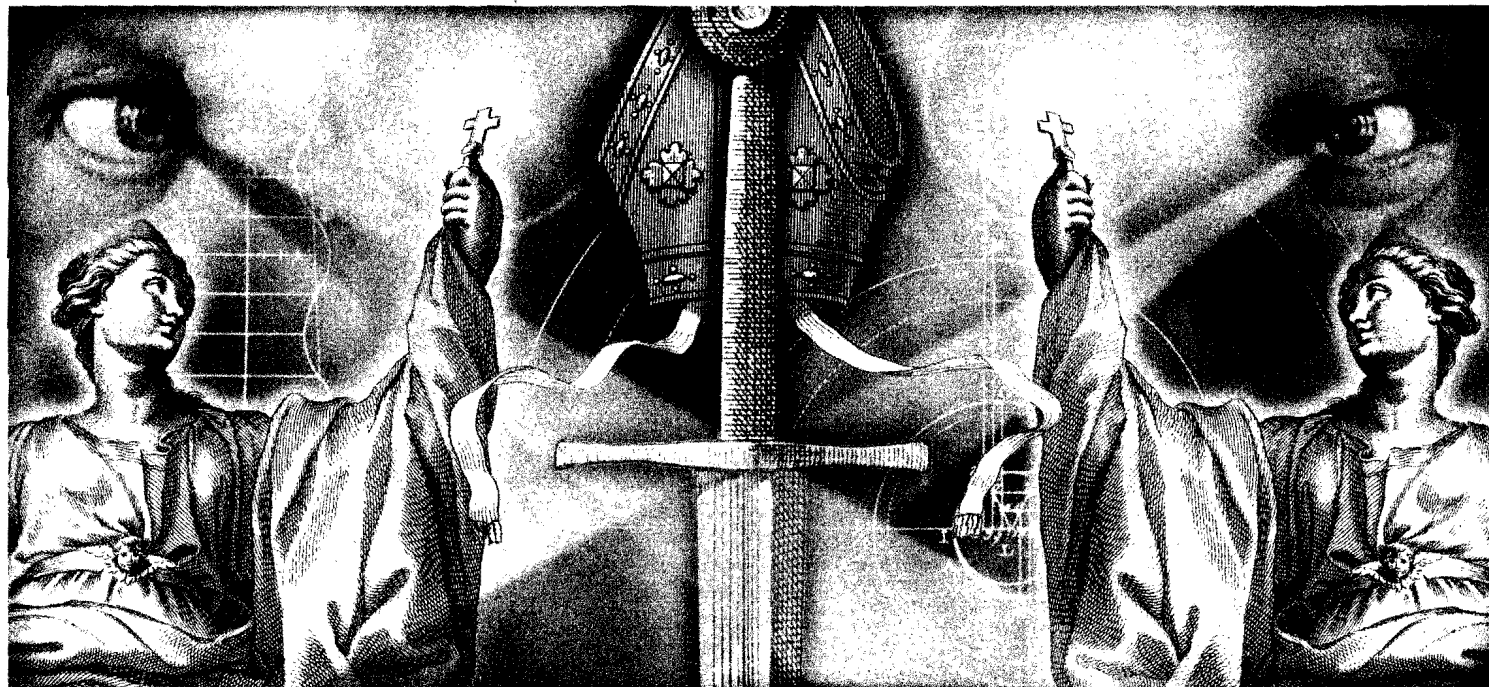
se propone sumar y culminar todo lo anterior. Bourdaloue (1632-1704), haciendo el panegírico de Luis XIV y refutando la opinión según la cual santidad, heroísmo y realeza serían incompatibles, escribe: «Fue un hombre magníficamente santo, heroicamente santo, y si oso servirme de esta expresión, realmente ("royalement") santo».

El juicio de la realidad y la medida de la humanidad

Estas dos palabras, heroísmo y santidad, designan las maneras de excelencia de dos culturas, una de las cuales tiene su centro de referencia en la acción gloriosa en este mundo (la guerra, la política, la sabiduría) y otra en cambio tiene su centro en la referencia a Dios, que se explicita en la audición de su palabra, en la alianza de amor con él, en la obediencia a su encargo, en la participación a su propia vida y en la realización del proyecto que Dios encarga al hombre, dejando en sus manos el propio destino para que él provea. Los héroes propios de cada cultura, como maneras primordiales de realización de la excelencia humana, están determinados por lo que se considera el «juicio» de la realidad, o lo que constituye su fundamento, medida y meta. Él puede ser una visión cosmocéntrica, una visión teocéntrica o una visión antropocéntrica. Ésta es desde Platón la pregunta esencial: ¿cuál es la medida verdadera y cuál es la falsa medida del hombre? Debajo de las múltiples respuestas está una convicción unánime: ser hombre implica realidad y relación, ensimismamiento y desbordamiento, recepción y creación, autoposesión y autodonación. El egoísmo, egotismo, egocentrismo son formas patológicas y ocasionales de comprensión de lo humano, que se impondrán en las culturas que todavía no han despegado de la animalidad o en las generaciones que han sufrido la pérdida de libertad o la dictadura de la violencia. Como reacción reclamarán la concentración total y exclusiva en el yo, pero el yo como objeto es absolutamente desproporcionado al yo como sujeto; el anhelo y el conato trascienden infinitamente la propia posesión y realización. La alteridad, en gratitud amorosa, es tan consustancial al hombre como la mismidad apropiada y conquistada. Por ello, la primera cuestión humana es: ¿ante quién soy, para quién existo, con quién cuento, quién cuenta conmigo, me espera alguien?

Si ahora volvemos la mirada a nuestra historia occidental podríamos divisar en ella las siguientes figuras ejemplares, realizaciones de excelencia que se han convertido de manera puntual o en forma duradera en paradigmas de humanidad: el guerrero griego, el estadista romano, el mártir y santo cristianos, el caballero o gentilhomme, el «honnête homme», el «die schöne Seele», el «gentleman», el burgués eficaz, el héroe rojo, el ciudadano solitario, el genio. Nuestra cultura se inclina a canonizar a los genios y creadores, pero no es verdad que los genios sean los santos, ni que los santos sean los genios. Cada uno está en su orden propio: ciencia, poder, caridad; inteligencia, fuerza, santidad; Alejandro Magno -Arquímedes- Cristo, son tres «grandeurs» distintas e incomparables entre sí, repitió Pascal.

Ante esa enumeración uno constata dos cosas. Primera que el hombre es humano en la medida en que pasa de la facticidad y trivialidad del perdurar al proyecto y a la empresa de ser hombre. Uno y otra deben pensados y queridos, perseguidos y servidos. Segunda, que hoy las dos dimensiones que son el tema central de este libro -heroísmo y santidad- han pasado a segundo plano. ¿Han de-



ÁLVARO SÁNCHEZ

Viene de la página anterior



saparecido o es que se los ha situado en tierra más cercana, en la acción de cada día, en la misión personal y en la vida menuda? ¿Se trata de una democratización de la santidad y del heroísmo, pensados como posibles y realizados en innumerables vidas sin nombre, sin retórica ni realza trasnochadas, pero no por ello menos reales, personales y sagradas? Si en las culturas antiguas el rey, el sacerdote, el profeta y el guerrero eran la expresión ideal de lo humano, a la vez que la revelación y presencialización de Dios a la historia, hoy ha tenido lugar una transferencia de lo humano y de lo divino sublimes al santuario de la conciencia en cada hombre y a su acción de cada día.

Del paganismo al cristianismo

En este libro se analiza la transición de un ideal a otro, declinados ambos en una galería de personajes, históricos unas veces y legendarios otras, hombres y mujeres, pithias y santas, guerreros y mártires, monjes y soldados, antihéroes y antisantos. Y se confrontan entre sí esas figuras en la medida en que han sido «dichas» en los más distintos géneros literarios: la tragedia, la historia, la biografía, las epístolas dedicadas, las inscripciones. Este «decir» no ha sido puramente mimético, repitiendo el pasado recordado sino forjando el futuro deseado, por lo cual la santidad ha gestado una literatura y esa literatura ha gestado, a su vez, una santidad. Los santos engendran sus biógrafos y los biógrafos engendran sus santos.

Tras una lección inaugural, que parte de la descripción de los valores y tipos universales, expuestos por Max Scheler (valores religiosos, valores espirituales o culturales, valores vitales, valores de civilización, valores de lujo: el santo, el genio, el héroe, el espíritu conductor de la civilización, el artista o maestro en el arte de gozar de la vida), en que se analiza la confrontación teórica entre el santo y el héroe, tal como se vivió en los inicios del cristianismo, una segunda parte ofrece una muestra de «héroes griegos y romanos», una tercera analiza el tránsito del héroe al santo y la cuarta parte habla de «santos, santas, santidad». Un estudio sobre la *Vida de Santa Marina* de San Gregorio de Nisa (c. 330-395) ofrece máximo interés, ya que se trata de la primera biografía de santa en la iglesia y de la integración de los ideales paganos en la nueva figura de excelencia. «Es la primera biografía cristiana consagrada a una mujer; es la obra de un hermano que cuenta la existencia de su hermana; es un manifiesto del monaquismo femenino; es una biografía cristiana, que ha sabido integrar de una manera particularmente original la aportación cultural de la tradición clásica» (138).

El capítulo dedicado a Pelagio («Excelencia cristiana y valores aristocráticos: la moral de Pelagio en su contexto eclesial y cultural») ofrece peculiar interés. Hombre brillante y culto, decidido a mostrar la fecundidad moral de los ideales cristianos, lleva al extremo la voluntad de perfección y de autoconstrucción en el orden de la vida moral. Pero el pelagianismo era, a la vez que una exageración teológica, el síntoma de un hecho social y eclesial. En la lucha entre San Agustín y Pelagio en torno a la gracia y al libre albedrío lo que estaba en juego era la manera concreta de realizar la plenitud de lo humano. Dios, ¿quiere hombres humillados y meros receptores del don o espera sujetos aptos para recibir, capaces de corresponder y deseosos de equipararse al donador?

La pretensión de Pelagio es mostrar la excelencia cristiana, al suscitar hombres creadores dignos del Dios que nos ha creado a su imagen y semejanza, como criaturas inteligentes, libres y llamadas a realizar un pro-

yecto creador en el mundo. La libertad no tiene que ser vista como alternativa a la gracia, sino como suscitada por ella, para corresponder a ella y medirse con ella. Esto no es insolencia pecadora, sino autoconciencia agradecida. Pelagio apareció a aquella generación «como el portavoz de una sed de excelencia extendida por toda la Iglesia y la sociedad de su tiempo» (139). Ésa fue su grandeza y esos sus límites; grandeza porque afirmó que gracia y libertad son potencias radicadas en el mismo suelo (el amor creador de Dios) y conjugables por el mismo hombre. Pero muchas veces la excelencia que se reclama para la Iglesia no es sino la forma concreta de excelencia que un mundo y una cultura, no convertidos, reclaman y viven. Ciertas formas de ascetismo monástico muestran sólo la benignidad y entrañas amorosas de Dios, reflejadas en Cristo, sino a veces también la altivez endurecida de un proyecto de hombre, en el que el sabio desprecia a la plebe, el santo rehúye la multitud y Dios es situado, sobre todo, como juez y condenador de los pecados de los hombres.

Continuidad y rupturas

Las figuras del héroe son múltiples y múltiples las figuras del santo. Entre unas y otras Occidente ha ofrecido una panoplia de ideales, de virtudes y de esperanzas. El héroe en clave de humanidad puede ser el político, el filósofo, el profesional, el ciudadano. El héroe en clave de fe ha encontrado sucesivamente sus encarnaciones en el mártir, el asceta, la virgen, el obispo, el santo sin más. Entre las conformaciones históricas del heroísmo en la cultura en la que nace el cristianismo y la realización perfecta del evangelio ha habido choques y rupturas: no toda forma perfecta del clasicismo era válida para la trasmisión de la doctrina del evangelio, ni cada forma de vida apta para expresar la adhesión a Cristo. Es verdad que a veces las vírgenes o diaconisas cristianas reflejan el rostro de las pithias, que los monjes se asemejan a los filósofos estoicos o cínicos, que los obispos dejan percibir el eco de los retores y trasponen al corazón de la Iglesia la figura de los pretorios o cónsules, que la figura de los santos cristianos tienen rasgos de los «hombres divinos = θεοι άνθρωποι» y que en el culto popular a los santos se deja sentir el rumor de lo que eran los «patrones» de las ciudades en este mundo, hasta el punto de convertirse así en maestros de doctrina, en ejemplos de virtud y en intercesores ante Dios.

Y, sin embargo, las rupturas no fueron menos profundas. La retórica, tal como era practicada, no fue considerada apta para proponer el evangelio; el desprecio a la muerte de los estoicos no fue el que tuvieron los cristianos ante el martirio; la filología no era para éstos mero amor de las palabras sino amor de la verdad. Por primera vez encontramos en Tertuliano, al final de su *Apologético*, la confrontación del héroe griego y del santo cristiano. Algo nuevo había aparecido en el mundo, que era más y menos que una sabiduría, un heroísmo, una elocuencia, una práctica de la virtud. Aquiles, Eneas, Edipo, Aristides, Alcestes, Héctor, Sócrates, Hércules son nombres admirados y a la vez evitados en el cristianismo. La continuidad sólo fue subrayada en un momento segundo; la discontinuidad, novedad, extrañeza y escandalosidad en el momento primero. Pablo, Tertuliano, Agustín, Lutero, Kierkegaard, Barth, Balthasar serán los testigos perennes en la Iglesia de la novedad y heterogeneidad cristiana respecto de todas las creaciones humanas, ya que el evangelio es la locura de Dios encarnado, reconciliando al mundo en la cruz de Cristo, una sabiduría que es poder y salvación para los que creen, pero escándalo pa-



ALVARO SÁNCHEZ

ra los sabios atendidos sólo a este mundo de la apariencia. San Juan, San Justino, Santo Tomás, Erasmo, San Juan de la Cruz, Hegel, Newmann, Rahner, Pannenberg son los testigos perennes de la unidad del Dios creador y del Dios redentor, de la continuidad entre las distintas fases de la historia, de la consumación que la fe hace posible a toda la humanidad, el evangelio a toda sabiduría y la santidad a todo heroísmo.

La virtud heroica signo de santidad

La suma de ambos aspectos ha tenido lugar cuando San Alberto y Santo Tomás convierten en base de su reflexión dos textos clásicos de Aristóteles sobre la «magnanimidad» (*An post B 97 b*) y sobre la «virtud heroica y divina» (*Ética a Nicómaco VII, 1*), quien a su vez reasume el verso de la *Ilíada* 24, 248, que describe a Héctor como extraordinariamente bueno y que no parecía hijo de un mortal sino de un dios. De nuevo aparece el hombre situado en los bordes de la realización divina y de la reversión animal. Santo Tomás utiliza el concepto de virtud heroica a la que considera fruto del empeño humano pero sobre todo don de Dios. «En nuestra opinión pertenece a los dones del Espíritu Santo» (*Summa 2-2 q 159 a 2 ad 1*).

Esta noción de «virtud heroica» jugó un papel clave en la Iglesia como criterio para la beatificación y canonización de los santos. Un santo es quien vive las virtudes teologales y cardinales en grado heroico. En nuestro siglo el Código de Derecho Canónico (1917) establecía así los criterios para verificar los dos modos de excelencia cristiana: la santidad y el martirio: «Debe discutirse: si consta de las virtudes teologales (fe, esperanza y caridad) para con Dios y para con el prójimo; y

de las cardinales (prudencia, justicia, templanza, fortaleza) y de sus anejas, «en grado heroico». En las causas de los mártires: si consta del martirio y de su causa y de las señales o milagros en el caso y para el efecto del que se trata» (Canon 2104).

El cristiano no es un nuevo hombre sino un hombre nuevo a partir de la resurrección de Cristo y del don de su Espíritu. Zubiriana diríamos que su realidad es la misma de todos los hombres, pero su ser, la reversión de su yo, es distinta. El cristianismo, tras largo forcejeo, determinado por la real emulación de todo lo clásico y por el amor fiel al propio tesoro, ha asimilado los ideales y las figuras del heroísmo clásico: la apatheia, philanthropía, philostorgia, makrothymia, dikaiosune, philosenía, eustatheia, eusebeia, la humanitas, benignitas, clementia y pietas con otros tantos términos y formas de vida. Esa magnanimidad la ha querido sumar con otras posibilidades de lo humano, descubiertas desde el destino de Cristo, la experiencia del Espíritu Santo y la vida en la Iglesia: el amor, la misericordia, la humildad, la paciencia, la esperanza, la distensión hasta la vida eterna, el servicio, la confianza y desistimiento en manos del creador y el amor al prójimo hasta dar la vida por él (Cfr. H. A. Gauthier, *Magnanimité. L'idéal de la grandeur dans la philosophie païenne et dans la théologie chrétienne*, París, 1951).

El ideal, criterio y modelo de la excelencia en el cristianismo están dados en estas dos afirmaciones de Cristo: «Sed perfectos —misericordiosos— como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mat 5, 48; Luc 6, 36); «Amaos los unos a los otros como yo os he amado» (Jn 13, 34). «Perfección», «misericordia» y «amor» son los tres pilares sobre los que el cristianismo funda su proyecto de humanidad.

Héroes y santos en la posmodernidad

Nuestra historia occidental ha conocido tres grandes experiencias, ejemplares y decisivas: helenismo, cristianismo, modernidad. Cada una de ellas ha tenido sus héroes y sus santos, que han dado cauce a esa suprema nostalgia del hombre: la perfección del hacer y la excelencia del vivir, la santidad del ser y la santificación de la persona, que llega así más allá de sí misma en un proceso constituido por un vivir y de un desvivirse. Si la posmodernidad es un hecho y su actitud de fondo tiene unos ideales de humanidad: ¿cuáles son las formas de heroísmo y de santidad que rechaza y cuáles las formas que necesita y anhela? Mientras haya hombres, habrá héroes y santos. Decir que no estamos en tiempos de héroes es capitular de humanidad. Repetir que no es tiempo propicio para santos es derogar la verdad del cristianismo. Este libro, al revivir el tránsito de una forma de excelencia (heroísmo) a otra forma de excelencia (santidad), puede abrir senderos teóricos y caminos prácticos para encontrar hoy una realización, verdadera e innovadora del hombre, en su tiempo y lugar propios. □

RESUMEN

El teólogo Olegario González de Cardedal escribe acerca de un libro colectivo —las actas de un congreso en el que se trató de la transición del paganismo al cristianismo— que plantea dos cuestiones primordiales de la exis-

tencia: la verdad del hombre y la realización del ideal de excelencia que aquél lleva inserto en su dinamismo originario. Lo que da lugar a dos respuestas paradigmáticas: el heroísmo pagano y la santidad cristiana.

G. Freyburger y L. Pernot (eds.)

Du héros païen au saint chrétien. Actes du Colloque organisé par le Centre d'Analyse des Rhétoriques Religieuses de l'Antiquité (1995)

Institut d'Études Augustiniennes, París, 1997. 227 páginas. 164 francos. ISBN: 2-85121-159-5.

Nuevas perspectivas sobre la guerra fría

Por Javier Tusell

Javier Tusell (Barcelona, 1945) es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Ha publicado más de cincuenta libros sobre la historia política española del siglo XX obteniendo, entre otros, los Premios Nacionales de Literatura (en sus modalidades de Ensayo y de Historia), el Premio Espejo de España y el Premio Mundo.

A lo largo de decenas de años, desde el final de la segunda guerra mundial hasta 1989, la Humanidad ha vivido una perpetua tensión entre dos grandes superpotencias cuyos arsenales nucleares tenían la capacidad suficiente como para destruir varias veces el conjunto de los seres humanos sobre la tierra. Este período —en el que la confrontación no fue nunca total y absoluta pero que conllevó la muerte de decenas de millones de personas en conflictos menores— duró diez veces más que la primera guerra mundial y siete veces más que la segunda. En este plazo de tiempo los historiadores han tenido que ofrecer una panorámica acerca de esos acontecimientos en la que, de manera inevitable, faltaba un factor de conocimiento imprescindible. Aunque los grandes rasgos de la etapa estuvieran más o menos claros es obvio que sólo se veía lo que sucedía en el mundo con un ojo, es decir con la información proporcionada por las fuentes de los países democráticos. Hasta 1989 en cambio la otra posibilidad, es decir llegar a conocer lo sucedido a través de las fuentes de los países comunistas, permanecía en el limbo de lo imposible.

Desde 1989 la situación ha cambiado de forma sustancial: hoy ya es posible conocer el otro punto de vista gracias a las numerosas monografías que han venido publicándose sobre aspectos concretos de ese enfrentamiento tan duradero. No tendría sentido hacer, en una publicación como aquella en la que se imprimen estas reflexiones, una exhaustiva enumeración de la nueva información a la que hemos llegado como consecuencia de esas aportaciones. En cambio reviste interés general hacer un balance, resumiendo aportaciones parciales, a partir de la publicación de un libro de conjunto como el de Gaddis en que se ofrece una perspectiva de carácter general, al menos hasta 1962, que es el período que resulta ya mejor conocido. John Lewis Gaddis ha sido uno de los grandes historiadores de esa confrontación mundial. Profesor durante muchos años en la Universidad de Ohio, ha pasado recientemente a la de Yale. Su libro *Strategies of containment* puede considerarse como todo un clásico y ha escrito también, además, un elevado número de monografías sobre aspectos parciales de la confrontación mundial. Ahora, en *We now know*, se impone la tarea a menudo ingrata de sustituir muchos de sus anteriores juicios por otros que le impone el descubrimiento de esas nuevas fuentes.

La primera constatación que deriva de la lectura del libro reside en la inevitabilidad de la guerra fría. Stalin dijo a uno de sus colaboradores que un punto en el que la segun-

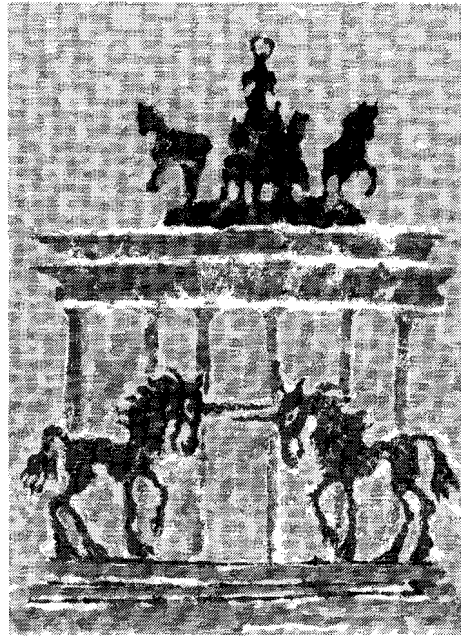
da guerra mundial suponía un cambio decisivo con respecto a las precedentes era que, tras ella, cada uno de los vencedores impuso su propio sistema social y político. Esta afirmación resulta por completo cierta pero no tiene en cuenta el muy diferente modo en que se produjo esta identificación. Los soviéticos impusieron su propio sistema y lo hicieron a partir del empleo de una brutalidad semejante a la que ellos mismos habían padecido en sus propias carnes durante la ocupación nazi: se ha calculado que dos millones de mujeres alemanas fueron violadas por los vencedores. Su imperio suponía también la existencia de una explotación económica del vencido de manera que también se ha podido llegar a la conclusión de que en el cobro de las reparaciones por la guerra la URSS extrajo de la Alemania del Este, aproximadamente lo mismo que los Estados Unidos facilitaron a la occidental a través del Plan Marshall. Stalin sentía una lógica necesidad de seguridad en las nuevas fronteras europeas pero lo que, aun así, resulta injustificable es que se comportara de ese modo cuando, además, los occidentales estaban dispuestos a concederle una especie de glacis de protección formado por países cuya política exterior fuera mediatizada por la URSS. Pero fueron las propias características del estalinismo las que impusieron este tipo de dominio en la Europa del Este. También la esencia misma del régimen trajo como consecuencia que existieran unas ambiciones de expansión ilimitadas, aunque sujetas a un calendario muy flexible.

Marxista de margarina

En cierta manera puede decirse que hubo mayor novedad en la división del mundo tal como se produjo en Asia. Stalin mantuvo respecto a Mao una política en que se mezclaba una cierta displicencia por quien le parecía un "marxista de margarina", revolucionario rural que contrastaba con las tesis tradicionales del marxismo-leninismo, y quien, al mismo tiempo, parecía demostrar que, de nuevo, era posible la reapertura de procesos revolucionarios, incluso especializándose en ellos de cara al Tercer Mundo. Mao, por su parte, necesitó en un primer momento de la URSS de modo perentorio por razones fáciles de comprender: temía un ataque norteamericano en cualquier momento. Pero nunca se fió de Stalin ni de los soviéticos en general. Tenía razón en su juicio, pues este libro descubre, por ejemplo, que los soviéticos pensaron seriamente en bombardear las instalaciones nucleares chinas —con colaboración norteamericana!— al comienzo de los sesenta.

El origen de la guerra de Corea ha sido una incógnita durante mucho tiempo hasta el punto de que se ha llegado a culpar a los propios Estados Unidos por no dejar suficientemente claro que el Sur de esta península entraba dentro de su perímetro de intereses estratégicos. Tras la lectura de este libro se llega a la conclusión de que la iniciativa de la agresión partió de los norecoreanos, pero fue aceptada por Stalin, dispuesto a mantener una tensión con los Estados Unidos siempre que no le comprometiera de forma directa.

fría» y cómo, tal como ocurre en el libro de John Lewis Gaddis que comenta, puede tenerse ya una visión global de la misma; algo que ha posibilitado la apertura de los archivos soviéticos.



JUSTO BARBOZA

Mao no intervino en absoluto en la decisión entre otros motivos porque estaba planeando la invasión de Taiwan. Luego, cuando los norteamericanos iniciaron su ofensiva, se decidió a hacerlo, pero sólo cuando los soviéticos le prometieron ayuda material. En última instancia fueron ellos los perdedores en este conflicto no sólo porque el Ejército chino testimonió toda su potencialidad que le permitiría mantener una política autónoma, sino también porque los Estados Unidos acabaron triplicando su presupuesto de defensa.

La guerra fría no llega a entenderse sin tener en cuenta dos escenarios más y una nueva arma. Alemania fue, para Stalin, desde una fecha muy temprana un motivo de preocupación y una seguridad de conflicto con sus aliados de otro tiempo. Sin embargo lo que parece deducirse del libro de Gaddis es que, promoviendo políticas contradictorias pero llenas de iniciativas, nunca los dirigentes soviéticos tuvieron una idea clara de qué querían conseguir que fuera aceptable para el adversario. Como en el caso de Corea, parte de las iniciativas que tomaron fue consecuencia de la actitud de sus colaboradores: fue Ulbricht y no Kruschef el que tuvo la temprana idea de construir el muro de Berlín. El segundo escenario fue el Tercer Mundo hacia donde se trasladó la conflictividad por motivos que explica con brillantez Gaddis: en realidad ese desplazamiento derivó de una especie de fenómeno hidráulico que hacía aparecer las tensiones allí donde no habían sido contenidas, como en el caso del Viejo Continente. Lo que llama la atención de esta nueva visión de la Historia de las relaciones internacionales de la posguerra es la abundancia de ocasiones perdidas por parte de los soviéticos. Sólo Ho Chi Minh fue marxista leninista mientras que la revolución cubana les llegó como una sorpresa absolutamente inesperada. Pero la guerra fría presenció también la aparición de una nueva arma que, en comparación con todas las anteriores, tuvo la virtualidad de, por lo devastadora que era, resultar muy poco utilizable. De esa manera por vez primera en la Historia humana un arma innovadora facilitaba el camino hacia la paz. Gaddis informa del papel de primera importancia que tuvo el espionaje soviético no sólo en lo que respecta a facilitar los avances en la tecnología nuclear propia, sino también en relación con el juicio acerca de la capacidad de ataque norteamericana. En realidad hasta comienzos de los años sesenta no existió una posibilidad efectiva por parte de los norteamericanos de causar daños tales al adversario que resultaran verdaderamente disuasorios: en los cincuenta las bombas atómicas norteamericanas no hubieran causado más destrucción en la Unión So-

viética que la invasión alemana de 1941. Eso Stalin lo supo y explica que corriera algunos riesgos en la confrontación con el adversario.

Por su parte los norteamericanos padecieron pesadillas que con el paso del tiempo se demostrarían injustificadas. En realidad tenían una ventaja nuclear considerable —de 17 a 1— pero el desarrollo temprano de los misiles por parte de la URSS les hizo pensar que eran más vulnerables de lo que respondía a la realidad. Todas esas pesadillas se explican en gran medida debido a que quien era objetivamente más débil —la URSS de la época de Kruschef— practicó una política de «bluff» muy consciente y persistente. El arma nuclear tuvo un efecto teatral, psicológico, y esta afirmación resulta especialmente cierta de cara al gran momento de la guerra fría tras el cual nada fue igual porque las dos grandes potencias tomaron las medidas para evitar que se reprodujera una tensión tan grave.

La crisis de los misiles

Me refiero a la crisis de los misiles instalados por la URSS en Cuba (1962), momento éste sobre el que el libro de Gaddis proporciona una información abundante y muy novedosa. Señala, por ejemplo, que Kruschef se sabía inferior y que eso mismo y el temor por la revolución cubana (los proyectos de la CIA por eliminar a Castro duraron bastante tiempo tras el fracasado desembarco en la Bahía de Cochinos) le llevó a tomar una decisión muy arriesgada para la que no imaginó una posible salida en el caso de que se produjera conflictividad con el adversario, como sucedió realmente. El peligro para los Estados Unidos fue mayor del que ellos mismos imaginaron en aquellas fechas porque la capacidad de los soviéticos de alcanzar los Estados Unidos se multiplicó entre dos y tres veces. Al mismo tiempo el cálculo de las fuerzas soviéticas instaladas en Cuba estuvo muy por debajo de la realidad. Aunque los norteamericanos sintieron el desarrollo de la crisis como un éxito, en realidad no lo fue, sino que se llegó a un pacto secreto final en que ambas partes cedieron. Otra novedad se refiere a los peligros graves que se corrieron de que se produjera un accidente que tuviera como consecuencia el estallido de la guerra nuclear. De cualquier modo a partir de este momento las dos superpotencias empezaron a imaginar un procedimiento para evitar momentos de tan grave confrontación. Nació así una larga paz aunque nunca tuviera la posibilidad de convertirse en permanente.

De las conclusiones del libro de Gaddis hay que destacar principalmente tres. En primer lugar, la que se refiere a la superioridad de las democracias en materia de estabilidad de las coaliciones, pese a aparentes divergencias. En cambio, en el bando opuesto la diversificación de posturas fue muy superior a lo que se podía haber pensado en un principio. Pero lo que más llama la atención en la historia de todos estos años es la diferencia, a menudo abismal, entre la realidad y la percepción que de ella tenían los contendientes. Hoy sabemos que las cosas fueron bastante distintas a como se percibieron en su momento. No sólo ha caído un muro de cemento político sino también de ignorancia. □

En el próximo número

Artículos de Domingo García-Sabell, Eduardo Haro Tecglen, José María Martínez Cachero, Simón Marchán Fiz, Juan José Toharia, Juan Ortín y Ramón Pascual.

RESUMEN

Javier Tusell recuerda cómo desde la caída del Muro de Berlín en 1989 los historiadores están ya en condiciones para analizar desde nuevas perspectivas lo que durante cuarenta años fue llamada «guerra

John Lewis Gaddis

We now know. Rethinking Cold War History

Oxford University Press, Oxford, 1997. 436 páginas. 25 libras. ISBN: 0-19-878070-2

Un libro necesario

Por Domingo García-Sabell

Domingo García-Sabell (Santiago de Compostela, 1908) es doctor en Medicina, académico de número y presidente de la Real Academia Gallega. Es autor, entre otras obras, de *Notas para una antropología del hombre gallego*, *Tres síntomas de Europa* y *Testimonio personal*.

Se trata de *La juventud de Marañón*, de Francisco Pérez Gutiérrez. La meta de la obra consiste en indagar con detalle y con rigor documental en el fenómeno humano que se llamó Gregorio Marañón o, por antonomasia, «el Dr. Marañón». Realidad concreta sumamente difícil de abarcar en su amplitud creadora y en su repercusión universal dentro del ámbito de la cultura entendida en su más amplia significación. No olvidemos que las Obras Completas del archifamoso clínico ocupan nada menos que nueve densos volúmenes. En el primero de ellos figura un extenso prólogo debido a la pluma de Laín Entralgo, como siempre rebosante de precisiones y de sugestivas ideas. Pero el libro de Pérez Gutiérrez completa y aclara muchos de los puntos esbozados por el profesor Laín. De ahí que yo haya calificado este nuevo esfuerzo indagatorio como necesario. Don José Ortega y Gasset solía decir que una de las obras de caridad más estimables sería la de evitar la publicación de libros gratuitos, insolventes y, en consecuencia, arbitrarios. Dicho de otra manera: libros superfluos, de los que infelizmente andan sobresaturados los mercados.

Marañón como problema humano

Hay personas que desde los comienzos de su trato intelectual nos deslumbran, quiero decir que fatalmente caemos en su órbita y, ya por siempre, estamos sujetos a circular en órbita ajena. De esta clase era Gregorio Marañón. Y sin embargo, en su raíz y comienzos, pocos eran los esperados frutos de aquel espíritu. Tímido, enormemente retraído, silencioso, sin vocación claramente definida, un tanto tartamudo, y volcado a la reflexión íntima, a la entrega discreta, pero absorbente, del imperio de la emoción. ¿Qué podía salir de aquí?



TINO GATAGÁN

Nada anunciaba, por tanto, lo que habría de venir andando el tiempo: la frondosidad escrituraria, la ubicua presencia en medios no sólo científicos sino, además, de creación de belleza de todo orden, la dedicación política, noble, de formato idealista, sabiendo y practicando el arte de atrapar por los pelos cualquier ocasión, por mínima que pareciera, para extraerle el jugo positivo de posible progreso, de aprovechamiento y sazón de fecundo futuro.

Para explicarse esa especie de aparente desequilibrio entre las propias y específicas facultades y los brillantes resultados que ellas rindieron, es menester analizar todos y cada uno de los detalles de esa desconcertante vida, al menos en sus comienzos. El autor del libro ahora reseñado tuvo acceso a muchos trabajos hoy perdidos en hojas sin mayor importancia y, por descontado, a papeles íntimos, sobre todo cartas del famoso médico.

El resultado bien está a la vista para el que se tome la obligación de leer las densas páginas de *La juventud de Marañón*. Lectura, por otra parte, sumamente apasionante en la que es posible seguir en su total recorrido y con nitidez los meandros de la existencia marañoniana.

En esta ilustre vida hay lo que Pérez Gutiérrez llama «una constelación de circunstancias biográficas» realmente excepcionales y sin las cuales no es posible enfocar el enig-

ma contradictorio de don Gregorio. «Sin la juventud de Marañón, no cabe explicar a Marañón», escribe nuestro autor.

Ahí es nada. La nutrida biblioteca del padre, don Manuel Marañón Gómez-Acebo, abogado relevante que con don León Medina —recordemos el «Medina y Marañón» de consulta frecuente en aquellos años— compuso esa obra jurídica y, al tiempo, supo tratar a destacados literatos de la época.

En plena infancia el niño Gregorio conoció en Santander a tres figuras sobresalientes de la cultura española: Menéndez Pelayo, Galdós y Pereda. Estos personajes inculcaron en el infante retraído y entregado a la lectura, el respeto y, aun más, la fe inmovible en la razón.

Hay seres que con su sola presencia ya aleccionan. Y lo hacen desde una exigencia moral indiscutible. Aquellas tres criaturas enseñaban con su simple trato, a un mozallete que convive, que directamente se relaciona con varones ejemplares ya cumplidos. No echemos en saco roto que constituían un trío de muy dispares maneras de pensar y, por ende, de muy dispares y hasta opuestas conductas, e incluso opuestas producciones. Y, sin embargo, no sólo se toleraban sino que se entendían muy bien, esto es, con máxima comodidad amistosa. «Se entendían tan bien, que no necesitaban estar de acuerdo», escribe muy inteligentemente Pérez Gutiérrez. Esta práctica de la tolerancia en el vivir cotidiano es el germen, la semilla que súbitamente se abrirá paso en el alma del adolescente meditando e introvertido. Estriba, en última instancia, en admitir toda la realidad, la que sea, nos guste o no nos guste, como «razonable», es decir, como virtualmente justificada. El antiliberal amputa lo real y lo deja inválido, paralítico, sin aliento.

Sin embargo, lo real está pidiendo a gritos entendimiento y, por consiguiente, disculpa, justificación. En entrar, a la postre, dentro del círculo de la comprensión. Y alejarse del círculo infernal de la infravaloración, de la esterilidad humana. Como de ciertos condenados, que vió el Dante, la mejor me-

da es no hablar de ellos, de los fanáticos, de los violentos, de los sectarios, de los que se niegan a entender. No cabe otra cosa que contemplarlos y pasar de largo: «Non ragionam di lor, ma guarda e passa».

La fe en la razón, como eje común de los amigos ilustres y, en consecuencia, con él de la mano, la liberalidad, en suma, el liberalismo. Ese liberalismo que yo veo simbolizado, y con enérgico potencial de futuro, en el hecho de que el niño Gregorio acuda en Santander y en su instituto a someterse al examen de ingreso. En esa ocasión —recordamos siempre conmovidos nuestra propia infancia— va de la mano de su padre y de la de don Marcelino Menéndez Pelayo.

No es que esa coyuntura facilitase el expediente probatorio, la capacidad, la preparación del posible alumno. No. Más bien lo que ocurre es otra cosa. Esa otra cosa se llama confianza en la línea marcada, entrega a algo que se adivina valioso. ¿Por qué? Pues sencillamente porque allí están presentes como garantía indudable e indiscutible la protección del progenitor y el asentimiento de una cabeza excepcional.

Y no olvidemos que nos encontramos en el último decenio del siglo XIX. Eran por consiguientes años de penuria de auténticos maestros. A don Gregorio le cupo la suerte de educarse, como atinadamente subraya Pérez Gutiérrez, «por identificación». Esa especie de proceso asimilador y también imitador, esa mimesis, a todos los mozos de entonces, y aun de después, de mucho después, les faltó. Creo que no se ha estudiado a fondo la orfandad juvenil en «la aurora de la vida», señalada muy certeramente por Unamuno. Por eso topamos con la felicidad existencial que debió experimentar aquel niño cuando pisó por primera vez los umbrales del centro docente santanderino. Y eso explica, a su vez, el salto cualitativo de su futuro oficio intelectual. Un salto de cantidad increíble y simultáneamente de alta y ubicua calidad. Al imitar, al remedar, se crea.

¿Qué gestos, qué ademanes adoptó el adolescente en tan grata y constante compañía? Probablemente —yo lo creo fuera de toda discusión— el de sus involuntarios preceptores, muy en primer término, como era de esperar, el de su padre. Los otros no harían sino confirmar, apoyar y justificar al primer e ineludible modelo. Y ello no es poco.

El camino hacia la Endocrinología

Si había en Marañón una absoluta primacía de la emoción, esa incógnita caracterológica va a tomar forma tangible, por decirlo así, va a formar cuerpo más adelante cuando la dedicación investigadora se sedimenta en los laberintos positivos de la Endocrinología en la cual él desempeñó un papel decisivo. A Marañón podríamos imaginarlo metido en los berenjenales de la

En este número

Artículos de			
<i>Domingo García-Sabell</i>	1-2	<i>José Juan Toharia</i>	8-9
<i>Eduardo Haro Tecglen</i>	3	<i>Juan Ortín</i>	10-11
<i>J. M. Martínez Cachero</i>	4-5	<i>Ramón Pascual</i>	12
<i>Simón Marchán Fiz</i>	6-7		

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



Un libro necesario

Psiquiatría, frente a la cual siempre mostró una cierta e inconfundible reticencia. Los argumentos que resucita Pérez Gutiérrez claramente lo demuestran. Y aquí damos con una página del libro *La juventud de Marañón* de extraordinaria lucidez. Debo citarla textualmente. Dice así: «... "dada su forma de proceder intelectual [se refiere al juicio de valor que Bergson atribuyó a nuestro Cajal] no pasa aquí de un enunciado" [las comillas altas son mías] apoyado en las observaciones de Bergson». Efectivamente, lo que en tal sazón formula el famoso doctor queda reducido a un sencillo esquema. Como si dijéramos, a una ilusión.

Y dando por bueno que ésa era la tónica marañoniana, es decir, el apunte, el esbozo, dos cosas saltan inmediatamente ante nuestros ojos, a saber, ¿qué era, a qué obedecía esa contención discursiva? Y además, ¿por qué nos dejan siempre los textos del gran escritor un tanto en la estacada, esto es, en la incertidumbre axiológica? He aquí dos preguntas básicas, esenciales. Si somos

capaces de darles cumplida respuesta, si lo conseguimos, habremos descubierto, habremos inventado —en el sentido etimológico del verbo inventar, o sea, descubrir— el definitivo secreto de nuestro admirable y ejemplar escritor.

La defensa de Menéndez Pelayo

Es sabido y archisabido que don Marcelino fue el autor de un libro desafortunado, *La ciencia española*. En él acometía el vasto erudito la imposible tarea de demostrar que históricamente había existido una auténtica ciencia española. Ortega inmediatamente salió al paso de tal empresa afirmando drásticamente que si antes ya estábamos convencidos de que no había existido verdadera investigación positiva en España, ahora, después del libro del santanderino, quedábamos más convencidos todavía. Pues bien, y ante el asombro de casi todos los representantes de la cultura en aquellos tiempos, Marañón llevó a cabo la defensa del impopular alegato erudito: «Pero es tal mi respeto a la dignidad ajena; me inspira tanta repugnancia todo lo que tiende a zaherir, a mortificar, a atribular a un alma humana» escribe, y accede a la conclusión «incondicional», según Pérez Gutiérrez: «este claro varón, transigente y clarividente, es mi Menéndez Pelayo».

Estamos, nos encontramos y topamos con la indeleble huella de algunos factores humanos que fueron estampados en el espíritu receptivo del adolescente Marañón por un sabio auténtico —eso nadie puede negarlo— no dado precisamente a la apertura especulativa.

En este aspecto de la cuestión reconoce con meritoria probidad el autor de la obra ahora analizada que Marañón «se extravió, y se equivocó en definitiva, a propósito de un tema recurrente en nuestra historia, como lo es el del atraso y la penuria de nuestra cultura científica». Y el biógrafo suspende discretamente aquí sus más que asumibles reservas.

Añadamos para ser honestos que el autor echa mano de muchos y muy diversos argumentos tomados de determinados escritos, siempre bajo el signo de la abundancia, del eximio patólogo y brillante escritor.

Este libro, tan rico de noticias y tan sugestivo de sugerencias de toda índole, enriquece en grado sumo al lector. Los rasgos que a mi entender lo definen son, por una parte, el crear claridad en torno a una ilustre figura de nuestra realidad científica y cultural. Y por otro costado, el realzar el bulto humano de quien no solamente constituyó un modelo de honestidad intelectual, sino que, por si eso fuese poco, se nos ofreció a los que veníamos detrás como ejemplo de conducta liberal. Eso que hoy, en nuestra época, tanto escasea en España y fuera de España.

Así, pues, he aquí bien presente el resultado de una educación excepcional y situada más allá de las circunstancias comunes. Pensemos en la juventud actual. Este libro de Pérez Gutiérrez es sobremanera indispensable. ¿Por qué? Porque puede ser el eficaz antídoto de esa ausencia en el trato diario con seres extraordinarios. Seres que pueden iluminar los posibles recorridos de cualquier existencia que no dispone de otros apoyos vitales. La mocedad actual anda huérfana de semejantes modelos. No es que falten, ni mucho menos. Es que no son fácilmente accesibles. La vida de nuestros días está atiborrada de luchas ineluctables en nombre de metas poco o nada valiosas: el triunfo social, el afán por ganar dinero a espaldas, la vanidad insuperable, el exhibicionismo descocado. En definitiva, lo que suele llamarse la lucha por la vida. Esa vida que se ha convertido en una guerra cruel e inmoral en la que todo cabe: la zancadilla, la traición. Y en la que se ha desvanecido todo freno, todo impedimento moral. La vida de nuestro tiempo se caracteriza, según yo pienso, por la ausencia de límites, por la desaparición de toda clase de frenos éticos. Por

eso recomiendo vivamente la lectura demostrada de *La juventud de Marañón*. Su autor ya nos tenía acostumbrados a admirar alguna de sus obras, por ejemplo, el valioso *Renán de España*, pero ahora en las apretadas páginas de esta su última producción, nos tonifica a todos, a los que infelizmente ya nos encontramos lejos, muy lejos de la adolescencia y a los que están en el trance conmovedor y sutil de desembocar en ella.

Claro está que aun sin esos pilares raros en los que se cimentó la curiosidad intelectual de don Gregorio Marañón todo hubiera seguido la ruta a la que estaba predestinado. El eximio médico no quedaría frustrado. Esto es evidente. En él yacía cierta y determinada facilidad, digámoslo de una vez, un considerable talento, que le enderezaría a crear y a crear con soberbia, copiosa superabundancia. Era «lo natural» de su espíritu. Su innata disposición de meditador y de escriba excepcional. Decía Lutero —si no recuerdo mal— que la criatura humana ha nacido para trabajar, como el pájaro para volar. Así cumplió sus designios, sus fervorosos y austeros designios, Gregorio Marañón. Y eso explica su fabulosa capacidad de trabajo. Su hipertrofia textual y de conferenciante. Todo en él semejaba fácil, y de ahí la fluidez de su estilo, la claridad de sus propósitos y la decisión de sus enfrentamientos con los problemas.

Otra enseñanza, y no la menor, de una vida gloriosamente ejemplar. *La juventud de Marañón*, de Francisco Pérez Gutiérrez, nos entrega con generosidad intelectual el espejo de don Gregorio y, con él, la posibilidad de mirarnos cara a cara nosotros mismos.

A los jóvenes y a los viejos. □

Qué es

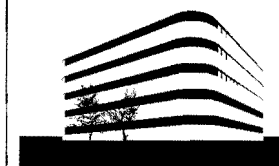


Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».



Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91-435 42 40. Fax: 91-576 34 20
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

RESUMEN

Domingo García-Sabell se adentra por la juventud de Gregorio Marañón, de la mano de Francisco Pérez Gutiérrez que ha indagado en ese período y al que ha dedicado el libro que comenta, deteniéndose ambos, autor y comentarista, en los meandros de la existencia

marañoniana y cómo una constelación de circunstancias biográficas excepcionales ayudan a comprender «el enigma contradictorio» del ilustre humanista. Sin la juventud de Marañón no cabe explicar al doctor Marañón, piensa el autor del libro.

Francisco Pérez Gutiérrez

La juventud de Marañón

Trotta, Madrid, 1997. 568 páginas. 4.000 pesetas. ISBN: 84-81641987.

SUMARIO

	Págs.
«Un libro necesario», por Domingo García-Sabell, sobre <i>La juventud de Marañón</i> , de Francisco Pérez Gutiérrez	1-2
«El crimen de Enrique Reyes», por Eduardo Haro Tecglen, sobre <i>Delmira</i> , de Omar Prego Gadea	3
«27 narradores de la generación del 27», por José María Martínez Cachero, sobre <i>Proceder a sabiendas. Antología de la narrativa de vanguardia española</i> , de Domingo Ródenas de Moya (ed.)	4-5
«Los latidos de una época a través del arte», por Simón Marchán Fiz, sobre <i>Realismo mágico. Post expresionismo</i> , de Franz Roh	6-7
«Guardianes de promesas», por José Juan Toharia, sobre <i>Juez y democracia</i> , de Antoine Garapon	8-9
«Un paseo con Darwin por el mundo viviente», por Juan Ortín, sobre <i>This is Biology. The Science of the Living World</i> , de Ernst Mayr	10-11
«Un genio de la física», por Ramón Pascual, sobre <i>Seis piezas fáciles</i> , de Richard P. Feynman	12

El crimen de Enrique Reyes

Por Eduardo Haro Tecglen

Eduardo Haro Tecglen (Pozuelo de Alarcón, Madrid, 1924) es periodista, habiendo sido director de diarios y semanarios y autor de varios libros de ensayo sobre cuestiones políticas y culturales contemporáneas. Es crítico teatral y miembro del equipo editorial de «El País».

No sé cómo era Enrique Job Reyes. No encuentro aquí sus fotografías: ya no existen más que aquellas en las que aparece con Delmira. La del día de la boda, con Manuel Ugarte, con Juan Zorrilla de San Martín, a los que ella había preguntado un instante antes: «¿Qué hago? ¿Me caso, no me caso?» La empujaron hacia él, la casaron. «Cáseles pronto y bien, padre; que luego no puedan descasarse», le dijo Zorrilla al cura. Patriota y católico exacerbado, era una institución en el Uruguay, después de haber escrito *La leyenda patria*. Y, sobre todo, *Tabaré*. Llegó a ser académico de la Española: por su idioma: «Cáseles pronto y bien, padre».

En todas las fotos que se conocen de Enrique Reyes hay hombres ilustres: los amigos de su novia Delmira. Él no era nadie, decían, y alguno ni recordaba, años después, haberle visto. Le imagino como dice que era su compañero de alquiler, contado años después: «morrocho, tenía el pelo algo rizado y llevaba un bigote ancho, con las puntas algo levantadas»: corresponde al arquetipo que imagino. Un hombre latino, quizá con la mezcla semítica —árabes, judíos— que dan ese carácter; y por su segundo nombre, y por su apellido. Un latino del Novecientos americano; con toda la carga de sexualidad reprimida, de sentido del honor, de miedo a la hembra. No sé cómo aguantó aquellos cinco años de noviazgo con la mujer famosa y admirada. Delmira Agustini había publicado a los quince años sus primeros poemas, a los diecisiete su primer libro: decían de ella lo peor que se podía decir en los primeros años del siglo: era una poetisa «erótica, patética, trágica». Una poeta, escribían ya los modernistas, y ahora se usa mucho así. En su casa le llamaban la Nena, y tenía siempre una muñeca y un fanal con un canario disecado: su antiguo compañero que había sido asesinado por una cocinera despedida. La Nena: más bien un nombre de quilombo, de pupila aniñada y silenciosa, de las que la patrona empuja hacia el cliente —el cabrito, dicen, en el comedor, cuando están solas— como Zorrilla de San Martín y como Ugarte empujaron a Delmira hacia el marido.

Aún el tango no se cantaba más que en los burdeles. Era el único lugar donde los hombres podían colmar su lujuria entera: no con la esposa, no. Aún sucede entre nosotros, los italianos, los españoles. Y los portugueses.

Delirios de niña

Enrique Reyes miraba a veces a su novia con espanto: pero imaginaba que sus poemas no eran más que delirios de niña. «Escribe como en trance», decían sus padres. Cuando él y la Nena se quedaban solos, en el salón de la casa, apenas vigilados por la sirvienta que les traía el té y las pastitas, él contenía la mano provocativa de ella. Una vez la rechazó cuando quería, como se decía entonces, «entregarse» a él. Otra la volvió atrás cuando, con un apresurado hato de ropita, quería que se fugaran juntos. Era un hombre honrado: el honor de la niña, ante todo. Sorbía su té, le besaba la mano, le sonreía un poco. Desde la pared de enfrente les miraba un retrato de Rubén Darío dedicado: «Alma femenina en el orgullo de su verdad».

Ella amaba a Rubén, le escribía cartas apasionadas. Pero le era más fácil amar a Manuel Ugarte, que acompañaba al genio en Uruguay. Ugarte era viril, delgado y cosmopolita y donjuanesco. «Mi nostalgia ha pintado tu perfil wagneriano sobre el velo tremendo de la ausencia»:

y el perfil wagneriano era el de Ugarte. Pálido, junto a ella, el día de la boda, la empujó hacia el cura este hombre que luego escribiría *El dolor de escribir*.

Enrique Job Reyes no se enteraba de lo que estaba pasando. El primer novio juvenil lo había sabido: y huyó a tiempo. Enrique Job no era nadie: un rematador de ganado que viajaba al campo a cumplir su oficio, y quizá alguno más: podía ser un policía secreto. Quién sabe si en el salón de los Agustini no espiaba a los grandes hombres. Pero miraba, sobre todo, a Delmira: una belleza. No era joven. Los dos tenían veintisiete años el día en que se casaron. Y el día en que murieron.

Pero un día Reyes sintió un asco profundo, un nuevo horror por la mujer. Fue cuando la madre de Delmira le llevó a solas para contarle sus secretos de alcoba: para darle las lecciones de lo que Delmira y él habían de cumplir cuando se encontraran solos en la noche de bodas: y todas las noches. Le explicó con detenimiento y con detalles todo un largo y complejo ceremonial sexual por el cual podían conciliarse sus deseos sin embarazar a la Nena. Enrique no podía concebir que una dama de la alta burguesía y del medio intelectual hiciera algo así: y que lo pidiese para su hija. Ese día debió de haber huido. Pero aún creía que Delmira era una virgen pura.

Sin embargo, Delmira Agustini era la que había escrito: «Porque emerge en tu mano bella y fuerte, como en broche de míticos diamantes, el más embriagador lis de la Muerte». ¿Qué creía él que era ese lirio, y en la mano de quién? Y ella: «Eros, yo quiero guiarte. Padre ciego... pido a tus manos todopoderosas ¡su cuerpo excelso derramado en fuego sobre mi cuerpo desmayado en rosas! La eléctrica corola que hoy despliego brinda el nectario de un jardín de Esposas; para sus buitres en mi carne entrego todo un enjambre de palomas rosas. Da a las dos sierpes de su abrazo, crueles, mi gran tallo febril... Absintio, mieles, víerme de sus venas, de su boca... ¡Así tendida, soy un surco ardiente donde puede nutrirse la simiente de otra estirpe sublimemente loca!».

Una mujer: pero entonces no había más mujeres así que las milongueras. Y nadie hablaba así más que los hombres. Los modernistas. Rubén, mucho Rubén. Y Villaespesa, del que recuerdo ahora, de pronto, al reescribir el soneto de Delmira, dos versos: «...y en fétretos de espuma / cadáveres de rosas». Enrique Job Reyes comprendía que eso era literatura. Pero nada más. La madre de Delmira le abrió los ojos. Pero aún siguió creyendo en ella.

La noche de bodas

¿Qué pasó la noche de bodas? Los novelistas de Delmira inventan. Quizá el más sagaz sea éste de ahora, este Omar Priego Gadea que ha interrogado a todos los supervivientes, que ha recibido el relato de su abuelo que fue el cronista de la muerte de los amantes en «El Día». Pero Omar iba a escribir una tesis y la elevó al rango de novela. La vida de Delmira Agustini ha sido ya contada en otras dos, que yo sepa: *La otra mitad*, de Carlos Martínez Moreno (Ed. Joaquín Mortiz, México, 1966), y *Fiera de amor*, de Guillermo Giusti (Ed. Vintén, Montevideo, 1955). Hay una obra de teatro, «Delmira», de Milton Schinca (Banda Oriental, Montevideo, 1977), y un musical en Estados Unidos, *Delmira* escrito por Rosa Caparrós, con música de Sue Doherty; como es frecuente en el género, no respeta las realidades. Ileana Renfrew, profesora de Filosofía en la Universidad del Estado de Michigan, especialista en la poesía femenina de lengua española, ha escrito otro libro, *Imaginación en la obra de Delmira Agustini*. Sus poemas completos se han publicado en Cuba (Delmira Agustini, *Poesía*, Casa de las Américas, La Habana, 1988) y los comentarios de Héctor Velarde también indagan en lo que es un misterio.



JUAN RAMÓN ALONSO

El pobre tipo encontró en sus manos un cuerpo vivo, ardiente, erótico. Una mujer llena de deseo. Quizá no era virgen. Algunos de sus amigos aseguran que sí, pero ningún hombre cuenta lo que hace una mujer en su noche. Se sabe que la insultó. Los insultos que figuran en el sumario del divorcio son de tango: «canalla y atorranta», dijo un testigo. Ella manifestó al juez que fue maltratada, pero no quiso ser explícita. Fue ella la que pidió el divorcio: pero entonces se dejaba siempre a las mujeres tomar esa iniciativa: un caballero siempre se reconocía culpable. Así que pasaron unas semanas, se divorciaron y ella se volvió a casa de sus padres: con el canario disecado, con la muñeca.

Una muñeca gorda, una pepona, que ahora está como dislocada: su fotografía está en la portada de la edición de Alfaguara. Es fácil hacer la metáfora: la muñeca rota. «La lectura debe empezar y terminar por el principio y dejarse llevar por esa muñeca que resalta en la cubierta, en la profundidad del negro. La identificación de objeto y persona se establece por medio de una impresión de soledad, suspendida en el espacio-tiempo, como desarticulada, con mirada fija pero luminosa, hacia un misterio insondable», escribe Mency Caetano («Los pliegues de la lectura. XVII. La construcción de una novela»).

Pero el verdadero problema de Delmira y de Enrique es que ella era una mujer del siglo XX y él un hombre del XIX. Pongo estas cifras más como símbolos que como datos. Es una época y un lugar que para nosotros resultan inciertos, inseguros: nos movemos mal en ellos. Estaba ya la electricidad, y era poética («eléctrica corola», escribía ella), y los automóviles. Pero no los teléfonos. Cuando sabemos que alguien corrió despavorido por las calles hasta llegar a la policía, es porque no había otra manera de avisar la urgencia. Eran como nosotros: pero eran completamente distintos. Y algunos de nosotros aún sienten o piensan igual que ellos.

Cuando Delmira Agustini publicaba sus poemas eróticos, las mujeres de Montevideo no salían solas a la calle. Eran gazmoñas, pudorosas, caseras. Delmira salía, paseaba, hacía lo que quería. No se ha descubierto nunca qué hizo el día 6 de julio de 1914 durante las dos horas que mediaron entre su salida, sola, de la casa de sus padres, y la llegada a la habitación que

había alquilado para recibirla Enrique Job Reyes. Dos horas: quizá un hombre guardó el secreto de ese tiempo hasta su muerte.

Un amor enloquecido

Enrique Job Reyes se había divorciado; pero estaba enloquecido por el cuerpo de su mujer: que no podía ser su mujer por ese mismo ardor que le incendiaba. Ella necesitaba el cuerpo del macho. Estaba absorbida por la carne del pobre diablo. Habían encontrado un arreglo misterioso y clandestino: él había alquilado una habitación en una casa de familia necesitada, y allí se poseían. Ella llegaba siempre vestida con un traje rojo, ceñido: y en la cabeza llevaba algo negro. Estaba pálida y los labios ardían de rojo: nunca pudieron saber si era su color natural.

Enrique Job Reyes sufría indeciblemente. Era el amante de su mujer; se engañaba con ella a sí mismo. Como amante, necesitaba el cuerpo ardiente y palpitante; como marido, se atormentaba porque ese cuerpo fuera el de Delmira. Es el final del tango: Enrique Job Reyes, marido, asesinó a su esposa porque le engañaba, y porque tenía deseos eróticos; Enrique Job Reyes, amante, se disparó en la cabeza porque no podía seguir viviendo sin esa mujer. La mató después del amor.

Cuando llegó la policía, cuando llegó el cronista de «El Día» —el abuelo de Omar Priego, su relator de hoy— él vivía aún: su cabeza reposaba sobre el cuerpo de ella y las dos sangres se mezclaban. Eduardo Galeano ha visto la foto del momento: la instantánea, se decía, con lenguaje ya del siglo XX: «6 de julio de 1914. Montevideo. Delmira. En esta pieza de alquiler fue citada por el hombre que había sido su marido; y queriendo tenerla, queriendo quedársela, él la amó y la mató y se mató».

Publican los diarios uruguayos la foto del cuerpo que yace tumbado junto a la cama. Delmira abatida por dos tiros de revólver, desnuda como sus poemas, las medias caídas, toda desvestida de rojo: «Vamos más lejos en la noche, vamos...» Delmira Agustini escribía en trance. Había cantado a las fiebres del amor sin pacatos disimulos, y había sido condenada por quienes castigan en las mujeres lo que en los hombres aplauden, porque la castidad es un deber femenino y el deseo, como la razón, un privilegio masculino.

En el Uruguay marchan las leyes por delante de la gente, que todavía separa el alma del cuerpo como si fueran la Bella y la Bestia. De modo que ante el cadáver de Delmira se derraman lágrimas y frases a propósito de tan sensible pérdida de las letras nacionales, pero en el fondo los dolientes suspiran con alivio: la muerta muerta está, y más vale así. Pero, ¿muerta está? ¿No serán sombra de su voz y ecos de su cuerpo todos los amantes que en las noches del mundo ardan? ¿No le harán un lugarcito en las noches del mundo para que cante su boca desatada y dancen sus pies resplandecientes?».

Su boca desatada, sus pies resplandecientes: están en la fotografía. Los colores los añaden los textos de entonces, los recuerdan, como pueden, los testigos, Eduardo Galeano escribe en tiempo presente. ¿Es un presente histórico, un presente tenso? Quizá está hablando de hoy. De Uruguay o de cualquier lugar: el tango es universal. Para más detalles, véanse, cada día, las páginas de sucesos. □

RESUMEN

Eduardo Haro Tecglen, al hilo de una novela reciente de Omar Priego Gadea, se detiene en la corta e intensa vida de la poetisa uruguaya Delmira Agustini, una mujer adelantada de su tiempo, que acabó asesinada

en 1914 por el que había sido, primero, marido, y, después, amante, en una historia de amores convulsos y trágicos que le tocó vivir a esta «alma femenina en el orgullo de su verdad», como la calificó Rubén Darío.

Omar Priego Gadea

Delmira

Alfaguara, Madrid, 1997. 253 páginas. 2.200 pesetas. ISBN: 84-204-8376-1.

27 narradores de la generación del 27

Por José María Martínez Cachero

José María Martínez Cachero (Oviedo, 1924) ha sido catedrático de Literatura Española Moderna y Contemporánea de la Universidad de Oviedo y, desde 1989, es emérito de la misma. Académico correspondiente en Asturias de la Real Academia Española y profesor visitante en las universidades norteamericanas de Nashville y Albuquerque. Especialista en Leopoldo Alas «Clarín» y en novela española contemporánea, es autor, entre otros títulos de La novela española entre 1936 y el fin de siglo.

¿Generación, como suele decirse, o grupo poético, como prefiere Vicente Gaos para quien no es válido aquel término dados «los catorce años que separan el nacimiento de Salinas del de Altolaguirre que son muchos y [también] que no hay entre ellos un poeta que pueda ser considerado jefe principal de todos»? Por mi parte, creo que nos hallamos ante una generación cabal que conviene no reducir a unos cuantos excelentes poetas, puesto que otros colegas, sin duda menos conocidos pero también estimables, y una abundante cohorte de prosistas y dramaturgos, tienen sobrado motivo para ser integrados en tal conjunto. Nada menos que ciento diez son los literatos que incluyó el profesor Juan Manuel Rozas en la nómina por él confeccionada en 1977.⁽¹⁾

A ese conjunto se le han dado diversas denominaciones, cada una de ellas referente a alguno de los rasgos distintivos del mismo y tenemos así: generación de «los nietos del 98» —que establece una relación familiar (padres, hijos, nietos) entre noventayochistas, novecientistas y los escritores que ahora nos ocupan, tres generaciones no mal avenidas entre sí—; «de la Dictadura» (se entiende la del general Miguel Primo de Rivera) —porque durante su mandato tuvo lugar la aparición pública de tales escritores—; «de los ismos» —dado que se trata de jóvenes vanguardistas al corriente de cuanto se innovaba fuera de nuestras fronteras y capaces de asimilarlo y utilizarlo con originalidad—; «de los poetas-profesores» —atendida la condición profesoral de algunos de ellos y, lo que vale más, el rigor de sus actitudes estéticas—; «de 1925» —como propone Cernuda: «a falta de denominación aceptada, la necesidad me lleva a usar la de “generación de 1925”, fecha que, aun cuando nada signifique históricamente, representa al menos un término medio en la aparición de sus primeros libros—; o, por último, «de 1927».

Esta data se corresponde con un año durante el cual ocurrieron en nuestra república literaria hechos como los siguientes: 1. Inician su andadura revistas de poesía como *La rosa de los vientos* (Tenerife), *Verso y prosa* (Murcia) y *Carmen* (con *Lola*, su amiga y suple-

mento, Gijón) y *La Gaceta Literaria* (Madrid), con formato de periódico diario, que salía quincenalmente y ofrecía un contenido muy variado. 2. La comparecencia pública —Ateneo de Sevilla, mes de diciembre— de un grupo representativo (Alberti, Lorca, Chabás, Bacarisse, Guillén, Bergamín, Dámaso Alonso y Gerardo Diego) que pronunció conferencias y dio lecturas de su obra. 3. La celebración del tricentenario de Góngora, efeméride animada considerablemente por estos jóvenes, llenos de entusiasmo hacia el poeta barroco y ocupados en su reivindicación; para conseguir tal objetivo conferencian, investigan, editan al poeta o se convierten momentáneamente en discípulos suyos. Góngora y los poetas gongorinos son una parte de la tradición literaria española con la que los jóvenes del 27 se sienten solidarios; a ellos se deben, asimismo, otras incursiones en dicha tradición, las cuales traen como consecuencia una mayor y más fundada estima de la obra de Gil Vicente y de San Juan de la Cruz, de la vertiente popularista de la lírica de Lope o de la singularidad de las rimas becquerianas, lo cual resulta compatible con el gusto por la vanguardia que también les distinguía.

A lo apuntado cabría añadir para completar la imagen de esta generación que quienes pertenecen a ella habían nacido entre 1891 (los más viejos) y 1905 (los más jóvenes); bastantes de ellos cursaron estudios universitarios; se encontraron y conocieron en Madrid: frecuentan el Ateneo, visitan a Juan Ramón y a Ortega, son contertulios de algunos cenáculos literarios; pertenecían por lo común a la clase media y en un principio parecen no interesarse por la política militante; respetan, e incluso admiran, a sus colegas mayores, todavía vivos y activos; comparecen reunidos en sus minoritarias revistas y, junto con otros muchos y diversos escritores, en *La Gaceta Literaria*, fundación de Ernesto Giménez Caballero, miembro asimismo de la generación; dan señales de vida tan notorias como en el Premio Nacional de Literatura de 1924-25, ganado por Alberti con el libro *Mar y tierra* (publicado después como *Marinero en tierra*) y secundado por Gerardo Diego con sus *Versos humanos*; guardan entre sí cordial relación, que superó desdichados avatares, por lo que alguien dijo que formaban la «Generación de la amistad». La poesía fue tal vez el género literario en cuyo cultivo más destacaron pero bastantes de ellos fueron escritores multigenéricos —recuérdese, v.g., el dramaturgo Lorca junto al poeta, o el narrador y ensayista Salinas también junto al poeta del mismo nombre— y los hubo también sólo dramaturgos o únicamente narradores, con obra muy valiosa. Llamar la atención sobre la realizada por estos últimos es el objetivo que se propone Domingo Ródenas en *Pretender a sabiendas*.

Por mucha que sea la autoridad que concedamos al invocado fray Juan de Santo Tomás, ilustre eclesiástico, confesor portugués de Felipe II, me parece poco ajustado el título de *Proceder a sabiendas* que lleva esta antología, defecto que se corrige merced al más oportuno y aclarador subtítulo: «Antología de la Narrativa de Vanguardia Española, 1923-1936», años que apuntan, dentro de la cronología de nuestra literatura contemporánea, a una vanguardia narrativa que hace ya el número tres dado que viene luego de otras dos vanguardias que supusieron en su momento considerable ruptura con lo establecido en el género —piénsese en 1902, que fue un «annus mirabilis» para la novela española en virtud de la coincidente aparición de cuatro libros de veras nuevos y distintos: una sonata de Valle Inclán (la de otoño), *Camino de perfección* (Baroja), *Amor y pedagogía* (Unamuno), *La voluntad* (José Martínez Ruiz); piénsese asimismo en las llamadas novelas intelectuales de Pérez de Ayala—. Algunos de esos vanguardistas persistían aún en su empeño innovador dentro de los años 20, como es el caso de Azorín, afecto ahora al surrealismo, singular por heterodoxo el de sus tres novelas de la década: *Félix Vargas* (1928), *Superrealismo* (1929) y *Pueblo* (1930), no poco sorprendentes y adelantadas.

Ausencias y presencias

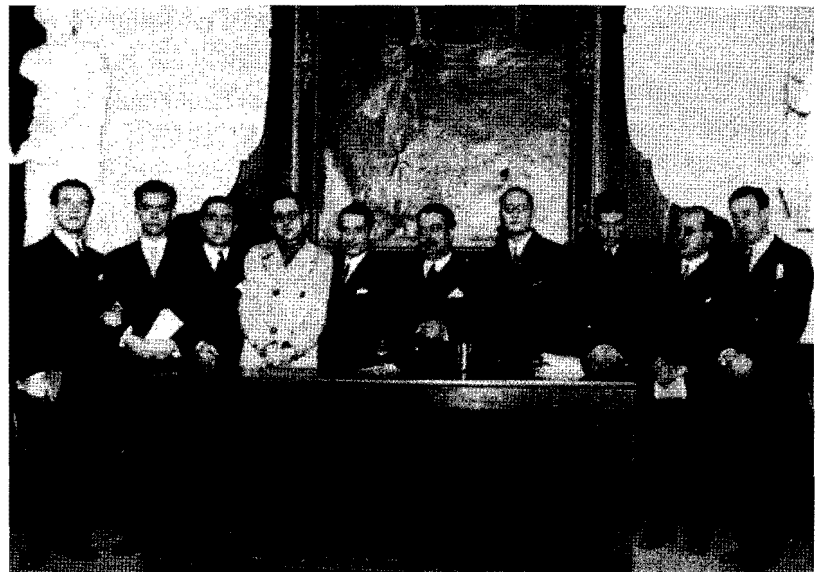
Alguien dijo que toda antología es un error, donde suele resultar hacedero advertir ausencias y quizá presencias indebidas pero en el volumen que nos ocupa el antólogo reitera que sí, efectivamente, «son» todos los que van, no «están» todos los que pudieran también ir pues «los veintisiete autores aquí allegados podrían haber sido treinta y siete o cuarenta» pero «las dimensiones del libro no podían desmesurarse y ha habido que transigir limitando la nómina».

La actividad de los antologados (junto con los literatos españoles figura el mejicano Jaime Torres Bodet) alcanza su culminación entre 1923 y 1936, un espacio temporal marcado por un acontecimiento cultural —en junio de 1923 ve la luz el primer número de *Revista de Occidente*, fundada y dirigida por José Ortega y Gasset— y por el comienzo en julio de 1936 de la guerra civil, cuando las circunstancias histórico-políticas habían rebajado el poderío vanguardista puro.

Los integrantes de semejante conjunto cumplen con el requisito petersoniano relativo a los años de su nacimiento, de modo que entre el de los mayores y el de los benjamines medien (como máximo) tres lustros y así ocurre en este caso pues Mario Verdaguier (que abre marcha) nace en 1885 y Antonio de Obregón (que cierra) es de 1910; los demás nacimientos se ordenan casi año tras año y en algunos (1888, 1891, 1895, 1898, 1900 y 1903) coincide el de dos o más escritores, lo cual contribuye a la consistencia del conjunto cuyos miembros van colocados alfabéticamente y sus textos (uno por autor, salvo excepciones) precedidos de una breve presentación bio-bibliográfica.

El espacio temporal acotado por el antólogo corresponde a unos años de la vida española y de la actividad literaria ciertamente muy intensos y movidos como lo prueba la simple mención de algunos acontecimientos: el golpe de estado de Primo de Rivera y la subsiguiente dictadura (1923-1930), primero, y, seguidamente, la proclamación de la República (1931) y su breve y bastante azarosa existencia, constituyen el marco externo de la época, en la cual una creciente, imparable politización acecha, produciéndose situaciones más que anecdóticas como una de 1930, en la tertulia de Pombo, contada por Giménez Caballero⁽²⁾: «La politización en la literatura comenzaba y el mismo Antonio Espina daría testimonio de ello cuando a primeros de ese año 1930 Ramón Gómez de la Serna me ofreció un banquete en Pombo con más de cien comensales y en el que a su final [...] el propio Espina se levantó para disentir de la presencia de un fascista como el comediógrafo Bragaglia entre los comensales, y atacar con ese motivo la Dictadura de Primo de Rivera auspiciando una España liberal y republicana. Frente a lo cual Ramiro Ledesma Ramos se alzó, no a defender a dictador alguno, sino a pedir un clima de heroísmo entre las juventudes. Y respondiendo a la pistolita simbólica, la de Larra, que sacara Antonio Espina, empuñó una de verdad. Con lo cual se armó un jaleo terrible en el viejo y plácido Pombo, teniendo necesidad Ramón de utilizar su voz estentórea como un apagafuegos para dominar aquel choque. La guerra civil había comenzado en España».

La Revista de Occidente señoreaba el espectáculo pero no en exclusividad, pues otras publicaciones periódicas —*La Gaceta Literaria* o, más tarde, *Cruz y Raya*— acusaban también su presencia; a su lado, las editoriales —debe destacarse la aparición de unas cuantas que, como Cenit, Ulises o Zeus, tenían una explícita ideología avanzada o antiburguesa— y sus colecciones prestaban apoyo a los jóvenes narradores que, en unos casos, se inclinaban por el experimentalismo descomprometido —los que hicieron sus primeras armas en la efímera serie «Nova Novorum»— mientras que otros colegas, más metidos en la circunstancia inmediata y menos dados al juego ingenioso y brillante, prefirieron cultivar una literatura de «avanzada» en la cual quedaba manifiesto un propósito docente de signo social y político; lo más deseable era, sin embargo, la integración de los supuestos contrarios incompatibles —vanguardia e intención docente— y hay dichos y hechos que lo avalan como estas palabras del teórico y narrador José Díaz Fernández (en *El nuevo romanticismo*, 1930): «La auténtica vanguardia sería aquella que dé una obra construida con todos los elementos modernos (sín-



Celebración del centenario de Góngora en diciembre de 1927 en el Ateneo de Sevilla (de izquierda a derecha: Rafael Alberti, Federico García Lorca, Juan Chabás, Mauricio Bacarisse, José M. Platero, Blasco Garzón, Jorge Guillén, José Bergamín, Dámaso Alonso y Gerardo Diego).

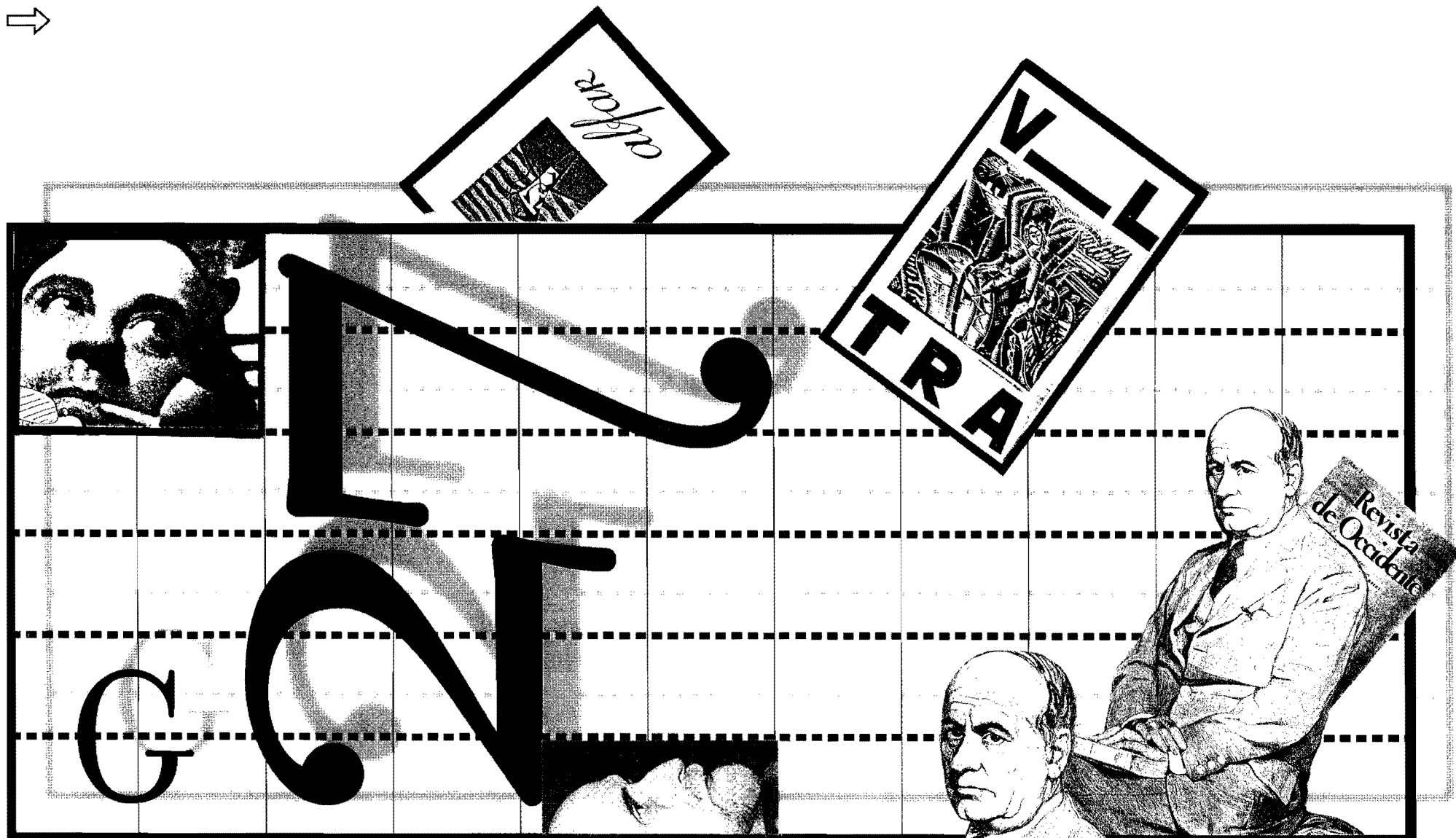


Ortega y Gasset, en un retrato de Joaquín Sorolla.



Max Aub (México, 1968).

Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

tesis, metáfora, antirretoricismo) y organice en producción artística el drama contemporáneo de la conciencia universal».

El magisterio (contestado) de Ortega

Pese a todos los pesares fue importante para muchos de los ahora antologados el magisterio de Ortega y su acción ayudadora, como lo prueba el hecho de que gran parte de los textos ofrecidos por Ródenas —nada menos que 18 sobre 34— se insertaron en las páginas de *Revista de Occidente*. En lo que atañe al magisterio orteguiano, patente en Rosa Chacel —su *Estación ida y vuelta* «era un libro desafortunadamente orteguiano»— al igual que en otros compañeros de fatigas, éste se concretó relevantemente en sus dos ensayos de 1925: *La deshumanización del arte* e *Ideas sobre la novela*. Arte deshumanizado no quiere decir arte que nada tiene que ver con lo humano, los humanos y la humanidad, como si estuviera hecho con otros ingredientes que no son los privativos de tales realidades, sino el que rehúye el tratamiento de ciertas parcelas humanas hasta él privilegiadas por un abundante e indiscriminado uso, por ejemplo: lo sentimental degenerado en sensiblería y sentimentalismo de baja ley, mientras potencia al máximo posible otros componentes también humanos, como son el ingenio —gusto por la metáfora insólita—, o la inteligencia —son libros los suyos que piden al lector un determinado esfuerzo pues no se han compuesto para la mera y simple diversión—. En el segundo de los ensayos se efectúa un examen de la situación actual de la novela y se llega a la conclusión de que el género parece agotado por una serie de causas entre las cuales destaca la «penuria de temas posibles»; es preciso, por tanto, buscar salida por otra parte: «el escritor necesita compensarla [esa penuria] con la exquisita calidad de los demás ingredientes necesarios para integrar un cuerpo de novela». La trama nunca ha sido, aunque se la haya querido hacer, elemento clave del relato y por eso, llegados a semejante situación, procede, más que lamentarse, insistir en otros aspectos tales como la morosidad en la introspección de los personajes —el psicoanálisis de Freud había revelado un interesantísimo orbe inédito— y la ampliación del ámbito de la novela para que en el mismo quepa, como en un saco, absolutamente todo.

Bastantes años después de ambos ensayos, enormemente cambiado el mapa literario español, uno de aquellos jóvenes vanguardistas, Max Aub, afirmaba en una entrevista que Ortega «es el gran responsable de la falta de novelistas en España entre los años 20 y 45 [pues] fue quien frenó la corriente realista de la literatura española. [...] Su "deshumanización del arte" tuvo una influencia nefasta entre los que habrían podido llegar a ser novelistas originales [...]. Creyó que el porvenir de la novela estaba en hacer de sus jóvenes admiradores Giraudoux y Cocteau españoles». ¿Acertaba en el diagnóstico el autor de *La calle de Valverde*? La antología confeccionada por Ródenas, testimonio fehaciente de la abundancia, variedad, calidad y novedad narrativas de aquel concreto momento, parece desmentirle pues se trata, en efecto, de «un momento de esplendor inusitado».

Vanguardia y Avanzada

Además del controvertido magisterio orteguiano pesó en estos narradores el ejemplo práctico de la literatura de Ramón Gómez de la Serna, vanguardista máximo y anticipador de tantísimas novedades, especie de hermano mayor que, por ejemplo, tuteló en cierto modo el libro de múltiple autoría *Las siete virtudes* (1931), en cuyas páginas se dan cita varios narradores recientes (Ramón queda aparte) que greguerizan (en el aspecto de la expresión) y que brindan enfoques insólitos en el tratamiento de algunos asuntos y situaciones. Consecuencia de ello sería un actitud lúdica que tiene en el empleo del humor y del ingenio su principal manifestación; el primero de ambos componentes poco o nada tiene que ver con el regocijo festivo decimonónico, más epidérmico que intelectual, y en cuanto al uso del ingenio y a su naturaleza estas palabras de Benjamín Jarnés, uno de los ingeniosos antologados, vienen muy a punto: «Nadie sabrá, como él [el ingenio], seguir el hilo simpático de una semejanza que pone al habla las ideas más remotas. Nadie como él sabrá acariciar tantos ocultos y voluptuosos escorzos, porque sólo él, paciente, amoroso, sagaz, dará mil vueltas a los vivos poliedros hasta dar con el plano más rico de sugerencias».

En el último apartado de su informada y perspicaz introducción, Ródenas señala otros rasgos definitorios de los textos incluidos

en la antología, los cuales presentan ostensible predominio de la ciudad como escenario más propicio para el desarrollo de la peripecia, a cargo de personajes (mayoritariamente hombres, pero también alguna mujer) rebeldes frente a determinadas circunstancias del ambiente que les envuelve; en algunos casos, «la efusión lírica» matiza ya los pasajes descriptivos, ya las digresiones de corte ensayístico y si la realidad es a veces punto de apoyo insoslayable sobre ella, excediéndola, surge una literatura que no podría considerarse realista. Por ese mismo camino irán las novelas extensas compuestas a la sazón por ellos, a quienes puede representar Jarnés que en las suyas anteriores a 1936 dedica no demasiada atención a la peripecia externa, encomendada a un número de personajes reducido; son abundantes las situaciones inverosímiles, fruto de un descouyuntamiento por vía humorística de la realidad mostrenca; el ingenio tiene muchas ocasiones para lucir propiciamente, ya en las digresiones, ya en forma de juegos con las palabras o de metáforas de raíz análoga a las greguerías ramonianas. Debe decirse que aludo solamente a lo que era vanguardia pura pues en mano de algunos autores y después de 1930-31, a favor del cambio operado tras la caída de la Dictadura, dichos rasgos se ponen al servicio de una intención docente propia de lo que se llamó literatura «de avanzada»: Otilia, protagonista de *La largueza*, es para Díaz Fernández, su creador, muestra de la deseada mujer «nueva», rebelde ante convenciones y prejuicios que la atenazaban, a quien la Rusia comunista producía una especie de éxtasis, activista cuyo compromiso superaba el de sus compañeros correligionarios varones, de «alma más blanda y más versátil». No tan diferente en el fondo, aunque las cir-

cunstancias externas sean otras, es el caso de Eléctrica, la telefonista que protagoniza el texto de Juan Antonio Cabezas (capítulo de su novela *Señorita 03*), cuya condición de asalariada, esclava del Gran Monopolio (el capitalismo), «despierta en ella una conciencia social». Libres de esa carga aparecen los *Fragmentos* de Fernando Vela, que son parte de una novela todavía no concluida y en la cual «han sido eliminados todos los pasajes de acción»; se trata de un viaje a Tielve, localidad marinera a la que llega el anónimo viajero (acaso el propio escritor): unos días de descanso, la compañía de gentes nuevas, la contemplación sosegada del variado paisaje en torno (natural y humano) constituyen el asunto de la breve serie; el autor, lejos de ofrecer un inventario de la realidad efectiva, selecciona cuanto en ella le llamó más poderosamente la atención y con ello (y sobre ello) divaga y elucubra.

Fortuna harta distinta aguardaba a una y otra corriente —la vanguardia puramente dicha y la literatura «de avanzada»—, a causa sobre todo de las vicisitudes de la política nacional cuya exacerbación se manifestó punto menos que incompatible con la primera de ellas —el escaso éxito y la consiguiente suspensión de la serie «Nova Novorum» es un hecho sintomático— y, de rechazo, favorable a una vuelta al argumento, cargado ahora de segundas intenciones, superadoras de lo estético. Pero el paso y el peso de la vanguardia no habían sido en vano. □

- (1) La ofreció en su conferencia, «El 27 como generación», recogida en el volumen de igual título: Santander, Publicaciones de La isla de los ratones, 1978. Dicha nómina, en las páginas 26-28.
- (2) Ernesto Giménez Caballero, *Memorias de un dictador*, Planeta, Barcelona, 1979, página 76.

RESUMEN

Se le llame como se le llame, y a sus varias denominaciones se refiere Martínez Cachero al comienzo de su comentario, lo cierto es que la *Generación del 27 reúne, entre piezas fijas y adheridas, una amplísima nómina de escritores multigenéricos. El profesor Domingo Ró-*

denas ha preparado una antología de narradores del 27, veintisiete narradores en total que, sin agotar, ni mucho menos, la nómina posible, realizaron lo mejor de su obra entre 1923 y 1936, que son los límites cronológicos que Ródenas ha puesto a su labor recopilatoria.

Domingo Ródenas de Moya (ed.)

Proceder a sabiendas. Antología de la narrativa de vanguardia española. 1923-1936

Alba Editorial, Barcelona, 1997. 556 páginas. 3.000 pesetas. ISBN: 84-88730-42-X.

Los latidos de una época a través del arte

Por Simón Marchán Fiz

Simón Marchán Fiz (*Santa Marta de Tera, Zamora, 1941*) es en la actualidad catedrático de Estética en la Facultad de Filosofía de la U.N.E.D., Madrid. Especializado en estética e historia del arte y arquitectura moderna y contemporánea, es autor de numerosas obras entre las que sobresalen: *Del arte objetual al arte de concepto*, *La estética en la cultura moderna*, *Contaminaciones figurativas*, *Fin de siglo y los primeros ismos del XX y Las vanguardias históricas y sus sombras*.

Como es sabido, la Biblioteca de la Revista de Occidente alumbró un proyecto editorial ambicioso que, a mediados de los años veinte, había introducido en nuestra escena un elenco amplio de autores europeos, como B. Shaw y G. Hauptmann, F. Brentano y M. Scheler, G. Simmel o W. Worringer, el historiador del arte y autor del influyente ensayo sobre *La esencia del estilo gótico*. A éstos y otros se añadía en 1927 una obra, entonces de plena actualidad, que versaba sobre los «problemas de la pintura europea más reciente». Me refiero, en concreto, a la de Franz Roh, *Realismo mágico. Post expresionismo* (edición alemana de 1925).

La circunstancia feliz de que haya sido reeditada más de medio siglo después, así como tomada como punto de partida para la excelente exposición *Realismo mágico. Franz Roh y la pintura europea. 1917-1936* (IVAM, Valencia; Fundación Caja Madrid; Centro Atlántico de Arte Moderno, Las Palmas), nos brinda una vez más la oportunidad de revisar un episodio un tanto oscuro en la historiografía moderna hasta fechas recientes.

En efecto, la historia de las vanguardias no puede sustraerse a las sombras que las persiguen y, aunque sean tenidas como cristalizaciones por antonomasia de lo moderno, no todo el arte moderno tiene que ser preceptivamente de vanguardia. En este contexto, el panorama que nos ofrece Franz Roh sigue siendo una referencia ineludible para quienes tratan de abordar la persistencia de la representación artística en clave moderna. Esta premisa ha sido también la que ha guiado a las revisiones de la «Nueva Objetividad» en muestras como *Tendenzen der zwanziger Jahre* (1977, Berlín), *Berlin, punto de encuentro* (1989, Centro de Arte Reina Sofía, Madrid) y la ya mencionada sobre el *Realismo mágico* o, ampliando los márgenes, la más ambiciosa de todas: *Les réalismes* (1980, Centre Georges Pompidou, París). Sin sortear éstas y otras revisiones semejantes, me limitaré a otear el panorama que nos traza Franz Roh como aspirante a «historiador del presente», así como a recordar algunas cuestiones estéticas que suscita.

Una nueva «voluntad artística»

En los escenarios del «Art Vivant» la «llamada al orden», lanzada durante los años veinte cuando el cubismo se desmoronaba en París, el futurismo se congelaba en Italia o el expresionismo se diluía en Alemania, incluía un extenso arco de manifestaciones que podían ir desde alternativas consideradas todavía de vanguardia, como el purismo de *L'Esprit Nouveau* en torno a Le Corbusier, hasta el retorno al orden en una acepción restaurativa, o pasar por una gama de actitudes que, si bien no estaban comprometidas con la ideología de la ruptura radical, se enarbolaban como modernas y no podían ser consideradas regresivas sin más. Como se desprende del ensayo de Roh, tanto en Alemania como en Italia, Francia y otros países, se despliega una modernidad más atemperada

y proclive a entablar el diálogo del presente con el pasado. En este clima se sitúan precisamente las posiciones de los artistas o corrientes que analiza esta obra «inaugural», en la cual se pretende levantar acta del «cambio radical» que su autor aprecia desde 1920 en los diversos países.

Roh, al igual que otros críticos e historiadores, se dispone a auscultar los latidos de la época a través del arte. Que su hallazgo gozó de buena acogida lo prueba que, al año siguiente de la aparición de su ensayo, nada menos que el influyente W. Worringer adopta también el término «postexpresionismo» como título para una de sus obras, mientras el reconocido esteta E. Uitz lo sanciona al decretar «la superación del expresionismo» (*Die Überwindung des Expressionismus*, Stuttgart, 1927). Como sucediera pues con el impresionismo o el expresionismo, unos y otros procuran destilar de la situación unos nuevos «Conceptos fundamentales» («Grundbegriffen») para la Ciencia del Arte. No en vano, por ejemplo, el mismo Roh, usufructuando un dispositivo de probada utilidad desde que H. Wölfflin lo aplicara a lo clásico y lo barroco, esboza un esquema de oposiciones binarias entre el expresionismo y el postexpresionismo, tal vez con la desmesurada pretensión de encumbrarlos a la categoría de solemnes «Grundbegriffe» de su contemporaneidad.

Creo que este encumbramiento no delata sino la relevancia que concede al postexpresionismo como un cambio de dirección al que considera «radical». Roh parece, pues, vislumbrar en él un nuevo tipo pictórico en ciernes y, ante la disyuntiva estudiada unos años antes por W. Worringer entre la abstracción y la proyección sentimental (*Abstraktion und Einfühlung*, 1909), lo sitúa en «la incesante tensión entre la sumisión al mundo presente y la clara voluntad constructiva ante él», es

decir, en infiltración mutua de ambas tácticas. Se trataría por tanto de un nuevo tipo pictórico para el cual el ideal constructivo hegemónico en su competidor, el constructivismo abstracto, vuelve a conciliar con lo real.

Auscultando por consiguiente lo que venía manifestándose desde 1920 y aduciendo que en este año se clausuraba la época que se había iniciado en 1890, la del «sistema expresionista» (Van Gogh y Gauguin, El Puente y el Jinete Azul, el futurismo, el constructivismo o la Bauhaus), Roh inserta la «nueva manera» en las coordenadas de una «voluntad del arte» (la «Kunstwollen», de A. Riegl).

Una nueva voluntad que, compartiendo aspiraciones comunes a las vanguardias, sedimenta como expresión de una época, de la vida actual, ya que «también operan en el alma de los hombres actuales o, por lo menos, en los cerebros espiritualmente más esforzados, numerosos intentos de "orden" (de derecha, como de izquierda)» y los «conceptos de disciplina, pureza, equilibrio cósmico» (págs. 82 y 83), fuertes impulsos para domar el caos actual y la entera existencia. El postexpresionismo, contemplado bajo esta óptica, irrumpía, pues, cual eslabón que se incardinaba en un hipotético «Zeitgeist», instancia última en cualquier pretensión fundacional de un nuevo estilo de la época.

Si bien Roh, al cobijar a los artistas del momento bajo el paraguas categorial del postexpresionismo, da por sentada la hegemonía de lo alemán, su actitud, sin embargo, es mucho más permeable que la de la crítica francesa e italiana coetánea. Si en Francia el *Rappel à l'ordre* (1926) que había entonado por primera vez Jean Cocteau en la *Oda a Picasso* (1917) escoró tempranamente hacia un programa más general de la reconstrucción nacional a veces auspiciado incluso por Ch. Maurras y su Action Française, afirmándose en la tradición francesa como sinónimo

de orden o incluso de «nuestra raza», la «bárbara» Alemania de la República de Weimar no está obsesionada, como sucederá años después, por el «pensamiento de la raza», ni por el nacionalismo implícito en «El primato italiano» en su retorno al orden.

Roh no renuncia desde luego a la perspectiva alemana, pero, curiosamente, siguiendo todavía la táctica universalista de vanguardias afirmativas como la constructivista, interpreta que las tentativas cristalizan en un nuevo lenguaje común europeo. Debido a ello, aunque en el «retorno al oficio» algunos pintores alemanes se reclaman herederos de su propia tradición, aceptan sin reservas la influencia del Picasso «neoclasicista» a la manera de *La italiana* (1919) o *Tres mujeres en la fuente* (1921) o del Derain coetáneo, pero, todavía más, del arte italiano que se había filtrado a través de «Valori Plastici». De esta guisa, la «nueva manera» postexpresionista desborda la situación alemana para, desde una universalidad compartida, transmutarse en el nuevo estilo de la época.

¿Realismo mágico o postexpresionismo?

Alguien se sorprenderá que invoquemos de continuo el postexpresionismo, siendo así que el título castellano reza *Realismo mágico. Post expresionismo*. Pero, en realidad, el primer sorprendido ha de ser quien quiera acudir al original, ya que en cubierta aparecía el término *Nach-Expressionismus*, mientras en su interior el subtítulo rezaba *Realismo mágico. Problemas de la pintura europea más reciente*. La edición castellana introdujo, por tanto, una permuta, debido tal vez a que en España no se había desarrollado el expresionismo a la manera alemana, a los intereses del momento o a una mayor novedad editorial. Una permuta que puede parecer banal, pero dista de serlo si nos trasladamos a Alemania.

Como acaba de suceder con el postmodernismo, el postexpresionismo era una categoría genérica en demasía, ya que designaba, ante todo, una mera relación cronológica, casi especular, cuyo abolengo procedía precisamente de la hegemonía que había gozado hasta entonces su contrincante. En razón de ello, parecía oportuno el acotarlo a algo más propio. Consciente de ello, pero insatisfecho al mismo tiempo de otras designaciones, como realismo ideal, neoclasicismo o verismo, Roh, tras haber concluido su obra, se decide sin excesiva convicción, incluso sin concederle un «valor especial», a añadir el subtítulo de *Realismo mágico*. Con ello deseaba tan sólo subrayar lo que más le impresionaba en las nuevas obras: el misterio que palpita y se escondía en su mundo.

Pero, en todo caso, el postexpresionismo se revelaba demasiado genérico, el realismo mágico podía resultar una categoría restringida en exceso. Tal vez, si atendemos a los artistas que cita con más frecuencia: A. Kanoldt y G. Schrimpf, O. Dix y G. Grosz, a los artistas que oscilaban entre el grupo de Múnich, escorado hacia el neoclasicismo, y el «verismo». Aunque tamizado a través del diafragma alemán, el postexpresionismo consentía una extensión mayor, la inclusión de más artistas, a expensas de una comprensión menor; es decir, que los aspectos que los cohesionan sean menos numerosos y con lazos débiles; en cambio, el realismo mágico poseía una comprensión más fuerte, pero una extensión más recortada.

Sea como fuere, Roh distingue siete direcciones en el postexpresionismo, interpretables como otras tantas glosas de la vida a través de la pintura. Mientras la primera se



Portada de la edición facsimil.

«Madre e hijo junto al mar», de Picasso.



«Claro en el bosque», de Derain.



«Mi hija», de Dix.

CORTESÍA EDITORIAL

Viene de la página anterior



limita a insinuar una nueva tonalidad mediante la diferenciación cromática o la segunda concilia el expresionismo y el nuevo estilo (C. Hofer y M. Beckmann), la de los constructivistas (O. Schlemmer o los franceses Ozenfant y Jeanneret-Le Corbusier) se entrega al encanto de la construcción estereométrica. Sin embargo, la primera tendencia que «nos introduce de lleno en la médula de nuestro movimiento» es la representada por el grupo de los «Valori Plastici»: Carrà, De Chirico, Severini. La quinta, vinculada con los anteriores, es la formada por el grupo de Múnich: Schrimpf, Kanoldt, C. Mense, es decir, la de los «viajeros de Italia», a la que se añade H. M. Davrinhausen; entre quienes sienten también la tierra clásica incluye a Picasso, J. Tagores, Derain o el antiguo cubista J. Metzinger. En una sexta dirección se orienta la Escuela de la «visión microscópica», que tiene en el francés H. Rousseau al precursor de esta intuición y en la que incorpora al «francés» Joan Miró. Por último, sobre la que más se extiende es la del «verismo», la que aspira a «coincidir al pie de la letra con el mundo existente de los objetos»: Dix y Grosz, Scholz y Schlichter, etc., en la que diferencia entre un verismo luminoso y otro del lado nocturno de la vida, mezclado con el fango de la existencia.

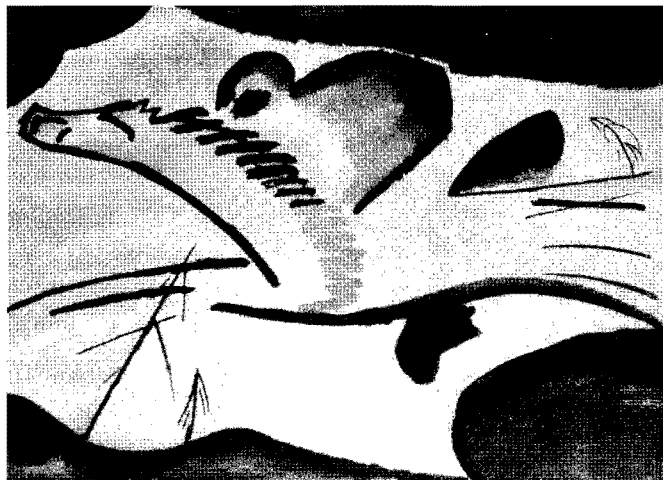
Aun cuando en estas direcciones los pintores usufructúan recursos pictóricos viejos desde la óptica de otras tantas «resurrecciones» o renacimientos, sobre todo el del estilo en torno a 1800, Roh invoca una genealogía cuyos eslabones pueden ser el simbolista A. Böcklin o modernos como G. Seurat y F. Hodler, pero sobre todos H. Rousseau, «el padre de la pintura reciente, de la pintura estética y concreta».

La representación de los objetos en clave moderna

Ciertamente el postexpresionismo recuperaba la alegría elemental al reconocer nuevamente las cosas en sus pinturas, la presencia de los referentes. No obstante, curándose en salud cara a los reaccionarios que creían llegada su hora, Roh considera que esta nueva manera nada tiene que ver con el naturalismo y el realismo decimonónicos, ya que apuesta de un modo decidido por ser moderna, por constituir incluso, aliada con el impresionismo y el expresionismo, «un frente único contra la reproducción extrínseca del mundo» (pág. 25), contra la mimesis naturalista y la representación convencional, aunque, eso sí, a través de dispositivos pictóricos bien distintos.

Ante todo, respecto al expresionismo superado, el postexpresionismo propicia un cambio iconográfico, el abandono de los motivos velados por el ensueño y la fantasía, agitados por la vida convulsa y nerviosa, sacudidos por la apocalipsis y la redención, en beneficio de unos objetos hondamente terrenales. Pero más decisiva, sin embargo, que la presencia de los nuevos objetos es la manera de interpretarlos a través de la pintura. Entre las oposiciones binarias insinuadas por Roh para diferenciar a ambos, resaltan las que contraponen objetos extáticos/objetos sobrios, lo extravagante/lo purista, lo dinámico/lo estático, lo monumental/lo miniaturista, lo cálido/lo frío, incluso helado, la roca sin desvastar/el metal bruñido, lo que deja ver el trabajo, la mano, la «factura»/lo que borra la «mano», la factura (la Objetivación) (pág. 131).

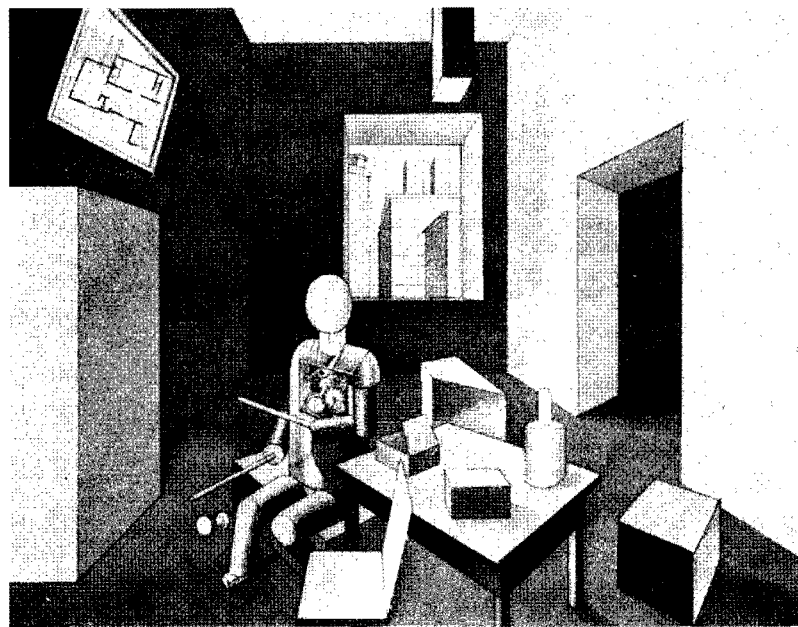
Esta última expresión podría sintetizar los dispositivos de las restantes veintidós oposiciones. Con razón Franz Roh concluye su ensayo en el IV Apéndice con la observación de que «la primera gran exposición de esta pintura (para la cual he facilitado mi lista —de



«Jinete», de Kandinsky.



«Cactus», de Scholtz.



«Jugando al diablo», de Grosz.

110 pintores—) fue organizada por el Doctor Hartlaub en el verano de 1925, en el Palacio de Arte de Mannheim, bajo el nombre de «Nueva objetividad» («Neue Sachlichkeit»). Si nos atenemos a que Roh invoca en una sola ocasión el «realismo mágico» (pág. 57) y, en cambio, analiza extensamente la «proximidad a los objetos» y la «objetividad», tal vez no acuñó «Nueva objetividad» (pág. 46) como subtítulo para marcar distancias respecto al término de moda. De cualquier manera, los dos términos estaban siendo tomados como sinónimos e incluso la «pura» o «nueva objetividad» tendía a convertirse en gozne de mediación entre las dos alas hegemónicas: la más classicista del realismo mágico y la más comprometida con el «mundo de los hechos actuales», el verismo.

Es oportuno señalar que las aspiraciones a la «Sachlichkeit» habían brotado con bastante antelación en la cultura alemana. Esgrimida por G. Simmel para definir ciertas figuras de lo moderno en *Las grandes ciudades y la vida del espíritu* (1903), es asumida por los arquitectos del Werkbund como categoría en *La construcción funcional moderna* (A. Behne, 1923), pero, incluso, en el ámbito pictórico, se abre camino antes de sedimentar como mediación entre los artistas de Mannheim. Mientras M. Beckmann pretendía en 1920 «llegar a una objetividad trascendente», G. Grosz, renegando del expresionismo, manifiesta al año siguiente su «empeño en formar un estilo claro y simple» en el que «predomine la construcción, la solidez de los volúmenes y el contraste de las formas», algo que por lo demás ya practicaba en su pintura y será la cuestión central de una encuesta sobre «Un nuevo naturismo?» («Das Kunstblatt», V, 9, 1922), a la que contesta Hartlaub, anticipándose a su muestra. Sin embargo, será Roh quien reflexione con más lucidez sobre «el restablecimiento de la objetividad» (págs. 39-48) «mediante la rigurosa separación y solidificación de lo que llamamos objeto» (pág. 25).

A diferencia, en efecto, del impresionismo y del expresionismo, que se afanaban por arrancar a las cosas vibraciones atmosféricas o emocionales, el postexpresionismo se apoya en la metáfora de la «pulida roca, reconocible hasta su último grano, alumbrada por la más pura aurora» (pág. 79) para recrear la cosa reduciéndola más allá de su sustancia, problematizándola en lo que tiene de evidente: su existencia en el mundo objetivo, su modo peculiar, único, de estar ahí, sojuzgándonos con «un complejo verdaderamente ina-

gotable que comprendemos bajo el concepto de «cosa»» (págs. 40-41).

Las apelaciones reiteradas de Roh al concepto de cosa, a mostrar lo evidente, parecen plasmar en el plano de la ilusión pictórica aquel «conocer ser cosa de la cosa» o la «cosa pura, la cosa simple y nada más», a la que aludiera años después Martín Heidegger en *El origen de la obra de arte* como lo nuclear de la cosa, como «lo insólito que asaltó una vez al hombre como algo extraño». Anticipándose a estas sospechas, los nuevos pintores se abandonan a la presencia impositiva de las cosas y, sin eliminar en ocasiones otras intencionalidades, se entregan a mostrar lo cósmico a través de la permanencia y la persistencia, trasfigurando los referentes gnoseológicos en estéticos. «En el postexpresionismo —matizaba Roh— se nos ofrece el «milagro de la existencia en su imperturbable duración», «la suma condensación, de suerte que el contemplador siente como el deseo y aún la necesidad de detenerse largo rato en esa visión simultánea» (págs. 45 y 44).

Creo que, precisamente, en esta imperturbable duración, en la suma condensación de los referentes, podría reconocerse uno de los rasgos inequívocos de la percepción artística moderna: la prolongación de la percepción como fin en sí mismo que nos proporciona una sensación del objeto como visión y no como mero reconocimiento, así como efectos de «extrañamiento» («Verfremdung»). Una percepción que venía intuyendo W. Kandinsky desde *El problema de la forma* (*Der Blaue Reiter*, 1912) al distinguir los polos del arte moderno: la «gran abstracción» y el «gran realismo», cifrado en la reproducción cruda y desnuda que «desvela del modo más directo la melodía interior de las cosas». Y, justamente, a hacer resonar el alma del objeto

«con la máxima intensidad» aspiran los dispositivos pictóricos que Roh atribuye a los postexpresionistas: la dureza del dibujo, la ejecución penetrante e inexorable, la exactitud rigurosa, la frialdad y aparente sobriedad, el afán de precisión y el rigor miniaturista, la oculta estereometría, el antidinamismo, etc., rasgos todos de su comprimida «nueva objetividad» (pág. 46).

Finalmente, desde la presunción de que la «nueva manera» trasluce una nueva «voluntad artística», Roh echa una ojeada a otros territorios: la arquitectura, la literatura, la música, con el objetivo de detectar otros tantos síntomas del cambio espiritual más amplio que se está incubando. Pero, de paso, se opone a las «precipitadas correspondencias» que la asociaban con la «reacción actual» en política.

Ciertamente, no dejan de ser tentadoras las posibles connivencias de la «nueva manera» con la coyuntura del momento, pero sí precipitadas. Y es que, a la altura de 1925, si bien hacía tiempo que se habían apagado los ímpetus revolucionarios y extinguido los rescollos de las llamas de la utopía social, los postexpresionistas tampoco se alineaban con aquella «Konservative Revolution» que propugnaron O. Spengler y Thomas Mann desde sus *Consideraciones de un apolítico*. Creo, en cambio, que parecían aceptar, no siempre con resignación si pensamos en el ala verista, aquella fuerza del mundo y de los hechos que venía imponiéndose desde 1924 con la entrada en vigor del Plan Daves y su fase de relativa estabilización o era asumida por el llamado «socialismo blanco», que desplazaba la revolución por el reformismo y, al igual que muchos artistas, sentía fascinación por el taylorismo industrial que tan bien escenificaron las «Alfred Jackson Girls» en el Cabaret Wintergarten de Berlín. [1]

RESUMEN

La reedición, setenta años después, de la versión española de un texto de Franz Roh, *Realismo mágico. Post expresionismo, le permite a Simón Marchán reflexionar sobre un episodio un tanto oscuro en la historia artística moderna tras la crisis de las vanguardias radicales, así como sobre los presupuestos es-*

téticos que subyacen a una representación artística de los objetos en clave moderna. El realismo mágico, el postexpresionismo o la «nueva objetividad» tienden a convertirse en sinónimos fluctuantes de una nueva manera que aspira a ser la nueva voluntad artística de la época.

Franz Roh

Realismo mágico. Post expresionismo

Ed. facsímil (1927), IVAM, Valencia, 1997, 143 páginas, más 91 ilustraciones. 2.000 pesetas.

Guardianes de promesas

Por José Juan Toharia

José Juan Toharia (Madrid, 1942) es catedrático de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid. Doctor en Sociología por la Universidad de Yale (EE.UU.), es autor de varios libros del área de Sociología del Derecho como *El juez español* y *Pleitos tengas*.

Son cada vez más frecuentes, dentro y fuera de España, los estudios referidos a la Administración de Justicia. Sus carencias, necesidades, disfunciones y potencialidades son objeto de una atención creciente y minuciosa. Este interés es especialmente elevado en países como Francia, Italia o España, quizá porque el sistema judicial de estos tres países, con unas mismas y fuertes raíces, se enfrenta al mismo tiempo con problemas comparables en sociedades que, en conjunto, guardan importantes puntos de similitud. Del estudio de los males –y virtudes– de la Justicia en Italia, o en Francia, o en España, se pueden extraer datos y conclusiones de gran utilidad para mejor comprender la situación de la institución jurisdiccional en cualquiera de tales países. El libro que Carlo Guarnieri y Patrizia Pederzoli han dedicado a la Justicia italiana (*La democrazia giudiziaria*, Il Mulino, Bolonia, 1997, 186 páginas) o el de Manuela Carmena (*Crónica de un desorden. Notas para reinventar la Justicia*, Alianza Ed., Madrid, 1997, 238 páginas) referido a la española, o el de Antoine Garapon referido a la francesa, constituyen claros e ilustrativos ejemplos al respecto. Se trata sin duda de textos de muy diferente naturaleza: el de Guarnieri y Pederzoli intenta un análisis sistemático de la situación actual de la Judicatura en países como Italia, Francia o España para concluir con una inquietante pregunta: ¿vamos hacia una «democracia judicial», es decir, hacia una democracia basada en el «gobierno de los jueces»? El libro de Carmena tiene otro sentido, no menos esclarecedor: a través de lo que parece un relato aparentemente sencillo de meras vivencias personales, la lucidez (y la curiosidad intelectual, y el inconformismo frente a lo «obvio» y lo rutinario, y la honestidad, sinceridad e independencia de espíritu) con que está escrito hace que de sus páginas se trasluzca una radiografía –o si se prefiere, un retrato descarnado– de gran parte de los lastres de nuestra Justicia: un «desorden» que clama por una reinención.

El libro de Garapon en buena medida arranca de la pregunta –inquietante e inquietante– con que Guarnieri y Pederzoli cierran el suyo y comparte el aliento ético de base que impregna el de Carmena. ¿Estamos a las puertas de una democracia judicializada? ¿Es éste un fenómeno evitable? Y, en todo caso, ¿sería esto negativo para nuestras sociedades democráticas? Garapon da una triple respuesta afirmativa a estos interrogantes con una argumentación brillante y contundente que resulta difícil no compartir.

En las democracias avanzadas actuales el juez no es ya simplemente esa «boca de la ley» de que hablara Montesquieu. Su condición es más bien la de un «guardián de promesas», por decirlo con la expresiva terminología de Garapon: de las promesas que la ciudadanía se hace a sí misma a través de las leyes elaboradas por sus legítimos representantes. Es decir, el radio de influencia y el nivel de presencia en la vida social de la Justicia se ha incrementado fuertemente. En parte como consecuencia de una gradual redefinición de su propio papel derivada de nuevas formas de entender las relaciones jurídicas y sociales, así como las relaciones entre gobernantes y gobernados y los derechos de estos últimos. Pero en parte también como resultado de una profunda quiebra moral en la vida política que unida a un fulgurante ascenso de las instancias



STELLA WITTENBERG

mediáticas ha terminado por situar a la Justicia en una línea de protagonismo tan inesperada como indeseable. Dicho de otro modo: en una democracia avanzada el creciente grado de conciencia de los propios derechos por parte de la ciudadanía se traduce en un creciente recurso a las instancias judiciales para tratar de defenderlos, de garantizarlos o de ampliarlos. La intensa oleada actual de litigación (fenómeno común a todos los países avanzados) lleva aparejada esta nueva percepción del juez como «guardián de promesas», como valedor de expectativas justas y fundadas. Ello confiere una nueva centralidad a la Justicia en la dinámica socio-política. Este nuevo protagonismo atrae inevitable y lógicamente la atención de los medios de información: la Justicia se encuentra así, de pronto, convertida en estrella informativa de primer orden y además de manera casi permanente. Con facilidad ello deriva, en ocasiones, en la creación –sin duda involuntaria, no pretendida conscientemente por nadie– de una «pinza» entre medios de comunicación y tribunales de Justicia de la que las instituciones políticas resultan las principales víctimas. Y a poco que nos descuidemos los tribunales podrían terminar apareciendo en la conciencia colectiva como «el gobierno en lugar del gobierno» y los medios como «el parlamento en lugar del parlamento»: una nueva forma de adoptar decisiones sobre asuntos colectivos y una nueva forma –y además más inmediata, y más ágil y accesible– de expresión de la «voz popular». ¿Con un tal «gobierno de los jueces» y una tal «democracia directa mediática» qué quedaría de la democracia representativa tal y como hasta ahora la hemos conocido? ¿No hay motivos más que sobrados para empezar a inquietarse, ahora que aún es tiempo de poner remedio? De esa inquietud y de esa búsqueda de soluciones nace el texto (en parte análisis, en parte alegato, siempre vibrante y lúcido) de Garapon.

Pero vayamos por partes. A estas alturas la importancia del papel de la Justicia en una democracia parece claro y fuera de discusión. El modo en que en la práctica lo está desempeñando no puede, en cambio, ser más discutido. No sin cierta paradoja, al mismo tiempo que la creciente demanda de intervención judicial despierta la inquietud ante el potencial de un «gobierno de los jueces», la institución judicial registra los niveles de imagen y prestigio social más bajos de los últimos tiempos. Y no sólo en España: en toda la Europa Comunitaria y, en general, en todos los países avanzados con datos fiables al respecto.

El amplio estudio de opinión realizado en nuestro país en julio de 1997 por el Consejo General del Poder Judicial como elemento de trabajo para la realización del «Libro Blanco sobre la Justicia» puso de relieve una importante quiebra de la confianza de los españoles en los tribunales: cada vez son más los ciudadanos que piensan que nuestra Justicia funciona mal (el 51%, el doble por ejemplo que hace diez años), cada vez es más bajo el grado de confianza que inspira. El «Eurobarómetro» realizado hace apenas un año por la Comisión Europea detecta por su parte un estado de opinión prácticamente idéntico en el conjunto de la Europa de los Quince. De hecho, el clima de opinión existente respecto de esta cuestión en España, con ser malo, no es de hecho el peor o el más crítico en términos comparados: las valoraciones más negativas, por ejemplo, se registran en Francia. La Justicia goza pues, en el solar europeo, de una generalizada mala imagen. ¿Por qué? ¿Y por qué justamente esa pérdida de imagen cuando más se espera de la institución y más se habla de su nuevo protagonismo público?

Etiqueta comprometedora

No sería del todo frívolo sugerir que el primer problema de la Administración de Justicia quizá radique en lo que su mismo nombre parece ofrecer: nada menos que dispensar Justicia –así, con mayúscula y en genérico–. Casi nada. No es fácil encontrar otra institución con una etiqueta identificativa tan desmedidamente comprometedora. Sin duda si lo que llamamos Administración de Justicia se llamara «Aplicación de la Ley» o «Administración de conflictos jurídicos» el desfase entre lo aparentemente prometido y lo efectivamente producido sería menor, y menor sería también la frustración consiguiente de quienes a tal entramado institucional se acercasen.

Pero posibles cuestiones semánticas aparte, lo cierto es que a la Administración de Justicia se le reprocha de forma generalizada su hermetismo, su arcaísmo y, sobre todo, su lentitud. Ni el lenguaje, ni las formas, ni el ritmo de la Justicia parecen ya acompasados al pulso social de sociedades avanzadas. No es de extrañar: en lo fundamental el esquema jurisdiccional vigente responde a un esquema decimonónico, remendado aquí y allá pero fundamentalmente intacto en su lógica interna. El clamor en demanda de una reforma urgente y radical es unánime, tanto entre profesio-

nales del derecho como entre profanos, en España pero también en Francia o Italia y, en general, en todos los países avanzados. No hay un solo país en el que el funcionamiento de la Justicia no produzca una profunda insatisfacción. Pero mientras la ansiada reforma regeneradora viene (y quede claro que por ahora no viene, en todas partes, más que en forma de parches de urgencia) la Justicia ha empezado a verse envuelta en una dinámica nueva que no puede sino complicar aun más las cosas. Por un lado los medios de comunicación han pasado a prestarle una atención hasta ahora inédita. Por otro, la vida política ha tendido a judicializarse. Dos pautas que tienden a converger formando la pinza antes mencionada y cuyo potencial corrosivo sobre el tejido institucional resulta incalculable. «Siendo así que se había limitado muy a menudo a denunciar tan sólo el mal funcionamiento de la Justicia, en los últimos años la prensa ha pasado a aliarse con la justicia contra la política. El tercer poder y el cuarto, la justicia y la prensa, se conjuran contra los dos primeros, el ejecutivo y el legislativo, pagando el precio de una inquietante complicidad», señala Garapon. Y tiene razón.

La intensa, creciente atención que los medios prestan a los asuntos judiciales parece, a primera vista, consolidar y reforzar a la institución jurisdiccional contribuyendo a su transparencia y generando una sensación de respaldo popular a su actividad. En realidad los efectos de esta conversión de la Justicia en estrella mediática no pueden ser más peligrosos de cara al sentido último de la función que le corresponde desempeñar. El mundo de los medios se rige por imperativos de inmediatidad y transparencia. La Justicia, en cambio, precisa de parsimonia y de una cierta, imprescindible opacidad. Con creciente frecuencia, por ejemplo, los medios realizan auténticos juicios paralelos como «contribución a la causa de la Justicia». Pero ocurre que la atención que los medios pueden prestar a los temas es, por lo general, limitada y efímera: la constante presión informativa hace que el tratamiento de cuestiones con relevancia jurídica tienda a caracterizarse por tránsitos fugaces de la investigación a la denuncia, de la denuncia a la condena... y de la condena al olvido de la cuestión, que es reemplazada pronto por otro asunto que seguirá el mismo febril y fugaz itinerario. Cuando los tribunales pronuncien finalmente su fallo el asunto será ya, con toda probabilidad y desde hace tiem-



Viene de la página anterior



Ante la ley soy un ciudadano.
 Este ciudadano se acerca un hombre
 de campo y le pide que le permita
 entrar en la ley. Pero el guardián
 dice que ahora no puede permitirle
 la entrada. El hombre reflexiona
 y luego pregunta si podrá entrar
 más tarde. Es posible, dice el
 guardián pero no ahora. Como
 la puerta de la ley está abierta
 como siempre y el guardián se echa
 a un lado, el hombre se apacha
 para ver el interior de la puerta.
 Al entrar el guardián se oye y dice:
 "Si tanto te atrae, queda, rellenta
 entrar a pesar de mi prohibición".
 Franz Kafka.



STELLA WITTENBERG

po, «cosa juzgada» para la opinión pública. La sentencia final rara vez merecerá los titulares o el espacio de las informaciones iniciales —si es que recibe atención alguna—. La Justicia sin duda es ahora demasiado lenta y, en consecuencia, excesivamente distanciada de los hechos que juzga. Pero conviene recordar que por su propia naturaleza la Justicia requiere distanciamiento: «la imparcialidad, contrariamente a lo que cree el sentido común, exige no ver», advierte Garapon. La inmediatez de las informaciones mediáticas imposibilita justamente ese cierto grado de distanciamiento afectivo y temporal que a la Justicia le es imprescindible.

Por otro lado, la identificación absoluta de «democracia» con «transparencia» y la creencia de que, siempre, en toda circunstancia, cuanto mayor sea la transparencia mayor será el nivel de democracia, no puede resultar sino disfuncional para la Justicia y para el mismo cuerpo social. En realidad, y como escribe Garapon, «en una democracia la transparencia no es la de los hombres, sino la de los procedimientos. No consiste en saberlo todo sino en no saber más que aquello que se ha podido establecer legítimamente». Es decir, por un lado el protagonismo debería corresponder a las instituciones —no a las personas—. Y por otro, si el rumor no es noticia, tampoco debería serlo la imputación, la maledicencia o la injuria. La mística de la transparencia (como, por cierto, en otro orden de cosas, la de la espontaneidad o la de la sinceridad) conduce con frecuencia a estados justamente opuestos a los buscados. El afán por saberlo todo, por desvelarlo todo, pase lo que pase y a toda costa, con la coartada —sin duda discutible— de que ello constituye un derecho irrenunciable y un bien absoluto, las más de las veces no hace sino erosionar la jerarquía de verdades y triturar el valor diferencial de los hechos: es decir, termina por producir tanta o más confusión que la que trataba de remediar. Se acaba con frecuencia por saber más detalles pero por entender menos. La Justicia se mueve en otros parámetros: «el procedimiento no es más que el acuerdo previo acerca de la manera justa de saber y asimismo de "no saber", de olvidar (amnistía) o de ignorar (nulidad). Ésta es una de las grandes diferencias entre la acusación anglosajona y la investigación latina: ésta procede del hambre de "saberlo todo", mientras que aquélla, por el contrario, no

escucha más que las pruebas admitidas». En este punto, Justicia y medios difícilmente pueden ajustar el paso. Y la que lo tiene más premioso y meditado puede acabar pareciendo menos interesada en el esclarecimiento de los hechos simplemente por no hacer del «vale todo» el motor de su celo inquisitivo.

Ideal de transparencia

Pero es que además el ideal de la transparencia total y a toda costa comienza siendo una aspiración noble que con frecuencia desemboca en algo tan destructivo como el recelo y la descalificación generalizados. «A cualquier precio —escribe Garapon— el periodista ha de encontrar el fallo, denunciar el escándalo. Esto desarrolla una "cultura de la desconfianza" en cuanto a las personalidades públicas y a las instituciones democráticas. ¿Cómo podría la política, que es un conjunto de creencias comunes, no verse debilitada cuando el recurso principal de los medios es la sospecha? ¿Cómo cimentar el vínculo social en la desconfianza ante el otro?». La Justicia, en cambio, «está llamada a convertirse en una instancia simbólica que les recuerde tanto a la comunidad política como al sujeto democrático el pacto que los fundamenta». En una democracia la Justicia aspira a restaurar la cohesión y la armonía, a sanar el tejido social, recordando permanentemente con su actuación la promesa de convivencia y confianza recíproca en que se fundamentan las normas que aplica.

Junto a este preocupante «desembarco» mediático la Administración de Justicia ha de hacer frente, por otro lado, a la creciente tendencia a la judicialización de la vida política. Como indica Garapon, la Justicia tiende a convertirse en «el nuevo escenario de la democracia». Grave y peligroso error, que sólo excepcionalmente es imputable a los jueces. Esta nueva tendencia tiene más bien su origen en la dejación por parte de los políticos de lo que, en una democracia enraizada, es de su exclusiva responsabilidad: la solución de determinados conflictos, la depuración de determinadas responsabilidades. El concepto de «responsabilidad política» fue un logro de la cultura democrática que permitía establecer una saludable gradación de culpas en una escala cuyo peldaño último era la legislación penal. Las responsabilida-

des no estrictamente penales pertenecen al campo de la ética política. Sólo el deterioro de la moral colectiva puede llevar a que se identifique responsabilidad política con responsabilidad penal y a que se considere que sólo una vez establecida ésta cabe exigir aquélla. Es decir, que se invierta el orden lógico de los distintos niveles de responsabilidad: la responsabilidad política, en efecto, sólo tiene sentido y razón de ser si es previa y no subsiguiente a la penal. Una vez establecida ésta, aquélla carece de todo sentido y función. Pero el hecho es que, con alarmante frecuencia, los tribunales se encuentran ante casos que, en realidad, no deberían haber llegado hasta ellos sencillamente porque su naturaleza última no es jurídica sino política. La incapacidad de las instancias políticas para metabolizar y resolver conflictos que les son propios, por sancionar «políticamente» determinados actos y comportamientos, hace que éstos sean remitidos, previa reformulación en clave jurídica, a la arena judicial. Con ello todos pierden: las instituciones políticas por la dejación de funciones que ello implica; los medios y los tribunales por la forzada adulteración de las suyas a que ello da lugar. Los medios pasan a convertirse en remedo del parlamento —un parlamento de papel—; los tribunales en sucedáneo de gobierno, —un gobierno de los jueces—. Tras este proceso lo que cabe discernir en realidad no es tanto un irresistible ascenso del poder de los medios o de la Justicia cuanto un grave colapso de la moral cívica. Eso es lo que catapultó a las instancias mediáticas y judiciales a una forzada línea de protagonismo. Es la quiebra de ese hábito ético (y aun estético) consustancial a la democracia misma y que implica la pronta disponibilidad a asu-

mir las propias responsabilidades públicas sin recurrir al vergonzoso y vergonzante subterfugio de no darse por enterado de su existencia hasta que vengan impuestas vía judicial y en clave jurídico-penal lo que saca la acción de los medios y de la Justicia de sus cauces naturales. La judicialización de la vida política no refleja así un más alto y depurado nivel de democracia, sino al contrario un déficit de salud democrática derivado de la esclerosis de la moral pública. Como escribe Garapon, en tales circunstancias «el derecho se convierte en la moral por defecto». Y los tribunales ven forzado su brazo mucho más allá de lo que pueden y deben hacer.

Sin duda hay que «reinventar la Justicia». Sin duda urge fortalecerla. Para ello debe contar con más medios —materiales y personales—; deben modernizarse los procedimientos para permitirle ser rápida y por tanto más eficaz; deben aclararse definitivamente las funciones de fiscales y jueces de instrucción (¿habrá quien todavía, a estas alturas, no tenga claro que los jueces deben exclusivamente juzgar y los fiscales investigar? ¿Que la dependencia gubernamental del Ministerio Público, en una democracia, no inhabilita a éste para defender y representar al interés público; cual otro si no representa el ejecutivo, nacido —no se olvide— de unas elecciones libres?). Pero también, y quizá con mayor urgencia aun, debe protegerse a la Justicia de las dos grandes amenazas que sobre ella ahora se ciernen: la tentación mediática y la judicialización de la política. A la «reinención» de la Justicia, al rearme de la conciencia cívica democrática que permita que las cosas vuelvan a su cauce natural nos urgen Carmena y Garapon. ¿Hace falta decir que sería suicida no escucharles? □

RESUMEN

A José Juan Toharia no le sorprende que en Francia, Italia y España se hayan publicado al mismo tiempo tres estudios referidos a la Administración de Justicia, dado que en los tres países sus sistemas judiciales se enfrentan a problemas similares y en sociedades parecidas. Una democracia judicializada, la ten-

tación mediática de los jueces y la judicialización de la política son algunas de las cuestiones que se plantean en unas sociedades como las citadas en las que la credibilidad en la Justicia, en general, y en los «guardianes de promesas», esto es, los jueces, en particular, está descendiendo sensiblemente.

Antoine Garapon

Juez y democracia

Flor del Viento Ediciones, Barcelona, 1997. 230 páginas. 3.250 pesetas. ISBN: 84-89644-23-3.

Un paseo con Darwin por el mundo viviente

Por Juan Ortín

Juan Ortín (Madrid, 1946) ha sido becario de EMBO y de Alexander von Humboldt Stiftung, y director del Instituto de Biología Molecular del CSIC; actualmente es profesor de investigación del CSIC y Jefe de Grupo en el Centro Nacional de Biotecnología. Sus actividades científicas están centradas en la transcripción y replicación del genoma del virus.

Con su perspectiva centenaria, Ernst Mayr nos invita a recorrer la Biología desde las aportaciones de Aristóteles hasta nuestros días, desde las visiones más vitalistas hasta las de la moderna genética molecular, siempre enmarcados en un paisaje Darwinista de la evolución biológica. Comienza el autor por diferenciar la Ciencia y sus métodos de otras creencias o actividades humanas como la religión o la filosofía y por situar a la Biología dentro de las Ciencias. Continúa describiendo los distintos campos que la Biología puede abarcar y las diferentes preguntas que el biólogo se plantea en el estudio de los seres vivos, tomando como ejemplos la diversidad del mundo viviente, la complejidad del ser vivo y la progresión filogenética de estos durante la evolución. Finalmente, Ernst Mayr se adentra en las relaciones de los seres vivos entre sí y con el entorno, incluyendo las relaciones sociales, para preguntarse hasta qué punto la selección natural puede haber sido responsable de la aparición de normas éticas en la Humanidad.

La Biología dentro de la Ciencia

Todos estaríamos de acuerdo en que la Biología es la rama de la Ciencia que estudia los seres vivos, pero Ernst Mayr profundiza en esta definición preguntándose a su vez, ¿qué es la Ciencia? y ¿qué es la vida?, o más bien, ¿qué caracteriza a los seres vivos? Partiendo de las visiones mecanicistas y sus contrapuntos vitalistas, llega a la síntesis organicista más aceptada en la actualidad, pero evita formular una definición de «vida» para limitarse a desgranar una serie de propiedades de los seres vivos que los diferencian de la materia inerte. Así, mientras que la composición químico-física de unos y otra no es sustancialmente diferente, aquéllos se caracterizan por una organización compleja, con múltiples niveles de regulación y una orientación hacia objetivos (funciones) específicas. Pero lo más llamativo de los seres vivos es su acumulación de información, adquirida evolutivamente, en lo que Ernst Mayr llama «programa genético» y que podría equipararse a lo que los vitalistas denominaban «fuerza vital», aunque este término tiene connotaciones teleológicas y finalistas que hoy no son aceptadas en Biología. En términos físicos, los seres vivos constituyen sistemas abiertos que disminuyen su entropía a costa de aportaciones de materia y energía.

Para adentrarse en la manera en la que la Biología explica los seres vivos, el autor comienza por deslindar el método científico de las visiones religiosas de la vida y de la búsqueda de la verdad por métodos filosóficos. Asimismo, encuadra la Biología dentro del conjunto de las Ciencias. Es éste un punto al que se dedica un esfuerzo considerable, quizá excesivo. Se reivindica de tal modo una posición de igualdad de la Biología respecto de otras Ciencias, sobre todo la Física, que sugiere un cierto complejo de inferioridad del autor respecto de científicos de estos campos. Creo completamente innecesario hoy día tratar de convencer de que la Biología es una Ciencia madura, equiparable en su rigor y fortaleza a la Física. Bien es cierto que las Le-



FRANCISCO SOLÉ

yes Universales de ésta aplican a todo el Universo conocido (o al menos esa es la idea actual), mientras que la vida tal y como la conocemos en la Tierra puede ser un «accidente» que sólo exista en este pequeño rincón del Universo, pero ello no invalida que las conclusiones a las que la Biología llega sean válidas en todo su campo de aplicación. En este contexto, y dentro del análisis del método científico hipotético-deductivo, Ernst Mayr defiende la importancia de la observación dentro del binomio observación-experimentación. Quizá por su actividad como naturalista y biólogo evolutivo, rechaza el carácter peyorativo que se suele dar a la Biología descriptiva, razonando acertadamente que en cualquier acercamiento científico se comienza por la observación para después poder hacer preguntas que nos permitan formular hipótesis. Serán nuevas observaciones o bien experimentos «ad hoc» los que den pie a refutar o mantener la hipótesis y por tanto avanzar en el conocimiento. Si bien es cierto que en muchos aspectos de la Biología evolutiva, como en Geología, no es posible hacer experimentos con la facilidad que se hacen en Genética, Bioquímica u otras ramas de la Biología, el autor no menciona los experimentos evolutivos que se han realizado usando poblaciones de microorganismos o virus, o incluso en sistemas acelulares in vitro.

Es interesante cómo Ernst Mayr relaciona la Biología con la Historia. El estudio de los seres vivos lleva siempre implícito el hecho histórico de su aparición y las consecuencias de su evolución. Por ejemplo, la selección del código genético, de uso general por los seres vivos, y su fijación en un momento dado de la evolución tiene consecuencias posteriores para la organización, evolución y comportamiento de los seres vivos. Podría haber sido de otra manera, pero sucedió así. La composición de la materia orgánica y las circunstancias ambientales de aquel momento hicieron que el código genético que usamos fuera el mejor de los posibles y, una vez fijado, se convierte en evolutivamente irreversible en la práctica. Del mismo modo que, suponemos, la caída de un meteorito en el Yucatán dio lugar a la desaparición de los dinosaurios y abrió la posibilidad de expansión de los mamíferos. El autor niega una conexión semejante entre la Física y la Historia, quizá sin tener en cuenta que ciertos aspectos de la Física también han resultado influidos

por los acontecimientos acaecidos durante las primeras fases del origen del Universo. Así, podríamos preguntarnos por qué la materia que conocemos contiene átomos con el núcleo positivo y las capas electrónicas negativas y no al contrario.

Una vez hemos visto qué métodos usa la Biología para estudiar los seres vivos, podemos preguntarnos si en realidad avanzamos en el conocimiento, cómo avanzamos y hasta dónde podemos llegar. La aportación de datos experimentales a veces contradictorios y la continua propuesta de nuevos modelos y teorías podrían hacer creer que la Ciencia, y la Biología en particular, no avanzan. Que éste no es el caso queda manifiesto en los ejemplos que Ernst Mayr usa sobre el conocimiento de la célula y el material genético, pero también queda patente que por cada pregunta que el científico es capaz de contestar se abren muchas más para responder. En este sentido, nuestro conocimiento siempre aumenta pero nunca culmina. A pesar de que, según Mayr, existen teorías que han mostrado una gran resistencia a la refutación y por tanto deberían ser consideradas hechos más que teorías (por ejemplo, las teorías Darwinistas relativas a la evolución), siempre nos quedará la duda filosófica de que nuevos datos puedan mostrarnos que resultan incompletas.

El ¿qué?, el ¿cómo? y el ¿porqué? en Biología

La Biología puede estudiar aspectos diferentes de los seres vivos y se constituye actualmente en una serie de Ciencias que colectivamente llamamos Ciencias de la Vida. Este conjunto puede ser clasificado de acuerdo a muchos criterios. Así, los seres vivos pueden ser estudiados a diferentes niveles de complejidad: nivel molecular, celular, tisular, nivel organismo, población, sociedad, etc. y distintas ramas de la Biología abordan cada uno de estos niveles. Pero las Ciencias de la Vida también pueden clasificarse atendiendo a los abordajes científicos más usados. Se habla entonces de Ciencias Biológicas comparativas o experimentales. La aproximación al problema biológico de estudio puede hacerse desde un punto de vista reduccionista o bien holístico, así como se pueden buscar las causas próximas o las remotas del

fenómeno que se estudia, pero en general es necesario ir al nivel organismo e incluso más allá, a un nivel poblacional o superior para comprender los problemas biológicos.

El autor nos propone una clasificación diferente de las Ciencias de la Vida, en función de qué tipo de pregunta nos hacemos al abordar un problema biológico: preguntas sobre el qué, el cómo y el porqué.

Las preguntas sobre el qué han de ser las primeras porque vienen a proporcionar los datos relativos al problema en estudio. Podría decirse que se refieren a los aspectos descriptivos, sin las connotaciones negativas que muchos les asignan. Son la base sin la cual no es posible construir. Podría pensarse que estas preguntas sólo hay que formularlas en las primeras fases históricas del estudio de un problema, pero hay que tener en cuenta que cada vez que se produce un nuevo avance tecnológico en la investigación, se abren las puertas para formular nuevas preguntas sobre el qué. Así, la reciente capacidad para determinar la secuencia de nucleótidos de forma masiva ha abierto la posibilidad de plantear los «proyectos genoma» de numerosos organismos, incluido el hombre. Ello ha llevado a que muchos se dediquen a confeccionar bases de datos de varios tipos, que el resto de los biólogos usarán para formular preguntas sobre el cómo y el porqué. El proceso de acumulación de datos nunca acaba, aunque es cierto que es más intenso en los comienzos históricos de cada rama de la Biología. Las preguntas sobre el cómo tienen relación con el análisis de los procesos biológicos, las interacciones macromoleculares, celulares, etc. en los seres vivos, mientras que las preguntas sobre el porqué abordan cuestiones evolutivas que en ocasiones están en la frontera con la Historia y la Filosofía.

La diversidad de los seres vivos

En la parte más importante del libro, Ernst Mayr describe respuestas a estos tipos de preguntas usando como ejemplo la diversidad de los seres vivos, la complejidad del desarrollo de un metazoo y la evolución de los organismos vivos.

Para el naturalista, el aspecto más llamativo del mundo viviente es la diversidad. Esta misma pluralidad que uno encuentra en la naturaleza ha dado lugar a la necesidad de un enorme esfuerzo de clasificación para poder entender los seres vivos, que el autor discute tanto desde el punto de vista de la micro- como de la macrotaxonomía. El problema básico de la microtaxonomía es la definición de especie. Después de pasar por visiones tipológicas en las que la especie era definida como grupo de individuos con características morfológicas comunes, hoy día se acepta el concepto biológico de especie como un grupo poblacional aislado reproductivamente del resto. La especie se constituye así como un mecanismo protector de un genotipo compensado que ha tenido éxito, evolutivamente hablando. El uso de este concepto de especie es muy útil para la clasificación de poblaciones, siempre que no estén geográficamente aisladas, pero plantea problemas para los organismos que presentan un mecanismo de reproducción asexual, como es el caso general para el mundo de los microorganismos. De cualquier forma, es claro que la especie es la entidad clave para el proceso evolutivo y en la comprensión de un ecosistema.

La macrotaxonomía trata de la clasificación de las especies y el autor discute los distintos métodos empleados, empezando por la clasificación Linneana o «hacia abajo», que



Viene de la página anterior



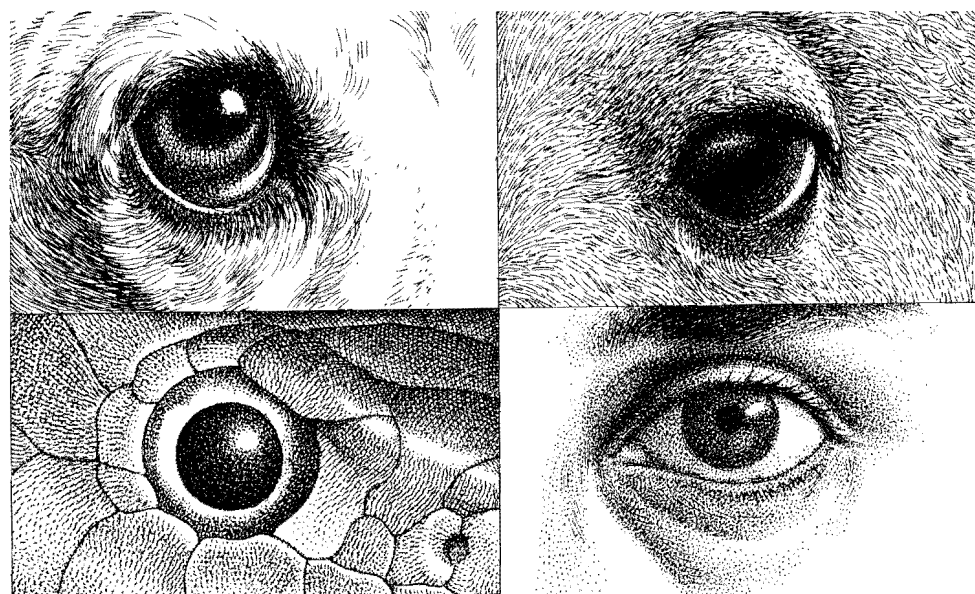
realmente es un método de identificación más que de clasificación, hasta llegar a la clasificación Darwinista o evolutiva. Esta se basa en dos criterios complementarios: la genealogía y la similitud. Para que un taxón tenga sentido biológico ha de estar constituido por los descendientes de un ancestro común. Pero, de acuerdo con Darwin, sólo la genealogía no puede generar una clasificación. Los descendientes de un ancestro común pueden haber divergido a velocidades diferentes y, por tanto, sus similitudes han de ser consideradas en la clasificación. Es necesario un balance adecuado entre estos dos tipos de criterios para evitar los problemas que pueden plantear fenómenos de convergencia o reversión evolutiva. Sin embargo, otros métodos de clasificación eluden el uso de las similitudes y se basan exclusivamente en relaciones filogenéticas. La disponibilidad de métodos de secuenciación rápida ha permitido incluir multitud de marcadores genéticos puntuales en el análisis, con lo que su fiabilidad ha crecido considerablemente.

Uno de los aspectos en que la diversidad de los seres vivos es más notoria es el de la forma. El contraste entre esta enorme diversidad de formas y su constancia en los miembros de una especie ha constituido motivo de estudio y discusión desde los tiempos clásicos. El autor nos conduce por la historia de la Biología del Desarrollo desde los comienzos de la embriología descriptiva, pasando por el establecimiento de la naturaleza celular de los gametos hasta la controversia entre teorías preformacionistas y epigenéticas. Mientras los unos propugnaban que la forma del adulto existía como miniatura en el cigoto, los otros argumentaban que una fuerza desconocida dirigía el desarrollo de una masa informe inicial. Esta controversia quedó aclarada con la distinción entre el genotipo y el fenotipo. Como en muchas ocasiones en Biología, teorías fuertemente contrapuestas contienen elementos correctos e incorrectos. El cigoto contiene preformado el genotipo pero ha de desarrollar el fenotipo. Pero, ¿cómo es posible que células tan diferentes entre sí como una neurona o un linfocito deriven de un único origen?, ¿se reparte el material genético del cigoto de manera desigual? Estas cuestiones, que mantuvieron intrigados a muchos biólogos, empezaron a aclararse cuando se tomó conciencia de que al programa genético de los individuos de cada especie se superpone un programa de desarrollo que resulta de la regulación temporal y espacial de la expresión génica en el cigoto y en sus células descendientes.

La inducción

Uno de los fenómenos característicos del desarrollo de un individuo es la inducción. Aunque Ernst Mayr se refiere con este término a la influencia de la presencia de un tejido en el desarrollo de otro adyacente, hoy día podríamos generalizarlo tanto para organismos con desarrollo por linajes celulares determinados como no determinados, y hablar de la influencia de posición en el destino de una célula o conjunto de células. Así, la presencia del plasma polar junto al cigoto de *Drosophila* determinará la localización del abdomen en esa región del embrión. Intracelularmente, la localización de ciertos productos génicos maternos en posiciones determinadas del embrión dictarán la formación de los ejes antero-posterior y dorso-ventral. Incluso más adelante en la diferenciación, la presencia de determinados RNA mensajeros en un lugar preciso de un neuroblasto indicará cuál de sus células descendientes ha de ser neurona.

Si la presencia de Darwin subyace a lo largo de todo el texto que nos ocupa, en el



FRANCISCO SOLÉ

capítulo relativo a las preguntas sobre el porqué alcanza el grado de protagonista. El conjunto de sus propuestas sobre la evolución de las especies constituyó un giro copernicano en la Biología y dio sentido, y sigue dando sentido, a las observaciones y resultados de sus distintas ramas. El autor nos desgana los distintos aspectos de la teoría de la evolución, incluyendo la propia teoría de la evolución, la teoría del ancestro común, la de la multiplicación de las especies, el gradualismo y el mecanismo de selección natural.

Aunque hoy día las teorías evolutivas de Darwin están prácticamente aceptadas como hechos más que teorías, persiste discusión acerca de la incidencia real de la selección en la fijación de mutaciones, así como cuál es el objeto de selección: el gen, el individuo o la especie (controversia entre seleccionismo y neutralismo). Parece claro que una mutación en un gen que afecte positivamente a la capacidad de un individuo para reproducirse tenderá a ser fijado en la población, pero las circunstancias en las que tal mutación se presente son determinantes para las consecuencias que pueda tener. Así, su presencia en un individuo tras una fuerte reducción poblacional, que puede originarse en un cambio de condiciones ambientales (cuello de botella), otorgará a tal cambio genético muchas mayores posibilidades de pervivir que si aparece en una población muy evolucionada y adaptada al entorno. Además, en el caso de que se produzca tal cuello de botella, las mutaciones que acompañen a la mutación seleccionada, y que puedan ser consideradas «neutras» en ese momento, pueden ser arrastradas con ella. Aunque de entrada puedan ser consideradas «neutras», esas mutaciones podrían abrir nuevas posibilidades de mutación y por lo tanto ser determinantes en la evolución posterior.

Aunque la evolución de las especies sea gradual en su conjunto, no parece haber sido constante. Históricamente, ha habido épocas en las que se ha producido un rápido cambio evolutivo, seguidas por largos tiempos de quietud (stasis). Este «equilibrio con picos» propuesto por Eldredge y Gould podría explicarse por fuertes cambios ambientales en ciertas épocas geológicas que habrían inducido a grandes reducciones y aislamiento de poblaciones (efecto fundador), tal como parece que ocurrió al final del Precámbrico.

A pesar de analizar la diversidad, el desarrollo del embrión y la evolución de las especies, el autor no menciona la asombrosa constancia del conjunto de los genes que constituyen el material hereditario de los seres vivos. Parafraseando a F. Jacob, «la dis-

tinción entre los distintos animales no reside tanto en su constitución génica como en el uso que hacen de esos genes». Y de hecho, según se avanza en la Genética del Desarrollo se constata que un grupo de genes que son bastante parecidos entre sí gobiernan la generación de formas en todos los animales estudiados. Por otra parte, Ernst Mayr pasa de puntillas por el proceso de evolución prebiótica o precelular y por el origen y evolución del código genético.

¿Aplica la selección natural Darwinista al desarrollo de las normas éticas?

La aparición de la especie humana durante la evolución ha sido estudiada mediante los restos fósiles y por análisis filogenéticos. Partiendo de los Australopitecus y pasando por los distintos *Homo habilis*, *erectus* y *sapiens*, parece claro de los estudios basados en el DNA mitocondrial y en marcadores del cromosoma Y que el *Homo sapiens sapiens* tuvo su origen en África hace 150-200.000 años. De hecho, la reciente secuenciación de DNA mitocondrial del fósil de Neanderthal muestra que no corresponde a un ancestro directo de *Homo sapiens sapiens* sino a una rama extinta que se separó hace unos 600.000 años.

Pero, dentro de esta evolución genética y morfológica, ¿qué determinó la aparición del carácter «humano»? Si bien es cierto que el tamaño del cerebro aumentó considerablemente desde los primeros homínidos hasta la aparición de los *Homo*, el desarrollo de las funciones cerebrales más características del hombre no parece que tuviera lugar hasta hace unos 150.000 años. El autor argumenta que el factor clave para este desarrollo pudo ser la aparición del lenguaje, elemento exclusivo de la especie humana, que abrió la puerta a la evolución cultural. El desarrollo de la agricultura, el sedentarismo, el incremento en el tamaño de las poblaciones y la aparición de

la escritura probablemente aceleraron el proceso de acumulación cultural. Y esta evolución cultural puede ser responsable, a su vez, de la entrada en stasis de la evolución biológica del hombre. El aumento de la población y la especialización entre individuos y grupos sociales, así como el desarrollo tecnológico, ha permitido al hombre hacerse independiente del entorno y ocupar todos los nichos ecológicos a su alcance. La acumulación de información que en el plano cultural tiene lugar a nivel de la sociedad, corre paralela, o quizá compite, con la acumulación de información genética que, como consecuencia de la evolución biológica, tiene lugar en el individuo.

Proceso de selección evolutiva

Llegados a este punto, el autor se pregunta si ciertos aspectos de la actividad humana, tales como el desarrollo de la ciencia o adquisición de normas éticas, son también consecuencia de un proceso de selección evolutiva de tipo Darwinista. Para empezar, hace una clara distinción entre los comportamientos altruistas que tienen un componente evidente de beneficio personal o de grupo (por ejemplo, altruismo recíproco o protección de la prole con posible riesgo personal) de aquellos en los que es la sociedad la beneficiaria aún a expensas del individuo. Con el incremento de la población y el aumento de la complejidad social, tales normas éticas pudieron haber sido seleccionadas para aumentar la cohesión de la especie y la mejora de sus posibilidades de competición con el resto. Pero para que puedan ser consideradas verdaderamente como normas éticas han de ser el resultado de una decisión personal, razonada y libre. En cualquier caso, no queda claro cómo ciertos movimientos sociales o actitudes personales pueden haber sido seleccionados evolutivamente. Así por ejemplo, los movimientos de protección de los animales, los movimientos de conservación de otras especies o los grupos de ayuda a regiones deprimidas del Tercer Mundo no parecen ofrecer ventajas evolutivas a la especie humana.

¿Cómo adquiere el hombre estas normas éticas, por herencia o por aprendizaje? El autor propugna que una mezcla de ambos procesos es responsable de ello. Aunque el cerebro humano alcanzó su tamaño actual hace unos 100.000 años, desde entonces la evolución de su capacidad intelectual ha avanzado enormemente. Existen en el hombre programas de comportamiento «cerrados», semejantes a los instintos en otros animales, que han sido fijados durante la evolución, mientras que otros programas son «abiertos» o simplemente significan capacidades para aprender en la primera infancia. Así, el niño no sabe hablar, pero puede aprender, a diferencia de los chimpancés. Estos programas «abiertos» podrían permitir la adquisición en el conjunto de la sociedad de conocimientos y de normas éticas que permitan una mayor cohesión y bienestar social. □

RESUMEN

Aunque con carencias en ciertas áreas como la Biología molecular o la Neurobiología, el libro que comenta Juan Ortín constituye un análisis profundo y ameno de lo que significan las Ciencias de la Vida. Enmarcándolas dentro del conjunto de las Ciencias y de la Filosofía

de la Ciencia, el autor, Ernst Mayr, nos enseña qué tipos de preguntas formula y qué respuestas es posible obtener. Pero, sobre todo, nos demuestra cómo la aproximación evolutiva darwinista da luz sobre una pléyade de problemas científicos y filosóficos.

Ernst Mayr

This is Biology. The Science of the living World

Belknap/Harvard University Press, Cambridge (EE.UU.), 1997. 337 páginas. [8.265 pesetas]. ISBN: 0-674-88468-X.

Un genio de la física

Por Ramón Pascual

Ramón Pascual (Barcelona, 1942) es catedrático de Física Teórica de la Universidad Autónoma de Barcelona, de la que ha sido rector (1986-90), y es académico de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona. Ha sido director general de Enseñanza Universitaria de la Generalitat de Catalunya (1980-1982) y actualmente es vicepresidente de la Comisión Promotora del laboratorio del Síncrotrón.

El premio Nobel del año 1965 fue otorgado al físico japonés Sin-Itiro Tomonaga y a los norteamericanos Julian Schwinger y Richard Philips Feynman por «su fundamental aportación a la electrodinámica cuántica, con profundas consecuencias en la física de las partículas elementales». Como las palabras indican, la electrodinámica cuántica (abreviada QED, de «Quantum ElectroDynamics») es la versión cuántica del electromagnetismo clásico de Faraday y de Maxwell, en el que se basan casi todas las tecnologías modernas.

La versión cuántica, la teoría que describe las interacciones de los electrones y la luz, fue iniciada a finales de los años 20, justo después de la formulación de la mecánica cuántica por parte de Heisenberg, Schrödinger y Dirac. Pero la QED de los años treinta tenía graves deficiencias que no permitían hacer los cálculos necesarios para poder contrastar la teoría con los precisos datos experimentales que se generaron después de la segunda guerra mundial. Más en concreto, no se podía explicar la separación entre ciertos niveles energéticos del más sencillo de todos los átomos, el de hidrógeno, que fue medida en 1947 por Lamb y su colaborador Retherford. La aportación de Tomonaga, Schwinger y Feynman no sólo permitió explicar el desplazamiento de Lamb, sino que también predijo importantes fenómenos de profundo significado físico. Pero fue Feynman quien, independientemente, formuló el método de la manera que se ha hecho más popular introduciendo una interpretación gráfica conocida como los «diagramas de Feynman», que aprenden los estudiantes de física de todo el mundo y que suelen aparecer por la pizarra de cualquier investigador de la especialidad.

Esta es una de las razones por las que Feynman es el más conocido de los nobeles del año 1965. Pero por los rasgos de su personalidad es también probablemente uno de los más populares de todos los tiempos. Nació en la ciudad de Nueva York en 1918 y obtuvo su graduación en 1939 en el Massachusetts Institute of Technology. Tras doctorarse en Princeton University en 1942, y tras una etapa en el Proyecto Manhattan de construcción de la bomba nuclear en Los Álamos, su carrera académica transcurrió por Cornell University y, sobre todo, por el California Institute of Technology donde profesó hasta su muerte en 1988.

La obra que hoy comentamos es una selección de seis capítulos, probablemente los más fundamentales y de más fácil comprensión por su ausencia de formalismo, de su tex-

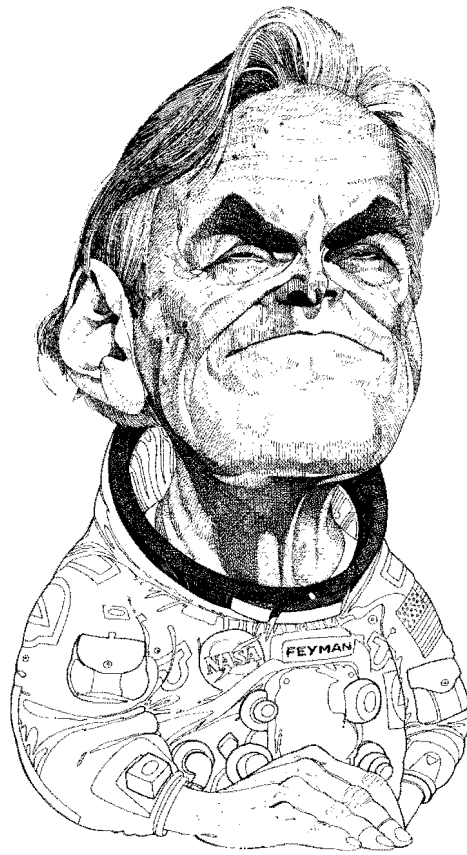
to más conocido, las famosas *Feynman Lectures on Physics*. Las *Lectures* son un texto en tres gruesos volúmenes que contienen el curso introductorio que Feynman dio en los primeros años sesenta en Caltech. Parece que, a pesar del elevado nivel de los estudiantes, el curso no fue un éxito pedagógico ya que sólo fue bien asimilado por un diez por ciento de los 180 alumnos que lo siguieron y realmente uno dudaría en recomendarlo como texto. Si bien Feynman fue consciente de su poco éxito didáctico ya que en su prólogo afirma que «la capacidad de la instrucción es raramente de mucha eficacia, excepto en aquellos casos felices en los que es casi superflua», de lo que no hay duda es de que se trata de uno de los textos que han sido más apreciados por los estudiantes postgraduados y por los físicos profesionales. Transcurridos los años la editora, Addison-Wesley, ha tenido el acierto de publicar estas seis piezas fáciles con un prólogo de Paul Davies (y, alentado por el éxito, ha publicado también *Six Not-so-easy*, con una introducción de Roger Penrose).

Acercar la ciencia

Esta idea sintoniza perfectamente con los intentos de Feynman de acercar la ciencia a la población culta. Baste recordar un par de ejemplos. Uno de ellos es su librito *El carácter de la ley física* (MIT Press 1967, versión española editada por Antoni Bosch, Barcelona, 1983). Es un libro que debería leer cualquier persona culta dispuesta, eso sí, a realizar algún esfuerzo de comprensión no superior, por ejemplo, al de entender el «Discurso del Método» o los «Fundamentos de la Metafísica». Otro buen ejemplo es el esfuerzo que hizo Feynman para divulgar la QED. En 1983, a petición de su amigo Leonard Mautner, Feynman impartió cuatro conferencias, las *Alix G. Mautner Memorial Lectures*, que se publicaron con el título *QED: The strange theory of light and matter*, Princeton University Press, 1985 (versión española, Alianza, Madrid, 1988). En su prólogo Feynman alerta sobre las exposiciones populares de la ciencia que exponen una sencillez aparente a base de exponer algo distorsionado, distinto de lo que pretenden exponer. Afirma que pretende, y creo que lo consigue, «lograr la máxima claridad y simplicidad sin ... distorsionar la verdad».

Los seis capítulos seleccionados se refieren a partes fundamentales de la física. El primero se refiere a las consecuencias de que la materia esté formada por átomos. El autor es capaz de deducir, por simples razonamientos e imágenes y sin uso de las matemáticas, no sólo los rasgos más fundamentales de la materia, sino incluso detalles como, por ejemplo, por qué el hielo flota sobre el agua. El segundo capítulo se refiere a los fundamentos de la física y el tercero a las relaciones de la física con algunas otras ciencias. Las otras tres piezas se refieren a un tema tan fundamental como la ley de la conservación de la energía, la teoría de la gravitación y la mecánica cuántica.

de este físico teórico y su desbordante personalidad que ha dado origen a numerosas anécdotas, tal como cuenta el comentarista. La aparición, además, de estas seis lecciones sintoniza perfectamente con los intentos de Feynman de acercar la Ciencia a la población culta.



PEREZ DELÍAS

En el conjunto los lectores podrán apreciar las argumentaciones de Feynman al tiempo que aprenderán mucho. Y si ya saben algo de ciencia podrán darse cuenta de los grandes avances que se han producido en los últimos treinta y cinco años, desde que las *Lectures* se publicaron. Sería muy interesante saber cómo Feynman actualizaría sus piezas en función de los descubrimientos que la ciencia ha hecho desde entonces, algunos gracias a las contribuciones del propio Feynman, como la teoría de los «partones» o con los avances que han representado la teoría del Big-Bang, la tectónica de placas, los avances en el funcionamiento cerebral, los progresos de la biología molecular o en la búsqueda de una gravedad cuántica.

La exposición de la mecánica cuántica que contiene la última «pieza» es francamente modélica. Conviene recordar que Feynman fue uno de los físicos que no quedaron convencidos con la formulación usual de la mecánica cuántica, la que se basaba en los trabajos de Heisenberg y Schrödinger. Esta insatisfacción es lo que le llevó a elaborar su propia formulación, la de las integrales de camino, que facilita la conexión de la mecánica cuántica con la formulación de la mecánica clásica basada en los principios de mínima acción. Esta nueva formulación, que al principio parecía una simple manera distinta de hacer las cosas, con el tiempo se ha convertido en un potente instrumento para el estudio de la teoría cuántica de campos. La sexta pieza es un claro reflejo de su formulación.

La personalidad de Feynman fue verdaderamente extraordinaria. Las múltiples anécdotas de su vida pueden encontrarse relatadas en la divertida obra *Surely You're Joking, Mr. Feynman!* (Bantam Books, 1985; versión española *¿Está Ud. de broma, Sr. Feynman?*, Alianza, Madrid, 1987). En ella encontramos desde sus descripciones de los carnavales brasileños hasta su habilidad en abrir cajas fuertes. Como muestra de sus anecdotarios, baste mencionar que en su etapa de Los Álamos el trabajo era altamente secreto. Los científicos debían trabajar en libretas de hojas selladas que se recogían a diario y se encerraban en cajas de alta seguridad, de manera que nadie podía llevar resultados al exterior. Una mañana no había la llave y los científicos estaban inactivos. Hasta que el teórico Feynman mostró sus habilidades

abriendo la caja de seguridad sin demasiadas complicaciones.

Esta polifacética personalidad también se refleja en la conferencia que dio el 29 de diciembre de 1959 en la sesión anual de la Sociedad Americana de Física bajo el título *There's Plenty of Room at the Bottom*. En aquella época, aún tan alejada de los actuales chips de alta integración, a escalas de la millonésima de metro, Feynman dejó correr su imaginación sobre lo que podría ser no ya la microelectrónica sino la tecnología a la escala del nanómetro, la milmillonésima de metro. Recordó los progresos que se habían hecho en campos como las bajas temperaturas, las altas presiones o el alto vacío, Feynman planteó las posibilidades tecnológicas de las pequeñas escalas. No se trataba de progresos fundamentales de la ciencia, sino de la explotación técnica de principios conocidos. Recuerdo que, si bien los progresos de la época en cuanto a miniaturización estaban en construir un motor eléctrico del tamaño de una uña o en escribir el Padre Nuestro en la punta de un alfiler, no había problemas de fondo para poder escribir en la punta de un alfiler no ya el Padre Nuestro sino la Enciclopedia Británica. ¡En poder escribirla, reproducirla y leerla! No es pues casualidad que se hayan creado los «Premios Feynman en Nanotecnología».

En este capítulo de las extraordinarias habilidades de Feynman cabe destacar también su participación en la Comisión Presidencial nombrada para esclarecer el accidente del transbordador espacial Challenger, acaecido el 6 de junio de 1986. La Comisión Rogers estaba formada por catorce personas de un perfil esencialmente relacionado con el espacio como, por ejemplo, el primer astronauta que pisó la Luna, Neil Armstrong, o la primera mujer astronauta, Sally K. Ride; la excepción era el físico teórico Feynman. Pero lo curioso del caso es que, entre tantos especialistas, quien descubrió la causa principal del accidente, el comportamiento de unas juntas conocidas como «anillos» a muy bajas temperaturas fue Feynman. El informe contiene también un anexo de Feynman, una especie de voto particular, en el que expone sus propios puntos de vista acerca de la fiabilidad de los transbordadores. Este anexo empieza constatando que las probabilidades de un fallo con pérdidas de vidas humanas son valoradas de muy distinta manera según quien haga la estimación: para los ingenieros del proyecto, la probabilidad es de uno entre cien, mientras que para la administración es de uno entre cien mil! A partir de aquí Feynman analiza con detalle los métodos, muchos de ellos viciados de origen, de estimación de la seguridad de los distintos elementos. También analiza los sistemas de ordenadores de a bordo y los sensores. La lectura del informe trae a la memoria la miopía del observatorio espacial Hubble, consecuencia de la supresión por motivos económicos de algunas fases de comprobación.

Hoy Feynman, que ya debió poder ver en vida la Enciclopedia Británica grabada en CDROM y leída con láser, aún nos recordaría que un CD tiene una superficie aún más de diez mil veces mayor que la punta del alfiler. □

En el próximo número

Artículos de Felipe Mellizo, Ismael Fernández de la Cuesta, Francisco Márquez Villanueva, Antonio García Berrio, Antonio López Pina, Armando Durán y Álvaro del Amo.

RESUMEN

La edición de una selección de seis capítulos, los más fundamentales y de más fácil comprensión, de las famosas Feynman Lectures on Physics, del físico norteamericano y Premio Nobel de 1965 R. P. Feynman, le da pie a Ramón Pascual para recordar la obra

Richard P. Feynman

Seis piezas fáciles

Crítica, Barcelona, 1998. 184 páginas. 1.990 pesetas. ISBN: 84-7423-871-4.

Sobre la percepción del mundo

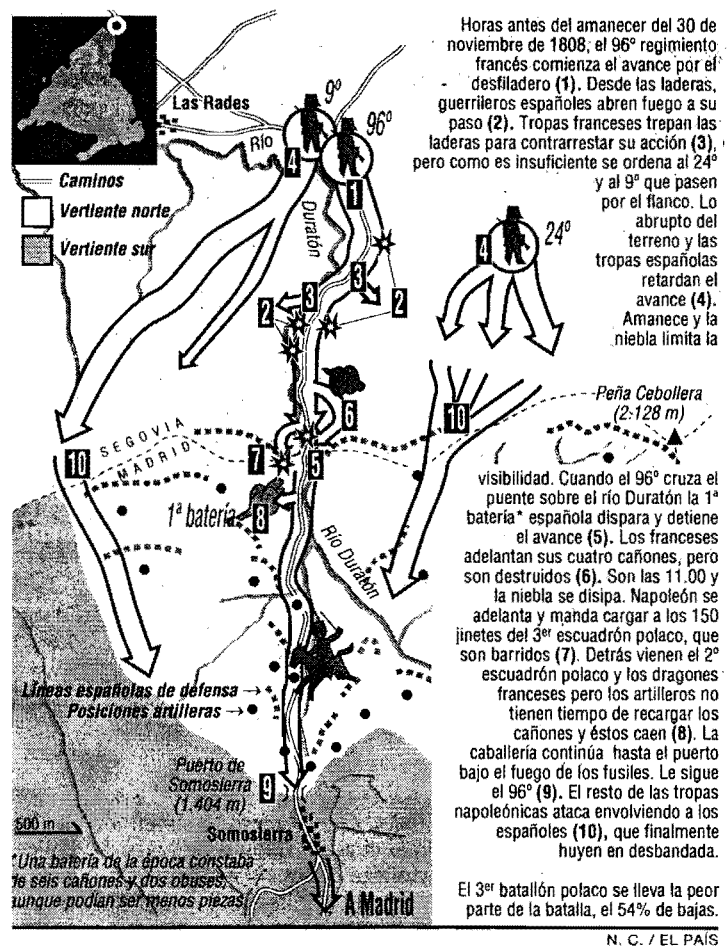
Por Felipe Mellizo

Felipe Mellizo (Córdoba, 1938) es periodista y escritor. Ha sido corresponsal y enviado especial en casi todo el mundo y director de los Telediarios 1 y 2 (TVE) en 1984 y 1985. Es Premio Nacional de Periodismo 1984. Autor, entre otros libros, de *El lenguaje de los políticos*, *Arturo rey*, *Literatura y enfermedad*, *De letras y números* y *Otra manera de cantar el tango*.

Es difícil, en nuestro país y en estos momentos, decir algo acerca del periodismo que no sea un dicho al uso. No es menos difícil, en alguna instancia, contener la ira. Porque, en primer lugar, lo que ahora llamamos «debate», es decir, controversia respecto a una cuestión, no tiene lugar, ni puede tenerlo en una sociedad libre, en lo que afecta a la prensa. Es decir, que no se discute si la prensa como tal es «buena» o «mala». Lo que se discute es si los periodistas tienen que ser «de unos» o «de otros» y, como mucho, en el nivel más áspero y menos noble, si los periodistas somos unos canallas o no lo somos. En segundo lugar y como derivado de lo anterior, no se debate si los periodistas sabemos nuestro oficio o sólo somos unos desdichados buscavidas habituados a la chapuza.

De manera que, así como en otros oficios, tal vez en todos los otros oficios, es continua la evaluación del utillaje y de la técnica y la consideración histórica de los aspectos formales, en «nuestro» periodismo —he entremetido «nuestro»— la modificación técnica se acepta sin evaluación y la historia de las formas es tratada como curiosidad marginal, cuando no eludida. Parece como si el periodismo fuese sólo política (a veces degenerada en la delación, la injuria o el chisme) o espectáculo (a veces degenerado en un permanente «eco de sociedad» o en texto burdamente ginecológico). Claro que «lo que hay que decir» no es eso, sino insistir en que no hay nada mejor que la prensa libre y subrayar su poder, al que es necesario llamar «mediático».

Comenzando el año 1842, Carlos Marx escribió un artículo titulado «Observaciones sobre la reciente Instrucción prusiana acerca de la censura». No se publicó hasta 1843 en Suiza. Las cosas, por supuesto, eran otras, otros los tiempos, otra la cuestión. Pero Marx escribe lo siguiente: «La confusión del principio político con el principio religioso-cristiano ha pasado a ser una confusión oficial». Si tienen ustedes



La batalla del paso de Somosierra en 1808. Ilustración realizada en *El País*. (Fig. 1)

la bondad de escribir «periodístico» —o, si se sienten más tranquilos, «mediático»—, donde Marx dice «religioso-cristiano», enseguida verán que eso es lo que está ocurriendo con «nuestro» periodismo.

Pero, mientras tanto, ¿qué ocurría con el oficio mismo?: ese presunto poder, ¿qué instrumentos tiene a su servicio?: ¿cómo los hemos ido entendiendo y usando? Mark Monmonier deambula en el ámbito de esas preguntas y trata en el libro que comento de contestar a una: qué es, desde cuándo y cómo la «cartografía periodística».

Monmonier es profesor de Geografía en la Universidad de Syracuse —por supuesto, Syracuse, Colorado, EE.UU.—. Que yo sepa, ninguno de sus libros ha sido traducido al español aunque dos, desde luego, lo merecen. Uno, este

Maps with the News, que se publicó por primera vez en 1989, y desde entonces tres veces. Otro, *Maps, Distortion and Meaning*. He de advertir que no he leído este último, aunque sí alguna larga reseña y citas en trabajos de otros. Parecida referencia tengo de otros dos libros, *Computer-assisted Cartography* y *Technological Transition in Cartography*, lejos de mi capacidad de comprensión y, seguramente, mejor lectura para un geógrafo que para un periodista.

Maps with the News lleva por subtítulo *The Development of American Journalistic Cartography*. No cabe, pues, la esperanza de que Monmonier haya llevado a cabo un estudio más universal, pero sí sorprende un poco que la Syracuse University carezca de la documentación necesaria. Sorprende más que, según el propio autor, sólo

lo haya consultado a la ligera diarios como *Le Monde* y *La Stampa*, fuera del ámbito anglosajón y, en ese ámbito, fuera de los Estados Unidos, sólo el *Times* londinense, el semanario *Economist* y los canadienses *Globe and Mail* y *Maclean's*. Ninguno de esos periódicos destaca sobremanera por su «cartografía periodística» y *Le Monde*, por ejemplo, que es uno de los diarios más notables del mundo, no lo es, en absoluto, por sus mapas y gráficos. Habiendo sido mecenas del libro nada menos que la Fundación Guggenheim, el trabajo pudo ser considerablemente mejor.

Con todas esas salvaduras previas, el esfuerzo del profesor Monmonier es original, útil y en muchos aspectos notable. Da a conocer y cualifica uno de esos aspectos formales del periodismo a los que aludíamos más arriba y que configuran el meollo técnico del oficio.

Los mapas en la prensa —me refiero a dibujos geográficos o topográficos, planos urbanos, trayectorias, singladuras, etc.— así como otros dibujos, entre ellos de manera destacada las caricaturas, crecieron a la par que las técnicas de impresión, más o menos a partir de 1810 y hasta hoy. Desde el grabado en madera hasta los grafismos por computadora hubo un largo camino, con instantes magníficos —el «offset», la fotocomposición, por ejemplo—, que parecieron soluciones definitivas y que luego quedaron convertidas en reliquias conmovedoras.

Cualquier periodista viejo, como yo, recuerda el olor y el color de las viejas imprentas,

los sonoros talleres, la maravilla de las linotipias, el plomo, las platinas y el súbito, relampagueante sonido de las rotativas cuando iniciaban su hercúlea tarea. Incluso las anteriores máquinas planas, traqueteantes como una locomotora de vapor. Todo eso murió y la impresión de un periódico hoy tiene lugar en espacios que parecen laboratorios y en los que el plomo ha sido sustituido por complejos sistemas, «scanners» de separación de colores, facsímiles, láser, computadoras que diseñan los movimientos y las perspectivas más enrevesadas, y qué sé yo cuántas cosas más. A esa historia dedica Monmonier sus mejores páginas informativas.

Cartografía periodística

Pero la «cartografía periodística» es un fenómeno especial. Fueron haciéndose necesarios esos mapas enseguida, para situar acontecimientos, narrar batallas o movimientos militares, definir circunscripciones electorales o alfores administrativos, determinar fronteras, describir entidades geológicas, justificar o juzgar la necesidad de algunas obras públicas, etc.

Hubo otra necesidad, que Monmonier señala. «Un mapa», dice, no es sino «un tipo más del trabajo artístico en un periódico». Ciertamente es así, como lo son las fotografías que, además de «informar», contribuyen a que el aspecto de la página —ahora diríamos el diseño— sea equilibrado, compense las «manchas» de la cabeza y el pie, de la salida y la entrada, como diríamos en el habla del oficio. Los periódicos diarios tienden a la simetría; no así las revistas, que consiguen efectos estéticos asimétricos, una gran foto o dibujo con un texto diminuto, o al revés, y un desequilibrio deliberado que puede sorprender, interesar, hacer sentir. Por supuesto, el color, relativamente reciente en la prensa, subraya el efecto estético de fotos —de una manera— y de mapas —de otra—. Aunque, como con cierta gracia observa Monmonier, se trata en la «cartografía periodística» de un uso obvio, tópico, infantil, de los colores, «azules plácidos para el Mediterráneo oriental, amarillos tostados para la semidesértica costa libanesa y goterones de rojo brillante para las explosiones de las bombas».

Por supuesto, Monmonier se ocupa también de la televisión. Pero la «cartografía periodística» es menos relevante en la televisión que en la prensa, porque la televisión es mera imagen y sólo raramente se usa un mapa, cuando no hay imagen del acontecimiento que se quiere relatar. La excepción es, empero, notable: la información meteorológica, enriquecida hoy con las imágenes enviadas por los satélites que nos permiten ver el movimiento de huracanes y borrascas. Otra diferencia es que la televisión es dinámica, se interesa más por la «acción» que por el «hecho», mientras que la prensa es estática. Suele decirse, con retintín vulgar y presuntuoso, que la televisión es «como la vida misma». Acción pues. Bastante mejor lo dijo, fíjense, Pablo de Tarsó: «El mundo, tal como lo vemos, está ocurriendo». La prensa,



En este número			
Artículos de			
Felipe Mellizo	1-2	Antonio López Pina	8-9
Álvaro del Amo	3	Armando Durán	10-11
F. Márquez Villanueva	4-5	I. Fernández de la Cuesta	12
Antonio García Berrio	6-7		

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



Sobre la percepción del mundo

por el contrario, intenta dar testimonio de «la vida pasada». Arqueología, pues, aunque se trate de antigüedades inmediatamente próximas.

En varias ocasiones roza Monmonier una cuestión sugestiva, aunque nunca entra en el meollo mismo. El periodismo trata de facilitar una percepción del mundo. Digo «una». No otra cosa es la Filosofía, la Física o la Geografía, por más que todas esas Ciencias y otras terminarán por fundirse, digo yo, en la única y universal verdad. Por eso se parece tanto el periodismo a la Geografía y por eso el periodismo distorsiona los hechos. No me refiero sólo, aunque también, a la distorsión intencionada, sectaria, partidista, vicio del que no está libre la Cartografía ni siquiera hoy. Basta, por ejemplo, ver mapas oficiales de dos Estados vecinos y enfrentados para advertir sutiles diferencias, y a veces no tan sutiles, en las líneas fronterizas. Basta ver un mapa de Guantánamo hecho por militares norteamericanos y luego otro hecho por cartógrafos cubanos. Basta con ver los mapas, cambiantes cada minuto, de ese territorio al que solemos llamar «antigua Yugoslavia».

Qué es

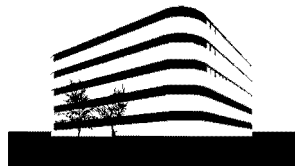
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

Sin recurrir a pasados recientes –la Guerra Mundial– que dio lugar en todos los bandos a cartografías militares y militantes.

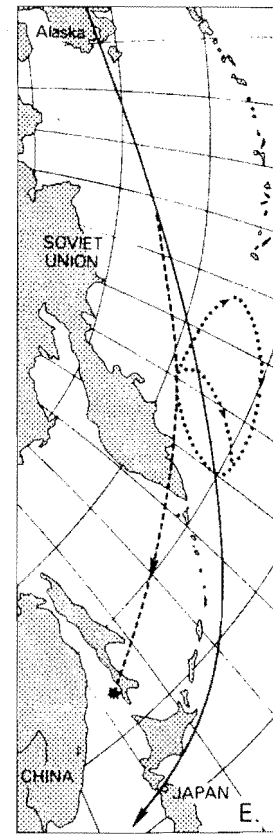
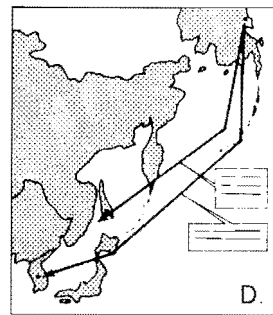
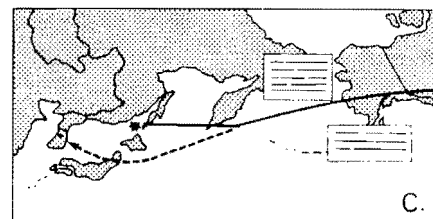
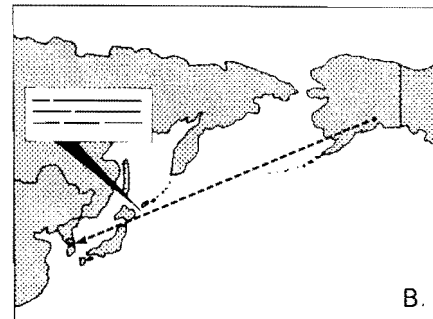
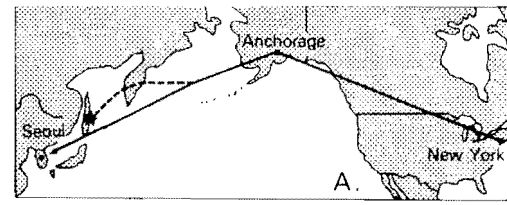
Un mapa chinocéntrico

Hace años fui obsequiado con un gigantesco mapa del mundo hecho en China y chinocéntrico. Resultaba aleccionador ver el mundo como lo ve un chino, reduciendo Europa y América a meros territorios periféricos. Aquí se publicó no hace mucho tiempo un libro –*Atlas Estratégico y Geopolítico*, de Gérard Chaliand y Jean-Pierre Rageau (Alianza Editorial, Madrid, 1984)–, que resumía en una buena colección de mapas los ya viejos principios de la Geopolítica. «Percepciones del mundo», según desde donde se percibe, terminan en líneas comerciales, movimientos políticos o, con frecuencia, en guerras. Aquí, la distorsión ha consistido sólo en cambiar de punto de vista. Pero no me refiero a eso. Me refiero a la «distorsión inevitable». Si de lo que se trata es de facilitar «una» percepción del mundo, el cartógrafo-periodista se ve obligado a modificar las escalas, inventar nuevas maneras de proyección, nuevas perspectivas, y a suprimir detalles innecesarios que pudieran perturbar la percepción de la cosa que tiene que ser percibida.

Fijense un momento en las ilustraciones 1 y 2. La 1, publicada en *El País*, me ha sido facilitada por la documentalista Alicia Blanco, que reunió una colección monumental. La 2, que aparece en el libro de Monmonier y previamente en un estudio de Patricia Gilmartín –en «*Cartographica 22*», n.º 4, 1985–, muestra cinco interpretaciones cartográfico-periodísticas de la ruta seguida por un avión KAL007 en un vuelo famoso y fatal. Sólo la D y la E dan una idea suficientemente exacta, en especial la E. Pero sólo las otras tres, distorsionadas, eran comprensibles para los lectores a costa de los principios científicos de la representación cartográfica.

Un llano camino de rosas

En la 1, que desarrolla un tema muy querido por los cartógrafos, la batalla, el cartógrafo-periodista se ha visto obligado a suprimir los signos topográficos que señalan las cotas, convirtiendo el avance francés en un



Diversas interpretaciones cartográfico-periodísticas de un accidente aéreo. (Fig. 2)

RESUMEN

Al hilo de la historia de la publicación de mapas en la prensa norteamericana, el profesor Mark Monmonier analiza las razones que han hecho crecer a la llamada «cartografía periodística» y considera inteligentemente los

aspectos estéticos, sociológicos, técnicos y económicos de dicho crecimiento. Aunque produce la impresión de «no terminado», Felipe Mellizo lo considera un trabajo sugerente, que dignifica a la prensa.

Mark Monmonier

Maps with the News. The Development of American Journalistic Cartography

The University of Chicago Press, 1985-1997. 331 páginas. 24,95 dólares. ISBN: 0-226-56411-1.

SUMARIO

	Págs.
«Sobre la percepción del mundo», por Felipe Mellizo, sobre <i>Maps with the News</i> , de Mark Monmonier	1-2
«Hijos y nietos de Harold Pinter», por Álvaro del Amo, sobre <i>Closer</i> , de Patrick Marber	3
«Las culturas: ¿prisión y azote de la humanidad?», por Francisco Márquez Villanueva, sobre <i>The Clash of Civilizations and the Remaking of the World Order</i> , de Samuel P. Huntington	4-5
«Universalidad y nacionalismos», por Antonio García Berrio, sobre <i>El hombre desplazado</i> , de Tzvetan Todorov	6-7
«Hacia la unión política europea», por Antonio López Pina, sobre <i>Wozu noch Staaten?</i> , de Peter Saladin	8-9
«Gracia y desgracia en la vida de Ampère», por Armando Durán, sobre <i>André-Marie Ampère. Enlightenment and Electrodynamics</i> , de James R. Hofmann	10-11
«Música colonial iberoamericana», por Ismael Fernández de la Cuesta, sobre <i>A New World Collection of Polyphony for Holy Week and the Salve Service</i> , de Robert Snow	12

Hijos y nietos de Harold Pinter

Por Álvaro del Amo

Álvaro del Amo (Madrid, 1942) ha estudiado Derecho y Cine. Entre otras cosas, ha dirigido la película *Dos*, ha estrenado las obras de teatro *La emoción y Geografía* y ha escrito las novelas *El horror* (finalista del premio Herralde 1993), *Libreto* y *En Casa*. Recientemente ha publicado el libro de cuentos *Incandescencia*.

Closer, la segunda obra del dramaturgo Patrick Marber, confirma las firmes esperanzas despertadas por la primera, *Dealer's Choice*, y sitúa a su autor en un puesto destacado dentro de la literatura teatral inglesa, pujante y abundante. Por la riqueza y variedad de autores nuevos. Por la continuidad de los escritores en activo, que siguen produciendo y estrenando con normalidad. Por la resistencia de la vida cotidiana a prescindir de uno de sus alimentos, o reactivos, principales, el teatro.

La aparición de un dramaturgo particularmente notable (y Patrick Marber en *Closer* demuestra serlo), anima también a una breve mirada retrospectiva. Para identificar sus influencias o, dicho de otro modo, trazar su árbol genealógico. El talento es un atributo individual, que no nace por generación espontánea, sino que se desgaja, inevitablemente, de una tradición. ¿De dónde viene el estilo conciso, elíptico y percutente de Patrick Marber? La respuesta es fácil: de Harold Pinter. Una afirmación, que conduce a otro interrogante. ¿Por qué Harold Pinter es el único autor de su generación que ha sobrevivido?

La práctica totalidad de los dramaturgos que, bajo el título de «jóvenes airados», se impuso con firmeza como exponente de una resurrección del teatro, ha desaparecido. No sólo sus obras se representan muy escasamente, también han dejado de editarse, descatalogadas de las colecciones especializadas que las acogían. Autores y obras que prometían una existencia duradera y una influencia cierta, han pasado a la historia. Irrumpieron con vigor en el último tramo de la década de los cincuenta, poblaron los sesenta con menos ímpetu del que prometían, para languidecer tibiamente, hasta su práctica extinción, en los setenta.

La obra de John Osborne, *Look Back in Anger* (*Mirando hacia atrás con ira*), se estrenó en 1956, el mismo año que *The Room* (*La habitación*), de Harold Pinter. En 1958 aparecieron *Live Like Pigs* (*Vivir como cerdos*), de John Arden, y *Chicken Soup with Barley* (*Sopa de pollo con avena*), de Arnold Wesker. En 1962, Edward Bond estrenaría *The Pope's Wedding* (*La boda del Papa*). Y al año siguiente, Charles Wood, *Cockade*.

Un escogido ramillete de títulos y autores, susceptible de ampliarse con otros nombres, que ha quedado atrás. Nadie salvo Pinter continúa hoy «teatralmente vivo».

John Osborne no logró desarrollar, ampliar y pulir una mirada crítica, tan certeramente iniciada en su primera obra. Fallecido en 1993, regresó al teatro dos años antes para despedirse con *Déja vu*, un retorno amargo y chirriante a los personajes de *Look Back in Anger*. La ira, 35 años después, no había encontrado motivos para apaciguarse y se acercaba al umbral de la vejez mucho más furiosa y desesperada.

John Arden pronto se retiró a su Yorkshire natal, en compañía de su esposa Margaretta D'Arcy, con quien formó una especie de laboratorio de experimentación teatral, al margen de los escenarios convencionales. Ambos escribieron una serie de obras experimentales, intentando conjugar las enseñanzas de la épica de Bertolt Brecht con las tradiciones poéticas, históricas e incluso folklóricas inglesas. Su influencia en el teatro presente es prácticamente nula.

Tampoco los retratos proletarios de Ar-



Una escena de «Old Times» (1971), de Harold Pinter.

nold Wesker, ni las virulentas diatribas de Edward Bond han llegado al fin de siglo. Uno de los últimos trabajos del primero consiste en un conjunto de monólogos; las últimas obras notables del segundo asomaron hace una década. Más crudo es el caso de Charles Wood, cuyos bellísimos alegatos sobre el colonialismo, como *Veterans*, *Dingo* o *H*, de escaso éxito popular por sus elevadas exigencias literarias, no figuran ya en el catálogo de Methuen, la entusiasta editorial que ha publicado el reciente *Closer*. Y, en sus inicios, el teatro de Harold Pinter.

No ha sido Harold Pinter un autor particularmente prolífico. Frente al medio centenar de títulos de Alan Ayckbourn, o a las dos holgadas docenas de David Hare, la producción de Pinter ha sido relativamente escasa. La lista de sus obras puede llamar a engaño. Ocupan cuatro volúmenes en la recopilación reunida ahora por Faber and Faber, con alrededor de una docena de piezas por libro. Sin embargo, una gran parte de ellas son obras en un acto, cuando no breves «sketches», destinados en ocasiones a la radio y la televisión. Las obras «largas» o de «duración normal» (lo que los ingleses llaman «full-length play»), que han ido señalando las distintas etapas de su evolución, son apenas diez. Cuarenta años separan *La habitación* de *Ashes to ashes* (*Cenizas a las cenizas*), obras en un acto. Entre ambas, una progresión decidida y lenta a la vez, tan creativa como trabajosa, con los brillos del genio y la aridez del artífice que extrae con gran esfuerzo los zumos de su imaginación.

Harold Pinter ha extendido, ramificado y, por decirlo así, «popularizado» los logros de Samuel Beckett. *Waiting for Godot* (*Esperando a Godot*), estrenada en 1953, señalaba un punto y aparte en la concepción del lenguaje teatral. Se destruían a la vez las ser-

vidumbres del sentimentalismo, los recursos del psicologismo y las comodidades de la rígida arquitectura de la comedia burguesa. El joven Pinter, nacido en 1930, se apresuró a aplicarse la lección.

El lenguaje, despojado de sus impurezas, presentaba inmensas posibilidades si se desplazaba desde los ambientes beckettianos abstractos y poéticos (el camino desolado y luego, los cubos de basura o el hoyo en la tierra), hasta el territorio reconocible de la vida de cada día. La habitación donde habita una modesta pareja de ancianos de clase media se iluminaba con un misterio desconocido. Lo habitual resaltaba como insólito. El juego engrasado de preguntas y respuestas se revelaba, sometido el diálogo a una observación de rayos X, como un enigma inquietante. No era preciso buscar sorpresivos golpes de efecto. Lo más nimio emergía con una fuerza arrolladora. Lo mil veces visto y tratado adquiría una dimensión de descubrimiento: las frases incoherentes que acaba pronunciando un personaje silencioso, la aparición de un visitante que busca piso o, en obras posteriores, el regreso al hogar del hijo ausente, la mezquindad de un vigilante, el matrimonio que dedica la tarde a recordar,

RESUMEN

La lectura de *Closer*, la segunda obra del dramaturgo inglés Patrick Marber, un autor destacado de la literatura teatral de Gran Bretaña, le da ocasión a Álvaro del Amo para repasar la trayectoria teatral de ese país y plan-

el adulterio observado en la menudencia de su horror doméstico...

Beckett daba un salto desde los avances de novelistas como James Joyce, o Marcel Proust, utilizando también el impulso de los dramaturgos que reinventaron el teatro en los inicios del presente siglo (Chejov, Pirandello, Strindberg, O'Neill incluso). Harold Pinter descendía un nuevo peldaño, descubriendo que el drama continúa escondido en el cerebro, en los nervios, en las palabras que el hombre dice o no puede decir. Es preciso aproximarse siempre un poco más al lugar donde el dolor habita, situándose siempre un poco «más cerca». *Closer*, título de la obra reciente de Patrick Marber, el último, de momento, de los discípulos aventajados de Harold Pinter.

Los cuatro personajes de *Closer*, dos hombres y dos mujeres, viven en cuatro años (1993-1997) una historia de perfecta vulgaridad. La composición de las parejas se deshace con el doble veneno del capricho y del engaño. Ahora me gustas tú, pero mañana preferiré a aquél, o a aquélla. El entomólogo se sitúa, para observar a sus criaturas, en los conductos de la sensibilidad. Como si las células nerviosas sustituyeran, escena tras escena, a los resortes clásicos de la narración dramática. El magisterio de Harold Pinter le ha enseñado a Patrick Marber que las pericias importan poco y el carácter de los personajes es secundario si se acierta a aislar lo que las criaturas sienten. La materia dramática consistirá en captar lo que les alegra, en, inevitablemente, transmitir lo que les duele. Cómo les duele. Con una virulencia expresada llamativamente y, sobre todo, con un encono que se agazapa tras la mudez, hablando por hablar cuando lo que se desearía es dejar la charla para pegarse un tiro.

Es *Closer* una obra de apariencia sencilla. Araña primero con su sobriedad. Absorbe luego por la lógica de un relato sorprendente en su misma previsibilidad. Y acaba hiriendo con la misma daga que ha hurgado, dañado y removido las fibras sensibles de Alice, Dan, Larry y Anna. Tan convincentemente que el espectador, el lector, pensará y sentirá que él también participa de la verdad de las criaturas escénicas. Y viceversa. Son las criaturas escénicas quienes se confunden con la angustia o la piedad del lector, del espectador.

Junto a la obra de Patrick Marber, otros títulos recientes de la escena londinense recogen también ecos de la sabiduría de Harold Pinter. Dramaturgos más «tradicionales» han sabido aprovechar las lecciones de síntesis, la técnica del bisturí. El muy apreciado David Hare, en *Amy's View* (*La opinión de Amy*) analiza con sutileza las relaciones entre madre e hija. El prolífico y aplaudido Alan Ayckbourn, propone en *Thing We Do For Love* (*Cosas que hacemos por amor*), una combinatoria, más festiva que la de Barber, del dúo del gusto y la traición. Otro debutante, Che Walker, elige la suma normalidad de un bar para, en *Been So Long* (*Hace tanto tiempo*), explorar la nerviosa inquietud de sus tipos de hoy.

Los más recónditos enigmas siguen encontrándose, como hace cuarenta años, en una habitación. □

Patrick Marber

Closer

Methuen Drama, Random House, Londres, 1997. 151 páginas. 6.99 libras. ISBN: 0-413-70950-7.

Las culturas: ¿prisión y azote de la humanidad?

Por Francisco Márquez Villanueva

Francisco Márquez Villanueva (Sevilla, 1931) se doctoró e inició su docencia en su ciudad natal. Desde 1959 ha enseñado en diversas universidades de Estados Unidos y Canadá. Actualmente desempeña una cátedra especial de lenguas románicas en la Universidad de Harvard. Ha publicado libros y monografías sobre numerosos temas de literatura e historia intelectual del período medieval y del Siglo de Oro. Su obra más reciente es Orígenes y elaboración de «El burlador de Sevilla».

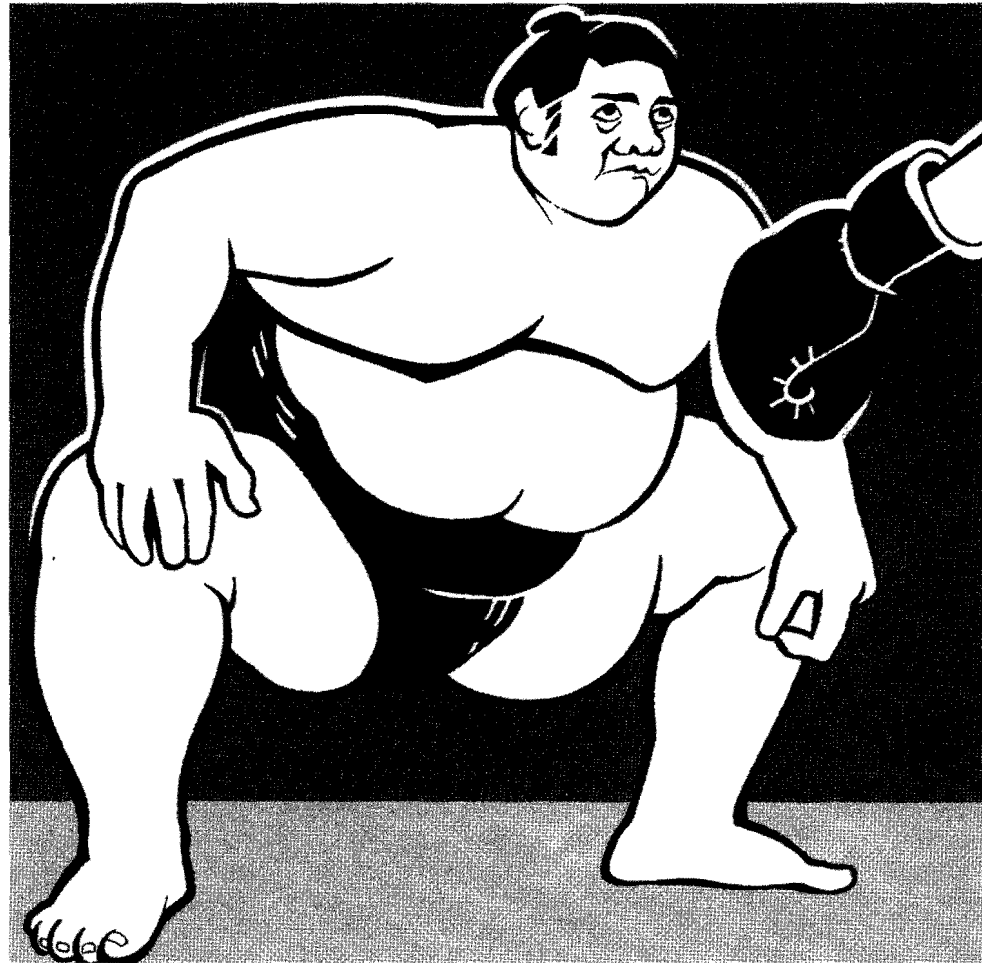
El libro del profesor de Harvard Samuel P. Huntington *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order* es objeto de honda y preocupada atención dentro y fuera de los Estados Unidos. Centrado sobre un estudio de relaciones internacionales, usa el término «cultura» en un sentido enterizo, que expresamente rechaza la distinción entre ésta y «civilización» y nada tiene que ver con cuanto nuestro Luis Vives llamaba «cultura animae». Más aún, poder, civilización y cultura son en realidad inseparables y acaban por refluir sobre ese terreno político donde todo acaba saliendo de la boca de un cañón. La obra abunda en páginas dedicadas a alinear con sus tesis cuestiones como la guerra interna de Yugoslavia, la situación de etnias enfrentadas en Sri Lanka o la compleja partida de la guerra del Golfo.

Secuela, amplificación y respuesta al impacto causado por un artículo del autor aparecido en 1993, su libro parte de un deslinde polémico en relación con la tesis formulada por Francis Fukuyama bajo el título (o más bien eslogan publicitario) de un supuesto «final de la historia». Frente a la promesa de un futuro de universales convergencias tras el triunfo de la democracia liberal al terminar la guerra fría, la caída de sus barreras ideológicas deja en carne viva la realidad de un mundo sumido en el particularismo de culturas en irreductible pugna. Por primera vez la política mundial es multipolar y multicivilizacional (en español horrible término que no se volverá aquí a mencionar), con la entrada en juego de factores que, como las inmensidades del Islam y de China, suponen un presente complejo y un futuro ominoso.

El nuevo paradigma

El autor se acoge a la teoría del paradigma de Thomas Kuhn como única forma de hacer inteligible una realidad de otro modo caótica. El paradigma de la guerra fría se caracterizaba por su neta dialéctica y su capacidad de predecir cursos de acción. La década de los noventa no ha iniciado una era de paz, pues si bien las tensiones han tendido a disminuir dentro del llamado Occidente, se intensifican fuera de éste conforme a líneas no ideológicas, sino culturales. Rebran conflictos de base religiosa que como el de Yugoslavia se habrían dado hasta hace poco por imposible anacrónicos. Ha llegado a su fin el proceso iniciado en la paz de Westfalia hacia una devaluación política de lo religioso y ha sido el Papa quien acabara con el comunismo en Polonia igual que el Ayatolá con el Sha. Es preciso despertar ante el hecho de que las diferencias en terrenos económicos y políticos pueden resolverse racionalmente, pero no así las de orden cultural y religioso.

Lenguas y religiones son la base última y definitiva de toda civilización y ha llegado de un modo muy tangible para el mundo actual *La revanche de Dieu* (1991) de Gilles Kepel. El hirviente caldero de fundamentalismos multiplica su capacidad explosiva con la incógnita del catalizador chino, cuya intensa



MARISOL CALÉS

peculiaridad cultural cabe ser entendida, en su base confuciana, como otra religión más. La característica del nuevo paradigma de conflicto entre culturas es su carácter múltiple, impulsivo y antioccidental. Las identidades culturales superan el concepto de raza y asimilan tecnologías y modelos económicos sin modificar la conciencia de sí mismas ni abolir tablas de valores mantenidas por espacio de siglos y aun de milenios. La americanización del mundo es un fenómeno de superficie y ni siquiera la planificación económica global que algunos llaman la cultura de Davos hace en esto ninguna profunda mella. Como no es tampoco verdad que el inglés haya llegado a ser una lengua universal, sino sólo una especie de «lingua franca» de limitada comunicación intercultural. Ni es exacto que las grandes asociaciones o alianzas como Otan o Asean predominen más que de un modo superficial y episódico sobre las diferencias insalvables de las tribus en que la humanidad permanece más que nunca dividida. El fenómeno aculturador (Frobenius, Spengler, Bozeman) es en su esencia selectivo y grandes masas humanas que mentalmente viven como si se dijera en épocas muy pasadas poscen hoy armamentos nucleares o se hallan en camino de obtenerlos muy pronto. Las civilizaciones cuentan hoy más que las fronteras y que las nacionalidades, con tendencia a agruparse o aceptar la jefatura del estado a la sazón más radical y poderoso del grupo. Los pronósticos no pueden ser halagüeños, porque si hay algo que la historia sitúe fuera de dudas, sería el fracaso, por ejemplo en Rusia o Turquía, de todo intento de redefinición cultural o «civilization shifting» (bonitos eufemismos). El mundo se moderniza, pero no se occidentaliza.

Huntington se halla tal vez más endeudado de lo que confiesa con Spengler y con Toynbee en lo relativo a decadencia de Occidente y al símil biológico del nacimiento, desarrollo y muerte de las culturas. Lo mismo que está expresamente de acuerdo con Dawson en lo relativo al fundamento religioso de éstas, no quiere pronunciar, sin embargo, aquello del «peligro amarillo», cuya tosqueza racista sustituye por un análisis muy tec-

nocrático de la capacidad económica de China y sus posibilidades de encabezar en futuro muy próximo una macroalianza antioccidental en abrazo con el Islam.

Occidente, en su identificación con un cada vez más desvaído cristianismo y hasta hace poco con la idea de «mundo libre», se halla asediado de problemas sin alternativas. La relajación de sus esquemas morales y de los resortes básicos de una sana convivencia social (crimen, corrupción, colapso de la familia) lo desprestigian frente a culturas que, como las del Islam o China, lo han mirado de siempre con desprecio. Su descenso de natalidad contrasta con una explosión demográfica del resto del planeta que lo somete a una inmigración con visos de paulatino fenómeno invasor. El acuciante objetivo occidental de impedir el acceso a armamentos nucleares es una causa de antemano perdida, en la que todo lo más cabe retrasar un proceso imparabable.

A Huntington no le duelen prendas en su alegato contra Occidente. Por espacio de quinientos años no ha tenido éste reparos en imponerse por la fuerza, y si ello se olvida dentro de casa, no ocurre así fuera de ella. Se ha acostumbrado desde siglos al fraude de imponer sus propias reglas de juego. La identificación con la democracia, tan frecuentemente invocada, es hipócrita porque no se duda en proteger cuando conviene a tiranos y se ignora cuando es adversa a sus intereses, como ocurre en este momento con Irán y su régimen. El mismo FMI es hoy día un implacable instrumento de dominación como otro cualquiera. Especialmente engañosa es la embriaguez aparejada (ahí está Fukuyama) con el final de la guerra fría, que no ha significado ningún triunfo, sino un «agotamiento» de todos. La idea de que la cultura occidental tenga derecho, por una supuesta validez universal, a que todo se doblegue ante ella, ha sido siempre de por sí «inmoral», pero a partir de ahora sumamente irrealista también.

Aun así, la sensibilidad, persuasiones y estilos mentales de Huntington son por entero occidentales y «a fortiori» anglosajones. Sin los Estados Unidos, Occidente (léase Europa) no sería hoy nada.

The Clash of Civilizations vuelve una y otra vez al caso del Islam como problema perturbador y sin viables salidas. La conciencia musulmana reafirma hoy el desdén que siempre abrigara frente al Occidente «cruzado» y fomenta en el mundo una reacción antiseccular. Su espíritu de «reforma» corre en un sentido no de modernización, sino de retrocesos integristas con que se canalizan las energías de una demografía juvenil a la que el mundo actual no tiene nada que dar ni que prometer. Lejos de diluirse, el radicalismo islámico tiende a contagiarse, en cuanto actitud de base, los estados de ánimo que en el momento presente estampan su sello en las relaciones internacionales.

A la inversa de Occidente, el Islam posee una intensa fe en sí mismo, aunada con otra no menos visible desorganización o incoherencia interna de estados muy débiles y a menudo contenciosos o rivales. No es sino una continuidad histórica donde se superponen los extremos de particularismo y universalidad representados de un lado por la tribu y por otro de la «ummah» o comunidad de los creyentes. Un mundo policéntrico, cuya jefatura resulta muy difícil, porque requiere la difícil confluencia de poder político y poder religioso que idealmente representaba el califato. Sombra como se sabe abolida por Kemal Atatürk al comienzo de su revolución secularista en Turquía, constituye la fórmula que de algún modo tiende de nuevo a configurar el actual experimento iraní. Egipto, Irán, Turquía, Indonesia, Pakistán y Arabia Saudita abrigan razonables aspiraciones a ser el Estado islámico de cabecera, si bien habrían de superar para ello un respectivo cuadro de dificultades que hacen imprevisible este importante factor del futuro.

Huntington guarda su mayor pesimismo para el alto potencial del Islam para entrar en pugna con sus vecinos hindúes, ortodoxos, africanos y cristianismo occidental, pero de modo curioso apenas si habla del carácter movilizador del conflicto entre palestinos e israelíes. Las condiciones de la segunda mitad del siglo XX han ahondado el tradicional enfrentamiento entre Oriente y Occidente, agravándolo con intervenciones militares y económicas causantes de humillaciones y resentimientos similares a las del lesionado orgullo de China. La frágil tolerancia entre Islam y Occidente se ha erosionado sobre todo de 1980 acá y la caída del comunismo, visto hasta entonces como enemigo común, tiende a poner fin a una situación de aplazado armisticio. Las rupturas de esta tensión toman ahora la forma de terrorismo, de siempre el arma de los débiles, pero las posibilidades de enfrentamientos a mayor escala son para Huntington muy diversas y todas ellas sombrías. Porque el problema no es aquí el «fundamentalismo» sino el hecho mismo del Islam.

España e Iberoamérica

Iberoamérica (aquí, desde luego, «Latin America») cuenta por derecho propio entre las grandes culturas de Occidente, al que por lo menos no ha abandonado hasta ahora. Nacida de un útero europeo, su curso difiere del de Europa y de los Estados Unidos por su desconocimiento de cuanto la Reforma protestante trajera consigo. En otro epidesarrollo peculiar, ha sabido mantener y en cierto modo incorporar importantes culturas indígenas, que no existieron en Europa y fueron barridas en el país más al norte. Los iberoamericanos no están de acuerdo acerca de si son parte de Occidente o constituyen más bien una cultura propia. Es cuestión de puntos de vista, si bien en lo que toca a política internacional sería más útil adoptar este último.

Viene de la página anterior



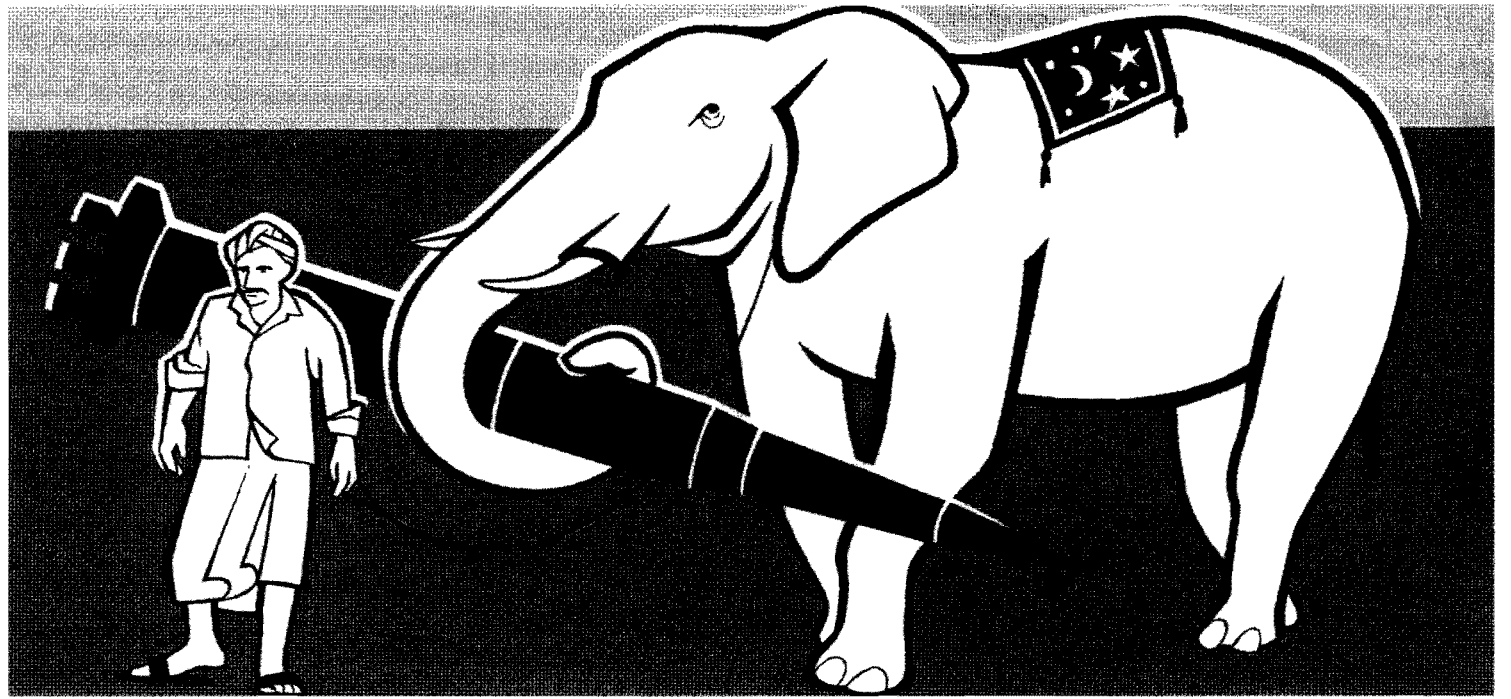
Iberoamérica, lo mismo que África y el Islam, permanece por el momento acéfala bajo su legado hispano en cuanto a lengua y religión. España ha tenido la oportunidad de erigirse en su estado natural de cabecera pero, puesta ante una grave disyuntiva, ha preferido engancharse al tren de la Comunidad Europea. Dado por giro definitivo y sin resquicios, es el motivo por el cual España aparece separada de Iberoamérica en los gráficos de este libro. Dos Estados de alto potencial, como son Brasil y Argentina, han podido contemplar esa cumbre de jefatura bajo una típica meta de darse sus propios armamentos nucleares. El abandono final de la idea, bajo presión de enormes dificultades internas, significa no sólo la renuncia a dicha preeminencia, sino también un bienvenido alivio de tensiones en todo el continente americano. En el mismo sentido se orienta el importante cambio de actitud de México durante los años ochenta, pasando de un papel de desconfianza tradicional ante los Estados Unidos al de una integración económica con Norteamérica. Un tercer proceso, esperanzador para el autor de este libro, es el avance del protestantismo entre las masas iberoamericanas, fenómeno que en su opinión debería ser favorecido a toda costa.

Por más que quieran, los Estados Unidos no pueden ignorar a Iberoamérica. La incontenible oleada de inmigración ha creado ya al norte de la frontera con México una franja alógena que tiende a invertir los despojos de éste a manos del país vecino en el siglo XIX. El problema de asimilación supuesto por un elemento humano que no se ajusta, por apego a su identidad y a su lengua, al usual de otros grupos inmigrantes, representa una incógnita sobre el futuro de los Estados Unidos y de si éstos habrán o no de ser una sociedad fragmentada. El análisis de Huntington es aquí claramente interesado. El mejor papel de Iberoamérica sería el de aceptar una situación de clientela en docilidad permanente respecto a los Estados Unidos. En otras palabras, y a fin de cuentas, un replantamiento tecnocrático de la doctrina de Monroe.

Monoculturalistas y multiculturalistas

The Clash of Civilizations se limita casi por entero al anuncio de un mundo aún más propenso a fatales e insolubles forcejeos entre las diversas familias humanas. El desarrollo económico y tecnológico tiende a poner en manos de casi todos la capacidad de destrucción antes reservada a muy pocos. El futuro pertenece a una espiral de conflictos, porque el mundo multicultural es inevitable y el imperio global más imposible que nunca. A pesar de algún limitado avance como el rechazo (aunque sólo sobre el papel) de la esclavitud, la naturaleza humana sigue tan negativamente inclinada como el primer día. Tras tanta teorización a la moderna se está donde siempre porque, si bien no se le mencione aquí una sola vez, es Maquiavelo quien sigue diciendo la última palabra.

¿Qué hacer entonces? Y, sobre todo, ¿qué deberán hacer los Estados Unidos como cabecera de Occidente? Se habla hoy mucho en los medios académicos de multiculturalismo en favor de una apertura indiscriminada a todo lo no europeo, pero sus partidarios son «separatistas etnocéntricos» (A. M. Schlesinger) que reducen la herencia de Occidente a una historia de sus crímenes. Como sentencia a su vez Huntington, miran hacia un país que en realidad no sería tal, sino en todo caso unas Naciones Unidas. Los desacreditados monoculturalistas globales querían por el contrario hacer del mundo una América, mientras que los multiculturalistas



MARISOL CALÉS

harían de América un mosaico o microcosmos. Lo que todo esto deja en claro es cómo abandonar el concepto de derechos y libertades del individuo por los de grupos raciales, étnicos y sexuales traicionaría al concepto de nación y a lo mejor de la identidad de Occidente. Los Estados Unidos, que no pueden ignorar ni dirigir el mundo, sólo tienen por delante un modesto curso de acción, que sería reconocer con inteligencia su deber de preservar lo esencial de aquel legado desde una conciencia de su poderío cada vez más declinante. En términos prácticos, trabajar por una general deflación de conflictos, en lugar de ser fuente o parte activa de los mismos. Y en otros aún más específicos, una rededicación y rejuvenecimiento institucional de unas organizaciones internacionales heredadas de la segunda guerra mundial y de la posterior guerra fría. Lo demás es «falso, inmoral y peligroso».

The Clash of Civilizations es un libro cuyo mayor acierto es su forma de ir al grano en materia de planteamientos, pero vulnerable por lo demás a una mirada de reservas, discrepancias y rectificaciones. Sufre todo él de llevar muy al desnudo su talón de Aquiles de estricto paradigma, es decir, una construcción esquemática y alejada, en su simplificación abstracta, de los meandros e imprevisibles zonas borrosas del acontecer humano. Y es inútil pedir otra cosa, porque los paradigmas no son más que máquinas mentales, limitadas a funcionar de un modo repetitivo conforme a un ciclo preestablecido y sin capacidad de adaptación ni respuesta.

El paradigma es una camisa de fuerza y por eso todo lector hispanófono advertirá, sin ir más lejos, en el libro de Huntington las quiebras de su visión de la realidad iberoamericana. Sus análisis políticos prescinden a veces de una matización de los aspectos históricos, como ocurre con su olvido del principio de solidaridad supranacional que desde siempre ha sido uno de los pilares de la experiencia islámica. El reconocimiento de los culpables errores de Occidente no pasa a preguntarse si acaso no continúan cometiéndose a mansalva y si no son éstos los causantes de cuanto interpreta como negativo solipsismo de los grandes grupos humanos. Nada se sigue (otro ejemplo) de su reconocer la convivencia de Occidente en el conflicto de Israel, ni se detiene tampoco a meditar el efecto salutarífico que su solución ejercería en el planeta.

Huntington es sumamente irrealista al considerar la guerra fría como un «paradigma» ya cerrado, en lugar de proceder a una

crítica de la misma como acceso a un eventual nuevo esquema. No se reflexiona sobre el efecto de cuarenta años de enfrentamiento institucionalizado (pues no por «fría» dejó de ser «guerra») y de problemas «sine die» postpuestos, que desgastaron toda suerte de resortes internos y, por aún, acostumbraron al mundo a la pereza mental de unas dialécticas maniqueas y de antemano comprometidas con expedientes de fuerza. La guerra fría, se ha dicho, ha dejado tras sí una paz fría, pero con ello seguimos moviéndonos en la misma zona térmica. Cabría preguntarse si el nuevo «paradigma» no añora en el fondo aquel sesteo, predicando también una variante paranoica de lo mismo, en vez de invocar la oportunidad de construir desde las raíces un «ordo» al fin liberado de inventadas pesadillas.

Desde el ángulo humanista

Como muestran sus reflexiones finales, cuanto Huntington tiene que decir en el capítulo de soluciones es bastante vago y hasta un poco salomónico. Su libro podría verse a modo de correlato académico solidario, por vías subterráneas, de la clase de aprensión milenarista con que el público de su país presta oídos a las torvas profecías de epidemias incontrolables, cambios climáticos, colisiones con asteroides y ahora (para elegir) también un asedio de bárbaros con armamento nuclear.

The Clash of Civilizations es un libro seco y deprimente, pero es preciso reconocer que la responsabilidad no es tanto del autor como de la esterilidad y miseria del discurso tecnocrático una vez traspuesto al plano sangrante de la realidad humana. Por otro nombre, la neutra frialdad con que se acepta lo inaceptable y se pretende edificar sobre un triste concepto en que, en vez de hablar al

espíritu, las culturas valen por determinantes o prisiones infranqueables, a la vez que como catapultas para echar a pelear a los seres humanos generación tras generación.

Se responderá que esto es simple realismo y que todo lo demás son ensoñaciones y delicuescencias, pero muchos seguiremos negándonos también, por principio, a tanta desesperanza. El presente crítico no ha podido menos de recordar ante este libro aquel otro escrito por el holandés Johan Huizinga, *En los albores de la paz*. El anciano historiador y humanista se entregaba a las puertas de su muerte en 1945 a la euforia de pregonar un mundo (para él, todavía, una Europa) libre por fin del espectro de la guerra y al que todas sus culturas nacionales aportarían cuanto de positivo habían acumulado en una sedimentación de siglos. Y eran los mismos días también en que Jacques Maritain proclamaba la bancarrota final del maquiavelismo político y Teilhard de Chardin situaba el fenómeno humano como eje de una armonía cósmica.

«A posteriori» podrá parecernos todo aquello una insigne ingenuidad, pero la persuasión del caudal moral representado por tantas riquezas del espíritu humano sigue siendo válida y estando ahí para cuantos quieran inspirarse en ella. La pura verdad es que Huntington no tiene apenas nada bueno que decir acerca de ninguna cultura no occidental y, conforme a lo de siempre (libro de Edward Said), sigue pensando en el Islam como un trasto inútil de la historia. Ni toparemos tampoco en este monumento de «Realpolitik» con ninguna clase de convocatoria a la clase de movilización con que educadores, artistas, pensadores y autoridades religiosas podrían contribuir a que tan desdichado futuro no se materializase, como sin duda lo hará si eso es cuanto tienen que decirnos las cabezas encargadas de alumbrar los caminos del futuro. □

RESUMEN

Francisco Márquez Villanueva se ocupa de un ensayo de Samuel P. Huntington, en el que se traza un panorama preocupante, puesto que la caída de las barreras ideológicas de la guerra fría ha dejado en carne viva un mundo sumido en culturas en irreduc-

tible pugna. Las tensiones del mundo actual ya no tienen una motivación ideológica. Estamos asistiendo a la refluoración de conflictos de base religiosa; y éstos no se resuelven racionalmente como los de índole económica o política.

Samuel P. Huntington

The Clash of Civilizations and the Remaking of the World Order

Simon & Schuster, Londres, 1997. 320 páginas. 16.99 libras. ISBN: 0-684-81164-2.

Universalidad y nacionalismos

Por Antonio García Berrio

Antonio García Berrio (Albacete, 1940) es catedrático de Teoría de la Literatura de la Universidad Complutense, en Madrid. Desde 1968 desempeña la misma cátedra en las universidades de Murcia, Málaga y Autónoma de Madrid, habiendo sido profesor visitante en varias universidades extranjeras. Es autor, entre otros, de los siguientes libros: Formación de la teoría literaria moderna, Introducción a la poética clasicista y Teoría de la literatura: la construcción del significado poético.

Parece que ahora toca que lluevan proclamaciones de universalismo categórico. Es un síntoma más de los tiempos sobre el que me siento personalmente alborozado (en muchos sentidos serios e irónicos) y cuya reflexión brindo cordialmente desde el libro de un eterno precursor, Tzvetan Todorov, *El hombre desplazado*, para aquellos lectores que hayan preservado más o menos indemnes sus sentidos de la orientación y el equilibrio en los años pasados, a lo largo de la borrachera postmoderna recién transcurrida. La raíz del alborozo en serio procede en este caso de la natural tendencia sociable a la compañía: otro más con nosotros, Todorov esta vez, después de Steiner en 1988 o de Eco en el 90; en tanto que la socarronería del regocijo irónico se nutre de considerar, por enésima vez confirmada, la espectacular cucaña de las modas.

A la vista de las nuevas voces y de los corrimientos de opiniones, como los que ilustra el libro de Todorov, la inteligencia de los lectores y las exquisitas maneras de la casa desaconsejan dar rienda suelta aquí a algunas más que razonables impacencias contra tanto baile de máscaras y ejercicio de supervivencia coyuntural. Vaya esto brevemente por delante para descargo y abono de la propia actitud (y callaré bien pronto) que uno mismo, modestamente y en este rincón ignaro del planeta, ha mantenido con prioridad a todos estos aplaudidos autores, en los años del pleno sarampión de la postmodernidad relativista y escéptica; a saber, el principio de sentido común sobre el fundamento general o universal antropológico en los juicios estéticos.

Aunque no hay que olvidar en estos casos (y es muy verdad, no obstante, que la presión de cierta propaganda de las modas culturales, como la recién desgastada del nihilismo destructivo y del relativismo axiológico postmoderno, llegó a conseguirlo) que, junto a las

deformaciones caprichosas de los fenómenos de actualidad, conviven con cotidiana serenidad también las corrientes de la tradición constructiva analítica. Se ha de recordar aquí en cuanto al tipo de preocupaciones a que convoca el libro de Todorov, *El hombre desplazado*, el dato próximo al mismo ámbito doctrinal de las aporías filosóficas deconstructivas de la «normalidad» universalista que ha informado, entre tanto, simultáneamente, sistemas de pensamiento nada secundarios ni rebajadamente continuistas, como la lingüística de Chomsky o de Lakoff y la psicología cognitiva de los prototipos de Rosch. Esto para mencionar tan sólo alternativas radicales, que han coexistido en el mismo escenario nacional: lo que algunos analistas europeos han identificado como el contraste típico costa del Este vs. costa del Oeste, respectivamente. Si bien es cierto que la retórica apocalíptica, bastante farandulera, del nihilismo deconstructivo de los «campus» de Yale y la costa del Este ha llegado a ensordinar para la Europa «débil» postmoderna durante casi veinte años la continuidad de la cultura universalista de otros escenarios americanos.

Quizá el caso extremo de la hasta virulenta indignación polémica en su propio país de unos antiguos seguidores defraudados contra el versátil «compañero de viaje» Umberto Eco, astutamente reinstalado ahora en los absolutos de la «opera» desde *Los límites de la interpretación*, pudiera resultar paradigmático en punto a la legitimidad cuestionable de determinadas maniobras de retorno y marcha atrás. Pero mucho más sustanciales y significativas todavía me parecen aquí las resistencias populares contra la pretensión apresurada por el montaje sensacionalista del sabio Bloom en su *Canon occidental*. Cuando de convalidar históricamente el «canon tradicional» se trata, no vale practicar los mismos hábitos de provisionalismo fragmentario y de liviandad argumentativa que se censuran en los académicos convencionales del «resentimiento». Trabajos mucho más serenos en campos menos sensacionalistas, como la monumental historia paradigmática de la creencia cristiana de Hans Küng (ver la reseña de Gómez Caffarena en SABER/Leer, n.º 114, abril 1998, sobre *El cristianismo. Esencia e historia*) establecen las pautas de «decoro» a seguir para las síntesis de convalidación histórica en las proclamaciones de universalismo, estético u otros, que comparto.

Pues ésa pudiera ser la peor forma de contagio que amenaza desde la fragilidad del re-

cién ultimado fragmentarismo postmoderno a la restauración, apenas si normalizada, del nuevo humanismo universalista en las Ciencias del espíritu: sustituir una retórica de meras adhesiones iniciales al nihilismo apocalíptico, por un nominalismo universalista de simples intenciones. Y aquí no vale remitirse por comodidad a los insuperables antecedentes completos de Aristóteles o de Hegel; el nuevo «realismo metafísico» y sus correlatos culturales han de plasmar (también en este tiempo, como siempre) la dialéctica de su recondicionamiento necesario. Sin una clara delimitación del significado actual del universalismo humanístico, con la identificación de sus objetivos y la reescritura actualizada de su continuidad tradicional, la creciente normalización universalista de las Humanidades acabaría por ser no más que otra nueva pasarela de la moda, más contradictoria todavía que la del nihilismo recién traspuesto.

La desvinculación nacionalista: desplazamiento y adaptabilidad

En el marco de la más que saludable restauración de la normalidad prebélica del universalismo idealista europeo, que empieza a manifestarse abrumadoramente, se asoma a nuestra atención este libro de un «outsider» constitutivo como es Tzvetan Todorov. Nacido en Bulgaria y residente en París desde 1963, alcanzó una temprana reputación de mediador intelectual con el mundo entonces muy distante de la cultura rusa, a través de una antología de textos titulada *Teoría de la Literatura*, en 1965, que incorporaba una acertada selección sobre el famoso grupo de pensadores literarios en activo en Rusia, sobre todo en el segundo decenio de nuestro siglo.

Ayudándose de la misma condición diferencial de «desplazado» que tematiza ahora, Todorov se servía entonces hábilmente de sus conocimientos lingüísticos y presemiológicos de la cultura soviética: la crítica literaria de tradición formalista y sobre todo (él y Julia Kristeva) la naciente Gramática generativa rusa de Shaumian, muy paralela en su arranque a la del primer Chomsky. En el ambiente francés esquizofrénicamente dividido por entonces entre la tecnología metodológica del estructuralismo y la ideología/moral marxista de la «gauche divine», sucesiva al triunfo universitario del 68, las aportaciones de Todorov se mostraban ya caracterizadas a la sazón por un impulso encubiertamente esencialista, que

se orientaba a la evidenciación de las constantes genéricas en trabajos como su *Introducción a la Literatura fantástica*. Al tiempo (y lo destaco sobre todo como antecedente válido de lo mejor de *El hombre desplazado*), en su conocida obra *Gramática del Decamerón*, planteaba una sistemática de los formantes estructurales del discurso literario complejo, que implican asimismo una concepción apromblemáticamente universalista de las estructuras literarias textuales, no diferente a la filosofía de la gramática de Chomsky.

Aquella tendencia a la búsqueda, nunca ostentada y explícita, de constantes de signo universalista comparece sólo ahora, treinta años más tarde, con valor de programa declarado en *El hombre desplazado*. Y se presenta bajo una disposición autobiográfica de los hechos que pretende apuntalar la tesis del peculiarismo «perspectivista» (Ortega y Gasset-Baquero Goyanes) característico de la visión extrañada y forzosamente superficial de la cultura, que se confirma como estigma de destino en el «desplazado», desenraizado de su soporte-límite nacionalista y abierto al humanismo universalista. Bien es cierto que en su ya remota etapa de pensador estructuralista, casi ni mencionada en el libro actual, el límite de la extrañeza favorecía y disculpaba el trazado meramente esquemático de lo universal estructural.

Desde entonces el inteligente y caviloso «desplazado» ha seguido atravesando novedades intelectuales en calidad de testigo distante, en la medida de su trabajosa instalación en profundidad dentro de espacios culturales europeos y americanos crecientemente complejos. Así, si Todorov nos confiesa al final de *El hombre desplazado* su alborozada satisfacción de integrado en cada nuevo regreso a un París crecientemente propio y doméstico, mucho podemos temer que sus balances actuales de cultura integrada (el rápido final del comunismo en el Este de Europa, las metamorfosis del autoritarismo y el nuevo papel de los intelectuales europeos, etc..., págs. 75 y ss.) compongan la peor confirmación de la dificultad inherente a los imposibles arraigos tardíos, incluso para un observador tan avisado como el búlgaro francés.

Rehabilitación democrática del concepto de universalidad

Tal vez nada en el fondo sino el ineludible instinto de adaptación superviviente de Todorov le urgía, en su momento, al conocido poetólogo a emprender la trashumancia postestructuralista que condujo sus intereses hacia una suerte de semiología del aherrojamiento político en los pueblos colonizados, que debutara con una ideologizada versión semiológica de los cronistas españoles sobre la conquista de México por Cortés. El balance a partir de entonces de estos casi dos decenios de reflexión cultural y política que testimonia *El hombre desplazado*, muestra un Todorov que trata de jugar sus cartas ventajosas de siempre como observador «desplazado» sobre los acontecimientos que han acabado por precipitar la ósmosis política entre sus dos mundos, Occidente y Oriente, antaño inconciliables.

Desde la perspectiva actual, la tesis central del libro: el enfoque de la cuestión del «universalismo humanístico» como raíz antiautoritaria y supranacionalista, recupera sobre todo para el discurso de Todorov las características de sentido de la oportunidad y de instinto sobre lo actualmente pertinente, que signaron en su carrera, hace más de treinta años, la fortuna de sus primeros trabajos de pensador literario. La «universalidad», identificada por Todorov con «cultura humanis-



G. MERINO

Viene de la página anterior



G. MERINO

tica», se emplaza actualmente como el antidoto eficaz contra la eterna amenaza del totalitarismo, marxista o nazi, y frente al involucionismo de los nuevos discursos nacionalistas retrógrados. Por ello, hablando de la identidad de fondo que limó las diferencias superficiales entre la fe marxista y el nihilismo de la deconstrucción, concluye Todorov: «La crítica marxista reconoce así el nexo de las obras con el mundo y los valores, pero rechaza la universalidad; quiere que la verdad y la justicia sean fundadas en el interior de la Historia. Vemos, por lo tanto, por qué su opinión sobre la crítica postestructuralista no es de signo tan radical como a primera vista podría pensarse; más allá de sus conflictos de detalle, ambas luchan contra un enemigo común, que no es otro que el humanismo, es decir, el intento de fundar una ética y un conocimiento en la universalidad» (pág. 235).

Personalmente la tesis, así dicha, no parece difícilmente asumible, por lo menos a mí no hay que convencerme de la compatibilidad entre el universalismo categorial y la ética democrática. ¿Pero les ocurrirá lo mismo a las tesis de Todorov con las muchedumbres intelectuales contemporáneas nutridas en el empirismo pragmatista y enseñadas a identificar visceralmente cualquier aroma idealista, cual el del universalismo categorial, con la amenaza de «tufo» totalitario? Porque lo más sorprendente en el aislamiento desplazado de este Todorov ahora proclamadamente universalista es que su libro no da muestras de haberse percatado de que el interdicto antiuniversalista, impuesto por decreto al idealismo centroeuropeo durante la segunda mitad del siglo, proviene de los comisarios intelectuales de las dos potencias vencedoras en la Segunda Guerra Mundial.

Sólo bajo los condicionamientos forzadamente esquemáticos de un «desplazado» cultural como Todorov se puede argumentar en el tiempo que corre, con las razones de universalidad en mano, contra el autoritarismo antidemocrático no sólo del nazismo, del comunismo y de los nacionalismos cerriles; sino de paso también contra las inercias del pragmatismo-relativista y del «nihilismo deconstruccionista» de la crítica literaria y artística norteamericana. Citando a Raymond Aron, sobre el famoso principio de Nietzsche: «Todos los estados totalitarios llevan hasta los límites del absurdo la solidaridad entre el hecho y su interpretación», venía a establecer Todorov a reglón seguido la censura correlativa al totalitarismo inte-

lectual de los maximalismos filosófico-literarios: «Ésta es sin duda —concluye— una de las razones por las que me niego a admitirla, aun en el terreno de la metodología literaria» (pág. 233).

La ecuación de Todorov que iguala con universalismo, la experiencia de su desarraigo nacional búlgaro y la de su asimilación cultural francesa (en grado parcial también la de la Norteamérica de los «campus»), nos sueña verdaderamente en él a ventaja recién descubierta como raíz, eso sí, de una constancia soterrada en sus hábitos intelectuales, aunque congruente y sensata como todo lo suyo. El impulso universalista científico, que debe afirmar ahora como nunca la condición común y general de los constituyentes del significado, es desde luego contrario estructuralmente al hábito de reducción nacionalista; como es también necesariamente compatible, según la concebimos, con la descripción suplementaria de su despliegue histórico en obras individuales, dentro del proceso de individualización dialéctica que acaba confirmando el interés y el valor de los hechos (artísticos en mis intereses concretos) a consecuencia de participar en sistemas simbólicos con raíces antropológicas universales.

Las polémicas americanas actuales

Los periódicos merodeos universitarios americanos del perspicaz «scholar desplazado» acabaron por poner al itinerante Todorov en la periferia de los debates académicos recientes (casi siempre en la perspectiva crítico-literaria) sobre el valor condicionante de las Humanidades y su eje canónico. En esto la dilatada ausencia de Todorov de las preocupaciones específicas en el pensamiento literario le ha conducido a identificaciones y omisiones poco compartibles en *El hombre desplazado*. Por ejemplo, la de ejemplarizar el relativismo crítico, que él llama «pragmático», únicamente con el nombre de Stanley Fish, desidentificando de paso a Bloom como paladín norteamericano del universalismo canónico. En tanto que sólo a la razón de las cautelas domésticas de Todorov cabe atribuir el que ni siquiera mencione a Derrida como ideólogo omnipresente de su abominada deconstrucción americana.

Pero con todo, quizá sea una simplificación excesiva de sus adversarios intelectuales lo compatible con Todorov en su decidida

e influyente proclamación, en *El hombre desplazado*, del universalismo categorial como fundamento no nihilista y antirrelativo del significado y el valor literario, y por extensión ético-político y cognitivo-filosófico. Es en estas coyunturas donde el autor del libro descubre distancias más sensibles bajo el hábito de destino en el «desplazado» (véase el tratamiento de Hillis-Miller y Geoffrey Hartman). Si bien es mucho peor y tópico mezclar el «caso» de colaboracionismo del acuciado Paul de Man (pág. 236), otro «desplazado» cogido a contrapelo por la historia como tantos otros (por cierto que no el gran Heidegger y en nada comparable con las circunstancias y el alcance del «caso» Paul de Man), con las raíces de su nihilismo crítico. No se olvide que el ocultamiento por De Man de la «culpa» de su secreto pasado autoritario (circunstancia por cierto no distinta de las de algunos otros notables del relativismo postmoderno) trató de ampararse precisamente bajo las apariencias de un antiuniversalismo «políticamente correcto» en las Universidades de la costa Este, instintivamente acorde, pues, con la idiosincrasia pragmatista de los vencedores históricos.

Creo que entre las mejores ventajas actuales y futuras en la reimplantación del universalismo categorial que celebra el oportuno discurso de Todorov en *El hombre desplazado*, ha de contar precisamente la despolitización definitiva en los prejuicios sobre el criterio de universalidad fundante de los juicios intelectuales, morales y estéticos, de la que no participan ni Todorov ni sus actuales contraventores. Ni Kant por universalista sería más antidemocrático que Heidegger, ni éste por revisionista y mentor de Vattimo y Derrida ha resultado ser más demócrata que aquél. Que sirvan al menos el tan manipulado debate cerril sobre el nacional-socialismo de Heidegger y las cómicas inhibiciones vitales

del «reloj de Königsberg» para desencajar los términos tópicos en la ecuación chapucera de los últimos tiempos.

La reimplantación actual del universalismo metodológico, liberado de prejuicios y de sombras interesadas de desmerecimiento y condena, puede venir a desembarazar saludablemente entre nosotros la normalidad de los hábitos intelectuales de interpretar la realidad, sin la rémora postmoderna de las aporías trucadas que han exigido, desde el prurito cientificista de inducción completa y absolutos referenciales, una «legalidad» inhumana a los lenguajes del hombre. Al acogerse a la nueva creciente de la opinión intelectual trans-postmoderna, el instinto de adaptación del «desplazado» Todorov sella y confirma, una vez más, el auge ya irreversible de una nueva etapa (¿duradera?) del problemático «realismo metafísico» y, sobre todo (en nuestros intereses), de la descripción y la axiología estética de la literatura y de las artes.

En esta realidad, *El hombre desplazado* sirve un inventario bastante eficaz de los nuevos «topoi» del universalismo desinhibido; acaso demasiado esquemático y enunciativo, pero precisamente por eso doblemente eficaz y «políticamente correcto» en razón del espacio y el tiempo a los que se ofrece: el debate antinacionalista sobre las Humanidades, la legitimidad del «canon», el nuevo papel de los intelectuales en las democracias, etc... (págs. 243 y ss.). Más que la redistribución de las antiguas censuras totalitarias, revueltas ahora por Todorov contra los anteriores administradores de esa censura (relativistas, pragmatistas y nihilistas), y más que cualquier nueva simplificación prejudicial de los pendularismos de la moda, en *El hombre desplazado* destaca la normalización de una libertad real recién estrenada, donde campean libres de prejuicios los términos de «humanismo» y «canon cultural universalista». □

RESUMEN

Antonio García Berrio reseña un libro de Todorov, que contiene dos decenios de reflexión cultural y política llevada a cabo por este pensador francés de origen búlgaro que se presenta como un observador «desplazado» del

mundo en que vive y que se sitúa en el marco de la saludable restauración de la normalidad del universalismo idealista europeo. Este universalismo humanístico posee una raíz antiautoritaria y supranacionalista.

Tzvetan Todorov

El hombre desplazado

Taurus, Madrid, 1998. 292 páginas. 2.800 pesetas. ISBN: 84-306-0031-0.

Hacia la unión política europea

Por Antonio López Pina

Antonio López Pina (Murcia, 1937) es catedrático de Derecho Constitucional y cátedra Jean Monnet de Cultura Jurídica Europea, Universidad Complutense; fue consejero de Estado y miembro de la Comisión Constitucional durante las Cortes Constituyentes. Es autor y editor de Manual de Derecho Constitucional, Democracia representativa y Parlamentarismo, La garantía constitucional de los Derechos Fundamentales y División de Poderes e Interpretación.

Desde hace más de una década España es miembro de la Comunidad Europea. Sin perjuicio de las aportaciones españolas al Tratado de la Unión en términos de dotación de los fondos estructurales de solidaridad y de la creación de la ciudadanía europea, nuestro debate público en torno a la construcción de Europa es más bien magro. El imperativo de reflexionar sobre la Unión Europea subraya la oportunidad del libro *Wozu noch Staaten?*, una pregunta respecto de la cual también España se siente interpelada.

1. Sentido y lugar del Estado

1.1 Sentido

La condición actual y futura del Estado inquieta al iuspublicista suizo Peter Saladin: «el Estado, una figura central del universo de las ideas y el marco ordenador de mayor significado histórico para la cooperación humana, atraviesa una fase de profunda transformación. Tal vez la actual metamorfosis supere en radicalidad a los cambios producidos durante los dos últimos siglos».

¿Qué resta del Estado? ¿Cuáles serán de ahora en adelante su contenido, su sentido y su fundamento existencial? ¿Corresponde o debe corresponder al Estado un fin específico, una orientación final que lo distinga en cuanto forma de gobierno de otras comunidades supraestatales y que lo doten de un sentido especial y de una justificación existencial?

El autor se lanza una tras otra a una serie de indagaciones. Suiza, Alemania y Austria son estudiadas al efecto de ver si tienen unos fines y tareas que doten de especificidad a los correspondientes Estados. Toda una serie de cometidos concretos se impone según Saladin a los Estados y las Comunidades supraestatales: relaciones internacionales; defensa; atención a los extranjeros; regímenes de Derecho Privado y de Derecho Penal; educación e investigación; política cultural, protección de la naturaleza y del patrimonio y la identidad cultural; protección del medio ambiente, de la fauna y de los riesgos de la biogenética; procura de la libre competencia y de la facilitación del comercio sin perjuicio de regular la potestad tributaria; política del dinero; transporte y energía; ordenación del territorio; sanidad; desarrollo tecnológico; Seguridad Social; protección de los trabajadores; política económica, en particular política de fomento de la economía; materias susceptibles de competencia territorial autónoma. El autor es particularmente lúcido a la hora de relacionar prácticamente hasta la exhaustividad las tareas públicas. De entre la miríada de las mismas, Saladin subraya como prioridades para el Estado la preservación de la cultura y de las condiciones naturales de la existencia.

Más allá, el autor se pregunta si el postulado de Estado de Derecho, la estructura democrática, la función normativo-ordenadora, en fin, dotan de especificidad al Estado.

Pues bien, el análisis seguido lleva a Saladin a concluir que el Estado ha perdido la exclusividad en el ejercicio de las competen-



VICTORIA MARTOS

cias que históricamente acompañaron a la soberanía: ya se trate de la garantía de los derechos, del control judicial, de la responsabilidad política o de la potestad reguladora nos las hemos con tareas y competencias concurrentes del Estado, las comunidades supraestatales y el legislador internacional.

Una vez constatada la naturaleza compartida de tareas públicas y competencias, el iuspublicista suizo se impone seguidamente la labor de elaborar criterios que permitan deslindar la titularidad y las consiguientes responsabilidades a la hora de hacer frente a los problemas colectivos. Especialmente sugiere Saladin en su crítica a la vaguedad del «principio de subsidiariedad» y en su definición de criterios para el reparto de competencias en el continuo público que forman Comunidad Europea, Estados y unidades territoriales infraestatales:

— familiaridad. La tarea pública de que se trate deberá ser cumplida por la comunidad política más familiarizada con las especiales circunstancias locales o regionales.

— afectación. La tarea pública deberá ser llevada a cabo por la comunidad política directamente afectada por la regulación.

— principio de igualdad. La tarea pública deberá ser llevada a cabo en el plano inter o supranacional, único en el que cabe aplicar el principio de igualdad a las relaciones entre Estados ricos y pobres.

— integración. Al Estado deberán reservarse las tareas sin las cuales pierde su capacidad de integración.

— eficiencia. Mayor capacidad para tener en cuenta las preferencias de los ciudadanos, resultados óptimos en términos paretianos

(evitación de efectos de dispersión y utilización de economías de escala).

— principio democrático. Control efectivo de los órganos políticos de decisión; costes de las «exit and voice Optionen»; influencia no-responsable de grupos de interés.

1.2 Lugar

Particularmente certera es la visión de Saladin del lugar del Estado como nuevo «pouvoir intermédiaire»: «los Estados preservan su estatalidad integradora y legítima ... si cultivan su singularidad cultural y sus tareas culturales ... Ciertamente, esta tarea de cultivo de la cultura y otras no son exclusivas del Estado o de las comunidades supraestatales. Los Estados comparten tales tareas con organizaciones internacionales, comunidades supraestatales, unidades territoriales infraestatales y organizaciones privadas. De ello se deduce para el Estado una posición intermedia singular: el Estado ocupa la posición de un «pouvoir intermédiaire»».

Todo el libro ofrece una rica y documentada información de utilidad para nuestro empeño a la hora de dotar a Europa de una Unión Política. Sin embargo, *Wozu noch Staaten?* no llega a dar una respuesta a la altura de los tiempos a nuestros problemas: si de un lado, el autor se nos ofrece pertrechado de excelente información en un discurso que se despliega lógicamente capítulo a capítulo hacia una determinada conclusión; de otro, la información puede abrumar y el lector puede tropezar con dificultades para entresacar lo mucho que de útil ofrece. El

problema, a juicio de este comentarista, es que al errar en la pregunta central en torno a la que discurre su obra, Saladin puede confundir: en el actual momento histórico, la cuestión a responder no es cuál sea el sentido del Estado, por acertada que sea la descripción del mismo como nuevo «pouvoir intermédiaire». La interrogante que desafía a nuestra capacidad de constituirnos en Derecho es más bien, cuáles puedan ser bajo las actuales circunstancias en el orden político europeo en construcción la distribución formal del poder público y su sentido y finalidad. Así, no basta con plantear un tratamiento de las tareas públicas que se reduzca al reparto de competencias entre la Comunidad Europea y los Estados. Y no se trata sólo de que simultáneamente esté en liza la «igual libertad» como fin último del orden político y su traducción en tareas públicas. También la ligazón entre derechos y democracia se ha visto no ya ferozmente combatida por los grupos de poder y paladines neoliberales, sino con demasiada frecuencia desplazada a un plano secundario como cuestión «négligeable» por, justo, los gobiernos y mayorías parlamentarias que más obligados estaban a asumirla como asunto propio.

2. La nueva arquitectura política europea

La lectura de *Wozu noch Staaten?* se torna en cambio particularmente provechosa tan pronto como se reordenan los materiales ofrecidos como alternativa para la Unión Política. Nuestra crítica quedaría a medio camino, en este sentido, si no la acompañáramos de una consecuente recomposición creativa de aquéllos.

Veamos. Algunas tareas públicas de especial relevancia para la configuración del orden político europeo se destacan solícitas de nuestra consideración: a saber, de un lado, los cometidos públicos de garantía de los derechos fundamentales, de ejercicio de la potestad reguladora, de mediación de intereses y valores al servicio de la integración, de preservación cultural y de ejecución administrativa. De otro, un tratamiento adecuado de la materia no puede por menos de sacar consecuencias sobre la relación entre derechos y el principio democrático.

«La garantía de los derechos». Toda una serie de autorizados testimonios — Everling, Frowein, Lenz, Pernice, Rodríguez Iglesias, Schwarze o Zuleeg — apunta a que la garantía de los derechos fundamentales por el Tribunal de Justicia de las Comunidades no es inferior a la ofrecida por la Jurisdicción hasta ahora nacional, un supuesto confirmado por el «Bundesverfassungsgericht».

Ello es asumible con un par de reservas: una, que tales apreciaciones han dejado de lado la existencia de significativas diferencias entre la perspectiva «liberal» y la «democrático-social». Siendo así que a efectos de dotar de bases materiales al ejercicio de la libertad en una democracia europea digna de tal nombre, el planteamiento «liberal» de los derechos se evidencia como insuficiente; por la sencilla razón de que por el momento en Occidente ni la conciencia social renuncia a la idea del trabajo como esencial para la propia realización personal, ni cabe una existencia digna sin una procura pública de condiciones de existencia. Es decir, para la procura pública de la «igual libertad» continúa sin bastar la garantía del Tribunal de Justicia de las Comunidades.

La segunda reserva tiene que ver con el hecho de que la dogmática y la garantía legal, judicial y administrativa de los derechos son estatales. De ahí, que la referencia siga siendo



Viene de la página anterior



—si no de necesidad mañana— decididamente hoy el Derecho del Estado.

«La potestad pública de regulación del mercado». Conforme a la letra y al espíritu del Tratado de Maastricht nuestros Estados se han dado a privatizar masivamente los servicios públicos. Tal decisión política en aras de una presunta mayor efectividad requiere, en mayor medida de lo que era hasta ahora el caso, de la acción reguladora del Estado. El hecho de confiar tareas públicas a la autorregulación de particulares plantea nuevas cuestiones: privatizar no puede significar abdicación del Estado de su responsabilidad para «los intereses generales, el interés público o el bien común», tanto menos cuanto que el bien de la generalidad no resulta automáticamente de la libre competencia. En lugar de la gestión estatal o por el sector público de las tareas, tenemos en la actualidad la obligación estatal de garantía; sobre todo, en nada alteran las privatizaciones la competencia estatal de tutela de los derechos fundamentales (Hesse, 1998). De ello resultan exigencias para la organización estatal, el procedimiento y el contenido de las medidas a adoptar que requieren regulación por el Estado: la nueva situación requiere acompañar a los derechos de los ciudadanos la gestión o titularidad de los servicios. La «obligada tutela» es la respuesta constitucional a los desafíos planteados por los servicios privatizados; la ley debe garantizar que los privados gestores o eventualmente dueños de servicios públicos asuman la obligación originariamente estatal de protección de los derechos — en el bien entendido, de que cuando la regulación no se baste para asegurar los derechos, no cabrá a la privatización extenderse indiscriminadamente; sin ir más lejos, en materia de sanidad, educación (Gómez Llorente, L., 1998) y Seguridad Social, la titularidad estatal del servicio no es disponible.

En la fase abierta por la privatización de los servicios públicos hay que restablecer los equilibrios de la distribución de responsabilidades entre Estado y Sociedad. El asimétrico aumento en libertad para el sector privado únicamente resulta soportable para la Sociedad, mientras el Estado responsabilice al sector privado gestor o titular de la procura de «los intereses generales» y mantenga la titularidad de los servicios públicos fundamentales (Schoch, 1997).

«La mediación pública de los intereses y valores presentes en la Sociedad». Pese a todo la ley parlamentaria no ha dejado de ser el lugar central de procesamiento y condensación de los criterios de racionalidad y de la producción de normas de solidaridad. En este sentido, el Estado «continúa siendo» el espacio institucional de construcción de los símbolos de identificación y de las normas de solidaridad, en torno al cual en los conflictos de intereses y en el debate sobre valores en pugna cobra forma la identidad colectiva (Lepsius, 1997; von Simson und Schwarze, 1996; von Simson, 1992).

«La preservación cultural». En fases como la actual de liberalización de capitales y comercio, de privatización de servicios y de hegemonía de la libre competencia la preservación de la identidad cultural cobra especial relieve.

«El contenido valorativo del Estado reside sobre todo en los factores de determinación cultural... Ciertamente el Estado no tiene la capacidad ni la competencia para cumplir por sí solo la función originaria de integración. Comparte tal función por un lado, con organizaciones internacionales y supraestatales; por otro lado, con unidades infraestatales y organizaciones paraestatales o no gubernamentales. Ello vale especialmente para la observancia de tareas culturales como fundamento de integración. Sólo podrá el Estado cumplir su mandato, si distribuye óptimamente sus tareas culturales en sus distintos planos, y si se concierta con otros Estados óptimamente

a la definición normativa y ejecución de tareas culturales en comunidades supraestatales. De esta forma, el Estado trazará puentes entre las unidades locales y regionales y el Estado nacional, y entre éste, la cultura europea y el plano mundial de la cultura» (Saladin).

En el ámbito cultural ello significa no sólo que el Estado lleve a cabo la procura de la identidad cultural en el propio espacio soberano-territorial; es decir, que se plantee como tarea prioritaria la preservación y el desarrollo de la propia personalidad cultural. Especialmente en tal ámbito tiene el Estado que asumir, reconocer y vivir su nueva condición de «pouvoir intermédiaire». Ha de cobrar conciencia de los límites que le impone la «cultura»; ha de ser sensible a la autonomía cultural, justo, a fin de mantener viva una cultura digna de fomento. «Con tanta mayor fuerza deberá agotar sus competencias jurídicas para influir decidida, sutil, respetuosamente y generando deferencia en los planos supra- e infraestatal.»

«La ejecución administrativa». Una creciente serie de tareas públicas es asumida por la Comunidad internacional — organizaciones internacionales y supraestatales. Pero no por ello decaen las responsabilidades de los Estados. Las diversas tareas transferidas al plano superior sólo lo son parcialmente: los Estados concurren al desarrollo normativo y participan en la ejecución de las tareas; la administración supraestatal se reduce ordinariamente al control de la ejecución, y la propia jurisdicción comunitaria descansa en los tribunales ordinarios nacionales.

«El principio democrático». Al respecto voces autorizadas observan un considerable déficit en el procedimiento de adopción de decisiones y en el control y responsabilización política de las autoridades comunitarias (Scharpf, 1996/1997, 1992).

Ciertas novedades del Tratado de Amsterdam apuntan en la dirección adecuada: de un lado, de hacer efectiva la dimensión objetiva de los derechos; y, de otro, de politizar el debate en torno a los derechos, el «foro público europeo» y, en consecuencia, las acciones de la Comunidad. Si mediante un inmediato desarrollo se actualizara tales normas, Europa habría iniciado, por más que modestamente, el camino para recuperar con la nueva reducción a unidad el sentido «kantiano» de la libertad y la razón instrumental del orden político al servicio de aquella extraviados bajo el huracán liberal.

La normativa sobre empleo (Título VIII) y política social (Título IX) y la garantía de los servicios públicos (art. 16 TCE) de Amsterdam, aunadas a la coordinación de las políticas económicas acordada en Maastricht y ratificada en Luxemburgo, cambian las reglas del juego. La «cuestión social» no sólo politiza cualquier debate en Europa, sino que en nuestro caso invierte la relación entre los Estados y la Comunidad existente hasta ahora: los Estados han comenzado a traspasar a la propia concertación en el plano comunitario una situación nacional de desempleo que por sí solos se sienten incapaces de resolver. Si hasta ahora no hubiera sido el caso, desde la última fase en dirección a la Unión Monetaria y la creciente sensibilidad sobre la «cuestión social» que culmina en el encuentro, de noviembre, de Luxemburgo, los ciudadanos están identificando directamente a la Comunidad como instancia política de referencia; en tal sentido, la van a hacer responsable de las concretas condiciones de ejercicio de sus derechos, no siendo excluible que a renglón seguido tiendan a exigir una democratización de los procesos institucionales de adopción de decisiones. La normativa aprobada en Amsterdam estaría ya, antes aún de entrar en vigor, politizando la Comunidad y colocando en primer plano la relación entre derechos y democracia. Una respuesta popular



VICTORIA MARTOS

politizadora de la Comunidad Europea por mor de la «cuestión social», bien pudiera acelerar el «final feliz» del viejo proyecto de alcanzar la meta de una «Unión política federal mediante la vía indirecta de realizar un mercado común y una unión monetaria» tan persuasivamente puesto en duda por Böckenförde (Böckenförde, 1997) como auspiciado por Delors (Delors, 1997; 1992).

Ello no empece, sin embargo, al sentido que «en la actual fase mantiene» preservar el Estado: de ahí que no obstante lo expuesto más arriba, sea comprensible que Kirchhof (1996, 1995, 1994, 1992), el «Bundesverfassungsgericht» (1993), Grimm (1995, 1994) y el grueso de la «deutsche Staatsrechtslehre» continúen pensando desde la perspectiva del Estado o de la democracia nacionales. Por supuesto, en razón de la garantía de la dimensión institucional de los derechos y de la procura pública de asistencia a la socialización a través del trabajo; pero no sólo por ellas. Es que además, puestos a apostar por un orden político supranacional europeo, «mientras» y hasta que cobre los rasgos por los que el art. 16 de la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano caracterizaba a los órdenes políticos constitucionalizados, ¿hay alternativa a mantener alzada nuestra tienda sobre el campo de juego en el que está más desarrollado y es más factible y eficaz el control democrático y judicial del poder, es decir, hoy por hoy, el Estado?

La entrega del destino de millones de europeos y de nuestra cultura al diseño del capital en nombre de la maximación del beneficio a corto plazo (Ortí, 1997; Hutton, 1997) es inaceptable. Por otra parte, si bien en la Unión Europea que por diversos derroteros estamos constituyendo, tareas y competencias son compartidas y el Estado va camino de hacerse su lugar como «pouvoir intermédiaire» (Saladin), el tiempo histórico descalifica como alicortas tanto las búsquedas de esencialidad para el Estado (Isensee, 1987;

Forsthoff, 1971) como la reducción de la democracia y la opinión pública a una lengua, un «Volk» y un Estado nacionales (Grimm, Kirchhof, «Bundesverfassungsgericht»).

No cualquier otro principio sino el primado de la «igual libertad sin perjuicio de la preservación de la identidad cultural» deberá la naciente Unión Política Europea proponerse como lema para integrar a ciudadanos, culturas, lenguas, Estados y territorios. Habida cuenta de que la actual «globalización» supone negar cuanto en términos de emancipación humana y autogobierno de nuestras Sociedades significa Europa, el postulado indicado comporta consecuentemente la imperiosidad de que generalicemos la política francesa de excepción cultural y agrícola y la política europea de servicios públicos. O lo que es lo mismo, ¿qué nos cabe a los europeos sino alzar barreras continentales jurídicas y materiales a la eufemísticamente denominada «globalización de la economía», a la bandera del sedicente «libre comercio», a la «sacralización de la libre competencia», hoy por hoy poco más que patentes de corso para eximir al capital del pago de impuestos, de la responsabilidad social y del control político! Suponiendo, pongamos por caso, que pueda el mercado ser la «corporeización histórica de la razón» (Hegel), nos negamos a dar por perdida y a renunciar a la «Sittlichkeit», cuyo lugar no es otro que el espacio público de igual libertad que acierte a crear la Unión.

¿Se nos alcanza otra forma de poner riendas a los desenfrenos durante el último cuarto de siglo del capital y de una tecnología programada al exclusivo servicio del lucro privado que no sea recuperando para Europa las categorías históricas de la democracia, el Estado social y la soberanía? Entonces, qué obstáculos que no sean nuestra propia «falsa conciencia» y pusilanimidad nos arredrarán de ponernos inmediatamente a la labor. ¿Hasta dónde puede llevarnos la lectura de un libro como *Wozu noch Staaten?*!

RESUMEN

El Estado atraviesa una fase de profunda transformación. ¿Corresponde al Estado un fin específico que lo dote de una justificación existencial?, se pregunta Peter Saladin, el autor del libro. Para Antonio López Pina la cuestión no es la de cuál sea el sentido del Estado, sino

que la interrogante que desafía a nuestra capacidad de constituirnos en Derecho es, más bien, ¿cuáles pueden ser bajo las actuales circunstancias —en el orden político europeo en construcción— la distribución formal del poder público y su sentido y finalidad?

Peter Saladin

Wozu noch Staaten? Zu den Funktionen eines modernen demokratischen Rechtsstaats in einer zunehmend überstaatlichen Welt

Verlag Stämpfli u. Cie AG, Berna, 1996. 249 páginas. ISBN: 3-7272-9627-5.

Gracia y desgracia en la vida de Ampère

Por Armando Durán

Armando Durán (Lugo, 1913) ha sido catedrático de Óptica en la Universidad Complutense. Es miembro de la Real Academia de Ciencias, Físicas y Naturales. Ha sido presidente de la Real Sociedad Española de Física y Química y director del Instituto de Estudios Nucleares. Ha publicado diversos trabajos de investigación sobre óptica y artículos relacionados con la historia de la ciencia.

El libro que hoy comentamos es la única biografía completa de Ampère en lengua inglesa y es la que más honda en su labor científica. En él se cita una amplia bibliografía que abarca desde obras extensas que recogen su correspondencia o sus diarios hasta las que se ocupan de asuntos menores pasando por libros dedicados a diversos aspectos del mundo científico de la época. Con características más biográficas que de consulta destacan tres, uno de Louis de Launey (1925), otro anterior de C. A. Valson (1886) y un tercero de Maurice Levandowski (1936), estos dos últimos poniendo el acento en sus problemas religiosos y el primero destacando la complejidad de su vida intelectual y emocional. Aunque tratan de su contribución a la ciencia no tienen en relación con ésta la profundidad ni el espíritu crítico que James R. Hofmann, profesor de historia y de filosofía de la ciencia en la universidad californiana de Fullerton, demuestra en su obra *André-Marie Ampère*, con el subtítulo *Enlightenment and Electrodynamics*.

Infancia

La familia Ampère se estableció en Lyon a mediados del siglo XVII dedicándose al negocio de la seda. El padre Jean-Jacques podía ser un tipo representativo de aquella burguesía honesta e ilustrada que por idealismo apoyó la «Revolución» en su comienzo para ser después víctima de ella. En 1771 se casó con una huérfana Jeanne Antoinette Desuatières-Jarcey cuya familia también negociaba en seda. Antes de su boda pudo comprar una casa de campo en Poleymieux, pequeño pueblo distante diez kilómetros de Lyon, en la que nacieron sus tres hijos: Antoinette (1772), André-Marie (20 de enero de 1775) y Joséphine (1785).

Para la familia Ampère, Poleymieux era el lugar de reposo durante el verano hasta que en 1782 se convirtió en hogar permanente al retirarse el padre de sus trabajos en Lyon aunque conservando el domicilio y ejerciendo solamente de procurador real en el juzgado de aguas y bosques. Su ocupación principal fue la educación de los hijos. La norma seguida fue la preconizada por Rousseau en el *Emile*, que consistía en familiarizar al niño con las maravillas del mundo dejando la educación religiosa para más tarde, cuando ya adulto, pudiese aceptar las verdades al margen de dogmas y observancias rituales. Esto último no tuvo lugar en el caso del joven Ampère porque la profunda fe de su madre ponía el acento más en la devoción que en el dogma y la *Imitación de Cristo* de Kempis satisfacía su voraz memoria. La religión católica ocupó hasta su muerte un puesto primordial a pesar de etapas llenas de dudas, vacilaciones y aljambamientos.

Su hijo Jean-Jacques recordaba que la primera comunión de su padre, la lectura del elogio de Descartes escrito por Thomas que le inició en la ciencia y la toma de la Bastilla como explosión de libertad, fueron tres sucesos que tuvieron un hondo significado en su vida.

Leyó los artículos que sobre ciencia se publicaron en la Enciclopedia, aprendió latín

para estudiar las obras de Bemouilli y de Euler, y a los 13 años escribió una memoria sobre la rectificación de un arco de círculo que envió a la Academia de Lyon.

La Revolución

La toma de la Bastilla (1789) que tanta impresión le produjo, provocó en Francia el entusiasmo de una nueva era. La familia Ampère —monárquica y cristiana— participó en esa alegría. El padre expresó en alejandrinos sus sentimientos en una tragedia al modo de Corneille, en la que exaltaba el rigor y la equidad de las leyes frente a la tiranía.

La lucha en Lyon entre jacobinos y girondinos fue cruel. Al ganar estos últimos condenaron a Chabrier, jacobino que había dominado la ciudad y sólo hablaba de cortar cabezas, a ser guillotinado. Jean-Jacques Ampère fue el instructor del proceso, pero no el juez que dictó la sentencia.

Al volver los jacobinos al poder comenzó el terror. Fueron detenidos muchos ciudadanos entre ellos Jean-Jacques Ampère, que fue encerrado en prisión. Desde ésta escribió una carta a su mujer dándole instrucciones para salvar la propiedad que había sido confiscada. El 23 de noviembre de 1793 fue condenado a muerte y desde su celda pudo escribir una carta en la que, al referirse a André-Marie decía: «en cuanto a mi hijo no hay nada que yo no espere de él».

En su autobiografía dice Ampère que recibió la noticia de la muerte de su padre cuando rehacía unos cálculos de mecánica analítica cayendo en una postración que le dejó durante un año incapaz para cualquier trabajo.

En un diario de entonces, que titula *Amorum* dice, en 1796: «domingo 10 de abril. La veo por primera vez». Ella era Cathérine-Antoinette Carron llamada Julie tanto por su familia como por la de Ampère. Tenía año y medio más que él y era alegre, viva, maliciosa, amante de la danza y bella, muy bella. Poseía

«des cheveux d'or, des yeux d'azur un teint où l'on croit voir des roses nager dans le lait le plus pur».

Él era un rapaz de veinte años de aspecto aldeano, con grandes zapatones y trajes cortados por un sastre de pueblo. Expresaba sus sentimientos de manera extrema, destacando una sinceridad sin artificio. Hay que añadir una cierta torpeza de formas, una gran timidez y la distracción que hoy llamamos «despiste», comentada por su madre, por su novia, y más tarde, con el debido respeto, por sus colegas del Instituto y por sus alumnos de la Escuela Politécnica.

El idilio, según De Launey, fue exquisito y triste. Tres años de espera —la boda fue en 1799— un año de felicidad y después... la enfermedad, la separación por su docencia en Bourg y la muerte en 1803. Su único hijo, de nombre Jean-Jacques como el abuelo, nació en 1800.

Primer trabajo matemático

Estos años, quizás los más felices de su vida, estuvieron ensombrecidos por la enfermedad de Julie. «La ausencia es el invierno de los amantes» dijo entonces.

Fueron también los de su iniciación en la docencia. En esta etapa publicó su primer trabajo matemático sobre la teoría del juego.

Al suprimir Napoleón las «Écoles Centrales» creó los liceos y para uno de ellos, el de Lyon, fue nombrado Ampère tres meses antes de la muerte de Julie sin poder satisfacer sus deseos de reunirse con ella de modo estable.

Durante esta estancia en Lyon toma parte muy activa en la «Société Chrétienne», de la que fue presidente y Bredin secretario, en la



ARTURO REQUEJO

que, al modo escolástico, se planteaban cuestiones presentadas por un ponente, que eran discutidas por los demás. Al final de su etapa lionesa derivará hacia una postura agnóstica.

La vida en Lyon se le hacía insoportable, se encontraba solo y desesperado, quería huir a París y realizar allí, para subsistir, unos proyectos a los que firmemente se oponían sus amigos y su madre: montar un comercio de productos químicos o dirigir un colegio. Los matemáticos vinieron en su ayuda. A través de Delambre presentó en el Instituto una memoria, de la que habían de informar Lagrange y Lacroix. Tras varias gestiones tardaron sus amigos casi un año en obtener un puesto para él: repetidor en la Escuela Politécnica.

Este centro docente se abrió en 1794 como «Escuela Central de Trabajos Públicos» con el fin de formar ingenieros civiles y militares. Unas pruebas de ingreso permitían formar cada año unas promociones de cien a doscientos estudiantes. La estructura de la Escuela estaba organizada en brigadas, vivían en barracones y se dirigían a las aulas en formación militar. Los cursos avanzados en química y matemáticas se fueron acortando para permitir una mayor atención a la fortificación, al dibujo técnico y a la cartografía. Laplace y Lagrange eran partidarios de que toda la ingeniería francesa compartiera una enseñanza matemática en cálculo y ecuaciones diferenciales, mientras otros opinaban que estas matemáticas superiores tenían poco valor práctico. Estuvo en activo hasta 1828, pero no llegó al profesorado hasta 1815. La corporación que por antonomasia representaba a la ciencia era la Real Academia, fundada en 1699 por Luis XIV. Durante la Revolución fue suprimida y reemplazada posteriormente por el Instituto Nacional de las Ciencias y las Artes, volviendo a su situación originaria con la Restauración de 1816. Estaba compuesta por 56 miembros, tenía asignada la responsabilidad de los informes sobre patentes, instrumentos y tecnología aplicada y la misión de actuar como un foro para debatir el avance de las ciencias en sus dos ramas, matemática y física. En este marco habría de desarrollarse la actividad científica de Ampère.

La situación económica era precaria. Tenía que tener sobresueldos que sus amigos le

ayudaban a conseguir, pero que requerían una dedicación que le apartaba de sus trabajos científicos. En 1808 fue nombrado inspector de la «Université Impériale» y poco después inspector general.

A estas dificultades hay que añadir las que le produjo su segundo matrimonio, verdaderamente desgraciado. No se puede entrar en detalles, pero sí destacar ciertos aspectos que han influido profundamente en su vida. Jeanne-Françoise Potot, familiarmente nombrada Jenny, era según De Launey, vanidosa, melindrosa, egoísta y vivía en un ambiente lleno de prejuicios y pretensiones sin más motivos que el dinero y la vanidad. Decía De Launey que nunca el amor se mostró tan ciego. A la ceremonia del matrimonio asistieron un ministro, un general, académicos y profesores, pero ni la madre, ni la tía, ni la hermana de Ampère le acompañaron por no poder desplazarse desde Lyon. La vanidad tuvo motivos para recrearse.

El matrimonio fue a vivir a casa de los suegros. La tensión interna se hizo insostenible, su mujer no quería tener hijos, quedó embarazada, a Ampère le presionaron para un divorcio que no podía aceptar porque, aunque adormecidos, sobrevivían sus principios religiosos. Se enteró del nacimiento de su hija Anne-Joséphine-Albine por el portero del ministerio donde le había alojado el ministro cuando fue expulsado de la casa de los suegros. La historia de la segunda mujer es larga y no es de este lugar. Digamos sólo que la hija Albine se casó, tuvo un hijo, se arruinó y murió loca en 1866.

Convenció a su madre y a su hermana Joséphine para que vinieran a París con su hijo Jean-Jacques. Poco después murieron su madre y Eline, la hermana de Julie. Estas muertes y la tragicomedia de su segundo matrimonio le llevaron a una depresión con tentaciones de suicidio, a las que aludió en su correspondencia, y a un sentimiento de culpabilidad que le angustiaba por no sentirse capaz de sobreponerse a lo que él llamaba «fuerza superior» que le hacía sufrir hondamente.

Obsesión mística

En esta etapa de crisis aparece un período de 1815 a 1816 en el que, alejado del catolicismo, adopta una actitud antirreligiosa. Vuelven las dudas, aunque con mayor violencia que las que le asaltaron en los últimos días de Lyon. En esta fase de aridez comienza a pesar de todo —según De Launey— una verdadera obsesión mística que hace que su espiritualidad que aspira al cristianismo sea a pesar suyo cristiana como se deduce de su correspondencia con Bredin. Añade De Launey que se ha estudiado mucho la crisis de Renan pero que no es menos interesante la de Ampère, aun cuando hayan llegado a conclusiones opuestas. La fe de Ampère se había roto pero no por las ciencias ni por la exégesis, ni por los hombres de la Ilustración, sino por su excesiva bondad, que se revolvía contra la idea de un infierno eterno. Vuelve al catolicismo al final de 1816, pero durante algún tiempo su fe fue exaltada e intermitente.

Las tareas suplementarias que tuvo que aceptar para paliar su precaria situación económica le ocupaban gran parte de su tiempo con trabajos rutinarios de índole administrativa que no le producían ninguna satisfacción. «Je ne fais jamais que ce qui m'ennuie».

A pesar de todo ello, se sentía atraído por la renovación de la ciencia. Según Bredin, el amigo que tan bien le conocía y que fue confidente de sus dudas y sus preocupaciones, Ampère no sabía resistirse a un deseo intelectual ni podía seguir dos ideas a la vez.



Viene de la página anterior



La campaña para su admisión en el Instituto interrumpe intermitentemente sus cavilaciones. Una memoria sobre ecuaciones diferenciales fue presentada al Instituto en 1814. En noviembre de este año tuvo lugar la elección que ganó por 28 votos de un total de 52 a pesar de las presiones de Laplace y Cuvier apoyando a Cauchy.

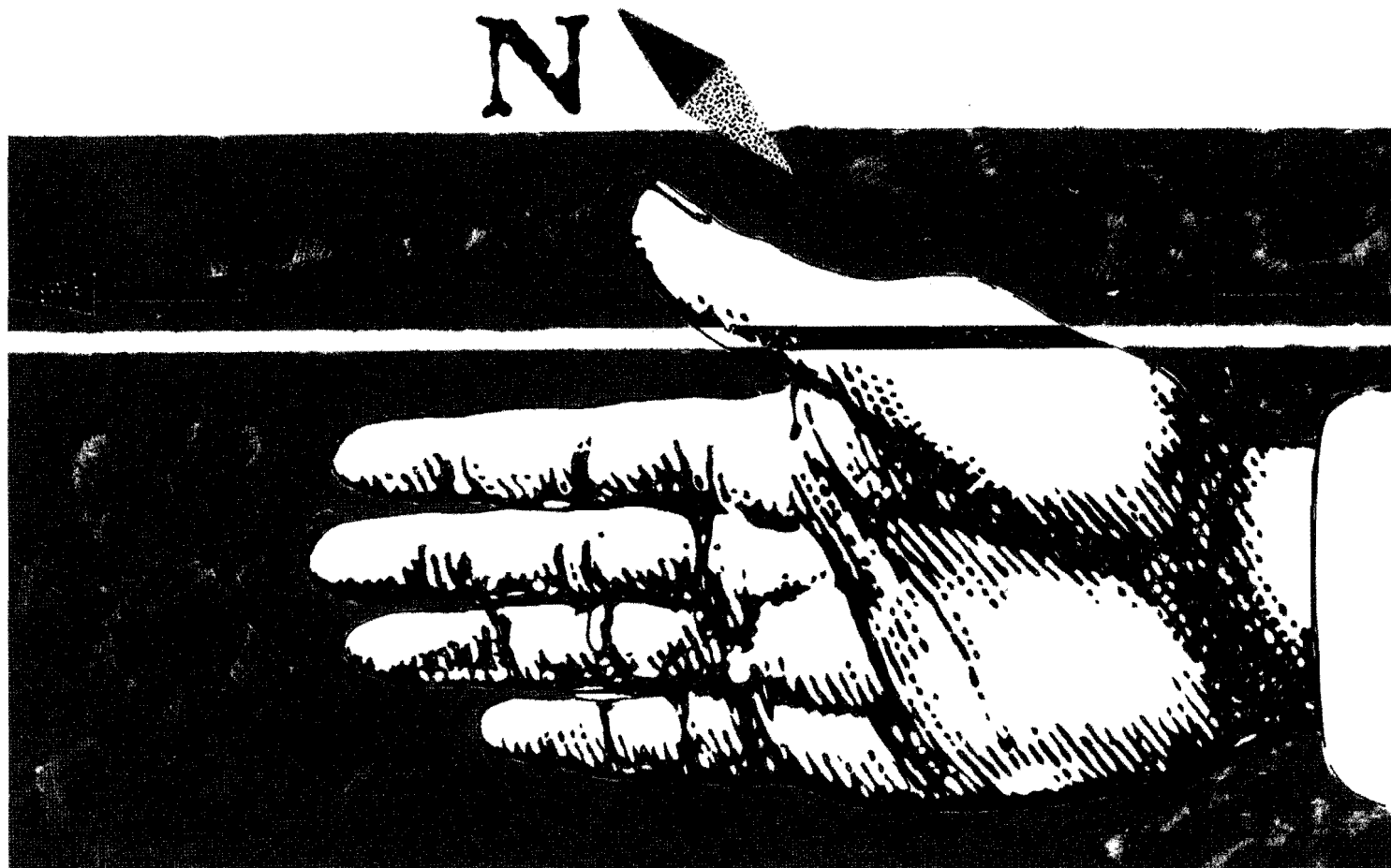
Vendió sus propiedades en Poleymieux y compró una casa en París cerca de la Escuela Politécnica que ocupó en 1818. Comenzó entonces a preocuparse más por la educación de su hijo Jean-Jacques, que estudió idiomas, literatura y ciencias predominando su tendencia literaria por la que Ampère sentía simpatía aunque no estuviese de acuerdo con otros aspectos de su vida. En 1820 Jean-Jacques conoció a Madame Recamier convirtiéndose en uno de los asiduos a su salón en el que entre otros estaba Ballanche y Chateaubriand, acompañándola en Roma y en Nápoles. Estuvo más tarde en los países escandinavos estudiando poesía y mitología y unos años después en los Estados Unidos, Cuba y México. Fue profesor del Colegio de Francia y miembro de la Academia. Murió soltero en 1864 dejando terminada su obra más ambiciosa «L'Histoire romaine à Rome».

La habitación que al marcharse dejó libre en la casa de su padre en París fue alquilada por éste entre otros a Agustín Fresnel entre 1822 y 1827, año en el que éste murió, y a Antoine-Frédéric Ozanam, joven estudiante que más tarde fundó la Sociedad de San Vicente de Paul y que quedó impresionado por su erudición y sus escasos medios de vida.

Amplia actividad científica

La actividad científica de Ampère es muy amplia y en el libro que comentamos se trata de un modo extenso y riguroso. A grandes rasgos y sin entrar en detalle puede decirse que en el campo de las matemáticas se ocupó del cálculo de probabilidades, del cálculo de variaciones y de las ecuaciones en derivadas parciales. Fresnel hace notar que Ampère «se convirtió» a la teoría ondulatoria de la luz cuando ésta se confirmó al ganar Fresnel y Arago el premio convocado por la Academia para explicar la difracción, en pugna con Laplace y Biot. Se inició en la química con la obra de Lavoisier *Traité élémentaire de Chimie* ocupándose de la clasificación de los elementos, de la teoría de la afinidad y de otros muchos asuntos. Trató también temas de biología y de zoología. Sólo para que no falte la simple relación, que más no puede hacerse, de otras actividades de carácter no científico, debemos decir que la metafísica, que calificaba como la única ciencia importante, fue una preocupación constante en su vida y que su obra monumental *Essai sur la Philosophie des Sciences* fue más apreciada por sus contemporáneos que por los que le sucedieron. Pero su contribución mayor a la ciencia, la que le llevó a la fama fue el descubrimiento de las fuerzas electrodinámicas.

Hans Christian Oersted, profesor de física en la Universidad de Copenhague, describió, en un artículo escrito originariamente en latín y fechado el 21 de julio de 1820, una experiencia realizada ante seis testigos en la que un imán suspendido por su punto central sobre una circunferencia descrita alrededor del eje de un hilo conductor vertical, tiende a desplazarse tangencialmente al círculo cuando la corriente eléctrica de una pila de Volta pasa por el conductor. Arago conoció esta experiencia estando en Ginebra y la presentó en la Academia. Leamos sus actas, concisas y breves. 4 de septiembre de 1820: «El Sr. Arago da cuenta de las experiencias hechas por el Sr. Oersted relativas a la influencia recíproca del magnetismo y del galvanismo». Lunes siguiente, 11 de septiembre: «El Sr. Arago



ARTURO REQUEJO

repite las experiencias del magnetismo y del galvanismo de las que habló en la sesión anterior. Lee la memoria del Sr. Oersted». 18 de septiembre: «El Sr. Ampère lee una memoria que contiene sus propias experiencias que añaden nuevos datos a las del Sr. Oersted sobre la acción del galvanismo sobre el magnetismo». El 25 de septiembre el acta es más explícita destacando un hecho nuevo. «El Sr. Ampère lee una memoria sobre los efectos producidos sobre la aguja magnética por la pila voltaica, que es una continuación de la memoria leída en la sesión anterior. Anuncia un hecho nuevo, el de la acción mutua de la corriente eléctrica sin el intermedio de ningún imán. Hace experiencias sobre este hecho, que ocupan el resto de la sesión».

Nacimiento de la electrodinámica

Ésta es el acta del nacimiento de la electrodinámica, un nuevo capítulo de la física que tanta repercusión ha tenido y a la que el libro que comentamos dedica una tercera parte a describir con detalle y rigor sus vicisitudes, su elaboración, su discusión y su defensa desde su inicio hasta que en 1827 publica la Real Academia la extensa memoria (212 páginas): *Sobre la teoría matemática de los fenómenos electrodinámicos deducida únicamente de la experiencia*, que constituye la obra fundamental de Ampère sobre este tema.

Por encima de la reseña, fría, concisa y académica que hemos mencionado, que es algo así como el acta notarial del descubrimiento, y además del estudio riguroso del autor del libro, nos falta saber cuáles eran los sentimientos del propio Ampère y la importancia que asignaba a su trabajo. Podemos conocerlo por la carta que el mismo día que nació el electromagnetismo, el 25 de septiembre de 1820, escribió por la tarde a su hijo Jean-Jacques. Transcribimos sólo unos fragmentos: «Hice mal y me arrepentí mucho de no haberte escrito esta carta hace tres días... pero todos mis momentos han estado ocupados por una circunstancia importante de mi vida. Después de haber oído hablar por primera vez del bello descubrimiento del Sr. Oersted... no he hecho más que escribir una gran teoría sobre este fenómeno... He leído el comienzo de una memoria en la sesión del Instituto hace unos días. He hecho durante los días siguientes, tanto con Fresnel como con Desprets las experien-

cias confirmativas. Las he repetido todas en la tarde del viernes en casa de Poisson... Todo resultó de maravilla; pero la experiencia decisiva... como prueba definitiva exigía dos pilas galvánicas. Intentando con pilas demasiado débiles en casa de Fresnel, tampoco dio resultado. Por fin ayer obtuve... la pila grande que se ha hecho construir [Dumotier], para el curso de física de la Facultad... Esta mañana se ha hecho la experiencia en casa de Dumotier con pleno éxito y repetida hoy a las cuatro en la sesión del Instituto. No me han hecho objeciones... Todo esto no se parece en nada a lo que se decía hasta el presente...»

Destaquemos que en tres semanas la inteligencia prodigiosa de Ampère, ocupada hasta entonces por el álgebra, la química y la metafísica, había aportado a la Ciencia un descubrimiento que inmortaliza su nombre e iba a dar paso a la electricidad moderna.

Punto final

En el elogio fúnebre de Ampère que pronunció Arago en la Academia de Ciencias lamentó que el ejercicio de sus deberes como inspector de educación hubiese cortado la vida de un hombre de su talento, considerando su muerte como una tragedia nacional.

Consciente de la gravedad de su estado escribió en la última carta a su hijo Jean-Jacques: «Sucumbo a la fatiga de escribir. Te dejo con una ternura que nada puede sobrepasar». Después de 24 horas de delirio y fiebre ardiente, en un estado de agotamiento total, murió el 10 de junio de 1836 en casa de Deschamps, director del liceo de Marsella, quien, según cuenta Arago, le leyó un párrafo de la *Imitación de Cristo* que no pudo terminar porque Ampère lo sabía de memoria. Murió sin que pudiesen llegar los pocos amigos y parientes

que tenía. Fue enterrado en Marsella de un modo sencillo, sin pompas ni honras. Su tránsito no tuvo resonancia pública. Con Kempis podría decirse que el hombre pasa como las nubes, como las naves, como las sombras.

En 1869 se trasladaron sus restos al cementerio de Montmartre de París, donde reposan junto a los de su hijo Jean-Jacques. La lápida salvo el error de la fecha de nacimiento es un breve resumen de su vida.

ANDRÉ-MARIE
AMPÈRE

*Nacido en Lyon el 21 de Junio de 1775
Muerto en Marsella el 10 de Junio de 1836
Miembro de la Academia de Ciencias
Contribuyó a los conocimientos humanos
En matemáticas, físicas,
Metafísicas y morales.
Creó la teoría de la Electro-dinámica
Escribió el Ensayo
Sobre la filosofía de las ciencias.
Verdadero Cristiano
Amó la humanidad y fue simple y grande.*

Debajo de ella campea el pensamiento de S. Pablo:

«No estéis tristes como los que no tienen esperanza»

«Su muerte —dice De Launey— provocó la banalidad ordinaria de los elogios oficiales, pero, es Saint-Beuve quien lo hace notar, no suscitó en el público la gran emoción de ver desaparecer una de las formas del genio humano. Es singular y un poco triste pensar que la reputación mundana y académica de su hijo fue sólo lo que comenzó a popularizar su nombre. Para nuestro tiempo, que representa ya la posteridad, Ampère ocupa poco a poco su verdadero lugar en la historia de las ciencias: el que le atribuyó Arago, en el rango de Newton.» □

RESUMEN

Armando Durán comenta la biografía del científico francés André-Marie Ampère, de la que es autor el profesor norteamericano James R. Hofmann y que es la más completa que se ha publicado en el ámbito anglosajón y, a la

vez, la que más ahonda en su labor científica. Durán repasa la azarosa vida de Ampère en los años de la Revolución Francesa y en la época posterior, a la vez que se detiene en sus avances y logros como científico.

James R. Hofmann

André-Marie Ampère. *Enlightenment and Electrodynamics*

Cambridge University Press, 1996. 420 páginas. 40 libras. ISBN: 0-521-56220-1.

Música colonial iberoamericana

Por Ismael Fernández de la Cuesta

Ismael Fernández de la Cuesta (Neila, Burgos, 1939) es musicólogo medievalista, autor de una docena de libros y numerosas monografías. Catedrático del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid, ha sido presidente de la Sociedad Española de Musicología. Fue prior y director del coro de monjes del Monasterio de Silos, habiendo obtenido, entre otros galardones, el Premio Charles Cros y el Disco de Oro del Japón por algunas de sus grabaciones discográficas.

La música colonial iberoamericana está hoy de moda. Las emisoras de música clásica y también algunas casas discográficas de Europa y Estados Unidos están ávidas de la única música que todavía, quizá, no ha entrado de lleno en el mercado. En el terreno de la historia musical, como en muchas facetas de las ciencias humanas, quien primero diserta sobre ella tiene garantizada la continuidad de sus ideas, sean éstas acertadas o no. Así, por música colonial iberoamericana entienden los mal informados aquella que se produjo en América durante el largo período de dominio hispano-portugués como si fuera del todo distinta de la que se practicó en la Península Ibérica. Desventuradamente son ellos quienes más contribuyen a ponerla de actualidad, propagando hechos que no corresponden con la realidad histórica, e iniciando así la perpetuación de una falsedad, pequeña coda a la leyenda negra.

El libro de Robert Snow^(*), profesor de la Universidad de Texas, Austin, es ejemplo de tratamiento exacto y riguroso de esta parcela de la historia musical de España y de América. Este ilustre profesor, musicólogo hispanista—editor, entre otros muchos libros, de las obras completas del polifonista Rodrigo de Ceballos (†1581), cuyo III volumen, dedicado a las Misas, ha aparecido recientemente (Granada 1997)—, pone al alcance de los intérpretes en cuidada edición una parte sustancial de la música que se cantaba en la iglesia de Guatemala durante el siglo XVI, la cual se halla contenida en el manuscrito número 4 de la catedral. El primer musicólogo en visitar el archivo guatemalteco fue el benedictino de Montserrat, establecido posteriormente en Medellín, padre David Pujol (1894-1980), pero dicho manuscrito escapó a su registro (*Anuario musical*, 20, [1965] 3-10). Es digno de destacar que la edición del códice realizada por Robert Snow, aunque forma parte de la colección «Monuments of Renaissance Music» que fundara Edward E. Lowinsky, ha sido publicada en un hermoso y monumental volumen por The University of Chicago Press gracias al patrocinio de la Embajada de España. Una muy precisa y esclarecedora introducción de 110 páginas precede a la transcripción de las 49 piezas de polifonía de que consta el manuscrito. De tan importante número de obras, apenas una docena era conocida de los musicólogos por estar ya editada según otras fuentes.

El libro está dedicado al profesor de la Universidad de California (UCLA) Robert Stevenson, «sobre cuyas espaldas», declara el profesor Snow, «se apoyan todos los hispanistas americanos». Hasta los recientes brotes

de afán musicológico por el período colonial de América, Stevenson había trabajado durante más de cuarenta años, como un gigante solitario, para recuperar y difundir la música producida en el nuevo Continente. Su *Music in Mexico: A historical Survey* es de 1952 (Nueva York). Seguiría la publicación de más de quince libros y la creación, en 1978, de la revista especializada *Inter-American Music Review*, en la que, sin faltar a la cita semestral, el propio Stevenson publica noticias, documentos, música del ámbito iberoamericano como Editor General. Stevenson se había percatado de que la música de la colonia era tan americana como ibérica. Por eso, ya al comienzo de sus investigaciones se trasladó a España. Aquí se dedicó a estudiar la música de la catedral que más influyó en la organización de las iglesias americanas, notablemente de su culto, la de Sevilla. En 1954 publicó su documentario, *La música en la catedral de Sevilla, 1478-1606. Documentos para su estudio* (Los Ángeles, California). Seis años más tarde aparecería su monografía sobre Juan Bermudo y su valioso libro *Spanish Music in the Age of Columbus*, publicados ambos en La Haya en 1960 como prelude de la que es, quizá, su obra cumbre: *Spanish Cathedral Music in the Golden Age* (Berkeley, 1961), editada en castellano (corregida y aumentada, con algunas pequeñas inexactitudes de traducción) por Alianza-Música en 1993. El homenaje que tributa Robert Snow a tan insigne hispanista debe ser el de toda la comunidad iberoamericana.

La lectura de las partituras del manuscrito 4 de la catedral guatemalteca que da a conocer hoy Robert Snow llena de asombro. Algunas de ellas llevan el nombre de insignes polifonistas del siglo XVI, Francisco Peñalosa, Cristóbal de Morales, Francisco Guerrero y G. Perluigi da Palestrina. Obras de estos extraordinarios músicos, de quienes creíamos conocer toda su producción, se publican aquí como inéditas. Pero las más numerosas pertenecen a autores que ejercieron su actividad en la colonia durante dicho siglo y cuya producción apenas nos era conocida en ediciones modernas: Alonso de Trujillo (†ca.1600), Pedro Bermúdez (1558-ca.1604) y otros, entre los que hay que contar a los anónimos de una decena de piezas. La polifonía de todos estos autores, al lado de la de Palestrina o Guerrero, no sólo no desmerece, antes bien la iguala e incluso la supera a veces en expresividad y en el uso eficaz de los efectivos y recursos técnicos.

No debe extrañar la perfección artística de esta música si la situamos en el verdadero marco en el que se desarrolló la evangelización de América desde los primeros años de la conquista. Lo que subyuga y asombra del trasvase de la cultura española al Nuevo Mundo no son las generalidades que nos narran los manuales de historia, sino los detalles que dieron honra y pervivencia a la nueva civilización allí implantada, como es, por ejemplo, la prontitud y la naturalidad con que se introdujo el repertorio musical europeo, y la forma de cantarlo. La sustitución de los cantos que, fijados con gran solidez en la tradición oral, eran manifestación del sentimiento religioso debió realizarse con un esfuerzo sobrehumano. Hoy sabemos que la erradicación de los arquetipos sonoros en un individuo, y su sustitución por

otros, se efectúa muy progresivamente, de manera que aquéllos perviven actuando como poderosos sustratos, en los hábitos que se imponen desde el exterior.

A los diez años de la conquista de Guatemala por Pedro de Alvarado (1524), la bula de creación de la diócesis y del nombramiento de Francisco Marroquín como primer obispo (1534) establece que el culto ha de celebrarse con música polifónica y canto llano. El modelo debía ser, nada menos, la catedral de Sevilla. Para poder llevar a efecto la orden papal, inmediatamente se trajeron de la Península los libros necesarios, así de canto llano como de polifonía. Religiosos misioneros que probablemente formaron parte de la expedición de Alvarado crearon con toda solicitud un coro compuesto por indios. En 1530, seis años después de la llegada de los españoles a Guatemala, este coro cantaba en la misa solemne obras de Loyset Compère (†1518), Jean Mouton (†1522) y otros autores franco-flamencos. Así lo pone de manifiesto otro manuscrito conservado hoy en la Biblioteca de la Universidad de Indiana, Bloomington, usado en la liturgia de la catedral guatemalteca. Su coro todavía en construcción poseía, además, libros de música de los compositores castellanos más eminentes, entre los que probablemente constarían Juan de Anchieta (1462-1523), el citado Francisco Peñalosa, Martín de Rivafranca (†1528) y otros, según parece deducirse de un catálogo de 1542. No mucho más tarde, clérigos allí destinados para hacerse cargo de la capilla musical, como los ya referidos Pedro Bermúdez o Hernando Franco, acrecentarían el repertorio con obras que nada tienen que envidiar a las de Guerrero, Victoria o Palestrina, rigurosos contemporáneos.

Apenas podemos hoy imaginar el esfuerzo realizado por estos misioneros para enseñar a los indios una música sofisticada, sometida a las implacables reglas de la retórica musical sobre la que discutían, con profundas razones, importantes autores europeos de los siglos XV y XVI: Henricus Glareanus [Heinrich Loris] (1488-1563), Francisco de Salinas (1513-1590), Gioseffo Zarlino (1517-1590) y tantos otros. Tampoco seríamos capaces de dibujar en el aire la imagen de aquella música producida en los espacios acústicos de la selva tropical por cantores con voces tan alejadas de nuestro arquetipo sonoro. Mucho más tarde, refiriéndose a un lugar bien lejano por la geografía pero muy próximo por el ambiente, el de las Reducciones del Paraguay de los siglos XVII y XVIII, los padres jesuitas ensalzarán en sus cartas «anuales» al General la natural propensión de los indios hacia la música y la facilidad con que aprendían un repertorio nuevo, en el cual—eran incluso capaces de componer música sin haber hecho estudios.

Aquellos clérigos que acompañaron a los conquistadores como misioneros crearon la infraestructura que hizo posible la perpetuación de una práctica artística de alto nivel dedicada al culto divino. Entre 1556 y 1589 se editaron 30 libros de música litúrgica de un total de 220 impresos, al menos, que nos consta fueron publicados en México durante el siglo XVI. En toda España, durante las mismas fechas, esto es, en los 33 años referidos, se imprimieron 65 libros con música litúrgica, localizados hoy. La obligación de dotar a las iglesias de todo lo necesario para el culto solemne hizo nacer la misma actividad febril que en la Península impelía a elaborar grandes cantorales de pergamino destinados al facistol del coro. Llegado el barroco, la música del bajo continuo sustituyó a la vieja polifonía de contrapunto severo, sin que el cambio acusase retrasos significativos respecto a Europa.

La enorme producción musical que, perteneciente al período clásico y barroco, atesoran los archivos americanos, está mereciendo hoy continua atención de los musicólogos locales y foráneos. Esta realidad, que debería

llenarnos de satisfacción, no está exenta de peligros, dada la general carencia de medios y de estructura organizativa, académica y científica que padecen los países donde están ubicados los archivos de música. Ciertas sospechas de desaparición y expolio se ciernen sobre la documentación que aún no ha sido catalogada o ni siquiera registrada. En estas circunstancias, la edición de la música, movida por intereses crematísticos más que culturales, por la simple moda y sin rigor científico, puede dejar detrás de sí una cierta sensación de tierra quemada en la que es imposible recoger cosecha. Al menos los archivos de las catedrales de México, Puebla y Bogotá que, como la de Guatemala, poseen documentos de la música polifónica más antigua y preciosos cantorales de canto llano, merecerían una rápida acción para la buena conservación y publicación de la música allí guardada, a través de la creación y apoyo financiero de instituciones como el Centro Nacional de Investigación, Documentación e Información Musical (CENIDIM) de México.

La naturaleza litúrgica de la música colonial iberoamericana dificulta mucho la auténtica reconstrucción de las obras, ya que éstas exigen, las más de las veces, completarse con el canto llano. Lamentablemente, los investigadores no entran en este repertorio, sino con cierto respeto reverencial sumado a veces a un real desconocimiento del mismo. Por su radical dependencia del canto llano, las piezas polifónicas destinadas al culto, cuyas partituras se encuentran desnudas en los archivos americanos, no alcanzan fuera de él su redondez y su acabamiento; esto es, no adquieren su cualidad de «opus», como es exigible a toda composición musical destinada al público, sino tras una metódica adaptación al marco litúrgico de la respectiva iglesia. Por eso, la reconstrucción de las obras polifónicas del manuscrito 4 de la catedral de Guatemala, gracias a la cual se devuelve a la polifonía sacra su verdadero perfil para entregarla así a los intérpretes, es encomiable y modélica. Trabajos similares son realmente raros, también en Europa, salvo honrosas excepciones. Sobre la música de las Reducciones de Chiquitos (Bolivia) ha realizado una espléndida labor el musicólogo Piotr Nawrot, quien, tras una cuidada edición de la *Música de Vísperas de las Reducciones de Chiquitos: Bolivia, 1691-1767*, Concepción, 1994, la ha ofrecido al público en una hermosa grabación en disco compacto (1995). Con el mismo procedimiento y cuidado el profesor norteamericano Craig H. Russell ha reconstruido los *Matins for the Virgin of Guadalupe. Full Orchestral Score. Mexico City Cathedral, 1764* (San Luis Obispo, California, 1997).

Sólo así recuperada, esta música puede ser el objeto de difusión y de información veraz en cuanto testimonio vivo de la evangelización y civilización del Nuevo Mundo. Toda la documentación que guardan los archivos americanos es, sin duda, el vestigio extraordinario de una gesta admirable, pero es también la medida de la enorme responsabilidad histórica que tiene hoy nuestro país sobre un patrimonio cultural tan suyo propio como de la América actual. □

(*) Escrito este comentario, nos llega la dolorosa noticia del fallecimiento repentino del profesor Robert Snow en su casa de Austin (Texas, EE.UU.), el 9 de junio de 1998. Descanse en paz.

En el próximo número

Artículos de Carmen Martín Gaité, Rafael Argullol, José-Carlos Mainer, Agustín García Calvo, Sixto Ríos y José María Mato. ÍNDICE 1998.

RESUMEN

Ismael Fernández de la Cuesta se adentra en la rica música colonial iberoamericana, que no era distinta de la practicada entonces en la Península Ibérica. Y se adentra a partir de la publicación de buena parte de la música que

se cantaba en la iglesia de Guatemala en el XVI. Entre otras sorpresas, destaca Fernández de la Cuesta obras inéditas de algunos grandes polifonistas del siglo XVI, como Morales o Palestrina.

Robert Snow

A New-World Collection of Polyphony for Holy Week and the Salve Service

The University of Chicago Press, Chicago, 1995. 425 páginas. 203,50 dólares. ISBN: 0-226-76744-2.

Palabras mayores

Por Carmen Martín Gaité

Carmen Martín Gaité (Salamanca, 1925) es doctora en Filología Románica y escritora. En 1958 obtuvo el Premio Nadal con *Entre visillos* y ha escrito, entre otras, las siguientes novelas: *Ritmo lento*, *Retahílas*, *El cuarto de atrás*, *La reina de las nieves* e *Irse de casa*. Como ensayista e investigadora ha publicado *El proceso de Macanaz*, *Usos amorosos de la postguerra* y *El cuento de nunca acabar*. Es Premio Nacional de las Letras Españolas.

Medardo Fraile abandonó España rumbo al Reino Unido allá por el 64, después de quince años de presencia continua en aquel grupo madrileño de jóvenes apasionados por las letras al que vinimos a desembocar en la primera postguerra varios afluentes provincianos. Medardo ya estaba allí, al acecho, porque era «gato». Con ojos de gato, además. Hablaba poco de su vida, pero sale en todas las fotos. Y la guerra —eso sí lo contó alguna vez y sigue aflorando en sus cuentos de ahora— la había pasado en su ciudad de origen o sea en zona «roja».

«El 18 de julio, los ofendidos de derechas y de izquierdas —ha escrito recientemente— decidieron mejorar España destrozándola y se enzarzaron en una guerra civil con matanzas horribles en ambas retaguardias, y los bachilleres en ciernes que vivíamos en Madrid no pudimos continuar los estudios hasta bien entrado el año 37. Hubo colas enormes para saciar el hambre con lentejas, boniatos y pipas de girasol y caminatas de un día a las huertas y los pueblos cercanos para volver con un pan o tres lechugas, pero los niños aprovechábamos las barricadas en las calles para jugar con piedras a la guerra y, al atardecer, el parte bélico radiado que se oía por las ventanas abiertas parecía extender y adensar la sangre del crepúsculo.»¹

Y, sin embargo, cuando nos conocimos, años más tarde, ninguno de aquellos niños y niñas a cuyos oídos habían llegado historias luctuosas y partes bélicas teníamos interés en hablar de la guerra ni de cómo la vivieron nuestros parientes; apenas salía a relucir el tema —demasiado opaco y cercano— en unas conversaciones que más bien intentaban esquivarlo por el atajo de la ficción.

Recién acabada la carrera o a punto de acabarla, todos nosotros, tanto los madrileños



FUENCISLA DEL AMO

como los forasteros leíamos mucho y empezábamos a escribir relatos, aunque a algunos les tirasen también el teatro y el cine. Habíamos aprendido a aludir a la realidad circundante sin emborronar con juicios de valor aquella visión algo desencantada pero vetada por rachas de humor. En aquel espolvoreo del humor se conocía al autor del guiso.

Cuestión de sutileza, como reconocer una voz aunque no se sepa explicar en qué la

diferenciamos de otra parecida. Los quiebros de humor, como parones inesperados, que daba y sigue dando Medardo Fraile para no caer en el tópico ni en el melodrama, configuran su prosa y constituyen uno de los rasgos más «sui-generis» de una contemplación del mundo enfocado desde lejos, aunque sin perder ni una sola de esas motitas de absurdo que al mismo tiempo vivifican el conjunto y lo hacen incomprensible. Medardo Fraile ha llegado a crear en torno suyo —ya exiliado casi a perpetuidad, pero siempre regalándonos con reparaciones inesperadas de donde sale fortalecido— una especie de muralla secreta cuyo portillo de acceso sólo deja entreabierto para los enemigos de la clasificación rigurosa.

Si, por ejemplo, un viejo de un asilo, har-to de ver la televisión, se salva de la mediocridad y el empantanamiento derivados de su circunstancia es gracias a la lúcida y divertida reflexión que se mete a hacer sobre la divergencia entre palabras y ademanes detectada en la chica que aparece a diario en pantalla para pronosticar el tiempo:

«A esta muchacha, que a lo mejor ya calza espolones, le debieron de alabar la soltura de ademanes y las manos cuando era niña y ahora es capaz de saltarle un ojo al que tenga delante con tal de exhibirlas sin obstáculo alguno... Estira un dedo, dobla dos, hace girar las manos lentamente como si rebanara un pedazo de nube, las abre en triunfo como rayos de sol, las deja caer con la melancolía de un cohete de vuelta; y todo en contradicción con sus palabras, que nos hablan llanamente de las altas presiones que afectan al país, de un anticiclón situado en las Islas Baleares o de las temperaturas diurnas que descenderán ligeramente en Galicia y parte de León.»²

Otra de las constantes de Medardo Fraile, su maestría para el diálogo esencial (donde nada se explica y todo se sugiere), tal vez deba rastrearse en su incipiente vocación teatral. Cuando yo lo conocí, acababa de estrenar en un aula del Instituto Ramiro de Maeztu, una pieza corta titulada *El*



En este número

Artículos de

<i>Carmen Martín Gaité</i>	1-2	<i>Sixto Ríos</i>	8-9
<i>Rafael Argullol</i>	3	<i>José María Mato</i>	10-11
<i>José-Carlos Mainer</i>	4-5	ÍNDICE 1998	12
<i>Agustín García Calvo</i>	6-7		

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



Palabras mayores

hermano¹, donde ya daba fe de su rechazo a la vacua retórica y de cierta tendencia a indagar la realidad por zonas subterráneas. El embarazo intempestivo de su hermana soltera despierta en el protagonista el afán de pesquisa por conocer la identidad del padre, y a través de lo que se dice y de lo que se calla afloran las relaciones secretas de una familia aparentemente bien avenida, sus ilusiones truncadas y su difícil entendimiento. Se estaban contando cosas que no se veían, que solamente se adivinaban. Aquello ya daba muy buena espina.

La inaprensible naturaleza del cuento como género literario, eso que lo hace tan esquivo a la definición, guarda precisamente mucha más relación con lo adivinado que con lo visto. Pero tampoco pueden quedar cabos sueltos, ahí está el misterio, en captar las raíces de lo evanescente y fugaz, en conseguir que deje rastro. No es fácil. Y Medardo lo logra. Cualquiera que tenga afición a este género lo podrá comprobar leyendo sus *Cuentos completos* (Alianza Editorial, Madrid, 1991) donde se recogían todos los pu-

Qué es

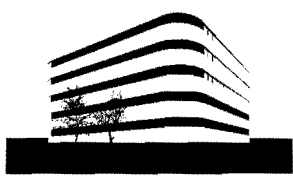
SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del *saber*. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77
28006 Madrid (España)
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

blicados por el autor desde 1954 hasta 1989. Pero él mismo sabía que no tardarían mucho en ser incompletos. Lo que no cabía esperar —dada la calidad de lo conseguido— es que la próxima entrega pudiera quedar a mayor altura.

Y, sin embargo, Medardo Fraile, ya cumplidos los setenta años, nos entrega ahora, recogidos por la editorial Pre-Textos, veintinueve relatos nuevos, algunos de los cuales como «Centenario», «Episodio nacional», «El banco», «El señorito», «Crónica de la esperanza», no sólo pueden calificarse sin empacho como obras maestras, sino que añaden a la mezcla de ternura y humor a que el autor nos tiene acostumbrados, un ingrediente nuevo: el de excavar a paletadas oblicuas en un lugar aparentemente anodino y sacar a la luz terrones donde aún sangra la historia de España.

Rivales de las sombras

El conjunto lo ha titulado *Contrasombras*, y él mismo justifica así tal denominación:

«La obsesión de la luz, de andar a espaldas con las sombras, me viene de antiguo, cuando de muchacho escribía cuentos "con algún amor", recordé en un libro mío que "a la luz cambian las cosas" y bauticé algunos relatos como "cuentos de verdad". La luz de estos cuentos, nuevos rivales de las sombras, la he encendido con amor y humor, como siempre, pero también con algo de sarcasmo».²

Y, sin embargo, a mí la palabra «sarcasmo» me sugiere una acritud que en estos recientes relatos de Medardo Fraile no percibo, a pesar de la deliberada inclemencia de sus temas. Por eso resulta sumamente eficaz, y no cae nunca en lo panfletario, la crítica social que en algunos de ellos como «Todavía hay clases» o «El señorito» deja un poso tan serio de tristeza.

Yo con relación a otros cuentos del autor creo que lo que sin duda se ha intensificado es la tristeza, como resultado de una más audaz y despiadada cavilación sobre el tiempo y sus añagazas. A este respecto podría hablarse de la mezcla tan sutil de sincronía y anacronía con que encaran la realidad los protagonistas de *Contrasombras*, que ya no esperan mucho de la vida, casi siempre solitarios pertinaces. La disección del tiempo

irrecuperable hace tan hondamente lúcidos a estos caballeros de la triste figura a mandobles con sus sombras que llegan a creerse dueños de lo que han perdido, aunque a la postre esa sincronía con lo vivido deriva en anacronía y entienden que la comprensión también embarulla. El narrador de «Todo más claro», por ejemplo, reflexiona sobre la soledad a que le ha confinado el abandono de la mujer que no fue capaz de seguirle aguantando y, a través de su cuita, empieza a fijarse en los gestos de los demás solitarios, «acusados» los llama, que parecen estar recontando, como él, lo que les queda —si es que les queda algo— hasta que otra fiesta llegue.

«Todos los días me siento entre los acusados, mirándolos. Con resignada desesperación. Con profunda tristeza. También ellos me miran a mí cuando les veo de paso para mirar otra cosa. Aún queda mucho tiempo para que venga otra fiesta. Va a ser horrible, entonces... Porque mi herencia es ésa: unos ojos abiertos, la dura verdad. Todo está más claro ahora. Es decir, más oscuro.»³

Más oscuro está también para el pescador de recuerdos lo que no entendió a su tiempo y persigue incansable para lograr simplemente que salga a flote algún objeto absurdo, como símbolo del desarraigo y la deriva posteriores: un pañuelo, pongo por caso. Así, el adulto de «El banco», rememorando a un niño de la guerra sin pañuelo que no entiende la muerte, aunque acaba de morirle su madre. Rememora cómo salió de casa en busca de alguien con quien hablar y cómo se sentó en un banco de Moncloa, de espaldas a los tranvías.

«Y entonces, más que estar solo se agigantó en mí la indigencia de no tener pañuelo, cuya necesidad, estoy seguro, no era pe-

rentoria, y todo mi ser se reblandecía de la falta de miramiento que implicaba irse de casa y dejar a un niño sin pañuelo, el lienzo de los mocos y las lágrimas, que era el colmo del abandono y el descuido.»⁴

El repaso del tiempo y sus mutaciones como motor de demencia llega a un clima alucinante de expresión literaria cuando no se trata de una meditación del solitario sobre su propia vida, sino de un repaso a la historia de España evocada para interlocutores sincrónicos en el espacio pero anacrónicos en cuanto a su actitud hacia lo escuchado. Y ahí surge la perla de la colección: el profesor de historia, de un modesto instituto, cascarrabias y borrachuzo, traspasado por la lógica que sólo atizan el entusiasmo y el dolor, obsesionado en vano por trasladar su obsesión sobre los desastres de 1898 a sus alumnos de 1998, de hoy mismo. Don Octavio Pedroso, el protagonista de «Centenario», es un pariente cercano de Max Estrella, a quien sólo cabría decirle, con la emoción del amigo deslumbrado: ¡Max, no te pongas estupendo! Bastarían todas sus retahílas poéticas durante la hora que dura la clase para sacar a hombros a Medardo Fraile por la puerta grande de la literatura. Ocho páginas. Pero nadie debe dejar de leerlas. Son, sencillamente, palabras mayores. □

- 1 Medardo Fraile: «Episodio nacional», en *Contrasombras*, pág. 13.
- 2 Medardo Fraile: «Rabieta de la mujer bilingüe», o.c., pág. 68.
- 3 Para los que sientan curiosidad por estos principios, diré que la obra (representada por Alfonso Paso y María Luisa Romero) brotó auspiciada por «Arte Nuevo», el primer grupo de teatro independiente de postguerra. Sus componentes apenas sobrepasaban los veinte años.
- 4 Medardo Fraile: «Conocimiento de causa», Revista «Leer», julio/agosto 1998, pág. 49.
- 5 O.c., pág. 60.
- 6 O.c., pág. 9.

RESUMEN

Carmen Martín Gaité se cuela por el portillo entreabierto de la muralla secreta, tras la que se esconda Medardo Fraile, escritor y compañero de generación de la comentarista, que se recuerda junto a él y los demás en aquel Madrid de los cincuenta; y

se cuela para elogiar el último volumen de cuentos que ha publicado Medardo Fraile, destacando, entre otras cosas, esa maestría para el diálogo esencial —donde nada se explica y todo se sugiere— de la que hace gala en éstos y en otros relatos.

Medardo Fraile

Contrasombras

Pre-Textos, Valencia, 1998. 124 páginas. 1.500 pesetas. ISBN: 84-8191-183-6.

SUMARIO

	Págs.
«Palabras mayores», por Carmen Martín Gaité, sobre <i>Contrasombras</i> , de Medardo Fraile	1-2
«Las sombras de Prometeo», por Rafael Argullol, sobre <i>Conocimiento prohibido</i> , de Roger Shattuck	3
«Para no creer en el noventa y ocho», por José-Carlos Mainer, sobre <i>Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo</i> , de Juan Pan-Montojo (coord.)	4-5
«De realidades enterradas en las lenguas», por Agustín García Calvo, sobre <i>Origini delle lingue d'Europa, I: La teoria della continuità</i> , de Mario Alinei	6-7
«Negociaciones, ¿arte o ciencia?», por Sixto Ríos, sobre <i>Negotiation Processes: Modeling Frameworks and Information Technology</i> , de Melvin F. Shakun	8-9
«La investigación médica a debate», por José María Mato, sobre <i>Impure Science: Aids, Activism and the Politics of Knowledge</i> , de Steven Epstein	10-11

ÍNDICE 1998

12

Las sombras de Prometeo

Por Rafael Argullol

Rafael Argullol (Barcelona, 1949) es escritor y catedrático de Humanidades en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Ha escrito poesía, narrativa y ensayo. Entre sus obras, cabe destacar *Duelo en el Valle de la Muerte*, *La razón del Mal* (Premio Nadal 1993), *Sabiduría de la ilusión* y *Transeuropa*.

Con apenas un año por delante para cumplir el gran ritual de un cambio de siglo —y, por si fuera poco, de milenio— parece comprensible la tentación de hacer balance. Aunque no ignoramos que todas nuestras medidas del tiempo son perfectamente arbitrarias y que, por tanto, podríamos estar celebrando otros calendarios, no hay duda de que las convenciones que hemos asumido nos invitan a determinadas simbologías. Éstas, a su vez, tanto en el plano individual como colectivo, comportan precisas perspectivas psicológicas.

A este respecto los paralelismos entre los tres últimos fines de siglo son prometedores. Las diferencias, también. El del siglo XVIII vino marcado por la excepcional ruptura de la jerarquía puesta en escena por la Revolución Francesa: la ilustración desembocaba en el romanticismo y en este contraste germinaba lo que, después, sería conocido como «modernidad». El del siglo XIX apareció envuelto en profundas brumas que, para unos, escondían la inminencia de luces inigualables y, para otros, la eclosión de catástrofes sin precedentes. El gran testimonio intelectual de Nietzsche se halla en el filo de la navaja entre las dos posibilidades.

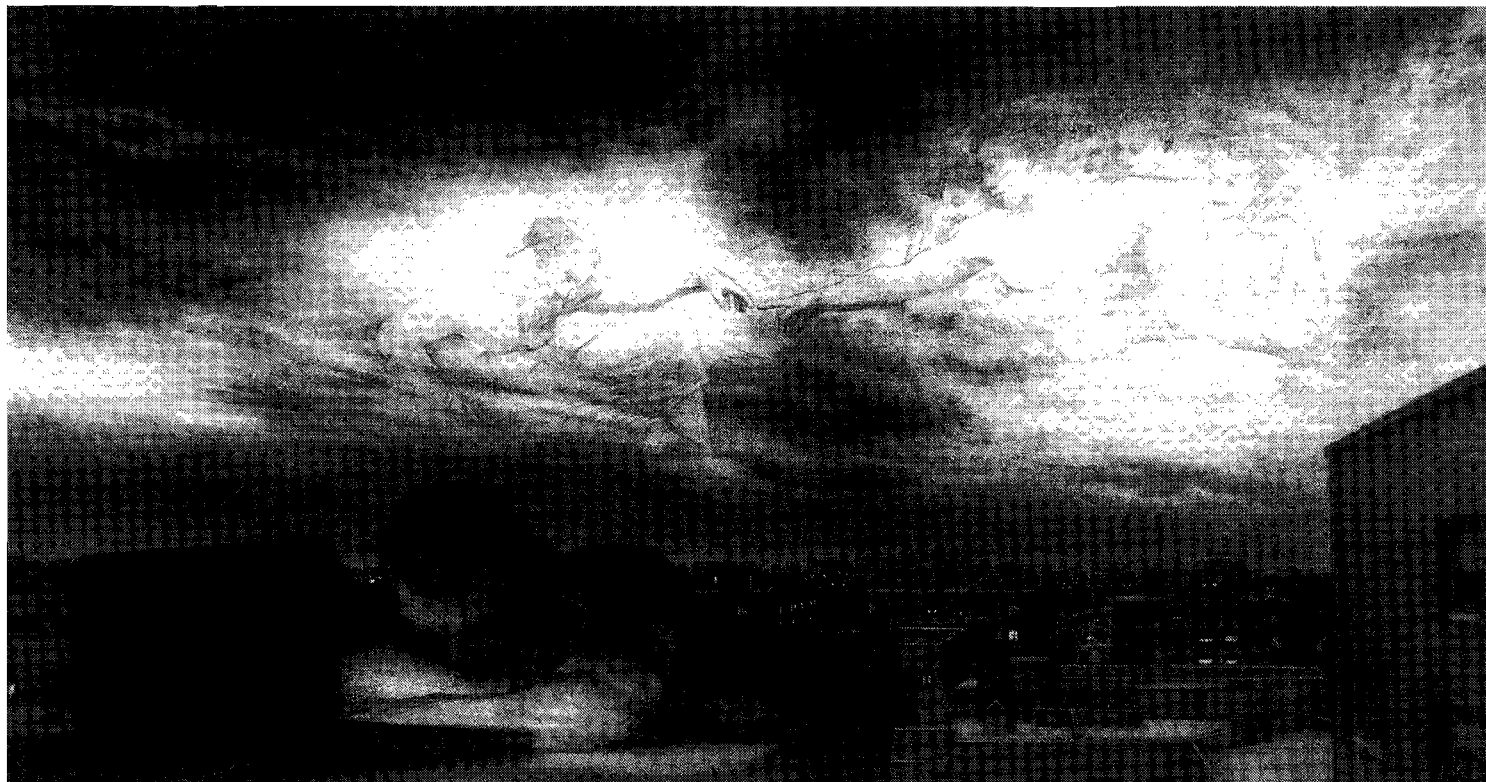
Los juicios posteriores dan continuidad a los acontecimientos históricos y quizá a causa de esto hemos otorgado una notable coherencia al desarrollo de la civilización moderna. Pero no hay duda de que en las últimas décadas hemos incrementado nuestras reservas. Hasta avanzada la década de los setenta el núcleo de la intelectualidad occidental defendía, con pocas excepciones, la centralidad nutridora del caudal de la modernidad. En otras palabras: un hilo invisible mantenía conectados los distintos avatares del mundo moderno de manera que, en alguna medida, todas las creaciones espirituales decisivas se orientaban sutilmente en la misma dirección.

Es verdad que habían existido ya Stalin e Hiroshima, y asimismo que los sistemas de agotamiento de las vanguardias históricas eran más que evidentes, pero, a pesar de todo, la gran mayoría de las voces seguían apostando por la solidez del edificio de la modernidad. A excepción de posiciones abiertamente conservadoras nadie ponía en cuestión los grandes parámetros de lo que los historiadores habían llamado Edad de la Revolución.

Naturalmente este horizonte ha cambiado drásticamente en los últimos veinte años en los que, con timidez en un principio y contundentemente después —en especial tras la caída del Muro de Berlín—, se ha desarrollado una vasta operación de ajuste de cuentas con la modernidad que coincide, significativamente, con nuestro fin de siglo.

En este ajuste de cuentas las militancias intelectuales son extremadamente variadas. Hay quien aspira todavía a una autocrítica de la modernidad desde la misma modernidad: para ellos el balance civilizatorio es, pese a las grandes tragedias, positivo para el porvenir de la humanidad. Pero han aumentado las opiniones que son extremadamente severas con el rumbo de la cultura moderna sin que, por esta razón, puedan ser calificadas de decididamente conservadoras o reaccionarias.

Dentro de este grupo podríamos reconocer con bastante facilidad al destacado ensayista norteamericano y catedrático de la Universidad de Boston Roger Shattuck. Su libro recién aparecido en lengua española, *Conocimiento prohibido*, es, en este sentido,



RODRIGO

perfectamente representativo de un pensamiento progresista pero radicalmente antimoderno. Un ejemplo casi perfecto de ajuste de cuentas con lo moderno y de subversión de los cimientos ontológicos de la modernidad.

Éste es el principal camino, pero no el único, para adentrarse en el ambicioso objetivo de *Conocimiento prohibido*. Aunque partiendo aparentemente de la literatura comparada, el libro de Shattuck se abre audazmente a otros territorios: la historia de las ideas, la sociología, el periodismo, la ciencia y la técnica contemporáneas e, incluso, la crónica criminal. El lector es guiado con maestría y extraordinaria erudición desde la literatura antigua a los últimos y arriesgados experimentos en el campo de la genética.

Al lado del escenario surge decisivamente el problema de los límites del conocimiento o, mejor, el de los límites humanos respecto al conocimiento. Un viejísimo problema, como es sabido, recogido por la práctica totalidad de las culturas y que en nuestra tradición no dejamos de asociar con el bíblico Árbol del Conocimiento.

En el primero de los fines de siglo antes aludido la polémica se aglutinó en torno a la metáfora del Velo de Isis. ¿Debía o no rasgarse el velo del conocimiento último? Schiller opinaba que no, Goethe dudaba, los románticos respondían afirmativamente. Pocos se planteaban la misma pregunta a finales del siglo XIX, un tiempo demasiado seguro de su titanismo como para aceptar los consejos filosóficos de un Schopenhauer o un Kierkegaard.

Pero tras las guerras de nuestro siglo, tras los «lager» y los «gulag», tras Hiroshima, el Velo de Isis aparece terriblemente ensangrentado. Tras todo lo que ha sucedido, frecuentemente en nombre del futuro y del progreso, en nombre de la técnica y de la ciencia, ¿podemos seguir creyendo que no hay que poner límites al conocimiento? Sin duda legaremos al siglo XXI la más dura de las preguntas.

Para Roger Shattuck el error humano frente a esta pregunta se remonta a Prometeo. Dicho de otro modo: la extremada dureza de nuestra actual encrucijada no es sino la consecuencia de haber equivocado la opción. El hombre comete inevitablemente el gran error de construir una cultura de la transgresión trasladando, paralelamente, su «hybris» a los grandes arquetipos literarios. Prometeo no debería haber robado el fuego o, al menos, no debería haber invitado a los hombres a ser como dioses. Más adelante en la historia literaria,

aunque por la misma razón, Fausto no hubiera debido pactar con Mefistófeles ni el doctor Frankenstein crear su prometedor pero finalmente abominable monstruo.

Si bien es cierto que Shattuck rehúye juzgar y prefiere explicar la estrecha relación entre el presente y la tradición, en algunos pasajes de su libro defiende provocativamente lo que podríamos denominar «responsabilidad a priori» de los pensadores y escritores. Es una actitud arriesgada, a menudo difícil de sostener, pero perfectamente encajada en la actual revisión de la modernidad. Según esta óptica no sólo Marx, sino también Platón serían culpables del estalinismo en la misma medida en que no sólo Heidegger sino también los idealistas y románticos alemanes serían culpables del nazismo.

Shattuck no va tan lejos pero dispara hacia la misma diana. Junto a los mitos literarios que dibujan la cultura de la transgresión (Prometeo, Fausto, Frankenstein), en *Conocimiento prohibido* repasa obras singulares que se proyectan destructivamente en futuras conductas humanas. El comentario más exhaustivo, y probablemente también el más afortunado, lo realiza Shattuck a propósito del Marqués de Sade, presentándolo como «responsable intelectual» de delitos cometidos doscientos años después. Esta hipótesis, cuando menos discutible, se ve acompañada de otra que extiende aquella responsabilidad a todos los intérpretes, seguidores o apologetas de Sade, como Bataille o la totalidad de los surrealistas.

Aunque Shattuck no aplica esta contundencia a ningún otro capítulo —quizá porque es más fácil conducir al lector de Sade a la pornografía que de Platón al estalinismo— sí pone en evidencia las arenas movedizas sobre las que se mueve quien denuncia la «responsabilidad a

priori» de las obras intelectuales, una cuestión que se ha avivado extraordinariamente tras la quiebra de los grandes relatos ideológicos de nuestra época.

Es, desde luego, un asunto de enorme interés que no puede ser soslayado con el recurso a la «inocencia creativa» o a la «autonomía» de los productos espirituales, pero ante el que se corre el riesgo de sucumbir a un igualmente peligroso puritanismo moral que acabaría condenando, por uno u otro argumento, a cualquier autor que no se integrara en el consenso social de cada período.

Éste es quizá el principal reproche que se puede hacer al magnífico ensayo de Roger Shattuck: su frecuente inclinación al puritanismo, más evidente en sus juicios singulares pero más distorsionador al tratar de elaborar un balance de nuestra civilización.

No importa la fortaleza, incluso algo sectaria, en la toma de posición ante territorios particulares. A excepción del dedicado a Sade y sus supuestos seguidores más o menos criminales, la mayoría de los capítulos de *Conocimiento prohibido* son muy sugerentes en especial por la capacidad del autor por trasvasar las construcciones literarias a las experiencias históricas y los descubrimientos científicos a los grandes debates contemporáneos.

Más discutible parece la posición de Shattuck respecto a la responsabilidad de las obras intelectuales y, de manera más general, en su ajuste de cuentas en relación a la modernidad, identificada, al fin, como la máxima cultura de la transgresión. Es posible que así sea puesto que es la que con más arrogancia, y más trágicamente, ha vivido el sueño de Prometeo. Pero aunque conozcamos las sombras de este sueño será difícil convencer al hombre para que deje de soñar. □

RESUMEN

A un paso del ritual de cambio de siglo, y además de milenio, cabe la tentación en el terreno del pensamiento, asegura Rafael Argullol, de hacer balance. Hasta no hace mucho parecía como si la intelectualidad occidental se nutriera del caudal de la modernidad y los distintos avatares del

mundo, a pesar de Stalin e Hiroshima, se orientasen en la misma dirección. Pero tras la caída del Muro de Berlín, Argullol percibe un cierto ajuste de cuentas con la modernidad. Y lo señala al comentar un ensayo de Roger Shattuck, representativo de un pensamiento progresista pero antimoderno.

Roger Shattuck

Conocimiento prohibido

Taurus, Madrid, 1998. 440 páginas. 3.200 pesetas. ISBN: 84-306-0281-X.

Para no creer en el noventa y ocho

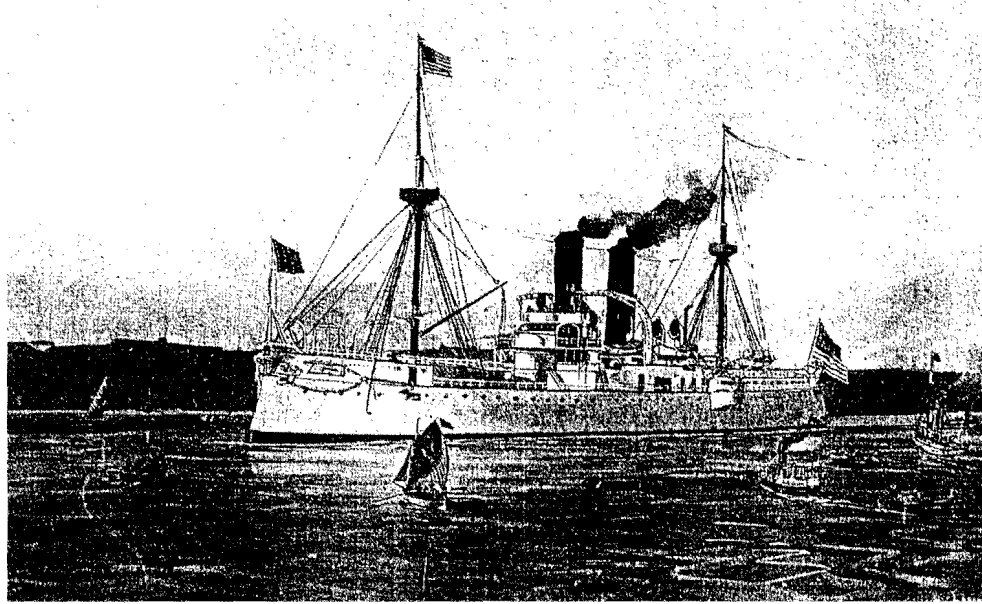
Por José-Carlos Mainer

José-Carlos Mainer (Zaragoza, 1944) es catedrático de Literatura Española en la Universidad de su ciudad natal, tras haber profesado en la de Barcelona y La Laguna. Cultiva la historia de la literatura de los dos últimos siglos y ha escrito varias obras, entre las que cabe citar: *Falange y literatura*, *Literatura y pequeña burguesía en España*, *La Edad de Plata (1902-1939)*, *La doma de la quimera*, *De postguerra y el ensayo de teoría* Historia, literatura, sociedad.

Dentro de otros cien años seguramente habrá que pensar en escribir un nuevo libro sobre el 98. Pero ya no será sobre 1898 sino sobre lo que hicimos en 1998 con motivo del centenario. Sus hipotéticos autores subrayarán, sin duda, lo singular de la situación: un país que económica y socialmente estaba tan lejos de lo que fue a finales del siglo XIX decide recordar una derrota histórica; un gobierno recién estrenado y poco ducho en asuntos culturales aborda una doble conmemoración (la del centenario de la muerte de Felipe II y el primer siglo transcurrido desde el Desastre) procurando conseguir la mezcla de espectacularidad, pedagogía y corrección política que se demanda de la actual «cultura de Estado»; una historiografía, ya de vuelta de las grandes interpretaciones estructurales e ideológicas, prefiere a las interpretaciones «fuertes» los animados y mucho más indulgentes cuadros de la «nueva historia».

Los historiadores del futuro advertirán, sin duda, que como consecuencia la celebración evitó casi todos los conflictos: su exposición más significativa («España fin de siglo 1898», Fundación La Caixa, Madrid-Barcelona, enero-junio de 1998) mostró más interiores burgueses que obreros, eludió las imágenes de los políticos republicanos (¡incluido Castelar!), o ignoró el descubrimiento —no sólo literario— de la miseria campesina y urbana. Pero, sobre todo, señalarán dos ausencias en la conmemoración. Por un lado, la más significativa ha sido el recuerdo de la guerra misma, aunque quepa tener la impresión de que este olvido fue muy temprano (en el fondo, está ya presente en un texto como *Hacia otra España*, de Maeztu, en 1899). Viene siendo común tomar el dramático episodio del Desastre por antonomasia como el desencadenante de un proceso de modernización social y excelencia artística que, de algún modo, lo convertiría en lo que un teólogo versado en Agustín de Hipona llamaría una «felix culpa»: sin ella, no leeríamos a Unamuno o a Baroja, ni Cajal encabezaría la moderna ciencia española ni este siglo sería el de Picasso. Y, sin embargo, olvidar la guerra de 1895-1898 es olvidar mucho: los hechos de armas no se limitaron a las batallas inapelables del último año. Fueron éstas el final de una larga contienda colonial que tuvo el dudoso honor de haber provocado el mayor transporte de hombres armados a través del Atlántico —más de doscientos mil soldados en cuatro años—, anterior a las dos guerras mundiales. Y que se libró con horrores sin cuento— la «reconcentración» de campesinos cubanos presuntamente hostiles— que todavía deberían avergonzarnos y con pérdidas humanas escalofrantes, que estremece saber que en su mayoría se debieron a las fiebres y las disenterías. Puede verlo el lector en el importante libro sobre la guerra de Cuba que han escrito Antonio Elorza y Elena Hernández Sandoica y que ha publicado la misma editorial del que ahora reseño.

El segundo olvido tampoco es parvo. La crisis de la guerra aceleró significativamente el pleito de las nacionalidades periféricas.



El buque de guerra estadounidense *Maine*, en el puerto de La Habana.

Como recuerda la tupida e intencionada «Cronología» de este volumen, 1892 vio el juramento de Larrazábal y la publicación de las Bases de Manresa; 1895, la fundación de lo que luego sería el Partido Nacionalista Vasco; y 1901, la de la Lliga Regionalista de Catalunya. Jon Juaristi ha recordado en una anotación de su espléndido libro, *El bucle melancólico*, que Ramón Menchaca Zárraga «se hizo retratar para el cuadro de la directiva del *Euskeldun Bazotkija* vestido de mambí, descalzo, con fusil y sombrero de paja adornado con la escarapela de la bandera cubana». También Joan Maragall, admirable poeta y ciudadano mucho más sensato que el Tartarín vascongado, se emocionaba con los pasos de la emancipación de Noruega y en noviembre de 1893 escribía a su amigo el notario Roura, a propósito del descalabro colonial de Marruecos, que «et suposo enterat de l'enormíssima planxa que ens estem tirant a Melilla i pertot arreu. ¡Quin dia será que ens invadeixin i ens colonitzin i Espanya deixi de ser Espanya d'una vegada!». Y en junio de 1898, al poco de las derrotas de Cavite y Santiago, el mismo corresponsal recibió todavía otra confidencia de parecido jaez: «Cada vegada que ve una mala notícia grossa de la guerra, si vols que te digui la veritat, després de la mala impressió per les desgràcies personals, m'alegro pensar "aixís acabarem més aviat"».

¿Traidores a la patria? No, por supuesto, ya que el pintoresco mambí bilbaíno había decidido que España no era la suya y porque el futuro autor de *Visions i Cants* se veía —como escribiría en alguna ocasión— integrante de una serie decreciente de dependencias afectivas —Europa, Iberia...— al final de las cuales, la más auténtica, venía a ser el conjunto indiscernible de la lengua y el paisaje catalanes. Que tal cosa hubiera llegado a pasar merecía una seria reflexión «sine ira et studio». No se ha hecho, pese a su urgencia actual, aunque algo de ello hay en el pulcro y cauteloso ensayo de José Álvarez Junco («La nación en duda») que cierra nuestro libro con ánimo de colofón provisional. Todos los requisitos de constitución de una nacionalidad se dieron en la historia de España pero, como decía Pierre Vilar, quizá el privilegio de haber sido la primera en el tiempo comportara el problema de serlo también en su disolución, o, como escribe aquí Álvarez Junco, la quiebra estribó en que el Estado español del siglo XIX «no podía cumplir ninguna de las tareas que han caracterizado a los Estados-Nación modernos: ni la homogeneización cultural, ni la creación de un potente sector

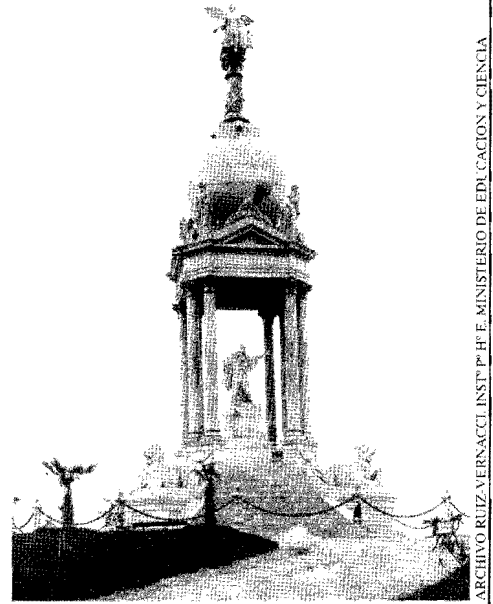
público capaz de financiar infraestructuras, prestar servicios y repartir riqueza».

La crisis del 98 fue, sobre todo, una crisis del nacionalismo español y de todo ello derivan su ambigüedad y la dificultad de reducirla a una fecha y a un acontecimiento de política militar. Su signo fue el de la contradicción. En ella encontramos elementos manifiestos de subversión y crítica, al lado de ingredientes de fatalismo masoquista y de parálisis generalizada. En sus aledaños se fundamentó el nacionalismo liberal utópico e idealizante —Unamuno publica *En torno al casticismo* en 1895 y Ganivet, *Idearium español* en 1897— pero también se encastilló el nacionalismo constantiniano y arcaizante y brotó, en grado mayor o menor, la fronda de los regionalismos. Suscitó afirmaciones de voluntarismo que lindaron con el ridículo y confesiones de pesimismo que estuvieron cercanas de la depresión: y todo, a menudo, en las mismas personas. Y es que el 98 fue, como todo lo que concierne a la percepción de las naciones, una «invención» y, si se quiere, un pretexto y hasta una metáfora: como ha escrito Juan Pan-Montojo al frente de este libro, debemos entender esta crisis como un afluente más de la crisis intelectual que se generalizó en Occidente y, a la vez, como una peculiar crisis de la identidad nacional.

¿98 o fin de siglo?

Con los mimbres de estos presupuestos se ha construido este volumen misceláneo que es, sin duda, el mejor de los muchos que nos han querido explicar, cien años después, qué fue el 98. A su coordinador, Juan Pan-Montojo, ha correspondido la tarea de explicitar las reflexiones de partida y lo ha hecho bajo un marbete que ya es, de suyo, revelador: «¿98 o fin de siglo?», lo que vale decir interpretación endógena o explicación múltiple, estampa nacional o panorama universal. Y a eso responde el habilidoso «collage» de elementos que convoca: nunca está de más recordar que la religiosidad de fin de siglo incluía conversiones ruidosas, supercherías espiritistas o la publicación de la *Historia de un alma* de Teresita de Lisieux, y que fueron fenómenos coctáneos de una nueva sociabilidad masiva la creación de la «Salvation Army», los primeros juegos olímpicos o la difusión de los «Boy Scouts». Todo fue, al fin y a la postre, ese mundo que era decimonónico y ya era moderno.

A Christopher Schmidt-Nowara ha tocado explicar, bajo el título «Imperio y crisis



Monumento a los héroes de Cuba y Filipinas, en el Parque del Oeste de Madrid.

colonial», lo sustancial de los acontecimientos externos y lo ha hecho con sencillez y convicción muy anglosajonas. No es novedad reconocer los factores del complejo marco de la independencia cubana: la creación de una poderosa industria azucarera y su dependencia del mercado (y del capital) norteamericano; la angustia de sus propietarios ante la elevación de los aranceles por parte de sus clientes dominantes; el fracaso del autonomismo político; el acierto político de Martí al concebir el Partido Revolucionario Cubano como plataforma de intereses y entusiasmos generalizados... Son datos que el autor sintetiza con rigor, aunque a costa de limitarse a esbozar los correspondientes puertorriqueños y filipinos. El fracaso de la insurrección en la isla pequeña obedeció, sin duda, a la mejor incardinación de los cafetaleros en la economía peninsular, que ya habían abandonado hacia tiempo los azucareños cubanos. Y en Filipinas, el golpe de gracia tuvo mucho que ver con el afianzamiento de una clase propietaria mestiza, al lado de los errores de una colonización que tuvo su primer apoyo en el clero y una de sus carcomas en la divulgación de religiosidades populares y milenaristas: supieron muy bien lo primero aquellos blasquistas valencianos que organizaron violentas asonadas cuando el último arzobispo de Manila, el dominico Nozaleda, tomó posesión de la sede de Valencia. El trabajo de Schmidt-Nowara explica en unas pocas páginas el curso de la guerra y todavía abarca los primeros pasos de los bisoños colonialistas norteamericanos al frente de sus «territorios no incorporados»: la guerra abierta en Filipinas (donde no dudaron en emplear el denostado sistema de Weyler, la «reconcentración»), la intervención abierta en Cuba hasta la aprobación de la Enmienda Platt (que consagraba la tutela estadounidense de la República) y la peculiar anexión de Puerto Rico. Y aún alcanza a recoger el último capítulo de la relación hispano-cubana: el vivido por algunos centenares de miles de españoles que, después de 1898, volvieron como emigrantes a la isla.

Precisamente sobre la visión que la sociedad española tuvo del conflicto versa la amplia y valiosa síntesis de Manuel Pérez Ledesma («La sociedad española, la guerra y la derrota»). Incluye una anécdota harto significativa. En junio de 1899, la Cámara de Comercio de Zaragoza convocó una manifestación de protesta contra los nuevos impuestos de Fernández Villaverde para



Viene de la página anterior



apoyar un cierre de los establecimientos durante una hora. A la manifestación acudieron, sin duda, tenderos, dependientes y clientes y el clima se fue calentando: en un principio, decidieron acudir hasta la basílica del Pilar para retirar la espada que el general Polavieja había depositado en 1897 a la vuelta de su breve mando en Filipinas y tirarla al cercano río Ebro o remitírsela. Al cabo, como las fuerzas de orden impidieron el acceso al templo, los manifestantes acabaron por prender fuego al colegio de jesuitas que, venturosamente, no llegó a arder, aunque se produjeron durante los hechos algunos heridos graves e incluso algún muerto.

El episodio encierra una breve lección que abarca casi todo lo que se movió como consecuencia de la guerra. Hallamos la protesta contra los impuestos abusivos (recordará el aficionado a la zarzuela que ya fueron gracioso «leit motiv» de un ambiente zaragozano, *Gigantes y cabezudos*, estrenada en el mismo noviembre de 1898), la sugerente mezcla de burgueses y menestrales en una acción de protesta, el rápido desengaño de las ilusiones belicistas que se depositaron en Weyler o Polavieja antes del Desastre (el llamado «general cristiano» fue objeto de singular devoción en Cataluña, antes de que aceptara un ministerio en el gobierno de Silvela) y, por último, la función del anticlericalismo como ideología y mito movilizador. Apenas faltaban días para que Canalejas, representante de la izquierda del partido liberal, contestara al discurso de la Corona señalando, entre los males de la Restauración, el reaccionarismo, el militarismo, el regionalismo, el capitalismo y nuestro clericalismo. Y de estos años fue la constitución de esa tripleta de referencias movilizadoras —anticaciquismo, antimilitarismo, anticlericalismo— que, con toda su candorosa elementalidad, su eficacia iconográfica y su ensoñación de utopía, alimentaron ideológicamente a una sociedad que empezaba precisamente a serlo: la campaña de «que vayan todos» lanzada en 1896 contra el injusto sistema de quintas, el ruidoso estreno de la *Electra* de Galdós, la información de Costa sobre *Oligarquía y caciquismo* en el Ateneo madrileño y, al cabo, la disputa de la Ley de Jurisdicciones y la Semana Trágica fueron, entre 1895 y 1909, antecipos y huellas decisivas del 1898 popular.

¿Modernización o desastre?

Tiene razón Juan Pro Ruiz («La política en tiempos del Desastre») al consignar que todo aquello era la consecuencia del tránsito «del juego político elitista del liberalismo clásico a la política de masas (...). En todas partes el fin de siglo (1898, si se quiere) fue la ocasión para plantearse esa pregunta; pero en ningún lado era todavía el momento para darle respuesta». Y seguramente por eso aquellas fiebres quedaron en lo que fueron: vago síndrome, porque «no hubo, por lo tanto, golpe de Estado militar en 1898, como no hubo insurrección republicana, alzamiento carlista, revolución obrera, rebelión de los intelectuales ni motín de los productores». La Restauración —cuyo funcionamiento describe Pro Ruiz en certeras y didácticas páginas— sobrevivió treinta años a los acontecimientos pero no sin las adaptaciones formales (la ley electoral de Maura es de 1907), reajustes sociales (el Instituto de Reformas Sociales es de 1903) e intentos de ampliar la fe ligresía que modernizaron su fachada. Pero que también endurecieron su médula política: «La crisis de fin de siglo hizo surgir de las profundidades de la cultura política española un conjunto de ideas marcadas por el corporativismo y el desprecio a la vida parlamentaria y a los partidos».

No me atrevo, sin embargo, a suscribir la afirmación de que tal cosa fuera ya «el esbozo de las dos Españas» que se enfrentaron sangrientamente en 1936, porque temo las interpretaciones teleológicas y trascendentes de la guerra cuyo punto de partida es el reconocimiento eviterno de «dos Españas». Pero sí es evidente que la Restauración mostró, precisamente después de 1898, su cara más fea y que conviene prevenir la interpretación del régimen como «normalidad» democrática equivalente a la monarquía postvictoriana, la Francia de la Tercera República o incluso la Italia de Giolitti. Seguramente fue la política oficial de los herederos de Cánovas y Sagasta lo que no estuvo al nivel de una economía que Juan Pan-Montojo («El atraso económico y la regeneración») ha analizado con su habitual y persuasiva capacidad de síntesis. «El Desastre —escribe con mucha razón— no fue, en consecuencia, un desastre económico ni a corto ni a medio plazo.» Y lo demuestran los datos de incremento de la banca comercial y de la industria, o la coincidencia de la guerra y sus consecuencias con la vigorosa expansión desde la producción de gas y la electricidad. Y, de añadidura, lo ratifica la corresponsabilidad del Estado en la configuración de esa nueva y dinámica economía: la Ley de Ferrocarriles de 1877, la política de regadíos posterior a 1900 e incluso la creación del Ministerio de Instrucción Pública en ese mismo año finisecular subrayan que lo que pedían las «clases productoras» en las asambleas de Zaragoza y Valladolid coincidió —en mayor medida de lo que se decía— con los siempre peregrinos propósitos públicos.

Con cifras de Leandro Prados Escosura, Pan-Montojo recuerda que los índices de analfabetismo (61% frente a 56%), de mortalidad en menores de un año (186 frente a 174 por mil) y de producto interior bruto por cabeza (2.255 dólares frente a 2.487) no eran muy distintos entre la Italia de 1890 y la España coetánea. ¿Qué fue, pues, lo específico del «Desastre» español, si —ya que estamos hablando de Italia— también la península vecina probó la humillación colonial en la Abisinia de 1896? A desmontar el mito de una «generación del 98» —fruto dilectísimo de ese prejuicio de la «diferencia» española— se aplica directamente el trabajo de Carlos Serrano («Conciencia de la crisis, conciencias en crisis»), a quien ya debemos algunas de las luminosas y renovadoras indagaciones sobre el fin de siglo español. «No hay literatura del Desastre», empieza por afirmar el autor, aunque conozca muy bien libros tan conmovedores como los de Manuel Ciges Aparicio (editados hace ya más de diez años por Cecilio Alonso) y aduzca oportunamente los tres bellísimos poemas de Joan Maragall («Els adéus», «Oda a Espanya» y «Cant del retorn») y una pieza dramática tan significativa como *El héroe* de Santiago Rusiñol, cuyo estreno de 1903 en el Romea barcelonés fue objeto de duras protestas y, al cabo, de prohibición gubernativa de futuras representaciones.

La novedad de los años finiseculares no estuvo en el reflejo de la guerra sino que fue otra de mucho mayor alcance. Cambió la relación de los escritores y sus lectores porque unos y otro cambiaron también: el escritor se transformó en «intelectual» y los lectores —más y más activos— se transformaron en «público». Y esa modificación, que en su raíz fue puramente mercantil y sociológica, quiso ser también una ideología. No se buscó tanto una respuesta metafísica a la pregunta sobre «el ser de España» sino «una desesperada tentativa de lograr su refundación, logrando que volvieran a coincidir, en una armonía posiblemente ya utópica, pueblo y nación». Por eso, como señala Serrano, los temas nuevos fueron la nostalgia de un



Vista del puerto de La Habana. Litografía de E. Laplante, siglo XIX.

mundo perdido anterior a la industrialización, la conciencia del acabamiento del proyecto liberal de una sociedad única y sin clases, la revisión de la historia reciente desde la gran estafa de la «Gloriosa». No es difícil ilustrar todo ese programa implícito con textos de Valle-Inclán, de Baroja o de Unamuno, y de su análisis resulta tentador concluir —y tal hace Serrano— cómo se adaptaron a sus necesidades expresivas la estrategia de la intuición simbolista, la añoranza de la «barbarie» como estado espiritual y la valoración de la «España Negra» como dolor nacional y, a la par, tema de alta tensión estética.

En su ya citado ensayo final, Álvarez Junco postula que el diagnóstico de la decadencia por parte de los intelectuales constituyó una suerte de «nacional-irracionalismo» cuyas herencias fueron el esencialismo, el idealismo, el organicismo social, el populismo, la actitud paranoica y un cierto machismo (más metafórico que real) en las actitudes acerca de la nación. No es menudo el pliego de cargos y algo de cierto hay en todo, pero seguramente hay que rebajarlo un tanto. La literatura es, al fin, literatura y suele ser equívoca: por debajo del aristocratismo de Valle-Inclán late un vigoroso populismo (de raíz autoritaria, por supuesto), de forma que dudo que nadie se haya hecho carlista leyendo las *Sonatas* o *El resplandor de la hoguera*. Ni el reaccionarismo de algunas concepciones unamunianas, ni incluso su acusado etnicismo nacional (tanto vasco como español), empañaron la lección profundamente liberal que aprendieron en sus páginas sus numerosos lectores anteriores a 1936. Ni, por supuesto, los arraigados sentimientos antidemocráticos de Baroja (y, de consuno, su fidelidad al liberalismo radical como talante) impidieron que lo leyeran con pasión obreros y estudiantes que pensaron de otro modo y para siempre tras recibir su llamada a la desazón y la inquietud. Al cabo, si algo hubo de ser el 98, fue la posibilidad de otra manera de ver las cosas. Y la ratificación de una espléndida literatura que surgió de la modernización de España y para la que, como escribe muy bien Serrano, el concepto de «generación del 98» es un «instrumento de taxonomía rudimentaria».

Una frase feliz y un monumento desdichado

Por todo eso, otro acierto colectivo de este volumen es su título. «Más se perdió en Cuba» es una de las pocas reliquias léxicas del Desastre, como —en otro sentido— lo ha

sido la presencia de Joaquín Costa, Isaac Peral y Santiago Ramón y Cajal en nuestros callejeros urbanos. La frase es un encarecimiento con el que consolamos la aflicción excesiva o la valoración hiperbólica que corresponden a una pérdida banal; tiene, por tanto, algo de escepticismo, de estoica resignación y de sorna chulapona de fondo que describen muy bien lo que fue la visión popular de lo que el mundo oficial dio en llamar el Desastre. Pero puede que ni los que así hicieron, los políticos y sus periodistas de cámara, se creyeran su propia retórica campanuda...

La bien escogida ilustración gráfica de este libro nos trae la memoria del monumento a los héroes de Cuba y Filipinas que (patrocinado por la Cruz Roja y financiado por una suscripción pública que se abrió en 1903) se alzó en el madrileño Parque del Oeste. No era particularmente hermoso aunque sí grande: un templete de treinta metros de altura sustentado por ocho columnas y rematado por la imagen de la Fama, que cobijaba bajo su cúpula un grupo escultórico —la Patria— y en cuyo basamento no faltaban los inevitables cuatro leones vigilantes. Como ha estudiado Carlos Serrano (en la ponencia presentada al Congreso «Los 98 ibéricos y el mar»), aquel adefesio no desapareció víctima de la guerra, como tantas otras cosas del Parque del Oeste, sino que sucumbió a la piqueta municipal en los años inmediatamente posteriores a la guerra civil y nunca fue reemplazado. Pocas guerras han dejado tan parva estela monumental y tan larga, fatigosa, mendaz herencia retórica. Que casi nunca usaba la contienda sino como pretexto... Álvarez Junco recuerda en su trabajo que el propio Franco —quien había designado al concejo que decretó el fin del monumento nacional a los héroes del 98— inició el guión de *Raza* con la llegada de la fragata del capitán de navío Churrua al Ferrol en 1897 y, al poco, con la salida del marino para incorporarse a la flota de Cervera, donde halló la muerte como comandante del «Lepanto»: un «flash-back» histórico que solamente sirvió al guionista para mostrar la incompetencia de la política liberal que abandona a sus soldados, contempla con cinismo el hundimiento de un imperio y solamente piensa en las maniobras que la harán prevalecer como gobierno. Aunque sólo fuera por eso, valía la pena, al fin y a la postre, exhumar el piadoso recuerdo de tantos antillanos, filipinos y españoles que perdieron la vida... para justificar, al parecer, una alusión histórica mezclada a las turbias ambiciones y los tenaces rencores de un general gallego. □

RESUMEN

Para José-Carlos Mainer, que se muestra bastante crítico con las conmemoraciones del Desastre del 98, la crisis de hace cien años fue, sobre todo, una crisis del nacionalismo español y de todo ello derivan su ambigüedad y la dificultad de reducirla

a una fecha y a un acontecimiento de política militar. Y expone estas reflexiones al ocuparse, entre la abundante bibliografía que el centenario ha suscitado, de un libro colectivo que lleva significativamente el título de Más se perdió en Cuba.

Juan Pan-Montojo (coord.)

Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo

Alianza Editorial, Madrid, 1998. 528 páginas. 3.000 pesetas. ISBN: 84-206-4291-6.

De realidades enterradas en las lenguas

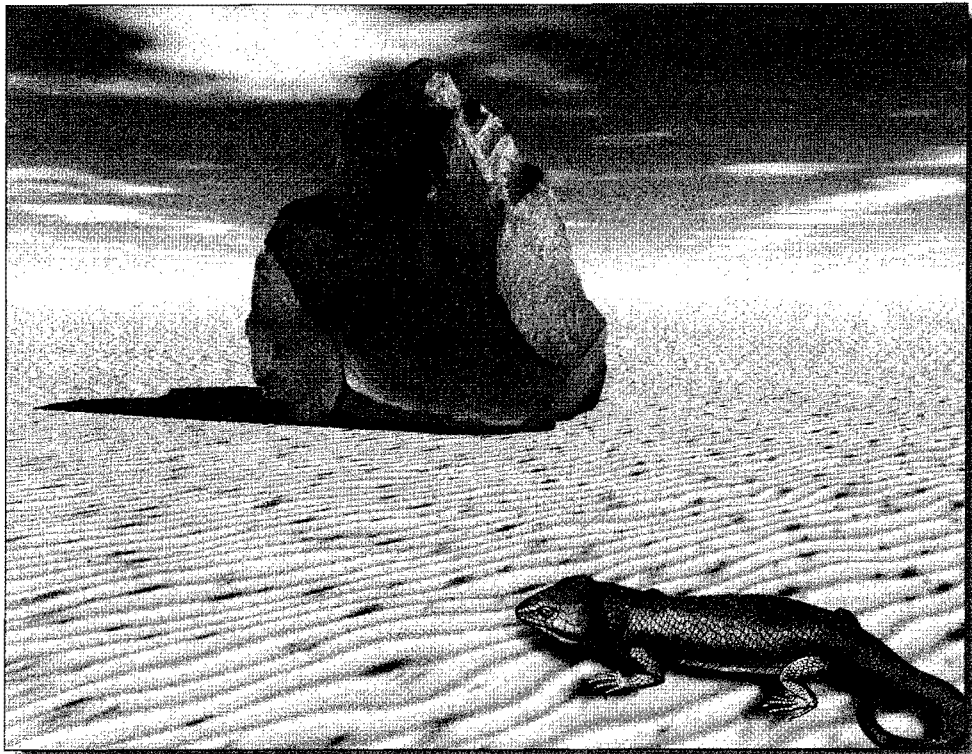
Por Agustín García Calvo

Agustín García Calvo (Zamora, 1926) ha sido catedrático de instituto y de la Universidad Complutense de Madrid. Ha escrito sobre filología, lingüística, política y poesía, que son las áreas en las que mayoritariamente se sitúa su amplia bibliografía tanto ensayística y académica como de creación. Entre otros libros, es autor de *Sermón de ser y no ser*, *Lalia*, ensayos de estudio lingüístico de la sociedad, *Del lenguaje*, *Canciones y Soliloquios*, *Razón común*, *De Dios y Contra el Tiempo*.

Desde el establecimiento de la lingüística comparativa y de la idea de «el indoeuropeo», las tentativas de hallar alguna correspondencia entre, por un lado, las deducciones de lengua o lenguas anteriores a las más de antiguo escritas (védico, hitita, griego homérico o micénico), origen supuesto de todas las indoeuropeas, y, por otro lado, los hallazgos de la arqueología y paleoantropología, con la busca de un 'pueblo indoeuropeo' o al menos unos 'pueblos indoeuropeos', no han cesado durante este siglo y medio y se han hecho cada vez más numerosas, apremiantes y controvertidas, en estos últimos decenios. Se intenta, al fin, concordar estudios de tipo científico (que tratan con realidades) con estudios gramaticales, que tratan con palabras y otros elementos del lenguaje, que no son ciertamente cosas, ni personas; y hay ahí seguramente una incongruencia más profunda de lo que suelen creer arqueólogos y aun lingüistas, que explica⁽¹⁾ el fracaso, bastante generalmente reconocido, de esas tentativas y de la busca de los indoeuropeos prehistóricos (e. e. anteriores a su escritura) en las capas escavadas de las tierras de Europa y Asia. Ni dejaré de recordar al paso cómo nuestro sabio Corominas, recientemente llorado, había dado también, en sentido inverso, en usar un nombre arqueológico, por él acuñado, 'sorotáptico' referente a gentes definidas por ese tipo de enterramiento, como nombre de un tipo de lengua, al que atribuía múltiples resúmenes léxicos conservados en las nuestras.

Ahora el profesor Mario Alinei, presidente del *Atlas linguarum Europae*, en curso de publicación, viendo su empresa como una triple colaboración (pág. 491) de indoeuropeística, dialectología «moderna» y arqueología prehistórica, ha intervenido en esa maraña de problemas, con una tesis, bastante bien definida y muy removedora, al mismo tiempo que ha reunido, referido o criticado cuidadosamente, en su libro una cantidad inigualada de estudios y teorías de paleoantropólogos, arqueólogos y lingüistas tocantes a la cuestión; de manera que, sea lo que sea de su propuesta principal, y dejando de lado algunos errores (más bien de orden gramatical) o atrevidas especulaciones poco razonables, no puedo recomendar al lector una obra que mejor acierte a situarlo en esta problemática y a proporcionarle más riqueza de datos y referencias pertinentes.

La propuesta central tiene mucho de razonable, partiendo de la sensata constatación de que los descubrimientos arqueológicos no ofrecen prácticamente nada para dar fundamento a la imaginación tradicional y dominante de la expansión y diversificación de los grupos de lenguas indoeuropeas como portadas por pueblos que, en una prehistoria reciente, en general no muy anterior a la Edad del Bronce (digamos de 7.000 a 3.000 *ante*), se habrían dedicado a grandes oleadas de emigración y, como gentes del tipo pastoral-guerrero que serían muchos de ellos, a invadir y ocupar territorios, antes poblados en muchos casos por pueblos, más bien ya agrícolas, de lenguas no indoeuropeas: en efecto, tales y tantos trasiegos de migración, invasión, choques y sometimientos, tendrían que haber de-



ÁLVARO SÁNCHEZ

jado, en los yacimientos correspondientes a esos pocos milenios, muchas y notorias huellas arqueológicas; y no las han dejado.

Alinei borra, en consecuencia, ese cuadro de movimientos de pueblos y de lenguas, y, no contentándose siquiera con las recientes teorías revolventes de C. Renfrew, que van en su sentido, pero que guardan todavía mucho de la idea de 'invasión', aun pacífica que sea, y se atienen aún demasiado a la corta cronología tradicional, propone su *teoría della continuità*: las lenguas de Europa, indoeuropeas, fino-hungaras, uralo-altaicas y aun el vasco, han estado más o menos en su sitio, en el que aparecen cuando empiezan, con la Historia, a registrarse algunas de ellas o algunos de los dialectos predominantes, desde una antigüedad que, en la «versión larga» de la teoría, se hace a veces remontar hasta hace de 500.000 años (Paleolítico primero, el de las «hachas» bifaciales) a 200.000 (Musteriano), y, en la «versión corta», al menos hasta hace 30.000 (finales del Paleolítico) o unos 15.000 (Mesolítico), manteniéndose el autor, aunque prefiriendo la «larga», en una prudente duda entre ambas (que, por lo demás, según el estudio se va refiriendo a hechos más recientes, vienen a confluir), a la espera de que los actuales vigorosos estudios de geolingüística (la oposición entre «árbol» y «onda», evolución orgánica de una lengua y dispersión de innovaciones, trata de superarse con el «mapa» de distribución de los hechos lingüístico-culturales, y así «reducir el tiempo a espacio») vengan a proporcionar datos más ciertos que avalen una u otra forma de la teoría; la cual, en todo caso, funciona como actitud metódica que le sirve para la crítica y rechazo de las teorías o especulaciones de este y el pasado siglo.

Y son, en general, atinadas y firmes esas críticas de las maneras en que, tras la invención de la Lingüística Histórica, han venido, lingüistas primero, luego arqueólogos, tratando de compaginar lo que hay de dispar en el encuentro de ambos términos, 'lenguaje' con 'Historia' (y 'Prehistoria'); y, como recorrido de las varias concepciones, decimonónicas o contemporáneas, valoración y exposición de sus errores, es sin duda útil la obra de Alinei. Las dudas, como suelen, entran con lo positivo.

Para justificar su propia concepción y su utilización de rasgos vivos en los, más bien que lenguas, dialectos actuales como revelación de las etapas de la Prehistoria, por un lado, recoge, interpreta y evalúa los datos que le proporcionan Arqueología o Paleoantro-

pología, hasta la Prehistoria más remota, y, por otro lado, examina y ajusta a su teoría los mecanismos gramaticales de las lenguas (si bien los más y más ciertos de sus datos son del plano léxico-cultural) y, sobre todo, los de su evolución o cambio.

Así, en cuanto a lo primero, pueblos pastores, ocasionalmente trashumantes, y, tras el tardío establecimiento de alguna forma de caudillaje o patriarcado, invasores y guerreros, son todo cosas de la Prehistoria reciente, apenas si anteriores a la Edad de los Metales (5.000 - 1.000 *ante*), tras la «revolución del Neolítico» (7.000 - 5.000 *ante*), que trae la primera división del Trabajo entre otras instituciones; pero, por delante o más abajo (por relacionar la imaginación temporal con la profundidad de la escavación) de todo eso, hay que contar con muchos cientos de miles de años (las primeras trazas de *homo erectus* se datan en alrededor de hace 1.700.000 años, y las primeras de su expansión fuera del África en hace unos 1.200.000), durante los cuales no ha de imaginarse nada de tales instituciones o modos de vida, sino contentarse (fundados en el solo apoyo de las herramientas de piedra y, mucho más tarde, en otros restos como los del uso del fuego) con la caza y la recolección, que se supone anterior a la caza misma, y que daría lugar a la división de faenas (no Trabajo propiamente) entre hombres y mujeres; y, junto con ello, costumbres y creencias religiosas, de las que A. hallará residuos en el vocabulario de nuestras lenguas: una larga paz (si tal puede decirse de antes del invento de la guerra), en la cual no habla A., claro está, de matriarcado, pero sí de estructura matrilineal, sin advertir que eso implica habitación, separada y común, de la madre con sus hijos; en cuanto a las Vénereas paleolíticas, tal vez se ha abusado de ellas al deducir un culto de la Madre (anterior al descubrimiento de la función engendradora del macho, y ya entonces padre, y a la aparición de los falos en el Neolítico), el cual parece que va ligado con la «mala conciencia» por el sometimiento de las mujeres y, por tanto, tan tardío que sea ya histórico, mientras que las vulvas y muñecas paleolíticas puede más sencillamente entenderse, como los ciervos y búfalos de sus pinturas, que representan lo que uno quiere alcanzar, tocar, y, por tanto, lo evocan; claro que eso implica que el «uno», el artista o fabricante del conjuro, es masculino, y lo que importa es que las mujeres sean un objeto, lo cual no tiene que ver nada con la sumisión y posesión

de mujeres con que la Historia empieza, aunque puede que lo anuncie muy de lejos; y en cuanto a la sepultura, es cierto lo que A. advierte (51 ss.) de que el cuidado del cadáver implica trato con los muertos, pero hay que añadir que ha de tratarse de un muerto determinado, y que, por tanto, habría que hacer remontar a esa etapa del Paleolítico la institución de los Nombres Propios personales.

Sea de todo ello lo que sea, a lo largo de esa inmensidad introduce A. la noción de «homo loquens», que queda naturalmente vacilando entre referirse a alguna fase del 'homo erectus' o retrasarse hasta la aparición del 'homo sapiens' (hace de 400.000 a 250.000 años), sin esperar hasta el 'homo sapiens sapiens' (hace menos de 100.000). En cuanto al 'homo scribens', se equivoca, desde luego, A. al retrasarlo hasta la Edad del Bronce, en que aparecen, con las grandes civilizaciones, los usos monumentales y administrativos de la escritura, en vez de, haciendo caso de otros restos de escritura muy anteriores, adelantarlo hasta hace unos 10.000 años, o sea ir «convirtiendo el Neolítico en Historia».

Relaciones entre lenguas

Luego, por la otra parte, las relaciones entre lenguas (donde sensatamente se distinguen 'lenguas' de 'dialectos', pero habría que ir más allá, hasta negar que, en esa larga y pacífica prehistoria, pueda haber propiamente lenguas, que sólo como «lenguas nacionales» se distinguirían, lo cual supone ya las instituciones recientes de guerra y patriarcalidad, que, a su vez, sólo pueden entenderse con la institución de la escritura, e. e. con el comienzo de la Historia), A. rehúye hasta el extremo la imaginación de expansión o imposición de una lengua por movimiento y a las veces invasión de un pueblo sobre otro (y, ciertamente, por acá tenemos que la entrada de godos ni de árabes no trajo consigo la sustitución de lenguas; pero está el caso de Roma con el latín y el de españoles o ingleses en América o Australia: la proporción numérica de invasores/invidados debe también de ser determinante, pero sobre todo la solidez de la Fe en la empresa), de manera que tiene que venir a acogerse a una imaginación de cruce de préstamos y de «hibridación» de lenguas, que vendrían a producir una cierta uniformidad de lengua en amplio territorio, queriendo acudir para ello a la noción de 'Sprachbünde' que Trubetzkoy introdujo antaño en una sola intervención, sin que él, a mi noticia, volviera a insistir en la idea nunca. El mismo A. se da a veces cuenta (así en pág. 279) de que esa idea geográfica de la 'ibridazione' no puede llevar muy lejos: habría que contar con tanto tiempo, hasta el Paleolítico lejano, para la formación de una 'Sprachbünde' que pareciera una misma lengua que luego se diversificara, que ello en verdad no cambiaría en nada el cuadro y el problema. 'Pidgin', 'créole', 'lingua franca' son fenómenos (no tampoco de verdad «mezcla de gramáticas») atenuados a situaciones muy especiales y, desde luego, plenamente históricas; y pensar en una especie de 'koiné' prehistórica no tiene sentido: el caso epónimo, el de la 'koiné' helenística, era un ático normalizado; y véase en las Siracusanas de Teócrito la subsistencia bajo ello de los dialectos, relegados. En lo que sí habría tal vez lugar a pensar es en un caso revés de la 'Sprachbünde': que la diversificación de lenguas (diversificación de maneras de mutación de la gramática, por diversidad de modos de atender a móviles internos de mutación), si no exige taxativamente que la población se haya escindido, que haya parte de la gente que «han dejado de hablarse» unos con otros, al menos se ve por ello muy favorecida.

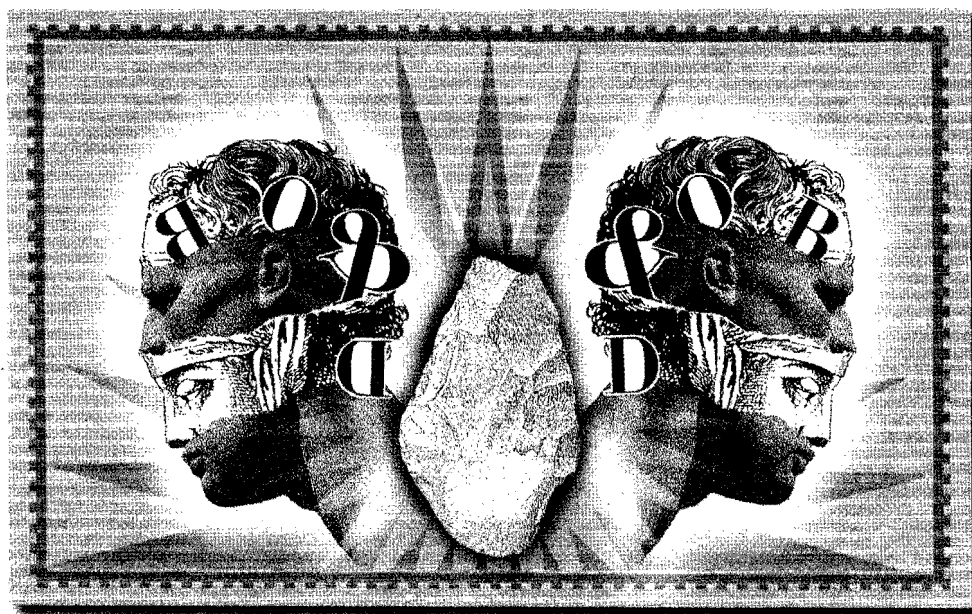


Viene de la página anterior



Esos y otros estravíos radican en que el autor, lingüista-geógrafo, científico por tanto (v. p. ej. en pág. 167 cómo no puede pensar en causas que no sean reales, cómo en 181 s., para hacer real la relación genética, se desliza de lenguas a hablantes, y en pág. 353 para él 'conoscenza' es el conocimiento científico, y ni se acuerda de un descubrimiento gramatical), no habla, por así decir, desde dentro de la lengua, sino que habla sólo de la lengua como realidad (histórica o prehistórica). Así es que no entiendo cómo es que la condición de 'arbitrario' y 'convencional', en que insiste (p. ej. en pág. 372), puede tener que ver, cuando se viene a la especulación sobre los orígenes, con que se rechace la mono- y se acepte la poligénesis. Ni cree de veras A. en los elementos abstractos del lenguaje: los fonemas, ciertamente, los trata como «segmenti fonetici» y la palabra misma consiste (pág. 219) en su «sustanza fonica». De modo que, viniendo al problema de la mutación de lenguas (donde, por otra parte, reconoce bien, pág. 153, que el tiempo en que las lenguas cambian no es el tiempo en que se habla, y relaciona debidamente, pág. 400, la discontinuidad de la sucesión con la condición abstracta y la oposición privativa, así como advierte, págs. 173 s., lo instantáneo del cambio frente a lo durativo de su propagación), la división entre elementos gramaticales y palabras semánticas (en las que él mismo reconoce que tenemos la «interface» entre lengua y realidad) no se aclara o respeta lo bastante; y se echa de menos una distinción de «capas» de elementos de una lengua, desde los más superficiales (el léxico semántico, con algo de modos de realización de las prosodias), que son por ende los más asequebles al contagio entre lenguas y a los flujos socio-culturales, a los más profundos (reglas de organización sintáctica, mecanismos morfológicos, fonémica, elementos léxicos, interrogativos y demás), que son los que menos se prestan a tales cosas y exigen una cierta costancia en el desenvolvimiento de una lengua y pensar más bien en móviles internos de las mutaciones. En la confusión, se llega (pág. 406) a referir la condición de 'genético' al léxico (y hasta a los Nombres Propios), apoyándose en Bickerton, que (menos mal) deja fuera de la escala genética negación, interrogativos y «quantification».

Tales estravíos vienen promovidos, ciertamente, por el deseo que rige principalmente la tesis de A., el de encontrar en el vocabulario de las lenguas actualmente habladas en Europa, y especialmente de los dialectos subsistentes bajo las lenguas nacionales, pervivencia de indicios que testimonien (por «autodatación») inventos, usanzas o industrias que han de remontar a una antigüedad paleolítica (cientos de miles de años) o neolítica o más reciente. Y el caso es que no pienso que aquellas confusiones sobre los mecanismos generales de las lenguas hicieran falta para darle un sentido a la *teoria della continuità* y hacernos apreciar algunas sugerencias que el procedimiento de la *autodatazione* en muchos casos nos ofrece: por ejemplo, en págs. 560-87, los vocablos semánticos que muestran una diferenciación entre las lenguas indoeuropeas ya en marcha o realizada hacia los finales del Paleolítico, a cuyos inventos o innovaciones se refiere ese vocabulario, ya no compartido entre las varias lenguas. Y, en general, ningún impedimento grave se opone a imaginar una larguísima prehistoria europea en la que, por lo común, las lenguas no se han movido mucho de sitio (salvo algunas antiquísimas expansiones, como la de las lenguas germánicas hacia el Norte tras la última desglaciación), sino que durante ella habrían convivido, más o menos vecinas, lenguas de «phyla» diferentes (como A. prefiere llamar a las grandes familias como 'el urálico', 'el altai-co', 'el indoeuropeo'), intercambiándose elementos de vocabulario, especialmente refe-



ÁLVARO SÁNCHEZ

rentes a las nuevas industrias, instituciones o creencias que fueran surgiendo a lo largo de las centenas, o al menos decenas, de milenios.

Es, por cierto, siempre sano volver a considerar de qué manera, en apenas un par de siglos, nuestra visión y medida de la duración de la Tierra y «el Hombre» se ha desmesurado, desde unos 6.000 años, cuando todavía la adhesión al cómputo bíblico se mantenía, hasta unos 4.500.000.000 para la Tierra y unos 3 o 2.000.000 para 'el Hombre', y con ello también el hiato entre 'Hombre' y 'Tierra' se nos ha abierto enormemente. De las muchas cuestiones tocantes a esa prehistoria que A. trata, especialmente en los primeros capítulos de su libro (y toca casi todas las que bullen en el *gentry-lore* de nuestros años y producen nueva literatura cada día), aparte de algunas otras que antes ya he rozado, atañentes a cosas como la matrilinealidad o la sepultura, nos importan sobre todo las que se refieren a instrumentos o herramientas, ya que la relación entre 'instrumento' y 'lenguaje', entre 'la mano' y 'la lengua', por así decir, es tan cierta y profunda, que no se puede dejar de intentar penetrarla y precisarla. Por supuesto que, cuando se intenta, es siempre en el sentido de entender 'la mano' como previa (con su prolongación instrumental) y precedente de lo otro; pero pienso que la invención del 'instrumento' presupone la ideación o fijación de idea de 'la presa' (genérica), de 'instrumento' y de 'la mano' misma, y eso son cosas que exigen ya alguna forma de abstracción y de lenguaje. Ha de estar, en general, atentos a que la explicación científica, como una forma de religión, genealogía o ideación del Tiempo que al fin es, suele ofrecernos la simple inversión, en un solo sentido, frente a una verdad que sería la contradicción de ambos; y así, lo de que (pág. 405) la «sustanza genética» del chimpancé y «el Hombre» sea en un 99 % la misma, es una proporción que no se relaciona, saltando de disciplina científica, como acaso se debía, con la proporción entre los 3 o 2.000.000 de años de 'hombre' u 'homínido' con los menos de 20.000 del Neolítico para acá; o, más en general, la explicación parte siempre de lo inanimado a lo animal, de lo animal a lo humano, olvidando, como superado para siempre, que entre muchos pueblos «primitivos» la ciencia o mito correspondiente suele ofrecer el sentido inverso: que primero eran hombres, o gente, algunos de los cuales, por degeneración, metamorfosis o condena, quedaron convertidos en bestias, en árboles, en piedras.

El caso es que de «el Hombre», durante muchos cientos de miles o acaso un par de millones de años, la escavación de la tierra no nos ofrece apenas más datos que los que han durado por su dureza misma, las alteraciones

intencionadas de cantos o de rocas para su uso como herramientas; y, si queremos cazar en algún sitio al «homo loquens», a esos restos hemos de atenernos ante todo, dada la relación íntima de 'instrumento' con 'lenguaje'. Una cosa, por cierto, de las que en esto me desasosiegan es la de la asimetría 'derecha/izquierda', manifestada, como es sabido, hasta en las regiones cerebrales: pues no veo por qué, pese a las razones de Liebermann que A. recoge (pág. 402), hubo de ser eso, lo primero y previo, una necesidad para el uso de las manos, cuando tantas ventajas parece que de ser ambidestro saca uno; ¿acaso una necesidad de «orientación»? ¿o es la propia oposición binaria 'sí/no', que está en la raíz del lenguaje, lo que late bajo esa asimetría?

En fin, ello es que «el Hombre», «erectus» ya, desde luego, y hasta acaso con algunos rudimentos de «sapiens», sale de los bosques y praderas de su África nativa armado ya, desde milenios antes, con su herramienta de piedra elaborada, y con ella se esparce por el Asia, de poniente a naciente, hasta la China y las islas del Sudeste, y luego, por sus etapas, hasta las últimas tierras de la Europa, mal que bien, habitable, mientras, por otras partes, hacia la Siberia, a Australia y, seguro que no hace ni 20.000 años, al Nuevo Mundo; pero héte aquí que, entre los instrumentos paleolíticos que nos ha dejado, los arqueólogos han podido claramente diferenciar dos tipos, y, por tanto, tres: el del majador, un utensilio sensato, sacado de un canto rodado largo, al que se rompe por una punta, dejándolo así por ella escabroso, aristado, hiriente para sus fines, en tanto que por la otra se mantiene redondeado y apto para la mano, en neta oposición (pues el tercer tipo no consiste más que en la utilización, sin duda a modo de cuchilla, a veces de punzón, de las lascas sobrantes del desbastamiento del segundo, las cuales pasan a ser, en casos, el objetivo principal del desbastamiento) con el otro tipo, el de las llamadas, sin fundamento alguno, hachas, ese tipo de instrumento que es para mí, como ha de serlo para un arqueólogo reflexivo, un miste-

rio y un tormento refinado: pues no se entiende cómo esos objetos, desenterrados seguramente por cientos de millares («piedra-rayo» o cosas así los solía llamar la gente cuando los encontraban al descubierto), generalmente del tamaño de una mano estendida o poco más, siempre con la misma forma como «de gota», siempre aristados y cortantes por todo el borde, y por tanto del todo impropios para usarse con las manos, pero de una traza no menos impropia para mangarse en un palo o con algún otro implemento de materia perecedera, cómo y para qué podían utilizarse y, con molesta costancia, producirse.

Pues bien, como resulta que esos dos (y, por tanto, tres) tipos de herramienta paleolítica aparecen distribuidos por los territorios poblados por «el Hombre» de manera bastante netamente diferenciada (las «hachas», invento más tardío, no llegan al Oriente asiático, mientras que aparecen, sobrepuestas a veces más o menos a los otros tipos, por el Norte de África, Asia más cercana y lo más de Europa, con algunos refinamientos regionales), y como, por otra parte, A. tiene a bien atenerse a la vieja clasificación (de Humboldt para acá al menos) de las lenguas en tres tipos principales, aislantes, aglutinantes y flexivas, ello le da pie a lo que es seguramente su más fantástica osadía: que, advirtiendo que la distribución de lenguas de los tres tipos coincide sorprendentemente con las zonas de, al menos predominante, aparición de los tres tipos de piedras elaboradas, establece la correlación entre 'aislantes' con los simples 'majadores', 'aglutinantes' con el uso preferente de «lajas», y 'flexivas' con las inexplicables «hachas», y razona ingeniosamente la relación de lo que él toma como rasgos definitorios de la morfología de los tres tipos de lenguas con las características que atribuye a la forma (y manejo o producción) de los tres tipos de instrumentos paleolíticos. Lástima que, entre otras cosas, no sea A. sensible a la relativa facilidad con que, a lo largo de no tanto tiempo, las lenguas suelen cambiar de tipo: malamente se diría del francés hoy que es una lengua flexiva, sino mucho mejor aglutinante, y bien se ha notado hasta qué punto el inglés se va pareciendo al chino; a lo que, para cerrar la broma, podríamos anotar cómo, gracias a la pedantería cultural de unos pocos siglos, su escritura se arriesga a convertirse de alfabética en ideográfica.

Pero no debe esta fantasía y algunas otras hacer desmerecer al libro de A. de las utilidades que al principio le he reconocido y, sobre todas, la de la recopilación, especialmente en sus dos últimos capítulos, de una gran cantidad de ejemplos de raíces indoeuropeas y de vocabulario de lenguas y dialectos actuales (mayormente latina o italianos), en los cuales trata de encontrar, por «autodatación», datos reveladores de los sucesivos trances prehistóricos de los pueblos y sus industrias o creencias. Todo lo cual hace de su libro una obra rica de información, y, a la vez, como se ve, incluso por sus excesos, estimulante. □

(*) Como en otras ocasiones, se respeta la particular grafía del autor.

RESUMEN

Desde hace tiempo, recuerda García Calvo, científicos y filólogos se esfuerzan en hallar huellas arqueológicas y paleoantropológicas de pueblos indoeuropeos prehistóricos, anteriores a su escritura. El italiano Mario Alinei ha escrito un amplio

trabajo para sostener su «teoria della continuità»: que las lenguas de Europa han estado más o menos en su sitio desde una antigüedad que, según una versión u otra, se remontaría al Paleolítico (500.000 años) o al Mesolítico (15.000 años).

Mario Alinei

Origini delle lingue d'Europa. I: La teoria della continuità

Società Editrice Il Mulino, Bolonia, 1997. 780 páginas. 80.000 liras. ISBN: 88-15-05513-4.

Negociaciones, ¿arte o ciencia?

Por Sixto Ríos

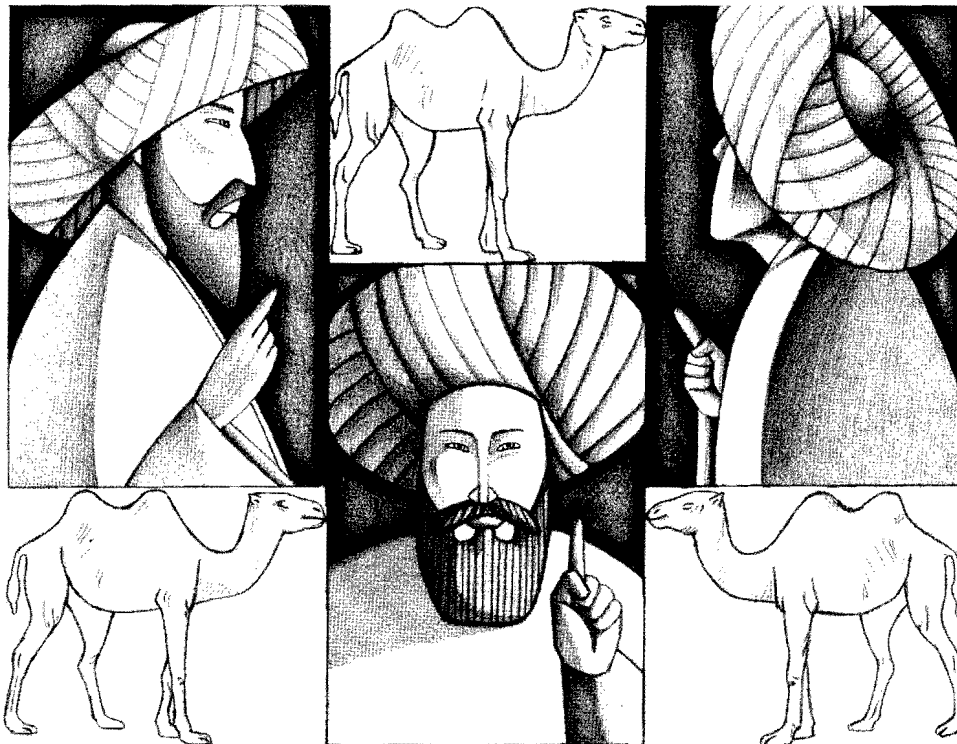
Sixto Ríos (Pelahustán, Toledo, 1913) ha sido profesor de la Universidad de Madrid durante más de cincuenta años. Es numerario de la Real Academia de Ciencias, Honorary Fellow de la Royal Statistical Society y en 1977 obtuvo el Premio Nacional a la Investigación Matemática.

Cuenta un apólogo árabe que un padre dejó a sus tres hijos en herencia 17 camellos para repartirlos de modo que la mitad fuera para el mayor, la tercera parte para el segundo y la novena para el menor. Al tratar de hacer efectiva la distribución, los hijos se dieron cuenta que era imposible seguir al pie de la letra el testamento del padre porque 17 no es múltiplo de 2, ni de 3, ni de 9. Esto creaba un conflicto que dio lugar a discusiones interminables entre los hermanos cada vez de mayor violencia; pero una anciana quiso hacer de mediadora y convencerles de que ella tenía una solución que les proponía: «Vamos a ver -dijo-, si os doy mi camello tenéis $17+1=18$ y así corresponde al mayor $18:2=9$, al segundo $18:3=6$ y al menor $18:9=2$. Como $9+6+2=17$, sobra un camello que me devolveréis». Todos quedaron contentos y felices con la negociación y la solución a la que llegaron al tener en cuenta la hábil propuesta de la anciana.

Una eficaz actividad psicológica asociada a un ingenioso razonamiento aritmético han convertido un enfrentamiento violento en un ejercicio de solución interactiva de un problema. Puede decirse que parecidos planteamientos son el origen remoto de las negociaciones en el hogar, en el mercado, en la sociedad, en los países, a nivel internacional... La cooperación para resolver los conflictos sin luchas, sino mediante negociaciones, es la consecuencia natural en la era del armamento devastador, en que pueblos belicosos por naturaleza deben aprender a trabajar conjuntamente para resolver sus conflictos y diferencias si quieren sobrevivir.

La ley del mar

El punto de partida de las negociaciones para la ley del mar (LDS) se encuentra en las ideas del presidente Johnson (1966) dirigidas a propugnar una ley para el reparto equitativo de las inmensas riquezas minerales (nódulos de manganeso, etc.) o de otros muchos tipos (pesca...) en extensas zonas de suelo profundo del mar que se encuentran fuera de jurisdicción nacional y que, en principio, se deben considerar como riqueza de toda la humanidad. Convenido por la Asamblea General de las Naciones Unidas el comienzo en 1973 de las negociaciones de la ley del mar, éstas se basaron en el principio de «herencia común» y en el que podríamos llamar postulado de Kissinger «de uno parte otro elige». Puede decirse que cinco años después del inicio de las negociaciones estaba implantada con resultados satisfactorios la ley del mar en un 90% de las superficies consideradas. Y en 1980, E. Richardson, jefe de la delegación de EE.UU. en la conferencia de la LDS dijo que sería firmada la ley en 1981 y a pesar de algunas dilaciones al hacer la revisión, pudo decirse que «fue el mayor éxito de política internacional desde la fundación de las Naciones Unidas». Y nos parece interesante observar que no deja de ser asombroso que un mismo principio, que hemos llamado de Kissinger, pueda conducir a poner de acuerdo tanto a dos niños traviesos como a repartir las riquezas de los mares entre cien naciones. Se trata en efecto de la curiosa norma que siguen muchas madres al repartir un pastel entre dos niños: a uno le permiten dividir el pastel en dos trozos que considera equivalentes y al otro elegir la mitad que prefiera.



JOSÉ MARÍA CLÉMÉN

Estos ejemplos y otros muchos (Canal de Panamá, Camp David, terroristas, salarios de futbolistas,...) despertaron el interés de diplomáticos, sociólogos, políticos, empresarios, científicos por el estudio científico profundo de la negociación genérica o arte del regateo, que ha conducido a la formación de importantes equipos multidisciplinares de especialistas como en el proyecto de la Universidad de Harvard o los de la Arms Control and Disarmament Agency de Washington, a cuya reunión de científicos en 1968 (agosto) tuve el honor de asistir como observador.

Teoría general de las negociaciones

Podemos decir que a partir de los años 70 se trabajaba en la construcción de una teoría general de la negociación. Su enfoque es el desarrollo de recomendaciones generales que pudieran aplicarse a cualquier tipo de negociación y que serían útiles si fuesen aplicadas por una o todas las partes.

Refiriéndonos más concretamente al libro de M. F. Shakun, que es el estímulo de nuestros comentarios, debemos indicar que se trata de una puesta al día de la teoría de negociaciones y sus aplicaciones realizada por una serie de eminentes especialistas, fundamentalmente asociados a la escuela de Harvard y organizados y dirigidos por M. F. Shakun.

Existe hoy, en efecto, un arte y una ciencia de la negociación. Por ciencia se entiende algún análisis sistemático de resolución de problemas de decisiones interactivas, que lleve a la sistematización de metodologías más o menos generales y aplicables a casos concretos, siempre más difíciles y novedosos. Considerada la negociación como arte, hay que destacar la habilidad del debate impersonal para convencer y también para dejarse convencer, la habilidad para introducir un cesto de argumentos de regateo y la sabiduría para conocer cómo y cuándo usarlos. El arte de la negociación es bien conocido de siglos como se observa al leer *El Príncipe* de Maquiavelo (1515). Y la ciencia progresa rápidamente bajo el estímulo de sensacionales aplicaciones y consecuencias.

El laboratorio de Harvard

Una buena parte del desarrollo de la ciencia de las negociaciones va asociada a la crea-

ción por Raiffa en 1975 del Laboratorio de la Universidad de Harvard. En él se propuso observar cómo grupos de hombres negociaban y cómo se podía aprender a aconsejar nuevas formas en que debían negociar. Como dice H. Raiffa: «Yo tenía que enseñar a negociar y consideraba que para esto nada era mejor que un laboratorio o casi laboratorio en el que aprendiéramos todos interpretando los resultados empíricos y diseñando y realizando nuevos experimentos con nuevos grupos de individuos, que nos condujeran a aplicaciones exitosas en el mundo real». La publicación del libro fundamental de H. Raiffa en 1982 representa un paso importante para un nuevo tratamiento científico de la negociación genérica, que hasta entonces se reducía a tácticas para sacarle a la contraparte ventajas que sólo funcionaban si ésta no había bebido en las mismas fuentes bibliográficas que el adversario.

Negociaciones y juegos

El origen matemático de la teoría de negociaciones se encuentra en la teoría de juegos de Von Neumann, que se propuso inicialmente para modelizar las situaciones de decisión interactivas con participación de varios decisores y consecuencias para todos ellos, inspirándose en los juegos de sociedad, especialmente el póker, en que según se dice Von Neumann era un mediocre jugador. Esta teoría atrae fuertemente el interés de matemáticos, estadísticos, economistas, psicólogos..., en sus comienzos en los años 40 y 50; languidece después algún tiempo, para recuperar en las dos últimas décadas todo su vigor, con la aparición de profundos e importantes resultados en los juegos no cooperativos y cooperativos, superjuegos... Pero en las posibilidades de aplicación de estos modelos a las negociaciones se presentan dificultades.

De hecho en las negociaciones:

- los jugadores no aparecen siempre claramente especificados;
- las reglas del juego no se encuentran completamente especificadas;
- los pagos a los participantes no están bien especificados;
- la mayor parte de los conceptos no tienen carácter cuantitativo, los valores e intereses de los participantes no son completamente comprendidos y son difícilmente representables por funciones de utilidad, valor, etc.;
- las percepciones de las incertidumbres que se presentan tienen distintas asignaciones

para los participantes, así como lo que piensan de las apreciaciones de los otros;

f) el comportamiento puede no ser completamente racional.

Para hacer más viables y efectivas las aplicaciones de la teoría de juegos, se ha comenzado recientemente (Allard, Smith, Raiffa...) a construir una teoría cualitativa o estructural, que permita lograr resultados profundos para llegar a consecuencias realmente prácticas.

Prosiguiendo este camino se está consiguiendo una teoría cualitativa plausible, fácilmente implantable y suficientemente penetrante para hacer deducciones interesantes y profundas en situaciones prácticas, con la ayuda del ordenador.

En todo caso, este planteamiento y sus resultados se consideran de gran interés filosófico, matemático y práctico.

Esta tendencia actual a relacionar más estrechamente la teoría de juegos con el análisis de decisiones marcha paralela al desarrollo reciente de la llamada Teoría y Práctica de las Negociaciones dentro del programa de Raiffa (1982) y los trabajos de Neale-Bazerman (1991), Sebenius (1992)..., de la que es una excelente síntesis el libro de Shakun que tenemos a la vista.

La labor de estos equipos de trabajo ha contribuido a que se vaya construyendo una serie de modelizaciones matemáticas que permiten el conocimiento profundo de los procesos de negociación, extraordinariamente complejos y variopintos. Pero, como ha dicho Raiffa en su admirable libro, varias veces citado: «Existen bellas teorías del proceso de negociación que explican en una primera aproximación cómo se comportan o debieran comportarse los negociadores. Pero lo que se necesita es el uso creativo del pensamiento analítico que explote las técnicas analíticas que ya existen».

He aquí unas indicaciones del papel actual del moderno análisis de decisiones en la modelización de las situaciones que llamamos interactivas o negociaciones.

Negociación es un tipo de proceso de decisión, en que toman parte dos o más agentes activos, que no pueden tomar decisiones independientemente, sino que deben hacer concesiones sucesivas para llegar a un compromiso.

La metodología del proceso de negociación implica una sucesión de etapas con objetivos limitados, en que cada uno de los agentes toma una decisión que le aproxima a alguno de sus objetivos. Tal decisión es presentada posteriormente al oponente que, a su vez, la transforma en una nueva propuesta, etc.

Al tratar de establecer un método analítico para resolver estos problemas, sea entre dos partes monolíticas o entre varios colectivos, se suele partir de la consideración de cuatro elementos básicos: a) intereses de las partes; b) alternativas para llegar a un convenio; c) creación y proclamación de valores; y d) movimientos para cambiar el desarrollo del juego.

Se comienza por modelos en que participan dos adversarios negociando sobre un solo resultado, para pasar después a resultados múltiples y, más tarde, a dos o más coaliciones con resultados múltiples, etc. Muchas nociones y recursos de la teoría de juegos cooperativos y teoría del aprendizaje se han adaptado a estas formulaciones; pero la contribución actual más importante es la de los grafos y diagramas de decisión, sistemas de soporte a la decisión, sistemas expertos, etc., que han puesto de manifiesto en los problemas prácticos importantes como las negociaciones de la ley del mar, o las de la mina «El Teniente» de Chile..., y miles de ejemplos más, en que se va demostrando el interés del progreso en esta nueva «ingeniería de las ne-





JOSÉ MARÍA CLÉMÉN

gociaciones», en que es frecuente que interviengan como adversarios representantes de países o comarcas de diferentes culturas.

Como dijo Salolainen, ministro finlandés de comercio exterior, en una alocución en el IIASA (1989): «El Gobierno finlandés ha aplicado en el pasado con regularidad modelos de decisión con objetivos múltiples para mejorar la eficiencia de las operaciones y obtener mejor comprensión de procesos de decisión complejos. Un ejemplo de tales aplicaciones es un estudio realizado en cooperación con el National Board of Economic Defense para preparar el manejo de situaciones de emergencia, tales como accidentes en una planta nuclear, embargos comerciales o conflictos internacionales. Con la ayuda de estos modelos, Finlandia está ahora mejor preparada para hacer frente a situaciones de emergencia. Opino que en Finlandia el sector público mantiene la creencia de la utilidad y aplicabilidad de los métodos analíticos de decisión para resolver problemas importantes como los señalados».

Cultura y decisión

Justamente este tipo de decisiones interactivas entre Estados ha despertado el interés por la realización de estudios comparativos en relación con el comportamiento en las decisiones de individuos o grupos sociales pertenecientes a distintas culturas, no sólo a nivel nacional, sino más ampliamente a nivel de grupos clasificados por etnia, edad, sexo, religión...

El comportamiento individual y el del grupo están fuertemente influidos por la cultura, que sabemos constituye un conjunto de características de los individuos que se refieren, fundamentalmente, a sus creencias y valores básicos, concepto de verdad, su lógica y comportamiento de decisión. En especial, las creencias relativas al azar, riesgo, incertidumbre, aleatoriedad, presentan

grandes diferencias de unas culturas a otras, como han observado Georgescu-Roegen y otros.

El concepto de aleatoriedad que tan sofisticado parece en nuestra época, en las culturas occidentales, llegando a la diferenciación con la noción de caos, dista mucho de la idea causal del «deseo de Allah», tan arraigada en la cultura islámica, los espíritus activos en algunas culturas africanas, etc.

La componente lógica de una cultura se refiere al modo en que los individuos establecen la causación, que va de la simple asociación de sucesos, a la evidencia de conexiones causales.

Los valores son órdenes de preferencia sobre estados de parcelas del universo, que ya hemos visto que juegan un papel importante en las consecuencias de las decisiones.

El estudio profundo de estas relaciones de ajuste entre componentes de una cultura y sistemas de organización y de decisión, ha conducido a resultados interesantes en relación con las previsiones sobre comportamientos posibles de adversarios de diferentes culturas y, en consecuencia, a obtener mejores resultados, en un problema de negociación de un tratado comercial, de un convenio internacional de pesca...

Otro tema importante relacionado con el anterior es crear reglas, técnicas y conocimientos que sean universales, es decir, válidos para todas las culturas.

Se plantean entonces problemas como:

¿Cuáles son los métodos para descubrir la universalidad y la especialidad de nuestro conocimiento?

¿Cuáles son las realidades profundas que pueden conducir bien a las reglas universales, o bien a indigenizantes sólo válidas para sociedades particulares?

Hemos querido citar siquiera estos problemas apasionantes, que se estudian actualmente por equipos multidisciplinares, cuyo interés no es sólo teórico, sino aplicado, como puede verse en el estudio reciente (Resnik,

1994) del problema de diversificación de la cartera, que tiene distinto enfoque para japoneses que para americanos. En él se ha visto cómo estos pueden obtener, por diversificación internacional, mayores ganancias con menor riesgo, mientras los japoneses pueden ganar relativamente poco.

Inteligencia y negociación

Tres tipos de juegos bien conocidos son los de puro azar (loterías, sorteo de soldados...), de pura habilidad (ajedrez, damas...) y mixtos (póker, backgammon...). Ciertamente los fundadores de la gran teoría de juegos se ocuparon más que de tener en cuenta la inteligencia o habilidad de los jugadores, de utilizar la suya para cosechar teoremas magníficos, bellos e irreprochables. Pero, como ya dijo Borel (1924): «El jugador que no observa la psicología de su oponente y no modifica su forma de jugar, debe necesariamente perder contra un adversario cuya mente es suficientemente flexible para variar su jugada teniendo en cuenta los movimientos del adversario... No hay duda que si él sigue estrictamente las reglas de un excelente tratado y su adversario las conoce, éste puede ganar modifican-

do hábilmente su manera de jugar». Ésta sería, en resumen, la idea de los especialistas en negociaciones, como punto de vista especialmente nuevo y necesario y no muy tenido en cuenta por los especialistas en teoría de juegos, más centrados en la racionalidad, puntos de equilibrio, etc.

La utilización de programas de ordenador adecuados a los procesos de negociación como p. e. el Negotiation Support System (NEGOTIATOR) se apoya en los desarrollos teóricos e informáticos de los sistemas de soporte a la decisión multicriterio con o sin incertidumbre.

Recientemente con él se han realizado los acuerdos comerciales del GATT en Ginebra que han sido acogidos con entusiasmo por muchos gobernantes y considerados como «una piedra miliar en la historia del comercio mundial» (Wall Street Journal, 15-12-1993). Otro sistema de soporte a la negociación propuesto recientemente con el nombre de NEGOTIATION ASSISTANT (1997), ha permitido el aparente milagro de que dos negociadores que lo utilizan puedan conseguir ambos simultáneamente mejor resultado que si no lo utilizan. Lo cual es compatible con la idea de Popper del diferente papel de la modelización en los fenómenos físicos y económicos. □

RESUMEN

El matemático Sixto Ríos echa mano de un apólogo árabe, en el que se junta psicología y razonamiento aritmético, o de la filosofía popular para el reparto infantil de un pastel para subrayar que la negociación –tan importante en las relaciones humanas– tiene

mucho de arte, pero también de ciencia. En la Universidad de Harvard se estudia el desarrollo de la ciencia de las negociaciones, cuya teoría está puesta al día en la obra del profesor Shakun, cuya lectura le ha estimulado a Sixto Ríos a hacer su comentario.

Melvin F. Shakun

Negotiation Processes: Modeling Frameworks and Information Technology

Kluwer Academic Publishers, Massachusetts, 1996. 252 páginas. 97,50 dólares. ISBN: 0-7923-9729-0.

La investigación médica a debate

Por José María Mato

José María Mato (Madrid, 1949), bioquímico, hepatólogo, doctor por la Universidad de Leiden y por la Universidad Complutense, ha sido presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Es profesor de investigación del CSIC, catedrático de la Universidad de Navarra, profesor honorario de la Universidad Thomas Jefferson de Filadelfia y miembro del Comité Internacional de Bioética de la UNESCO y del Comité de Expertos sobre Bioética y Clonación de la Fundación de Ciencia de la Salud. Ha recibido los premios de investigación Morgagni (Italia, 1988) y Lennox K. Black (Estados Unidos, 1994).

La única manera de ver bien las cosas es moviéndose a su alrededor. Esto es lo que ha hecho Steven Epstein (profesor de Sociología en la Universidad de California, en San Diego) al escribir el libro titulado *Impure Science: Aids, Activism and the Politics of Knowledge*. El libro de Epstein nos cuenta la historia de las múltiples opiniones y puntos de vista de científicos básicos, investigadores médicos, grupos de activistas homosexuales, políticos y medios de comunicación, sobre la etiología y tratamiento del SIDA, para mostrarnos, al final, cómo el conocimiento actual sobre este síndrome ha emergido de la lucha por alcanzar credibilidad social por todos estos grupos. En la corta y turbulenta historia de la investigación y tratamiento del SIDA, el «territorio» dominado por científicos básicos e investigadores médicos (agencias reguladoras del medicamento, comités de ensayos clínicos, agencias para la financiación de la investigación, etc.) ha sido cruzado una y otra vez por diversos grupos sociales (activistas, políticos y medios de comunicación principalmente) con una fuerza y de una manera como nunca hasta entonces había ocurrido. Epstein nos cuenta la historia de cómo en los Estados Unidos, con relación al SIDA, los grupos de activistas han ganado suficiente fuerza en el mundo científico como para influir de manera substancial sobre la investigación médica financiada por los poderosos National Institutes of Health (NIH) estadounidenses.

En la investigación y práctica médicas, sus profesionales han elaborado un complejo sistema de formación, un sofisticado vocabulario, un complicado sistema de jerarquías académicas y de procedimientos de evaluación para validar y comunicar el trabajo científico, que sirve una doble función: garantiza una buena práctica médica e investigadora; y en segundo lugar, también sirven de barrera para aislar a la investigación científica y a la práctica médica de aquellos agentes (grupos de pacientes políticos y medios de comunicación principalmente) que intentan modificar sus métodos de trabajo.

Debido, simplemente, a que la investigación biomédica y la práctica médica tienen como objetivo final la salud y calidad de vida de los individuos, no es sorprendente la atención que prestan la sociedad y los medios de comunicación a las investigaciones médicas. Ante este panorama, los investigadores médicos han creado barreras entre ellos y los pacientes: las agencias gubernamentales, entre las que destaca la poderosa Food and Drug Administration (FDA) estadounidense, que determinan qué fármacos desarrollados por la investigación científica son seguros y eficaces para el tratamiento de la enfermedad; las grandes multinacionales de la industria farmacéutica, que determinan cuáles son las enfermedades para las que hay que desarrollar nuevas terapias; las agencias gubernamentales que, como los NIH, financian la investigación médica (básica y clínica) y que determinan cuáles son las enfermedades que es prioritario investigar; y los centros clínicos de prestigio

internacional, que dictan al resto del mundo, a través de sus publicaciones científicas, el tratamiento que debe proporcionarse a los pacientes.

Cuenta Steven Epstein en *Impure Science* cómo, en los Estados Unidos, miles de pacientes de SIDA insistieron, con gran determinación y fuerza, ante las agencias gubernamentales, los medios de comunicación y los científicos, en que los procedimientos para llevar a cabo una buena práctica médica les estaba matando; y cuenta también cómo cruzaron estas barreras de la ciencia médica, se infiltraron en sus dominios más restringidos y cambiaron la práctica de la investigación clínica en ese país y, consecuentemente, en todo el mundo desarrollado.

Contrabando de fármacos

Así, en 1985 comenzaron a llegar a los Estados Unidos envíos, desde otros países, de fármacos antivirales. Inicialmente estos fármacos, que no estaba aprobado su uso en los Estados Unidos, procedían de farmacias de México, pero luego se diversificó su origen y se creó una red de contrabando de fármacos ilegales desde distintos países sin que las autoridades gubernamentales hicieran nada por impedirlo. Se crearon «Buyers Clubs» y «Guerrilla Clinics» en las ciudades más importantes a lo largo y ancho de todo el país, en las que se vendían toda clase de fármacos no autorizados para terapias alternativas del SIDA. En 1988 los participantes en el congreso anual de la Infectious Diseases Society of America recibieron la noticia de que los resultados de los ensayos clínicos que se estaban llevando a cabo en los Estados Unidos podían no ser fiables: es decir, los pacientes incluidos en estos estudios con cierta frecuencia estaban tomando otros tratamientos alternativos; y algunos pacientes, cuando sabían o creían saber que se encontraban en el grupo placebo abandonaban el ensayo clínico. Además, los grupos de activistas del SIDA informaban a los pacientes sobre cómo conocer si estaban recibiendo la sustancia placebo o el fármaco activo. Así, en el caso de los ensayos clínicos con azidotimidina (AZT, el primer fármaco antiviral desarrollado para el tratamiento del SIDA), los grupos de activistas informaron a los pacientes sobre cómo conocer si estaban siendo tratados con el principio activo o con el placebo: simplemente había que abrir las cápsulas y probar su sabor, el AZT era amargo y el placebo era dulce. Burroughs-Wellcome, la compañía fabricante del AZT, tuvo que preparar rápidamente pastillas placebo que fuesen tan amargas como el AZT. También en 1988, una organización establecida en Nueva York comenzó a llevar a cabo ensayos clínicos en los que los pacientes tomaban parte en la decisión sobre qué estudios debían realizarse y cómo llevarlos a cabo. Los pacientes también opinaban sobre el uso de placebos y la distribución demográfica de los pacientes que participaban en los ensayos clínicos. En 1990 Anthony Fauci, director del National Institute of Allergy and Infectious Diseases de los NIH, aceptó que hubiese una representación de los miembros de un grupo de activistas del SIDA en uno de los principales comités de los NIH para ensayos clínicos, en el cual, con anterioridad a estos hechos, sólo habían participado científicos y organizaciones científicas.

La AZT había recorrido el camino desde los primeros experimentos in vitro —realizados por científicos en el National Cancer Institute de los NIH y en la Universidad de Duke, en Carolina del Norte— a su aprobación por la FDA, en marzo de 1987, para ser recetada de manera generalizada a pacientes de SIDA, en tan sólo dos años y sin realizarse estudios en fase III (el tiempo medio que necesita un fármaco para ser aprobada su utiliza-

ción de forma generalizada es de diez años). El Reino Unido, Francia y Noruega también aprobaron, al mismo tiempo que los Estados Unidos, la prescripción de AZT a pacientes de SIDA. El ensayo clínico en fase II del AZT se finalizó prematuramente después de que el Data and Safety Monitoring Board de los NIH —cuya misión era hacer análisis periódicos del ensayo clínico con AZT durante su ejecución— concluyese que el fármaco era tan efectivo que no habría sido ético mantener por más tiempo al grupo placebo en el ensayo clínico. El ensayo clínico se había llevado a cabo con 145 pacientes que recibieron AZT y 137 que recibieron el placebo. Todos los pacientes tenían SIDA o síntomas de SIDA y ambos grupos, al entrar en el ensayo clínico, tenían valores similares de linfocitos T (la disminución en el número de linfocitos T en sangre es uno de los rasgos más característicos del SIDA). Cuando se interrumpió el estudio, habían fallecido 19 pacientes en el grupo placebo y sólo 1 en el grupo que había recibido AZT. Se habían producido, además, 45 nuevas infecciones oportunistas en el grupo placebo frente a 24 en el grupo tratado con AZT. Más problemático era el dato sobre el número de reacciones adversas en el grupo tratado con AZT: 24 por ciento había sufrido anemia y 21 por ciento requirió transfusiones de sangre. Además, la AZT producía náusea, insomnio y severos dolores de cabeza. En un comentario publicado en el *Journal of the American Medical Association* (JAMA) por Itzak Brook, que había presidido el comité de expertos de la FDA que autorizó el uso de AZT en enfermos de SIDA, aunque había votado en contra de esta resolución, reconocía que, si bien los beneficios de este fármaco en pacientes muy enfermos eran superiores a sus efectos tóxicos, le preocupaba el hecho de que cuando se aprobó su uso generalizado no se conocía la eficacia de este tratamiento a largo plazo ni su toxicidad. La aprobación prematura por la FDA del uso generalizado de AZT, ante la enorme presión ejercida por los grupos de activistas del SIDA sobre esta agencia para que aprobase la utilización de este fármaco, impidió a los investigadores clínicos conocer, en condiciones controladas y seguras, no sólo los efectos a largo plazo del AZT, los cuales podían ser tan peligrosos como la enfermedad, sino también qué tipo de pacientes con SIDA debían tomarlo y en qué dosis. Así, en 1987, con el apoyo de los NIH y la FDA, Burroughs Wellcome anunció que suministraría AZT sin cargo alguno a cualquier enfermo del SIDA en los Estados Unidos que hubiese padecido un episodio de neumonía en los últimos 120 días, la más mortal de las infecciones oportunistas que sufren estos pacientes. Una decisión sorprendente en un país en el que la asistencia médica es privada y muchos pacientes no tienen acceso a ciertos tratamientos médicos bien establecidos, simplemente porque su seguro no los cubre. El AZT se distribuiría caso por caso a través de los médicos que controlaban a cada paciente y después de una petición a Burroughs Wellcome. Sólo unas semanas más tarde, y después de que numerosos médicos y pacientes con SIDA manifestaran públicamente que estos criterios eran arbitrarios, Burroughs Wellcome aceptó extender el programa a todos los enfermos con SIDA que hubiesen sufrido una infección por «Pneumocystis carinii» en cualquier momento de su enfermedad. Más tarde, cuando comenzaron a ensayarse otros fármacos nuevos contra el SIDA, el ataque sobre la FDA para que permitiese su utilización generalizada fue tan intenso que finalmente, en 1988, la agencia permitió la importación, para consumo personal, de «pequeñas cantidades» de fármacos no aprobados en los Estados Unidos.

La inclusión de pacientes con SIDA tratados con sustancias placebo en los primeros en-

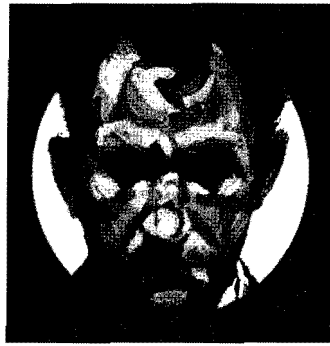
sayos clínicos llevados a cabo con AZT fue uno de los temas de mayor controversia entre los investigadores clínicos y los grupos de activistas del SIDA. Es importante hacer hincapié en que para que los ensayos clínicos con AZT en enfermos de SIDA tuvieran éxito era necesario que murieran suficientes pacientes: ya que únicamente analizando el número de muertes en el grupo placebo y durante un período de tiempo suficientemente largo pueden los investigadores concluir que los que recibieron el compuesto activo tuvieron, comparativamente, mejores resultados. Además, para evitar introducir variables incontroladas, los pacientes no podían recibir ninguna otra medicación durante el estudio. Esto, que tiene sentido y es esencial desde el punto de vista del diseño experimental, era difícil de justificar ante aquellos individuos que ocupaban el doble papel de enfermos y de sujetos de investigación. Es importante hacer notar aquí también, que no debe confundirse un ensayo clínico con un tratamiento médico; y que ser un sujeto de investigación no es lo mismo que ser un paciente. Esto, obviamente, es difícil de entender por individuos que asumen que el principio de la medicina es ayudarles y, ciertamente, era aun más difícil de aceptar por los pacientes de SIDA que estaban luchando por continuar vivos. La paradoja de toda esta situación está en que los mismos procedimientos y prácticas que habían proporcionado durante las últimas décadas a la práctica médica credibilidad social como una ciencia —la realización de ensayos clínicos controlados con placebo y en doble ciego—, estaba ahora amenazando a la medicina como profesión cuyo principal objetivo es ayudar a los enfermos.

Controversia en el tratamiento

En esta controversia sobre el tratamiento con AZT no faltaron también los científicos que se opusieron a la inclusión de pacientes tratados con placebo. Así, cita Epstein en su libro cómo Mathilde Krim, una investigadora del cáncer y co-presidenta de la American Foundation for AIDS Research, en una manifestación celebrada en Nueva York en 1986, declaraba que «los ensayos clínicos con doble ciego con AZT eran un insulto a la moralidad». Pero para los defensores de los ensayos clínicos controlados con placebo y en doble ciego, éste era el camino más rápido al conocimiento de la verdad y recordaban la importancia de este procedimiento para identificar, durante las últimas décadas, tratamientos sin eficacia que, sin embargo, habían sido utilizados por los clínicos tradicionalmente. Sin la ciencia de los ensayos clínicos en general, y sin la inclusión de grupos placebo y en doble ciego en particular, la medicina se quedaría sin otro contenido que las anécdotas de la experiencia individual de cada clínico. Como recoge Steven Epstein en su libro: «En el área de la terapia antiviral, se han hecho numerosas manifestaciones sobre los beneficios de los corticosteroides en el tratamiento de la hepatitis B, de la iododeoxiuridina en el tratamiento de la encefalitis causada por herpes simple, o de la citosina arabinósido para el tratamiento del herpes zóster. Todas estas observaciones clínicas, que fueron realizadas por médicos competentes, se demostraron, sin embargo, que eran erróneas al llevarse a cabo estudios aleatorios controlados con placebo y en doble ciego. De hecho, en todos los casos anteriores, el fármaco bajo estudio produjo más daño que el placebo». El resultado opuesto, es decir, rechazar erróneamente un tratamiento eficaz, también es posible en ausencia de un ensayo clínico controlado con placebo y en doble ciego. Por ejemplo, un fármaco puede requerir un período largo de tra-



Viene de la página anterior



ANTONIO LANCHO

tamiento para comenzar a presentar diferencias con el grupo placebo.

Aunque los ensayos clínicos aleatorios eran prácticamente desconocidos hasta los años cincuenta, este procedimiento se estableció rápidamente como la «regla de oro» de la investigación clínica. Esta forma de llevar a cabo ensayos clínicos es capaz de establecer los riesgos y beneficios de nuevos fármacos o de demostrar la falta de eficacia de aquellos tratamientos que los médicos han prescrito tradicionalmente durante muchos años basados únicamente en evidencias anecdóticas. Desde luego que la evidencia anecdótica puede, en ocasiones, ser perfectamente adecuada: por ejemplo, cuando un antibiótico produce la rápida curación de una enfermedad que de otra manera es a menudo mortal los médicos pueden confiar con garantías en su propia evidencia. Pero la mayoría de los fármacos tienen efectos más marginales, o los producen con menor rapidez que los antibióticos; efectos que son por lo tanto mucho más difíciles de evaluar. Si un paciente se siente algo mejor después de un tratamiento de varios meses de duración, ¿se debe su mejoría al tratamiento que está recibiendo o a algún otro factor en la vida del paciente? Un ensayo clínico aleatorio puede eliminar este componente de incertidumbre en el juicio del médico.

Además, esta manera de hacer ensayos clínicos ha sido crucial para convertir la medicina moderna en una actividad científica: ha legitimado a la medicina como una actividad científica que no se sustenta únicamente en la experimentación biológica básica, como había ocurrido hasta entonces, sino en el conocimiento generado por ella misma, a través de sus propios métodos experimentales. Los estudios clínicos que se llevan a cabo a través de los pasos correctos, comenzando por la asignación al azar de los pacientes en el grupo control o en el que recibe el tratamiento, producen un conocimiento fiable sobre la eficacia de este tratamiento. Para ello ha sido también necesario aplicar complejas técnicas estadísticas que permiten determinar cuándo las diferencias en el desarrollo de la enfermedad entre ambos grupos de pacientes —tratados y placebo— son significativas: es decir, garantizar que las diferencias en el desarrollo de la enfermedad observadas entre ambos grupos de pacientes no se han podido producir al azar.

Estos estudios controlados se llevan a cabo con pacientes de unas características clínicas determinadas: en un cierto estadio de la historia natural de la enfermedad que se quiere tratar, con una serie de antecedentes clínicos previos —como la ausencia o presencia de ciertas complicaciones— asociados o no a otras patologías, etc., ¿de qué manera pueden entonces extrapolarse los resultados de los ensayos clínicos controlados a la práctica médica diaria? En otras palabras, ¿proporcionan estos estudios una información valiosa a los médicos y pacientes que los utilizan? ¿Cuál es su valor para las agencias gubernamentales que tienen como misión aprobar el uso de los medicamentos? No hay que olvidar que los ensayos clínicos son experimentos científicos y

que, como en cualquier otra actividad experimental, sus resultados son reproducibles sólo si se dan las mismas condiciones. Consecuentemente, es esencial que tanto los médicos como los responsables de las agencias del medicamento conozcan de manera directa estos estudios —es decir, que lean y entiendan la literatura científica médica— para que puedan así conocer a qué pacientes y en qué condiciones un cierto tratamiento puede proporcionarles realmente una mejoría de su enfermedad y en qué medida.

La mayoría de los pacientes tratan directamente con su médico, tienen poco conocimiento de su enfermedad, y no mantienen contacto con otros pacientes con la misma dolencia. Cuando el médico piensa que puede beneficiarse de un nuevo tratamiento, aún en estado de experimentación, puede ofrecer a ese paciente su inclusión en un estudio sobre la seguridad y eficacia de ese tratamiento. El compromiso es que ni el médico ni el paciente/sujeto de la investigación sabrán si el enfermo recibe el tratamiento o un placebo inocuo. Este procedimiento de «doble ciego» está considerado como algo esencial para mantener la integridad del estudio científico.

Algunos pacientes quieren aprender tanto como les sea posible sobre su enfermedad y los posibles tratamientos. Los obstáculos que tienen que salvar estos pacientes son formidables: principalmente el de conseguir e interpretar correctamente la literatura científica más relevante relacionada con esa enfermedad y sus diferentes tratamientos —lo cual supone, entre otras cosas, el conocimiento de un lenguaje técnico de enorme complejidad, de técnicas experimentales sofisticadas, estadística, etc.—. En el mejor de los casos, este conocimiento sobre su enfermedad sólo les servirá para tomar una decisión entre las varias alternativas de tratamiento que les ofrezcan sus médicos. Cuestionar la experiencia de éstos, por no decir la de los trabajos de investigación básicos y clínicos que apoyan los distintos tratamientos posibles a su enfermedad, es un objetivo inalcanzable para la gran mayoría de los pacientes.

Con anterioridad al SIDA, ya se había producido, en otras ocasiones, la organización de grupos de pacientes con la misma enfermedad para conseguir cambios en las prioridades gubernamentales de la investigación médica: los casos más conocidos son el de las mujeres que demandaron, en los Estados Unidos, un mayor rango de opciones para el tratamiento del cáncer de mama —alrededor de 46.000 mujeres mueren anualmente de cáncer de mama en los Estados Unidos, siendo ésta la causa más frecuente de muerte entre las mujeres de 40 a 44 años— y el del grupo de pacientes que crearon en Francia una asociación para el tratamiento de la distrofia muscular. Pero ninguna de estas organizaciones ha tenido la influencia política y social que han logrado los activistas del SIDA. A principios de los ochenta, los homosexuales de las ciudades de San Francisco y Nueva York principalmente eran ya conscientes de la existencia de un síndrome, que contraían algunos de los miem-

bros de su comunidad más promiscuos, que provocaba la muerte por neumonía y formas poco frecuentes de cáncer. Las organizaciones de homosexuales habían desarrollado una red, a través principalmente de periódicos y revistas, mediante la cual habían alertado a los miembros de su comunidad de este nuevo peligro. Enseguida se hizo evidente que este síndrome era mortal para los que lo contraían. Hacia 1985, los individuos que tenían anticuerpos contra el HIV —el retrovirus causante del SIDA— sabían que esta noticia equivalía a una muerte casi segura después de un período de tiempo indeterminado sin síntomas.

De esta forma, un colectivo motivado y bien organizado, con una amplia experiencia previa en defender sus derechos, comenzó un ataque a las barreras que estaban protegiendo la autonomía e integridad de la investigación médica en los Estados Unidos. La FDA autorizó rápidamente la utilización, por motivos compasivos, de fármacos antivirales que pronto se supo no eran ni seguros ni efectivos. Y, como se ha comentado anteriormente, en 1990 los NIH aceptaron que hubiese una representación de los miembros de activistas del SIDA en uno de los principales comités de los NIH para financiar ensayos clínicos. Este cambio en la política de la FDA y los NIH provocó la perplejidad de numerosos investigadores clínicos. La pregunta no es sólo si la utilización de fármacos no estudiados apropiadamente es segura, que sin duda no lo es, sino si es posible llevar a cabo correctamente un ensayo clínico con placebos y en doble ciego sobre un fármaco que se puede obtener de forma discrecional fuera del estudio controlado.

El ataque a los procedimientos y prioridades de la investigación médica en relación con la terapia del SIDA continúa. Así, recientemente, Jonathan Mann, ex Director del Programa Global sobre el SIDA de la Organización Mundial de la Salud, ha acusado a los NIH de violar los derechos humanos por fracasar en la puesta en marcha, a gran escala, de ensayos clínicos sobre la vacuna contra el SIDA. Mann ha acusado a David Baltimore, premio Nobel en 1975 por el co-descubrimiento de la transcriptasa en reverso y presidente del comité que asesora a los NIH sobre el desarrollo de la vacuna contra el SIDA, y a Harold Varmus, actual Director de los NIH, de incompetencia y comportamiento no ético por fracasar en la puesta en marcha de ensayos clínicos, en fase III y a gran escala, sobre la vacuna contra el SIDA. Según los NIH, no existe aún ninguna vacuna que esté científicamente lo suficientemente desarrollada como para ser utilizada en ensayos clínicos en fase III. Mann pide que el comité que preside Baltimore incorpore más expertos en campañas de vacunación y en salud pública y le recrimina el excesivo número de científicos básicos en dicha comisión así como la excesiva burocracia de los procedimientos para autorizar ensayos clínicos con vacunas contra el SIDA. En todo este asunto, más serio que el ataque a los procedimientos de los NIH sobre su política para desarrollar una vacuna eficaz contra el SIDA, es el hecho de haber llevado, de nuevo, el debate sobre el SIDA al terreno político y de los derechos humanos. Jonathan Mann debería haber buscado su apoyo en los círculos científicos en lugar de acudir a los medios de comunicación.

Todos estos ataques a los procedimientos de la investigación médica en el caso del SIDA casi seguro que han retrasado el avance en el conocimiento de esta enfermedad y su tratamiento. La pregunta que subyace, en el excelente libro de Steven Epstein, es si puede la investigación biomédica y clínica resistir la democratización de sus procedimientos y protocolos. ¿Se producirán nuevos retos a los procedimientos y práctica de la medicina por parte de nuevos

grupos de pacientes, o por una sociedad cada vez más preocupada con su salud y en cómo mantenerla? Si así ocurre, ¿cómo puede la investigación médica prepararse para afrontar estos futuros retos a sus métodos de investigación y tratamiento? ¿Puede el recurso a la democracia legitimar decisiones que afectan a la investigación biomédica y la realización de ensayos clínicos?

Hay una excesiva confianza por parte de la sociedad en que la biología molecular y la investigación médica van a resolver, de forma rápida, problemas como el SIDA o el cáncer de mama, y no es cierto que la solución a estos problemas esté a la vuelta de la esquina. En mi opinión, las aplicaciones clínicas de la biología molecular han sido vendidas anticipadamente y, en el caso del SIDA como en el de otras enfermedades, se han producido más testimonios que sustancia. La falta de resultados prácticos inmediatos en una sociedad expectante y convencida puede originar frustración y falta de apoyo a esas mismas investigaciones que en un cierto momento se defienden con entusiasmo. Es conveniente recordar cómo en 1984 Margaret Heckler, entonces Ministra de Sanidad en el gobierno del presidente de los Estados Unidos Ronald Reagan, informaba, pomposamente, a una sala llena de periodistas, que la causa del SIDA había sido descubierta por un grupo de investigadores estadounidenses y que se dispondría de una vacuna para ser experimentada en menos de dos años. Los responsables del lanzamiento de planes y proyectos de investigación deben ser cuidadosos y no prometer a la sociedad más de lo que, en buena lógica, se va a poder proporcionar. De otra parte, lejos de esperar el rápido desarrollo de terapias para la mayoría de las patologías, la sociedad debe aceptar el dilema de que va a conocer con gran detalle la causa de numerosas enfermedades sin ser capaz de combatirlos de manera eficaz. El comprender la biología humana y sus enfermedades no sólo va a ser enormemente costoso, sino que consumirá la carrera de miles de investigadores durante varias generaciones antes de tener soluciones a muchas patologías graves y comunes. El ignorar esta situación no tiene ningún sentido. □

RESUMEN

En la historia de la investigación y tratamiento del SIDA el «territorio» dominado por científicos e investigadores ha sido cruzado una y otra vez por activistas, políticos y medios de comunicación, como nunca hasta entonces había ocurrido, lo que ha modificado sus procedimientos y protocolos. ¿Se producirán nuevos retos por parte de una socie-

dad cada vez más preocupada por su salud? ¿Cómo puede prepararse la investigación médica para afrontar estos retos? ¿Puede el recurso a la democracia legitimar decisiones que afectan a la investigación biomédica? Éstas son algunas preguntas que plantea José María Mato al comentar un libro sobre la historia del SIDA en Estados Unidos.

Steven Epstein

Impure Science: Aids, Activism and the Politics of Knowledge

University of California Press, Berkeley, 1996. 466 páginas. 40 dólares. ISBN: 0-520-20233-3.

En el próximo número

Artículos de Antonio López Gómez, Darío Villanueva, Valeriano Bozal, José Manuel Sánchez Ron, Carlos Sánchez del Río y Domingo García-Sabell

ARQUITECTURA

BONET CORREA, Antonio
 "Arquitectura, Ilustración y 'modernidad'", sobre *El espacio de la Ilustración. La teoría arquitectónica en Francia a finales del siglo XVIII*, de Anthony Vidler. N° 112. Febrero. Págs. 6-7.
 GUBERN, Román
 "Reflexión sobre usos y miradas", sobre *Todo es comparable*, de Oscar Tusquets Blanca. N° 116. Junio-julio. Pág. 12.

ARTE

MARCHÁN, Simón
 "Los latidos de una época a través del arte", sobre *Realismo mágico. Post expresionismo*, de Franz Roh. N° 118. Octubre. Págs. 6-7.
 NIETO ALCAIDE, Víctor
 "El Greco: un clásico extravagante", sobre *El Greco: biografía de un pintor extravagante*, de Fernando Marías. N° 106. Junio-julio. Págs. 6-7.
 PITA ANDRADE, José Manuel
 "La Alhambra una vez más", sobre *The Alhambra I. From the ninth century to Yüsuf I (1354)*, de Antonio Fernández-Puertas. N° 111. Enero. Págs. 1-2.

BIOLOGÍA

CAMPOS ORTEGA, José Antonio
 "Hans Spemann y la Biología del Desarrollo", sobre *Hans Spemann (1869-1941). Experimentelle Forschung im Spannungsfeld vom Empire und Theorie*, de Peter E. Fässler. N° 116. Junio-julio. Págs. 8-9.
 ORTÍN, Juan
 "Un paseo con Darwin por el mundo viviente", sobre *This is Biology. The Science of the living World*, de Ernst Mayr. N° 118. Octubre. Págs. 10-11.

CIENCIA

CARDONA, Manuel
 "La ciencia y el desarrollo", sobre *El secreto atómico de Huemul (Crónica del origen de la energía atómica en la Argentina)*, de Marjo A. J. Mariscotti. N° 115. Mayo. Págs. 10-11.
 DURÁN, Armando
 "Gracia y desgracia en la vida de Ampère", sobre *André-Marie Ampère. Enlightenment and Electrodynamics*, de James R. Hofmann. N° 119. Noviembre. Págs. 10-11.
 GANCEDO, Carlos
 "El ratón, la mosca y el hombre", sobre *La souris, la mouche et l'homme*, de François Jacob. N° 112. Febrero. Págs. 10-11.
 GARCÍA OLMEDO, Francisco
 "La paradoja de Fermi", sobre *¿Quién anda ahí? Civilizaciones extraterrestres y el futuro de la humanidad*, de F. J. Ynduráin. N° 114. Abril. Pág. 12.
 MELERO, José Antonio
 "Clonar o no clonar?", sobre *Clone. The road to Dolly and the path ahead*, de Gina Kolata. N° 117. Agosto-septiembre. Págs. 8-9.
 RÍOS, Sixto
 "Financiación del desarrollo científico", sobre *The Economic Laws of Scientific Research*, de Terence Kealey. N° 113. Marzo. Págs. 10-11.

CINE

BARDEM, Juan Antonio
 "Aviso para navegantes", sobre *The Undeclared War*, de David Puttnam y Neil Watson. N° 117. Agosto-septiembre. Págs. 6-7.
 FERNÁNDEZ-SANTOS, Angel
 "Historia y leyenda de Emiliano Zapata", sobre *¡Viva Zapata!*, de John Steinbeck. N° 115. Mayo. Págs. 6-7.
 GUBERN, Román
 "La historia cinematográfica como teoría", sobre *El cine italiano, 1942-1961. Del neorrealismo a la modernidad*, de Angel Quintana. N° 111. Enero. Pág. 3.

CULTURA

GARCÍA BERRIO, Antonio
 "Universalidad y nacionalismos", sobre *El hombre desplazado*, de Tzvetan Todorov. N° 119. Noviembre. Págs. 6-7.

DERECHO

LÓPEZ PINA, Antonio
 "Hacia la unión política europea", sobre *Wozu noch Staaten*, de Peter Saladin. N° 119. Noviembre. Págs. 8-9.
 TOHARIA, José Juan
 "Guardianes de promesas", sobre *Juez y democracia*, de Antoine Garapon. N° 118. Octubre. Págs. 8-9.

ECONOMÍA

ALONSO OLEA, Manuel
 "Galbraith y la sociedad mejor", sobre *Una sociedad mejor*, de John Kenneth Galbraith. N° 112. Febrero. Pág. 12.
 VELARDE FUERTES, Juan
 "La complicada construcción de una Hacienda", sobre *Memorias (1808-1856)*, de Ramón de Santillán. N° 111. Enero. Págs. 8-9.

EDUCACIÓN

PASCUAL, Ramón
 "Diversidad universitaria", sobre *The Times Good University Guide*, de John O'Leary (ed.). N° 111. Enero. Págs. 4-5.

FILOLOGÍA

LORENZO, Emilio
 "Lo hispánico en Alemania", sobre *Zum Spaniebild der Deutschen in der Zeit der Aufklärung*, de Hans Juretschke (coord.), y *Las aportaciones del hispanismo alemán y su recepción en España*, de Günther Haensch y Adolfo Muñoz Cosme (coords.). N° 115. Mayo. Págs. 1-2.
 SIGUAN, Miquel
 "Los caminos de la intercomprensión", sobre *L'intercomprension: le cas des langues romanes*, de Claire-Blanche Benvenista y André Valli (coords.). N° 112. Febrero. Págs. 8-9.

FILOSOFÍA

ARGULLOL, Rafael
 "Las sombras de Prometeo", sobre *Conocimiento prohibido*, de Roger Shattuck. N° 120. Diciembre. Pág. 3.
 GARCÍA-SABELL, Domingo
 "Lain ante el enigma del hombre", sobre *Idea del hombre*, de Pedro Lain Entralgo. N° 112. Febrero. Págs. 4-5.

FÍSICA

PASCUAL, Ramón
 "Un genio de la física", sobre *Seis piezas fáciles*, de Richard P. Feynman. N° 118. Octubre. Pág. 12.

GEOGRAFÍA

LÓPEZ GÓMEZ, Antonio
 "Tiempo y clima", sobre *Climatología general*, de Antonio Gil Oleina y Jorge Oleina Cantos. N° 115. Mayo. Págs. 8-9.

HISTORIA

CARNERO, Guillermo
 "Para mayor gloria de Dios", sobre *Expulsión y exilio de los jesuitas españoles*, de Enrique Giménez López (ed.). N° 117. Agosto-septiembre. Págs. 4-5.
 DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio
 "La imagen de un soberano", sobre *Felipe de España*, de Henry Kamen. N° 114. Abril. Págs. 1-2.
 MAINER, José-Carlos
 "Para no creer en el noventa y ocho", sobre *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, de Juan Pan-Montojo (coord.). N° 120. Diciembre. Págs. 4-5.
 PALACIO ATARD, Vicente
 "Una clave historial del nacionalismo vasco", sobre *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*, de Jon Juaristi. N° 113. Marzo. Págs. 6-7.
 RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco
 "Mitologías de los pueblos antiguos", sobre *Diccionario de las mitologías. De la prehistoria hasta la civilización egipcia (vol. I). Grecia (vol. II)*, de Yves Bonnefoy (dir.). N° 111. Enero. Pág. 12.
 SERNA, Alfonso de la
 "Los viajes de Alí Bey", sobre *Viajes por Marruecos*, de Alí Bey. N° 114. Abril. Págs. 8-9.

HUMANIDADES

GARCÍA-SABELL, Domingo
 "Un libro necesario", sobre *La juventud de Marañón*, de Francisco Pérez Gutiérrez. N° 118. Octubre. Págs. 1-2.

LINGÜÍSTICA

GARCÍA CALVO, Agustín
 "De realidades enterradas en las lenguas", sobre *Origini delle lingue d'Europa. I: La teoria della continuità*, de Mario Alinei. N° 120. Diciembre. Págs. 6-7.

LITERATURA

ALONSO MONTERO, Xesús
 "Castelao: obra dicha completa", sobre *Conferencias e discursos*, de Alfonso R. de Castelao. N° 113. Marzo. Págs. 4-5.
 ALVAR, Manuel
 "Un nuevo Ulises", sobre *Ulises o Libro de las Distancias. Novela*, de Rafael Pérez Estrada. N° 114. Abril. Págs. 4-5.
 AMO, Álvaro del
 "Hijos y nietos de Harold Pinter", sobre *Closer*, de Patrick Marber. N° 119. Noviembre. Pág. 12.
 AYALA, Francisco
 "El inagotable texto del Quijote", sobre *Otra manera de leer "El Quijote"*, de Augustin Redondo. N° 116. Junio-julio. Págs. 1-2.
 GARCÍA BERRIO, Antonio
 "Trazas en el laberinto", sobre *Ruina y restitución: reinterpretación del Romanticismo en España*, de Philip W. Silver. N° 112. Febrero. Págs. 1-2.
 GARCÍA GUAL, Carlos
 "El sentido clásico de la amistad", sobre *Friendship in the Classical World*, de David Konstan. N° 116. Junio-julio. Pág. 3.
 HARO TECGLÉN, Eduardo
 "El crimen de Enrique Reyes", sobre *Delmira*, de Omar Prego Gadea. N° 118. Octubre. Pág. 3.
 LÓPEZ ESTRADA, Francisco
 "Un testimonio de crítica literaria", sobre *Entre Barroco y Renacimiento. Cuatro estudios inéditos*, de José F. Montesinos. N° 117. Agosto-septiembre. Pág. 3.
 MAINER, José-Carlos
 "Eugenio D'Ors: la estatua y la máscara", sobre *Revisión de Eugenio D'Ors (1902-1930), seguida de un epistolario inédito*, de Vicente Cacho Viu. N° 112. Febrero. Pág. 3.

MARTÍN GAITE, Carmen
 "Palabras mayores", sobre *Contrasombras*, de Medardo Fraile. N° 120. Diciembre. Págs. 1-2.
 MARTÍNEZ CACHERO, José María
 "Una biografía política de Pérez de Ayala", sobre *Ramón Pérez de Ayala, testigo de su tiempo*, de Florencio Frieria Suárez. N° 114. Abril. Págs. 6-7.
 "27 narradores de la generación del 27", sobre *Proceder a sabiendas. Antología de la narrativa de vanguardia española. 1923-1936*, de Domingo Ródenas de Moya (ed.). N° 118. Octubre. Págs. 4-5.
 RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco
 "La poesía como desahogo", sobre *Antología de la poesía griega (desde el siglo XI hasta nuestros días)*, de J. A. Moreno Jurado (ed.). N° 117. Agosto-septiembre. Págs. 1-2.
 SALVADOR, Gregorio
 "Genio literario y certidumbre moral", sobre *Plenilunio*, de Antonio Muñoz Molina. N° 116. Junio-julio. Págs. 4-5.
 ZAMORA VICENTE, Alonso
 "Las variantes del Valle Inclán juvenil", sobre *Los cuentos de Valle Inclán*, de Javier Serrano Alonso. N° 115. Mayo. Págs. 4-5.

MATEMÁTICAS

RÍOS, Sixto
 "Negociaciones, ¿arte o ciencia?", sobre *Negotiation Processes: Modeling Frameworks and Information Technology*, de Melvin F. Shakun. N° 120. Diciembre. Págs. 8-9.

MEDICINA

LÓPEZ PIÑERO, José María
 "Los medicamentos en la historia", sobre *El mito de Panacea. Compendio de historia de la terapéutica y de la farmacia*, de Francisco Javier Puerto Sarmiento. N° 113. Marzo. Págs. 1-2.
 MATO, José María
 "La investigación médica a debate", sobre *Impure Science: Aids, Activism and the Politics of Knowledge*, de Steven Epstein. N° 120. Diciembre. Págs. 10-11.

MÚSICA

BARCE, Ramón
 "De Wagner a hoy: la palabra y la música", sobre *Ópera y drama*, de Richard Wagner. N° 114. Abril. Pág. 3.
 FERNÁNDEZ DE LA CUESTA, Ismael
 "Un puro acto creativo", sobre *El libro de la Décima. La poesía improvisada en el mundo hispánico*, de Maximiano Trapero. N° 113. Marzo. Pág. 12.
 "Música colonial iberoamericana", sobre *A New Worlds Collection of Polyphony for Holy Week and the Salve Service*, de Robert Snow. N° 119. Noviembre. Pág. 3.
 PABLO, Luis de
 "Místico, poeta y santo: Tyagaraja", sobre *Tyagaraja: Life an Lyrics*, de William J. Jackson. N° 111. Enero. Págs. 6-7.
 SOLER, Josp
 "Nacimiento del lenguaje musical de Occidente", sobre *Musica enchiridiadis and Scolica enchiridiadis*, de Raymond Erickson y Claude Palisca. N° 106. Junio-julio. Págs. 10-11.

PENSAMIENTO

COLINAS, Antonio
 "Diccionarios inspirados", sobre *Diccionario de Hermenéutica*, de P. Lancers y A. Ortiz-Osés (dirs.), y *Diccionario de las mil obras clave del pensamiento*, de Denis Huisman. N° 113. Marzo. Pág. 3.
 DÍAZ, Elías
 "¿Bobbio 'versus' Bobbio?", sobre *De Senectute y otros escritos biográficos*, de Norberto Bobbio. N° 115. Mayo. Pág. 12.
 SOTELÓ, Ignacio
 "La querrela de modernos y postmodernos", sobre *El corazón del laberinto. Crónica del fin de una época*, de José Luis Pinillos. N° 111. Enero. Págs. 10-11.

PERIODISMO

MELLIZO, Felipe
 "Sobre la percepción del mundo", sobre *Maps with the News*, de Mark Monmonier. N° 119. Noviembre. Págs. 1-2.

POLÍTICA

FRAILE, Medardo
 "El galope de la decadencia", sobre *Three Horsemen of the New Apocalypse*, de Nirad C. Chaudhuri. N° 115. Mayo. Pág. 3.
 MÁRQUEZ VILLANUEVA, Francisco
 "Las culturas: ¿prisión y azote de la humanidad?", sobre *The Clash of Civilizations and the Remaking of the World Order*, de Samuel P. Huntington. N° 119. Noviembre. Págs. 4-5.
 RUBIO LLORENTE, Francisco
 "La eterna agonía del Estado", sobre *The End of the Nation State. The Rise of Regional Economies*, de Kenichi Ohmae. N° 113. Marzo. Págs. 8-9.
 TUSELL, Javier
 "Nuevas perspectivas sobre la guerra fría", sobre *We now know. Rethinking Cold War History*, de John Lewis Gaddis. N° 117. Agosto-septiembre. Pág. 12.

TEOLOGÍA

GÓMEZ CAFFARENA, José
 "La historia cristiana y sus paradigmas", sobre *El Cristianismo. Esencia e historia*, de Hans Küng. N° 114. Abril. Págs. 10-11.
 GONZÁLEZ DE CARDEDAL, Ólegario
 "Heroísmo pagano y santidad cristiana", sobre *Du héros païen au saint chrétien. Actes du Colloque organisé par le Centre d'Analyse des Rhétoriques Religieuses de l'Antiquité (1995)*, de G. Freyburger y L. Pernot (eds.). N° 117. Agosto-septiembre. Págs. 10-11.

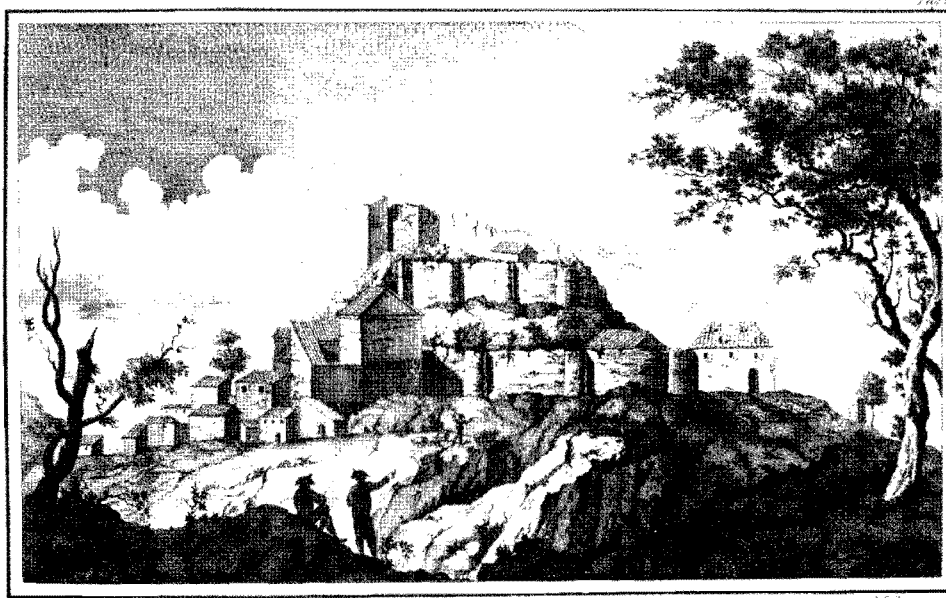
Cavanilles, dos siglos después

Por Antonio López Gómez

Antonio López Gómez (Madrid, 1923) ha sido catedrático de Geografía en las Universidades de Valencia y Madrid (Autónoma) y emérito en esta última. Miembro de la Real Academia de la Historia y de la Real Academia de Doctores de Madrid, es doctor «honoris causa» por las Universidades de Valencia y Alicante. Ha sido director del Instituto «Sebastián Elcano», del CSIC, y en la actualidad dirige la revista Estudios geográficos. Es autor de libros como Geografía de las terres valencianas, Estudios sobre regadíos valencianos, Los transportes urbanos en Madrid y El clima urbano de Madrid.

En estos años, tan cargados de centenarios, ha tenido lugar el segundo de una obra extraordinaria para los geógrafos y especialmente para los valencianos, las *Observaciones sobre el Reino de Valencia* de Antonio Joseph Cavanilles (*Observaciones sobre la Historia Natural, Geografía, Agricultura, población y frutos del Reyno de Valencia*, Madrid, Imprenta Real, 1795-97, dos volúmenes) que marcan un verdadero hito en nuestra ciencia; para conmemorar la efemérides se ha hecho una nueva edición en facsímil, ahora en cuatro volúmenes, con valiosos estudios de especialistas y acompañada de magníficas fotografías. El Departamento de Geografía de la Universidad de Valencia ha publicado también un amplio volumen, de 500 páginas, con 25 trabajos muy diversos que suponen una completa visión de Cavanilles («Segundo Centenario de las *Observaciones del Reyno de Valencia*», *Cuadernos de Geografía*, n.º 62, págs. 191-691).

He dicho en alguna ocasión y lo repito ahora que, salvando todas las distancias que se quiera, Cavanilles probablemente representa, en la Geografía regional, un valor análogo al de sus contemporáneos Humboldt y Ritter, considerados como los modeladores de la ciencia geográfica moderna. Si fuera un autor extranjero figuraría entre los grandes en la historia de la Geografía; puede que haya algo de estimación apasionada, pero todos los que han estudiado o simplemente consultado el libro, lo admiran como verdadera cumbre de la síntesis geográfica regional. Más llamativo aun es que surge, como fulgurante explosión genial, en la obra de un botánico de alta fama en su tiempo, incluso internacional. El origen mismo fue el reconocimiento minucioso, por encargo real, para estudiar las plan-



Vista de la Villa de Culla.

Grabado de la edición original.

tas; al hacerlo, Cavanilles reunió también tal cantidad de datos sobre aspectos naturales y humanos, con una visión tan acertada, que pudo escribir una geografía de la región del más completo y moderno carácter en su tiempo. Ello fue posible gracias a una profunda y enciclopédica formación, en el mejor sentido de la palabra, en gran medida por su larga estancia parisina, en contacto con los científicos de la época, como preceptor de los hijos del embajador duque del Infantado en los años anteriores a la Revolución.

Ciertamente tal obra no surge de la nada; en su tiempo, en el ambiente general «ilustrado», fueron muy valiosas otras diversas en que también se abordan aspectos geográficos regionales, como han señalado los estudiosos de Cavanilles, tales fueron las tan conocidas de Asso sobre Aragón, Labrada y Cornide respecto a Galicia, Vargas Ponce en Baleares, Viera Clavijo en Canarias, Larruga en cuestiones parciales, etc., pero ninguna alcanza la perfección sistemática que muestra como obra total la de Cavanilles, con una metodología que casi diríamos actual todavía.

Como ya apuntamos, su especialidad sobresaliente fue la Botánica y así, en su Geografía de Valencia, son numerosas tales observaciones, en muchos casos florísticas pero también llegando casi a describir asociaciones;

en otros son análisis de la vegetación general y sus pisos en el sentido geográfico moderno. Incluso añade, al final, una larga serie de plantas con su nombre cuatrilingüe: científico, castellano, valenciano y francés. No ha de olvidarse que, en su tiempo, la Botánica era ciencia de prestigio muy estudiada e incluso viajeros por España como el británico Townsend no vacilan en incluir en sus páginas listas de plantas observadas. Pero también poseía muy buenos conocimientos geológicos y de lo que hoy llamamos geomorfología, con análisis numerosos, acertados y precisos de las formas del relieve, por ejemplo los fenómenos cársicos en los macizos calcáreos, destacando los del Mondúver, que parecen casi descripciones actuales, como ya destacó hace tiempo Rosselló al estudiar esa montaña; igualmente exactas son sus referencias de otras, de los llanos o de las formas litorales. En cambio no le llama la atención la vida animal, al fin detalle secundario. En cuanto al clima, no faltan las alusiones genéricas, la repercusión en los pisos de vegetación o en los cultivos, o los aguaceros (las hoy tan tristemente conocidas «gotas frías» otoñales) con las crecidas catastróficas de los ríos, algunas de su tiempo, incluyendo el grabado de un puente del Turia destruido en la ciudad de Valencia.

Podemos hacer a Cavanilles un único reparo; es curioso que no llevara termómetro, entonces ya usado por bastantes estudiosos aunque de manera esporádica, incluso no geógrafos como el P. Sarmiento o viajeros como Dalrymple; nunca lo lamentaremos bastante, ya que le hubiese permitido afinar sus observaciones con cifras, sobre todo en montaña y quizás, podemos soñar, hasta definir las líneas de igual temperatura o isoterms, anticipándose a la brillante idea de Humboldt; éste, en Madrid, por ejemplo, indica temperaturas y ya en el Teide, camino de América, hace observaciones agudas, aunque no des-

cubriese la inversión térmica superior. Tampoco usa Cavanilles barómetro para medir altitudes, sobre las cuales no da cifras, así queda en la duda la máxima de la región: Peñagolosa (1.813 m), con «altura extraordinaria del monte respecto a otros del reino» (I, pág. 86) y la Aitana (1.558 m), «cuya altura compete con la de Peñagolosa, y es mayor que la de los demás montes del reino» (IV, pág. 199); cuando ya se empezaba a saber la de ciudades y montañas españolas y hasta algunos como Thalacker habían hecho itinerarios con tal fin, como resume Antillón pocos años después en su *Geografía de España* (1808), indicando, de paso, esa falta de datos en Cavanilles (op. cit., pág. 207). Y por supuesto Humboldt, que a su paso por la Península pudo así definir por vez primera, como es sabido, la personalidad de la Meseta central. Debía estimar Cavanilles demasiado molesta la carga de instrumentos en sus andanzas por las sierras valencianas y parece que el único aparato utilizado era la brújula para sus numerosas y útiles vueltas de horizonte.

Son igualmente copiosas y acertadas las observaciones de Geografía humana, sobre los pueblos, con el número de vecinos (también en lista aparte), sus actividades, con descripciones precisas de las huertas, de los arrozales y sus problemas, de los marjales con azarbes, hoy éstos casi desaparecidos, etc., así como de los secanos, siempre con la obsesión de que perfeccionasen las labores. Así conocemos hoy con admirable detalle la agricultura valenciana de finales del XVIII, en una etapa crucial, cuando ya ha triunfado totalmente el cultivo del maíz, iniciado en el XVII y desaparecidos los otros dos anteriores cereales de verano, el panizo y la adaza, a los cuales sustituye, incluso tomando su nombre valenciano de «panís» o «daca», la cita de los primeros huertos de naranjos (antes árboles esparcidos), aún se cultivaba la caña en Gandía, pero ya no se fabricaba azúcar y todavía no ha aparecido la patata, etc. No faltan otras muchas observaciones, por ejemplo de Geografía médica con la cuestión de los arrozales y su incidencia demográfica, sobre monumentos antiguos, incluso realizando excavaciones en Calpe, etc.

Nada escapa a su mirada penetrante porque la obra se inscribe plenamente en un método nuevo, sin duda por su formación naturalista, el que hoy llamamos «trabajo de campo», la observación atenta sobre el terreno, sobre la realidad; así recorre todos los caminos, visita todos los pueblos, interroga a las gentes y hace croquis numerosos —las fotos de la época— que le servirán después para las numerosas láminas que él mismo dibuja y luego graba Tomás López Enguñados, alguna vez confundido con el conocido geógrafo contemporáneo y también grabador Tomás López de Vargas Machuca. Al citar a este último quizás convenga añadir que, aunque justamente célebre por sus mapas provinciales, los primeros que se hicieron de España entera, representa el otro extremo metodológico, ya

Artículos de

Antonio López Gómez	1-2-3	José Manuel Sánchez Ron	8-9
Darío Villanueva	4-5	Carlos Sánchez del Río	10-11
Valeriano Bozal	6-7	Domingo García-Sabell	12

SUMARIO en página 2



Viene de la página anterior



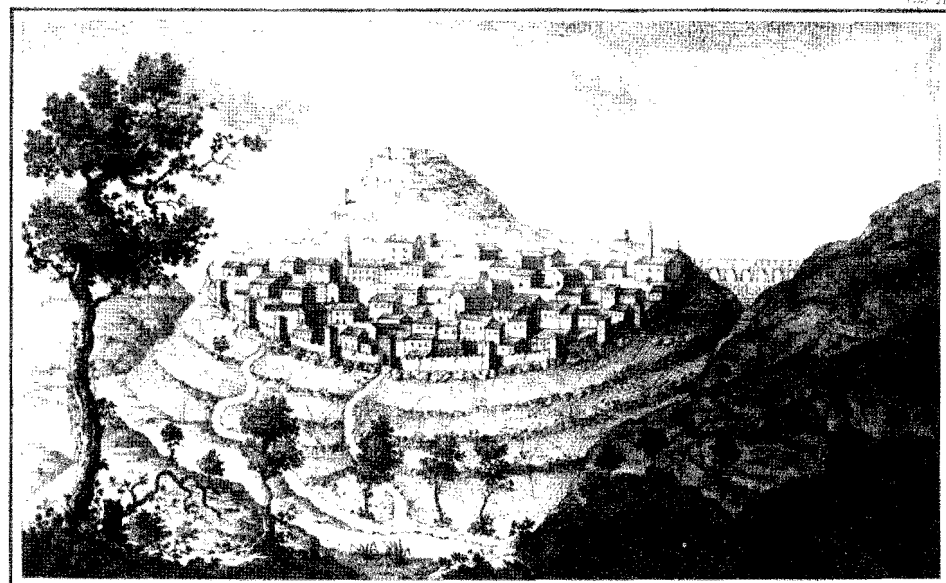
Cavanilles, dos siglos después

que era geógrafo «de gabinete», como él mismo se reconoce. Los errores en su mapa de Valencia son criticados por Cavanilles, sobre todo en el *Diario de los viajes*, sin embargo es evidente que lo utilizó, aunque después lo superó con el suyo.

En esta visión de la obra de Cavanilles, rápida e incompleta, ha de añadirse otro problema interesante al cual sólo podemos aludir, la división espacial aplicada al estudio de una región. Se utilizó antaño el estricto criterio administrativo, provincial, incluso desde el siglo XIX los partidos judiciales, muchas veces no tan absurdo para la época como se dice frecuentemente, sin mapas adecuados y buscando equilibrios, válidos entonces, sobre población, comunicaciones, historia, etc., pero éste es otro asunto. El concepto de «comarcas» de cierta personalidad genérica, se suele considerar moderno pero ya está presente en las *Relaciones Topográficas de Felipe II*, bien que ceñidas esencialmente a Castilla la Nueva, como hemos estudiado en otro lugar; sin embargo después se eclipsa y normalmente cual-

quier descripción de un territorio se atiene a divisiones administrativas. En cambio Cavanilles busca un cierto equilibrio con la realidad geográfica; así establece un grupo primario de cuatro espacios fundamentales a cada uno de los cuales dedica un «libro»: «el Norte o Tierras Septentrionales» hasta el río Mijares, dejando fuera la Plana de Castellón; el segundo o «centro del Reyno» comprende los llanos costeros desde la Plana hasta la Vall-digna inclusive y los piedemontes así como el largo valle de Montesa; el tercero lo dedica al «Poniente o tierras occidentales», bien expresivo; el cuarto y último al «Sur o Tierras Meridionales» desde el valle de Albaida inclusive, es decir el comienzo de la gran serranía alcoyana hasta los llanos del sur. En ellos, a su vez, procura distinguir espacios menores comarcales o subcomarcales, más o menos coincidentes con unidades diversas, incluso estudios locales, siempre procurando hacer agrupaciones lógicas en general bastante acertadas. Sería preciso un estudio detallado para examinar las coincidencias o disparidades con las comarcas que se admiten ahora, por otra parte variadas según los autores y la finalidad.

La obra de Cavanilles se refería a una sola región y se adelantó a su tiempo; tampoco tuvo oportunidad académica de transmitir su concepción geográfica; no tuvo éxito en su juvenil oposición a cátedra de filosofía y matemáticas en la Universidad de Valencia, después profesó filosofía en el colegio de San Fulgencio en Murcia durante año y medio. Sólo al final de su vida y después de un primer intento, logró la dirección del Jardín Botánico madrileño. Por otra parte en la geografía española de su época difícilmente hubiera tenido acogida el método por él desarrollado. Así no tuvo continuadores y su obra queda como una cumbre aislada; siguió imperando el método descriptivo-enumerativo de accidentes físicos y hechos humanos, sin explicaciones causales, incluso en algún geógrafo tan notable como su contemporáneo Antillón, que lo cita como «escrito sumamente apreciable y que debiera tener otros compañeros relativos a las demás provincias del reino», y otros posteriores; también lo utiliza ampliamente Madoz y todos los que se han ocupado de aquellas tierras. Aunque muy útiles por su diversa información, los cuatro gruesos volúmenes de la Geografía de Valencia dirigida por Carreras Candi, ya en la segunda década de nuestro siglo, así como los de otras regiones, son muy inferiores en cuanto al método



Vista de la Villa de Morella.

Morella en el siglo XVIII.

general. Tampoco conocemos ninguna obra sobre otra región, tan completa y de semejante profundidad a la de Cavanilles, hasta mediados de nuestra centuria.

Precisamente por la riqueza de sus descripciones, también por la belleza de sus grabados, era muy buscada por los bibliófilos y estudiosos de las tierras valencianas. Así fue un gran acierto la reedición en 1958, en dos volúmenes, por el Instituto de Geografía «Juan Sebastián Elcano» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Departamento de Zaragoza, a cargo del profesor Casas Torres, de origen valenciano, con una útil nota introductoria. No es facsímil, entonces método caro, sino edición nueva pero manteniendo al margen la paginación original para facilitar las citas y con reproducción de las láminas y el mapa; también, lo que es muy interesante, con bastantes fotograbados de apuntes originales de Cavanilles, tomados del *Diario de sus viajes*, algunos de los cuales convertidos luego en láminas, ello permite la comparación del boceto y el grabado final.

Buena prueba del interés sostenido de esta obra, no sólo para especialistas, sino también para el gran público valenciano, son las ediciones facsímiles que se han hecho después. La primera en 1972, en dos volúmenes, por Artes Gráficas Soler, en Valencia, con una docena de reimpresiones posteriores, lo que prueba gran difusión (quizás en buena medida como libro típico de regalo). Otra en 1995, por la Caja de Ahorros de Castellón, en un

único y gran volumen, en el centenario del primero, con una breve nota de V. Sos Baynat y un amplio estudio de Mateu con copiosa bibliografía. La última es la que comentamos aquí, iniciada para el centenario del segundo volumen, de ahí el título genérico *Las Observaciones de Cavanilles. Doscientos años después*, explicable por su contenido; aparte de diversos estudios, notas sobre la actualidad y copiosísimas fotos ilustrativas. Consta de cuatro volúmenes, según los cuatro «libros» o partes del original (allí reunidos en dos tomos) y se debe a la Fundación Bancaja, Caja de Castellón. Además de varios trabajos de especialistas muy prestigiosos (López Piñero y Mateu Bellés al comienzo; Rosselló Verger al final), en las páginas impares, a dos columnas desiguales además del facsímil, con muy ligera disminución en anchura, contiene notas y estadísticas sobre el territorio similar en la actualidad, por J. Lacarra, X. Sánchez y F. Jarque; las páginas pares están ocupadas por numerosas fotos en color, con estos añadidos modernos, como se indica en la presentación, se intenta contribuir al conocimiento vivo de Cavanilles en la región.

En el prólogo, José M. López Piñero, catedrático de Historia de la Medicina en la Universidad de Valencia, que ha extendido sus investigaciones a la historia de la Ciencia en general, expone con justeza la sobresaliente personalidad científica de Cavanilles. Primero



Qué es

SABER Leer

Con carácter mensual, la revista SABER/Leer es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

SABER Leer

Revista crítica de libros

Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

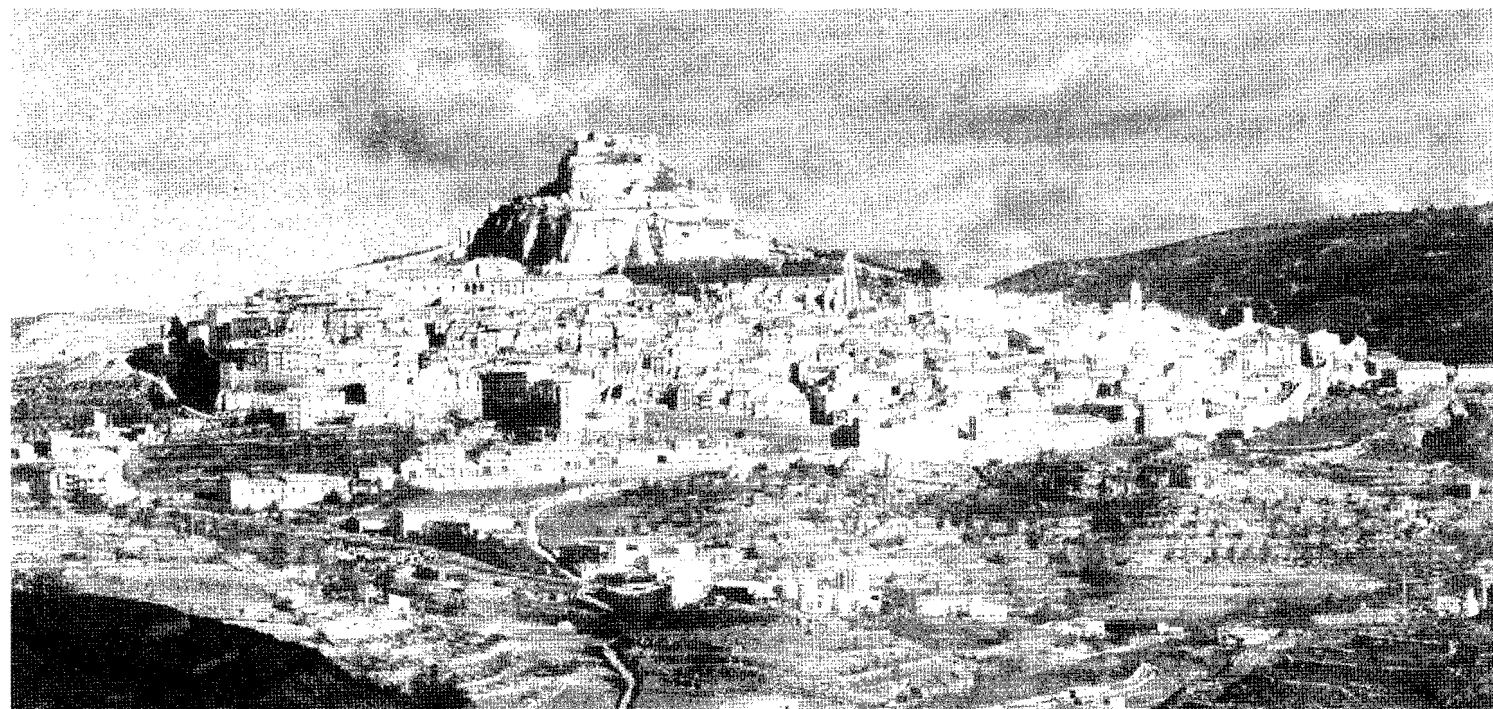
Castelló, 77
Teléfono: 91 435 42 40. Fax: 91 576 34 20
28006 Madrid (España)
e-mail: webmast@mail.march.es
Internet: http://www.march.es
Depósito Legal: M. 40.038-1986
ISSN: 0213-6449
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

SUMARIO

	Págs.
«Cavanilles, dos siglos después», por Antonio López Gómez, sobre <i>Las Observaciones de Cavanilles. Doscientos años después</i> , de autores varios	1-2-3
«La realidad de la ficción», por Darío Villanueva, sobre <i>Teorías de la ficción literaria</i> , de Antonio Garrido Domínguez (compilador)	4-5
«Un debate sobre arte contemporáneo», por Valeriano Bozal, sobre <i>La responsabilidad del artista</i> , de Jean Clair	6-7
«Encuentro entre la historia y la ciencia», por José Manuel Sánchez Ron, sobre <i>Armas, gérmenes y acero</i> , de Jared Diamond	8-9
«La ciencia del siglo XX», por Carlos Sánchez del Río, sobre <i>Science in the Twentieth Century</i> , de John Krige y Dominique Pestre (eds.)	10-11
«Un relato aleccionador», por Domingo García-Sabell, sobre <i>El hereje</i> , de Miguel Delibes	12

Viene de la página anterior



Morella en el siglo XX.

como botánico que llegó a tener fama europea y traducción de algunas obras, especialmente los seis volúmenes de sus *Icones*, reeditados en Alemania en 1965 y en Valencia en 1995, los diez trabajos sobre las *Monadelphiae*, medio centenar de artículos en los *Anales de Historia Natural*, etc. Sin embargo su primera y curiosa publicación es una respuesta, en francés, al artículo, tan citado, de Masson de Morvilliers sobre España en la *Nouvelle Encyclopédie*, cuestionando nuestra aportación a la ciencia y la cultura europeas, pronto traducido al español y al alemán. Añade que para los geógrafos representa también una alta cumbre con sus *Observaciones*, cuya influencia se extiende incluso entre el gran público como muestran las numerosas reediciones modernas. Es posible que cierta familiaridad con el personaje, como indica el autor, se deba a la costumbre valenciana de añadir la profesión personal en la nomenclatura de las calles, en este caso «botánico Cavanilles».

En una larga introducción (40 págs.), J. F. Mateu, catedrático de Geografía Física de la misma Universidad, ya citado antes en otra edición, se extiende sobre diversos aspectos de Cavanilles y especialmente sobre su obra geográfica. Así analiza primero su formación inicial y la decisiva estancia en París en 1777-89 (recuérdese que antes también estuvo allí pensionado Tomás López), su primero y fallido intento de ocupar la dirección del Jardín Botánico madrileño frente a Gómez Ortega —su enemigo científico y personal— y el encargo real de estudiar la vegetación española (¿también un alejamiento encubierto de la corte por su posible contagio de las ideas francesas?).

Entre otros aspectos podemos destacar la utilización del Diario de sus viajes (manuscrito en el Jardín Botánico de Madrid), señalando las fechas y las rutas en el mapa del propio Cavanilles; de forma plástica se ve allí la minuciosidad de sus recorridos que causa verdadero asombro, más aún en las condiciones de su tiempo. No son muchas las noticias sobre el primer viaje de 1791, pero muy detalladas las de los cuatro de cada uno de los dos años siguientes, desde la primavera al otoño, reservando el invierno para el trabajo de gabinete, a la vez que preparaba nuevos volúmenes de *Icones* en un trabajo incesante. Aunque contó con ayudas locales y bastantes correspondientes, no dejó pueblo sin visitar ni montaña importante sin subir, en algunos casos por dos veces, incluso en sitios alejados (Morella o Peñagolosa, Énguera, Alicante y Orihuela, etc.).

Para suerte de la geografía valenciana, el hecho es que comienza el trabajo por su tierra natal entre 1791-93; la inicial finalidad era botánica, como se ha indicado, pero él mismo dice en las primeras líneas que piensa recoger también todos los datos sobre historia natural,

geografía y agricultura que se conocen mal; el resultado será una magna obra. En largos párrafos expone él mismo su método de trabajo de campo: «atravesaba llanuras y barrancos, y subía hasta las cumbres de los montes en busca de vegetales. De camino examinaba la naturaleza de las piedras, tierras, fósiles y metales; observaba el origen y curso de los ríos, la distribución y uso de las aguas; notaba los progresos que ha hecho la agricultura, y algunos defectos que deben corregirse», después añade también: «una de mis principales atenciones ha sido el cálculo de la población y de los frutos». En suma, un completo programa de geografía regional moderna. Además quería hacer un nuevo mapa del reino ya que criticaba el de López, así «en las empinadas cumbres por medio de una brújula tiraba mi meridiana, y luego dirigía la visual a los puntos más sobresalientes... situando cada objeto en el papel con las respectivas distancias que me daban los prácticos del país, medía después las mismas distancias caminando con igual velocidad, y teniendo en cuenta con los rodeos y cuestas... Con estos auxilios he formado el mapa general del reino»; indica además la utilización de otros de archivos locales y el de las costas de Tofiño; no el de López, que sólo menciona alguna vez en el texto y varias en el Diario para criticarlo, aunque de hecho lo debía llevar en sus viajes. Muy larga ha sido la cita, pero bien expresiva de su forma de trabajo.

Después hace Mateu atinadas consideraciones sobre el estudio del relieve por Cavanilles, invocando para su origen razones nepuntistas-catastrofistas, pero también actualistas-fluvialistas; muchas de sus descripciones mantienen vigencia: termoclastias, albuferas, formas cársicas, etc., lo que ha permitido calificarlo de pionero de la geomorfología española. La vegetación es aspecto básico con sus inventarios numerosos que suponen verdaderos ecotopos; especial interés tiene el reconocimiento de pisos según la altura, en Peñagolosa y otras montañas. También estudia la población y su crecimiento, con acopio de datos estadísticos (ahora algunos discutidos); la agricultura en todas sus formas, con repetidas alusiones al aumento de cultivos en el interior en forma de graderías y ribazos, las innovaciones, los repartos de aguas y los cultivos de regadío, los problemas del arroz y las enfermedades atribuidas, etc. No faltan, además, observaciones sobre la sociedad, las costumbres populares y la lengua de los valencianos. En suma, repetimos, es una geografía regional completa y moderna que surge de golpe con asombro en la primera lectura y se mantiene a medida que se profundiza en su estudio.

Al final del texto de Cavanilles, con su índice de lugares y el de la edición, y el cua-

trilingüe de plantas citadas, se añade un estudio sobre «La flora y la botánica valencianas desde Cavanilles hasta nuestros días», por E. Laguna, expresando los notables esfuerzos de conservación de abundantes especies raras o endémicas valencianas, desde las montañas a los cantiles, albuferas y arenas de la costa, con detalle de los casos más interesantes, de tal manera que, además de los cultivos en el Instituto de Investigaciones Agrarias y Universidades de Valencia y Alicante, se han establecido ya más de 70 microreservas aparte de los espacios naturales protegidos.

En consonancia con el subtítulo de esta edición, se añaden también unas breves páginas sobre los nuevos territorios valencianos después del XVIII, es decir la meseta de Requena-Utiel y Villena-Sax.

Toponimia compleja

Concluye el volumen cuarto y último con un epílogo de V. M. Rosselló Verger, catedrático de Geografía Física de la Universidad valenciana, veterano estudioso de la obra, con anteriores aportaciones fundamentales y ahora otras nuevas. Después de analizar la personalidad, se refiere a otros destacados personajes de la época, expone algunas fuentes, especialmente Castelló y como precedente a Bowles, aunque denostado por Cavanilles. Sobre todo se extiende en aspectos muy de su interés. Uno de ellos es la toponimia, tan compleja y en la que ha dado tantas pruebas de maestría; ha vaciado medio millar de nombres, de los cuales un 30% traducidos o adaptados al español y el resto intocados o poco desfigurados. Es un verdadero alarde de análisis morfológico, fonético y ortográfico; también señala que sería preciso recurrir al diario manuscrito para ponderar el posible papel del editor-impresor o algún corrector; asimismo considera la fitonimia. De allí pasa Rosselló a examinar la conciencia idiomática con agudas observaciones, empezando por el cambio de «b» a «v» en su apellido. Otro aspecto que

RESUMEN

Aunque existen varias ediciones modernas de la obra de Cavanilles sobre el Reino de Valencia, que Antonio López Gómez califica de gran hito en la Geografía de España, esta nueva edición facsímil que comenta y que aparece en el segundo centenario de

destaca es el cartográfico; primero analiza los mapas comarcales, con especial atención al tan discutido de la Particular Contribución de la ciudad, posiblemente copiado de López, aunque Cavanilles dice de uno de Cassaus, desconocido hasta ahora, pero en nota de última hora señala Rosselló que ha figurado en reciente exposición. En cuanto al general del Reino, destaca en sus fuentes, citadas por el propio Cavanilles, para las costas el de Tofiño y, en conjunto, el de Cassaus de finales del XVII; también el de López aunque lo critica con energía. En el relieve subraya algo nuevo, frente a la confusión anterior, la visión de sistemas de montañas en pseudoperspectiva, los valles intermedios y los llanos; en las costas las zonas de arenas y las de acantilados. Como ya se apuntó, el propio Cavanilles explica su método de visuales con la brújula desde puntos destacados y las distancias estimadas; los manuscritos dan más luz con sus dibujos de «vueltas al horizonte», pero no verdaderos levantamientos con triangulaciones.

Comentario especial merecen las ilustraciones. Además del mapa general y las láminas del original, genuinas de todo facsímil, se añaden las rutas de los diversos viajes, muy interesantes para comprender la gran labor de campo de Cavanilles, así como expresivas ortoimágenes de los cuatro grandes espacios de la región y abundantísimas fotos en color, en verdadero derroche, como ya apuntamos en las páginas pares, enfrentadas con las impares en que va el texto facsímil y el comentario actual, casi siempre correspondiendo al mismo espacio, como imagen moderna del mismo, lo que es esfuerzo muy meritorio. Es indiscutible la alta calidad de las fotos como tales, en la mayoría de los casos también su expresividad, como ilustración de los paisajes naturales, los cultivos y los pueblos; dan cabal idea de cómo son hoy, con sus permanencias y sus cambios profundos, doscientos años después de que los contemplara Cavanilles, según indica el subtítulo general de la obra. Sin embargo hay dos aspectos que queremos indicar. Uno es la proliferación de imágenes de plantas, sin duda excelentes pero quizás más propia, por su especificidad, de un estudio botánico, aunque a casi todas alude Cavanilles en la página opuesta y muchas son poco conocidas salvo de los especialistas. En otros casos es discutible la abundancia de detalles arquitectónicos, de fotos de niños, de ancianos, etc., curiosas sin duda en un álbum de tipo turístico pero no aquí; más aún las numerosas y a veces no faltas de ironía, de bañistas en las playas (salvo las expresivas aglomeraciones), motoristas, etc. Solamente podrían explicarse si, por su atractivo colorista contribuyen a la difusión de la obra y a su lectura, no en otro caso.

Como resumen final de esta nueva edición podríamos decir que, aparte del interés intrínseco de la obra, son excelentes los estudios sobre distintos aspectos de la obra de Cavanilles y algunos muy novedosos, así como las fotos, con las reservas apuntadas. Digna conmemoración de los doscientos años de publicación de una obra memorable en la ciencia geográfica española. □

AA. VV.

Las Observaciones de Cavanilles. Doscientos años después

Fundación Bancaja, Valencia, 1995-1998. Cuatro volúmenes (301, 322, 270 y 516 páginas cada uno). 30.000 pesetas. ISBN: 84-88715-23-4.

La realidad de la ficción

Por Darío Villanueva

Darío Villanueva (Villalba, Lugo, 1950) es catedrático de Teoría de la Literatura y rector de la Universidad de Santiago de Compostela. Es miembro de la junta ejecutiva de la *International Comparative Literature Association*. Entre sus últimos libros se cuentan *La poética de la lectura en Quevedo* y *Theories of literary realism*.

Uno de los instrumentos bibliográficos que está contribuyendo más al desarrollo de los estudios teórico-literarios entre nosotros es la serie titulada «Lecturas» que dirige José Antonio Mayoral, en la que se integra este volumen sobre *Teorías de la ficción literaria*. Inaugurada en 1987 por sendos tomos sobre la pragmática de la comunicación literaria y la estética de la recepción, ambos preparados por el director de la serie, ya son una docena de títulos los que avalan una trayectoria rigurosa de aportaciones sobre los asuntos centrales de la Teoría de la Literatura y la Literatura comparada en este fin de siglo. Se proporcionan así al público hispánico antologías de los artículos más destacados de los últimos años, aparecidos en varias lenguas y en revistas de ambos lados del Atlántico, sobre, por caso, el canon, la hermenéutica, la deconstrucción, los géneros, la teoría del teatro o la Lingüística del texto.

Antonio Garrido Domínguez ha sido el encargado de preparar el volumen correspondiente a las teorías de la ficción literaria, para lo que ha hecho una sabia elección de nueve trabajos publicados entre 1978 y 1991 por algunos de los más destacados teóricos del momento—Iser, Dolezel, Harshaw, Pavel, Ryan, Schmidt—, con dos significativas inclusiones hispánicas, la del chileno Félix Martínez Bonati y el catedrático de la Universidad de Murcia José María Pozuelo Yvancos.

Este último publicó, con posterioridad al

artículo suyo sobre la lírica que Antonio Garrido Domínguez selecciona, una excelente *Poética de la ficción* (Síntesis, Madrid, 1993), muestra de cómo el debate sobre la ficcionalidad, muy intenso en el decenio de los ochenta, sigue vivo todavía. Seguramente no podría ser de otro modo, pues como el propio Pozuelo argumenta, el problema de la ficción no es metafísico ni ontológico, sino pragmático: tiene que ver con la fenomenología para la que la literatura no existe sin la consciencia y la intencionalidad del lector.

La literatura se nutre de ficción, lo contrario de lo que cabe esperar de la Historia, pero entre este concepto y el de patraña o desatino cabe un sutil distinguo magistralmente plasmado por Cervantes, a quien Pozuelo concede perspicaz atención en el primer capítulo de su libro, relacionándolo lógicamente con Aristóteles y sus comentaristas italianos del Cinquecento. Amén de la famosa doctrina del capítulo 47 del primer *Quijote*, en el *Persiles* (III, 10) leemos que en las ficciones narrativas conviene «guisar» las acciones «con tanta puntualidad y gusto, y con tanta verosimilitud que, a despecho y pesar de la mentira, que hace resonancia en el entendimiento, forme una verdadera armonía». En homenaje a tan cristalina fuente, José María Pozuelo transforma en «casamiento» lo que tradicionalmente se venía citando como «pacto de ficción», consistente en la «voluntaria suspensión del descreimiento» de Coleridge, mediante la cual, en tanto lectores de una obra literaria, dejamos entre paréntesis nuestras cautelares racionales y de contrastación empírica. Pero, según Pozuelo, este pacto de lectura es a la vez un horizonte de mundo, de lo que concluye en su libro de 1993 que «el juego ficcional es siempre juego interpretativo con vocación de realidad» (página 249).

Esta última perspectiva la hace suya el propio compilador del presente volumen, Antonio Garrido Domínguez, no sólo en su cumplida introducción, en donde se pondera la in-

cidencia interdisciplinar, sobre el problema de la ficción, de la Filosofía analítica, la Lingüística de los actos de habla y la Teoría de la Literatura, sino también a través del lema tomado de un texto de Mario Vargas Llosa, que agradece a la ficción que nos permita descubrir lo que somos pero también lo que nos gustaría ser.

Cuestiones centrales

En efecto, la ficcionalidad y el realismo constituyen cuestiones centrales de toda teoría literaria, pues por mucho que nos interese conocer el funcionamiento de la literatura en sí misma, con la ayuda de los instrumentos analíticos que nos permitan la máxima fiabilidad para la comprensión de sus formas, de su literariedad, nos resistimos a ignorar la evidencia de que esos «textos eminentes», casi siempre calificados como «ficción», inciden sobre la realidad, sobre nuestra realidad.

No se trata, pues, de un asunto baladí, sino que en él se asienta uno de los fundamentos capitales de nuestra cultura. Lo que sí resulta cierto es que, frente a la ficción, no se puede esgrimir un realismo de esencias, entendido como la reproducción fiel y transparente, por medios artísticos, de una realidad unívoca y plena a la que el poeta mira, y desde la que engendra su obra, versión estética del «realismo ingenuo» o «realismo genético», como yo lo denomino. Es, en suma, un hecho fundamentalmente ligado a la recepción, más que a la creación o al texto producido en sí, como tantos otros asuntos—lo patético, lo sublime, la ironía— encuadrables en la órbita de lo literario; y como tal, es un fenómeno obligadamente esclarecible por la fenomenología y la pragmática de la literatura desde el momento en que la palabra realismo no describe nada que esté exclusivamente en la obra, sino, sobre todo, el efecto que ésta produce en sus lectores.

Todo esto lo confirma asimismo Benjamin Harshaw (Hrushovski) en su importante artículo de 1984 en *Poetics Today* que Antonio Garrido Domínguez selecciona. En él, el autor entiende por «Internal Field of Reference» (IFR) ese conjunto o red de elementos—personajes, sucesos, situaciones, espacios, ideas, diálogos, etc.— de muy variada índole, relacionados entre sí, que el lenguaje del texto instituye desde su primera frase, al mismo tiempo que se refiere a él. Este campo de referencia interno está modelado sobre aspectos de la realidad física, social y humana, en especial de la cotidianidad, con la decisiva intervención de lo que Siegfried J. Schmidt, en otro de los trabajos incluidos en esta compilación, enunciaba como «Ortho-world-model» (OWM, o bien WMO), modelos de mundo socializados, lo que determina que, mediante la actualización del lector, se pueda traducir—por así decirlo— el IFR intensional y autónomo en términos de ese otro campo de referencia externo (EFR), extensional, que es la realidad cotidiana.

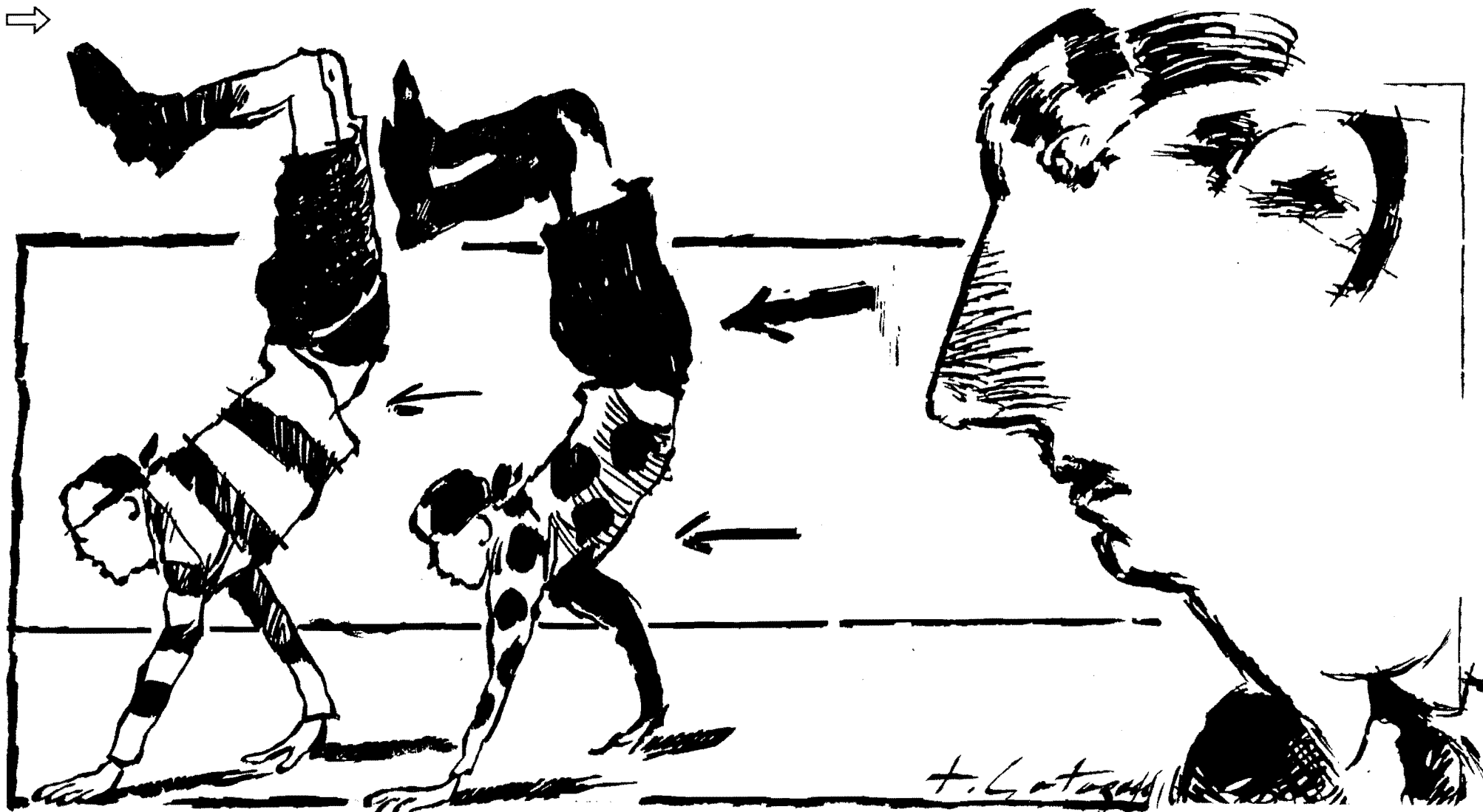
La aplicación de todo esto a una concepción del realismo literario alejada tanto de la falacia genética como de la formal, y a su «casamiento» con la teoría de la ficción es clara. Durante la lectura intencionalmente realista de un texto cualquiera, el campo de referencia interno es proyectado como paralelo a un campo de referencia externo. «But parallel planes never meet»..., escribía Harshaw en 1984, salvo, añadiríamos nosotros, en la consciencia intencional del lector.

Nos acercamos así a la comprensión del realismo no desde el autor o el texto aislado, sino primordialmente desde el lector, con todos los avales necesarios de la fenomenología que no concibe una obra de arte literario en plenitud ontológica si no es actualizada, y una pragmática que no considera las significaciones sólo en relación al mero enunciado, sino desde la dialéc-



TINO GATAGAN

Viene de la página anterior



TINO GATAGÁN

tica entre la enunciación, la recepción y el referente. Un realismo en acto, donde la actividad del destinatario es decisiva, y representa una de las manifestaciones más conspicuas del «principio de cooperación» formulado por el lingüista de orientación pragmática H. P. Grice. El pacto de ficción, la voluntaria suspensión del descreimiento instaurada por la «epojé» literaria, responde a ese principio cooperativo, como también la proyección del EFR sobre el IFR textual. Por ese mismo impulso de cooperación, el lector tiende a acercar el mundo intensional del texto al suyo propio, al referente puramente intensional, proceso en el que la categoría de la cotidianidad desempeña un papel determinante. Grice añade que en la comunicación lingüística estándar todos los agentes esperan los unos de los otros una conducta racional, seria y colaborante. Traducido a nuestro argumento, esto equivaldría a una asunción espontánea y natural por parte del destinatario de la seriedad de lo escrito en la obra que lee, lo cual, aunque ficticio –o incluso fantástico– en su origen, se prestaría a una decodificación realista. Como argumenta Wolfgang Iser en su trabajo incluido también en este volumen, «las ficciones no son el lado irreal de la realidad, ni, desde luego, algo opuesto a la realidad, como todavía las considera nuestro 'conocimiento tácito'; son más bien condiciones que hacen posible la producción de mundos, de cuya realidad, a su vez, no puede dudarse» (página 45).

Es en este punto en el que incide más directamente el artículo de Félix Martínez Bonati también reproducido. Es sabido que la lingüística pragmática se ha preocupado, entre los actos de habla, de los propios de la ficción. Inicialmente, se consideraba a estos «actos lingüísticos de ficción» como actos ilocutorios de aserción sin verificación, que es una de las reglas de propiedad de tal tipo de actos. Pasarían a ser, por lo tanto, en términos de Wittgenstein, un «juego lingüístico» aparte, en el que no se hacen aserciones, según J. R. Searle, sino tan sólo se «pretende» hacerlas.

Desde su propia experiencia lectora, Martínez Bonati se resiste a considerar las proposiciones ficcionales como semiafirmaciones o quasi-juicios («quasi-urteile», en la fenomenología literaria de Roman Ingarden). El rechazo del investigador chileno se justifica por el hecho de que para la creación efectiva del mundo que la obra literaria nos propone es necesaria la plena efectividad de dichas aserciones. En consecuencia, la «epojé» ficcional y el pacto consiguiente no consiste en aceptar

una imagen ficticia del mundo, sino, «previo a eso, aceptar un hablar ficticio. Nótese bien: no un hablar fingido y pleno del autor, sino un hablar pleno y auténtico, pero ficticio, de otro, de una fuente de lenguaje (...) que no es el autor» (página 167).

Si estas disquisiciones conectan la teoría de la ficción literaria con la Lingüística de los «Speech-Acts», la Lógica semántica también participa en el debate mediante el concepto de «mundo posible», enunciado inicialmente por Leibnitz y luego desarrollado, entre otros, por Woods, Chateaux, Heintz y Thomas Pavel, uno de cuyos trabajos se traduce en el volumen compilado por Garrido Domínguez. Cumple, no obstante, notar la diferencia fundamental que existe entre la metafísica de Leibnitz y esta derivación moderna de la misma que tanto interesa a la Teoría de la ficción literaria. Para Leibnitz los mundos imaginarios no son sino imitaciones de mundos posibles metafísicamente dados, pero faltos de actualización, mientras que la teoría que a nosotros nos incumbe consiste, como bien justifica otro de los autores que participan en esta compilación, Lubomir Dolezel, en una semántica constructivista –radicalmente no mimética– de mundos posibles y ficticios.

Principio de correspondencia

Frente al universo empíricamente observable, o «actual world», se dan otras posibilidades, elaboradas por la mente humana, por su pensamiento, la imaginación, la palabra y otras actividades de tipo semiótico. En aquél, rige plenamente el principio de la correspondencia con la realidad reclamado por Tarski para acreditar las aserciones como tales aserciones, mientras que en estos otros órdenes se puede admitir lo que el propio Thomas G. Pavel llama «ersatz-sentences», o «frases de sustitución», que sólo son evaluables en relación al mundo posible o ficticio al que se refieren. Serán verdaderas si se ajustan a los términos propuestos allí, y falsas si no lo hacen.

Esta semántica de mundos posibles encuentra la mayoría de sus aplicaciones, que no todas, en el ámbito artístico y literario, en lo que Wolterstoff llama «worlds of work of art»; Howell, «worlds of imagination»; R. Routley, «fictional worlds»; y Dolezel, «narrative worlds». Pero ya a comienzos de siglo Hans Vaihinger había reparado en el uso de determinadas ficciones por parte de la Ciencia, la

Filosofía o el Derecho, que sin remitir a nada empíricamente objetivable no podrían ser, sin embargo, tildadas de falsas. No transcriben nada de la realidad, pero ayudan a comprenderla en el seno de una construcción intelectual. Lo mismo que las creaciones literarias, según Frank Kermode propuso en su conocido libro *The Sense of an Ending*, a las que identifica con lo que Vaihinger denomina «ficciones consabidamente falsas», pero dotadas de extraordinario valor heurístico.

Relacionando este planteamiento con la teoría de los actos de habla, Lubomir Dolezel nos presenta como uno de los procedimientos básicos para el logro de la ficción narrativa –una de las modalidades más comunes, según él, de entre esos «mundos posibles»– el principio de la «autoridad autenticadora», entendida como una fuerza ilocucionaria de carácter especial, análoga a la de los actos de habla calificados de performativos, que en lugar de valores de verdad, obedecen a diversas condiciones que se refieren a su acomodo para ser aplicadas por parte de alguien acreditado para ello.

La tesis de Dolezel, sumamente esclarecedora de la fuerza realista de la ficción literaria, se puede resumir, por lo tanto, en lo que sigue: los «mundos posibles» contruidos por las narraciones literarias son sistemas de hechos ficticios erigidos por actos de habla que proceden de una fuente de autoridad. Textualmente, ésta se halla en la instancia enunciativa formada por el complejo «autor empírico» más «narrador» en la narrativa, los personajes representados por los actores y actrices teatrales, y por el «yo lírico» en poesía, pues José María Pozuelo Yvancos bien se encarga, en esta compilación de Antonio Garrido Domínguez, de reivindicar para la poesía su condición de «género mimético-ficcional» (página 241). Y, complementariamente a lo textual, en el plano empírico aquella autoridad se encarna en el es-

critor, una de cuyas prerrogativas consiste, precisamente, en el derecho a instaurar mundos posibles.

Son muy numerosos los testimonios que podríamos aducir acerca de la consciencia autorial de esta prerrogativa. Así, Balzac en el prólogo de *Le Père Goriot* se dirige a su lector en los términos siguientes: «Vous qui tenez ce livre d'une main blanche, vous qui vous enfoncez un moelleux fauteuil en vous disant: Peut-être ceci va-t-il m'amuser (...) Ah! sachez-le: ce drame n'est ni une fiction, ni un roman. All is true, il est si véritable, que chacun peut en reconnaître les éléments chez soi, dans son cœur peut-être».

El narrador de *Ana Karenina*, por su parte, afirma en cierto momento que lo esencial en la lectura de una novela es interesarse en sensaciones o emociones reales a partir de imaginarias vidas ajenas. También cabe recordar aquí aquella nota de Flaubert que alababa a Walter Scott porque, refiriéndose a sus lectores, «sans connaître les modèles, ils trouvaient ces peintures ressemblantes, et l'illusion était complète».

Esa «ilusión referencial» está en el lector; es, como ya sugerimos, connatural a todo fenómeno comunicativo, y viene inducida por la fuerza más que «ilocutiva», «perlocutiva» de la enunciación. Pero influye también en todo ello otra dimensión trascendente a la que Wolfgang Iser dedica su excelente artículo de 1990 aquí reproducido. Para el maestro de Constanza, «la significación antropológica de la ficcionalización resulta inconfundible en relación con las muchas realidades impenetrables que impregnan la vida humana. El origen y el fin quizá sean las realidades más absolutas que ostentan esta naturaleza. Esto quiere decir nada menos que los puntos cardinales de nuestra experiencia desafían la penetración cognitiva e incluso experiencial» (página 61). □

RESUMEN

Dario Villanueva, a partir de un libro colectivo que recoge varios artículos recopilados por Antonio Garrido Domínguez, se ocupa de las diferentes teorías sobre la ficción literaria. Entre otras cosas, recuerda que ficcionalidad

y realismo son cuestiones centrales de toda teoría literaria, que la ficción incide sobre la realidad y que el término realismo no describe nada que esté exclusivamente en la obra, sino el efecto que ésta produce en los lectores.

Antonio Garrido Domínguez (compilador)

Teorías de la ficción literaria

Arcos/Libros, Madrid, 1997. 287 páginas. 2.000 pesetas. ISBN: 84-7635-281-6.

Un debate sobre arte contemporáneo

Por Valeriano Bozal

Valeriano Bozal (Madrid, 1940) es catedrático de Historia del Arte en la Universidad Complutense de Madrid. Ha publicado diversos libros de historia y teoría del arte, entre los que destacan: Los primeros diez años. 1900-1910, Los orígenes del arte contemporáneo, El gusto y Pinturas negras de Goya.

La publicación del libro de Jean Clair se inscribe en un debate sobre la condición del arte contemporáneo que él mismo ha contribuido a alentar. Un debate intenso en Francia que se ha extendido a toda Europa, muchas veces más allá de los círculos estrictamente profesionales. El libro suscitó comentarios en revistas especializadas, también en periódicos y revistas de información general, en programas de la televisión, entrevistas y encuestas.

No es la primera vez que una intervención de Jean Clair, actual director del Museo Picasso de París, suscita expectación. La exposición *Les Réalismes entre révolution et réaction*, celebrada en el Centre Georges Pompidou en 1980, se apartaba de la «ortodoxia historiográfica» a la que se habían acogido —y que habían fundado— otras célebres exposiciones del Centre. Entonces se pudieron conocer algunas de las ideas que ahora expone. Más recientemente, con motivo del centenario de la Bienal de Venecia, Clair organizó una exposición igualmente polémica, *Identità e alterità: figure del corpo 1895-1995*. Algunos críticos acusaron a Clair de ofrecer una visión sesgada de la evolución del arte del siglo XX, un sesgo que privilegiaba las orientaciones figurativas sobre las abstractas, las tendencias estéticamente más conservadoras sobre las radicales.

Jean Clair no es, sin embargo, un polemista, su aportación al estudio de la historia del arte del siglo XX es relevante y efectiva, científicamente rigurosa. Además de las exposiciones mencionadas, ha intervenido en otras igualmente importantes, entre las que quiero resaltar *Vienna: l'apocalypse joyeuse* (París, Centre Georges Pompidou, 1986), que supuso una llamada de atención, en adelante imprescindible, sobre el arte finisecular y el papel jugado por la cultura vienesa. Entre los estudios de Clair, algunos forman parte esencial de la historiografía más reciente: *Marcel Duchamp ou le grand fictif* (1975), *Bonnard* (1975), *Considérations sur l'état des Beaux-Arts* (1983), *Éloge du visible* (1996), *Malinconia* (1996), etc.

El interés de *La responsabilité de l'artiste* no se limita a su afán polémico, con ser éste muy relevante. Enlaza con un debate que, de mil modos diferentes, afecta a la consideración del arte contemporáneo una vez que la vanguardia entró en crisis y la historiografía fundada sobre el modelo «arte de vanguardia=arte del siglo XX» dejó de mantenerse en pie. Este modelo se había elaborado en el curso del desarrollo propio del arte de nuestro siglo, tenía en los museos estadounidenses, fundamentalmente en el MOMA, de Nueva York, a sus grandes protagonistas, y en Alfred H. Barr Jr., primer director del MOMA, a su sumo sacerdote. En los años sesenta y setenta sus postulados empezaron a tambalearse. Por una parte, el arte de vanguardia entró definitivamente en crisis y sus supuestos fueron sometidos a una severa revisión. Por otra, la propia evolución del arte moderno obligaba a una reformulación del modelo. Finalmente, las nuevas metodologías historiográficas dieron lugar a interpretaciones originales que armonizaban mal con el modelo establecido.

Sin embargo, esta crisis no era sólo artística, ni siquiera historiográfica. El arte de vanguardia había estado tan profundamente ligado a los acontecimientos históricos que éstos no podían ahora dejar de afectarle. Las

transformaciones acontecidas en el ámbito del llamado «socialismo real», el hundimiento de los regímenes socialistas, el discurrir de los procesos de descolonización, la creciente agresividad de las tendencias fundamentalistas, son fenómenos que están en el transcurso de los acontecimientos, cuyo análisis enlaza con la argumentación de Clair. Son fenómenos políticos que se articulan directamente con la reflexión de Clair sobre la política del arte, en su sentido más noble y más complejo.

¿Es el arte de vanguardia, tal como habitualmente se ha defendido, un arte comprometido con la libertad y la crítica, con el progreso que conduce a la felicidad, con la rebelión que se enfrenta a lo establecido... o es una manifestación tan utópica como totalitaria, tan irracionalista como radical, tan iracunda como antihumanista...? En el primer caso, el arte de vanguardia se perfila como la conclusión más potente del proyecto ilustrado, del proyecto de la modernidad. Mas, la concepción que contempla la historia como el camino de progreso que conduce a la felicidad, y a la modernidad como el dominio de la razón, encontrará en la actualidad pocos que la respalden. Entonces, si esto es así, los aspectos más oscuros de la segunda parte de la disyuntiva se hacen muy presentes. La crisis del arte de vanguardia forma parte de un fenómeno más amplio: nuestro modo de ver, interpretar y juzgar al siglo XX.

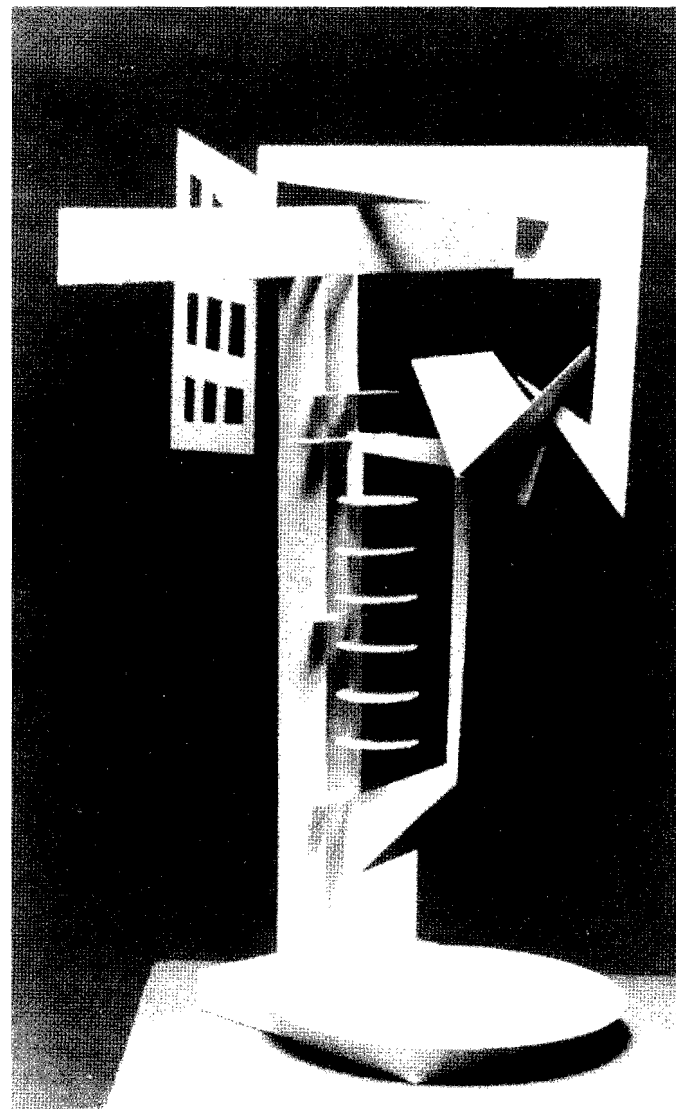
Centro de la reflexión

La responsabilité de l'artiste, lejos de rehuir la cuestión, la sitúa en el centro mismo de su reflexión. Distingue Clair dos momentos fundamentales en su estudio, el primero se centra en el período de entreguerras, el de las llamadas «vanguardias clásicas», el segundo en el tiempo presente, el del expresionismo abstracto norteamericano y, en menor medida, los movimientos pop, minimal, conceptuales, etc., de los años sesenta y primeros setenta.

Por lo que se refiere al primero, la estrategia de Clair es doble. Si, por un lado, se interroga sobre la relación personal entre algunos destacados artistas de vanguardia y los movimientos totalitarios, nacionalsocialismo, fascismo y estalinismo, además, por otro, analiza el significado de la vanguardia, en especial del expresionismo, en la perspectiva de esas situaciones políticas. En ambos aspectos, su reflexión enturbia las que hasta ahora eran hipótesis aceptadas: ni todos los artistas de vanguardia fueron inmunes a los movimientos totalitarios, ni todas las tendencias fueron ajenas a sus planteamientos.

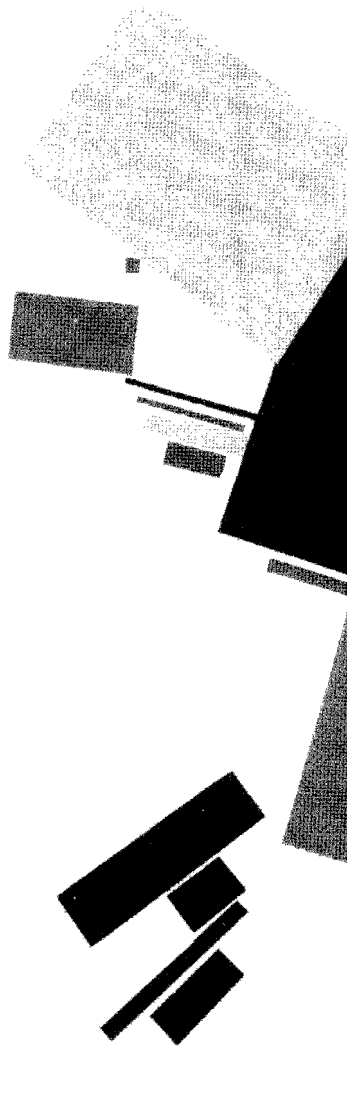
La adscripción política de algunos artistas como Nolde era bien conocida, las actividades de otros arrojan nueva luz sobre sus relaciones con el nacionalsocialismo. Así, por ejemplo, Clair recuerda que ni Gropius ni Mies van der Rohe mantuvieron, al menos inicialmente, una actitud de enfrentamiento hacia el régimen de Hitler. Otro tanto sucedió con Schlemmer, que mostró su decepción por no ganar el concurso para la decoración de la sala de conferencias del Deutsches Museum. Gropius participó en el concurso para el Reichsbank (1933-34), Mies van der Rohe hizo otro tanto y, además, junto a Barlach y otros artistas firmó en 1934 un escrito de apoyo a Hitler. Kandinsky, por otro lado, recomendó en 1933 afiliarse a Kampfbund der Deutschen Kultur. A todo esto podría añadirse, desde el punto de vista del poder político, la actitud de Goebbels hacia el arte moderno y, en concreto, hacia el expresionismo, bien distinta a la mostrada por otros líderes nazis, una actitud positiva que veía en el arte moderno estrechas afinidades con la ideología del nacionalsocialismo.

Los nombres que se han citado no son



Construcción espacial n.º 5, de Alexander Rodchenko.

CATALOGOS FUNDACION JUAN MARCII



Suprematismo dinámico

más que una muestra breve de los ejemplos a los que Clair alude. Es evidente que muchos artistas no sintieron, al menos en los primeros años treinta, repugnancia por el nacionalsocialismo y que algunos pudieron pensar en algunas de éstas como actividades de carácter institucional en las que podía hacerse abstracción de la expresa ideología totalitaria del Estado. No cabe duda, tampoco, de que fue el propio nazismo el que aclaró definitivamente la cuestión con su política artística y su consideración del arte de vanguardia como «arte degenerado», con la prohibición de trabajar incluso para artistas que, como Nolde, participaban pública y notoriamente de su ideología.

La cuestión vuelve a plantearse a propósito del estalinismo, aunque en la URSS las cosas no discurren por los mismos caminos, pues el arte de vanguardia fue prohibido a partir de los primeros años treinta y sus artistas o bien marcharon del país, o se adaptaron a la nueva situación o fueron perseguidos. Los nombres de Gabo, Pevsner, Rodchenko, Malevitch, Tatlin, etc., figuran entre los que se enfrentaron a alguna de estas posibilidades.

Los problemas personales de los artistas de vanguardia en los regímenes totalitarios fueron muchos y muy variados. La casuística puede extenderse hasta el infinito y, aunque los ejemplos mencionados por Clair son importantes, es posible encontrar otros no menos significativos que procedieron de manera muy diferente.

Más relevante me parece la relación que puede existir entre el totalitarismo y los valores de la vanguardia. La exaltación de lo arcaico y de lo irracional, de lo nórdico y lo primitivo que es propia del expresionismo coincide con algunas de las tesis básicas del nacionalsocialismo. La pretensión totalitaria de crear un orden nuevo y un hombre nuevo corre pareja con la afirmación vanguardista

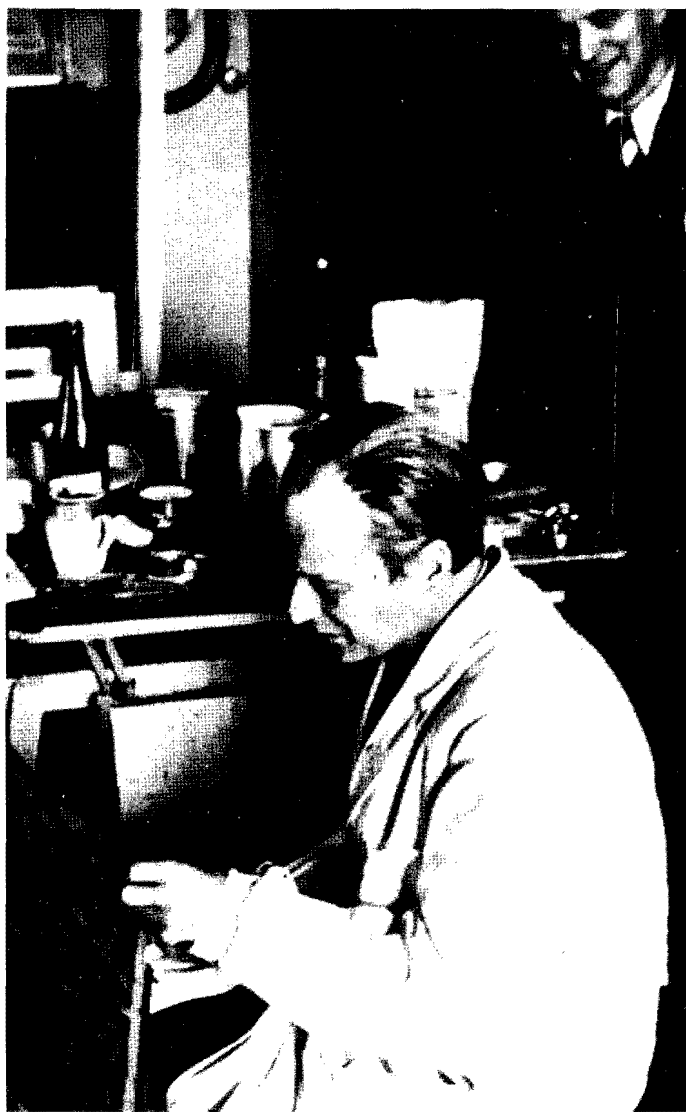


Varvara Stepanova (1894-1958).

del hombre nuevo. La utopía vanguardista es tan intolerante como la utopía totalitaria, ambas son radicales y rechazan al «otro», cualesquiera que éste sea.



Viene de la página anterior



Paul Klee, en Berna, verano de 1938.



Dos Elvis, de Andy Warhol.

Todo eso es, al menos hasta cierto punto, correcto. Los paralelismos no pueden ser negados. Sin embargo, hay un extremo en el que deseo detenerme porque, me parece, pone en cuestión el punto de vista de Clair. En las últimas páginas de su libro expone Clair cuál

es el papel del arte, su capacidad de dar nombre y de decir verdad, cometido que, en su opinión, el arte de nuestro siglo habría olvidado: un arte contemporáneo que ha olvidado sus deberes, pero también sus poderes..., es la última frase de Clair. Ahora bien, esa concepción del arte, ese decir verdad y poner nombre, de regusto heideggeriano, explica mejor que ninguna otra la pretensión vanguardista. Sólo el que está en posesión de la verdad proclama el totalitarismo en su utopía, incluso cuando se rebela contra otras utopías, pues no pretende estar junto a ellas sino sustituirlas, ponerse en su lugar. Sólo quien, como nueva divinidad, tiene —o, mejor, cree tener— la capacidad de dar nombre propondrá una utopía fundamentalista de la verdad. Mas, entre los artistas y los políticos hay una diferencia considerable: lo que los artistas «proponen», los políticos totalitarios lo imponen. Incluso poseída de su

verdad, la obra de arte se limitará a proponerla, no puede hacer otra cosa.

El crítico, el historiador, el teórico pueden caer en la tentación de tomar las propuestas como imposiciones. Alterarán entonces la naturaleza propia del arte, su esencial con-

dición de libertad. Es posible abordar la cuestión desde otro punto de vista: que el artista pretenda decir verdad no significa que su obra la diga; que el espectador tenga una experiencia de verdad no significa necesariamente que lo contemplado en la experiencia sea verdadero.

Más de un lector considerará paradójicas ambas afirmaciones, pero son paradojas que se repiten todos los días: la verdad que en una pintura o en una poesía asumo como evidente —y en caso contrario no sería experiencia estética la que tengo— queda de inmediato corregida por otra pintura y otra poesía, y así sucesivamente hasta el infinito. La verdad de esta o aquella pintura expresionista es corregida por la de otra pintura expresionista, surrealista, constructivista... El arte no es verdadero, es verosímil; no es real, es ficticio. La de verdad es sólo una pretensión sometida a la ficción. La calidad de la pretensión se pone de relieve en la experiencia estética, ahí desborda sus límites.

Nunca como en nuestro siglo la pretensión de nombrar de los artistas fue aceptada por los críticos, que la hicieron suya. Mas, si tal pretensión es, más que legítima, obligada en los artistas, la de los críticos estriba en cuestionarla, advertir aquello de lo que la propia historia del arte advierte: su ficción y, con ello, su variedad. Los regímenes totalitarios luchan contra esa variedad. Sea realismo socialista o realismo académico lo que defienden, lo importante es que rechazan cualquier otra orientación, lo relevante es su unilateralidad, porque sólo si la alcanza negará aquella diversidad que es consustancial a la actividad artística (y a la contemplación y experiencia estéticas).

Un arte sin historia

La ausencia de historia es el eje de la crítica que Jean Clair hace al arte abstracto posterior a la Segunda Guerra Mundial. Vivir en una sociedad sin historia es vivir en una sociedad deshumanizada y antihumanista, hacer un arte sin memoria es participar en la figura de esa sociedad. Es cierto que el expresionismo abstracto propone una relación inmediata del artista con la obra. Aún más, entiende esa obra como el fluir de esa inmediatez. Según esto, el arte abstracto se propondría la elaboración de un lenguaje nuevo, sin antecedentes, desde cero, que podría ser comprendido por todos, cualquiera que fuese su nivel de conocimiento.

Sin embargo, creo que también en este punto Clair simplifica, y ello en dos sentidos complementarios. Primero, porque tal pretensión de inmediatez resulta de un trabajo muy elaborado que, al prescindir de los recursos tradicionalmente aportados por la historia se propone como su negativo y, así, no es inmune a ella, ni independiente de ella. En esa cadena de signos que los semiólogos conciben como historia del arte, cada una de las obras es un eslabón del proceso semiótico, sin que pueda pretenderse empezar desde cero alguno.

RESUMEN

Desde Francia, y extendido a toda Europa, se ha propiciado un debate sobre la condición del arte contemporáneo que, en buena parte, es debido a un libro sobre la responsabilidad del artista que ha escrito Jean Clair, actual director del Museo Picasso de París, y que Valeriano Bozal comenta. El debate en-

Además, de nuevo, es la mirada de quienes contemplan la que se encarga de corregir a los artistas: si es una mirada ingenua suele preferir un arte tradicional, figurativo, elaborado (porque toda mirada ingenua es, aunque parezca lo contrario, una mirada formada en un largo aprendizaje: el de los medios de comunicación de masas, las fotografías, la enseñanza...). Si es una mirada formada en la contemplación de otras obras, en el conocimiento de la historia, entonces no tiene duda en situar estas obras originarias en el curso de un proceso histórico, de una memoria, que les proporciona todo su sentido. Esta mirada experta conocerá también que el arte abstracto posee ya una historia propia, en el marco de la general, que se inscribe en un sistema de relaciones al que hace referencia y del que no puede desprenderse. Como querían Diderot y Kant, el arte contemporáneo se configura como una constelación que no tiene límite alguno.

El historiador apocalíptico —y Clair adopta en algunos momentos esta actitud—, con la intención de defender el humanismo, cercena sus manifestaciones más libres, pues lo propio del arte radica, precisamente, en que no se atiene a cánones alguno, aunque continuamente esté buscando uno, apostando por él, abandonándole...

El historiador y el crítico se encuentran en una situación compleja, pues el suyo es un trabajo que, o bien determina —explícita o implícitamente— cánones (el crítico), o bien estudia el material que ha sido canonizado (el historiador), y muchas veces, cuando de arte contemporáneo se trata, ambas cosas a la vez. Ahora bien, tan pronto como un canon ha sido fijado, en ese mismo momento se pone en cuestión. Kant planteó este tema a propósito del genio, pienso que es, también, un rasgo de la experiencia estética y que, de no cumplirse, la experiencia sólo responderá al anquilosamiento de la repetición.

Es muy posible que en amplios sectores del arte más reciente de los años sesenta y setenta, en los movimientos del expresionismo abstracto, primero, del pop, después, minimal, conceptual, land, etc., haya mucho de la inmediatez que Clair señala —y no cabe duda de que bastantes pretensiones ideológicas de los artistas tomaron esa dirección—, pero no me parece imprudente afirmar que, además de romper los límites del lenguaje establecido, esas obras rompieron los límites de la experiencia hecha y nos permitieron una mirada sobre el mundo que, en su «novedad», enlazaba con un pasado histórico de larga tradición: tanta como la que posee la modernidad. La responsabilidad del artista tiene un compromiso con esa ruptura, quizá ya el único ámbito en el que la ruptura es factible... □

(1) Existe traducción castellana de una selección de textos de Barr: *La definición del arte moderno* (Madrid, Alianza, 1989). Un prólogo de Irving Sandler resume la trayectoria de Barr y su célebre «Mapa del arte moderno», realizado en 1936, verdadero esquema modelico, se reproduce en la página 101.

Jean Clair

La responsabilidad del artista

Visor, Madrid, 1998. 126 páginas. 1.480 pesetas. ISBN: 84-7774-592-7.

Encuentro entre la historia y la ciencia

Por José Manuel Sánchez Ron

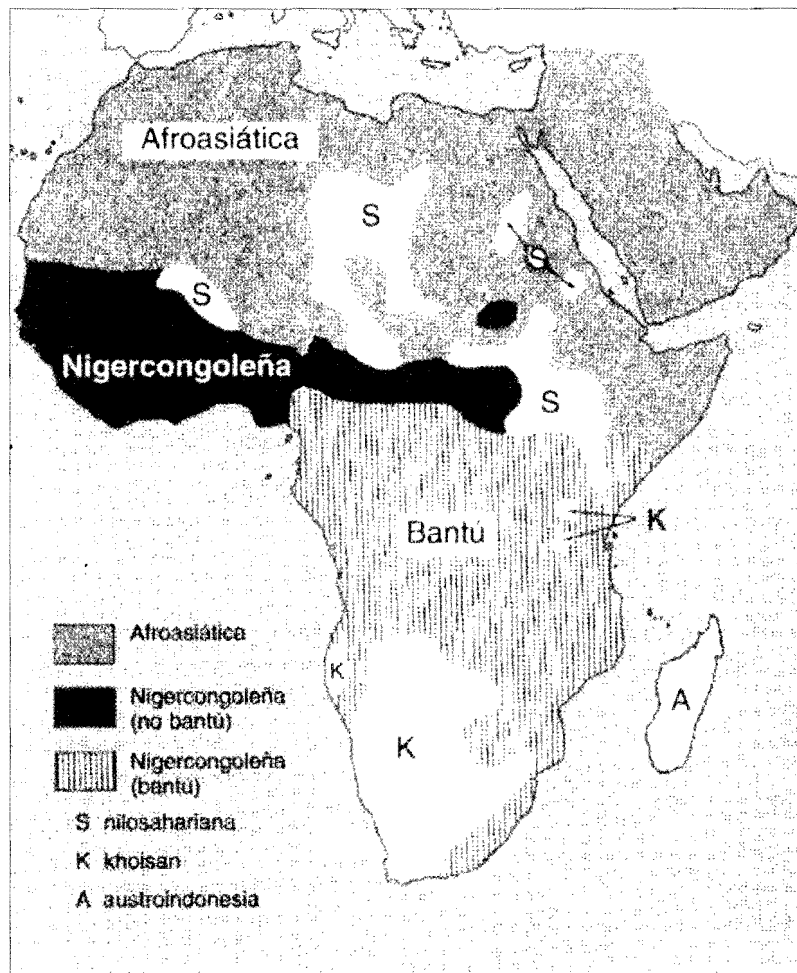
José Manuel Sánchez Ron (Madrid, 1949) es doctor en Física Teórica por la Universidad de Londres y catedrático de Historia de la Ciencia en la Universidad Autónoma de Madrid. Entre sus libros figuran títulos como *El origen y desarrollo de la relatividad*, *El poder de la ciencia*, *Diccionario de la ciencia e IN-TA*. 50 años de ciencia y técnica espacial.

La historia es, evidentemente, una importante y noble disciplina intelectual. Nos acerca al pasado, intenta que lo conozcamos y comprendamos. Con qué fin, es ya más debatible, especialmente cuando se observa la gran diversidad —en métodos, contenidos y fines— del muy elevado número de libros de historia que se publican todos los años. Pero siempre podemos recordar aquello que escribió Benedetto Croce (*La historia como hazaña de la libertad*, 1938): «La cultura histórica tiene por fin conservar viva la conciencia que la sociedad humana tiene del propio pasado, es decir, de su presente, es decir, de sí misma; de suministrarle lo que necesita para el camino que ha de escoger; de tener dispuesto cuanto, por esta parte, pueda servirle en lo porvenir».

Entre la «microhistoria» y la «historia total»

Establecido el propósito último (o, cuando menos, «uno» de los propósitos) de la historia, hay que preguntarse cómo aproximarse a él. Y al formularnos semejante cuestión, nos adentramos, inevitablemente, en el complejo universo de la teoría y práctica de la historia, un universo que se ha visto agitado por profundas convulsiones, surgidas de «mundos» como la «escuela de los *Annales*», la «microhistoria», la «historia económica», la «historia demográfica», la «historia social», la «historia oral», la «historia de las imágenes», la «nueva historia» o la «historia cultural», sin olvidar otros como el «giro lingüístico» o el «postestructuralismo». La renovación metodológica que la historia ha experimentado a lo largo del, como mínimo, último medio siglo ha sido de tal calibre que caracterizaciones tan célebres, como la de John Seeley, «Regius professor» de Historia en Cambridge: «la historia es la política del pasado y la política es la historia del presente», parecen datar de la prehistoria, no importa que no sean tan antiguas.

Ahora bien, esa renovación que ha contemplado la historia en el último medio siglo ni ha sido completa, ni ha dejado de tener sus riesgos. En cuanto a éstos, nos encontramos que el énfasis en lo «micro», por un lado, y la introducción en los análisis históricos de herramientas procedentes de disciplinas autónomas, cuyo empleo requiere de técnicas específicas, cuyo dominio no siempre es sencillo, ha producido una cierta disgregación e incomunicación. La «historia total», o «global», de la que tanto hablaron Lucien Febvre y Fernand Braudel, parece alejarse en el horizonte de la especialización. Peter Burke, historiador general y del arte, y uno de los defensores más destacados de la nueva historia cultural, alertó no hace mucho de estos riesgos («Obertura: La nueva historia, su pasado y su futuro», en P. Burke, ed., *Formas de hacer historia*, 1993): «Aunque la expansión del universo de los historiadores y el diálogo creciente con otras disciplinas, desde la geografía a la teoría literaria, deberán ser, sin duda, bien recibidos, estos procesos tienen su precio. La disciplina de la historia está ahora más fragmentada que nunca. Los historiadores de la economía son capaces de hablar el lenguaje de los economistas; los historiadores del pensamiento, el de los filósofos, y los historiadores



Familias lingüísticas de África.



Una mujer y un niño de las tierras bajas costeras del norte de Nueva Guinea, isla de Siar.

sociales, los dialectos de sociólogos y antropólogos sociales. Pero a estos grupos de historiadores les comienza a resultar cada vez más difícil conversar entre sí.

De Arnold Toynbee a William McNeill

Es preciso, por consiguiente, no perder de vista el horizonte de la globalización. Ahora bien, sucede que no es empresa fácil la de producir una historia total; más aún, no es difícil identificar algunas carencias importantes en los intentos realizados hasta la fecha. Una de esas carencias tiene que ver con la deficiente integración de la historia de la ciencia, la medicina y la tecnología en la historia «general» (menciono explícitamente a la medicina para resaltar su gran relevancia en el discurso histórico, aunque podría perfectamente quedar subsumida en la, más general, denominación «ciencia y tecnología»). Lo habitual es que las «referencias» que se efectúan en trabajos de historia a sucesos científicos, tecnológicos o médicos sean episódicas, que se limiten a algunos de los acontecimientos o desarrollos más llamativos y, por supuesto, transcendentales. Acaso el historiador que más próximo esté de poder librarse de críticas como las anteriores sea William H. McNeill, el célebre autor del imponente *The Rise of the West: A History of the Human Community* (1963), al igual que obras como *Plagas y pueblos* (1976) y *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000 d.C.* (1982). *Plagas y pueblos*, obra en la que, entre otros casos, McNeill estudia el papel desempeñado por la viruela en la conquista por parte de Hernán Cortés y su pequeño ejército de seiscientos hombres, del Imperio azteca, poblado por millones de habitantes, es especialmente importante en la dirección de incluir enfermedades —lo que es tanto como decir, medicina— en los tratados históricos. Ahora bien, no es irrelevante señalar en la presente ocasión que la obra de McNeill transita por caminos que no son real-

mente los de los practicantes de esas «nuevas» historias a las que comencé refiriéndome.

La ambición «globalizante» (no hablemos de «historia total» en su caso, para no confundir programas) de McNeill alcanzó su punto culminante en el ya citado *The Rise of the West*, libro que sin duda debe mucho a *Un estudio de la historia* de Arnold Toynbee, de quien, por cierto, McNeill publicó en 1988 una excelente biografía: *Arnold Toynbee. A Life*. Ahora bien, en ese libro McNeill rechazaba las tesis de Toynbee (y de Oswald Spengler), según las cuales la historia de la humanidad se puede reconstruir basándose en un cierto número de civilizaciones que caminaron por trayectorias básicamente independientes; para McNeill, por el contrario, las culturas humanas han interactuado entre sí en todo momento de sus historias.

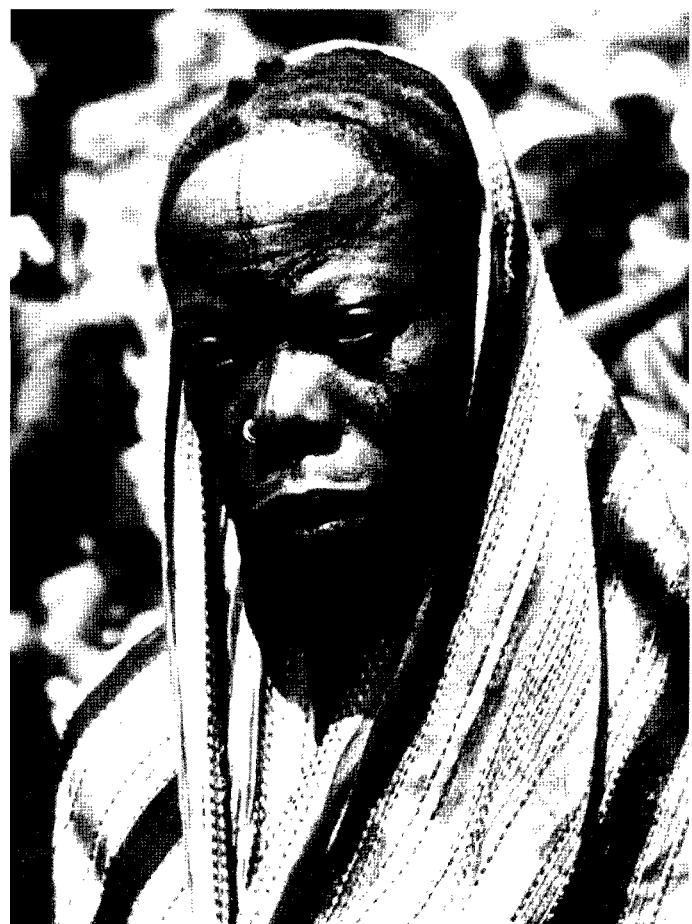
Pero lo que me interesa en esta ocasión no es profundizar en las diferencias entre *The Rise of the West* y *Un estudio de la historia*, sino señalar limitaciones comunes de ambos textos. A dos me quiero referir. La primera es que a pesar de los esfuerzos que McNeill y Toynbee realizaron por acomodar en sus reconstrucciones a las civilizaciones no occidentales —es decir, aquellas más alejadas y que más se diferencian de las culturas europea y norteamericana—, ambos carecían de los conocimientos y sensibilidad propias de profesionales como los antropólogos o los biogeógrafos, esto es, de aquellos que mejor se pueden sumergir en, y comprender, «otras» civilizaciones. Sus historias son, en este sentido, como edificios en los que se reconoce un elemento de artificialidad, construcciones a las que falta la vida que da un conocimiento auténtico, de primera mano, de la pluralidad cultural.

El otro gran problema que afecta a las síntesis de Toynbee y McNeill es uno que ellos nada podrían haber hecho por solucionar, por la sencilla razón de que tal solución implica conocimientos científicos desconocidos cuando escribieron sus libros. Me estoy refiriendo especialmente a los avances realizados durante las dos o tres últimas décadas en el do-

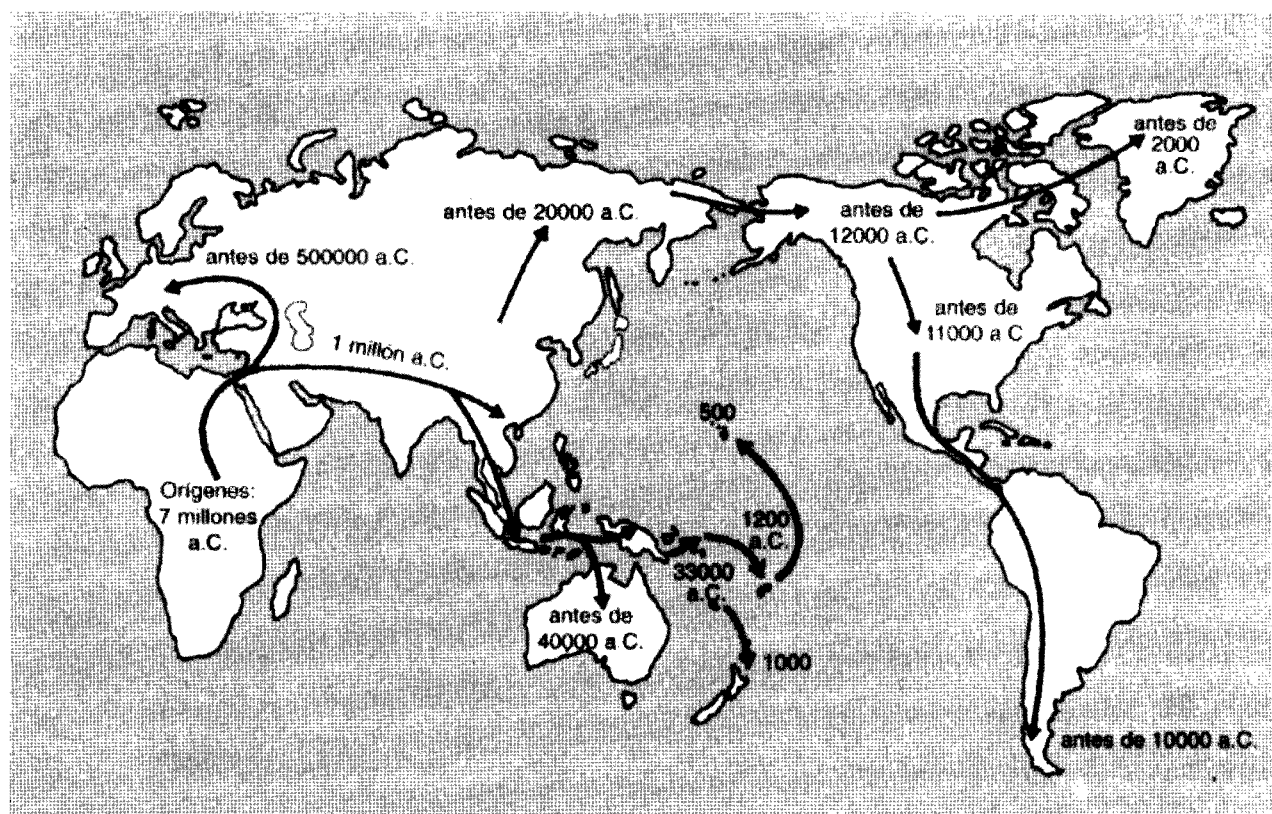
minio de la biodiversidad humana (y también en la animal y vegetal). Si se trata de reconstruir la historia de la humanidad, no basta con dar cuenta de la existencia de, y diferencias entre, las distintas razas, pueblos, idiomas y culturas que han poblado la tierra, hay también que intentar explicar cómo y cuándo se produjeron tales diferencias. El descubrimiento de la estructura del ADN en 1953, que marca el inicio de la biología molecular, modificó radicalmente el estudio de la genética de las poblaciones humanas. El conocimiento de los mecanismos moleculares de la herencia ha conducido a una nueva forma de estudiar los orígenes de los humanos, y ha permitido, ayudado por aportaciones de la arqueología, lingüística y antropología, comenzar a entender porqué y cuándo tuvieron lugar las grandes separaciones entre los diversos grupos humanos. Fundamentales en este sentido han sido las investigaciones de Luigi Luca Cavalli-Sforza (Génova 1922), actualmente profesor de Genética en la Universidad de Stanford, quien tomando muestras de poblaciones de todo el mundo ha compuesto mapas genéticos que han permitido establecer sus correspondientes linajes, produciendo de esta manera una nueva imagen de los orígenes y evolución de la humanidad. El propio Cavalli-Sforza se ha esforzado en presentar al gran público sus ideas en este campo, en libros como *Quiénes somos. Historia de la diversidad humana* (escrito en colaboración con su hijo, Francesco, 1993) y *Genes, pueblos y lenguas* (1996), pero su gran obra es el tratado (más de mil páginas de texto, tablas y mapas) que completó, en colaboración con Paolo Menozzi y Alberto Piazza, hace bien poco: *The History and Geography of Human Genes* (1994), la culminación de catorce años de trabajos, una nueva biblia científica en la que se explican con detalle los métodos empleados y resultados obtenidos en los análisis de datos genéticos, y cómo éstos se integran con hallazgos procedentes de disciplinas como la geografía, ecología, arqueología, antropología y lingüística,



Viene de la página anterior



Hablante de una lengua nigercongoleña no bantú de África Oriental: una mujer zaude de Sudán.



Expansión del ser humano por el mundo.

todo con vistas a lograr una descripción lo más completa posible de la evolución humana a lo largo y ancho de la Tierra.

Jared Diamond

Y así llegamos al que, por el momento, es el último estadio en esta secuencia de pasos encaminados a producir una historia de la clase a la que apuntó William McNeill. Llegamos al reciente, y espléndido, libro de Jared Diamond, profesor de fisiología de la Medical School de la Universidad de California (campus de Los Ángeles), que tras haberse especializado en fisiología, amplió su campo de intereses a la biología evolutiva, ecología y biogeografía. Semejantes conocimientos, junto al hecho de haber realizado largas expediciones a remotas zonas de Nueva Guinea, y a ser un expositor lúcido y accesible (en 1991 publicó un libro, *The Rise and Fall of the Third Chimpanzee*, que obtuvo un gran éxito, y recientemente –1997– otro titulado, *Why is Sex Fun?*), hacían de este profesor e investigador californiano un magnífico candidato para aportar algo nuevo a la tarea de reconstruir la historia de la humanidad, de forma tal que no se pasasen por alto los adelantos experimentados por las ciencias biológicas en las últimas décadas, y sin dar lugar a un cuadro deformado por una visión dominada por la experiencia y valores del mundo occidental. *The Rise and Fall of the Third Chimpanzee* ya indicaba sus posibilidades en este sentido: no en vano, el «tercer chimpancé» al que se refería Diamond es el hombre, que, señalaba, comparte más de un 98 por ciento de genes con las «otras» dos especies de chimpancés.

Armas, gérmenes y acero

La variedad, singularidad y profundidad de conocimientos de Diamond ha conducido a una obra espectacular, cuya lectura arrastra de manera irresistible: *Armas, gérmenes y acero*, que obtuvo el último premio Pulitzer en la categoría de ensayo.

En una primera aproximación, se puede decir que se trata de un libro que pretende reconstruir «toda» –ahí es nada– la historia de la humanidad, pero reconstruirla de forma que podamos entender el porqué de situaciones sobre las que con frecuencia pasamos por

alto, aunque no ignoremos. Tal y como narra en su libro, el punto de partida de Diamond fue una pregunta que le planteó en 1972 Yali, un nativo de Nueva Guinea, mientras ambos paseaban por una de las playas de la isla. Tras interrogarle sobre cómo habían llegado a Nueva Guinea los antepasados de su pueblo en las últimas decenas de miles de años, y cómo los europeos blancos la habían colonizado en los últimos doscientos años, Yali hizo a Diamond la pregunta crucial: «¿Por qué vosotros los blancos desarrollasteis tanto cargamento y lo trajisteis a Nueva Guinea, pero nosotros los negros teníamos tan poco cargamento propio?». Era aquélla una pregunta que podía, obviamente, transformarse en la más general de: ¿porqué la riqueza y el poder terminaron distribuyéndose como están ahora, y no de otra manera?, ¿porqué, por ejemplo, los indígenas americanos y africanos y los aborígenes australianos no fueron quienes diezmaron, sometieron y exterminaron a los europeos y los asiáticos? Preguntas que muchas veces han sido contestadas recurriendo a argumentos de «raza», de diferencias biológicas entre pueblos: los europeos, sentencia esa doctrina, eran genéticamente más inteligentes que los africanos, y sobre todo más inteligentes que los aborígenes australianos. El problema para tales «explicaciones» es que han sido rebatidas contundentemente por las ciencias biológicas. «En la especie humana», han señalado Luca y Francesco Cavalli-Sforza (*Quiénes somos*), «el concepto de raza no sirve para nada. La estructura de las poblaciones humanas es sumamente compleja y varía de unas regiones a otras, de unos pueblos a otros... En casi todos los caracteres hereditarios observados vemos que las diferencias entre individuos son más importantes que las que se aprecian entre grupos raciales».

Es preciso, por consiguiente, buscar otras explicaciones. Y esto es lo que ha hecho Jared Diamond. Para no dar por supuesto nada, *Armas, gérmenes y acero* comienza con un capítulo en el que se ofrece una panorámica de la evolución humana, desde nuestra divergencia de los simios, hace unos 7 millones de años, hasta el fin del último período glacial, hace 13.000 años. La principal conclusión de este apartado del libro es que en torno al 11.000 a. C. los humanos habían ocupado una buena parte de la superficie terrestre del planeta y que, a pesar de que África hubiese albergado durante alrededor de 5 millones de años pro-

tohumanos, y humanos desde al menos 100.000 años, y de que la ruta de nuestros antepasados en su diáspora hubiera pasado en primer lugar por Eurasia, un observador transportado al 11.000 a. C. no podría haber predicho en qué continente las sociedades humanas habrían de desarrollarse con mayor rapidez. Cualquiera podría haberse constituido en abanderado del «progreso». Para encontrar la explicación de porqué, por decirlo de alguna manera, fue Pizarro quien capturó a Atahualpa, y no éste a aquél, es necesario recurrir en primer lugar a los entornos geográficos, entender –«científicamente» (esto es, recurriendo, por ejemplo, a la biología animal y vegetal y a datos arqueológicos)– cómo, cuándo y dónde surgió la agricultura, y dónde y porqué ésta encontró dificultades insuperables; cómo los pueblos que pudieron y supieron domesticar plantas, terminaron por domesticar animales también; la relevancia histórica de que enfermedades infecciosas del tipo de la viruela, el sarampión y la gripe surgieran como gérmenes ancestrales muy parecidos a los que infectaban a algunos animales (los humanos que domesticaron animales fueron los primeros que cayeron víctimas de esos gérmenes recién evolucionados, pero también los primeros que desarrollaron resistencias importantes ante esas enfermedades). Una vez entendidos tales procesos, no es difícil comprender el que las sociedades que fueron más allá de la fase cazadores-recolectores tuvieran ciertas ventajas: mayores probabilidades de desarrollar la escritura –de cuyos orígenes (al igual que de los lenguajes) también se ocupa Diamond–, instrumentos tecnológicos (armas, por ejemplo), materiales como el acero, estructuras políticas o religiones. Pero para llegar a entender porqué somos

como somos, hay también que tomar en cuenta hechos como el que el eje principal de Eurasia sea el este-oeste, circunstancia geográfica que facilitó la propagación de la producción de alimentos, mientras que el de América y África es el norte-sur. Hay, asimismo, que no dejar de lado a China, que generó grandes movimientos prehistóricos de poblaciones humanas, sin los cuales tampoco se puede entender el presente (en particular la situación actual de ámbitos geográficos como el austroindonesio), ni, por supuesto, responder a la pregunta de Yali, una pregunta que subyace, como permanente telón de fondo, en este colosal libro.

La respuesta que va surgiendo con claridad meridiana a través de las páginas de *Armas, gérmenes y acero*, y que vale para Nueva Guinea lo mismo que para otros pueblos o continentes, no tiene nada que ver, como es fácil imaginar, con razas, con diferencias entre los pueblos europeos y otros como los africanos o indonesios, según suponen los racistas, sino que se debió a accidentes de la geografía y de la biogeografía, a diferencias de superficies, localizaciones, ejes o lotes de especies de animales salvajes y plantas silvestres. En, como con humor afirma Diamond, «diferencias en bienes raíces». Y así, al reconstruir de la manera tan exigente y ambiciosa en que lo ha hecho Jared Diamond ese gran caleidoscopio o rompecabezas que es el desarrollo de la humanidad, nos encontramos al final del camino con que, afortunadamente –no tenía por qué ser así–, la historia nos ofrece no sólo un marco factual sino también una lección moral: la lección de que, efectivamente, todos somos iguales, aunque no hayamos tenido las mismas oportunidades, ni, por consiguiente, la misma historia. □

RESUMEN

La publicación de un libro en el que se reconstruye la historia de la humanidad, prestando especial atención a pueblos, como el austroindonesio, que con frecuencia han sido marginados –cuando no maltratados– en otras reconstrucciones, permite al autor

del libro, y a Sánchez Ron que lo comenta, reflexionar sobre los métodos, fines y limitaciones de la historia, al igual que sobre la importancia que tienen los avances científicos recientes para la tarea de los historiadores.

Jared Diamond

Armas, gérmenes y acero

Debate. Madrid, 1998. 527 páginas. 3.950 pesetas. ISBN: 84-8306-114-7.

La ciencia del siglo XX

Por Carlos Sánchez del Río

Carlos Sánchez del Río (Borja, Zaragoza, 1924) obtuvo en 1953 la cátedra de Física Atómica y Nuclear de la Universidad Complutense. Es miembro de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Ha sido director general de Política Científica y presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de la Sociedad Nuclear Española.

La Historia de la Ciencia es una disciplina que se viene cultivando con interés creciente desde hace pocas décadas. Este desarrollo presenta además una peculiaridad singular. Desde hace muchos años hubo científicos que se interesaron por la historia de la ciencia que cultivaban, o bien por pura curiosidad o bien por su utilidad pedagógica. La explosión del interés por este aspecto de la historia, sin embargo, ha traído a esta actividad a estudiosos procedentes de otros campos y no es infrecuente que un profesional de la historia de una ciencia particular tenga una formación muy deficiente en la disciplina cuya historia pretende relatar. Sea para disimular esa deficiencia o sea por convicción sincera, el caso es que tales autores centran sus estudios en aspectos del tema que son marginales y que se refieren a cuestiones sociológicas, políticas y aun ideológicas. No es que estos aspectos de la historia de las ideas y avances científicos sean irrelevantes, pero es preciso reconocer que permiten dejar volar la imaginación con más libertad que si los autores se atuviesen de modo estricto a los hechos que se pretende historiar.

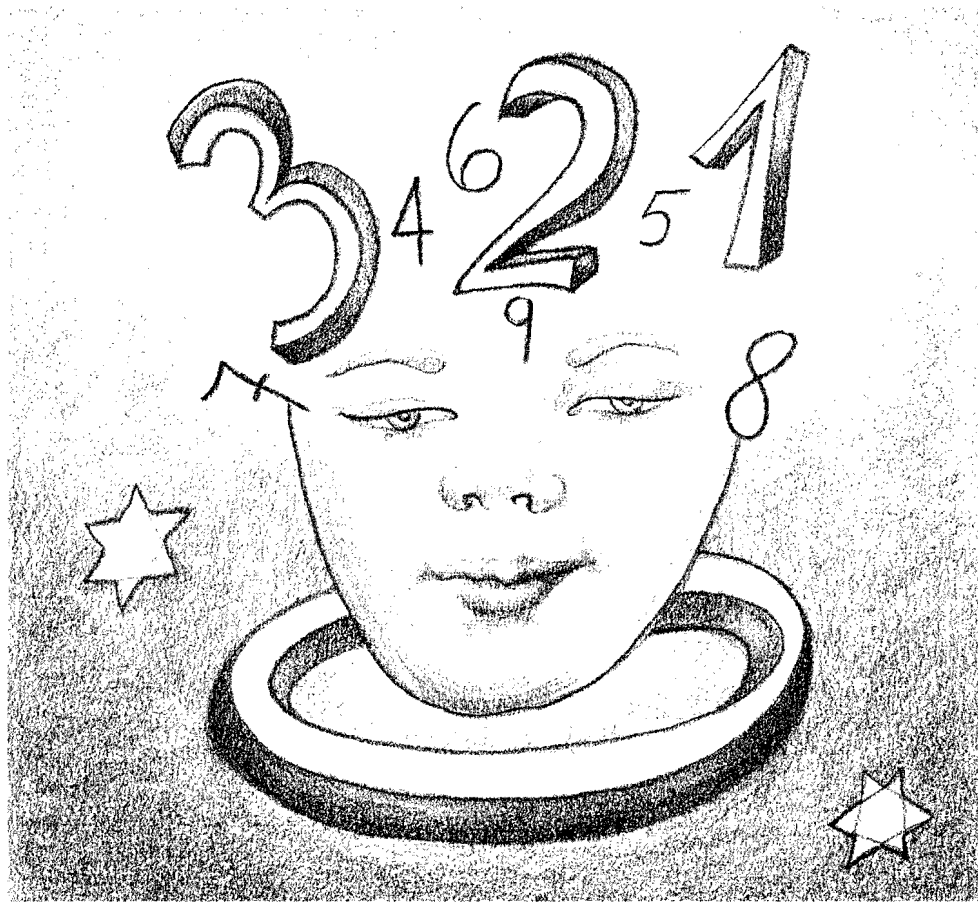
Viene todo esto a propósito de un libro ambicioso titulado *Science in the Twentieth Century* que se ha publicado hace poco. Es un libro muy denso y voluminoso escrito por cincuenta autores, de los cuales pocos son científicos de oficio. Muchos trabajan en Departamentos de Historia, otros en Centros de Estudios Sociológicos, algunos en Institutos dedicados a la Política Científica y no faltan quienes se ocupan de investigar lo que hacen los que de verdad escriben sobre Historia de la Ciencia.

A pesar de esta promiscuidad, o tal vez a causa de ella, el libro tiene interés porque en él hay de todo: disquisiciones sobre la ciencia, relaciones entre la ciencia y la sociedad, investigaciones concretas y comentarios sobre instituciones científicas.

La calidad del libro es la que cabe esperar de una obra escrita por muchos autores. Hay capítulos excelentes, con datos bien elegidos y que se leen con gusto y provecho. Otros artículos sirven para contrastar opiniones y por eso son también útiles. Quedan, sin embargo, algunos pocos textos sobre los cuales es mejor no opinar.

No vale la pena seguir escribiendo sobre el libro. Me parece más útil exponer con brevedad los progresos científicos más significativos que han tenido lugar en el siglo que ahora termina. Es lo que me propongo hacer a continuación, siguiendo mi propio criterio que no coincide necesariamente con lo que opinan algunos autores de la obra que da pie a estas reflexiones.

Muy significativamente se abrió el siglo con el Congreso de Matemáticas celebrado en París en 1900. Estuvo dominado por dos gigantes cuyos intereses eran complementarios. Henri Poincaré se ocupaba de los problemas que plantean las ciencias naturales (física, astronomía, etc.) mientras que David Hilbert se inclinaba por los problemas, a veces muy abstractos, que sugiere la propia evolución de la matemática. Entre estos problemas, sin duda el más importante desde el punto de vista filosófico es la fundamentación rigurosa de la propia matemática. Esta cuestión venía arrastrándose desde principios del siglo XIX cuando



OUKA LELE

ciertas incoherencias convirtieron a muchos matemáticos en fanáticos del racionalismo.

La solución de Hilbert, y otros muchos, al problema citado era la conversión de la matemática en un conjunto de sistemas formales. En un sistema formal, las proposiciones son ristas de símbolos cuyo significado es irrelevante. Se aceptan ciertas proposiciones como axiomas y se obtienen a partir de ellos nuevas ristas de símbolos aplicando reglas bien definidas. Las nuevas ristas son proposiciones demostrables o teoremas. Pues bien, este esquema tan lógicamente sólido se hundió irremediabilmente en 1931. En ese año, Kurt Gödel demostró que en todo sistema formal, que contenga por lo menos la aritmética, existen proposiciones no demostrables. Además no se puede resolver esta incompletitud adoptando como axiomas las proposiciones no demostrables, porque en el nuevo sistema ampliado aparecen otras proposiciones no demostrables. En definitiva, el sueño racionalista de una matemática completa puramente lógica es imposible. La matemática se basa en la realidad perceptible tanto como las demás ciencias. He expuesto esta cuestión con algún detenimiento porque el teorema de Gödel es la consecuencia más profunda del pensamiento especulativo del siglo XX.

La guerra mundial de 1939-45 produjo un cambio en la orientación de las ciencias matemáticas, porque sus cultivadores hubieron de orientarse hacia la matemática aplicable para contribuir al esfuerzo bélico. Tal vez por primera vez en la historia, casi todas las ciencias participaron en el desarrollo de nuevas armas o en su utilización en el campo de batalla.

Terminada la contienda, muchos matemáticos eminentes volvieron donde solían; es decir, a la matemática más abstracta. El grupo francés cobijado bajo el pseudónimo de Nicholas Bourbaki es muy representativo de esta época de esplendor de lo abstracto. Algunos de sus cultivadores pretendieron que en la postguerra se había hecho más y mejor matemática que en los veinticinco siglos anteriores. No es ocasión para llevarles la contraria, pero una consecuencia de su arrogancia fue claramente nefasta. A través de comisiones internacionales consiguieron introducir sus ideas en la enseñanza con la llamada Matemática Moderna cuya idea fundamental es empezar

por los conceptos más abstractos para deducir después lógicamente las operaciones aritméticas y algebraicas elementales. Esta singular pedagogía fracasó como previmos quienes conservamos el sentido común que nos indica que la mente humana funciona de lo concreto a lo abstracto y no al revés. El daño que causó el experimento en muchos adolescentes fue grave y sólo se libraron del estropicio aquellos países donde un sistema educativo descentralizado impidió que los gobiernos, obnubilados por el origen internacional del invento, impusiesen lo que resultó ser un despropósito pedagógico.

A partir de 1970 empezaron a ser asequibles los ordenadores digitales y, o bien por este motivo o bien por cansancio de lo abstracto, se inició una vuelta a la matemática concreta. El cálculo numérico y las modelizaciones se impusieron a muchos matemáticos respetables. Son los años del caos, los fractales y muchas otras cosas relacionadas con el azar y la probabilidad.

La aparición, en la última década, de los ordenadores personales cada vez más potentes y más baratos ha supuesto una herramienta nueva cualitativamente. Se pueden realizar cálculos de increíble complejidad en poco tiempo y cambiarlos con facilidad. Estamos ante una nueva Matemática Experimental que supone la primera modificación importante que se produce en el quehacer de los matemáticos desde los tiempos de Euclides y Arquímedes. Son de esperar novedades en los próximos años.

Hacia el año 1900 la Física había casi completado el estudio de los fenómenos tales como el movimiento, el sonido, la luz, el calor y la electricidad. Por su parte la Química había alcanzado su mayoría de edad y seguía progresando apoyándose en una idea sencilla: todas las sustancias, tanto gaseosas como líquidas o sólidas, son combinación de algunos de los 92 tipos de átomos que corresponden a los elementos químicos existentes en la naturaleza. La tarea fundamental de la física del siglo XX ha sido la investigación de la materia a partir del estudio de la composición y estructura de los átomos. Es decir, los físicos penetraron, gracias a sus métodos, donde los químicos no podían entrar con sus herramientas habituales.

Pero antes de relatar la aventura del estudio de la materia es obligado recordar una genial doctrina que apareció en esta centuria

por equivocación, ya que lógicamente pertenece al siglo XIX. Me refiero a la Teoría de la Relatividad de Albert Einstein (la especial de 1905 y la general de 1915). Se trata de un sutilísimo análisis de las consecuencias de un principio muy plausible según el cual las leyes que rigen el comportamiento de los fenómenos no deben depender del estado de reposo o movimiento de quien los observa. Y lo curioso es que todas las predicciones de la teoría —algunas nada intuitivas— se han comprobado experimentalmente. Su validez está fuera de toda duda.

En cuanto a los átomos el primer avance decisivo ocurrió en 1911. En dicha fecha Ernest Rutherford descubrió que un átomo está constituido por un núcleo central minúsculo rodeado de electrones relativamente distantes dentro de la pequeñez de los átomos. El núcleo atómico contiene casi toda la masa del átomo y está cargado con electricidad positiva que compensa la carga negativa de los electrones cuyo número es característico de cada especie química. Todos los estudios realizados a lo largo del siglo han confirmado que efectivamente la composición de los átomos es la que se acaba de indicar.

Averiguar la estructura de los átomos, es decir, las posiciones y los movimientos de los electrones para poder calcular sus propiedades fue tarea ardua. Los intentos de aplicar a los electrones las reglas de la mecánica de Newton fracasaron y las ingeniosas modificaciones que se introdujeron sólo tuvieron éxitos parciales. Hacía falta una teoría del movimiento de los electrones radicalmente distinta de la tradicional. La nueva teoría se conoce con el nombre de Mecánica Cuántica y fue desarrollada por Werner Heisenberg y Erwin Schrödinger en los años 1925-26. Esta teoría es abstracta y poco intuitiva porque conduce al hecho de que cuanto menor es la región dentro de la cual se mueve un electrón tanto mayor es la velocidad que puede alcanzar. Con esta restricción, formulada con el rigor matemático preciso, se pueden calcular en principio todas las propiedades de todos los átomos y lo raro es que los cálculos coinciden admirablemente con los hechos observados.

El éxito de la teoría cuántica aplicada a moléculas, sólidos, núcleos y partículas fundamentales durante más de setenta años ha sido completo. Es tal vez el mayor constructo teórico de nuestro siglo. Todavía hoy resulta difícil de entender y ello es debido probablemente a que nos resistimos a aceptar que los electrones no son objetos de percepción inmediata y no se adaptan a las categorías que los humanos hemos abstraído de la experiencia ordinaria.

La composición de los núcleos atómicos fue un enigma hasta 1932. En ese año se descubrió el neutrón que es una partícula sin carga eléctrica de masa parecida a la del núcleo del hidrógeno que por su singularidad se denomina protón. Muchas propiedades conocidas quedaban aclaradas admitiendo que los núcleos están formados por protones y neutrones que se atraen fuertemente y cuyo movimiento se rige por la mecánica cuántica. Los estudios realizados a lo largo de la década confirmaron esta idea que hasta hoy ha resultado fructífera. Una consecuencia de la composición y la estructura de los núcleos es que las energías de los procesos en los que intervienen los núcleos son del orden de un millón de veces mayores que las energías de las reacciones químicas en las que participan los átomos. Por eso se pensó que las enormes cantidades de energía que generan el Sol y las demás estrellas se deben a reacciones nucleares que tienen lugar en el interior de dichos astros.

Pocos días antes de finalizar el año 1938 se descubrió una reacción nuclear que estaba destinada a cambiar la historia del mundo: la fisión del uranio. Si se bombardean átomos de



Viene de la página anterior



uranio con neutrones puede ocurrir que algunos núcleos del uranio se dividan en dos con gran producción de energía y con desprendimiento de dos o tres neutrones. Como basta un neutrón para producir la reacción, cabe la posibilidad de aprovechar los neutrones que se desprenden para provocar quizás nuevas reacciones y por repetición del proceso conseguir una reacción en cadena con una generación de energía enorme.

Pocos meses después del descubrimiento de la fisión del uranio daba comienzo la guerra y los contendientes comprendieron la ventaja del país que consiguiese disponer de bombas basadas en dicha reacción nuclear. Las dificultades técnicas para conseguir la bomba atómica (que así se llamó el arma inicialmente) fueron considerables y por eso la primera bomba, lanzada por los Estados Unidos sobre el Japón no estuvo disponible hasta 1945.

También es posible utilizar la energía nuclear que se genera en una reacción de fisión controlada para producir energía eléctrica en las centrales nucleares. Son centrales seguras y no contaminantes que en algunos países se rechazan por razones de oportunidad política.

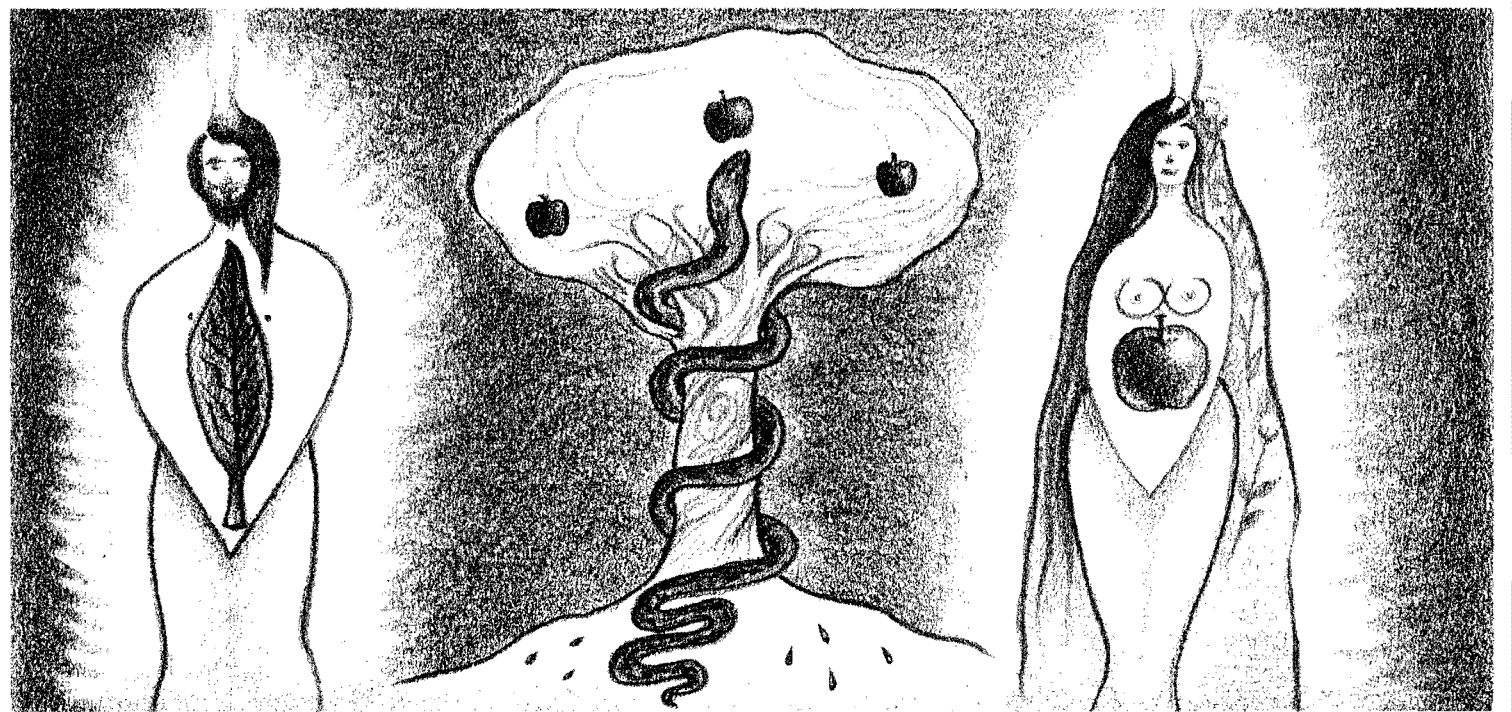
Un esfuerzo largo y costoso durante el último medio siglo ha permitido comprobar que los protones y los neutrones no son objetos simples. Están formados por tres partículas llamadas quarks que actualmente consideramos tan fundamentales como los electrones.

Los átomos se combinan unos con otros de diversos modos. Muchas veces forman moléculas que pueden reaccionar unas con otras dando lugar a moléculas nuevas. Del estudio de estos procesos se ocupan los químicos que también se han beneficiado de la mecánica cuántica porque gracias a ella se consiguió entender el enlace químico. Aquí no me voy a detener en los muchos avances de la química en este siglo. Pero no se puede dejar de mencionar el que me parece más importante: el descubrimiento de las macromoléculas que son cadenas larguísimas de átomos o grupos de átomos con una ordenación característica. La química de las macromoléculas ha dado lugar a materiales nuevos de gran interés industrial y es la base de la biología molecular a la cual me referiré más adelante.

También es muy frecuente que muchísimos átomos de la misma o de pocas especies químicas se unan para formar sólidos. Durante el primer cuarto de este siglo se comprobó la ordenación regular en el espacio de los átomos que forman un cristal. La aplicación de la mecánica cuántica a sólidos ideales permitió comprender algunas de sus propiedades poco después de 1930. Posteriormente se descubrió que la mayor parte de las propiedades que hacen útiles a los sólidos reales son debidas a las imperfecciones de muchas clases que se ignoraban en los sólidos ideales. Este hecho explica el vigor con que se prosigue hoy el estudio de los sólidos.

Justamente estudiando los sólidos semiconductores se consiguió a fines de 1947 el primer transistor. Un transistor es un dispositivo de estado sólido que permite controlar el paso de la corriente eléctrica al modo como lo hacían las válvulas de vacío. Pero los transistores tienen la ventaja de ser más seguros, más compactos, más baratos y de consumir menos corriente. Por suerte además llegaron en el momento oportuno para sustituir a las válvulas de vacío en los ordenadores digitales que se desarrollaron a partir de 1945. Actualmente toda la informática y gran parte de los automatismos se basan en circuitos constituidos por millones de transistores incluidos en un pequeño trozo de silicio. No es exagerado afirmar que el transistor es el mayor invento de este siglo.

Los avances de la biología en nuestra centuria son la continuación de dos líneas de trabajo, y aún de dos mentalidades, bien diferenciadas. Una parte de la biología ha seguido la



OUKA LELE

tradición de la Historia Natural mientras que otra procede de la Química Biológica de los fisiólogos del siglo anterior. A continuación expondré concisamente los progresos habidos. Son tan importantes que bien puede decirse que el siglo XX ha sido en biología tan revolucionario como fue el siglo XIX en física.

En relación con la biología tradicional, el siglo comienza con el reconocimiento de las leyes de Mendel de la herencia, ignoradas durante muchos años. Con la introducción de los conceptos de gen y mutación empieza el desarrollo de la genética experimental que domina el primer tercio del siglo.

Consecuencia de los nuevos conocimientos es la imposibilidad de mantener la vieja idea de Lamarck que admitía la herencia de los caracteres adquiridos. Como esta hipótesis formaba parte del mecanismo de la evolución biológica propuesto por Darwin, se elaboró a partir de 1940 una teoría denominada neodarwinismo que supone que los cambios de los seres vivos se deben a mutaciones espontáneas que se mantienen o no mediante la selección natural. A pesar de todo, el tema del mecanismo de la evolución no está cerrado. La nueva taxonomía paleontológica pone en duda el gradualismo de la especiación y hay estudiosos que defienden la aparición súbita de los humanos modernos.

La Ecología como disciplina que considera en su conjunto la biosfera o una parte de ella ha cobrado mucha importancia en las últimas décadas. Los avances biológicos y las modelizaciones por ordenador auguran un buen porvenir para esta rama de la biología tan importante para la conservación de la naturaleza y de la diversidad biológica. Por desgracia los ecologistas han convertido en ideología política lo que sólo debería ser ciencia.

La Etología que estudia el comportamiento de los animales superiores es también una rama de la biología que presenta un interés creciente porque nos aclara lo que tenemos en común con los animales y lo que nos diferencia de ellos. Por desgracia también esta disciplina se ha contaminado con la invención de la Sociobiología cuyo objetivo declarado es el estudio sistemático de todas las formas de conducta social, incluida la del hombre. Es la negación pura y simple de la libertad humana.

Al comienzo de nuestra centuria la antigua química biológica pasó a llamarse Bioquímica y durante la primera mitad del siglo cosechó grandes éxitos en el estudio de las reacciones químicas intermedias que intervienen en los procesos metabólicos y en los efectos catalíticos de las enzimas.

Durante la segunda mitad del siglo se pro-

duce la gran revolución de la disciplina que pasa a llamarse Biología Molecular. El interés de los investigadores se centra en las proteínas y en otras macromoléculas entre ellas los ácidos nucleicos. En 1953, James Watson y Francis Crick consiguieron desvelar la estructura en doble hélice de la molécula del DNA responsable de la información genética. Es uno de los hallazgos más importantes del siglo porque abrió la puerta que permitió descubrir la acción de los genes en el desarrollo de los organismos.

A partir de 1970 se aprendió a manipular el material genético. La técnica del DNA recombinante permite cortar y empalmar fragmentos de la molécula. En particular, se puede tomar un gen de una especie e insertarlo en otra. Así se crean organismos transgénicos que son especies nuevas. Estas técnicas han propiciado un nuevo nombre para la disciplina y ahora se habla de Biotecnología.

El programa más ambicioso de la última década tiene por objeto descifrar el Genoma Humano. Se trata de obtener la secuencia de los 100.000 genes del DNA humano. Es un proyecto muy discutido porque la utilización de esta información puede afectar muy seriamente a la intimidad personal.

Los progresos de las ciencias durante el siglo que ahora termina han sido espectaculares. Muchos de esos progresos han sido decisivos en el desarrollo técnico y económico que ha modificado de forma sustancial la vida en los países industrializados. Los avances en la alimentación y en la medicina han ido aumentando progresivamente la esperanza de vida. Los cambios en las técnicas de las comunicaciones y de los transportes están borrando algunos prejuicios que entorpecían la convivencia bajo la excusa de tradiciones culturales distintas. Hay otras muchas consecuencias prácticas de los avances de las ciencias en este siglo sobre los cuales no vale la pena insistir.

RESUMEN

La lectura de un libro colectivo sobre la historia de la ciencia en el siglo XX, en el que se reúnen disquisiciones sobre la ciencia, sobre las relaciones entre ésta y la sociedad e investigaciones concretas, le da ocasión a Sánchez del Río a exponer los más significativos

Conviene, en cambio, resumir cuáles han sido los progresos teóricos que han alterado nuestra visión del mundo. En mi opinión, los más notables han sido tres. En primer lugar, el teorema de Gödel que terminó con la ilusión racionalista de una especulación lógico-matemática separada de la realidad tangible. En segundo término, la Teoría Cuántica que describe con rigor los átomos y otros objetos que no son de percepción inmediata. Por último, la Genética Molecular que nos permite comprender y modificar los seres vivos.

No sería justo, sin embargo, terminar sin mencionar la otra cara de la moneda. La ciencia de este siglo ha dado lugar a riesgos que acechan a la humanidad y que antes no existían. A mi parecer los más graves son también tres: el peligro nuclear, el peligro genético y el peligro digital. En cuanto al primero, la sociedad, mal informada por razones políticas coyunturales, teme a las centrales nucleares cuyos riesgos son menores de los que aceptamos en otras industrias. Es en cambio poco consciente del peligro de la proliferación de armas nucleares. Por lo que se refiere al peligro genético, la sociedad parece mejor informada de los riesgos de la creación de especies artificiales. Más grave es la amenaza que supone para la intimidad y la dignidad humana el conocimiento de las propensiones genéticas por parte de gobiernos y empresas. En relación con lo que denomino el peligro digital encuentro llamativa su ignorancia. Nuestros conciudadanos viven felices con el desarrollo acelerado de la tecnología digital. No se dan cuenta de que, si no reaccionamos, a la vuelta de pocos años los poderes públicos y las grandes empresas tendrán unas posibilidades de manipulación y control de los ciudadanos como no pudieron soñar los déspotas más brutales del pasado. El hecho de que los sistemas políticos sean democráticos sólo servirá para que los esclavos acepten gustosos su condición. Desearía equivocarme. □

progresos científicos de este siglo que está acabando: el teorema de Gödel, la teoría de la relatividad, la mecánica cuántica, la fisión del uranio, las macromoléculas, el transistor o la estructura en doble hélice de la molécula del DNA.

John Krige y Dominique Pestre (eds.)

Science in the Twentieth Century

Harwood Academic Publishers, Amsterdam, 1997. 941 páginas. 80 libras esterlinas. ISBN: 90-5702-172-2.

Un relato aleccionador

Por Domingo García-Sabell

Domingo García-Sabell (Santiago de Compostela, 1908) es doctor en Medicina y numerario del Colegio Libre de Eméritos. Es autor, entre otras obras, de *Notas para una antropología del hombre gallego*, *Tres síntomas de Europa* y *Testimonio personal*.

Acaba de aparecer una gran novela. Quiero decir una novela auténtica. Pero las doctrinas de lo que debe ser un relato novelesco son infinitas. Las hay para todos los gustos. Y desde el fracaso del «Nouveau Roman» y otras tentativas aun más arriesgadas, la añoranza de un verdadero texto novelesco se hace cada día más apremiante. O nos movemos en el ámbito de las peripecias sucesivas adobadas con el eje de la pasión, o tendremos que encararnos, como lectores, en el mero juego de los ejercicios de estilo. Algo con poca sustancia y, en definitiva, algo radicalmente aburrido como todo fruto de la maña escrituraria.

El aficionado a las novelas se encuentra hoy en día con la atención y el interés enfocados en lo que es mera muestra de habilidades, esto es, en el vacío de los relatos puramente formales. Si la novela es, o debe ser, una pugna de pasiones, el precipitado de algo que se nos impone por pura necesidad interna, no tiene vuelta que esa especie creativa anda ahora más escasa que nunca. Don José Ortega y Gasset llegó a hablar del declive del proceso narrativo de gran aliento, y yo mismo he sostenido no hace mucho que la novela se encuentra en franca agonía. Pero, con todo, jamás puse en duda la posibilidad del rebrote de lo puramente narrativo.

Ahora, y después de muchas frecuentaciones inútiles al meollo de la novela, vuelve uno, como sencillo lector, a abrir un reguero de esperanza. Pues he aquí que Miguel Delibes, el serio y fecundo escritor vallisoletano, nos regala con su nueva creación literaria. *El hereje* es, ante todo, una resurrección. Según yo pienso, viene determinada por un haz de virtudes poco corrientes.

En primer lugar, se trata de una historia de amor o, lo que es lo mismo, de silencio y al tiempo fervorosa dedicación personal que se realiza, esto es, que gana realidad, por la pasión obsesiva del protagonista, Cipriano Salcedo, a sus sucesivos fervores eróticos. Hay, pues, pasión personal. La vieja fórmula de Delibes: un hombre, un paisaje y una situación conflictiva se va acendrando, se va tomando más y más sencilla y, por ende, más pura, más enérgica, más absorbente.

En segundo lugar, se ofrece a nuestros ojos la calidad anímica del propio personaje, Salcedo, extraña figura humana con sus complejidades, sus contradicciones y una cosa definitiva, a saber, su maníaca búsqueda de la verdad. Cipriano aparece como un ser físicamente mezquino pero, al tiempo, dotado de una fuerza física inesperada e impresionante. Nos encontramos, por tanto, en pleno desarrollo, a buen seguro que simbólico, de un individuo extraño que busca antes de nada orientación trascendente del afianzamiento de su propia esencia. Ésta es la oculta pulsión que mueve todos y cada uno de sus afanes. No perdamos nunca de vista este motor de los avatares del sujeto.

RESUMEN

Para García-Sabell novelas como la que comenta, la última de Miguel Delibes, desmienten afortunadamente que el género se encuentre en agonía. Por el contrario, un texto como el del escritor vallisoletano le reconcilia con la buena novela, con la de siempre. Desde

Miguel Delibes

El hereje

Destino, Barcelona, 1998. 504 páginas. 2.500 pesetas. ISBN: 84-233-3036-2.



JUSTO BARBOZA

Y asimismo no dejemos en la trastienda lectora que las circunstancias extrapersonales, el entorno, acaecen en el Valladolid del siglo XVI cuando surge en Wittenberg la heterodoxia luterana. A la que en el instante en que Cipriano Salcedo emerge a la vida consciente y se hace cargo de un sinfín de problemas trascendentes que le atenazan y le torturan con el máximo suplicio que es el de la indefensión moral frente a tantas aporías que bullen en su mente. (No olvidemos que Salcedo nace justo en 1517, exactamente en la misma fecha que ve el alborar de la disidencia luterana.)

Por si esta coincidencia cronológica fuese poco, otro suceso de índole particular hará que su propio padre lo repudie. La madre de Cipriano Salcedo fallece a consecuencia del parto y el progenitor lo valora inevitablemente y mezquinamente, como «el joven paricida». Delibes describe todo esto, es decir, la red del luctuoso acontecimiento y el estado de espíritu colectivo de la ciudad como una sola y misma cosa.

Los amores sucesivos de Salcedo, comenzando por el del ama de cría —una joven atractiva que después, mucho después, va a convertirse en amante—, el casorio con otra hembra y su estruendoso fracaso, etc., etc., hacen que nuestro hombre movido por inquietudes que no tienen nada que ver con sus aborrecidos erotismos, alcance una significación radicalmente atormentadora de la sensibilidad y las dudas pertinentes.

su complacencia como lector de *El hereje*, al comentarista le produce un cierto desasosiego el que Delibes mismo considere que esta gran historia que ha escrito sea su testamento literario; algo que no desearía, pues todavía es mucho lo que aquél puede escribir.

En definitiva, todo ese cúmulo de hechos hace que se encamine hacia la disidencia protestante. He aquí, pues, a Cipriano Salcedo convertido en hereje.

Lo que sigue forma parte de la zona impresionante de una serie de aventuras escritas con un ritmo en verdad cinematográfico. Esta última zona del relato es sencillamente arrebatadora.

Y cuando el personaje se enamora, lo que él juzga como amor —«Creo estar enamorado puesto que a su lado encuentro al mismo tiempo sosiego y excitación»—, su tío paterno, Ignacio, oidor de la Chancillería vallisoletana, le retruca esto tan evidente: «El amor (es) algo más que sosiego y excitación». Ya que se trataba de unir su vida a una mujer vulgar, Teodomira, con la que finalizó casándose y que, como era de esperar, resultó un tremendo y desilusionante drama.

Pero Cipriano Salcedo buscaba ante todo la verdad. La verdad de la existencia, una seguridad incontrovertible. Por eso la doctrina de la justificación por la gracia le resultaba tan atractiva. Y por defenderla incurrió en serios peligros y, al final, un final en la hoguera, a ello sacrificó su vida. Mientras el desenlace no aconteció, buscaba, indagaba y perseguía algún agarradero existencial. Ansiaba la certidumbre de la verdad: «Mas ¿dónde encontrar esa certidumbre? Mentalmente pedía a Nuestro Señor una pequeña ayuda: una palabra, un gesto, un ademán. Pero Nuestro Señor permanecía en silencio y, al mostrarse mudo —añade sagazmente Miguel Delibes—, estaba respetando su libertad».

Y aquí sí que entramos en el laberinto teológico y creencial del problema del silencio de Dios. Problema que arrastra todo su misterio y toda su incógnita hasta nuestro días. Y que hoy más que en ninguna otra sazón atenaza a las conciencias sensibles y a los esfuerzos intelectivos más audaces.

Hasta aquí el contenido formal de la novela. Pero esta nota crítica quedaría como manca si no subrayáramos el estilo de nuestro novelista. ¿Cómo caracterizarlo? Sencillamente, con esta ristra, esta sumaria fila de notas: so-

briedad, riqueza léxica, autenticidad expresiva y una decisiva impresión de inequívoca realidad. De realidad que ahí está como ofrecida gratuitamente. Como algo que va de suyo. Miguel Delibes escribe con la espontánea fluidez con la que mana un regato oculto en la maleza. Algo que acusa su presencia a través del oído antes de que se torne objetiva a favor de los ojos. Algo, pues, que comienza por ser virtualidad sonora y, más tarde, queda metamorfoseada en hermoso espectáculo.

Así conviene resaltar la sobriedad del riquísimo léxico de nuestro escritor. Su fuerza impositiva. Lo que Ortega bautizó como lo «presentativo». Cada personaje y cada episodio del relato poseen innegable presencia. No se trata tanto de describir esas tesisuras como de que ellas aparezcan con máxima naturalidad. Dicho de otra manera: la abundancia verbal, su riqueza, nada tienen de superfluo. Para nada nos recuerdan los ajados arcaísmos de tantos y tantos escritores empeñados en remedar todo lo pasado, por ejemplo, Ricardo León. De este autor, y de otros más notorios, nacen las novelas paráliticas.

Recuerdo a este respecto, un acierto expresivo del penúltimo libro de Delibes, *He dicho*: «El conejo latía en el campo aunque no se le viese». Pero esta consideración me trae, por fácil asociación de ideas, el temor de que *El hereje* sea algo así como la despedida definitiva de nuestro escritor. No sé dónde, pero me parece que en algún lugar notorio, he leído que con este relato Delibes se despedía del oficio de narrador. Como, por otra parte, el título de la penúltima recogida de textos suyos lleva el inquietante título del final de todo discurso, mucho me temo que el novelista desemboque en una cierta inhibición creadora. Y esto sería muy de lamentar. Delibes tiene cuerda para rato. Su obra, su futura y aun nonata obra, constituye un bien cultural de primer orden. En consecuencia, nos lo debe a todos.

La realidad real, si se me permite esta expresión, es la de un gran novelista al que debemos páginas y más páginas antológicas. Y que rezuma experiencia vivida. Oigamos esto del libro penúltimo. Relata el escritor la caza de la becada y dice esto tan sencillo y, al tiempo, tan veraz: «Pero la indina voló sin remontar, dio el quiebro de salida prematuramente y la perdí entre los árboles antes de llegar a encaramarme la escopeta». Esto no son florituras de estilo. Esto es experiencia. Y experiencia relatada con sobrio y eficaz idioma.

Pero volvamos al meollo de la novela. ¿Por qué? Simplemente por un motivo de corte individual. Llegamos al final del relato novelesco y salta desde nuestra interioridad una exclamación en la que van mezcladas la admiración, la gratitud de las horas transcurridas en el placer de la lectura y la posibilidad de aislarnos, si quiera sea momentáneamente, de las urgencias y los agobios de la vida cotidiana. He aquí nuestro grito: ¡Por fin, una novela! Es el agradecimiento de la sed colmada en el desierto. En el desierto de las especulaciones más o menos indigestas que por ejemplo el talento lúcido de Jean Bloch-Michel denunció.

Por eso yo me aventuro a proponer una cosa: la puesta en cine de tan auténtico y distraído relato. Estoy seguro de que *El hereje* daría una película amena y, al tiempo, aleccionadora. Aleccionadora, como son todas las creaciones de Miguel Delibes. □

En el próximo número

Artículos de *Francisco Rodríguez Adrados*, *Antoni Badia i Margarit*, *Eloy Benito Ruano*, *Manuel Alvar*, *Olegario González de Cardedal*, *Miquel Siguan* y *Francisco García Olmedo*.